

Nir Baram

Las buenas personas

Traducción  
Ana María Bejarano



Lectulandia

Europa, 1938. Cuando se ve forzado a abandonar una prometedora carrera en una empresa estadounidense, Thomas Heiselberg decide trabajar para la maquinaria nazi en Polonia. Mientras tanto, en Leningrado, Aleksandra Weissberg, hija de un intelectual judío, debe elegir entre traicionar a sus padres, a quienes cree condenados sin remedio, o poner en juego su propia vida y la de sus hermanos pequeños, y accede a implicarse con el Comisionado del Pueblo para Asuntos Internos de Stalin.

Enfrentados al ocaso de un mundo que se desmorona, Thomas y Aleksandra han resuelto sobrevivir a cualquier precio. En el camino aprenderán que ciertas decisiones pueden marcar el curso de una vida. Y otras cambian el curso entero de la historia.

**Lectulandia**

Nir Baram

# **Las buenas personas**

ePub r1.0

Titivillus 29.01.16

Título original: אנשים טובים  
Nir Baram, 2010  
Traducción: Ana María Bejarano

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A cada pueblo conforme a su lenguaje*

El Libro de Esther, 1.22

Obra publicada con el apoyo de The Institute for the Translation of Hebrew Literature, Israel, y del Departamento de Cultura de la Embajada de Israel en Madrid.

**Primera parte**

**Prolegómenos de un gran acontecimiento**

*Berlín, otoño de 1938*

Personas que conocen a otras personas. Todas las historias son lo mismo. Hasta que no exhales el último aliento, el veredicto de tu soledad no será definitivo. Ves el mundo atestado de gente, así que te sientes tentado a creer que tu soledad se va a esfumar sin el menor esfuerzo. ¿Resulta difícil, acaso? Una persona se acerca a otra, a ambas las ha maravillado *El ocaso de los dioses* y la última representación de Hauptmann; las dos han comprado todos los volúmenes de *Thompson Broken-Heart Solutions (El corazón es la epidemia del siglo xx)*, de manera que nace una alianza entre ambas. Pero eso no es más que una ilusión muy útil para el Estado, para la sociedad y para el mercado. Gracias a ella, hasta los solitarios más asociales compran ropa, acciones, coches y se ponen elegantes para ir al baile.

Se encontraba apostado en la ventana y desde allí la vio envuelta en el abrigo de piel que llevaba puesto el día que salió de aquella casa por última vez. No se había marchado por voluntad propia, ya que el mundo exterior no le ofrecía nada. Pero ellos ya no disponían de dinero para seguir teniéndola empleada. Le dieron la carta de libertad y le regalaron un abrigo blanco de piel que, entre tanto, había adquirido un tono pardo. Toda despedida es una oportunidad para volver a nacer: quizá suceda algo bueno, puede que surja otro trabajo, o que el caparazón de la soledad se resquebraje.

Se acercaba con sus pasitos cortos —había subido un poco de peso, la señora Stein—, unos pasitos que parecían decir siempre, «no miréis, no tengo nada que merezca ser visto». Y la historia le estaba ahora dando la razón: los últimos acontecimientos que se habían producido en Berlín les habían dado a los judíos como ella más que buenos motivos para buscar el amparo de las sombras.

Sus ojos escudriñaron las partes del cuerpo de ella que quedaban al descubierto: el rostro achatado que las gélidas ráfagas de viento habían enrojecido, el delicado cuello cuyo esplendor chocaba siempre cruelmente en aquel cuerpo chaparro, como la simiente de una belleza que con unas circunstancias de vida distintas hubiera podido germinar. Su soledad era absoluta, eso saltaba a la vista. Estaba seguro de que excepto por lo que tocaba al tema de las compras del día a día, la señora Stein apenas

había hablado con nadie durante los últimos años.

Un coche se detuvo junto a ella. Había dos hombres sentados en los asientos delanteros. Ella no los miró, pero cada movimiento de su cuerpo revelaba que era consciente de la presencia de ellos. Con un gesto distraído se apartó un rizo gris de la frente mientras seguía avanzando despacio hasta el otro lado de la valla. Thomas siguió el coche con la mirada hasta que este desapareció entre los demás vehículos de la calle. Al cabo de un instante, la señora Stein volvió a asomar y a él le pareció que había advertido su presencia en la ventana.

¡Cuánto había lamentado su madre que la señora Stein tuviera que irse! Porque la señora Stein era un miembro más de la casa y llenaba los espacios vacíos, como el de la hermana que su madre nunca tuvo, por ejemplo, hasta que se vieron forzados a resignarse a que su madre no tuviera hermana y la despidieron. Y es que cuando la renta anual que su madre había heredado se vio mermada por la inflación, y su supervivencia empezó a correr verdadero peligro, llegaron a la conclusión de que los lazos de sangre son los lazos de sangre, y con esa convicción se puso fin a todo el asunto.

Se oyó el golpear de unos nudillos en la puerta.

—Hola, *Frau* Stein —dijo Thomas.

Ella hizo una inclinación de cabeza y la gravedad de su mirada lo forzó a echarse a un lado. Por un instante los ojos de ambos se encontraron: los años no habían aplacado la animosidad que había entre ellos.

Por un momento se sintió complacido ante el oprobio por el que ella estaba pasando, el que aparecía en la prensa, en las leyes, en los carteles de las calles. De cerca también pudo apreciar su huella: en el rostro de la señora Stein se agitaba una torturada urgencia. El espíritu, lo mismo que el encorvado cuerpo, estaba a la espera del siguiente golpe. Como quien conoce la casa hasta el último rincón, se apresuró por el oscuro pasillo hasta desaparecer en el dormitorio de su señora. Él se quedó paralizado un instante junto a la puerta de entrada y después corrió tras ella. Aquella mujer tramaba algo, eso seguro.

Cuando consiguió alcanzarla, a ella ya le había dado tiempo a colgar el abrigo en el armario y a sentarse junto a la cama de su madre. Los ojos de esta no mostraron asombro alguno cuando la mujer, a la que llevaba más de ocho años sin ver, se inclinó sobre ella y le preguntó si necesitaba algo. Su madre dijo que no. La señora Stein le preguntó si la estaban cuidando bien y la madre de él respondió con un «sí» tan débil que, en realidad, significaba «no». La señora Stein, entonces, le tomó la mano y empezó a susurrar una y otra vez su nombre: Marlene, Marlene.

Thomas se imaginó a la señora Stein atravesando todo Berlín para ir a visitar a su señora en su ocaso, mientras ahora le explicaba con voz jadeante a su madre:

—Esta mañana me he encontrado por casualidad a *Herr* Stukart. Ha vuelto la cara hacia otro lado como si no me hubiera visto. Y yo me he dicho, no pasa nada, ya estoy acostumbrada a ver cómo mis viejos conocidos me saludan con la cabeza y se



alejan enseguida, cuando no aparentan no haberme visto. Yo siempre los saludo para mis adentros. Pero *Herr Stukart* se ha comportado de una manera algo extraña. Por eso me he parado junto a él y le he preguntado: «Señor, ¿hay algo que quiera decirme?». No he pronunciado su nombre, porque así siempre podrá decir que no me conoce. Entonces ha bajado los ojos y me ha susurrado: «*Frau Heiselberg* está muy enferma».

Su madre le ha susurrado algo, pero no ha llegado a los oídos de Thomas, que permanece allí de pie junto a la puerta, y la señora Stein ha asentido comprensiva. Thomas está indignado: todo eso le resulta demasiado familiar. Las miles de mañanas que pasaron las dos allí juntas en el dormitorio, secreteando, día tras día. Mientras que si alguien se les acercaba le parecía siempre estar violentando un reino en el que nadie tenía cabida excepto ellas. La señora Stein le arregló las almohadas a su madre, le acarició el pelo y después se inclinó y ocultó el rostro en el pecho de la madre de Thomas:

—Marlene, ¿cómo ha sido...? —susurró—, ¿cómo ha podido pasar?

Con qué ligereza obviaban las dos el abismo abierto entre ellas durante los últimos ocho años. Como si se hubiera corrido una cortina y apareciera un antiguo paisaje: ahí estaban de nuevo la señora soñadora que descendía de vez en cuando al mundo solo por recordar lo duro que este era, antes de volver a elevarse hacia las alturas, y la gobernanta de la casa, que habiéndose convertido en su mejor amiga había ido asumiendo poco a poco las obligaciones de la señora y elevando el muro que separaba a esta del mundo. Se diría que ahora se estaban rebelando contra las esquirlas del tiempo que les quedaban, y aprovechaban para lamentarse por los años transcurridos y las horas agotadas.

«¿Pretende usted protegerla como antes, *Frau Stein*? —pensó Thomas furioso al tiempo que abandonaba la estancia—. ¿Quiere usted protegerla por los años que sacrificó, por las faltas que mancharon su vestido de boda, por los errores? Para defenderla hay que dibujar la figura del verdugo. Pues adelante, aquí tiene usted un verdugo: una terrible enfermedad que debilita el cuerpo de su señora empujándola tercamente hacia la muerte. ¿Y todavía cree usted que va a poder hacer algo por ella?».

Thomas se quedó de pie en el amplio salón. Por orden de su madre, los gruesos cortinajes de terciopelo se encontraban siempre echados. Encendió una lámpara que estaba junto a un sofá cubierto de cojines rellenos de plumas y volvió la mirada hacia las réplicas de las esculturas: un Auguste Rodin, un «arco del triunfo» de cerámica, un pequeño Buda dorado que le había regalado un estudioso al que había conocido de joven y por el cual se había llegado a interesar por las religiones del Lejano Oriente. En el estante de encima de la estatuilla del Buda había una fotografía de Ernst Jünger con una dedicatoria: «A Marlene, que siente una maravillosa curiosidad por todo». Unas plantas artificiales rodeaban la abovedada chimenea adornada con unos azulejos de Delft con sus ridículos motivos de lagos y molinos de viento. A Thomas siempre

le había dado vértigo aquel salón, la cargante mezcolanza destinada a recalcar la amplitud de miras de la dueña de la casa.

Decidido a no hacer caso de lo que acontecía en el dormitorio, tomó asiento junto al escritorio y se dispuso a realizar las últimas correcciones al discurso que iba a pronunciar aquella tarde durante la cita que tenía concertada con los directores de Daimler-Benz. Su deseo era que al final de la tarde hubieran llegado a entender que la compañía Milton significaba la respuesta a todas sus aspiraciones. Era una lástima que la señora Stein, tan menuda ella, no se hubiera topado con unas cuantas noticias de la prensa en las que aparecía el nombre de él (por alguna razón oculta, sus conocidos jamás leían la página correcta del periódico correcto en el día correcto) y por eso no sabía nada de todos sus éxitos.

Mientras su padre y sus amigos despedidos del trabajo andaban por las calles de Berlín disfrazados de neumáticos, de bocadillos o de pastillas de chocolate, a él le había dado tiempo a idear un plan original y de lo más inspirado. Un buen día, unos dos años después de terminar los estudios en la universidad, leyó en el periódico que la compañía Milton, dedicada a la investigación de posibles mercados, se estaba asesorando con el fin de fundar una filial en Alemania. Esa compañía norteamericana, con sucursales por todo el mundo excepto en Europa, donde solo tenía una, en Inglaterra, había prendido la chispa de su imaginación cuando todavía estudiaba en la universidad. Por aquel entonces se había hecho amigo de un estudiante americano que estudiaba Económicas, y este le había hablado de Milton y de sus estudios de mercado que les llevaban a los europeos una delantera de por lo menos diez años. Ese fue uno de los pocos puntos de luz que Thomas vio mientras permaneció en la Universidad de Berlín: a principios de los años veinte le habían interesado los estudios de Sociología, luego la Filología, que además era muy fácil, aunque finalmente, por influencia de su madre —que creía que su hijo «sufriría un cambio de carácter» si acudía a una universidad en la que se concentraba un grupo de intelectuales de primer rango—, estudió Filosofía. Pero por lo general los estudios le parecieron una pérdida de tiempo, así que en el momento en el que obtuvo el título de licenciado dejó la universidad para ya no volver más.

En el invierno de 1926, a los veintitrés años, Thomas marchó a Londres, donde conoció a un americano llamado Jack Fisk y que era el director de la delegación europea de Milton Investigación Mercantil. Con la ayuda de un profesor americano que se consiguió, dedicó varios meses a pulir el inglés del discurso que iba a pronunciar allí. Se sentó en el desgastado sillón de piel del amplio despacho del director, que tenía el rostro surcado por un sinfín de arrugas y un impresionante mostacho, y examinó con curiosidad el gigantesco mapamundi azul, rojo y blanco claveteado con unas pequeñas banderitas que indicaban las numerosas filiales de Milton. Ante aquel pretencioso mapa comprendió que tenía razón: inspirándose en cierta observación de Schopenhauer (algún provecho sí parecía haber sacado de los estudios). —«Los americanos pueden decir de su vulgaridad lo mismo que dijo

Cicerón de la ciencia: únanse a nosotros»—, decidió inclinarse por una postura algo simple, que habría causado el rechazo de cualquier director alemán, pero que aquí resultó ser la decisión correcta.

El director lo examinó con desconfianza, como si no entendiera de dónde había salido aquel joven berlinés tan elegantemente trajeado y que llevaba atado al cuello un pañuelo celeste, al estilo francés, y un clavel en el ojal. Thomas cruzó sus largas piernas, le ofreció al americano tabaco holandés de la mejor calidad, encendió la pipa, le preguntó con simpatía de dónde había salido la idea de aquella mesa de trabajo con forma de barco pirata e inició su discurso:

—Estimado señor Fisk, he leído acerca de sus planes de inaugurar en breve una nueva Filial de Milton en el continente, y precisamente en nuestra casa, en Berlín. Ante todo, permítame que lo felicite en nombre de los berlineses. Como experimentado investigador mercantil que es usted, habrá tenido que estudiar en profundidad sus perspectivas en el mercado europeo. Aunque es evidente que habrá sacado sus conclusiones a partir del moderado éxito de su Filial en Inglaterra. Porque reconozcámoslo: Milton aún no pisa con paso firme en Europa y hasta podría decirse que lamentablemente no han llegado ustedes al continente. Y aquí va un pequeño aviso: en Berlín será todavía más difícil. ¿Que cómo lo sé? Pues muy sencillo. Cada comunidad tiene su propia escala de valores y los parámetros utilizados por la investigación mercantil con respecto a los americanos no son los adecuados para caracterizarnos a nosotros, los alemanes. Mis fuentes me han informado de que en sus reuniones con las distintas empresas alemanas usted se vanagloria de los sistemas de investigación de Milton y le cuenta a todo el mundo que son pura ciencia. Pero recuerde que esas pretensiones científicas son, en realidad, pura fantasía que usted pueda quizá llegar a venderles a los cándidos de los alemanes a los que les gusta «cientificarlo» todo, pero los dos sabemos que dentro de dos años hasta los mayores ingenuos se darán cuenta de que sus métodos no son efectivos en Alemania y terminarán por expulsarlo del mercado. La única ciencia que aquí funciona es la ciencia espiritual del nacionalismo alemán, mientras que usted, respetable señor, ha irrumpido de repente con su fajo de dólares, ¿con la intención de enseñarles cómo deben malgastar su dinero? Mi muy respetable señor, usted no comprende la condición del alemán. Aunque no es usted el primero a quien le pasa, ni tampoco será el último. La condición del alemán es difícil de entender. Hay quienes sostienen que nuestra tradición, nuestra investigación, nuestro arte y nuestra filosofía han llegado a formar aquí un mosaico apasionante de tipos humanos. Pero lamentablemente el alma germana es muchísimo más simple. Señor, se sorprenderá al descubrir lo fácil que es interpretarla y manejarla. A pesar de lo cual no se trata de la simpleza que conocen ustedes, los americanos, sino que se trata de una simpleza que para entenderla hay que estudiar en profundidad su núcleo más recóndito. Hay que llegar a comprender, por ejemplo, qué significa la burguesía intelectual en Alemania; porque no se parece en nada a los vocingleros nativos de ustedes de la costa este. En resumidas cuentas,

que se trata de una simpleza a la que solo se puede llegar tras una ardua labor de análisis. Aunque el último movimiento de una partida de ajedrez sea en apariencia sencillo, viene precedido por toda una esforzada estrategia.

—Pues últimamente Milton ha invertido grandes esfuerzos en el estudio del mercado alemán —dijo Fisk, arrellanándose en su butaca con el ceño fruncido.

A Thomas le parecía que esa reunión era un reto para el señor Fisk y que este disfrutaba poniéndolo a prueba.

—Con el mayor de los respetos, señor, debo decirle que antes verá a mi madre persiguiendo a los leones en el Coliseo que a los americanos entendiendo al hombre germano. ¿Ha leído usted a Ernst Jünger? Por supuesto que no. Es un buen amigo mío. ¿Y a Pauli, lo conoce usted? El anhelo por alcanzar la luz más poderosa está implantado profundamente en nuestro espíritu. Si no ha visto usted a la multitud en Winterfeldtplatz a altas horas de la noche observando fijamente las antorchas de la casa Nivea, usted no ha visto Alemania. ¿Conoce el adjetivo *völkisch*? Se trata en realidad de la definición de la esencia alemana, y no tiene equivalente en las demás lenguas. ¿Y la teoría de Naumann acerca del estado como «gran negocio» en beneficio del pueblo? ¿La conoce? Tenga entonces a bien, mi querido señor, reconocer que resulta algo forzado definirlo a usted como especialista entendido en el hombre germano... Bien cierto es que ahora la moneda alemana se ha estabilizado y que la situación económica ha mejorado, pero si hubiera estado usted en Berlín hace unos cuantos años, ¡habría aprendido muchísimo del verdadero carácter alemán! Habría usted visto a unas personas en apariencia racionales inventando un demencial sistema de estabilización consistente sencillamente en imprimir dinero y devaluar la moneda hasta que llegó a valer menos que una concha de la playa. Esa es la lógica germana: abocarse, por medio del desgaste, hacia la catástrofe. No entra dentro de nuestros planes detenernos ni aunque sea un momento antes. El hombre germano está formado por multitud de componentes distintos. Dirá usted que eso les pasa a todos los pueblos, y es cierto, pero la composición de las características alemanas, como por ejemplo la dosis del sentimentalismo que encierran, es única e irrepetible. Lo que quiero es indagar en una fórmula vencedora por medio de la cual podamos conquistar el mercado alemán. ¿Le sorprendería si le dijera que ya la tengo en mi poder? Pues le comunico que sí, que así es, porque he dedicado mi vida entera a estudiar al hombre germano. Y esa es la razón, señor, por la que le sugiero que colaboremos, ya que su intención es hacer negocio en Alemania.

—Muchacho, todavía no estás muy puesto en el asunto, pero no te falta talento y tu facilidad de palabra impresiona —dijo un Jack Fisk muy agitado.

Cuando Fisk se instaló en Berlín nombró a Thomas su ayudante, y al cabo de un año director de una nueva sección con un solo empleado a la que llamó «Psicología del Consumidor Alemán». Y haciendo honor a la verdad, hay que decir que Thomas creía haber nacido para ese puesto. Desde muy joven estaba convencido de que su mayor habilidad consistía en seducir a la gente para que comprara su producto

tañendo las cuerdas adecuadas del alma del comprador.

Partiendo de esa premisa guio sus asuntos con sabiduría. Tras presentar unas razones convincentes y unas gráficas con sus nuevas ideas, y todo ello haciendo gala de su habilidad para encandilar al prójimo, recibió del director de la compañía el permiso para ser el consejero del presupuesto del proyecto de investigación de la cadena Woolworth, uno de los primeros clientes de Milton Berlín. En la compañía se oyeron quejas en el sentido de que los alemanes no iban a depositar su confianza en una cadena popular proveniente de un país que aún seguían viendo como misterioso e indescifrable.

—De las encuestas realizadas por la empresa Milton en un determinado número de grandes ciudades se desprende que los alemanes no están en absoluto convencidos de que nuestros productos merezcan la pena —informó la señora Günter, que se había hecho con el título de vicepresidenta del Departamento de Investigación, cuando su verdadero papel era el de la caza y captura de clientes para los Milton.

Se trataba de una mujer rubia y menuda que, tras perder a su marido en la Gran Guerra y sacar adelante a dos hijos ella sola, siempre sobrevaloraba la opinión del consumidor alemán. A los ojos de Thomas era la comedida y razonable voz del viejo mundo. Como la señora Günter le molestaba, había planeado decapitarla — profesionalmente, claro está— antes de fin de año; porque tampoco es que hiciera falta ser un gran maestro en estrategias para conseguirlo. Entre tanto, para su gran conmoción, a ella no se le había ocurrido otra cosa más que subir los precios para aumentar las ventas.

—Lo primero que tengo que decir es que discrepo de *Frau* Günter: los alemanes, precisamente, sí sienten curiosidad por América —dijo Thomas—, y lo segundo es que propongo que Woolworth irrumpa en el mercado desde el cielo. Recuerdo a la perfección cómo todos se entusiasmaron aquí con aquel avión arrojando Persil desde el cielo, y eso que no era más que detergente para la ropa. Una cadena tan enorme como Woolworth lo que tiene que hacer es comprar el cielo de Berlín durante todo un mes. Expulsaremos a cualquier otra compañía —prosiguió Thomas—. Hay que evitar que la persona que alce los ojos hacia el cielo vea nada salvo una inscripción voladora, unos haces de luz o el rastro de los aviones de Woolworth, y si no hay más remedio, hasta utilizaremos aves. Alquilaremos todos los zepelines, todos los aviones y cualquier cosa capaz de volar. Y si la competencia se hace con cualquier artilugio volador, soy partidario de que se lo interceptemos.

A los americanos eso les gustaba. Por los libros que había leído y las películas que había visto, estaba convencido de que a los americanos les encantaban las frases atrevidas que expresaran una idea ambiciosa que al mismo tiempo asestara un golpe definitivo al enemigo: haremos esto y les demostraremos quiénes somos, haremos lo otro y los destruiremos, haremos esotro y ellos se habrán convertido en unos pobrecitos que tendrán que limitarse a vender baratijas en la calle. Cuantos menos tabúes tenga la idea, más se convencerán de que «este hombre es de los nuestros».

Tienen que creer que su hombre va a estar dispuesto a incendiar Dresde con tal de venderles una cafetera.

—Desde cualquier camión que tenga un foco, desde cualquier edificio, escaparate o parabrisas de coche tendrán que salir nuestros luminosos. El producto con su precio. Los productos con sus precios, uno tras otro.

—Suenan descomunales —dijo uno de los directores de Woolworth Europa.

—Conozco por casualidad a nuestros colegas de Paul & Netzel —dijo Thomas.

—¿Los que patentaron el avión que rota los anuncios? —preguntó la señora Günter.

—Los mismos —afirmó Thomas—, unos chicos increíbles que tienen guardadas en la manga un montón de patentes más. Propongo que Woolworth les compre esa patente.

—¿Necesitamos, realmente, un avión que cambie veinte anuncios en cada vuelo? Pero si somos una sola compañía —advirtió otro de los representantes de Woolworth.

—Ya lo he explicado... —dijo Thomas, con sus verdes ojos irradiando una amabilidad casi paternal—, no debemos actuar a lo loco y sin lógica, como se suele hacer en esta ciudad, sino que lo primero que haremos es publicitar un producto con su precio, y solo en una segunda etapa el resto.

—Suena interesante. ¿Podría usted concertarnos una visita con Paul & Netzel? —le preguntaron los de Woolworth.

—Naturalmente que sí —les aseguró un Thomas entusiasmado—, son muy buenos amigos míos.

Su ascenso en Milton fue vertiginoso. Muy pocos de los empleados de la empresa habían conseguido hacerse socios de ella, y muchísimo menos en un lapso de tiempo tan breve. Su cita de aquella noche con Daimler-Benz, además, por la que había luchado durante todo el último mes, podría suponerle el broche de oro a un año buenísimo. Desde que Daimler y Benz se fusionaron había soñado con trabajar en el nuevo coche, el Mercedes Benz. Pero las últimas frases de su discurso no le acababan de gustar, por demasiado artificiosas. El vago susurro que le llegaba desde el dormitorio de su madre le impedía concentrarse, por lo visto.

De niño, se sentaba en el suelo al otro lado de la puerta cerrada y escribía en un cuaderno lo que decían su madre y la señora Stein, aunque nunca había conseguido separar en dos voces diferentes el murmullo conjunto que allí tejían. Esa era la razón por la cual el cuaderno se fue llenando de retazos de frases hasta formar un único y larguísimo monólogo. Solamente por la noche, en su habitación, analizaba cada párrafo por separado y decidía a quién le encajaba mejor uno u otro, si a su madre o a la señora Stein, hasta que al final fijaba su propia versión del diálogo. Y cada vez que oía a una de las dos repetir una de las frases que él les había asignado, lo celebraba como una pequeña victoria.

El susurro enmudeció. Se oyeron unos pasos pesados. Thomas se levantó, pero la señora Stein volvió a adelantársele, pasó por su lado —los zapatos dejando en el

suelo una fina huella de barro— y se coló rauda en el cuarto de baño. Según parecía, seguía siendo partidaria de los paños de agua fría.

—*Frau Stein* —dijo Thomas en voz baja pero furioso—, ¿no hay un método más moderno? —cuando lo que quería preguntarle, en realidad, era: «Hannah Stein, ¿no ha oído usted hablar del Departamento de Psicología del Consumidor Alemán, de Milton, que soy yo? El socio gerente. Seguro que querrá usted oír lo mucho que he progresado durante estos últimos años. Después de todo, no somos unos extraños».

La señora Stein se acercó a él con las toallas en la mano. Llevaba un vestido muy ajustado que le marcaba mucho el abultado vientre. Al cruzarse sus miradas le vio en los ojos, conmocionados todavía por la enfermedad de su señora, el acta de acusación. Al principio la miró inocentemente: le costaba creer que se atreviera a dirigir contra él, aunque fuera con el solo pensamiento, aquella acusación. Pero entonces ella entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos estrechas rendijas, como si declarara: sí, eso es exactamente lo que opino.

La señora Stein tenía la maravillosa capacidad de organizar los acontecimientos de manera que cuadraran a la perfección con su idea preconcebida de la historia. «Hombres contra mujeres» era uno de sus mecanismos preferidos de interpretación de la realidad. Durante el tiempo que había trabajado en casa de ellos levantó un muro entre la maldad de los hombres —es decir, el padre y el hijo—, y la débil madre y esposa. Erika Gelber tendría decididamente unas cuantas cosas interesantes que decir al respecto. Thomas encerró por un momento en su imaginación a la señora Stein en la clínica de Erika Gelber: la tendió en el duro diván y la obligó a responder a las preguntas de la psicoanalista, a confesar sus sueños, a enfrentarse al lamentable hecho de que existían otros puntos de vista. Porque no era una mujer como la señora Stein, desde luego, que siempre creía estar en posesión de la verdad, la que iba a permitir que nadie le revelara algo nuevo. A sus ojos, todo lo que ella desconocía formaba una sola y gran mentira, porque las buenas personas, que eran las menos, dicen la verdad y jamás la traicionan a una, mientras que todas las demás son unas mentirosas. Por ese motivo la traición de la madre de Thomas le había producido tal conmoción. Cuando se habló ya del asunto del despido de la señora Stein, su madre le pidió que contribuyera económicamente para poder mantenerla, pero él se negó aduciendo que su sueldo como empleado de Milton era muy pequeño, «además, mamá, de que *Frau Stein* lleva trabajando aquí desde hace más de veinte años y hay que saber dejar atrás a las personas...».

La señora Stein se marchó de la casa a finales de 1930 dejándolo al cuidado de su madre, y ahora, al cabo de ocho años, la encontraba en su lecho de muerte. Naturalmente que estaba convencida de que si ella se hubiera quedado allí, nada de eso habría sucedido. Y resultaba curioso que siguiera sintiendo la necesidad de proteger a la mujer que la había despedido. Era muy posible, pues, que la señora Stein tuviese una extraña clase de fidelidad, o quizá fuera que existe un tipo de persona que se niega a abandonar viejos hábitos.

—*Frau Stein* —exclamó Thomas, esbozando una desenfadada sonrisa y con los ojos relumbrantes; hasta la señora Günter había reconocido que tenía unos ojos cautivadores de puro serenos—, ¿ha llegado a sus oídos que su fiel esclavo ha sido nombrado socio gerente de la compañía Milton y director del Departamento de Psicología del Consumidor Alemán incluidas las filiales de París, Varsovia y Roma? Todas esas sucursales las he creado yo. Y ahora resulta que, de pronto, esos francesitos tienen sus propias ideas. *Frau Stein*, si estuviera usted en mi piel, ¿les permitiría usted a esos franceses reorganizar el trabajo de su filial? Porque para formar parte del entramado de Milton lo que tendrían que hacer, en realidad, es adoptar nuestra forma de trabajar, ¿verdad? Por eso les he dicho: «No puede ser que la sucursal de Francia utilice unos modelos del siglo pasado». Y eso suponiendo que exista el espíritu francés... Y seguro que estará usted de acuerdo conmigo en que la cualidad de esa definición tan bella desprovista de contenido como es el espíritu francés viene a ser la cualidad de defender la moda a cualquier precio.

—Yo no compro jamás los productos de los anuncios —sentenció la señora Stein.

—Era de suponer —se solazó Thomas, recalcando todas y cada una de las sílabas, porque le encantaba despotricar contra ella.

Ese era uno de los extraños fundamentos de su relación con la señora Stein: ella se comportaba como si todos los comentarios de él la asquearan, pero por lo general se quedaba a escucharlo. La señora Stein tenía un punto que nunca dejaba de sorprenderlo porque era como si se resistiese a creer que pudiera existir alguien como él.

—Todos los estudios muestran que la clase obrera en Alemania siente aversión hacia la publicidad y las razones son bien claras. La publicidad está dirigida a las personas con dinero, hacia las personas que envidian a la gente adinerada, hacia las que creen que llegará el día en que tendrán dinero o las que aparentan tenerlo.

—*Frau Heiselberg* me ha pedido que me quede con ella unos días —le anunció la señora Stein.

—Delira. Eso es absolutamente imposible, y usted lo sabe muy bien —le espetó él furioso.

Despreciaba a las personas que se niegan a aceptar los hechos más simples. Pero de pronto recordó que tenía que procurar no mostrar cambios de humor demasiado drásticos en presencia de extraños, porque podían llegar a perder la confianza en su amabilidad, aunque enseguida se recordó a sí mismo que solo se trataba de la señora Stein.

—Pues no pienso irme de esta casa —dijo ella.

—Eso no va a poder ser. La gente habla. Quizá alguien la haya visto subir las escaleras y no la vea bajar. Lo que tiene usted que hacer, en realidad, es marcharse de inmediato.

—Su madre requiere de mi ayuda, y pienso responder a su petición —concluyó la señora Stein.



—*Frau* Stein, ¡el asunto no admite discusión! No tengo tiempo para estar aquí peleándome con usted. Se le están calentando las toallas. Vaya a ponérselas a mi madre en la frente y salga usted a continuación de esta casa. Tengo prisa. Dentro de dos horas, a las siete, tengo una reunión de trabajo con Daimler-Benz...

Oyó que su madre lo llamaba por su nombre desde el dormitorio. Se apresuró a acudir.

—Thomas —susurró, incorporándose con gran esfuerzo en la cabecera de la cama —. Thomas, quiero que *Frau* Stein se quede aquí unos cuantos días.

—Mamá, pero eso es imposible, esa mujer nos va a poner en peligro.

—Thomas, querido, yo ya hace tiempo que estoy en peligro —le dijo tendiéndole la mano.

Él la tomó y le acarició los finos dedos. Sintió una punzada de dolor al acudir ahora a su memoria aquel ritual de hace años: él siendo un muchacho ante el espejo de la habitación de su madre, porque siempre se había sentido atraído por el espejo enmarcado en madera y la tamizada y embellecedora luz del dormitorio. Su madre tendida en el lecho y la señora Stein sentada en una silla junto a ella. Las dos hablando de él como si él no estuviera presente. «El chico se pasa el día en el espejo peinándose como los pimpollos del cine. ¡Se lo hemos dado todo! Le hemos puesto a los pies la cultura más exquisita. Filósofos y músicos han sido sus profesores y hasta he hecho venir aquí solo por él a Ernst Jünger, uno de nuestros escritores más famosos, y al niño no se le ocurre preguntarle otra cosa que si ha estado en América... Le he dado, de entre todo, lo mejor, ¿y él? Todavía será capaz de venderle el alma a Pluto. Míralo, arreglándose el pelo como una mujer y dando todo el día vueltas por la calle con ese tal Hermann Kritzinger, el hijo del estafador que anda vendiendo sus falsos inventos. Andan haciendo todo tipo de negocios y trapicheos con los harapientos chicos de Oranienburgstrasse, esos que venden sus cuerpos a los diplomáticos franceses».

El espejo tenía unos alerones que se podían mover hacia la derecha y hacia la izquierda hasta formar un triángulo que duplicaba la imagen reflejada en él. A Thomas le encantaba plegar los alerones para ver cómo los rostros de aquellas dos señoras se estiraban o se ensanchaban: la cara hinchada como un globo, la cara diminuta como un anillo, la cara de goma estirada de extremo a extremo del espejo, la cara fina como un lápiz o ensanchada por la base como la falda de una montaña; los ojos de la señora Stein junto a la boca de su madre, una frente nívea junto a unas rosadas mejillas, unas cejas hirsutas bajo un pelo similar a una piel de zorro.

—Mi querido Thomas, solo te pido eso.

A él le resultaba insoportable el contacto de aquellos delicados dedos que había dejado de acariciar, porque sabía que pronto ya no estarían ahí.

—Tengo una reunión, mamá, estoy con prisa. Los clientes nos han presentado una lista de peticiones con la que no vamos a poder cumplir. Los tiempos han cambiado, la gente está ahorrando, tiene miedo de que venga una guerra...

El deseo de marcharse de allí vibraba en todos y cada uno de sus músculos.

Su madre se dio cuenta de ello. Le lanzó una mirada distante que lo devolvió a su condición de niño sermoneado —ahí estaba otra vez mendigando una mirada maternal— y cerró los fríos dedos alrededor de la mano de él. Ahora iba a resultarle mucho más duro negarle la petición.

—Pues al menos deja que *Frau* Stein se quede hasta que vuelvas. Hoy no quiero estar sola.

—Si no hay más remedio, mamá —dejó escapar finalmente.

La cara de ella fue toda felicidad. Se apresuró a liberarle la mano mientras lo expulsaba ya de allí con la mirada.

«Qué volátil es el amor de tu madre», le había dicho un día Erika Gelber.

Thomas abandonó la habitación mientras se cruzaba con la señora Stein, que llevaba las toallas apretadas contra el pecho. El agua goteaba por el suelo. La miró furioso. No había nada en el rostro de la señora Stein que mostrara su satisfacción, pero a pesar de ello los dos sabían que ella, más que celebrar su victoria, disfrutaba de la derrota de él.

\* \* \*

Thomas ordenó al chófer que aparcara ante la fachada principal del edificio para que los invitados vieran el nuevo Mercedes Benz de la compañía Milton y subió a toda prisa por las escaleras. Liberó sus pensamientos de la trampa de la señora Stein y los lanzó con fuerza en dirección a la cita que tenía concertada con los clientes. (Erika Gelber no creía que fuera capaz de dominar su voluntad ni que le bastara con tomar la determinación de centrarse por entero en un solo asunto. «Vosotros, los científicos del espíritu, no confiáis lo suficiente en la determinación de las personas», le había dicho él muy enfadado, en una ocasión). Se quitó el abrigo y se lo entregó al conserje al tiempo que le dirigía una mirada de advertencia: «Ahora no es el momento de recordarme lo del aumento de sueldo ni de volverme a contar que tu hija se ha casado y necesita piso».

Mientras tanto repasaba el discurso que iba a pronunciar en el encuentro: durante los próximos meses no se esperaba un aumento significativo de ventas de coches de lujo, especialmente ahora que el Volkswagen se había vuelto tan popular. Hasta los ricos iban en ese triste coche, y todo por identificarse con el pueblo<sup>[1]</sup>. Daimler-Benz necesita un proyecto nuevo, popular pero que al mismo tiempo tenga un aire un poco suntuoso, un coche que no te vade el bolsillo, que le diga algo a un público amplio pero que a la vez hechice a los amantes del lujo, en definitiva, que lo que tenemos que hacer es inventar el coche del pueblo del decenio que viene. Se trata de un plan anual basado en el principio de la aceleración de un coche: para llegar a la máxima velocidad hay que ir acelerando gradualmente, ¿no es cierto? La magia del secreto es alcanzar la mayor velocidad en el momento adecuado.

Thomas permaneció de pie en su despacho —la mayor parte de las horas de trabajo prefería pasarlas de pie, postura que le confería una agradable sensación de fuerza y vitalidad— y llamó a las dos secretarias. Ya con una semana de antelación había avisado a todos los empleados de la compañía de que ese día debían quedarse en la oficina hasta bien entrada la tarde. Había que transmitirles a los de Daimler-Benz un mensaje muy claro: «Milton va a estar a vuestro servicio en todo momento». Empezó a dictarles unas cartas dirigidas a los directores de las sucursales de Milton en Europa por medio de las cuales los invitaba a la fiesta tradicional que la compañía da en Berlín para celebrar el año nuevo. Cada una de las cartas sería sazonada con unos detalles personales más o menos afables en función de los logros de cada sucursal. A continuación llamó a un empleado de rango inferior para que preparara la documentación de la inminente reunión con uno de los clientes más pequeños, le dio diez minutos para presentar los puntos principales, le hizo las observaciones pertinentes y le pidió el documento corregido para principios de semana. Mientras el empleado recogía los papeles de la mesa, se puso a hablar por teléfono con su amigo Schumacher, del Ministerio de Economía, para decirle que anotara unas ideas y unos cuantos nombres de compañías a las que debían proponer los excelentes servicios de Milton. Después de ocuparse de unos pocos detalles más, se plantó delante del espejo, se atusó el pelo, se alisó las arrugas de la americana y salió hacia la sala de reuniones.

La señora Günter se encontraba en el distribuidor que daba a los despachos de la dirección, entre la carta de agradecimiento enmarcada de Peugeot y la de la fabrica de dulces Wedel de Varsovia, ocultando el rostro tras un periódico. Aquellas halagadoras cartas las habían enviado los dientes de unas sucursales que, por supuesto, él había fundado.

La cara rosada de la señora, cubierta ahora por su espeso maquillaje, asomó de detrás del periódico. Se acercó a él retorciendo con los dedos el cuello del vestido azul que llevaba puesto.

—*Frau* Günter, hoy está usted más guapa que nunca —exclamó Thomas disponiéndose a entrar en la sala de reuniones—, ha llegado la hora de acabar con todos estos pequeños asuntos de trabajo y marcharse a festejar con uno de sus muchos pretendientes.

—Pero si nos pidieron ustedes a todos los empleados que nos quedáramos hasta tarde —dijo dolida.

—De acuerdo, pero está más que claro que no nos referíamos a usted, *Frau* Günter, porque usted es un caso único y especial.

—¿Está usted enterado? —insistió ella, plantándosele delante hasta obligarlo a detenerse.

—Sí, por supuesto que sí —dejó escapar entre dientes muy furioso.

La señora Günter, hábil cazadora de tiempo sin igual, siempre estaba al acecho del más mínimo momento libre de cualquiera para importunarle con nimiedades.

—Von Rath ha muerto.

—Pues dígale a Elisabeth que prepare la corona de flores y la carta. Yo tengo que entrar ya en la reunión.

—¿Qué carta? —se sorprendió la señora Günter.

—*Frau* Günter, pero ¿qué clase de pregunta es esa? —le respondió muy serio—. No podemos darles la espalda a nuestros clientes ni siquiera cuando han muerto. Vamos a seguir trabajando con la compañía Richard Lanz todavía durante muchos años.

—Thomas, no tiene gracia. Von Rath no trabajaba con nosotros, era el secretario de la embajada en París...

—Conozco el caso a la perfección, *Frau* Günter —la interrumpió impaciente—, hace dos días que no se habla de otra cosa. Puede que usted no lo recuerde, aunque una de sus funciones sea la de recordar, pero el director de Richard Lanz se llama Von Kraft, un nombre muy parecido.

El asombro que reflejó la cara de ella produjo en él cierta hilaridad: la señora Günter volvía a no entender cómo era posible que Thomas se atreviera a dudar de su profesionalidad mediante una demencial frase declarada como verdad sin derecho a réplica. La señora Günter, como Else, su exmujer, insistía en hablarle sermoneándolo para después molestarse por aquella alegría tan thomasiana que parecía anunciar: el mundo es un juego, no tiene sentido buscar en él ni verdad ni mentira, de manera que ¡limitaos a jugar y no os hagáis mala sangre! Thomas había oído que para sus adentros la señora Günter llamaba en broma a aquel comportamiento la «ética heiselbergiana».

—Además, siento un gran respeto tanto por las empresas como por las personas que tienen sueños pequeños, como el de Richard Lanz. Porque como usted muy bien sabe, *Frau* Günter, no todo el mundo está destinado a conquistar el mundo.

Confiaba en que el asunto de Von Rath no fuera a retrasar la reunión. En las calles, sin embargo, se notaba una actividad febril, como si otro atronador desfile fuera a ocupar el centro de la ciudad impidiendo a la gente trabajar. Hacía un rato, al pasar en el coche blindado por Kurfürstendamm, había visto a algunos de los inconformistas del viejo grupo de Hermann Kritzinger, un amigo de la adolescencia. Hacía ya tiempo que Hermann no iba con ellos porque vestía el resplandeciente uniforme de las SS, mientras sus excompañeros se habían quedado bien atrás.

—Thomas, dicen que se avecinan muy malos tiempos —siguió dándole la lata la muy preocupada señora Günter.

—Tengo que ir a la reunión —respondió un distraído Thomas.

En el verano de 1923, una semana después de que despidieran a su padre de la fábrica de Junkers, se encontraba Thomas sentado en el extremo de una cafetería de Unter den Linden. Su padre se estaba quejando de la locura que había asaltado a Alemania. Y es que realmente aquellos fueron unos días muy extraños: parecía como si el mundo que habían conocido se hubiera puesto una camisa de fuerza mientras

susurraba su fin, al tiempo que las masas alzaban los anhelantes ojos a los resplandecientes anuncios del cielo de la ciudad. Los billetes de banco se imprimían con la imaginación. La gente arrastraba carritos llenos de sueldos con millones y por la tarde todo ese montón de papel ya no valía ni para comprar una cerveza y una salchicha.

De repente, irrumpió en la cafetería el grupo de Hermann. Thomas lo saludó con un movimiento de cabeza, como de costumbre, pero Hermann volvió a aparentar no haberlo visto. Ese había sido su comportamiento desde que terminaron los estudios. En una ocasión Thomas se había encontrado con él por casualidad y lo había saludado, pero Hermann lo miró de una manera muy extraña, como si le bastara oír la voz de Thomas para sentir náuseas, y no dijo nada.

Thomas no comprendía el motivo de aquel comportamiento. ¡Pero si hubo un tiempo en que eran muy buenos amigos! Cuando el padre se suicidó dejando a su mujer y a sus hijos sin absolutamente nada, fue Thomas el que vendió en su nombre y a un precio exorbitante lo poco que tenían para después acoger a Hermann bajo su protección.

Aquel había sido un caso realmente triste. Después de la guerra, el negocio se les vino abajo; El Mundo de los Juguetes de Kritzinger, una tienda que importaba pequeños artilugios eléctricos de América, juguetes, curiosos inventos que los barcos traían de ultramar, unos productos no precisamente necesarios pero que a la gente, sobre todo a la de aquí, le encantaba comprar aunque fuera algo sin provecho. La cuestión es que un buen día Kritzinger, el padre, se quedó sin dinero para comprarles a los americanos ni un triste lapicero. Estos, al principio, le fiaron, pero después contrataron a un abogado para que lo demandara. El abogado se llevó el gato al agua y el padre de Hermann se tendió sobre las vías del tren. Thomas prefería a los que saltaban de lo más alto de una torre. El momento de tomar impulso, el vuelo, por lo menos un instante de gloria. ¿Por qué no sacarle aunque fuera una última cosa buena a la vida, por mínima que fuera?

Tras la muerte de su padre, Hermann pasaba verdadera hambre, pero Thomas se portó muy generosamente con él y le enseñó cómo conseguir un montón de cosas en Berlín. Por lo menos una vez a la semana, después de clase, salían a dar una vuelta por los hoteles de lujo: Thomas se hacía pasar en recepción por un príncipe ruso exiliado para quien el lujo alemán era ofensivo por su parquedad, y Hermann hacía el papel de fiel servidor llevándole la maleta. Si alguno de los conserjes del hotel hacía demasiadas preguntas, Thomas lo atacaba con una cascada de furiosas frases en ruso que Hermann traducía como otra cascada de insultos y amenazas, pero por lo general los conserjes reculaban reverenciando al joven príncipe.

Entonces se dedicaban a vagar por los pasillos, subían y bajaban por los ascensores y por las escaleras, con un solo propósito: llenar la maleta de comida. A veces se encontraban con un cesto repleto de panecillos o un platillo de mermelada a la puerta de alguna de las habitaciones, pero por lo general lo que buscaban era la

celebración de algún evento: una recepción en honor a los directores de Siemens-Schuckert, el histórico festejo de reencuentro de los del clan Brunner, una fiesta de productores de cine americanos. En ocasiones como esas resultaba de lo más sencillo hacerse con unos crujientes panecillos, unas salchichas ahumadas y unos quesos, y los días de suerte había hasta asado con ciruelas. Otras veces, incluso se aventuraban a sentarse en el restaurante del hotel, porque Thomas era único para encandilar a los camareros poniendo la inocente cara de sorpresa de un muchacho criado entre algodones que no puede ni imaginar que su padre esté llegando tarde a la comida, porque nunca ha tenido ocasión de experimentar que exista algún placer que él no pueda alcanzar con un solo y perezoso gesto de la mano. Y pasaron también por lo de aquella noche de verano en la que tomaron vino en el salón de fiestas del hotel Adion escuchando con gran placer el *Divertimento* de Mozart y donde con una asombrosa calma, como si dispusieran de todo el tiempo del mundo, metieron en la maleta forrada de papel un arenque a la pimienta inglesa y muchísimo salmón ahumado. Hermann se había quedado observando a aquellos hombres tan respetables con sus chaquetas que cambiaban de color ante la potente luz y le dijo a Thomas, medio con admiración medio con enfado: «Las personas, cuando están contigo, aprenden enseguida a falsear su comportamiento con tal de agradarte. Tu manera de ser empuja a ello».

Así se lo agradecía.

Sea como fuere, tampoco en esta ocasión le respondió Hermann al saludo. Sus amigos bebían y conversaban entre grandes voces hasta que al final se les acercó el viejo camarero dando traspies para presentarles la cuenta. El viejo sabía perfectamente la misión que le acababa de encomendar su jefe, un cobarde que se había quedado parapetado tras la barra empuñando una pistola cargada.

—¿Cinco millones quinientos mil marcos? —exclamó uno de ellos—. ¿No podíais, por lo menos, haberlo redondeado, apestosos perros?

Aquel grupo de salvajes se puso en pie a una vociferando mientras dos de ellos quemaban la cuenta y obligaban al camarero a sujetar el papel ardiendo al tiempo que cantaba un nuevo precio. El camarero gritaba de dolor y las venas del cuello se le hinchaban retorcidas como la soga de un ahorcado. Finalmente recibió un fuerte empujón de Hermann y cayó al suelo agradecido por haberse liberado del papel en llamas.

—*Nicht satisfaktionsfähig*<sup>[2]</sup> —gritó Hermann.

Thomas se dio cuenta de que Hermann se había arriesgado mucho al hacer eso. Algunos de sus amigos podían llegar a comprender que el empujón había tenido como propósito librar al camarero de la cuenta en llamas. En resumen, Hermann había mostrado piedad sin motivo aparente, de manera que Thomas supuso que ahora se vería obligado a demostrarles la crueldad de la que era capaz.

Hermann se subió a una silla, blandió su bastón y gritó:

—¿Estáis locos? Si ya no podíamos pagar la cifra anterior, ¿encima pedís más?

¿Cómo es posible que durante el par de horas que llevamos aquí sentados el precio haya aumentado en un cuarenta por ciento? ¿Es que ya no va a poder uno ni tomarse una cerveza en esta maldita ciudad?

Y dicho esto, lanzó el bastón contra el ventanal de la cafetería.

Sus compañeros lo observaban con sorna. ¡Qué escena tan patética! ¿Esperaba que creyeran que su intención había sido romper el cristal?

—¿No es aquel uno de tus amigos del instituto? —le susurró su padre.

—Sí, pero hace años que se comporta como si yo fuera un leproso, el muy bellaco —le respondió Thomas distraído y sin poder apartar los ojos de Hermann.

Por lo visto, este comprendió que no le quedaba otra. Quien quiera ser un matón debe obedecer unas leyes. Bajó pesadamente de la silla y miró a su alrededor. El sol reflejaba en sus ojos una luz dorada. Los cerró y volvió a abrirlos con cautela. Sus amigos seguían allí en tensión como si estuvieran escuchando un discurso en una asamblea, las camisas algo arrugadas, las gorras echadas hacia delante, las manos sujetando la hebilla del cinturón. Hermann se dio la vuelta, izó por el aire una silla con ambas manos, miró en redondo por la cafetería y a Thomas le pareció ver cierta pena en sus ojos. Entonces dobló el cuerpo y dándose un gran impulso lanzó la silla contra el ventanal. La luna se hizo añicos y cayó sobre dos señoras mayores que tomaban el café de la tarde. Sus amigos lo aclamaban a voces y le daban palmadas en la espalda mientras el resto de los clientes de la cafetería lo miraban fijamente. Algunos, según parecía, apoyaban su acción o por lo menos se identificaban con la furia que lo embargaba. Thomas no salía de su asombro al ver que también su padre parecía asaltado por una extraña vitalidad mientras comentaba lo sucedido con algunas personas, muy satisfecho de la actitud de Hermann.

—Me pagaban semanalmente —se puso a contarles a los de las mesas cercanas —, después pedí que se me pagara el salario del día porque el dinero que me daban al final de la semana servía de bien poco el mismo lunes. Mi jefe me dijo que volviera a leerme el contrato de trabajo firmado por mí: «Estimado *Herr* Heiselberg, ¿ve usted algún apartado en el que se hable de un salario diario?», me dijo, el muy canalla. «¿Cómo es posible que los trabajadores anden siempre exigiéndole más y más a la empresa? ¿Es usted comunista, o algo así? ¿Dice, acaso, su contrato cómo tiene usted que indemnizarnos en tiempos difíciles, cuando no tenemos ni un solo cliente en el mundo que nos haga un pedido? Si hasta en Mozambique se ríen de nosotros, y eso que teníamos planes de hacer negocio juntos. El pueblo alemán yace en el suelo y todos se dedican a despedazarlo. Nuestra economía ha descendido a los infiernos mientras los demás se ríen como si disfrutaran con ello».

—¡Qué insolencia! —exclamó alguien.

—Yo le habría dado un puñetazo en plena cara —dejó escapar entre dientes un chico joven con una camisa marrón, por lo visto uno de los del grupo de Hermann.

—A la mañana siguiente me despidieron —se lamentó su padre en un tono entre dolido y desafiante, claramente destinado a instigar todavía más a aquel reducido

público.

No hacía caso de los disimulados avisos de su hijo, que llevaba todo ese rato mirando fijamente el suelo y apretándole la muñeca con la intención de que se callara.

—Los ricos no tienen vergüenza —exclamó una mujer joven y le hizo una caricia a su hijito.

—Ni pizca de vergüenza —vociferó el padre de Thomas.

Un sudoroso Thomas se dejó caer en su butaca de siempre, que era un poco más alta que el resto de las butacas de la amplia sala de reuniones. La luz blanca le golpeó la cara. Ya ni sabía las veces que había pedido que cambiaran la iluminación de la sala porque le resultaba insoportable que imitara la luz del día.

Así que la señora Stein era mucho más lista de lo que él había supuesto. Ahora entendía por qué había aparecido en casa de ellos precisamente hoy, después de que se hubiera hecho pública la noticia de que Von Rath había muerto. Esa mujer era una pesadilla que lo perseguía desde niño. Con gusto la hubiera puesto a merced de Hermann y sus amigos, aunque no estaba muy seguro de que esas nulidades fueran a ser capaces de hacer bien su trabajo.

Eran casi las siete, y Karlson Mailer todavía no había llegado al despacho. Resultaba muy extraño, porque la reunión con Daimler-Benz incumbía en no poca medida a Karlson, quien todavía ejercía, al menos oficialmente, como director de la compañía. En realidad, dirigían el negocio juntos, pero Karlson, el hombre de confianza del dueño, conservaba el derecho a la última palabra. Tenía la misma edad que Thomas, era alto, llevaba el pelo muy corto y sus mandíbulas parecían las de un depredador. En sus negros ojos se agazapaba un enorme aburrimiento, cualidad esta que empujaba siempre a Thomas a intentar interesarlo por algo. Pero lo que más molestaba a Thomas era la fama que Karlson se había ganado, gracias a la creencia que había plantado en los demás de que a él no se le podía robar ni un segundo de su tiempo. Hasta los clientes lo trataban con sumo respeto. Thomas había llegado a entender que los complicados vínculos humanos —los que se apartan de las relaciones de negocios existentes entre el cliente y la empresa como los contratos, las gráficas y los índices— carecen de toda regla y lógica. Karlson Mailer tocaba las fibras más ocultas del espíritu de su interlocutor y llevaba a la gente a obedecerlo incluso si con ello contradecían los principios más elementales de lo que es hacer un buen negocio. Aquel hombre despertaba la mayor de las admiraciones por el mero hecho de existir, porque lo que son ideas brillantes, no había tenido ni una sola en toda su vida.

Al contrario que Karlson, Thomas era un hombre que avanzaba a saltos. Aproximadamente un año después de haber entrado a formar parte de Milton, pasó por una temporada apasionante durante la que creó el Departamento de Psicología del



Consumidor Alemán. Pasó otro año, y aunque el departamento se había hecho con una buena clientela, él se dejó caer en una especie de apatía que parecía presagiar que nada nuevo iba a suceder ya. Un día seguía a otro y Thomas no podía entender cómo se había ido esfumando todo ese tiempo.

En el verano de 1929 llegó el momento de su ascenso en la compañía. Los directores generales de Milton viajaron a Sevilla a la Exposición Iberoamericana y él fue escogido para acompañarlos como representante de la filial alemana. La señora Günter, que no había sido invitada, se sintió muy ofendida y amenazó con despedirse.

—*Frau Günter*, no lo entiendo —se hizo Thomas el inocente—, cuando vuelva se lo contaré todo, hasta haremos fotos para usted. Le parecerá haber estado allí.

En aquel viaje providencial a España tuvo la idea que iba a cambiarle la vida: se encontraba entre Jack Fisk y Karlson Mailer en el segundo piso de la plaza de España, la espectacular plaza construida con motivo de la Exposición, palpando el recubrimiento de terracota y la mirada vuelta hacia el piso inferior, donde los bancos adornados con los mapas de las distintas provincias españolas rodeaban la hermosa explanada. De pronto sintió como si un cálido torrente le inundara todo el cuerpo; cerró los ojos y vio en su imaginación una plaza similar que sería el centro de la compañía Milton, mientras ellos, los directores, estarían arriba entre los arcos y a sus pies las sucursales de Psicología del Consumidor del espíritu francés, español e inglés.

Pasaron otros dos años hasta que la sucursal alemana volvió a estabilizarse bajo la dirección de Karlson Mailer, que sustituyó a Jack Fisk como director de Milton Berlín. Llegado el momento oportuno, Thomas desplegó ante él, en aquella misma sala de reuniones, su ambicioso plan de expansión. Karlson perdió dos meses entre dudas, pero al final, después de que Thomas hubiera consultado también a Fisk, quien mientras tanto había regresado a Nueva York, donde fue nombrado vicepresidente de la compañía, se vio obligado a dar el visto bueno al plan. Entonces comenzó una época maravillosa, la mejor de la carrera de Thomas. Todas las mañanas tejía con las nubes de la imaginación los distintos mapas posibles de Milton Europa, y el cielo que se divisaba desde su despacho lo empujaba a creer que se iba a comer el mundo. Salió de viaje de negocios a Roma, Varsovia, Londres y París, conoció otras sociedades y otras culturas, cada una de ellas con sus propias exigencias de mercado... Y cuando en una de las reuniones Karlson dijo «veo que hemos criado en esta compañía un pequeño Alejandro Magno», Thomas le respondió, decidido a evitar un enfrentamiento personal: «No tienes por qué temer ningún reto, querido amigo. Vamos a conseguir crear una red paneuropea que al menos aparentemente funcione según una coordinación y unas leyes bien firmes pero que al mismo tiempo asimile la mentalidad de todos los lugares en los que haya sido implantada».

Conoció a decenas de personas, algunas de las cuales lo inspiraron con ideas de lo más fructíferas, y todos esos encuentros le produjeron una ambición tan grande que no le daba reposo. Llegó a planear que para 1940 habría en Europa diez filiales de

Milton. Por la noche, en los trenes, imaginaba un Tren Milton que estaría al servicio exclusivo de los empleados de la compañía. Soñaba con un gigante americano que le tendía la mano y juntos sobrevolaban los océanos conquistando el continente de una sola vez. Y después el Lejano Oriente, el Imperio británico, Australia, la India... ¿Sería el mundo lo bastante grande para ellos?

Thomas se despertó de repente. En la sala de reuniones apareció un hombre con gafas, de estatura media, cuyos robustos brazos estaban enfundados en un traje muy bien planchado de funcionario y que llevaba en el cuello de la camisa un broche de oro. Saludó a Thomas con un movimiento de la cabeza y se dirigió con una leve cojera hacia la butaca de enfrente.

—Un accidente de esquí en Cortina —dijo señalándose la pierna de la que cojeaba—. Mi mujer, la pobre, se rompió la clavícula.

Al principio el hombre no mostró ningún interés por Thomas, que vio en él a uno de esos funcionarillos de apariencia idéntica que llenaban las calles durante los últimos años y que ganaban entre doscientos cincuenta y mil marcos imperiales al mes. Al parecer lo habían enviado allí para informar a Karlson de que estaba en contacto con todos los ministerios y oficinas del estado.

El hombre se sentó, volvió a mirar a Thomas, apuntó con el dedo hacia la puerta y dijo muy bajito:

—Ciérrela, por favor.

Mientras Thomas cumplía la orden que le acababan de dar, se sintió preocupado por varios motivos. Eran las siete y cuarto. ¿Dónde estaba Karlson? ¿Dónde estaban los representantes de Daimler-Benz? Además, odiaba las reuniones que no habían sido fijadas por los canales convencionales y para las que no se había preparado a conciencia. Y sobre todo comprendía que el hombre que tenía sentado enfrente no dudaba de su importancia, y según parecía, estaba en lo cierto.

—Compañía americana Milton y Psicología del Consumidor Alemán. Qué nombre más rocambolésco —masculló el hombre.

—Según parece se interesa usted por el tema, porque de lo contrario no nos honraría con su presencia —dijo Thomas tensando el cuerpo como para recalcar su buena condición física.

Sus temores se habían disipado. Siempre le daba la impresión de que en los momentos de incertidumbre sabía crecerse por encima de los demás. Nunca permitas que los demás puedan llegar a tener la sensación de que no mereces el puesto que ocupas, que hay algo que ellos hacen, o que traman hacer, que pueda cogerte por sorpresa.

—Me siento muy honrado de poderle hablar un poco de nuestra compañía.

—Georg Weller —se presentó el hombre y a Thomas le dio la impresión de que descuidaba la pronunciación correcta del nombre a propósito.

—Mi nombre es Thomas Heiselberg y dirijo esta compañía junto con *Herr Mailer*.

—Naturalmente, naturalmente —dijo Weller con cierto tono de chanza—. Me ha impactado tanto el impresionante despacho que he descuidado las formas. He tenido el honor de servir en el Ministerio de Asuntos Exteriores como consejero jefe del doctor Karl Schnure. Por casualidad he ido a parar a esta zona y me he acordado de que *Herr Mailer*, con el que tuve el honor de encontrarme no hace tanto, me invitó a visitarlo cuando estuviera por aquí.

—¡El solo nombre del doctor Schnure despierta admiración en amplios círculos! —exclamó Thomas—. Precisamente la semana pasada, *Herr Mailer*, que como usted sabe codirige conmigo esta empresa, contó que había participado en una reunión en la que se había hablado de los retos a los que aspiraba el Ministerio de Asuntos Exteriores en vista de los venenosos ataques diplomáticos provenientes de Europa, sobre todo de París, Londres y Varsovia.

No tenía ni la más mínima idea de quién era Karl Schnure. Había nombrado Varsovia y París solo porque tenía claro que el trabajo de Weller en el Ministerio de Asuntos Exteriores tenía que estar relacionado con Europa y que si el tal Schnure, por medio de su representante, se interesaba por Milton, estaba claro que era porque, además de en Alemania, tenían tres sucursales en Europa: Francia, Italia y Polonia.

Unas arrugas aparecieron en la frente de Weller mientras inflaba los carrillos. Por lo visto esperaba que su aparición allí hubiera despertado un asombro mayor.

—Conozco la compañía y el departamento Psicología del Consumidor Alemán. He oído que tiene varias sucursales en Europa: París, Roma y otra más, ¿no es cierto?

—Sí, nuestra próspera sucursal de Varsovia, naturalmente —dijo Thomas.

Ahora estaba ya convencido de que el hombre conocía todos los detalles. Hacía tiempo que no se encontraba con una maniobra tan de aficionados. Habría que confiar en que el Ministerio de Asuntos Exteriores mostrara una sofisticación mayor que aquella en sus contactos con los países extranjeros.

—Se trata de algo realmente atrevido para los tiempos que corren, eso de utilizar ideas judías para venderles la mercancía a los alemanes o incluso a los polacos.

Ahora hablaba como quien hace una proclama, recalcando bien cada palabra y con la voz firme y clara.

—No utilizamos ideas judías —respondió Thomas dirigiéndole una enérgica mirada de amonestación—, se trata de una reelaboración completamente original de unos principios universales acuñados mucho antes de la aparición del psicoanálisis en su versión actual de la que, por cierto, tampoco puedo decir que yo sea partidario. Especialmente hemos aprovechado aquí los principios que formuló la filosofía alemana. Nosotros, en Milton Berlín, dirigimos los principios decadentes del psicoanálisis judío hacia unas sendas racionales y productivas que casan con el espíritu del hombre germano. Por ese motivo he fundado el departamento, para inyectarle verdadero germanismo al debate acerca de la mejora de las capacidades del

hombre.

—Qué bien lo formula usted —dijo Georg Weller poniéndose en pie—. *Herr Heiselberg*, ha sido un honor conocerlo. He pasado por casualidad por aquí, así que no quiero robarle más tiempo de trabajo. Tenga la bondad de saludar a *Herr Mailer* y de transmitirle mis mejores deseos —le dijo a la vez que le tendía la mano a Thomas por encima de la mesa, una mano floja, que aunque parecía querer presionar con mayor fuerza no pudo impedir que quedara un considerable hueco entre ambas manos—. Espero que en breve sean ustedes invitados formalmente por el Ministerio de Asuntos Exteriores —añadió.

—Será todo un honor para la compañía Milton —respondió Thomas y empujó la pesada puerta de madera que tenía ante sí para acompañar a la visita por el pasillo mientras despotricaba de las duras pruebas de admisión a las que eran sometidos los nuevos empleados y que Milton había adoptado en connivencia con los socialdemócratas.

Weller asintió al tiempo que abrillantaba los cristales de sus gafas con un pañuelo que tenía bordadas sus iniciales en azul. Se quedaron en el recibidor, cuyos amplios ventanales daban a una calle estrecha jalonada de álamos. Bajo las ventanas, alrededor de la entrada, había unos bancos al estilo de los de la riviéra francesa. Había algo en aquella estancia que turbaba a Thomas, como en el salón de su madre. En cada una de las esquinas había una estatua en una fuente y de la parte superior asomaba una lanza de alabastro, todo ello obra de un popular escultor estadounidense al que Fisk y Mailer consideraban un gran artista. Intercambiaron unas palabras más de compromiso y se despidieron con un nuevo y amistoso apretón de manos.

\* \* \*

Las horas fueron pasando y, excepto por el portero de noche, Thomas fue el último en abandonar las oficinas de la compañía. ¿Debía informar a Karlson acerca de la reunión que no había tenido lugar? ¿Y por qué no habrían aparecido los representantes de Daimler-Benz? Después de que Weller se marchara, interrogó a todos los de la oficina. Nadie sabía nada ni tampoco había llegado aviso alguno. Karlson había desaparecido y resultaba imposible dar con él. ¿Sería que no había acudido a la oficina porque sabía de antemano que la reunión estaba anulada?

—Quizá, quizá, quizá —soltó un furioso Thomas.

No había razón para amargos lamentos, sino que por el contrario no faltaban motivos de orgullo porque era preferible haberse reunido con un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores que con un cliente más, ¿o no? Se quedó pensando a qué clientes debía pasarles esa información y a cuáles sería mejor ocultársela. Naturalmente que no sería él quien les diera la información. Había que hacerla circular con cautela, bajo el formato de un rumor llegado por diversos canales y sobre el que se pudiera mantener el control. Esa era una táctica que él dominaba a la

perfección, a pesar de lo cual habría estado mucho más contento si los representantes de Daimler-Benz hubieran acudido a la cita.

Recorrió los oscuros pasillos y se detuvo ante la puerta principal. Se ajustó la americana, se pasó la mano por el pelo, se dio el visto bueno y bajó a la calle. A Thomas le gustaba bajar de noche a la callejuela en la que se encontraba el edificio. Allí, bajo el palio de los álamos imaginaba estar en un espeso bosque y se sumergía en él hasta ser engullido por la profunda oscuridad que lo envolvía, una negrura amenazante que lo hacía abrirse paso a tientas hacia la salida. Después, unos pocos pasos, y ya estaba fuera. Un fuerte resplandor caía sobre él como una cascada salpicándolo de luz por los cuatro costados. Por un instante se le cerraban los ojos, deslumbrados por el resplandor. ¡Cuánto le gustaba salir de la oscuridad hacia las resplandecientes luces de la ciudad! Y es que aquellos potentes focos provenían de las grandes empresas, y todo nuevo y sorprendente fulgor era señal de que una idea había brotado en el mundo, una apasionante oportunidad. Siempre había sentido curiosidad por las nuevas patentes de los otros, y no había nada que le gustara más que perfeccionar el invento o la idea de alguien para que funcionara todavía mejor.

En el horizonte centelleaban las siluetas de los edificios cual árboles de Navidad. Se diría que allí a lo lejos la ciudad entera estaba sumergida en oro. Thomas avanzaba por la calle en cuyo extremo se encontraba Schultz, la elegante firma de ropa para hombre, y allí, al caer la tarde, una placentera luz bañaba los elegantísimos trajes del escaparate de la tienda que invitaba inevitablemente a pasar, hasta el punto de que a Thomas le parecía que el mayor deseo de todo paseante era detenerse allí para comprar algo, lo que fuera. La señora Günter contaba en el despacho que Thomas se miraba en aquel escaparate «como Narciso, que se enamoró de su propia cara reflejada en el río. Solo que Thomas estaba enamorado de su rostro exclusivamente cuando se encontraba ante el escaparate de una tienda cara».

Alzó la vista y observó unos globos de fuego en el lejano horizonte. Oyó un ruido de voces. Volvió los ojos hacia el escaparate de Schultz y al instante se vio asaltado por la sensación de que el orden esperado había sido alterado: algo primordial faltaba. Su mirada se perdió por entre las paredes de la tienda y de pronto descendió hacia la acera, en la que titilaban un montón de cristales rotos. Un grupo de muchachos con uniformes marrones y antorchas pasó ante él gritando de júbilo. En ese momento se dio cuenta de que la tienda se encontraba a reventar de gente con montones de prendas en las manos. Se fijó en la silueta de una figura conocida, la del conserje de su edificio de oficinas que, según creía recordar, se llamaba Beck. Lo vio salir de la tienda precipitadamente con un montón de ropa en los brazos y con una niña pequeña de cabellos dorados. La niña tenía la rechoncha carita tiznada por completo, los ojos desorbitados y se veía sacudida de lado a lado por la fuerte tos del conserje.

Un nuevo grupo de jóvenes con antorchas se acercó a la tienda. Uno de los chicos introdujo la cabeza a través del cristal roto del escaparate y gritó:

—¡No tenéis ni una pizca de dignidad! ¿Eso es lo que queríais? ¿La ropa de unos

judíos?

Y dicho esto lanzó una antorcha al interior de la tienda. La antorcha fue a dar contra el perchero del que colgaban los preciosos abrigos azules de lana con su característico y elegante cuello, y las llamas prendieron en ellos al instante. Todos se apresuraron a huir.

En lo alto, desde un aparato de radio que había al otro lado de una de las ventanas iluminadas, brotaba una voz conocida, y Thomas alzó los ojos. Unas caras lo observaban desde allí. Sintió cierta preocupación porque con toda seguridad aquellas personas lo habían visto detenerse en ese punto todas las tardes hechizado por el escaparate de Schultz.

«No hay que exagerar —se dijo para tranquilizarse—. En tiempos de crisis la gente suele interpretar el mundo según sus manías persecutorias y por eso nos creemos en el punto de mira de todos». Además de que Erika Gelber decía siempre que Thomas se dejaba llevar demasiado por una febril consciencia que le hacía confundir realidad y sueño y que le hacía temer ante todo tipo de escenarios que nada tenían que ver con él, que imaginaba situaciones espantosas en las que él estaba involucrado, aunque en realidad no lo estaba. Y aunque lo hubieran visto, siempre podría decir que se detenía allí precisamente por la repugnancia que le producían aquellos trajes. ¿No podía ser que mirara el escaparate porque soñaba con el fin de los sastres judíos? De lo contrario, ¿cómo podía explicarse su afición por el escaparate de Schultz? Porque en Berlín lo que no faltaba, precisamente, eran escaparates más elegantes e iluminados que aquel, como por ejemplo el de los grandes almacenes KaDeWe, cuyas paredes estaban decoradas con pinturas de César Klein, o los escaparates de Hermann Tietz o de Wertheim de los que los judíos ya no eran los dueños. No había pasado más que un momento y Thomas estaba ya dispuesto a creer que había algo en él, por lo visto inconscientemente, que deseaba la destrucción de Schultz. Qué extraños son los procesos mentales. Ahí tenía, pues, otro apasionante tema para discutirlo con Erika Gelber.

En ese instante se dio cuenta de que el traje que llevaba puesto lo había comprado en Schultz. Pero había otras muchas tiendas en las que vendían trajes como ese. O más o menos como ese. Aunque la verdad es que trajes como aquellos no los había en ningún otro lugar, porque Schultz tenía su propia línea. Los pequeños megalómanos siempre se han preciado de no comprarle nada a nadie porque lo crean todo ellos mismos. Al diablo con el estúpido deseo de ser tan especial. Se tanteó la nuca con los dedos en busca de la etiqueta, y el miedo se le pegó al cuerpo lo mismo que el delator traje que vestía.

Ahora sintió una gran furia hacia el despreciable grupo de asaltantes, unos vagos que no hacían nada de provecho en la vida y que perdían el tiempo produciendo altercados y sembrando la destrucción. Más les valdría aportar algo a la economía alemana. Miró con desprecio a un hombre alto y fornido que llevaba echados al hombro unos cuantos trajes saqueados. Qué feos tenía los ojos, completamente

abiertos de entusiasmo, en medio de su cara de tonto, una cara de esas que se ven en todos los vagones de tren y que ahora lucía una estúpida expresión de triunfo.

Cruzó Wichmannstrasse y levantó la mirada hacia el número 10, donde antes había estado el Instituto Psicoanalítico de Berlín y en el segundo piso, la clínica de Erika Gelber. ¿Dónde estaría ahora? Aquella no era una noche como para andar dando vueltas por la calle. Por un momento se sintió preocupado por ella. Aunque por otra parte no parecía que aquel suceso fuera más allá de la mera destrucción de unos bienes. Seguro que a nadie se le ocurriría hacerle nada a una mujer y todavía menos a una psicoanalista de prestigio como Erika, que había tratado a los más altos cargos del ejército, por no hablar de sus logros en la rehabilitación de los soldados que sufrían de neurosis de guerra. Sin lugar a dudas, incluso los militares tendrían que reconocer que en esos casos el psicoanálisis había conseguido unas cuotas de curación que ningún otro tratamiento había podido lograr. En resumen, que Erika no necesitaba de las fútiles preocupaciones de él.

Un chico y una chica pasaron por su lado del brazo. La chica dijo algo de una sinagoga que había arvido hasta los cimientos porque cuando los bomberos acudieron a toda prisa a apagar el incendio, la multitud se lo había impedido expulsándolos de allí. Thomas volvió a mirar el cielo. Este se ocultaba tras unas negras nubes de humo que arrastraban tras de sí el púrpura de las llamas. Se diría que el manto de fuego de la ciudad ascendía en torbellino hacia el firmamento.

Oyó unos gritos a su espalda. Se volvió de inmediato. Un grupo de hombres avanzaba hacia él, la mayoría vestidos con el uniforme de las SS. Había algo aterrador en cómo avanzaban a una: como una manada de lobos. Thomas intentó dominar el miedo que lo invadía. Si ahora se dirigía hacia otra calle, resultaría sospechoso. Siguió, pues, caminando hacia ellos, cuando de pronto identificó el rostro bronceado de Hermann Kritzinger.

Thomas oía el latir de su corazón. La distancia entre ambos se fue reduciendo hasta ser de unos pocos metros, y ya solo esperaba que también en esa ocasión Hermann lo ignorara. Pero los ojos de Hermann se quedaron fijos en su rostro. Habían pasado más de quince años desde la última vez en que se habían mirado. Detrás de Hermann estaba el joven alguacil Höfgen, con las dos profundas cicatrices que le cruzaban las mejillas serpenteando casi hasta los labios. Era la primera vez que lo veía sin las gafas y con el uniforme de las SS.

Los saludó con un movimiento de la cabeza. Un destello de pánico asomó a los ojos de Höfgen, que rehuyeron los de Thomas refugiándose en el empedrado de la calle. Hermann, al contrario de sus compañeros, vestía de fiesta: una camisa blanca sobre la que ondeaba una corbata de colores jaspeada. Llevaba las negras botas relucientes. Unas botas nuevas, por lo visto. Thomas recordó cómo cuando empezaron cuarto, el primer día de clase, Hermann había ido a la escuela con una

ropa especialmente bonita y todos murmuraron que aquella ropa se la habían comprado gracias a los buenísimos negocios que hacía su padre con los americanos. En aquella ocasión Hermann se había sentado en su sitio y se había puesto a sacar con todo cuidado de la cartera los juguetes nuevos que le habían comprado en Nueva York, y los ojos de todos los compañeros los habían observado con verdaderas ansias.

Hermann se había unido a las SA unos años después de terminar los estudios. Su ascenso en la organización comenzó en la década de los treinta, cuando resultó del agrado del amigo de Hitler, Ernst Röhm, que entonces había regresado a Alemania como jefe de las SA. El joven Hermann lo sirvió fielmente, lo que lo hizo valedor de un alto estatus en la organización además de ganarse su confianza. Rondaba las calles de uniforme y se divertía en las cervecerías cuyos dueños eran partidarios de las SA. Thomas lo recordaba marchando por la calle aquella noche de finales de enero de 1933 con un ansia salvaje pintada en la cara, como si estuviera buscando a todos los que en el pasado hubieran dudado de él para, ante los pasmados ojos de estos, declararles su nuevo nacimiento, ahora como vencedor.

En 1934 corrió el rumor de que Hermann se encontraba en Tegernsee la noche en que detuvieron a Röhm. Decían que el mismísimo Hitler lo había fustigado con un látigo a la puerta del hotel. Durante las semanas siguientes, nadie lo vio, y parecía estar claro que había sido eliminado junto con Röhm y el resto de los altos mandos de las SA. Pero de pronto reapareció, y no solo eso, sino que recibió los galones de las SS y un buen cargo, todo por intercesión del ministerio de Himmler. Cuando Thomas se enteró de que Hermann había escapado a la muerte y estaba ascendiendo a tal velocidad en las SS, se dijo para sus adentros que seguramente había sabido actuar muy bien durante la crisis en cuestión y que con toda seguridad también él lo había infravalorado en el pasado.

—Pero, Heiselberg, ¿no es un poco tarde para estar vagando por las calles? —se dirigió a él Hermann intentando sonar agradable.

—Me voy corriendo a casa —dijo Thomas—, es que he tenido un día de muchísimo trabajo...

—Un día de muchísimo trabajo —repitió Hermann recalcando cada palabra—. ¿Cómo avanzan los asuntos en la compañía americana?

—La sucursal de Berlín es propiedad germano-americana —respondió Thomas con aplomo—, nuestros empleados son exclusivamente alemanes.

—¡Exclusivamente alemanes! —aparentó Hermann tranquilizarse—. Tus amigos los americanos nos han traído su corrupta democracia y tienen la desvergüenza de saquear Alemania —añadió, dirigiéndose ahora a sus compañeros más que a Thomas—. Suerte que el *Führer* ha cambiado unas cuantas cosas en este país, aunque veo que no las suficientes, porque son demasiados los burgueses que le susurran al oído, aunque sí ha habido muchos cambios, ¿no te parece?

—El *Führer* está haciendo un trabajo excelente. No hay nadie que pueda negar que sus logros son un gran triunfo —dijo Thomas y notó un temblor en la pierna



derecha. Le parecía como si la ciudad se hubiera quedado despojada de todo, de todo mecanismo que la refrenara, y ahora no quedaba en ella más que una tierra fantasmagórica llena de gente.

—Me gustaría saber qué le parece todo eso a tu padre —dijo Hermann, ajustándose la corbata con un gesto de afectación—, cómo acepta el hecho de que mientras todo el pueblo alemán está dedicado a la reconstrucción de la nueva Alemania, su hijo les mendigue unos cuantos dólares a los capitalistas americanos.

—La verdad es que mi padre murió dos años después de que yo empezara a trabajar para la compañía Milton —le respondió Thomas.

—Vosotros, los jóvenes, seguramente no lo sabéis —les dijo Hermann a sus compañeros, que lo miraban llenos de aburrimiento, excepto el alguacil, que no hacía más que balancearse—, pero en los años veinte, el padre de *Herr Heiselberg* era un activísimo y entregado militante del Partido Nacionalsocialista.

—En realidad, lo fue hasta su muerte —recalcó Thomas.

—En realidad, lo fue hasta su muerte —repitió Hermann—. Y ya que hablamos de la muerte, seguro que has oído lo del espantoso asesinato del pobre de Von Rath.

El labio superior, que le sobresalía un poco, junto con la sonrisa que le llegaba hasta los hoyuelos de las mejillas, le daba un aire infantil y pícaro. Seguía teniendo una piel tersa que parecía reírse del paso de los años y aún lucía el mismo bronceado radiante que durante los años del instituto a los chicos les parecía que le daba un aire «americano». Aquella sonrisa tan familiar hizo que el miedo de Thomas cediera un poco.

—Todos hemos oído conmocionados la triste noticia —dijo, y volvió a asentir en dirección al alguacil. Höfgen retrocedió y se colocó detrás de uno de los muchachos.

—El cobardica del judiazo no se atrevió a liquidar al embajador —bromeó Hermann entre risas—, así que se conformó con un pobre funcionarillo. Menos mal que no le dio por dispararle a uno de los de la limpieza.

—Esos asesinos suelen ser unos cobardes —dijo Thomas muy serio—. Son personas que han soñado con hacer alguna heroicidad, son muy narcisistas y lo que desean es la admiración del público aunque ellos lo desprecien. Pero por lo general, no se puede decir que sean unos héroes.

—Sí, eso que dices me gusta: quieren hacer heroicidades sin ser unos héroes —asintió Hermann—. Seguro que entiendes el significado de nuestro interés por los últimos acontecimientos. Es una noche muy difícil para el pueblo alemán y se nos ha pedido que impongamos el orden en las calles. ¿Habrías llegado a creer que un criminal judío se habría atrevido a atacar a un gentil, fiel alguacil nuestro?

Otras imágenes del pasado de Hermann y de él acudieron a la memoria de Thomas: Hermann había sufrido siempre durante su adolescencia de su falta de virtudes, y en un momento dado Thomas había llegado a considerarlo como la serpiente que lo arrastraba hacia los dominios del pecado. Pero Hermann había reconocido siempre que Thomas lo había ayudado en los tiempos difíciles. En

resumen, que habían tenido épocas buenas y épocas no tan buenas, aunque ahora hacía ya años que no se trataban. ¿Habría dicho algo contra Hermann que hubiera podido llegar a oídos de este? Se diría que no, porque no le gustaba hablar mal de nadie. Consideraba el chismorreó como una debilidad de estúpidos. Las hablaturías no servían para nada y pasado un tiempo podía germinar en las personas a las que uno les había contado algo la sensación de no ser digno de su confianza. A fin de cuentas, el daño era siempre mayor que el beneficio.

—Qué edificio tan bonito, ¿verdad? —dijo Hermann, señalando hacia la casa en la que Erika Gelber había ejercido de terapeuta de Thomas—. ¿Sigues acudiendo ahí con regularidad?

—Durante estos dos últimos años, menos, porque hay muchísimo trabajo en la oficina —respondió Thomas mirándole directamente a los ojos. No estaba dispuesto a mostrarle que lo había sorprendido.

—Tu amiga, la psiquiatra judía, ¿te ayuda? —preguntó Hermann.

—Durante estos dos últimos años, menos —repitió Thomas, mientras sopesaba si no habría llegado el momento de contarle a Hermann que hoy había ido a visitarlo al despacho un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores.

—Estupendo, de acuerdo —se rio Hermann—. Baumann me contó que su padre se volvió un poco loco después de la guerra y que lo trataron... Que consiguieron que recordara un montón de cosas que no comprendía que las sabía, o que no sabía que las comprendía. Algo así. Algo bastante confuso, ¿no?

—Sí, consiguieron ayudar a muchísimos soldados —dijo Thomas—. En realidad, hasta he oído que recibieron el reconocimiento del Ministerio de Defensa.

—Bueno, todavía nos queda mucho por hacer —le dijo a Hermann, visiblemente molesto, uno de los hombres de las SA, el tipo alto detrás del que se había escondido Höfgen—. ¿Y si quedas otro día para charlar con tu falso burgués?

Dicho esto dio un paso atrás y el alguacil quedó frente a Thomas. Höfgen, sintiéndose absolutamente impotente, lo miró como si lo viera por primera vez.

—Y ya que hablamos de judíos, me gustaría saber tu opinión sobre el asesinato de París —dijo Hermann impassible, levantando el antebrazo hasta ponerlo a la altura de la cara del alto—. ¿Habría llegado el momento de responderles también a los franceses?

—La verdad es que se trata de un hecho muy grave, de una gran vergüenza para todos los judíos. Y en cuanto a los franceses, nuestro *Führer* sabrá perfectamente cómo tratarlos —respondió Thomas.

—Ya lo creo que esta es una noche vergonzosa para los judíos —susurró Hermann, y los hoyuelos de las mejillas se le hicieron más profundos, aunque los ojos miraban burlones.

En ese momento reptó hacia Thomas la aterradora conciencia de que quizá no era casual que a Hermann le hubiera dado por hablarle precisamente ahora. Llevaba años ignorándolo, sin hablarle ni para bien ni para mal, y ahora resultaba que esa noche en

la que parecía haber vuelto a nacer para Hermann, este decidía dedicarle no poco tiempo.

—Y puede que también para los amigos de los judíos —añadió Hermann—. Hay alemanes para los que las leyes del Reich no son más que una recomendación.

La risa arrogante y en apariencia amable desapareció por completo y los centelleantes ojos escudriñaron a Thomas con verdadero odio.

—¿No acabas de decir que tenías prisa por llegar a casa?

La mirada de Thomas evitó a Hermann y se posó directamente en Höfgen. Höfgen estaba en apuros, de eso no cabía la menor duda. Los inquietos ojos del alguacil correteaban por los miembros del grupo como queriendo aclararle a Thomas que no le quedaba más remedio que hacer lo que estaba haciendo.

Thomas tuvo claro de repente que Hermann y su grupo querían hacerle daño, o peor que eso, que ya se lo habían hecho.

Lejos, a su espalda, se oyó una fuerte explosión y tras la hilera de edificios de la calle brotó una llamarada de un naranja azulado. Una humareda se elevó hacia el cielo hasta ser engullida por la oscuridad. Todos se quedaron mirando hacia allí como hipnotizados. En lo blanco de los ojos brillaban una especie de fogatas.

—Sí, corre deprisa a casa —masculló Hermann, consiguiendo aparentar indiferencia—. En una noche como esta, no está bien dejar sola a una madre.

Ahora lo entendía.

## *Leningrado, otoño de 1938*

Uno tras otro se fueron dejando caer los invitados sobre el sofá turco de tonos rojizos mientras se dirigían unas miradas que, aunque reflejaban una amistad de años, no podían ocultar cierto recelo. Murazovski, tan corpulento él que era conocido como uno de los hombres más gigantescos de la ciudad, se acercó saludando a voces hacia el sofá en el que ya se habían arrellanado Varlamov y Emma Fiodorovna Rikova. Y entre ambos, inclinado hacia delante y completamente doblado, se encontraba sentado Brodski. Varlamov se tapó los oídos con las manos y Emma Fiodorovna agitó la mano en dirección a Murazovski para indicarle que allí ya no había sitio, así que él optó por recular y apoyarse en los descoloridos tapices mientras su mirada se perdía en el turbio cielo del atardecer.

Ya antes de saludarse entre ellos habían nombrado a los que, habiendo sido invitados, habían escogido estar ausentes. Porque sabido era que en encuentros como aquel los ausentes resultaban los protagonistas, y su miedo adornaba a los que sí habían acudido de una especie de halo de valor que les daba, además, el derecho de marcar a aquellos cobardes con la imborrable señal de la vergüenza. Cuanto más aumentaba, sin embargo, el número de los ausentes, más aumentaban las dudas. «Seguro que conocen detalles que a nosotros se nos escapan —pensaban los presentes con cierto pánico. Pero ¿qué era lo que podían saber?—. Si alguien los ha advertido de algo, ¿por qué no nos han advertido ellos a nosotros?». Aunque si alguien estuviera interesado en conocer los planes que se urdirían en la reunión, el delator tendría forzosamente que participar en ella. De ahí podía deducirse que los que no habían acudido no eran más que unos cobardes inofensivos, mientras que la persona verdaderamente peligrosa, el traicionero Bulgarin<sup>[3]</sup>, ¡debe de estar sentado aquí entre nosotros!

Los secretos del corazón de un delator son insondables, así que lo que cabría esperar es que no hubiera en el mundo nadie tan despreciable como para ser capaz de poner en peligro a sus amigos. Y a pesar de ello, todos los días llegaban rumores de personas que habían entregado a sus seres más cercanos: «1938 fue un año en el que una persona inteligente no le revelaba nada a su prójimo, más allá de su nombre y de

su lugar de trabajo», dijo en una ocasión el crítico literario Brodski.

—¿Dónde está Ósip Borisovich? Desde que detuvieron a Nadezhda Petrovna ha desaparecido —se lamentó el poeta Konstantin Varlamov.

Se estaba peinando con los dedos el copete de pelo blanco que le caía sobre la frente morena y arrugada y miraba a los hombres que tenía alrededor con verdadera satisfacción, como insinuando: seréis muy jóvenes, sí, pero ¿tenéis, acaso, una espléndida cabellera como esta mía?

La verdad era que la desaparición de Ósip Borisovich Levayev producía cierta intranquilidad entre los que se encontraban en el salón. Era admirador incondicional de Nadezhda Petrovna y en el pasado hasta había conseguido un permiso de puño y letra de Serguéi Kírov, hombre fuerte y admirado en Leningrado, para publicar los poemas de ella en un poemario. Y luego estaba lo de aquel escándalo, cuando le había dado un puñetazo en plena cara al escritor Alexei Tolstoi cuando este dijo del primer libro de Nadezhda Petrovna que era de un «cosmopolitismo decadente».

—Su mujer preferirá que se muera o que se quede en casa —opinó Emma Fiodorovna quitándose la pamelita para a continuación atusarse el pelo, encender un cigarrillo y soplarle el humo directamente a las gafas de Brodski.

Sus verdosos ojos irradiaban la misma luz ansiosa de bullicio que perseguía los rostros ofendidos de sus amigos, pero Sacha<sup>[4]</sup> siempre veía en ella el hermoso lamento de un espíritu insatisfecho.

—Lo principal es que no sea detenido, porque entonces a ella no le va a quedar más remedio que empezar a correr de aquí para allá por él en lugar de pasarse todo el día en la cama con esa hermana-enfermera suya criticando al mundo entero.

Una mueca de burla cruzó el rostro de Aleksandra. Cuando era niña, Emma la llevaba en brazos y le cubría la cara de unos besos que olían a humo de cigarrillo, mientras criticaba a todo el mundo, incluso a sus padres. Sacha se encontraba ahora en su habitación, a oscuras, junto a la pared, empujando un poco más la puerta para poder ver todo el salón, también el lado que daba al este, donde estaban sentados sus padres. Era la segunda vez ese mes que aquel grupo de personas ociosas se reunía para debatir sobre la encarcelación de Nadezhda Petrovna y, en realidad, para analizar el peligro que ellos mismos corrían. De nuevo, por lo visto, se tomarían unas «decisiones urgentes» que nadie se atrevería después a poner en práctica.

Sin poder dominarse sacó la cabeza por la puerta para poder ver a su padre por medio del espejo que había entre las estanterías de los libros. Estaba sentado en su mecedora y tenía la vista fija en el hermoso marco de cristal que pendía de la pared de enfrente con el mapa de «las grandes fábricas de la Unión Soviética», regalo del director del Instituto a uno de sus miembros, el físico Andrei Weissberg. De vez en cuando, apartaba los ojos del cuadro, y miraba a la madre que estaba inclinada sobre el infiernillo de petróleo sirviendo té a los invitados mientras se interesaba por ellos y por sus familias. Sacha odiaba ese ritual: cada vez que su padre miraba a su mujer se le nublaban los ojos de impotencia. En su presencia se comportaba como quien ha

sucumbido a la arbitrariedad del mundo, mientras que a Valeria le tocaba soportarle todas sus quejas.

Como, por ejemplo, cuando durante el verano pasado avisó a su padre su jefe, el director del Instituto de Física y Tecnología, para comunicarle que le había tocado en suerte representar al Instituto en la reunión del Comisionado Popular de la Industria Pesada de Moscú en la que se iba a tratar el plan de trabajo para el año 1939. Era cosa sabida que los que viajaban a Moscú eran detenidos inmediatamente después de su regreso, porque allí se habrían encontrado con demasiadas personas que les habrían hecho un montón de preguntas convirtiéndolos en sospechosos. Y además, el mero hecho de visitar Moscú ponía al que lo hiciera en el punto de mira del mundo, por lo que el director del Instituto prefería enviar allí a sus empleados con la esperanza de que cuando se les preguntara por él, supieran dar la respuesta adecuada.

El padre de Sacha no se había atrevido, claro está, a negarse, pero cuando volvió a casa se metió en la cama y no se quiso levantar. A la mañana siguiente se dirigió Valeria al despacho del director del Instituto y le contó que su querido Andriusha sufría de pesadillas y que en sueños decía un montón de bobadas que alguien podía llegar a malinterpretar. A la mañana siguiente el director del Instituto anunció que Weissberg no iría a Moscú.

Su madre se sentó ahora en una silla al lado de su padre y este posó la mano en la fina cintura de ella. Estaba sentada muy erguida, más alta que su marido, la barbilla como si revoloteara sobre el largo cuello, con un aire de orgullo y aparente desinterés por todo. Quedaba bien claro que quería darles a entender a todos que en momentos como ese no iba a tener en cuenta los pequeños problemas personales y que no le otorgaba ninguna importancia a las locuras de su marido.

Sacha la despreciaba. Solo alguien que se hubiera extraviado sin remedio en el laberinto de sus ilusiones hasta perder la noción de la realidad podía llegar a pensar que alguno de los invitados iba a creerse semejante pantomima. Aunque, al contrario que Sacha, ninguno de ellos veía a Valeria sentada en su cama noche tras noche aparentando sentirse atrapada por la trama de un libro mientras, en realidad, esperaba el regreso de su marido, y aunque se empeñaran en creerse la imagen que intentaba dar de sí misma Valeria, es innegable que llegado el momento el hechizo se desharía esfumándose y solo quedarían de él unos vanos y patéticos esfuerzos por ocultar la realidad, la triste evidencia de que por mucho que se esfuerce la persona traicionada en ocultarlo, siempre se le notará que le han sido infiel.

Alguien llamó suavemente con los nudillos a la puerta.

Brodski se refugió en el plato que tenía delante y no levantó la mirada; Emma Fiodorovna aplastó el cigarrillo en el cenicero y se puso a remover las colillas que había en él; la cabeza de Varlamov se hundió en el respaldo del sofá. Qué fácilmente se asustaban, se enfureció Sacha. Unos golpecitos como esos en la madera no parecían suponer un gran peligro.

Su madre se apresuró hacia la puerta.

—¡Ósip Borisovich! —exclamó en voz alta desde la entrada—, ¡qué alegría verte!

—Mi mujer está enferma —atronó la hinchada voz de Levayev—. Solo estaré un momento.

Entre tanto, en el salón, los invitados habían vuelto a su charla.

—Qué extraño eso de que hayan encarcelado a Nadia<sup>[5]</sup>, es rarísimo. Si es cierto que estaba implicada en algo ilegal... —se puso a reflexionar Varlamov repitiendo palabra por palabra lo que ya había dicho en la reunión anterior.

¿Sería que la vejez había hecho mella en su memoria?, se preguntó Sacha. ¿O sería que se acordaba perfectamente de que ya lo había dicho pero no quería contar nada nuevo?

—Si han detenido a Nadka, seguro que tiene que haber una buena razón —masculló Brodski, el crítico literario, a quien se le había quedado pegada a la rojiza barba un poco de yema de huevo.

Ahora estaba cortando otro huevo duro en unas finísimas rodajas que colocaba con gran esmero en su plato. Nadia le había dicho una vez que solo había que ver cómo Brodski cortaba el huevo para darse cuenta de que jamás se había acostado con una mujer.

Su madre tomó del brazo al joven Levayev, que como tenía por costumbre iba muy bien vestido y lucía un aspecto inmejorable, y lo hizo sentar al lado de ella. Emma Fiodorovna encendió un cigarrillo, sopló el humo hacia el hermoso rostro de Levayev y le faltó tiempo para burlarse del nuevo peinado de este: muy corto por detrás mientras que por delante le caían unos abundantes y negros rizos.

—Ósip Borisovich, ¿no será un homenaje a tu infancia en Ucrania, esa cosa que llevas en la cabeza?

Varlamov, el poeta, se refugió en su taza de té y sorbió de ella sonoramente. Se encontraba ya preparado para pronunciar su discurso de siempre acerca de las razones por las que el hecho de que él pudiera dirigirse a sus amigos de peso para interceder por Nadezhda Petrovna no iba a servir de nada. Porque si habían detenido a gente como Radek, Piatakov, Rikov, Yezhov, Gerniko y Petrovski, por no hablar de Bujarin y de Zinoviev, ¿cómo iban sus amigos a querer hacer nada por una poetisa desconocida? Ese «rosario de nombres» lo traía Varlamov a colación cada vez que creía que se le iba a pedir que intercediera por alguien que hubiera sido detenido. «La verdad es que es genial lo del rosario de nombres, porque después del esfuerzo que tiene que hacer el viejo para recordarlos todos, cualquiera va y encima le pide un favor», se admiraban todos.

Emma apoyó el codo en la tapa del piano negro. De entre todos los poetas y poetisas de Leningrado, Emma Fiodorovna había elegido precisamente a Nadezhda Petrovna como su diabólica contrapartida: era su mejor amiga y su todavía mejor enemiga. Nadia se le adelantaba siempre en todo, conquistando cotas con las que Emma solo soñaba y dejándole únicamente las migajas de la fama y el honor. Uno de

los recuerdos de infancia más claros de Sacha era el de una velada poética al final de la cual Emma había vaciado una botella de petróleo sobre la capa roja y plastificada de Nadia después de que esta dijera que los poemas de Emma la dormían hasta estando de pie, lo mismo que los cuentos de Maksimich. La ofensa de haber sido comparada con Gorki enloqueció a Emma, que se plantó ante Nadia temblando de rabia, mientras esta seguía tan tranquila apoyada en la repisa de la ventana, y le dijo: «Venga, enciende una cerilla si es que tienes valor. A ver, a ver lo valiente que eres, querida».

Ósip Levayev observó a los presentes como si se extrañara de su indiferencia y le dijo al padre de Sacha:

—Serguéi Pávlovich, aunque me perdiera la reunión anterior, nos has vuelto a invitar a venir a tu casa. ¿Nos podrías explicar cómo debemos actuar? Es evidente que todos nos hacemos preguntas sobre la detención. No sé nada al respecto, porque durante los últimos meses apenas he visto a Nadia.

Desde su escondite Sacha observó al joven Levayev, cuyo rostro irradiaba una frialdad que enfatizaba el desafecto que reinaba últimamente entre él, Nadia y los amigos de esta. Si eso era así, ¿por qué habría acudido allí, de todos modos, esa tarde? ¿Sería él el delator? ¿O sería que se estaba volviendo loco de miedo en su casa y quería averiguar si podría llegar a escapar a una detención? Aunque aquella reunión los ponía a todos en peligro, el encarcelamiento de Nadia aceleraba el fin de todos sus amigos. Puede que justo el hecho de mostrar inocente y abiertamente la adhesión al partido en una reunión cuyos detalles serían sin lugar a dudas transferidos al NKVD era preferible a quedarse en casa. Los labios de Ósip Borisovich bailoteaban frente a ella como una media luna rosada. El día en que ella cumplió los dieciocho se habían besado en la playa y después él se había pasado todo un año pidiéndole que no se lo contara a su madre, además de poner mucho cuidado en alabarle todos los poemas que escribía. Estos no eran especialmente buenos, Sacha lo sabía, además de que su sueño de ser poeta estaba perdiendo bastante fuerza en los últimos tiempos. Había sido más bien un sueño de boquilla, motivado por el hechizo que de adolescente le habían producido los poemas de Nadia y de su madre, y no algo que brotara realmente de su interior.

Andrei Pávlovich Weissberg, el hombre que estaba ahora llamado a dirigir el grupo, se columpiaba en la silla y miraba fijamente hacia fuera, hacia el cielo sobre el que ya se había extendido una temprana penumbra otoñal. Unas frías ráfagas de viento golpearon los cristales y todos se pusieron los abrigos. También su padre cogió el abrigo del respaldo de la silla y se lo puso como un niño obediente. El torturado rostro revelaba los horrores que tejía su imaginación: Nadka, su amada, en la cárcel, arrastrándose entre una estrechísima mazmorra, en la que pasaba los días absolutamente sola y de pie, sin saber si era de noche o de día, y la sala de los interrogatorios en la que la sentaban, aunque a veces, como castigo, la hacían permanecer de pie para interrogarla durante ocho horas seguidas a las que siempre se



añadía alguna hora más, exigiéndole una y otra vez que les contara en detalle su vida, que diera nombres, que escribiera una confesión sincera.

Sacha comprendió que su padre lloraba ya la pérdida de Nadia. Durante los últimos años se había debilitado mucho y se decía que ya no creía en la capacidad del hombre para cambiar su destino. Si solo dependiera de él, se apresuraría a celebrar el funeral de Nadia.

En una sola ocasión la había llevado su padre a casa de Nadia. Sacha tendría entonces unos doce años. La poetisa se había puesto enferma, llevaba semanas sin levantarse de la cama y su padre la visitaba todos los días. Se encontraba acostada en la cama inferior de una litera, en un minúsculo cuarto sin calefacción, y al acercarse a ella Sacha sintió como si le metieran la nariz en una botella de aceite. Envuelta en un lío de sábanas Nadia se lamentaba de que su cuerpo la había traicionado, que en aquel apartamento vivían con ella dos viejas y cuatro niños y que todos juntos se dedicaban a torturarla y que Emma Fiodorovna la embadurnaba constantemente de aceite como si fuera el eje de una carreta.

Su padre le quitó a Nadia la bata y le enjugó el sudor con una toalla. Sacha les dio la espalda y fijó la mirada en la pared. Nadia no dejaba de quejarse: que nadie la visitaba, que en cuanto uno se pone malo unos cuantos días todos ya lo dan por muerto, que le dolía el alma por lo traidores que habían resultado ser antiguos amigos.

—¡Vuélvete hacia mí! —le había gritado a Sacha de repente—, ¡tú eres la única que nunca me va a traicionar!

Sacha se volvió hacia ella con cierta indolencia y se quedó mirando a su padre que, con los labios posados sobre los ojos de Nadia parecía estarle murmurando palabras de amor. A continuación le dio de comer el caldo de carne que había conseguido para ella en el comedor del Instituto. Sacha había notado que cada momento que su padre pasaba con aquella mujer, dejaba a un lado su apatía habitual: de repente se volvía muy activo y sus gestos eran decididos y firmes. Al cabo de un rato Nadia se adormiló y entonces su padre le besó la mano atrayéndola hacia su pecho y se puso a contarle historias acerca de los grandes personajes a los que la poesía de ella les había emocionado y le dijo también que pronto recibiría un regalo muy especial y que el crítico literario Brodski estaba asimismo impresionado, tanto, que pensaba escribir en la prensa un artículo sobre su obra.

Ahora estiró Sacha las piernas, que tenía agarrotadas, y se puso a andar por su habitación trazando unos pequeños círculos. Se detuvo junto al escritorio y con la poca luz que le entraba proveniente del salón clasificó las notas con las tareas pendientes para la semana entrante. Todo le parecía aburridísimo, en especial la entrevista que le había concertado Genia sobre la taquigrafía. Su madre le daba siempre la lata diciéndole que la semana en la que más cosas hacía no cumplía ni con una cuarta parte de las tareas que tenía encomendadas en las notas. Pero su madre no entendía nada. Estaba más que claro que si tuviera un trabajo interesante como el de

Brodski, que escribía en los periódicos sobre libros, o incluso como el de su amiga Genia, que traducía artículos de la prensa en lengua inglesa para los editores de la sección de asuntos extranjeros del *Leningrádskaya Pravda*, trabajaría día y noche.

Volvió junto a la puerta. En el salón reinaba un absoluto silencio. Todos seguían esperando que su padre, que continuaba sentado, encorvado y tamborileando cansinamente con los dedos sobre sus rodillas, dijera algo. Pero cuando estuvo claro que la salvación no iba a llegar de parte de Andrei Weissberg, todos los ojos se volvieron hacia Vladimir Murazovski, que hasta ahora había estado callado. Murazovski trabajaba en un taller mecánico de reparación de vehículos, sobre todo de los vehículos de los altos funcionarios. Era un abanderado amante de la poesía, y más que de los poemas en sí adoraba hablar de los detalles con la ayuda de los cuales hacía llegar a oídos de los impacientes poetas «el panorama general» que todos habían comprendido hacía ya tiempo.

—No, nadie lo ha dicho antes... Le he preguntado a un amigo que es miembro de ciertas instituciones y que tiene varios amigos muy influyentes y...

—¿Y qué ha dicho? —lo interrumpió Emma.

—Ha dicho que no hay ningún rumor y que por lo general esa puede llegar a ser la peor señal de todas —dijo Murazovski encogiéndose de hombros y extendiendo las manos hacia los lados, unas manos de las que todos bromeaban diciendo que en uno solo de sus puños podría llegar a ocultar las cabezas de Weissberg y de Brodski juntos y que todavía quedaría sitio para todas las mujeres con las que se habían acostado.

—Había un motivo para detener a Nadia —sentenció Levayev poniéndose muy serio—, pero en vista de la proliferación de redes terroristas descubiertas últimamente, los ciudadanos leales deberían mantenerse alerta y colaborar con las autoridades en sus pesquisas por alcanzar la verdad.

—Tú, Andriusha —dijo Emma al padre de Sacha en tono de chanza—, que eres, de todos nosotros, el que más cerca ha estado de Nadka, hasta de noche. ¿No se te ocurre la razón por la que la han detenido?

Nadie se atrevió a mirar a Valeria, que sentada junto a su marido le acariciaba la mano. Excepto Emma, por supuesto.

—Emma Fiodorovna, Andriusha ya ha dicho que no sabe nada. Está muy ocupado todo el día con el Instituto y no está al corriente de lo que se cuece en otros círculos —le espetó una furiosa Valeria—. Propongo que nos dirijamos al camarada Stepan Kristoforovich Merkulov, a quien hace poco han nombrado director del Departamento de...

—No, es preferible que acudamos a alguien de los círculos literarios —se opuso Emma—, ¡seguro que Brodski le puede escribir a su querido maestro Tolstoi!

Dicho esto miró a su alrededor para asegurarse de que todos compartían su tono de desprecio y añadió:

—Seguro que valora las críticas que nuestro camarada ha escrito sobre sus libros.

Sacha se dijo para sus adentros que al fin y al cabo Emma era una mujer muy noble de espíritu, porque habría podido llevar una vida mucho más fácil en un mundo en el que Nadia no existiera y sin embargo estaba dispuesta a arriesgarse por intentar salvarla.

Brodski se rascó con parsimonia la rubicunda barba y escudriñó a sus compañeros con sus claros ojos que denotaban su gravedad de espíritu. Sacha vio que los ojos de su madre se achinaban y que la mirada, que hasta entonces le había parecido turbia y dubitativa, se clavaba ahora en Brodski. Le afeitó la barba con la imaginación y se quedó observando el rostro desnudo: ¿sería él el delator? ¿O puede que todos esos miedos fueran exagerados, los terribles rumores que la gente comentaba de puertas adentro y que arrojaban sobre todos una constante sospecha que sin tregua enturbiaba la calma? ¿Y si allí no había ningún delator?

—No merece la pena recurrir a Tolstoi —resonó en el salón la musical y plácida voz de Brodski—, porque en su momento leyó el poema en el que Nadia opinaba sobre su escritura: «La huella de unas botas en la nieve es mejor literatura». Hace poco acudimos a él para que le diera unos cupones para un jersey y un abrigo. Al cupón del jersey le dio el visto bueno, pero el abrigo lo tachó.

—¿Cómo es que ha tenido que recurrir a pedir cupones? ¿No tiene una pensión como escritora? —preguntó Murazovski.

—Hace tiempo que a Nadia le quitaron esa pensión y se la cambiaron por una pensión de jubilada de apenas cien rublos —sonrió Brodski tímidamente.

—Le escribieron diciéndole: «Ha sido usted merecedora de un subsidio por su entregada labor de escritora en bien de la literatura rusa, hasta el día de hoy, en el que nos vemos obligados, dadas las circunstancias, a prescindir de sus servicios» —contó apenado el padre de Sacha—, y el representante de la organización le dijo: «Ha llegado el momento de que deje usted de escribir poesía».

La imagen de un recuerdo centelleó en el fondo de la consciencia de Sacha: se encontraban sentados en el jardín de Varlamov, y el viejo poeta pronunciaba uno de sus discursos, cuando de repente Nadia la abrazó y le susurró al oído: «Niña, si quieres ser poetisa, recuerda una cosa: los verdaderos poetas nunca alimentan el cautivador susurro de la nostalgia».

Sacha luchó por desterrar esa imagen de su memoria y para ello miró muy fijamente a su madre que estaba poniendo un plato con pastas de semillas de amapola en la mesa de mimbre redonda. Debajo asomaban las zapatillas desgastadas de los gemelos.

—Acabo de acordarme de algo —dijo Ósip Borisovich—, y considero que es mi obligación comentároslo: ¿no tuvo Nadka, en los años veinte, algún tipo de relación con Blumkin? ¿No estará ahí el origen de las acusaciones contra ella?

Un profundo silencio, roto solo por el tintineo del tenedor de Brodski, descendió sobre el salón.

Su padre cerró los ojos como solía hacer cuando se decían cosas que le llegaban a

los oídos, en su opinión, injustamente o por la arbitraria voluntad del destino cruel.

—¡Menudo canalla estaba hecho ese Blumkin! —exclamó Varlamov y desvió intencionadamente la mirada hacia la pared—. Un asesino que traicionó al proletariado y que al final hasta tuvo el atrevimiento de conspirar con los trotskistas. ¡Cuando lo fusilaron fue día de fiesta para el partido!

Aleksandra ahogó una risita. Esa costumbre de hablar mirando hacia la pared era nueva. Sobre las escuchas telefónicas nadie tenía ya ni la menor duda y por eso, últimamente, la gente había empezado a discutir acerca del asunto de las paredes: ¿habrían puesto micrófonos en las paredes? Y de ser así, ¿en cuáles? En los círculos de ellos se creía que esa opción no era factible y, en caso de que lo fuera, se dedicarían a escuchar a personas más importantes que ellos, a pesar de todo lo cual les quedaba la duda, por lo que habían aprendido que había cosas que era mejor decírselas directamente a la pared.

—Blumkin era un apestoso perro, un enemigo del pueblo bisagra central de la infame contrarrevolución trotskista. La pena de muerte fue poco castigo para él — declaró Brodski con la mirada fija en los descoloridos tapices.

—Dicen que el traidor de Blumkin hechizaba a las mujeres hasta volverlas locas —comentó Emma Fiodorovna—, casi como nuestro amigo Brodski.

Ósip Borisovich no habría nombrado a Blumkin tan abiertamente porque no se habría atrevido, decidió Sacha. Alguien le había ordenado que lo hiciera. ¿Alguien del NKVD? No, porque se hubiera tratado de una maniobra demasiado simple que lo habría hecho sospechoso al instante.

—Ósip Borisovich, apreciamos mucho tu sinceridad, pero no tiene sentido hablar ahora de rumores y suposiciones que carecen de evidencia —dijo Valeria.

Valeria tenía un gesto muy característico: se colocaba la mano a la altura de los ojos de lado a lado de la cara con los dedos revoloteando por el aire, y se ponía a agitar la mano como si desde esta hacia el cielo emprendieran el vuelo las palabras que acababan de ser pronunciadas hasta terminar por desaparecer. Sacha se prendaba una y otra vez de ese gesto tan perfecto. Los invitados, que seguían luchando contra el miedo que les provocaba el mero hecho de que hubiera nombrado ahí a Blumkin, aparentemente no oyeron el dulce tono de voz de Valeria al intentar suavizar la reprimenda.

—Todavía eres muy joven y no sabes que no solemos hacer eso —añadió ella asintiendo en dirección a Levayev.

Sacha observaba con gran atención a sus padres. Había sido su padre, precisamente, aunque con cierto retraso, el que había detectado el tono acariciador de la voz de Valeria. Le dirigió a su mujer una mirada perpleja mientras ella, por su parte, seguía con la vista fija al frente, aunque al instante relajó el cuerpo y bajó la barbilla.

Aleksandra apartó la mirada de su madre. No podía seguir viendo a esa pobre mujer allí sentada entre sus amigos sabiendo que todos ellos estaban al corriente de

las infidelidades de su marido mientras ella era incapaz de atreverse a reparar la afrenta. Gradualmente iba notando las uñas de la compasión arañarle el pecho hasta casi impedirle respirar. Ahora podía ver desde el punto de vista de su madre como esta se había pasado toda la velada intentando ayudar a la amante de su marido, y la visión le resultó tan angustiosa que comprendió que lo que tenía que hacer era conseguir que desapareciera de inmediato no fuera a ser que se le volviera a presentar mañana o pasado mañana, o puede que al cabo de un año, y entonces no fuese capaz de dominarse y terminara por descargar toda su furia contra su padre.

—Claro, claro, espero que no sea más que un malentendido —se apresuró a responder Levayev—. Pero resulta imposible precisar nada sin conocer el origen de tanta ambigüedad.

Valeria le sirvió una generosa cantidad de vodka que él se tomó al instante con un suave gorjeo de placer.

—¡Qué gran pérdida fue la muerte de Kírov! —se lamentó Varlamov—, porque tenía el don de la precisión.

—¿Y por qué no se dirige nuestro camarada Varlamov a sus amigos para pedirles consejo...? —se rio Brodski, observando con regocijo los ojos de los demás, abiertos de par en par como si se negaran a creer lo que acababan de oír: ¿realmente te has atrevido, loco, más que loco, a pedirle el rosario de nombres?

—¡En estos momentos es innecesario! —exclamó Ósip Borisovich.

—No hay necesidad de recurrir a los amigos —suspiró Emma Fiodorovna y miró a Varlamov, que parecía una inmóvil estatua sin rastro de vida—, me parece una idea horrible.

—Pues en mi opinión, es más que necesario —sentenció Brodski.

—Está completamente de más y me parece que ya hemos hablado bastante de cosas tristes —exclamó Valeria—. Emma Fiodorovna, por favor, cuéntenos cómo progresa tu nuevo poemario.

—Insisto en que el excelso poeta Varlamov recurra a sus amigos para que ayuden a Nadka —repitió Brodski como un niño testarudo.

Sacha sintió un escalofrío en la espalda. Le parecía haber entendido la razón por la que estaba tan divertido: Brodski era un hombre que tenía el don de la abstracción y que reverenciaba el poder; siempre buscaba los porqués que se ocultaban tras las cosas, y eso que por lo general resultaba imposible cerciorarse de quién era el responsable de un hecho concreto o de qué edificio había provenido la orden. A menudo se torturaba preguntándose quién sería la persona que ostentaba el poder para que cierto suceso hubiera tenido lugar, para establecer las reglas y perfilar los resultados, y cuando en su mundo aparecían espacios en blanco carentes de reglas, una situación de clara potestad pero sin rostro, les hablaba muy agitado. Había dedicado años a descifrar el complicado mecanismo de las detenciones y las delaciones y, según parecía, había llegado a la conclusión de que no había cómo escapar a ellas. Asumía la certeza de que Nadia los delataría y todos serían detenidos,

así que ahora ya no le quedaba más que burlarse de sus pobres amigos que seguían aferrándose a la esperanza de que era posible escapar al destino. Sacha ya no se atrevió a seguir mirándole el pálido rostro en el que se había congelado una extraña mueca, como si las fuerzas lo hubieran abandonado y ya no fuera capaz de mostrarle al mundo más que una sola cara. Sacha reculó y se sentó en la cama jadeando.

—No han respondido a mi última carta —oyó vagamente que decía la voz de Varlamov—, porque deben de estar ocupados en asuntos mucho más decisivos...

—Yo diría que muy ocupados, ¿y cómo no van a estarlo? —lo interrumpió Emma—. Todos estamos muy ocupados últimamente, ¿nos queda otro remedio, acaso?

—Han detenido a Radek, a Piatakov, a Rivok y a Yezhov —susurró Varlamov.

De repente se hizo un silencio. Tan solo se oía la atormentada respiración de los reunidos.

—Y también a Tujachevski y a Yakir, y al muchacho ese, a Petrovski, lo mismo que a Bujarin, a Zinoviev, y a ese otro chico de Kiev, ¿cómo se llama?

Hacía unos años Sacha había estado con su padre en el jardín de la casa de Varlamov y el viejo había dicho: «Ahora estoy dormido y conmigo duermen todas las cosas en las que un día creí. También la poesía y las agradables charlas. Todo lo que he sido duerme ahora, y si no sucede nada inesperado, dormiré hasta mi último día. Puede que la muerte me despierte».

\* \* \*

Un cuerpo la estaba tocando. Notaba un aire caliente sobre el pecho. Algo afilado — con el primer resplandor de la consciencia imaginó que era una flecha, aunque enseguida comprendió que se trataba de una nariz— se le hundió en el cuello. Unos pelos le hicieron cosquillas en la mejilla. Abrió los ojos ante unas paredes verdosas llenas de telarañas y vio una mesa de madera pintada de azul y una sillita en la que se amontonaba arrugada la ropa del día anterior. Al otro lado de la ventana aparecía ante ella un cielo negro en el que los sarmientos de unas nubes trepaban por la luna. Apartó de sí el cuerpo que tenía encima.

—Kolia<sup>[6]</sup> —susurró, pellizcándole la cara—, sabes perfectamente que no puedes dormir aquí.

Nikolai se despertó. Apoyó la cabeza en la mano doblada y se quedó mirándola. El sueño se había disipado del rostro de él, que mostraba ahora una gran concentración. A ella siempre le parecía que incluso cuando dormía, se mantenía un poco despierto.

—No puedo seguir durmiendo con Vlada<sup>[7]</sup> en la misma habitación —susurró Kolia—. Tarda muchísimo en quedarse dormido porque no hace más que decir tonterías de cómo van a detener a papá porque se folla a las poetisas que espían para el enemigo, y de cómo van a detener a mamá por estar al servicio de uno que se folla

a las poetisas espías, y que a ti también te van a detener por querer ser una poetisa espía.

Sacha se sentó y apoyó los pies en las costillas de Kolia. Él suspiró de gusto. El despertador emitió un sofocado sonido de timbre bajo la almohada. Sacha se dio la vuelta enseguida para apagarlo.

—Zaichik<sup>[8]</sup>, ¿adónde vas? —le preguntó Nikolai muy sorprendido.

—Te tengo dicho que no me llames así —le riñó ella levantándose y temblando por lo frío del aire.

—¿Y por qué mamá sí puede?

Sacha no le contestó sino que muy deprisa se puso un vestido blanco, unas medias gruesas y se ató un pañuelo a la cabeza.

Se había jurado a sí misma no quitarse el pañuelo en su presencia. Ningún ser viviente tenía que verle el pelo mientras lo tuviera despeinado. Nikolai volvió a acurrucarse en la cama.

—Sabes que Vlada es más listo que todos nosotros juntos, ¿verdad? —se oyó su voz entre las mantas—. Si vuelves aquí, te contaré un montón de cosas que tú no sabes. Vlada oyó todo lo que dijeron ayer en la reunión y me ha dicho que mamá es mucho menos tonta que papá y los demás, pero que no va a servir de nada porque todos lo vamos a pagar bien caro.

—Cállate, que todavía te van a oír.

A lo lejos se oía el suave rugir de un motor. De tan poco intimidante como sonaba, se diría que hasta era el zumbido de una mosca. Pronto aumentaría de volumen y recordaría los primeros gorjeos de un trueno. No había nadie en la ciudad que no conociera a la perfección el ruido de esas furgonetas, los «cuervos negros» que cruzaban por las noches la ciudad.

En el dormitorio de sus padres la cama crujía, se oía también el asustado susurro de su padre mientras su madre, con toda seguridad, lo estaría consolando: «Andriusha, todo va a ir bien»; ahora se oía el ruido de unos pies descalzos, otra vez la cama rechinando y él, refugiándose en los brazos de su mujer. Y de repente se oyó un grito agudo que pretendía ser un susurro: «Por la mañana corre enseguida a ver a Varlamov. A él no lo detendrán. Con Brodski y con Levayev no hables ni media palabra».

Seguro que sus padres creían que ya habrían informado de la reunión porque el delator y sus acólitos no habrían perdido el tiempo y por eso estaba ya allí el cuervo negro. Sacha respiró profundamente para ahuyentar de sí el escalofrío de placer que le había recorrido todo el cuerpo. Puede que ahora, por fin, el gran físico Andrei Pávlovich Weissberg se viera asaltado por el pánico del día del Juicio Final y ya no le quedaran más excusas ni ilusiones para seguir siendo un timorato. Puede que ahora se arrepintiera.

El gorjeo del motor parecía alejarse, llevándose consigo a otras calles su mal agüero. Sobre la casa volvió a descender el silencio, excepto por la sinfonía de las

agitadas respiraciones de su madre y de su padre, de Kolia y de ella misma, a la que había que añadir la de Vlada, que tampoco dormía. El rechinar de unos neumáticos se oyó al fondo de la calle, una especie de alarido paralizante que anunciaba el destino final del cuervo. De la habitación de los padres volvió a brotar un parloteo asustado y a Sacha hasta le pareció que a su padre se le había escapado un suave sollozo.

Se examinó la figura en el espejo. Cómo le gustaba mirarse el cuerpo en aquella penumbra que acentuaba su esbeltez estilizándole todavía más el contorno de la cintura. Siempre había envidiado la cintura de su madre y le enfurecía el hecho de no haberla heredado.

—Que los chicos se queden en los dormitorios —dijo su padre, y un deje de temor le hirió la voz.

Sacha se alisó las arrugas del vestido y se inclinó hacia el espejo para ponerse carmín en los labios.

En todos los pisos de los alrededores los vecinos se despertaron llenos de horror, moviéndose todavía en medio de un duermevela, meciéndose en el seno de un mundo que despertaba con ellos, que tenía su misma edad, para al instante saltar y sumergirse en la consciencia de que la vida que ellos conocían había llegado a su fin. Entre las primeras luces del despertar se lanzaban sin aliento por los vericuetos del recuerdo: las últimas personas con las que se habían encontrado, ¿les habían dicho algo?, ¿habían criticado a alguien?, ¿o no se habrían opuesto lo suficiente a las críticas de los otros? Por sus mentes pasaban los retratos de enemigos y amigos, y los asaltaba el eterno temor de siempre: los de los coches negros lo sabían.

Alguien juró que si oía que llamaban a su puerta, se tiraría por la ventana, pero a la hora de la verdad, como mucho saltaría de la cama, se vestiría y los seguiría escaleras abajo, se sentaría en el cuervo negro y obedecería al destino. En eso eran únicos, todos esos pobrecillos, pensó Sacha frunciendo los labios mientras acercaba la cara al espejo para retirarse con un pañuelo un poco del carmín que se le había corrido. En quedarse esperando al destino.

—Zaichik, dímelo, ¿adónde vas? —volvió a preguntarle Kolia.

—Ya te he dicho que no es asunto tuyo, ¿verdad? —le susurró furiosa—. En cuanto yo salga de casa, tú te vuelves a vuestra habitación. A mamá no le gusta que duermas aquí.

No le permitía que se quedara en su cuarto sin estar ella porque Kolia solía espiarle los viejos cuadernos de poemas a los que añadía todo tipo de anotaciones que a él le parecían muy graciosas.

En la calle la azotó una ráfaga de aire helado que sintió como si la hubiera arañado una rama. Era curioso cómo en esa ciudad la persona se veía fustigada por varias ráfagas a la vez, como si el viento no tuviera una única entidad sino unas cuantas más pequeñas que lo fustigaban a uno desde los cuatro puntos cardinales. Los árboles de



la calle se agitaban salvajemente, tanto, que el árbol más próximo al edificio de ellos golpeaba la pared una y otra vez. Ya desde niña, había decidido que ese árbol ocultaba la simiente de la desgracia, una maldad reprimida que un día acabaría por irrumpir al exterior, y por eso ponía siempre mucho cuidado en rodearlo. A grandes zancadas se dirigió hacia el callejón de Zarubina, la infame vieja que se carteaba directamente con los miembros del Politburó para informarles de las situaciones de peligro que se les hubieran pasado por alto. No hacía mucho que Sacha había estado detrás de ella en la cola para el teatro y se había muerto de ganas de apretar bien fuerte los dedos alrededor de su macilento cuello. En el piso superior, en el apartamento de la vieja, la luz se encontraba encendida. Sacha se pegó a la pared. Al llegar al final de la calle no pudo contenerse y lanzó una mirada desafiante hacia el ventanal (todos decían que había agrandado la ventana original para tener el dominio de un número mayor de calles). Sacha no sabía explicar el porqué, y según parecía no había en ello mucha lógica, pero no temía a aquella malvada con su carnosa doble barbilla con pinta de zapato que le colgaba del mentón. Aunque Sacha era consciente de la necesidad de aquel miedo general, ella no lo tenía.

El coche negro la estaba esperando en el cruce, exactamente donde habían quedado. Habían cumplido con absoluta precisión sus órdenes, se dijo llena de satisfacción. Ahora los vecinos regresarían a sus camas y la tensión cedería. La noche transcurriría en paz.

—Hola —le dijo uno de ellos señalándole el asiento de atrás.

Sacha se sentó. En el furgón olía a cigarrillos mezclado con el olor a cuero de los abrigos. Los hombres permanecían sentados muy erguidos y en silencio. El vehículo engullía calle tras calle. Pasaron junto a la casa de Varlamov. Sacha pensó en el jardín, orgullo de su dueño, y en el que ahora, la clara luz de las farolas peinaba las rosadas hojas del ciruelo, los cerezos que lo rodeaban y los bancos pintados de un verde chillón. Era la tarde de un domingo: ella tendría ocho o diez años y un sol primaveral le calentaba el rostro. Todos engullían fruta y más fruta criticando a poetas y a escritores mientras se burlaban de Varlamov, que a la vejez le había dado por componer sus «poemas sobre la floración del cerezo». Él les respondía con indulgencia que el dolor lo dejaba para los jóvenes, porque todavía tenían la capacidad de enardecerse ante él, pero que a los viejos como él el dolor ya solo les producía aburrimiento.

Y luego estaban los niños, todavía más aburridos que el grupo de los mayores, correteando por los profundos y negros pasillos que llevaban a un patio contiguo, rectangular y abandonado, que también cruzaban a todo correr para sumergirse en el tenebroso pasillo del edificio de al lado. En la calle de Varlamov los edificios eran casi todos de cuatro pisos. En el momento en el que se sentía engullida por aquellos pasillos notaba el descenso a lo desconocido, como si se encontrara en una pesadilla. Cuántos miedos le treparon por la garganta mientras corría a ciegas por el oscuro pasillo hasta conseguir dar el maravilloso salto al patio bañado de sol. Ahí respiraba

bien hondo con la esperanza de quedarse un ratito, pero los demás niños salían ya corriendo en dirección al siguiente pasillo, y ella detrás. «Muerte-nacimiento-muerte-nacimiento», gritaban. En los pasillos morían y en los patios volvían a nacer.

Allí todo había sido diferente una vez. A Sacha le entraban ganas de pellizcarlos a todos para obligarlos a recordar.

El coche se detuvo junto a la estación del ferrocarril. Había un grupo de gente allá afuera. Los hombres llevaban unas desgastadas maletas punteadas de etiquetas de otros viajes y las mujeres haces de leña y baúles. No eran lugareños, sino nómadas, que llenaban todas las horas del día y de la noche la estación esperando ansiosos durante semanas y, en ocasiones, durante meses, la autorización para seguir viaje. Como carecían de permiso para residir en Leningrado se les exigía que se marcharan, pero hasta obtener el salvoconducto para irse a otro lado, levantaban campamentos en las proximidades de la estación o a orillas del Nevá. Sacha los veía a veces en la pendiente del río cavando unos pozos en los que encender fuego para cocinar el potaje para los niños. En ocasiones los detenían. Verdaderas hordas se movían juntas, empeñadas en aferrarse a los últimos vestigios de un mundo a punto de desaparecer. Eran los últimos restos de las masas de campesinos que habían sido arrancados de sus tierras hacía seis o siete años, en los días de la colectivización. La mayoría habían muerto, fueron desterrados o los reubicaron en otros lugares, mientras que los que consiguieron huir vagaban ahora perdidos por las extensas tierras del país. Nadia y Emma se lamentaban a veces de la terrible hambruna de los *kulaks* y de lo desgraciados que eran sus niños; Levayev y el padre de Sacha habían hecho en alguna ocasión observaciones críticas, pero durante los dos últimos años apenas se habían atrevido a hablar de ellos.

En Nevsky Prospect los faros del vehículo atraparon a un hombre muy bien vestido de unos cincuenta años que cruzaba la calle. Debía de estar borracho, porque de lo contrario se habría apercebido enseguida de la presencia del coche. Ahora estaba petrificado en el centro de la calzada con una expresión de asombro pintada en la cara.

—Lárgate de una vez, idiota —le gritó el conductor.

El hombre no se movió. Parecía haber salido de su estado de parálisis, pero aún no sabía qué hacer. Encorvó la espalda y dobló el cuello sin atreverse a mantenerse erguido.

Vuelve de casa de su amante, pensó Sacha. Esta es la hora en la que los adúlteros corren a casa. Se ha asustado porque los coches negros causan pánico en la gente que cree que le van a pedir cuentas por sus pecados; si hasta los que todavía esperan la segunda venida de Jesucristo creen que los coches negros los van a juzgar. El cuervo negro es el día del Juicio Final, sin que importe qué fe practique cada uno, porque el día del juicio siempre lo perseguirá.

—*Yop tvoyu mat* —lo maldijo el conductor con ganas.

Su compañero se miró en el espejito retrovisor el hoyuelo que tenía en la barbilla

y maldijo la navaja de afeitar que siempre se dejaba ahí unos pelos. Entre tanto el adúltero había empezado a recular al tiempo que hacía con la mano un gesto que imploraba piedad a la vez que intentaba anular su persona.

Uno de los agentes le dijo algo y se pasó la mano por el abrigo de cuero. Su compañero le respondió. Aleksandra los oyó, pero el acento que tenían y la forma en la que mezclaban las palabras convirtiéndolas en una especie de turbio murmullo le impidió entenderlos. Notaba como si en el interior del vehículo burbujeara una fuerza colosal que irrumpía hacia fuera como lava ardiendo, hasta el punto de que por toda la ciudad huían de ella para no quemarse.

Se detuvieron en un cruce. Uno de los agentes encendió un cigarrillo y apoyó el antebrazo en la ventanilla. Del exterior llegaba el aroma dulzón del pan de centeno recién horneado. Sacha se imaginó presionándolo con los dedos porque hacía demasiado tiempo que no tocaba la crujiente corteza de un pan recién salido del horno. En la ciudad se quejaban de que los desplazados de la estación de ferrocarril esperaban por la noche a las puertas de los obradores y obtenían pan, mientras que para los demás faltaba.

Uno de los agentes dijo en voz alta, sin volver la cabeza:

—Aleksandra Andrievna, eres una mujer hermosa.

Ella no contestó.

El conductor dijo:

—Camarada Weissberg, el pañuelo está bien para las viejas, no para las mujeres jóvenes y guapas. ¿Qué te parece si nos enseñas el pelo? Hemos oído maravillas de tu melena.

Con un movimiento rápido se quitó el pañuelo y la cabellera le cayó sobre los hombros. Sacha notó su áspero contacto, como una costra seca en el cuello. Volvió a lamentar no habérselo mojado y cepillado. El coche aminoró la marcha y los dos hombres se volvieron hacia ella para mirarle la melena.

—Realmente precioso, camarada Weissberg —dijo el conductor, que tenía una cabeza rectangular y sorprendentemente pequeña, como la de un niño.

—Muy bonito, sí, si hasta parece azul de lo negro que es —murmuró su compañero.

Sacha volvió a recogerse el pelo de inmediato y a cubrirlo con el pañuelo. La reacción de aquellos dos la había conmocionado. Al ver un cuervo negro por fuera, costaba creer que en su interior hubiera dos tipos como esos charlando de nimiedades como dos chicos de instituto.

Se acercaban al cruce de Liteini Prospect donde junto al río se encontraba el cuartel general del NKVD. Con toda seguridad la calle estaría desierta a esa hora. Ningún ciudadano respetable, y los ciudadanos en general, solía vagar de noche por las inmediaciones de ese edificio al que llamaban Bolshoi Dom<sup>[9]</sup> y que era fuente inagotable de las más espantosas historias, lamentos, exageraciones y chistes de humor negro sobre pasillos secretos que llegaban hasta Magadán, y sus innumerables

pisos: decían que si alcanzaba uno a contar los que había sobre el nivel de la calle y los sumaba a los que había bajo ella, resultaba que se trataba del edificio más alto de Leningrado. Hacía poco, un día que Sacha había pasado por allí, se le ocurrió pensar que un montón de hilos salían de él, uno por cada uno de los habitantes de la ciudad alrededor de los cuales se enroscaba el extremo opuesto. Porque todos los días oía a los ciudadanos, en las casas, calles y parques dar la lata con todo tipo de especulaciones y teorías, recitar situaciones de las que habían salido con bien y que los periódicos deberían recoger, aunque cada vez que se les acercaba alguien no lo suficientemente cercano, cambiaban el tono y se pasaban a uno más oficial, lleno de aspavientos pero desprovisto de contenido, y aparentaban estar hablando del edificio solamente de pasada. El hecho de sentirse tan débiles alejaba a los ciudadanos de cualquiera de sus virtudes hasta el punto de anularse por voluntad propia.

A Sacha le sublevaba especialmente la agotadora espera de lo inevitable: ¿le cabía a alguien alguna duda de que Nadezhda Petrovna los estaba abocando a su perdición? Y a pesar de que lo sabían, ninguno de ellos hacía nada. Los más listos, como Levayev, se habían ido alejando poco a poco de esa mujer, pero ni tan siquiera él era capaz de hacerlo con firmeza. Los demás se dejaban arrastrar por ella, lamentándose y haciendo alguna que otra advertencia, pero también sin firmeza. Nadie hacía nada realmente efectivo. Todos preferían pasar miedo y a la vez alimentar la esperanza de que a pesar de todo todavía era posible que la poetisa pudiera salir con bien de las pesquisas de la policía secreta. Aunque ¿cómo iba a poder salir con bien si los ojos de la secreta eran tantísimos y Nadia se empeñaba en llamar la atención y causar admiración publicando a los cuatro vientos sus burlescos poemas en contra de los logros del partido, lanzando sus dardos especialmente contra los escritores y poetas preferidos de este? Pero si solo a Gorki, a su muerte, le dedicó todo un poemario. El padre de Sacha, Varlamov, Emma Rikova, Brodski y Murazovski sabían perfectamente que cuando alguien es detenido, su círculo de amigos queda expuesto o a la muerte o al exilio, y todas esas personas tienen mujeres, hijos, hermanas, maridos, amantes y compadres. Al no actuar los ponían en peligro a todos ellos...

Alguien tenía que poner fin a aquello.

En lugar de dirigirse a Liteini Prospect, el coche viró hacia el sur.

—¿No vamos a la Bolshoi Dom? —preguntó Sacha a los agentes.

—¿Has oído? —exclamó el acompañante del conductor—, la camarada Weissberg quiere ir a la Bolshoi Dom.

—Pero ¿vamos allí o no? —insistió Sacha.

—Camarada Weissberg —se apresuró a responderle el conductor, ahora en un tono condescendiente—, tu reunión va a celebrarse en otro lugar. Cuando lleguemos te lo explicarán todo.

El conductor aceleró la marcha. Sacha permaneció en silencio y tampoco los

agentes hablaron más. Al cabo de unos minutos los sobrevolaron dos aviones. Uno de los agentes los señaló con el dedo y la mano le temblaba de puro entusiasmo. La luna rasgó el dosel de las nubes y por un instante pintó de plata las alas de los aviones que parecían estar volando directamente hacia ella. A continuación la calle volvió a quedar a oscuras. Sacha no se sentía preocupada por el cambio de planes y, al ocurrírsele que él o los suyos podían llegar a hacerle daño, al momento supo que se trataba de una idea descabellada: él no iba a permitir que le pasara nada malo. El coche aminoró la marcha y puso rumbo hacia una calle más estrecha. Ai poco rato entró en un aparcamiento de tierra. Varios coches negros estaban allí aparcados en filas, separadas por unos pasos muy estrechos. Sacha se bajó del vehículo y siguió a los dos hombres procurando no acercarse demasiado a ellos. Ahora emprendían el ascenso por una pronunciada cuesta, y al mirar Sacha hacia atrás, hacia el aparcamiento que se extendía allí abajo —puede que el trozo de tierra más oscura que había visto en su vida—, se acordó de las visiones apocalípticas con las que su madre intentaba asustarla cuando era pequeña: ahí estaban los jinetes del Apocalipsis envueltos en sus capas negras preparándose para la última orden, dispuestos para abatirse sobre el mundo con sus arcos y espadas, aunque no sin antes ocuparse de las niñas malas de doce años que dejaban que Maksim Adamovich Podolski les tocara los pechitos.

Sacha seguía a los dos agentes. Notaba mucho calor en el cuero cabelludo y un picor preocupante. Metió un dedo por debajo del pañuelo, se rascó frenéticamente y maldijo a aquellos asquerosos bichos. Un remolino de viento que parecía estar acechándola en el recodo del camino la zarandeó. ¿Cómo es que los agentes iban tan erguidos? A ella le dolían los muslos y la espalda, pero no se quedó atrás.

—Camarada Weissberg, un último esfuerzo —le dijo el agente que había conducido el vehículo.

Cada vez hacía más viento y su sollozo parecía un aguijón. Sacha emitía unos jadeos que le resultaban espantosos.

Él se encontraba a la vuelta de una pequeña curva del camino, oculto a la vista del que ascendía. Casi se dio con él. Llevaba el abrigo de lana sobre los hombros, como sí de una magnífica capa se tratara, y a su espalda se alzaba un ancho y sólido edificio cuyas ventanas iluminadas proyectaban unos pentágonos de luz sobre una plaza a la que la noche no había llegado todavía.

Su repentina proximidad la sorprendió, así que dio un paso atrás. Él posó la mano en la cintura de ella y aunque ella se la apartó, él ya la estaba rodeando con el otro brazo para atraerla hacia sí mientras le hacía un simpático guiño.

—Aleksandra Andrievna —se rio Maksim Adamovich Podolski—, te ruego que tengas cuidado no vaya a ser que te caigas y te hagas daño. Huestes de hombres de esta ciudad se echarán a las calles para vengarse de nosotros si te llegara a pasar algo.

—Buenas noches, camarada Podolski —dijo Sacha, porque estaba claro que en presencia de sus compañeros de trabajo debía cuidar las formas.

—Camarada Weissberg —exclamó Maksim Podolski en un tono muy oficial, al tiempo que acercaba los labios a la oreja de ella, que sintió el calor de su aliento en el lóbulo—, lamento haberte hecho venir. Este fin de semana se celebra aquí una concentración de gentes de todo el Óblast<sup>[10]</sup> y como puedes ver se trata de un lugar cómodo y tranquilo en el que hay dormitorios para todos. Al recibir tu última llamada he comprendido que nuestra reunión no admitía demora.

—Así es —dijo Sacha asintiendo también con la cabeza.

—Lo que lamento es que hayas tenido que subir a pie. Aunque las órdenes no eran esas. Mi intención era que nos encontráramos abajo y diéramos un pequeño paseo.

«Miente», decidió Sacha. La estaba esperando en el recodo del camino, y esas, precisamente, eran las órdenes.

Podolski le tendió el brazo con el mismo gesto remilgado y conocido que a ella a veces solía divertirle y que había imitado de los manuales de etiqueta de la nobleza. ¿Se habría él parado a pensar la razón por la que había escogido imitar precisamente ese gesto? Porque Maksim Podolski era un hombre de una fuerza poderosa, de acero, que a menudo dominaba su cuerpo, un hombre sabedor de que sus acciones estaban hechas de los mejores componentes, empujadas por los motivos más nobles y por la sincera y pura voluntad de sembrar el bien a su alrededor. «Soy parte de la fuerza que busca el mal / pero que solo el bien hace al final», había citado en una ocasión a Mefistófeles. Eso fue cuatro años atrás, el primer día de clase del último curso. Todos los estudiantes debían llevar una cita que los definiera. Ella había escogido unos versos de Nadezhda: «Hemos conocido la muerte / no la que no nos pertenece / esa no nos interesa a nosotros / porque no somos filósofos».

—Tu madre es una mujer inteligente —dijo Podolski.

Iban subiendo la cuesta hasta llegar a un círculo de luz blanca donde Sacha se sintió como si hubiera caído en una trampa.

—No es la primera vez que lo oigo esta noche...

—Sí, muy inteligente —volvió a decir Podolski—. Por lo que yo tengo entendido ha salido de tu madre hacer la pequeña reunión que ha tenido lugar en vuestra casa esta tarde para que nuestro confidente nos pusiera sobre la pista de la relación de Nadezhda Petrovna con Blumkin y nos llevara de él a los trotskistas. Un truco de primera. Tendrías que ver el informe que nos ha llegado.

—¿Ósip Borisovich? —preguntó Sacha con un hilillo de voz, porque en ocasiones incluso la traición esperada puede resultar dolorosa.

—Nuestros agentes se han quedado completamente conmocionados —prosiguió él haciendo caso omiso de la pregunta de Sacha—; Reznikov, de la Segunda Sección, no hacía más que gritar como un loco —añadió Podolski entre grandes aspavientos y correteando alrededor de Sacha—: «¡Entregádmelos! ¡Entregadme a esos traidores! ¡Dejadlos en mis manos!».

—¿Así que puede que eso pueda ayudar, lo de Blumkin? —dijo Sacha con un

escalofrío.

—No ha sido mala idea llevarnos en esa dirección —meditó Podolski en voz alta—. Blumkin fue liquidado antes de que Nadezhda Petrovna conociera a tu padre. El problema es que el nombre de tu padre apareció ya en el caso Piatakov, y ahora vuelve a aparecer.

Podolski tomó a Sacha del brazo. La empinada cuesta que recordaba de cuando habían subido hasta lo alto se había terminado y ya no quedaba más que una suave pendiente. Se estaban acercando a los coches negros. Ahora, en la oscuridad, mirando el aparcamiento desde aquella altura, parecía un amplio campo lleno de árboles de un negro verdoso. Como los campos que se ven desde la ventanilla del tren y cuyo extremo se encuentra quizá en otro país.

—Si se presta atención, desde aquí se pueden oír los aviones —le dijo, pero ella no lo oyó.

El entusiasmo exagerado que muestran los hombres jóvenes por los aviones o, más exactamente, por lanzarse en paracaídas desde ellos, es un fenómeno perturbador.

Se dirigieron hacia uno de los caminos que había entre los coches. Podolski encendió una cerilla y se asomó a las ventanillas de los coches para mirar los asientos traseros.

El asfalto del patio del colegio estaba caliente, áspero y sembrado de hojas pisoteadas. Eran los primeros días del otoño de cuarto curso y Podolski y sus amigos, un grupo de hombres jóvenes con pantalones grises, encendían tablas impregnadas de gasolina y el aire se combaba sobre ellos. Sacha y sus amigas, unas niñas con vestidos marrones, observaban desde las ventanas del primer piso a aquellos muchachos indisciplinados. Detrás del portón del patio estaba su tío con las cajas de cerveza. Podolski recolectaba unas cuantas monedas entre los amigos. Era más alto que ellos, fuerte y fornido, con los ojos tan brillantes como si se los hubieran untado con aceite y un copete de un color paja anaranjado. Sacha se agarra de la mano de Genia y corre con ella por el pasillo. Un torbellino con sonidos nasales de aullidos y silbidos, los niños jugando a luchas de caballos; la mano de ella en la cara de Genia; el rostro del director espionando a través de una rendija de la puerta; Genia que grita y la mano de Sacha sujetándola por el brazo y arrastrándola hacia fuera. Ya están fuera, acercándose al grupo de chicos.

—¡Nosotras también queremos cerveza! —le grita Sacha al grupo.

Maksim Podolski asoma del grupo con el cuello rojo y un rastro de espuma blanca pegada en el incipiente bigote.

—¿Y qué nos proponéis a cambio? —le responde él con una mirada burlona.

Ella le arrebató el botellín y da un trago, solazándose ante la certeza de que los labios de él han estado ahí hace tan solo un momento. Nota un sabor amargo en la lengua. Maksim Podolski la observa y no hay duda de que está sopesando cómo reaccionar. Sacha se asusta porque piensa que es capaz de pegarle. Lo ha visto

meterle el codo en la cara a un niño en la pelea de caballos y cuando le ha salido sangre de la nariz ha oído a Podolski decir que «los niños arman demasiado por un poco de sangre de nada». Seguro que a alguien como él, que tiene un padre chequista que tortura y todo, no le asusta la sangre.

Podolski la mira y después hace un gesto con la mano como si fuera un sirviente.  
—Respetable doncella —dice—, el botellín es tuyo.

Sintió el impulso de apretarse contra él, pero enseguida se dominó. Si viera en ella algún signo de debilidad, podía llegar a la conclusión de que su deber era protegerla y entonces no le contaría toda la verdad.

—Dime, ¿es cierto que Piatakov era culpable? —preguntó Sacha.

—¿Me estás preguntando si Piatakov, el vicecomisario popular de la Industria Pesada, planeó realmente descuidar los sistemas de ventilación de las minas de Kémerovo? Seguro que tu padre estaba en casa escuchando furioso el discurso de Vishinski en el juicio que fue radiado y dijo que Muralov, Radek y Piatakov eran unos necios. Conocemos el estilo: decir de un acusado inteligente que es un necio significa que no crees que el juicio sea un juicio justo.

—Mi padre no dijo nada parecido a eso —dijo Sacha, aunque para sus adentros lo felicitó por haberlo descrito a la perfección.

—No me refiero concretamente a tu padre, sino a las personas como él en general. Los que admiraban a Piatakov y trabajaban con él —se rio Podolski—. La verdad. Sacha, es que tu pregunta me ofende. ¿No entiendes que solo quiero tu bien? ¿No te das cuenta de que te hablo con una sinceridad con la que solo se puede hablar a contadas personas con las que uno puede compartirlo todo porque nadie las va a creer? Pues claro que es posible que Piatakov no estropeará el sistema de ventilación de las minas, los obreros murieran y se desatara el odio contra el gobierno. Dudo también que Muralov echara mano de un inútil como Arnold para liquidar a nuestro querido comisario de Exteriores. Pero Piatakov tenía muchísimas quejas y no es de extrañar que pudiera tener hasta intenciones criminales, además de que Muralov hablaba demasiado. Yo he estudiado historia a fondo. Las ideologías y las modas aparecen y desaparecen, las personas creen en ciertas cosas y después en otras completamente diferentes y lo único que permanece es la aterradora elasticidad de nuestro espíritu. Sacha, las personas son patéticas. Siempre quieren cambiar las cosas, también son traidoras, sueñan con un régimen mejor y con el mayor de los descaros se proponen hacer realidad esos sueños. Nosotros no nos ocupamos de los hechos ni de sus resultados, sino de otros asuntos: las personas deberían tener miedo de cualquier pensamiento criminal que se les ocurra y deberían sospechar de todos y no compartir sus reflexiones con nadie, porque tienen que saber que no existe un lugar lo suficientemente oscuro como para que nosotros no podamos verlo.

Sacha se apoyó fatigada en uno de los coches. Podolski volvió a mirar el asiento



trasero de otro vehículo. En esta ocasión dejó escapar una palabrota entre dientes. Cuando sucedía algo que Podolski esperaba que fuera a suceder, maldecía. Al instante entró en el coche y al salir llevaba en la mano una botella de cerveza. Sacha se la arrebató. Se trató de un reflejo más fuerte que cualquier decisión. Aquel era un ritual fijo entre ambos, y si no lo cumplían, era como si traicionaran todo lo que había entre ellos.

—Esto me resulta ya demasiado conocido —dijo furiosa, dando un trago de la cerveza.

¿Cuántas noches como esa habían pasado juntos? Trepando a las tapias de los jardines, escondiéndose detrás de los muros de la orilla del río, vagando por las calles de la ciudad, soñando con países del otro lado del mar Báltico. Cuando iban al instituto tenían muy claro que nada los separaría.

Podolski se apoyó en el coche de enfrente de ella, encendió una cerilla tras otra observando con gran concentración cómo el fuego se apagaba. Sacha le miraba la cara iluminada por la pequeña llama. La tenía un poco más delgada, lo que bastaba para acentuarle la delicada línea de los pómulos. Sacha sabía bien que todos esos discursos de él acerca del poder y del miedo eran pura palabrería. Maksim Podolski no era un hombre al que le entusiasmara el poder. Lo había podido degustar a sus anchas durante el tiempo que su padre fue uno de los dirigentes de la checa de Leningrado y se movía por las calles de la ciudad en un coche con chófer: invitaciones a una dacha a orillas del mar, las mejores butacas en los teatros, regalos carísimos por año nuevo, un amplísimo piso de cuatro ambientes y un sinfín de recepciones. En casa de los Podolski los niños comían unas *delicatessen* con las que en otras casas ni siquiera se soñaba. Durante esos años, sin embargo, Maksim sí fue un niño ebrio del poder de su padre y se comportaba, además, como si fuera responsable del destino de todas las personas que conocía, incluidos los padres de sus amigos y los profesores del colegio. Después la fiesta llegó a su fin. Los dirigentes más veteranos de la checa fueron expulsados de sus puestos, acusados de los más variados delitos. Unos fueron exiliados y otros directamente liquidados.

El padre de Maksim fue despedido. Según parece, con él no se mostraron tan severos. Pasó muchísimos años en su casa esperando que lo llevaran a juicio o que lo restituyeran en su puesto, y escribiendo cartas de protesta a todas las instituciones. Durante los últimos años allí todo el mundo se dedicaba a escribir. Millones de cartas inundaban el país. Escribían los acusados, sus parientes, los parientes de los parientes, los ciudadanos bienintencionados y los delatores. Desde los pisos, las cárceles, los campos de trabajo. Desde todos los rincones del país circulaban a toda velocidad trenes y más trenes cargados de papel. Luego echaron a los Podolski de su piso y tuvieron que mudarse a uno compartido. El padre de Maksim iba a veces a buscarlo al colegio. Se quedaba junto al portón de entrada con su bonito abrigo de lana y la melena peinada con esmero. Incluso después de haber perdido su puesto de trabajo siempre se le veía muy arreglado y sin signo alguno de debilidad. Aunque

cualquier muchacha que se topaba con él encontraba siempre pruebas de su debilidad: tiembla mucho, tiene los ojos rojos, la cara llena de arrugas y bastantes canas.

Durante todo aquel año, el último curso en el instituto, estuvo Sacha atrapada en la telaraña de una tristeza paralizante. No conseguía recordar ni un solo momento de paz. Maksim y ella se alejaron el uno del otro y Sacha, desde el primer día de curso hasta el último, se lamentó de esa separación.

Llegaron a la última hilera de coches y se quedaron mirando el lejano horizonte, allí donde el cielo parecía doblarse. Podolski le contó que un americano al que habían interrogado había dicho que en una ciudad al lado de Nueva York habían dispuesto un enorme aparcamiento en el que las parejas de jóvenes veían películas desde el coche en una gigantesca pantalla, y que solo costaba unos pocos céntimos. Le gustaba la idea de ver una película y poder estar solo. Hasta los capitalistas más corruptos tienen alguna idea genial de vez en cuando.

Sacha se dio la vuelta, miró el aparcamiento y la visión que tuvo le alegró el corazón: parejas y más parejas sentadas en aquellos coches negros viendo una película de estreno. Qué raro: Maksim, por lo visto, tenía la virtud de tranquilizarla, de embotarle los sentidos. Lo que más deseaba en esos momentos era recostarse sobre el capó de uno de los coches y quedarse mirando las nubes. Pero la primera frase que se le ocurrió fue: «Maksim, si anduviéramos en línea recta, ¿llegaríamos al mar?». Enseguida acudió a su mente la orden de Nadezhda para detenerla: «No hay que dejarse tentar por el cautivador susurro de la nostalgia».

—¿Se encuentra bien Nadia Petrovna? —preguntó.

—Ha estado un tiempo aislada. Le recitó a su interrogador, a Reznikov, un verso de Jlébnikov...

—«La comisaría, ¡magnífico lugar! Lugar de encuentro con el estado» —susurró Sacha—. Siempre planeó recitar ese verso cuando la detuvieran.

—Sí, y a pesar de todo a él le hizo gracia, pero al día siguiente Nadia conoció en la celda de detención a dos jóvenes judías acusadas de dirigir una organización contrarrevolucionaria sionista y les explicó lo que es el sionismo. Ellas repitieron luego la lección que les había dado y cuando las descubrieron, al instante la acusaron a ella de todo. Nadia, entonces, le dijo a Reznikov que un ciudadano juez interrogador como él debía comprender que aquellas dos pavas no sabían nada de sionismo. Estaban dispuestas a reconocerlo, pero tuvieron miedo de no saber dar con unas buenas respuestas y que volvieran a gritarles, así que se había prestado para darles unas cuantas ideas. Reznikov la acusó de insinuar que lo que ellos pretendían era conseguir confesiones falsas y la envió a los calabozos del sótano.

Sacha ya no lo escuchaba porque Maksim hablaba por hablar, ya que sabía muy bien que en esos momentos no eran las peripecias de Nadezhda lo que le preocupaba. A lo lejos se oía el rugido de un motor y enseguida apareció del otro lado de la curva un coche negro. Podolski miró el coche con suspicacia y a Sacha la asaltó entonces una aterradora idea: ¿puede que no hubiera entendido del todo cuál era el estatus de

él? ¿Quizá no era una persona tan influyente como pretendía ser? La aparición del coche los había puesto en guardia a los dos por el hecho de que un ojo extraño hubiera sido testigo de su encuentro. Por eso, ahora el encuentro se hizo más aséptico, se limpió del pasado —de los furtivos besos en el patio del instituto, de la mirada desde el Puente de la República a última hora de la noche bajo un cielo que perdía ya el último rastro de estrellas—, ahora el encuentro resultaría más expeditivo. Hasta ese momento Sacha no se había atrevido a preguntarle nada, porque esperaba que Maksim, por sí solo, iba a sacarla de las dudas que llevaban tanto reconcomiéndola, ya que hacía más de un año que había llegado a la conclusión de que a Nadia terminarían por detenerla.

Sacha necesitaba una respuesta. Ya no quedaba tiempo.

—¿Podrás ayudar a mi padre?

Maksim resopló sonoramente. Sacha imaginó que el aire que acababa de soltar estaba lleno de todas las cosas que él sabía y ella no. Después se hizo un silencio. Puede que esperara que ella no fuera a obligarlo a responder. Un segundo coche apareció. El aparcamiento despertaba. Unos haces de luz brincaron por los techos de los coches.

—Ha sido una maniobra muy inteligente recurrir a mí —dijo Podolski finalmente, en un tono entre sorprendido y acusador. De pronto parecía haber comprendido las esperanzas que ella había puesto en él—. En realidad, es lo único que podías hacer.

Un hombre y una mujer asomaron del primer coche y, quedándose a ambos lados de este, se pusieron a fumarse un cigarrillo mientras hablaban quedamente. Se notó que Podolski, al reconocerlos, se había tranquilizado.

—Vuestra querida Nadezhda Petrovna habría sido detenida de todos modos, eso parece haberlo entendido. Su tiempo en Leningrado ha llegado a su fin, lo que pasa es que no tuvimos ocasión de decírselo. Como me enteré de su detención pude dirigir la primera fase de su interrogatorio. Pero esa mujer despierta el interés de instancias más altas. Los versos que nos copiaste, como por ejemplo «Polvo bigotudo en la iglesia de Cuba»<sup>[11]</sup>, conmocionaron a muchos, aunque también les divirtiera la fuerza que tenían, y eso que esa sola frase bastaba para dar pie a tres buenas razones para liquidarla. En el NKVD son conscientes de tu aportación en el interrogatorio y saben que habrá que tener en cuenta tu petición.

—¿Y mi padre?

—Se le ayudará, de eso no cabe la menor duda. Haré todo lo posible para que lo liberen.

—¿Y no puedes impedir que lo detengan?

—No —respondió él, y la miró con tristeza por su negativa a querer reconocer lo que caía por su propio peso.

Sacha se vio asaltada por una sensación de ingravidez. ¿Cómo es posible que las personas, de pronto, pierdan tanto? Pero sucede. Lo miró. Durante los últimos años había ganado cuerpo, aunque seguía manteniendo una altura media. Y eso que con los

ojos de la imaginación lo veía alto.

A Sacha, el negocio que había ideado le parecía perfecto: ellos tendrían a Nadezhda y ella no perdería a sus padres, de manera que las dos partes quedarían satisfechas. ¿Cómo había podido hacerse la ilusión de que ella tenía parte en el asunto? Se vio invadida por una sensación de ira y de impotencia: todos sus esfuerzos habían resultado vanos. Apenas podía contener el impulso de tirarse al suelo y arañarse hasta sangrar. En su mundo —un mundo estúpido que no podía existir sino en la imaginación de unas mujeres ingenuas— se veía allí, en el NKVD, con sus peticiones atendidas. Pero allí no había nadie. Seguramente no veían en ella más que una mota de polvo que por un momento se había elevado por el aire para desaparecer al instante en el suelo.

—¿Y mi madre? —preguntó Sacha, no sin preguntarse a sí misma si no habría sido precisamente ella la que les había acarreado toda esa desgracia.

—No depende de mí. Puede. Yo pensaba hacerle firmar a Nadezhda Petrovna una rápida confesión referente a los poemas y a otros poetas cómplices de sus faltas y después exiliarla de aquí y que se marchara a recitarles poemitas a los osos polares. Pero el director de la Segunda Sección se inmiscuyó en el interrogatorio y ahora, encima, ha venido a sumarse el asunto de Blumkin. Aparece escrito en el expediente. Quizá sea bueno, porque la llevará a los contactos que tuvo en el pasado con las organizaciones contrarrevolucionarias alejándose así la atención de la acusación principal contra tus padres.

Podolski reconocía que el asunto no estaba en sus manos. En honor a la verdad, ya en la primera reunión que Sacha había mantenido con él, este le había dicho que era menos peligroso entregar los poemas que no hacerlo. Pero ahora veía que hacerlo también lo era.

Aleksandra temblaba. Todos dormían mientras la sombra de la desgracia se cernía sobre su casa. Bajo esa sombra, en la fina costura que separaba esa noche de sus ilusiones, quedarían atrapados los últimos días que iban a pasar juntos: unos cuantos despertares, el frío de la mañana en el salón, una taza de té, puede que una tarta de queso con florecitas de azúcar, todos apresurándose para ir al trabajo o a la escuela<sup>^</sup> y unas cuantas cenas en las que su padre todavía se sentaría con ellos —porque cuando Nadia no estaba, su lugar era aquel— y puede que otra partida de cartas o algún acertijo de lógica inventado por él mismo para los gemelos que ya se estaban quedando dormidos en el salón para después subir arrastrando los pies a la buhardilla, y ella detrás, y al poco rato también sus padres.

¡Qué deprisa se habían convertido sus pesadillas en hechos reales! Ahí estaban ya envueltos en el manto férreo y frío de su cumplimiento. Se sentía como alguien a quien le hubieran amputado los dos brazos y que, dejándolos atrás, sigue corriendo.

Solo quedaba una última pregunta.

—¿Y los gemelos?

*Berlín, invierno de 1939*

—Thomas, ¡qué aire más perfumado! —exclamó Karlson Mailer y se pasó los dedos por el cabello engominado y echado hacia atrás, pegado al cráneo.

Por lo general se lo peinaba en un elegante copete que en el despacho llamaban «flequillo americano», y sin él la frente saltaba demasiado a la vista por encima de sus ojos negros, a menudo dominados por una mirada febril.

—Qué maravilla de fiesta, ¿verdad? —musitó, mirando alternativamente a las señoras con los vestidos de lentejuelas y las pieles y a las camareras de blancas faldas y medias de seda.

Encendió la pipa, costumbre que había adoptado de su nuevo amigo «*Herr Professor*», como él llamaba al hombre del Instituto Káiser Wilhelm de las Ciencias. Durante las últimas semanas solía Karlson hablar constantemente «de ese fenómeno»: «Es un chico con el que se pueden hacer negocios. Durante la Gran Guerra él y el profesor Haber (aquel judío galardonado con el Nobel al que echasteis de aquí y que murió como un perro) crearon para vuestro ejército unos gases con componentes mortales, unos gases que no levantaban el polvo de los almacenes, como tú muy bien sabes...» —añadió el perfumado Karlson guiñándole el ojo a Thomas.

Se encontraban en un amplio patio ornado con esculturas y cuadros de seres de la antigüedad: serpientes con rostro humano cuyas lenguas se introducían en las paredes, una criatura con cuernos y la piel moteada de manchas negras y hasta unas aves de presa cuyas alas terminaban en hojas de espada.

—Mira esto —dijo Karlson envolviendo con la mirada el patio entero—, es una especie de enfermedad europea, tejer el presente con todo tipo de hilos históricos, como si todo tuviera que ser un homenaje a algo que ya existe. Ese es el verdadero problema de Berlín, que demasiados estilos y periodos compiten entre ellos. Pasas por una calle y parece un museo y, un poco más adelante, un parque de atracciones.

¿Cuántas veces puede alguien repetir su teoría? Thomas, furioso, volvió la mirada hacia fuera. Al otro lado de los ventanales brotaban las farolas que proyectaban sobre la calle una luz como de luna con sus transparencias lechosas hermanando cielo y

tierra.

—¡Una terraza que gira toda ella en torno a un solo tema! —oyó Thomas al joven arquitecto explicándoles su visión a un grupo de hombres altos y rubios, por lo visto diplomáticos escandinavos.

Entre ellos pasó una mujer espigada y muy pálida de rostro que llevaba una diadema de diamantes y un vestido dorado. Un silencio tenso se hizo patente en el grupo de hombres al verla pasar por su lado.

—Es un homenaje al anhelo del hombre a fundirse con la naturaleza. La mayoría de los seres que presentamos aquí están inspirados en las pinturas rupestres del periodo auriñaciense —proseguía con voz profunda y el acento de la gente bien, al lado de la cual la voz de Thomas sonaba algo chillona—. Ahí, por ejemplo, tenemos una interesante versión de la escena del carnaval de la gruta de los Tres Hermanos.

La mujer soltó una risita y Karlson le dirigió una descarada mirada de satisfacción por haber encontrado a alguien que estuviera de acuerdo con él, y además que se tratara de una mujer tan guapa.

—¡Qué ambiente festivo más maravilloso! —exclamó de repente, sacudiendo a Thomas por el hombro, el incómodo gesto típico del que pretende mostrar su amistad porque le cuesta intimar.

Aquel hombre era realmente un desvergonzado, se dijo Thomas, decidido a alejarse de él durante el resto de la velada. El comportamiento de Karlson era el típico comportamiento sin modales de un yanqui protegido por la coraza de un país que nadie en su sano juicio se atrevería a criticar porque podía costarle muy caro a alguien del lugar.

Mailer acercó el rostro al de Thomas y se lo escudriñó.

—¡Tómame algo! ¿Cómo es posible, Thomas, que nunca disfrutes de nada?

Un oficial de la SD, con su uniforme negro, fue hacia ellos. Era un muchacho fuerte y ancho de hombros pero que avanzaba con pasitos de damisela. Tenía los ojos muy claros, casi translúcidos, hasta el punto de que a Thomas le dio la sensación por un momento de estar mirando un espejo. Ya antes se había encontrado con ese oficial, en las oficinas de Milton. Hacía un par de meses que Karlson y Jack Fisk, el presidente de la compañía, se reunían con distintos funcionarios del Ministerio de Economía, de la SD y de la oficina de Hermann Göring. Alguien le había contado que corría el rumor de que la compañía Milton estaba metida en un negocio secreto que tenía algo que ver con los judíos.

Thomas no se sentía ofendido por el hecho de que se hubiera tomado la decisión de no contar con él para ese negocio, porque consideraba que uno solo debe ofenderse cuando por haber quedado fuera uno se ha perdido algo realmente importante, mientras que todo lo demás no son más que tonterías, pequeños traumas de la infancia, cosas con las que entretenerse en el diván de Erika Gelber, pero que en el trabajo hay que ignorar.

—Buenas noches, *Herr Mailer* —dijo el oficial haciendo caso omiso de Thomas.

—Buenas noches, *Oberleutnant* Bauer. Hacía tiempo que no nos veíamos —respondió Karlson distraído, sin siquiera devolverle la mirada al oficial.

—*Hauptsturmführer* —precisó el oficial con firmeza—, nos hemos visto hace tan solo una semana exactamente.

—En estos tiempos que corren eso es muchísimo, ¿no le parece? —exclamó Karlson, fijando la mirada en el grupo de hombres altos que ocultaba a sus ojos a la mujer de la diadema de diamantes—. ¿Desea que le pidamos algo de beber?

—No, muchas gracias, *Herr* Mailer, no me quedará mucho rato —dijo, con un tono de aversión que no se esforzó en ocultar en su voz ya de por sí fría—. La verdad es que me ha sorprendido el hecho de que hayan decidido ustedes celebrar esta fiesta este año.

—¿Y por qué no íbamos a hacerlo? —preguntó Karlson, alzando su copa—. Es ya tradición en la compañía. No me negará usted que esta noche cumplimos un año más, ¿verdad?

—Es una tradición que ya tiene una década —se aventuró a decir Thomas sin saber si no se habría dirigido al oficial con una voz demasiado sumisa.

—Ahora que su embajador se ha marchado de Alemania las relaciones entre los dos países ya no son lo que eran —sentenció el oficial, todavía sin dedicarle a Thomas ni tan siquiera una mirada.

Karlson entendió. Achinó los ojos y una vena se le hinchó en mitad de la frente mientras se inclinaba hacia el oficial.

—*Hauptsturmführer* Bauer, ¿está usted hablando ahora en nombre de Alemania? Porque esta noche he estado con varias personas realmente dignas de llevar por el mundo el nombre de su patria y están convencidas de que no se trata más que de un malentendido temporal y de que los jóvenes demasiado briosos que buscan veneno donde solo hay amistad no son necesarios. Esta noche se celebran en cuatro continentes quince fiestas de la compañía Milton, y adivine a cuál de ellas ha decidido acudir Jack Fisk, el presidente de la compañía.

En ocasiones Karlson lo sorprendía positivamente. Thomas también detestaba esa pretensión por parte de hasta el último limpiabotas de la calle más apartada de ponerse a pronunciar discursos en defensa de la patria. «Cualquier triste policía que no tiene nada de lo que enorgullecerse se agarra al clavo ardiente de la nación, a la que pertenece por pura casualidad, y se vanagloria de ella», blandió Thomas mentalmente esa frase de Schopenhauer como un martillo con el que hacer añicos el resplandor cristalino de los ojos del oficial.

Por lo menos en esta ocasión Karlson había mostrado consideración y no había empleado su «le presento a Thomas Heiselberg, nuestro más excelso socio». En sus primeros encuentros con los próximos al régimen solía presentar a Thomas como un colega de la compañía germano-americana, «un muchacho cuatrocientos por cien ario», disfrutaba diciendo, como si hablara de la pureza del alcohol. Y añadía: «Podéis comprobarlo remontándoos hasta la Edad Media; solo arios». Para sus

adentro Mailer y Fisk se burlaban con condescendencia de toda esa estúpida palabrería de los arios y sus carcajadas resonaban tras las puertas cerradas, unas risas que a los ojos de Thomas no hacían más que acentuar las diferencias que los separaban de él. Aunque en el tema de la raza él no hablaba en los términos en los que lo hacían los miembros del partido, a los ojos de los americanos no dejaba de ser un alemán de rancios modales, un extraño que recitaba a la perfección «todos esos idiomas europeos».

Bauer se quedó callado sin apartar la mirada de Karlson. Dos arrugas idénticas aparecieron en el entrecejo. Thomas estaba convencido de que la actitud desafiante de Karlson estaba también destinada a impresionar a la dueña de la diadema que en esos momentos los miraba por primera vez con una expresión de guasa: por fin había alguien que decía algo a la altura de la belleza de ella.

—Espero que no sea más que un malentendido —dijo el oficial en tono desafiante—. Son muchos los invitados que no han venido hoy aquí por esa provocación. ¿Acaso se nos iba a ocurrir a nosotros llamar a nuestro embajador en Washington por las quejas de un puñado de negros en los Estados Unidos?

—No creo que esta noche podamos solucionar los problemas del mundo —refunfuñó Karlson, dando un paso atrás con la intención de librarse de Bauer.

Su alegría había desaparecido. Cualquier inesperada dificultad despertaba siempre en Karlson la sensación de que se le había ofendido personalmente. ¿Y quiénes eran los culpables? Los enemigos. Los amigos. El destino. Dios.

—Seguro que es usted consciente de que los últimos acontecimientos pueden llegar a influir negativamente en nuestros negocios en común. Los miembros del *Reichsmarschall* Göring no están satisfechos —sentenció Bauer antes de volverles su impecable espalda.

Karlson, al principio, pareció un poco perplejo, pero enseguida murmuró:

—Vete a la mierda, hijoputa.

Se quedó un rato más llamando «bombón» y «muñeca» a las camareras y cambiando constantemente de bebida. Después, miró a su alrededor con los ojos muy rojos y dijo:

—¡Cuidado con que ese hombre se me vuelva a acercar!

Thomas se lo llevó a un rincón y Karlson le confesó que Bauer había dado en el clavo comprendiendo a la perfección los vientos que en ese momento soplaban en los Estados Unidos: Fisk había recibido últimamente no pocos mensajes de los malditos funcionarios del estado, sí, incluso de algunos senadores, en los que le exigían que reconsiderase las relaciones de Milton con Alemania.

—¿Y sabes lo que les ha contestado, el viejo zorro? Les ha dicho que tiene amigos en la compañía Lockheed y que por ellos sabe que sus asquerosos aviones están aterrizando en estos momentos en Japón y que los técnicos de Lockheed están ayudando a los de los ojos achinados. Así que mientras que haya un solo empleado de Lockheed en Japón, él seguirá manteniendo su negocio en Alemania todo lo que le dé



la gana.

Thomas no le preguntó acerca del asunto del que acababa de nombrarle Bauer. Se conformaba con que Karlson supiera que lo había oído y con que por eso mismo ahora tuviera que sopesar si lo hacía partícipe de él o no. De nuevo lo asaltó la pregunta que se venía haciendo últimamente: ¿qué negocios se traía Milton con la SD y con el Ministerio del Aire de Göring?

En realidad, después de haber sido testigo del último intercambio de palabras, prefería que no lo hicieran partícipe del nuevo negocio. No le apetecía tener que trabajar con ese oficial, y por el aspecto hinchado de la cara de Mailer —jamás lo había visto tan bebido— entendió que la simpatía que sentía por ese negocio era todavía menor que la que sentía por Bauer.

Dejó a Karlson en su rincón y se dirigió hacia el centro de la estancia. Allí se dio cuenta de que la luz de las arañas no se repartía equitativamente: junto al estrado centelleaban las charreteras doradas sobre los uniformes negros y las pecheras de las camisas de los hombres brillaban con toda su blancura, mientras que entre la barra y las escaleras se dibujaban unas anchas franjas de sombra. Quizá debería advertir al arquitecto, el rey de los animales, de los defectos de iluminación.

A ambos lados de las escaleras pendían banderolas de los dos países, y bastante por encima de ellas, como en otro mundo, colgaba iluminado por una de las arañas un gigantesco cartel:

## 1939. AÑO DE LA AMISTAD Y LA HERMANDAD

### COMPAÑÍA MILTON

Thomas se dobló los puños de la camisa. Notaba que el olor dulzón y repugnante de la gomina del pelo de Karlson se le había pegado al traje y recordó furioso cómo lo había sacudido por los hombros. Un hombre de pelo negro, de aspecto agradable y que vestía una chaqueta jaspeada estaba apoyado en una de las esculturas. A su alrededor se habían reunido unas cuantas mujeres hermosas.

Una de ellas, a la que Thomas le echó unos treinta años, mostraba un hombro desnudo bajo un abrigo de piel rosa de cuyo cuello salían unas plumas de avestruz.

—*Herr* Fritsche —decía coqueteando—, es maravilloso oírlo por la radio. Su voz, sencillamente, me cura todos los males.

—Pero, señora mía, si me limito a leer las noticias y a informar puntualmente al pueblo alemán —se hacía el humilde el dueño de la famosa voz, mientras con un pañuelo se enjugaba la frente justo en la línea que la separaba de su pelo en retroceso.

—Ay, pero si todavía no le he contado lo de la nueva obra para la que me han contratado como actriz suplente —dijo la mujer alzando la cabeza con un gesto encantador—, seguro que ha oído hablar de ella, *Intriga y amor*.

—Naturalmente que sí, ¡maravillosa! —exclamó Fritsche—. Tuve el honor de

acompañar al *Führer* y al ministro de Propaganda en el estreno. Después hasta conversamos de la magnífica actuación de nuestro teatro que no es en absoluto histriónico ni tampoco adolece del viejo romanticismo.

Thomas examinó a Fritsche. Se le notaba que hacía verdaderos esfuerzos por disimular la sensación que tenía de no ser amado. Con absoluta seguridad todos los días se acumulaban a sus pies montones de evidencias de que era admirado y respetado, por lo que pretendía comportarse en el mundo con la liviandad de quien está acostumbrado al amor, pero no lo conseguía.

—Leo en los periódicos unas informaciones de lo más preocupantes. No irá a estallar una guerra, ¿verdad? —le preguntó otra mujer—. Mis dos hijos están sirviendo en la Wehrmacht.

Thomas sintió que un fuerte dolor le traspasaba el cuerpo y que se le agudizaba en las costillas.

—Como usted bien sabe, mi trabajo me hace estar muy próximo al ministro de Propaganda —se enorgulleció Fritsche—, y puedo responder ante usted de que Alemania está haciendo todo cuanto está en sus manos por evitar una guerra.

—*Herr Fritsche* —se acercó a él Thomas y le hizo una reverencia—, en nombre de la compañía Milton permítame que le agradezca el hecho de haber elegido celebrar con nosotros la Nochevieja. Soy Thomas Heiselberg, uno de los socios de la compañía.

Una sombra nubló el rostro de Fritsche. ¿No habría sido Thomas lo bastante educado al dirigirse a él? Aunque, ¿desde cuándo ponía en duda su capacidad para cautivar a la gente? Lo cierto es que últimamente no se sentía en plena forma. En el ambiente soplaban unos aires que le costaba identificar.

Thomas notó cómo una debilidad que no le era desconocida se apoderaba de su cuerpo. A veces le sucedía. Tenía la sensación de que unos velos negros le envolvían los ojos, las personas se convertían en meras figuras difuminadas, los colores de sus ropas parecían desvanecerse, y lo mismo los sombreros, los tocados, las joyas y todos los sutiles matices de la luz. Haciendo un gran esfuerzo apartó la mirada de Fritsche y la dirigió hacia la sala de fiestas. Al igual que un náufrago buscó algo a lo que aferrarse, tal y como le había enseñado Erika Gelber: «En esos accesos busca algo que rebose vida y céntrate en ello, hasta que se te pase el *malaise*». Thomas no podía soportar el término *ataque* con el que ella calificaba esos momentos. Porque además sería estúpido definir el sufrimiento mezclado de dolor que se apoderaba de todos sus miembros como algo no real. Pero ¿dónde iba a encontrar, en aquella sala, algo que rebosara vida? ¿Habría allí algo que su imaginación fuera incapaz de destruir? La fiesta, en realidad, estaba tocando a su fin y era algo pasado. Aquella no era una sensación nueva: ya en su infancia la mente lo empujaba a ver como terminada cualquier cosa que representara periodicidad o el fin de un ciclo. Las vacaciones de verano, los días de fiesta, los cumpleaños. Siempre, hacia el final de la celebración, veía a los que lo rodeaban del color amarillento de la cera, como si se hubieran

quedado sin el último aliento vital. Las personas como él, que veían la muerte en todas partes, no podían llegar a entender por qué los demás celebraban el paso del tiempo.

Entre tanto se oyó a sí mismo hablándole a Fritsche, alabándole su talento como locutor y proponiéndole veladamente que podrían llegar a colaborar. ¡Qué orgulloso estaba de su voz, que se había mantenido del todo firme!

—Ojalá volviéramos a vernos pronto —le propuso Fritsche—. Estaré encantado de que un representante tan alto de la compañía Milton nos honre visitándonos en nuestra cadena de radio. Sé que su compañía y el gobierno de Alemania están reforzando su colaboración en estos momentos.

¿Estaría Fritsche refiriéndose de manera encubierta al asunto de Bauer? Aunque en realidad, ¡qué importaba ahora! Aquello era un éxito, así que a la porra con todos esos pensamientos de más que lo debilitaban. Si los pobres de espíritu como Bauer no lo apreciaban, ahí estaba Fritsche, a quien su compañía sí le resultaba grata, y las personas como él siempre lo apoyarían. Fritsche dijo algo más, pero Thomas no lo entendió. Notó que los músculos de la boca se le tensaban hasta formar una sonrisa. Ahí estaba él, tan firme, irradiando encanto personal.

Se fue alejando despacito y con paso cauteloso se encaminó hacia el bar mientras todavía podía oír a Fritsche cautivándole el corazón a la actriz con una historia acerca de su amada madre que había abandonado este mundo el año anterior. Poco a poco el cuerpo volvía a responderle.

Miró el reloj. Había quedado en encontrarse en el bar a las once y media con el director de la sucursal francesa, con Karlson y con Fisk para tomarse una copa juntos y brindar por el nuevo año. Thomas lamentaba que Federico Toppano, de la sucursal italiana, se hubiera visto obligado a quedarse en Roma. Habría estado orgulloso de poderles presentar a los directores americanos al descarado de Toppano, que intimidaba con cualquiera tan fácilmente. Por su parte, el director de la sucursal en Polonia, Viacheslav Buzikovski —al que en Berlín llamaban «Biza»—, había comunicado que «en vista de los últimos acontecimientos me será prácticamente imposible viajar a Alemania porque incluso la existencia de la sucursal está en entredicho».

Thomas, que tenía muy buen concepto de Biza por todos sus logros, se apresuró a responderle con otro telegrama: las diferencias que puedan existir entre Alemania y Polonia «no tienen por qué influir en Milton, que desde su fundación se ha mantenido al margen de la política. A eso hay que añadir que Alemania y Polonia tienen firmado un tratado de amistad desde el mes de enero de 1936, por lo cual debemos seguir llevando nuestros negocios como en el pasado».

Biza no había respondido y Karlson estuvo de acuerdo con él: «Biza sabe, exactamente lo mismo que tú, que hay momentos en los que la política lo devora todo, incluso los negocios».

De ahí Thomas dedujo que Karlson se había hecho a la idea de que la sucursal de Polonia estaba perdida, mientras que él, que la había levantado con sus propias manos

en el cruce de las calles Zgoda y Szpitalna, en un edificio de oficinas en el que se alojaban las grandes compañías de todo el mundo, que había participado en los arreglos del local y había dirigido su inauguración, no estaba dispuesto a renunciar a ella.

Un grupo de mujeres se encontraba sentado a los pies de la pintura de un rinoceronte de color ocre al que habían puesto un bastón en la boca. Thomas se quedó mirando los enrojecidos ojos del rinoceronte.

—Ha llegado a mis oídos el feo rumor de que la niña que acaba de tener Hermann Göring no es, en realidad, hija suya —oyó decir a una de las mujeres.

Thomas miró de soslayo a la que acababa de hablar. Llevaba una blusa blanca abotonada hasta el cuello del que pendía una corbata negra manchada de grasa. Recordó que en una de las celebraciones anteriores se le había abalanzado con la molesta pregunta de si Milton podría proporcionarles una estrategia para que su organización, Mujeres del Reich, llegara a ser más influyente.

—Pues tendríamos que estarle eternamente agradecidos al oficial auxiliar —añadió otra, en medio de un coro de risitas.

—En mi opinión es una vergüenza que nos hagamos eco de un rumor tan despreciable. Hermann Göring es más hombre que nadie —oyó que decía una voz con la inocencia de la juventud—. Es tan romántico. Nadie ha amado nunca a una mujer como él amó a su primera esposa.

—¿Sabéis que Helena von Brink se suicidó la semana pasada? —volvió a susurrar la señora de las Mujeres del Reich.

—Y todo porque su depravado terapeuta judío desapareció —exclamó una furiosa voz.

—Es que estaba enamorada de él —volvió a susurrar la joven y melodiosa voz de antes en un tono muy dulce—, y cuando el amor verdadero desaparece, morimos.

Thomas deseaba volverse para ver a la dueña de la dulce voz, pero temía quedar demasiado expuesto a las miradas de todas.

—Yo le había aconsejado que dejara esa innecesaria terapia —se lamentó una voz en la que resonaba una indiferencia contenida—. ¡El judío ese no hacía sino hundirla todavía más en sus enfermizas cavilaciones!

¿Cómo diantres no se le había ocurrido antes? De vez en cuando había acudido a su mente esa idea, pero sin llegar a consolidarse como pensamiento consciente. Solo el miedo podía haber diluido una cosa tan sencilla: el tiempo de Erika Gelber en Berlín estaba tocando a su fin.

Inmediatamente después de aquella noche de noviembre, la habían echado de la clínica. Según parecía las personas que la habían defendido hasta entonces y que habían ido evitando que se le retirara el permiso como terapeuta ya no habían podido seguir haciendo nada por ella. Al cabo de unos días recibió una carta mediante la que se le prohibía que tratara a los alemanes, además de que debía pagar un impuesto especial por el daño que causaba a la consulta... A Thomas ella no le había contado

lo del impuesto porque nunca lo hacía partícipe de sus dificultades. También cuando el Instituto de Psicoanálisis de Berlín sufrió el proceso de «arianización» y ella se vio obligada a cortar todo vínculo con él, Thomas se enteró de ello por su cuenta.

Aquella misma semana Thomas telefoneó a Erika para cerciorarse de que se encontraba sana y salva y para comunicarle que su madre había muerto. Erika lo sintió muchísimo, claro está, pero a la semana le dijo que lamentaba tener que avisarlo de que ya no iba a poder tratarlo más. Él le suplicó que lo recibiera en una última sesión y en ese encuentro le explicó que iba a necesitar mucho dinero, que le proponía pagarle el doble, en efectivo, y que las sesiones siguientes tuvieran lugar en su casa.

—Si es que acabo de perder a mi madre —añadió.

También convenció a Paul Blum, un amigo suyo que trabajaba en uno de los bancos judíos, para que se psicoanalizara. «La terapeuta debe ser judía, claro está, y Erika Gelber es la mejor».

—Te están pasando cosas que ningún ser humano es capaz de soportar, Blum. Es espantoso cómo el mundo que conocimos ha dejado de repente de existir. Tienes que analizar el proceso porque si no, te volverás loco. Ya sabes la tragedia por la que acabo de pasar y te digo que, sin Erika, me hubiera tirado de cualquier puente.

Blum estaba contento con Erika y Thomas buscó a varios judíos que lo estuvieran pasando mal para derivárselos a ella, a quien no le quedaba más remedio que aceptarlos porque necesitaba dinero. ¿Dinero para qué? Para marcharse y desaparecer. Entonces fue cuando Thomas comprendió que un poco de dinero y un puñado de pacientes judíos no la iban a retener en Berlín.

Thomas miró a su alrededor. El director de la sucursal francesa no aparecía. Por lo visto se estaba retrasando. Hacia el bar, sin embargo, se encaminaba en ese momento Rudolf Schumacher. Había vuelto a engordar. Las costuras del blanco frac estaban a punto de reventársele y entre los botones llevaba como refuerzo un broche con la forma de dos herraduras. ¿Cómo podía alguien presentarse en público vestido tan descuidadamente? Tras la muerte de su madre, Schumacher había empezado a importunarlo con todo tipo de muestras de cariño y preocupación. Thomas no recordaba que aquel gordo hubiera sido nunca su hombre de confianza, ni siquiera en los días de la universidad, pero Schumacher, que trabajaba en el Ministerio de Economía, tenía siempre información útil, por lo que Thomas capeaba las molestas insinuaciones de aquel con la delicadeza conveniente.

También ahora se deshizo de Schumacher con la excusa de que le urgía ir al servicio. Tenía que lavarse la cara para refrescarse. En el pasillo había unos conserjes uniformados de azul marino con toallas blancas en las manos.

—Thomas —oyó de repente a su espalda la voz de la señora Günter.

Cómo disfrutó esta del momento en el que Thomas se detuvo y se vio obligado a volverse hacia ella obedeciendo la orden de su voz. La luz del pasillo era muy tenue, así que la sombra de la señora Günter se elevaba detrás de ella de tal manera que a

Thomas le pareció, de pronto, que era muy alta.

—Thomas —repitió acercándose a él—, *Herr Fisk* ha pedido que nos acompañe usted esta semana a una reunión en el Ministerio del Aire.

—¿Qué pasa, *Frau Günter*, que ahora nos vamos a meter también en negocios con aviones?

—*Helmut Wolthat* presidirá la reunión —dijo la señora Günter, radiante de felicidad por haber conseguido sorprenderlo—. ¿Lo conoce usted?

—Sabe usted muy bien que ya nos hemos visto.

—Pues entonces seguro que sabe que dada su posición en el Plan Cuatrienal, él es quien dirige la venta de los bienes judíos y su expulsión de la economía.

—¿Y cuál es la cuestión, *Frau Günter*? —resopló Thomas con impaciencia.

Ahora estaba claro que todo aquel asunto nada tenía que ver con el cargo de *Göring* como ministro del Aire, sino con el responsable del comisionado del Plan Cuatrienal que deseaba picar de cuantos más sitios mejor.

—Quizá no se haya usted fijado, pero están pasando muchas cosas en el despacho. Estamos aconsejando al *Dresdner Bank* en todo lo relativo a la adquisición del banco judío *Bamberburg* —declaró la señora Günter en tono solemne—. El *Deutsche Bank* también ha cursado su solicitud.

—Pues se trata de unos competidores nada fáciles —dijo Thomas—. Los del *Deutsche Bank* son muy amigos nuestros y tienen muchísimos contactos... —prosiguió, porque siempre había lamentado que *Milton* trabajara con el *Dresdner Bank* en lugar de con el *Deutsche Bank*, el más valorado por él.

—De momento es una decisión que todavía tiene que ser sopesada por la dirección del *Bamberburg Bank* —lo interrumpió la señora Günter—. El gobierno exige que el banco pase a ser propiedad de Alemania, y de inmediato, y el *Dresdner Bank* tiene, gracias a nosotros, una serie de ventajas de las que carecen el resto de competidores.

«Gracias a los contactos de *Fisk* podemos conseguirles a los judíos de la dirección del *Bamberburg* y de todos los afines a él permisos de inmigración para los Estados Unidos», comprendió Thomas. En ese momento también se le aclararon las palabras de *Mailer* con respecto a que la política acaba por devorarlo todo. Sintió que la ira lo invadía: ¿cómo se atrevían *Fisk*, *Mailer* y *Günter* a poner en entredicho la fama de *Milton* en Europa, con lo que él había trabajado por levantar la firma, y encima en beneficio de la codicia del *Dresdner Bank*? Fijó la mirada en la frente rosada de la señora Günter y tuvo la firme sospecha de que aquella cara de cereza era la que había mezclado a *Milton* en aquel negocio.

—*Frau Günter*, a pesar de sus limitados conocimientos de lo que acontece en el mundo, seguro que ha oído usted que inmediatamente tras el *Anschluss*, el *Dresdner Bank* dirigió la gran fusión de los bancos austríacos y que ahora trabaja también en Checoslovaquia. La banca judía es calderilla para ellos.

—Pero sí sé de primera mano que el negocio les interesa muchísimo —respondió

Günter, aparentando hacer caso omiso del ofensivo comentario de Thomas acerca de su falta de puesta al día—. El Dresdner Bank quiso al principio que hiciéramos un estudio de mercado sobre el banco judío y las posibilidades de devolverle su buen nombre. Para sorpresa nuestra descubrimos que a pesar de las limitaciones que tenía impuestas, el banco ha sido rentable este año, puede que porque el Bamberburg Bank ha estado cobrando unas comisiones altísimas por los negocios judíos que han sido transferidos a través de él al extranjero. En el Dresdner han entendido que para vencer a un competidor tan bueno como el Deutsche Bank tienen que hacer uso de los distintos mecanismos de la compañía Milton.

—Una vez conocí a uno de los directores del Bamberburg —dijo Thomas.

—Es un *mischling*<sup>[12]</sup> y se llama Blum —volvió a sorprenderlo la señora Günter—, estamos enterados.

—Y mire qué milagro, estoy invitado a la reunión —se rio Thomas—. Anímese, *Frau* Günter, que haremos todo lo posible para que también usted esté presente, porque nadie como usted sabe cuidar los detalles.

La señora Günter se dio la vuelta y se marchó sin decir palabra. Thomas se quedó escuchando el taconeo de sus zapatos: había vuelto a comprender que cualquier provocación terminaría siempre en derrota para ella. Karlson Mailer solía comentarle a Thomas, sin ocultar su satisfacción, el modo en que la señora Günter interpretaba su personalidad: «El sistema de Thomas está muy bien y es muy sencillo, como todos los grandes fraudes de verdad —esto, le parecía a Thomas, lo añadía Karlson, porque le costaba creer que la señora Günter citara a un escritor americano—. Todos sus actos encuentran su justificación en la ética heiselbergiana, que es infinitamente flexible. Thomas Heiselberg es, en realidad, un cúmulo de características, de gestos, de ideas y de apreciaciones que ha tomado de acá y de allá. Es un artista para tomar lo que sea de los demás y apropiárselo. Incluso la expresión de una escultura que le guste la adopta como propia. En el cuarto oscuro de su vacía alma revela los negativos robados a otros y los convierte en unas espectaculares fotografías. Su grado de identificación con el robo es tan alto y su capacidad para reelaborarlo tan perfecta, que al poco tiempo cree que ha nacido con él».

Thomas se lavó la cara con agua y se atusó el pelo. Las oscuras ojeras eran ahora más profundas. Mañana iría a ver a un médico. Miró el reloj. Eran las doce pasadas. Regresó a la sala con paso firme y se juró que apartaría de un empujón a quien se interpusiera entre él y la cita que tenía en el bar. Pero durante los minutos que habían transcurrido, la sala se había llenado de festejantes. Se oían voces llamándose unos a otros, gritos, risas, entrechocar de copas. La música atronaba en el estrado. Brazos y hombros desnudos lo tocaban, bocas le echaban encima su cálido y hediondo aliento. Se oyó un redoble de tambores y después una voz —¿la de Fritsche?— anunciando una actuación, y un río de gente se abalanzó hacia el estrado. Thomas fue arrastrado por la corriente. Le pareció haber visto la cara cuadrada de Cristof, el de la sucursal francesa, dándole un beso en la mejilla a Fisk. La gente empujaba a Fisk,

seguramente por primera vez en su vida, porque él miraba a los que lo empujaban como embrujado, y la señorial expresión de su rostro se veía ahora tensa.

Ahora vio Thomas a Schumacher empujando sin reparos a dos respetables señores para acercarse a Fisk. Dos señoras de esbelta figura lo miraron con aversión y protestaron. Schumacher le tendió la mano al presidente de Milton y Fisk la envolvió con decisión con las suyas. Estaban muy juntos, tan solo separados por un montículo de cuatro manos, sonreían, y se dijeron a gritos un par de cumplidos que ni ellos mismos oyeron. ¿En qué momento se aprecia todavía más el poder de un hombre como Fisk? Cuando asoma a él un destello de debilidad, de lucha interior y se comprende hasta qué punto está decidido a no darse por vencido. Schumacher se marchó. Ahora Fisk estaba solo. Karlson corrió hacia él cogido de la mano de la mujer del patio, que se sujetaba con la otra mano la diadema de diamantes, y agarró a Fisk por el hombro. Los tres parecían unos asustados pasajeros en la cubierta de un barco a la deriva. Thomas disfrutaba viéndolos en apuros: resultaba muy interesante como excusa para los estudios de mercado para Dresdner —y posiblemente a cambio de una generosa comisión— mezclar a Milton en uno de esos negocios de compra de patrimonio judío a precio irrisorio.

Un codo le golpeó la mano. Alguien tenía que poner orden allí, y de prisa, pensó asustado mientras lo empujaban contra la pared. Miró a derecha y a izquierda y no vio otra cosa más que cuerpos y más cuerpos. Del escenario se elevaba un potente trompeteo y al instante los tambores rompieron al ritmo de una marcha militar.

—Ha llegado alguien importante —le gritó una mujer joven a su niña llena de bucles, con la curiosidad de los que se emocionan con cualquier cosa.

—¡Coja a la niña en brazos! —le gritó Thomas—. Todavía nos van a matar aquí hoy.

\* \* \*

La primera mirada al despertarse se ve deslumbrada por la blancura de la pared. Un olor a yeso fresco emana de las paredes. Aunque pone mucho cuidado en ventilar la habitación todos los días, lo primero que hace al despertar es respirar ese yeso que se le mete en los pulmones. Ha aprendido a esconder la nariz entre las sábanas, pero de poco le sirve porque se diría que también estas están pintadas.

Lleva las últimas semanas despertándose temprano, alrededor de las cinco, así que dispone de mucho tiempo hasta que sale para el despacho. Enfundado en la bata da vueltas por las habitaciones de la casa y mira hacia la calle aguardando al viejo Wagner, que suele sentarse a las seis en punto frente a la cafetería que antes era suya. Ambos esperan a que pase el rato. Cuando Thomas era niño, Wagner le fiaba si iba a por un helado, hasta que su padre le prohibió «comprar sin dinero» porque sostenía que los judíos tentaban a los niños con los helados y luego les pasaban la cuenta a los padres. El año pasado Wagner se había visto obligado a venderle su cafetería a un



alemán que se avino a contratarlo como responsable de la despensa.

Todas las mañanas adopta Thomas la forma del hombre que vive ahí, con la esperanza de grabar en las paredes su imagen de dueño de la casa, pero cuantos más días pasan, lo que sucede es que el tabique que lo separa a él de la casa no hace más que crecer. Incluso cuando cumple con los ritos más cotidianos como lavarse los dientes, prepararse un té o tumbarse en el sofá, lo asalta la angustiada sensación de estar haciendo algo prohibido. A veces recorre las habitaciones a hurtadillas, como si fuera a ser sorprendido. Vete tú a saber quién lo va a sorprender o de qué falta se le va a acusar, de ser un heredero ilegal, un infiltrado que saca provecho de la desgracia ajena. Cada paso que da por la casa resuena como un grosero estruendo, aunque ya no está la voz de su madre gritándole desde el dormitorio: «Thomas, ¿cuántas veces te he dicho que te quites los zapatos?». Su respiración insufla una vida fea y mezquina en la casa, en lugar de la mera memoria que debería reinar allí.

En la casa no quedan recuerdos de aquella noche, si no fuera por el cristal roto de la ventana del dormitorio de ella. Los nuevos muebles no se parecen en nada a los de antes, excepto por el sofá nuevo del salón que ha adquirido en la misma tienda en la que ella había comprado el sofá rojo, el sofá al que le reventaron los cojines con cuchillos haciendo que las plumas del relleno volaran por toda la casa.

Aquella noche regresó a casa para encontrarse con una blanca nube de plumas, y enseguida oyó bajo los zapatos el rechinar de los añicos de cristal y de porcelana. Los cristales de las ventanas, los cuencos de loza, las lámparas, los espejos; apenas quedaba nada entero tras la visita de Hermann y sus amigos. Hasta las puertas habían sido arrancadas de los goznes y arrojadas dentro de las habitaciones. Las cómodas y los armarios fueron hechos astillas con un martillo y las tuberías del gas y de la electricidad arrancadas de techos y paredes. Contra el alicatado del cuarto de baño habían estrellado por lo menos una docena de tarros de fruta en conserva, y el lavabo y el váter estaban sembrados de una mezcla de harina, detergente en polvo y sangre.

A la señora Stein la habían apuñalado por todo el cuerpo. El cadáver yacía boca abajo y tenía la cabeza oculta entre el brazo y el antebrazo. Thomas se inclinó sobre ella y le dio la vuelta. Al verle la cara cubierta con una capa de harina empapada en sangre, comprendió que después de apuñalarla la habían asfixiado en el lavabo con una mezcla de harina y detergente en polvo. Su cara empolvada parecía la del payaso triste del circo. Ni siquiera la habían dejado morir con la expresión dura del sufrimiento que siempre despierta respeto en las personas. Thomas juntó un montón de plumas y le cubrió el rostro con ellas.

Los vecinos subían y bajaban por la escalera para echar un vistazo dentro del piso. Ninguno cruzó el umbral excepto Klarissa Engelhardt, la hija de los vecinos del primer piso, que se agachó para recoger del suelo los pedazos de cristal y meterlos en la pila del lavadero. En la puerta apareció un hombre de pelo gris y con gafas que tosió y se sonó con un pañuelo. Al inclinarse sobre la señora Stein, las plumas se le pegaron en la ropa y en el cuello y de vez en cuando apartaba de un manotazo las

plumas, que alzaban el vuelo en torbellino por toda la habitación.

—Soy alérgico a las plumas —se disculpó el médico, al que por lo visto habían avisado los vecinos.

Thomas no lo conocía. Menos mal que no habían llamado al doctor Spengler, ese romántico que se implicaba tantísimo con los pacientes que llegaba a pasar el duelo por ellos, tanto que hasta los agonizantes tenían que oír los sufrimientos de los desgraciados que habían sido enterrados la semana anterior.

El médico se llegó hasta la ventana, gritó algo y enseguida acudieron dos hombres. Él se incorporó y aquellos dos levantaron el cadáver de la señora Stein y se lo llevaron fuera. Solo dejó atrás los zapatos de tacón. La mirada de Thomas se detuvo en ellos imaginando cómo había cruzado aquella misma mañana la ciudad para acudir allí. Seguro que había andado durante horas con aquellos zapatos tan bonitos que su madre le había comprado por su cincuenta cumpleaños, y con su mejor vestido. ¿Habría acudido allí con la intención de pedirles ayuda? Los judíos estaban acudiendo ahora a todos sus conocidos. Puede que se hubiera acordado de que él trabajaba para una compañía americana y su intención fuera engatusar a su madre para pedirle que él la ayudara.

Durante la primera media hora se ocupó del cadáver de la señora Stein, calculó los daños, planeó los pasos que debía seguir, pero no se atrevió a acercarse a la habitación de su madre. Oía una voz en su cabeza que le decía a gritos que estaba en peligro, porque daba por sentado que tendría que explicar la razón por la que había en su casa una judía, de manera que para librarse de ese peligro, tenía que sopesar muy bien lo que iba a hacer. Si veía ahora a su madre, perdería la capacidad de mantenerse sereno.

Durante los minutos que habían pasado desde que se encontró con Hermann y su grupo y hasta que subió las escaleras de la casa, supo que su madre ya no se encontraba entre los vivos. Y si había conservado una mínima esperanza, esta se esfumó en cuanto cruzó el umbral. Nunca había sentido algo con una certeza tal como el hecho de la muerte de su madre. Sus sentidos habían aprendido a captar todo su ser desde niño. Cuando al volver a casa de la escuela llamaba a la puerta, sabía por los pesados pasos de la señora Stein si su madre estaba en casa o no.

El médico se plantó ante él y le preguntó:

—¿Dónde está *Frau* Heiselberg?

Thomas se quedó mirando a aquel hombre completamente salpicado de plumas y harina. El médico tuvo que zarandearlo y hasta darle una bofetada por ver si reaccionaba. Tenía las manos húmedas. Thomas temió que el origen de esa humedad fuera la sangre de la señora Stein. El médico volvió a zarandearlo, ahora con fuerza.

—¿Dónde está *Frau* Heiselberg?

Thomas señaló hacia un pasillo negro al final del cual se encontraba cerrada la única puerta que quedaba en la casa.

El médico anduvo el pasillo y pasados unos minutos reapareció de entre la

penumbra. Thomas alargó la mano para sacudirle las plumas que se le habían pegado en el cuello del abrigo.

—Déjelo, déjelo, *Herr Heiselberg* —murmuró el médico.

No recordaba cómo llegó al dormitorio de su madre. Puede que lo llevaran hasta allí. Estaba tendida en la cama en camisón y una profunda blancura se le había extendido ya por el rostro. Tenía la cabeza apoyada en dos almohadas y el cuello, sorprendentemente torneado, un poco tenso, aunque sin restarle placidez al rostro, que parecía haberse adentrado en la muerte plácidamente dormido. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho y la parte inferior del cuerpo oculto bajo la sábana. Thomas se acercó al cadáver con cierta reserva, luchando contra el miedo de quedar atrapado en aquella habitación en la que se le exigiría que explicara la razón por la que había llegado a medianoche. No tenía que haberla dejado con la señora Stein. Arrastró los dedos por la sábana y le tocó el brazo. Notó que sus propios dedos estaban todavía más fríos que la piel de ella. Se los acercó a la boca y les echó el aliento. Después volvió a posarlos sobre el brazo de ella. No se atrevió a acercárselo a la cara. Permaneció así durante un rato y a su consciencia acudieron ya las preguntas que le haría Erika Gelber: ¿te despediste de tu madre con un beso?, ¿te dio miedo su cadáver?

Al final un grito desgarrador lo desembarazó del miedo y se inclinó sobre la cara de ella, le dio un apresurado beso en la frente y se incorporó de inmediato. Acto seguido retrocedió con precaución hasta que tanteó con la mano el picaporte, salió, cerró la puerta y se quedó en el oscuro pasillo. Hasta el amanecer permaneció allí con la espalda vuelta a la puerta cerrada del dormitorio de su madre.

Por la mañana requirió de los servicios de Klarissa Engelhardt, la joven estudiante del primer piso, y la contrató para que limpiara el apartamento y lo devolviera a su estado anterior. La gordezuela de Klarissa aceptó el encargo antes incluso de consultarlo con sus padres, «en memoria de *Frau Heiselberg*». Thomas se trasladó entre tanto a un hotel próximo a las oficinas de Milton y cuando regresó a casa al cabo de dos semanas no quedaba ni el más mínimo rastro de aquella noche, excepto por el espacio abierto en el dormitorio de su madre en el lugar en el que antes había habido una ventana. Thomas le había ordenado a Klarissa que no arreglara esa ventana y, aunque de mala gana, ella le había obedecido.

Ningún estamento oficial se dirigió a él por los sucesos de aquella noche. A la ceremonia del funeral acudieron unos cien conocidos y el personal en pleno de Milton. También fueron clientes, algunos representantes de los distintos ministerios y del Plan Cuatrienal, del Ayuntamiento de Berlín, de las embajadas de Francia e Italia, aquel funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, Georg Weller, y dos oficiales de la SD que trabajaban con Karlson Mailer. Ante Thomas también se presentó Rudolf Schumacher con un telegrama de Walther Funk, el ministro de Economía. Seguro que Schumacher había tenido ya ocasión de pavonearse de su amistad con los directivos de Milton ante el nuevo ministro de Economía, pensó para sus adentros un

enfurecido Thomas. Aquel hombre era un aficionado. Las personas como él tenían una manera de progresar en la vida que el padre de Thomas calificaba con desprecio como *weiterwursteln*<sup>[13]</sup>.

La presencia de un respetable número de representantes del gobierno —Thomas contó hasta diecinueve— aplacó un poco sus temores. Según parecía se había decidido borrar por completo todo rastro de aquel incidente. Había oído que las feroces críticas en la prensa extranjera contra los ataques a los judíos preocupaban enormemente al gobierno. También se oían abiertamente palabras como *excesivo* y *estúpido* y objeciones a que había quienes actuaban a espaldas del *Führer* aprovechando en su contra la confianza que había depositado en ellos. Y a pesar de todo Weller, que lo telefoneó unas semanas después del funeral para preguntarle cómo estaba, le contó que en diciembre Von Ribbentrop había sido recibido en París con todos los fastos y que el ministro de Asuntos Exteriores francés había hecho varios comentarios en contra de los judíos, así que todos se habían animado pensando que las revueltas no eran más que algo pasajero, porque al fin y al cabo en los altercados habían muerto muy pocos judíos. Weller, que para sorpresa de Thomas estaba al corriente de los detalles de lo que había sucedido en su casa, tenía la certeza de que no se tomaría ninguna medida contra él: en el Ministerio de Asuntos Exteriores no iban a permitir que nadie atacara a uno de los protegidos de Jack Fisk. ¿Cuántos amigos como Fisk le quedaban ya a Alemania en los Estados Unidos?

La única sorpresa durante el funeral fue la ausencia de Elsa, su exmujer, si es que podía definirse un comportamiento poco elegante por parte de ella como algo sorpresivo. Thomas esperaba que acudiera, aunque no fuese más que para decirle adiós de una vez por todas a la mujer que tanto había aborrecido. En opinión de él bastaba con los años que habían vivido juntas bajo un mismo techo para que el odio se mezclara con cierta pena por el fallecimiento de una persona que había sido testigo de su existencia. La carta de pésame no la recibió hasta unas cuantas semanas más tarde en las oficinas de Milton, y resultaba difícil considerarla una carta sentida. Aunque era de esperar. Llevaban diez años sin verse, y cuando ella volvió a casarse, se interrumpió por completo el ya muy esporádico carteo que mantenían. Tampoco le ahorró a su exmarido la frase: «Espero que a pesar del dolor, ese día te haya supuesto la libertad».

«Una mujer que, si se sentaran a su lado en una cafetería Friedrich Nietzsche y cualquier tontita que hubiera hecho un papel de dependienta en Hollywood, le volvería la espalda al filósofo», había sentenciado su madre la primera vez que la vio, y unos cuantos años después de eso le contaba muy orgullosa a la señora Stein que su hijo y ella se habían desembarazado de sus respectivas parejas casi simultáneamente.

Ninguno de los presentes en el funeral habló de aquella noche.

—Maldita enfermedad —soltó el oficial de la SD.

«Sí», respondió Thomas para sus adentros, completamente de acuerdo con que a su madre la mató la enfermedad. Nadie la había tocado. Aunque no cabía la menor

duda de que el asalto a su casa la había alterado sobremanera precipitando su final, también había que reconocer, en honor a la verdad, que había acertado su sufrimiento.

Thomas no había vuelto a ver a Hermann desde entonces. A veces se preguntaba por qué habría hecho todo aquello. Pero en lugar de intentar averiguarlo, empezó a planear cómo vengarse de él. Aunque cuando de todos modos sí le dedicaba algún rato a pensar en el móvil que podía haber empujado a Hermann a aquello, se acordaba de que también de adolescentes, cuando vendían los objetos de su padre o se llevaban comida de los hoteles, Hermann se avergonzaba de lo que hacían y se quejaba de que vivieran en un maldito país que lo obligaba a comportarse como un criminal para que sus hermanas no pasaran hambre. Hermann no había ocultado nunca la aversión que sentía hacia la costumbre de Thomas de «engañar a la gente» (aunque no hiciera luego ascos a los frutos de ese engaño), y en un momento dado — Thomas no recordaba exactamente cuándo— su amistad se desvaneció y dejó de existir. Tampoco es que eso lo hubiera preocupado, porque ya se sabe que los adolescentes se juran amistad eterna, pasado un mes se aburren y después, con el tiempo, el sufrimiento del pasado renace y con él las reservas hacia las amistades de la infancia. Eso no es nada nuevo. Pero aunque Hermann viera hoy en él a alguien que había «vendido su alma a los americanos» y otras tonterías como esa, a pesar de ello resultaba difícil comprender el destello de odio que había visto en sus ojos y la destrucción que había sembrado en aquella casa en la que de jovencito tantos ratos había pasado.

Llegado un día decidió Thomas no seguir indagando en los recovecos de la mente de Hermann, ya que no veía en ello ni beneficio ni propósito alguno. Sabía muy bien que si se le ocurría llevar a cabo cualquier acción contra un oficial de la SD, podría ser su perdición. Tenía la esperanza de que Hermann tuviera ahora la sensación de haberse librado de su amigo de la infancia y ya no fueran a verse más. Aunque a pesar de todo, Thomas debería andarse con tiento. No podía permitir que Hermann volviera a sorprenderlo en plena calle y lo hiciera temblar de miedo y de humillación por no saber a qué atenerse. En el futuro tendría que ser él quien le propinara el primer golpe.

El contacto con el agua no conseguía que el adormecido cuerpo reaccionara. Thomas estaba en el cuarto de baño frotándose el pecho con una toalla húmeda. La tendió, se vistió y se dispuso a encender la chimenea. Qué lástima que precisamente los feísimos azulejos de Delft de la chimenea hubieran sobrevivido a la visita de Hermann y sus amigos. Miró el reloj. Dentro de un momento Erika Gelber llamaría al timbre. Desde noviembre se veían por la mañana en casa de él. Él se sentaba en el sofá del salón, listo para la sesión. Había algo que quería sacar fuera: desde el ataque que había tenido durante la fiesta de año nuevo, a veces perdía la noción del tiempo.

Se despertaba por la mañana y tanteaba en la memoria las huellas de la noche anterior. ¿Sería esa una de las señales de la enfermedad que lo había asaltado? Los médicos sostenían que todo estaba en orden, así que a los que parecían preocupados por el aspecto que tenía les decía:

—No, no estoy enfermo. Claro que he ido al médico. Estoy perfectamente.

Pero notaba, sin lugar a dudas, que estaba incubando una enfermedad que le debilitaba los músculos, le pateaba con los talones en el pecho y le ponía un velo negro sobre los ojos.

El timbre sonó a las ocho y media en punto. Ahí estaba Erika, con la cara sonrosada por el frío y diciéndole con esa mezcla de exigencia y de indolencia que la caracterizaba que esperaba que la chimenea estuviera encendida y el café que a ella le gustaba, humeando.

—Por supuesto que sí, *Frau Gelber* —respondió Thomas haciéndole una reverencia de mayordomo para después acompañarla al salón.

Erika se sentó en uno de los sillones. Lo que él no podía hacer porque le parecía muy falso era tenderse cuan largo era en el sofá de su propia casa mirando el techo tal y como había hecho en la clínica de ella. Por eso se recostó en el sofá apoyado en un codo y mirando fijamente la chimenea. Las persianas estaban echadas y la chimenea emitía una tenue luz. Tras unos triviales comentarios sobre las banalidades del día a día Erika dijo:

—Las dos últimas sesiones las hemos dedicado a la orfandad. Es un tema del que hemos hablado mucho. En 1930, después de la muerte de su padre vino usted a verme diciéndome que tenía una especie de ataques que le aterraban y que le debilitaban el cuerpo. Aparte de eso, tal y como usted mismo apuntó tan sinceramente, hasta le divertía, o mejor dicho, sentía una gran curiosidad por las ideas del psicoanálisis que, según añadió, se habían puesto de moda.

—Quizá habría que precisar algunas cosas, *Frau Gelber*. Dije que el hecho de que esas ideas estuvieran de moda me producía curiosidad.

—Admito la corrección —dijo Erika, y pareció sorprendida por la aclaración de ese pequeño detalle—. Seguro que recuerda usted que tras dos años de terapia le dije que su negativa a aproximarse al duelo era de una terquedad inquebrantable, a lo que usted respondió, y cito de mis notas: «*Frau Gelber*, no he venido a usted para recibir clases de cómo sobrellevar un duelo. Le doy mi palabra de caballero de que la muerte de mi padre me produce un terrible sufrimiento. Pero para ser sincero le diré que en estos momentos más que su muerte me preocupa mi propia muerte».

—No puedo explicar cosas que no recuerdo —le espetó Thomas en un tono muy seco—. Tampoco entiendo qué es lo que usted pretende, cuál de las dos muertes le preocupa ahora, ¿la de mi padre o la de mi madre?

Erika permaneció en silencio. Thomas detestaba esos silencios. Estaba convencido de que últimamente Erika no estaba satisfecha con sus respuestas.

—¿Qué tipo de mujer era su madre? —preguntó Erika al fin.

Como si ella no lo supiera, se enfadó Thomas. Pero si hacía años que hablaban de ella.

—Imagínese a la propietaria de un hotel maravillosamente amueblado y adornado hasta en el último detalle pero al que el paso del tiempo no perdona. Le pondré como ejemplo unos manteles: las manchas, por ejemplo, siempre se podrán lavar, pero ¿cómo devolverles su blanco original? Por todos los rincones del hotel el tiempo es implacable, pero la dueña cierra las puertas, echa las persianas, se queda sentada en su despacho vacío con su precioso vestido esperando que el viento lo derribe. Imagínese a un marino que surca con su nave los siete mares y oye decir que su ciudad ha cambiado tanto que está irreconocible. Entonces decide no volver a casa y quedarse en alta mar pensando con nostalgia en la vida que tenía en su casa, una vida que ya no existe.

Thomas siguió poniendo más y más ejemplos de su imaginación, y cuantos más ponía, más experimentaba una cálida sensación, como si estuviera echando a volar hacia un oscuro horizonte unos globos de colores con un gesto alegre y carnavalesco aunque sin abandonar la fosilizada sensación de pérdida.

—Thomas, lleva usted ya varias sesiones hablando de su madre solo por medio de metáforas —protestó Erika, y con una voz que sonó algo coqueta añadió—, y todas son sorprendentemente parecidas.

El tono seductor que Erika acababa de emplear lo sorprendió. De pronto entendía que no decía lo primero que se le ocurría, sino que reelaboraba sus ideas. A Thomas le pareció que conseguía interpretar los cambios que se producían en la mente de ella, esa pequeña maniobra semiinconsciente que podía llegar a hacer polvo una confianza de años.

«Se esfuerza por complacerme —pensó—, y evita en lo posible irritarme». Solo que había sido precisamente la hiriente sinceridad de Erika lo que le había robado el corazón a Thomas en sus primeros encuentros. Siempre le exigía que hiciera memoria y recordara hechos, y le reñía en cuanto se ponía a hablarle con los símiles que a él tanto le gustaban. Ahora, sin embargo, hacía ya bastante que la notaba débil, a pesar de que seguía confiando en que durante las sesiones pudieran hacer caso omiso del ruido del mundo exterior y mantenerse dentro de los límites del viejo reglamento. Y eso que durante los últimos meses se había dado cuenta de que el lenguaje corporal de Erika había cambiado. Había desaparecido de sus gestos esa especie de perfecto afinado de quien conoce su lugar en el mundo.

Como se sentía indignado se disculpó para dirigirse al cuarto de baño. Se lavó la ardiente cara con agua fría y sopesó si comentar el asunto en la sesión. El problema era que si hablaba con ella de eso ahora, volvería al estilo de antes solamente por complacerlo. Había un hecho incuestionable que se cernía sobre ellos: nada volvería a ser como antes. Las imágenes se sucedían en su mente y supo que hacía ya mucho tiempo que echaba de menos los encuentros que habían tenido antes, muchos años atrás, la melancólica luz del sol poniente alargando las sombras de los cactus de la

estantería, los vestidos excesivamente floreados de ella —todos colgados en sus perchas en la memoria de él—, y la cara de interés de ella mientras lo escuchaba, una expresión con la que parecía animarle a pesar de las tretas de él, por rebuscadas que estas fueran.

Thomas era una persona que valoraba la contención, pero Erika era el único ser con el que era incapaz de refrenar el afecto que sentía por ella. A su lado se convertía en un niño, la llamaba con apelativos cariñosos que le susurraba con la excusa de habérsele ocurrido en sueños. Y qué demonios, pero si hacía años que cuando pasaba por delante de un escaparate pensaba en los regalos que le podría hacer.

—¿Thomas? —oyó que lo llamaba.

Respiró profundamente y salió del cuarto de baño.

—Es que aquí, a veces, hace demasiado calor —se disculpó.

La sesión derivó en una insulsa conversación sin interés. La mayor parte del tiempo se la pasó Thomas con la vista clavada en el florero con las flores del azafrán que Klarissa había cogido del jardín abandonado del profesor Bernheimer.

Al finalizar la sesión, Erika se alisó los pantalones y tocó con la punta de los dedos el clavel que llevaba en la solapa de la chaqueta. Thomas dudó si contarle que en el Ministerio de Asuntos Exteriores llamaban burlescamente al embajador británico Neville Henderson «el hombre del clavel». Durante los últimos años, principalmente por inspiración de Thomas, Erika había dejado de ponerse los anticuados vestidos que tan poco la favorecían y se fue haciendo con un ropero que él llamaba «actualizado»: faldas rectas hasta casi los tobillos, blusas abotonadas con volante sobre las que se ponía unas finas chaquetas de punto, chaquetones hasta la cintura.

Erika le comunicó que deseaba hablarle de un asunto personal que nada tenía que ver con la terapia y que por supuesto que podía interrumpirla si su petición no le parecía adecuada. Thomas dudó si levantarse —ahora tenía ganas de estar de pie, como en el despacho— pero finalmente optó por quedarse recostado y se limitó a apoyarse en el respaldo del sofá.

Erika volvió a decirle que quizá no era correcto pedirle aquello.

—Eso ya lo ha dicho usted, *Frau* Gelber.

Erika añadió muy bajito, quizá porque la observación de él la había cohibido, que tampoco era el momento adecuado para la petición que tenía que hacerle. Y dicho esto, le preguntó con toda simplicidad si podría ayudarlos a ella, a su marido y a sus dos hijos a conseguir un permiso de inmigración para otro país. Alguien los había denunciado ante la Gestapo, y desde entonces no hacían más que molestarlos.

Para sus adentros le agradeció que no hubiera nombrado a los hijos por el nombre ahorrándoles así a ambos lo cursis que eran. No dijo abiertamente «Estados Unidos» a pesar de que los dos sabían que ese era el lugar al que se refería. Erika había hecho el esfuerzo, pues, de no hacer uso de los detalles de los que se enteraba durante las sesiones, es decir, que la idea se le había ocurrido al oír todas esas historias de las negociaciones con el Bamberburg Bank y las buenas relaciones de Thomas con Jack



Fisk en la delegación del gobierno. ¿Y si ahora iba él y le proponía Italia?, se le ocurrió perversamente a Thomas. Porque si había un hombre que de verdad supiera cerrar un trato, ese era Federico, que iba a las fiestas con el ministro de Asuntos Exteriores, el conde Ciano.

—Me extraña que recurra usted precisamente a mí, *Frau Gelber* —dijo—, porque Europa y los Estados Unidos están repletos de instituciones para el psicoanálisis en los que abundan los judíos. ¿No pueden ellos ayudarle?

Con la respuesta de Erika llegaron a oídos de Thomas todas las dificultades por las que había pasado: en la primera mitad de los años treinta hubo varios psiquiatras del Instituto Psicoanalítico de Berlín que quisieron ayudarla a emigrar a los Estados Unidos, pero su marido y ella prefirieron quedarse en Alemania. Durante el último año, como decenas de analistas judíos de Austria se habían sumado a la carrera para conseguir un permiso de inmigración, resultó que las posibilidades de Erika para que le dieran un permiso quedaron reducidas a cero. La Asociación Psicoanalítica de Gran Bretaña rechazó su candidatura; de Nueva York todavía no había obtenido respuesta pero corría el rumor de que entre los analistas de América había cierta oposición a admitir más inmigrantes titulados, además de que los pocos amigos que tenía en los Estados Unidos, por mucho que se esforzaban en ayudarla, no habían conseguido nada.

—Entiendo —asintió Thomas—, pero me pone usted en una situación, cuando menos, complicada, porque estamos hablando de algo ilegal.

—Lo lamento...

Seguro que ahora, a los ojos de ella, se le estaría representando como el hombre más zafio del mundo. Siempre caía en la tentación de crear un primer momento durante el que la impresión que causara fuera la peor de todas. De niño, cuando regresaba del colegio con unas notas especialmente buenas en la cartera, solía torturar a su madre con todo tipo de bromas acerca de los muchos suspensos que le habían puesto y de las peleas que había tenido en el patio, y eso solo por ver los surcos fruto de la decepción en la frente de su madre y cómo cerraba los ojos en su intento por anestesiarse el cuerpo. «Seguramente habrá algo de base que no está bien en el niño o ¿no será que se me ha echado a perder?». Y entonces, llegados al punto en el que su madre iba a proferir el primer grito de enfado, Thomas sacaba las notas, prueba irrefutable que invalidaba sin ningún lugar a dudas lo que acababa de contar... Erika le había preguntado una vez por qué hacía eso de niño y él le había contestado que a veces todavía le pasaba, como cuando por ejemplo le dijo un buen día a Schumacher que Milton apoyaba económicamente un proyecto a favor de la eutanasia, «porque a los degenerados hay que eliminarlos, ¿no?».

Lo tenía hechizado, le había contado a Erika, que la gente, incluso la propia madre de uno, se lo creyera todo con tal de que fuera dicho con la suficiente determinación, aunque se tratara de algo que fuese en contra de la personalidad de uno y de su conducta pasada. «Los muy tontos al instante recomponen tu

personalidad para que cuadre con lo último que ha pasado o con la característica que se te haya ocurrido atribuirte. Lo que quiere decir que las personas tenemos una idea muy vaga de los demás, es como si solo viéramos la silueta, nada más».

—No se ponga triste, naturalmente que la voy a ayudar —le dijo al fin a Erika levantándose del sofá como señal de que la sesión había terminado—. Si lo consigo, será porque para todo hay una ley, o mejor dicho, porque no la hay, y de eso nos vamos a servir.

Al día siguiente por la mañana se encontró en el despacho con Karlson Mailer y con la señora Günter. Una vez a la semana se reunían para hablar del estado de las negociaciones con el Bamberburg Bank. Todos tenían claro que cualquier estamento del gobierno debía atenerse a la orden de alejar a los judíos de la economía. Wolthat le había dicho a Thomas que en realidad Bamberburg era el último de los grandes bancos judíos que todavía no había sido transferido a manos alemanas. Mientras Schacht fue ministro de Economía los defendió, pero desde que se vio obligado a dejar el puesto habían perdido mucho tiempo en todo tipo de maniobras. Ahora habían decidido, con el Plan Cuatrienal, poner fin a todo ese asunto.

La señora Günter, que estaba en contacto diario con los directores del Dresdner Bank, contó que se sentían preocupados porque habían oído que los representantes del Deutsche Bank les habían presentado ya algunas propuestas a los directores del Bamberburg Bank acerca de qué países podrían acogerlos. Karlson Mailer, siguiendo su costumbre de los últimos tiempos, estaba sentado en el sillón mirando al vacío y sin apenas hablar.

Cuando la reunión terminó, Thomas acudió al despacho de Karlson y le habló de un plan secreto que le ocupaba aquellos últimos días: conocía a la terapeuta de Blum, el del Bamberburg Bank, «y ejerce una influencia nada despreciable sobre él», añadió como quien revela un secreto. Podemos valernos de sus servicios para guiar a Blum en la dirección correcta. Como respuesta, Karlson se limitó a seguir hojeando una revista. Ese hombre había perdido las ganas de hacer nada y se había convertido en un estorbo, pensó Thomas furioso.

—Si es cuestión de dinero —refunfuñó Karlson—, actúe usted según crea conveniente.

—Es posible que las consideraciones sean también otras.

—Pues intente encontrar una salida también para eso.

—Me gustaría que habláramos de la esencia de la transacción —insistió Thomas.

—Hablamos ya más que suficiente —dijo Karlson, y tras encender la pipa sopló el humo hacia el techo—, además de que usted siempre le busca los tres pies al gato.

Thomas decidió no añadir ni media palabra más sobre aquel asunto. Era evidente que, de momento, la única negociación que Mailer estaba dispuesto a llevar a cabo afectaba a la compra de una mansión en Niza con vistas al paseo de los Ingleses.

¿Lo despreciaría Mailer por verlo tan interesado en que las negociaciones de la compra del Bamberburg Bank progresaran? ¿Puede que lo tuviera en más estima si lo viera quedarse como él, sentado en el despacho como un espantapájaros y sin hacer nada? Para Thomas, sin embargo, no tenía sentido hacerse el santo comportándose como un niño que oye por primera vez que la historia es una cadena de sangrientas guerras y que el espíritu del momento brindaba ese tipo de negocios: el Dresdner Bank era el mayor, cliente de Milton y eso era todo lo que importaba.

Como de parte de Karlson no iba a llegar la salvación, consideró que era la hora de pasar al plan B: Thomas telefoneó a Jack Fisk a Nueva York, le expuso su nueva iniciativa y le preguntó si no podrían añadir a la lista del Bamberburg a Erika Gelber y sus dos hijos.

—No es ningún secreto que nosotros, en Milton, no vemos el asunto de los judíos como lo ve el gobierno alemán —respondió Fisk, y Thomas lo imaginó, como si lo estuviera viendo, hacer una pausa para pasarse la lengua por el labio superior, que siempre parecía estar reseco—. Le voy a decir algo que espero que quede entre nosotros —añadió Fisk engolando la voz, porque no había nadie a quien le gustara más contar un secreto que a él. Revelar secretos de otros era un placer que se podía permitir por su posición, ya que no temía a nadie—. Uno de los socios de Milton es amigo de Henry Morgenthau, y Morgenthau le ha contado que en una ocasión el presidente Roosevelt se quejó de la cantidad de judíos que había en Harvard. Al Final, gracias a él, decidieron reducir el número. La gente culta soluciona los problemas sabiamente.

—¿Y con respecto a la psicoanalista judía...? —se centró Thomas en el tema.

Fisk, creyendo haberlo molestado, se apresuró a responderle con afecto:

—Mi querido muchacho, cualquier petición que provenga de uno de los directores de más éxito de Milton en el mundo entero es sagrada para mí, pero nuestro Departamento de Estado se encuentra desbordado. Ayer mismo oí de boca de nuestros funcionarios en Berlín que sus oficinas han recibido ciento sesenta mil peticiones de visado y en Viena, unas cien mil, como comprenderá, una verdadera locura. Y he visto también un sondeo de opinión que afirma que más del cincuenta por ciento de los estadounidenses creen que los judíos son excesivamente codiciosos y que su inmigración irá en detrimento de los valores americanos. Así que dígame con sinceridad, porque siempre pongo muchísimo cuidado en no pedir innecesarios favores en asuntos de inmigración: ¿con un permiso de inmigración para esa mujer conseguiríamos cerrar el trato?

Thomas vaciló un instante, y ya quería decirle que todavía tenía sus dudas y que necesitaba más tiempo, cuando enseguida comprendió que esa sería la respuesta de un aficionado ya que todas esas consideraciones debería haberlas tenido en cuenta antes de formularle a Fisk su petición.

—En mi opinión, podría resultar decisivo —respondió haciendo un gran esfuerzo para que su voz sonara firme.

—De acuerdo, pues. Si Bamberburg se dirige a nosotros pidiéndonos a esa judía, actuaremos en su favor —dijo Fisk.

—Me han insinuado que sea yo quien hable en nombre de ellos sobre este delicado asunto, porque todo lo relacionado con la terapia del psicoanálisis es un tema muy delicado allí —se aventuró Thomas a decir, soltando una risita, a pesar de que sabía que una mentira como esa podía costarle la carrera.

—No hay ningún problema, muchacho —dijo Fisk muy animado—, me bastará con que Blum me llame y ya me encargaré yo de dar el siguiente paso.

La conclusión era más que clara: Fisk no iba a hacer nada hasta que Blum no le hablara.

El plan C era patético: se citó con Schumacher y le preguntó si podría servirle de algo a Erika Gelber que él fuera a hablar con quien considerara oportuno de la nueva oficina para la emigración de los judíos que dirigía Heydrich.

Schumacher se estremeció.

—Según parece todo el mundo, excepto Thomas Heiselberg, está enterado de la advertencia del *Führer* a Funk referente a que hay que detener de inmediato las actuaciones que llevan a los judíos a sortear las prohibiciones que tienen. Además, le diré como amigo suyo que soy, que la relación que usted mantiene con la terapeuta judía resulta ya sospechosa. Al final será usted tildado de amigo de los judíos. ¿Lo merece, ella, realmente?

Thomas luchó contra las palabras que le vinieron a la mente: «Sí, porque ella es la última persona que me queda en este mundo. Aparte de ella solo tengo a gente como usted», palabras que por alguna razón que se le escapaba deseaba pronunciar en voz alta.

No le quedaba más remedio, pues, que camelarse a Blum para que, primero, pidiera que añadieran a Erika Gelber a la lista del banco y, segundo, que hiciera lo imposible para que Bamberburg terminara por elegir la propuesta del Dresdner. Las dos condiciones tenían que llevarse a cabo en paralelo. Y por último le quedaba un plan D, el de la desesperada, ya que no había ninguna razón para que Blum ayudara a Erika dado que seguramente tendría otros muchos compromisos. Porque aunque Thomas le explicara que ese puesto estaba guardado para Erika y nada más que para ella, que no podía pasarsele por delante a ningún otro judío, dudaba de que Blum fuera a comprenderlo, porque Blum sospechaba de él. Uno de sus conocidos le había dicho a Thomas en una ocasión que Blum había afirmado, medio en broma, que Thomas Heiselberg era una persona inteligente pero también la mejor prueba de que Hölderlin tenía toda la razón al decir que en Alemania ya no quedaban personas sino solamente profesiones.

Thomas decidió que había llegado el momento de tener un gesto de amabilidad para con los del Bamberburg Bank. Convenció a Karlson para que diera una amistosa cena a la que asistirían los representantes de todas las partes implicadas en la negociación. Lo primero que tuvo que hacer fue explicarle a su socio que resultaba

imposible invitar a los judíos a uno de los restaurantes favoritos de los representantes de Milton, y en su interior estaba furioso por haber tenido que ser precisamente él quien instruyera a Karlson acerca de las leyes del estado. Si ese extraño hombre leyera de vez en cuando la prensa, lo entendería todo. Ahora Karlson lo despreciaría todavía más y seguro que lo vería como la vocinglera turba de las plazas. Puede que por fastidiarlo, Thomas le preguntó si no había oído que en Francia —donde finalmente Karlson se había comprado una casa— hacía poco que se había aprobado una ley contra los extranjeros.

—¿Ah, sí? Gracias por decírmelo —dijo Karlson sin añadir ni media palabra más.

Después decidió invitarlos a todos a una «cena americana» en su lujoso piso de la calle Rankestrasse. Calificó el evento como «gesto de solidaridad con los directivos del banco en apuros».

El cocinero de Karlson preparó unas albóndigas y unos cortes de carne espléndidos servidos en unos panecillos de los que chorreaba una deliciosa salsa y adornados con hojas de lechuga, todo ello acompañado de fuentes de crujientes patatas fritas. Pero a pesar de la alegría que Thomas se esforzó por transmitirles a todos, en la estancia reinaba un ambiente hosco: los miembros del Bamberburg Bank no hicieron más que quejarse y Karlson, por su parte, hizo unas observaciones realmente venenosas contra los representantes del Dresdner Bank. Hacia el final de la velada Blum le dijo a Thomas que si los del Dresdner se comprometían a que cuando cambiara la situación en Alemania los del Bamberburg Bank podrían volver a comprar su banco, este gesto de aproximación sería muy bien valorado por los directivos y llevaría a la firma de un acuerdo.

Thomas, creyendo que aquello no era más que otra de las ilusiones de Blum, le transmitió el mensaje a Karlson, y este, como era de esperar, confió plenamente en Blum:

—Parece lógico —sentenció.

En la posterior reunión que mantuvo con los directores del Dresdner, Thomas les propuso que redactarían un párrafo en esos términos, explicándoles que de cualquier modo no era válido sino que estaba pensado para hacer entrar un poco en calor a los del Bamberburg Bank, pero los directivos del Dresdner se negaron a ello y ni siquiera quisieron tomar en consideración la propuesta.

Thomas le transmitió a Karlson la respuesta.

—¿Para qué me cuentas esto? —murmuró Karlson débilmente—, arréglate con ellos de una vez.

Durante aquellos días Karlson despedía con la misma respuesta a todos los que se presentaran ante él: «Decidan ustedes por sí mismos». Thomas se enteró por la secretaria de Karlson de que en una carta a su mujer este había insultado a Fisk y se había vanagloriado de no haber movido ni un dedo «por las repugnantes negociaciones del Bamberburg Bank», postura interesante, sin duda alguna, solo que ese pobre desgraciado no se atrevía a decirle eso mismo a Fisk a la cara y a afrontar

las consecuencias. Prefería dormir en el despacho y clamar en las cartas que le escribía a su esposa.

Los días pasaban y Thomas se daba cuenta de que se le estaban acabando las ideas. Muchísimos judíos querían marcharse de Alemania y buscaban desesperadamente países que los quisieran acoger. Un día hablaban todos de Suiza, al día siguiente de Shanghái, a diario se publicaban nuevas leyes contra ellos y por encima de todo se cernía una especie de molesto zumbido hecho de calumnias, intrigas y chismorreos. Corrían rumores de que había unos mediadores que conseguían permisos de inmigración a cambio de los bienes de los judíos que huían; que había médicos, científicos y hombres de negocios que huían de Alemania y que esta se deshacía de los premios Nobel con la misma facilidad con la que se respira. También se decía que había embajadas cuya política de actuación iba a cambiar por la avalancha de miles de judíos que acudían a ellas en busca de ayuda.

Thomas quedó con Erika Gelber, la informó de todo lo que había hecho y del punto en el que ahora se encontraban sus pesquisas:

—Tengo la impresión de estar actuando con mucha torpeza y que no hago las cosas con el mismo empuje de otras ocasiones —se lamentó, sintiendo que su cuerpo desprendía el olor del fracaso.

Seguro que Erika se encontraba muy decepcionada últimamente de los logros de él: en la sesión en la que ella le había pedido su ayuda le había dicho que podría arreglarle el asunto del permiso, pero desde entonces no se había producido ningún avance realmente significativo.

—Estoy lleno de dudas, ¿sabes? Doy un paso y enseguida me arrepiento, como si fuera un extraño en Berlín. *Frau* Günter, además, no hace más que molestarme, y eso que llevo diez años intentando desembarazarme de ella, pero nada, ahí sigue. El problema principal es que son miles y miles de personas las que se concentran en esta zona de los judíos: funcionarios, empresas privadas, hombres de negocios, intermediarios, miembros de organizaciones judías de todo el mundo. Quiero que entiendas que lo que hago es buscar los huecos ocultos a los ojos de la mayoría en los que pueda actuar con libertad, en sectores del mundo de los negocios que no habrían existido sin mí y que por eso mismo son incuestionablemente mi terreno. Yo no soy uno de esos desgraciados que montan una tienda o un restaurante donde ya hay cien iguales.

Thomas le dijo a Erika que tendrían que ir juntos a hablar con Blum, que el tiempo apremiaba. Esa misma semana organizaría en su casa una cena para los tres.

—Blum la admira mucho, Erika. Dice que su terapia lo ha ayudado a entender muchas cosas.

Antes, Thomas hubiera disfrutado con un problema como ese porque siempre se había sentido capaz de controlar muchísimas situaciones a la vez moviendo él solo los hilos, ya que tenía suficiente capacidad organizativa como para satisfacer hasta los deseos más contradictorios de los demás y para manejar las más variadas

debilidades humanas, juntándolo todo en un solo paquete que él manipulaba luego a la perfección. Mientras que ahora estaba realmente preocupado: la falta de tiempo lo obligaba a poner en marcha un plan que no era perfecto. Un plan que estaba muy lejos de serio.

\* \* \*

Klarissa se ruborizó ligeramente. «Demasiado maquillaje —pensó Thomas decepcionado—. Aunque a esa chica se le dé el maquillaje más caro de Europa, siempre parecerá que se ha untado la cara con el colorete de cualquier tienducha del barrio obrero de Wedding». La chica había aparecido en el salón con el vestido celeste que él le había comprado con su propio dinero especialmente para la velada. Como le estaba demasiado ajustado, se le marcaba el michelín de grasa que tenía en la barriga. Al dar los últimos pasos, además, se había tambaleado tanto que estuvo a punto de tropezarse.

—Querida, ¿necesitas ayuda? —se descolgó Erika Gelber.

—Gracias, me apaño bien —se rio Klarissa.

Klarissa sirvió vino en la copa de Blum, que echó el cuerpo hacia atrás y se arrellanó en la butaca. Saltaba a la vista que se sentía intranquilo. Thomas observó la redonda cara de Klarissa enmarcada por unos mechones rubios que se habían escapado de la melena que llevaba sujeta con una cinta. Tenía una expresión de plácido asombro, como si se vanagloriara de ser dueña de la situación y gozar del equilibrio que le dan a uno el tener un hogar estable, unos padres respetados y una educación modélica. Las jóvenes como ella se encontraban protegidas por la certeza profundamente arraigada en ellas de que a fin de cuentas la fascinación se convertiría en complacencia, por lo que acabarían por encontrar su lugar en el mundo.

Thomas levantó la copa, una copa vulgar y barata de la que por suerte Klarissa había retirado la etiqueta. De repente lo asaltó el deseo de contarles a sus invitados que aquellos objetos pasajeros llenaban la casa porque todo había sido destruido por los salvajes que mataron a la señora Stein, la queridísima criada judía de la familia. Pero esa carta, el destino común que compartían, prefería guardarla con mucho cuidado para arrojarla sobre la mesa de juego cuando ya no le quedara otra opción. No le había hablado a Erika de la muerte de la señora Stein, además de que le había ocultado las causas del suceso definiéndoselo como un malentendido.

—Esta mañana he acompañado a Wolthat a una reunión con unos hombres de negocios de Japón —contó Thomas con toda tranquilidad— y le he dicho que las negociaciones en vistas a la venta del Bamberburg Bank se están llevando a cabo muy eficientemente y que no les queda mucho para llegar a buen fin.

Blum dio un sorbo del vino y asintió con la cabeza. Era un hombre corpulento coronado por una cabeza gigantesca y sólida que en esos momentos asomaba de un jersey gris de aspecto tosco, del tipo del que llevaban los estudiantes. Karlson había

dicho en una ocasión que Blum vestía como un comunista.

—Creo que sí, que el momento de la decisión está ya próximo —asintió de nuevo, acompañando sus palabras de un gesto de la cabeza que hizo que su pelo gris le cayera hacia los lados—. También nosotros hablamos ayer con Wolthat y ni que decir tiene que volvió a expresar su disgusto por el papel que le ha tocado desempeñar.

—¿Qué impresión le ha causado a la dirección del banco la nueva propuesta del Dresdner? —preguntó Thomas, puesto que ya que Blum quería jactarse de sus contactos con Wolthat, pues adelante—. Tuvimos que esforzarnos mucho para convencerlos de que subieran el precio.

—Las propuestas que estamos examinando son muy similares —respondió Blum—. He visto que nuestros colegas del Warburg Bank han vendido su institución por cuatro perras. Nosotros somos más pequeños y no tenemos pretensiones. Después de los impuestos y demás triquiñuelas del gobierno nos quedará menos del quince por ciento de su valor real.

Estaba claro que él no era el destinatario de esas quejas. Blum seguía atrapado en un mundo en el que su banco valía un ochenta y cinco por ciento más. Hay personas que se quedan atascadas entre nuestro mundo y el mundo que un día existió o que ellas se construyeron en su imaginación, y desde ese punto pretenden, con la lógica de ese mundo suyo imaginario, entrar en negociaciones con el nuestro.

—Sí, la verdad es que se trata de una propuesta en absoluta satisfactoria —estuvo Thomas de acuerdo con él, y un deje de enfado chirrió en su voz.

Ya le volvía a pasar lo mismo que le había pasado en el despacho de Karlson: que se veía obligado a admitir el espíritu de los tiempos que corrían y a justificarlo.

—Algunos de los miembros de la dirección sostienen que sería preferible no vender el banco a ese precio —añadió Blum, mientras se pellizcaba el hombro derecho que se le había disparado hacia arriba como por un acto reflejo—. Si tanto lo quiere Alemania, que lo boicotee.

—Escuche, Blum —dijo Thomas, preocupado por el hecho de que Blum hubiera colado la palabra *Alemania* como un insulto—, para ser sinceros, el país está en apuros. Y además, no hay solamente una Alemania. Ahora Alemania es así, antes fue completamente diferente y dentro de unos años puede que sea de otra manera. La compañía en la que yo trabajo está recibiendo muchísima presión para que se vaya de aquí. La economía alemana se está alejando del mundo y yo, por lo menos, creo que eso es malo para todos.

En ese momento miró por primera vez desde hacía unos minutos a Erika Gelber. Ella le devolvió una mirada de asombro contenido. Blum dio un trago más del vino y resopló con nerviosismo.

El taconeo de los pasos de Klarissa lo sacó de sus cavilaciones. En la mesa apareció una fuente con escalopes sobre los que centelleaban unos plateados granitos de sal gorda entre el pan rallado.



—Aquí tienen, unos escalopes de ternera de los que solo se encuentran en los espléndidos restaurantes de Alemania —tintineó la voz de Klarissa por todo el salón.

—*Fräulein* Engelhardt es hija de la burguesía intelectual de Hamburgo. En mi opinión, estas son las muchachas más maravillosas que Alemania es capaz de ofrecer —dijo Thomas.

—Mi querida muchacha, esto tiene un aspecto estupendo —dijo Blum, y esperó con impaciencia a que Klarissa le sirviera el escalope en el que había clavado el tenedor de servir, porque a Blum le encantaban los escalopes.

Klarissa taconeaba alrededor de la mesa y una y otra vez volvía a Blum para llenarle la copa de vino. Thomas se preguntó si no estaría haciendo demasiado teatro. Aunque por otro lado, ella ya lo había avisado de que todo lo que se le encargaba lo hacía a conciencia, y ni siquiera cuando supo que los comensales iban a ser unos judíos, se echó para atrás en el papel que había aceptado desempeñar de cocinera y sirvienta. Lo que sucedía era que ellos sabían que Klarissa no era una sirvienta, de manera que su afectación y teatralidad podía llegar a confundirlos haciéndoles creer que se estaba burlando de ellos. Y es que los judíos andaban día y noche tras cualquier cambio que pudieran observar en la mirada de amigos y conocidos, cosa que era absolutamente lógica ya que el deterioro de su estatus por ser judíos les había supuesto un cambio en todas sus relaciones humanas. Tenían que comprobar una y otra vez cómo reaccionaba ante las nuevas circunstancias cada una de las personas que conocían. Klarissa canturreaba quedamente una melodía mientras los servía, inclinándose sobre ellos y volviendo a incorporarse. Ahora Thomas se reconcilió con esa especie de pantomima —el exagerado maquillaje, la histriónica gesticulación, el cuello del vestido que ya se le había torcido hacia la derecha—, la pantomima de esa joven que se había avenido a disfrazarse de sirvienta y de mujer.

Blum no miraba a Erika Gelber ni le dirigió una sola palabra amable, mientras Thomas, por su parte, a pesar de que luchaba con todas sus fuerzas para que la velada llegara tranquilamente a su fin y poder quedarse solo, se sentía impelido hacia Erika. Se la veía tan indefensa esa noche, con su cabellera color canela cayéndole sobre los hombros y el discreto maquillaje que le resaltaba sus ojos oscuros: así era Erika Gelber por la noche. La misma mujer, aunque no del todo.

En ese momento los dos miraban a Thomas: Blum esperaba una explicación de por qué había sido invitado allí, y Erika la señal que le indicara que ya podía hablarle a Blum de lo suyo.

A Thomas le parecía ahora que las miradas de los dos le exigían todavía más. Pero ¿qué, exactamente? ¿Que asumiera la responsabilidad y se pusiera a criticar a la patria? ¿Que les explicara cómo había podido llegar a pasar lo que estaba pasando? Blum tosió. Erika le dijo algo en un tono de súplica y tan bajito, que ni tan siquiera parecía que lo hubiera dicho en alemán. Se diría que lo que deseaba era acurrucarse en el regazo de él como si fuera una niña.

Por lo visto aquella noche no era solo Klarissa la que se había disfrazado.

Entre tanto, Thomas decidió dirigirse a los dos a la vez con la intención de hacerlos sentir más unidos:

—*Herr Blum, Frau Gelber* —dijo pues—, comprendo que no son estos unos tiempos fáciles para ustedes. No creo que sea realmente posible consolar a alguien cuyo mundo ha cambiado para mal. Con toda sinceridad he de decirles que incluso en los peores momentos por los que he pasado en los últimos tiempos, como los que tuvieron lugar hace tan solo unas pocas semanas en este mismo salón en el que con tanta crueldad fue asesinada nuestra fiel y querida asistente Hannah Stein, incluso en esos momentos seguí creyendo que Hegel tenía razón, que al fin y al cabo la historia avanza y que hasta los sucesos más espantosos le sirven a ella misma y a la inteligencia para guiarlas hacia delante. Es evidente que ahora, estando como estamos todos atrapados en este difícil momento, somos incapaces de juzgar el papel que está jugando en bien del futuro, pero debemos recordar, aunque nos parezca lo contrario, que la racionalidad oculta en ocasiones las más altas cualidades entre unos sucesos que pueden parecer carentes de toda lógica.

—Pues me parece un consuelo muy pequeño considerar el sufrimiento que soportamos como un instrumento de la razón —dijo Erika torciéndosele la sonrisa, sin mostrar ninguna señal de sorpresa por la muerte de la señora Stein y completamente concentrada en Blum.

Blum asintió con fatiga ante las palabras de Erika pero el gesto de echarse hacia atrás que hizo con el cuerpo para alejarse de ella fue señal clara de que no quería formar piña con ella, porque al contrario que Erika, que se consideraba a sí misma judía de los pies a la cabeza, Blum estaba calificado como *mischling* de primer grado, además de que nunca se había visto a sí mismo como judío. Su padre se convirtió al cristianismo nada más terminar la guerra y su madre era hija de una familia protestante de Heidelberg. Durante los últimos años había albergado la esperanza de poder asimilarse a la nación alemana. Estaba libre de la mayoría de las restricciones, a pesar de lo cual se quejaba de que su importante puesto en un banco cuyos propietarios era judíos lo arrastraba hacia el seno del judaísmo y hacia «todas las organizaciones judías».

—No es que yo sea un gran experto en la falta de racionalidad —susurró furioso, y las arrugas de la frente se le enrojecieron tanto y se le hicieron tan profundas que parecían cortes—. He trabajado cuarenta años en el banco; fuimos construyendo desde cero una excelente institución que no ha recibido más que alabanzas, ¡y ahora nos lo roban!

La sonrisa se desvaneció de la cara de Erika. Thomas le dirigió a Blum una mirada de advertencia. Había que ser muy tonto para decir una barbaridad así a las ocho de la noche en un edificio de vecinos y, además, en un apartamento que los de las SS habían destrozado no hacía mucho.

—*Herr Blum*, tenga usted un poco de paciencia —le pidió Thomas sin poderse contener—. Todos nos hemos arriesgado para lograr reunirnos aquí. Sería una lástima

permitir que la amargura nos lleve a un callejón sin salida.

Blum fijó la mirada en los platos.

Klarissa volvió a aparecer y los recogió. En esta ocasión sus movimientos eran comedidos y secos y de su alegría anterior no quedaba rastro. Si ella consideraba que lo que había oído allí no debería haberse dicho, sería capaz de ir a contarles lo de la cena a sus padres, a sus amigas de la universidad o a las del Partido Nacionalsocialista del que era voluntaria. Pero Klarissa no era una delatora, porque eso ya lo había demostrado.

—Sin que tenga nada que ver con los últimos acontecimientos, espero, o mejor dicho, les exijo a ustedes, que sigan viendo en mí exactamente al mismo amigo que siempre he sido para ambos —declaró Thomas con gran solemnidad.

—¿No le gustan a usted los escalopes? —le dijo Blum a Erika Gelber, clavando los ojos en el filete que reposaba intacto en el plato de ella.

—Tengo el gusto de cedérselo —dijo Erika devolviendo la carne a la fuente.

—Repartámonoslo —decidió Blum.

Antes del postre Thomas le ofreció a Blum un puro, y Erika, aprovechando la placidez del momento, se volvió hacia Blum y le dijo que quería hablar con él de un asunto. Blum se parapetó en la butaca. Erika le contó que su marido había sido detenido en noviembre, que estuvo retenido en Buchenwald y que ahora lo habían liberado y le habían dicho que se buscara de inmediato un país al que emigrar. A sus dos hijos, Max y Eva, los habían expulsado del colegio y se pasaban el día encerrados en casa después de que unos matones hubieran obligado a Max a morder el césped del estadio. Ahora, además, también los echaban del piso. Estaban buscando por todos los medios un lugar al que emigrar, pero sin éxito. Nadie los ayudaba.

Blum miraba fijamente la mesa y asentía de vez en cuando, soplaba bocanadas de humo y Thomas se preguntaba si no sería mejor dejarlos solos. En realidad, Blum ya se había encontrado a solas con Erika en las sesiones de psicoanálisis, y era posible que este encuentro a tres fuera lo que hacía que Blum se distanciara de ella. Además, estaba cansado de tanto oír sus penas.

Blum dirigió una mirada de interrogación hacia el pasillo, como si esperara que de allí fuera a llegar el postre. ¿Dónde se habría metido Klarissa con la tarta?, se preguntó Thomas furioso.

Erika dijo algo de los Estados Unidos y que aunque solo fuera por los niños no tenía sentido esperar a que algo cambiase ahí en Alemania y Blum, con los ojos cerrados, asentía con firmeza, como si corroborara la importancia de aquellas palabras.

—Qué frío hace aquí... —exclamó Thomas y se dirigió hacia la chimenea.

Al verse acariciado por el calor del fuego, lo asaltó la certeza de que Blum no iba a ayudar a Erika.

Toda la velada llevaba esa certeza enrollándosele al cuerpo y ahora no entendía por qué no habría reconocido su fracaso mucho antes. Quizá Blum no podía ayudar, ya fuera porque se había comprometido con otras muchas personas que lo necesitaban, porque sus socios fueran a rechazar la idea o también podía ser, se le ocurrió a Thomas pensar sintiendo un escalofrío, que ya hubieran decidido venderle el banco al Deutsche Bank. Pero una cosa estaba bien clara: Blum no iba a ayudar a Erika.

La repetición de esa breve frase lo torturaba, a pesar de lo cual no dejaba de decírsela a sí mismo para sus adentros, como si con ello pretendiera purgar una parte de la culpa. El intenso dolor que le traspasó la cabeza lo obligó a cerrar los ojos un momento. Pasó el tiempo. No sabía muy bien si un minuto o diez. Fuera rugía el viento. En la imaginación de Thomas el viento rodeó la casa, y los muros y el techo se vinieron abajo como si estuvieran hechos de papel. Cuando logró sacudirse de encima esas quimeras se encontró con que Erika seguía hablando con Blum en el mismo tono suave y envolvente. Thomas sintió entonces cierta preocupación: ¿cómo no se daría cuenta Erika de que todo estaba perdido?

Se disculpó diciendo que tenía que ir a ver en qué fase se encontraba el postre.

—¿Tan tarde? —murmuró Blum con la mirada fija en la puerta de entrada.

—Es que creo que teníamos una tarta —respondió Thomas con las palabras enredándosele en la boca.

—¿Dónde está Klarissa?

Erika le dirigió una mirada implorante. Le estaba pidiendo ayuda, que no la dejara a solas con Blum. Pero él no podía quedarse para ver cómo se aferraba a las vanas esperanzas que él mismo le había infundido. Miró hacia un punto indefinido de la pared y diciendo que enseguida les servirían el postre, salió del salón.

Anduvo vagando por las habitaciones, escuchando a medias la voz de Erika. Ahora entendía hasta qué punto la lucha por sacarla de Alemania era algo significativo para él: él luchaba por borrar las palabras que le había dicho a Erika acerca del «toque mágico que había perdido». Buscaba desesperadamente la prueba fidedigna de que Thomas Heiselberg todavía era *alguien* en Berlín. Puede que no fuera tan importante como antes, pero todavía decidía y cerraba negocios allí, sorprendía a la gente con su capacidad de organización, su naturalidad maravillaba y llevaba a buen fin las operaciones más complicadas.

Seguía oyendo la voz de Erika. Decía algo relacionado con el permiso de conducir y de una ley que le prohibía pasar por determinadas calles. ¿Cuántas malditas historias le quedarían todavía? Lo único que quería Thomas en ese instante era dejar de oír esa voz. Como fondo oía a Blum maldecir a los *ostjuden*, los judíos de la Europa del Este, porque desde el momento en el que habían empezado a aparecer por allí en masa, él había tenido muy claro que algo malo ocurriría.

Klarissa no estaba en la habitación de Thomas ni en ninguna otra del apartamento. Ahora comprendió dónde estaba. Regresó al salón, lo cruzó procurando

no toparse con las miradas de Blum y de Erika y corrió hacia el pasillo que conducía a aquella otra habitación. Por la ventana que tenía el cristal roto entraba un viento helador. Klarissa se encontraba tendida en la cama de su madre con una manta de lana cubriéndole la parte inferior del cuerpo. ¡La de veces que le habría puesto la manta a su madre justo igual! De la cama llegaba una ronca respiración. Thomas vio cómo la caja torácica de Klarissa subía y bajaba pesadamente. Eso era que el vestido le apretaba. ¿Y si le desabrochaba un par de botones? Pero ¿y si de repente se despertaba? Para su sorpresa, el enfado que debía sentir por su desaparición y por haberse metido en la cama de su madre se había esfumado. No, él no era el tipo de hombre que construye santuarios para ninguna mujer muerta. Cada vez que oía hablar a ciertas mujeres con entusiasmo del mausoleo que Göring le había hecho construir a su primera esposa, sentía vergüenza de que un hombre así hubiera llegado a ocupar un cargo tan alto en Alemania.

Y además, quizá el descaro de Klarissa anunciaba cierto cambio refrescante. Si la facultad más terrible que él tenía y que siempre lo dominaba en el momento más crítico, que consistía en conducir a la muerte lo que estaba vivo, no actuaba ahora, podría ser que esta joven mujer supusiera para él el inicio del camino inverso. Incluso en un dormitorio en el que solo quedaban una cama y una ventana reventada, Klarissa irradiaba juventud. De repente se sintió atraído por la desbordante belleza de la durmiente y deseó con todas sus fuerzas que siguiera allí bajo su potestad. Se diría que por fin había dado con algo que resultaba imposible enviar hacia la muerte con un simple gesto.

\* \* \*

Al día siguiente por la mañana se encontró con una situación nueva en el despacho. La recepcionista lo saludó con lágrimas en los ojos y el joven secretario de Karlson salió de la oficina aparentando no haberlo visto. Thomas se dirigió al despacho de Karlson y para su asombro se encontró a la señora Günter sentada en el sillón del director y trajinando con los papeles que había encima de la mesa. Ahora sí estaba más que claro que había sucedido alguna desgracia.

—¡Thomas! —exclamó ella al verlo, con voz de pánico—. Mailer se ha ido a Nueva York y no ha dicho cuándo piensa volver.

La señora Günter permanecía pendiente de la reacción de Thomas, que sabía que incluso ella confiaba en su talento, porque hacía tiempo que por la oficina se había corrido la voz de que si algún día el equipo de Milton llegaba a estar al borde del abismo, antes de que a nadie le hubiera dado tiempo ni a moverse, Thomas habría saltado ya a ese abismo para desaparecer y sin que los demás supieran cómo se pondría a salvo para después rellenar el abismo de tierra, abrir un camino y llevárselos a todos con él hacia la salvación.

Pero en esta ocasión Thomas se quedó sin palabras. No se veía con ánimos para

intercambiar con la señora Günter los cumplidos envenenados y los puyazos mutuos, como acostumbraba hacer. Ya no tenían razón de ser. Después de todo, el fin de un negocio era un asunto muy sencillo.

—*Frau* Günter —dijo—, la compañía Milton liquida su negocio en Alemania y si hubiéramos tenido el valor de ver las cosas tal y como son, nos habríamos dado cuenta hace tiempo.

## *Leningrado, invierno de 1939*

Por la noche rechinó la cama de hierro de sus padres. Sacha los oía todavía discutiendo si firmar los protocolos del interrogatorio, aunque no reflejaran las respuestas que ellos habían dado, o si redactar una confesión o no. Una y otra vez pronunciaban los mismos términos: A) Confesión - breve reclusión; B) Confesión y desaparecer; C) No escribir la confesión - ser eliminado; D) No escribir la confesión pero finalmente llegar a ser creído y considerado inocente.

Su padre había sido interrogado ya dos veces, su madre solo una y, para sorpresa de ambos, los habían dejado regresar a casa para que volvieran a reflexionar sobre la declaración de inocencia que habían hecho. Entre tanto, su padre se dedicaba a reunir todos los documentos y cartas que pudieran probar su buen comportamiento como ciudadanos y su fidelidad al partido.

Al día siguiente apareció en la prensa una noticia acerca del descubrimiento de una organización de oposición al Instituto de Física y Tecnología. La noticia decía que dos agentes occidentales, alemanes, para más señas, se habían unido a los últimos seguidores de Piatakov y que por influencia del Centro de Unión dirigido por ese par de delincuentes llamados Trotski y Zinoviev habían tramado «atentar contra las grandes industrias». En el Instituto se había descubierto una traición monstruosa: «los enemigos del pueblo habían planeado asesinar a miles de personas con un solo fin: ensuciar la Revolución».

A su padre lo despidieron ese mismo día. Volvió a casa a las diez de la mañana, echó las persianas del dormitorio y se acostó en la cama. La madre estaba ocupada con las tareas de la casa. Se encontraba encurtiendo setas y fréjoles, haciendo mermelada de bayas del bosque, trajinando por la casa desde bien temprano, y llevaba el delantal todo manchado de color marrón y púrpura. En el gramófono sonaba el primer movimiento del *Concierto n.º 4* de Beethoven en ejecución de Arthur Rubinstein, al que su padre llamaba «el pianista para salones sentimentales», y al cabo de un momento sonaría por la casa la «Marcha fúnebre» de la *Sonata n.º 2 para piano* de Chopin y después atronaría la *Finale*, que su padre solía llamar en tono de condena «la manipulación musical más grande del siglo pasado». Su madre

siempre escuchaba los discos en el mismo orden: Beethoven, Chopin, Liszt, en ocasiones Mendelssohn y al final, Schumann. Ahora estaba pasando junto a la estantería de los libros y le quitaba el polvo al estante reservado para ella: *El carnaval de Viena* de Schumann, el libro de Hanon para el pianista principiante, unos números de la revista *Nobelist* y unos cuantos más, amarillentos ya, de la revista *Mir* y un poemario de Balmont, con dedicatoria.

Su madre ya no tocaba el piano. Antes tocaba con los gemelos, y para los días de fiesta organizaba unos pequeños conciertos con Kolia. Unos años atrás hasta dedicó varias semanas a ensayar y al final tocaron una pieza de la *Sinfonía* de Borodin que Kolia llamaba «Las terribles estepas de Asia» en lugar de «Las estepas del Asia Central». Había pasado muchísimo tiempo desde que en aquella casa se oyeran por última vez las notas del piano.

A las dos de la tarde llamó a su marido.

—¡Andriusha! —gritó—, ¡Andriusha, te necesito!

Él se encaminó hacia el salón como quien ha sido pescado de un profundo sueño, en calzoncillos, una camiseta sucísima y el pelo gris cayéndole a ambos lados de la cara. La madre le ordenó que colocara un pesadísimo tarro con pepinos junto a la ventana. Él entrecerró los ojos hasta que estos parecían un par de diminutos rombos y en un susurro marrullero le dijo:

—¿Y para eso me llamas?

—Sí, para eso. Precisamente para eso —respondió ella furiosa.

Él levantó el tarro, lo atrajo hacía el pecho, lo elevó hacia la ventana y lo depositó en la repisa con un golpe.

Por la tarde volvieron Vlada y Kolia del colegio. Se quedaron apoyados en la puerta. El cuerpo estrecho y largo de Kolia —no en vano Maksim Podolski lo llamaba «el flaco»— buscó de inmediato un muro en que apoyarse. Como era su costumbre, nunca estaba derecho y sus movimientos eran perezosos. A su lado estaba Vlada, muy erguido con su abrigo gris, que tenía en las mangas unas cintas azules y negras y en la pechera dos hileras de botones, como los abrigos de los antiguos oficiales. Vlada no era tan alto como Kolia, pero era ancho y musculoso, por lo que siempre parecía necesitar más espacio para sí. Llevaba el pelo corto y tenía la piel de la cara de un rosa bebé que chocaba con la gravedad de su expresión de sabelotodo.

A su pesar, estaban allí hombro con hombro, Nikolai apoyándose en Vlada y este en la pared, empujando a su hermano hacia delante. Por lo visto alguien del colegio había leído la noticia en el periódico. Sacha se preguntó qué tipo de rumores correrían por el patio: de sus días allí recordaba que los chicos se pasaban el rato ideando castigos y por lo general también perfeccionando imaginariamente la guillotina y la horca, por lo que su decepción fue enorme cuando se enteraron de que la mayoría de los traidores eran fusilados. En una ocasión hasta hicieron una especie de farsa para un chico cuyo padre había sido detenido: se pintaron la cara con cal blanca, se golpeaban los pechos y rugiendo como osos elevaron los pulgares y los índices y le



«dispararon al traidor».

Los ojos de la madre correteaban entre los gemelos y el tarro de mermelada, hasta que en un momento dado se toparon con los de Sacha. Ambas esperaban que la otra reaccionara, que rompiera el silencio y fuera a reñir a los muchachos: «Kolia, Vlada, dejad ya de una vez de estar en la puerta como una pareja de policías. Deprisa, venga, a lavaros las manos y la cara y a la mesa». Pero lo único que Sacha quería hacer era abrazar a Kolia, acariciarle el pelo, que de lejos parecía liso pero que al tocarlo resultaba como paja, y susurrarle que borrara de la memoria las tonterías que Vlada le había dicho en la escuela y que recordara que este no podía soportar sus miedos y por eso se los metía en la boca a su hermano como si de un medicamento se tratara.

Solo que en esta ocasión no podía hablarle mal de él. La expresión de su rostro — Vlada parecía encontrarse abatido por una desgracia de la que todavía no alcanzaba a captar el significado— mostraba que nunca había creído en sus furiosas profecías y que en realidad lo que hacía era preparar a Kolia para una pesadilla que no había pensado que, en realidad, llegara a suceder.

Al final habló Valeria, pero con una voz tan turbia que parecía brotar del tarro de la mermelada:

—Chicos, a lavarse las manos y a la mesa.

Vlada fue el primero en salir de su estado de conmoción. Se volvió hacia la escalera y desapareció en dirección a la buhardilla. Kolia anduvo dando vueltas por la casa sin propósito, pasando los dedos por las paredes, pegando la cara a la ventana, acariciando los libros que estaban en los estantes de madera, el respaldo del sillón, mirando el retrato del personaje de Chapayev, un dibujo en carboncillo que se centraba sobre todo en el bigote. Su padre se jactaba de haber coincidido con él en el frente, en 1920, y contaba también cómo en cuanto se separaron se apresuró a sentarse en el suelo para dibujarlo de memoria.

Su madre seguía allí de pie, mirando la escalera y a Kolia alternativamente, con la esperanza de que los gemelos se repusieran y se sentaran a la mesa. Al final, cansada de esperar, los dejó y se volvió con los tarros de conserva.

Sacha subió a la buhardilla. La lluvia golpeaba con fuerza y, a pesar de ello, se colaba entre el frío del aire, suave y oculta, la cálida brisa de abril. Las ramas negras y desnudas de los tilos se cubrieron de un agua plateada y el cielo se tornó gris hasta el horizonte de más allá del río. A la hora del crepúsculo el horizonte parecía un portón cada vez más oscuro que acabaría por cerrarse sobre la ciudad.

La copa del aliso golpeaba contra las ventanas de la casa. ¿Cuántas cartas habían escrito quejándose de ello? Kozlov, del Instituto del padre de Sacha, se había ofrecido para podarle algunas ramas, pero el padre no se había atrevido a actuar por su cuenta, porque ¿y si algún vecino o conocido se quejaba de ellos diciendo que hacían con el edificio lo que les parecía y que molestaban a los demás? Entonces, quizá, los echarían. «Por dos metros cuadrados de frío suelo, una ventana que da a un pestilente patio y un camastro de hierro en el que un hombre se puede acostar encima de mí

pero no a mi lado, estoy también dispuesta a casarme con un caballo», había escrito Nadia una vez, y por bromear le había enviado el escrito entero al editor del periódico *Izvestia*, el camarada Nikolai Ivanovich Bujarin.

Ahora Sacha se sentía como desnuda en esa buhardilla que tanto le gustaba, como si por los cuatro costados se le clavaran las miradas de los vecinos. «A veces —se había reído en una ocasión Emma Rikova—, has de tener cuidado con la mirada que le vas a dirigir a un vecino acusado de alguna falta: porque no hay mirada más delatora que la que uno le dirige a un vecino que un día fue amigo pero que hoy nos asquea, porque es como cuando miras a un vecino con el que te has acostado a espaldas de su mujer».

Sacha volvió a su habitación y enseguida vio una notita de papel en la almohada con una frase escrita con la letra de Vlada: «Los buenos ciudadanos se ponen en invierno calcetines rojos». Sacha se enfureció. ¡Pero si las notitas del cajón de los calcetines era un secreto de Kolia y ella! Se fue hasta el cajón y rebuscó entre los calcetines rojos. Finalmente encontró en uno de ellos una notita todavía más pequeña y doblada a conciencia: «Comprueba de inmediato si podrías ser nuestra madre».

Sacha se apresuró a acallar la voz infantil que salía del charlatán de Kolia: pero ¿cómo era posible que incluso ahora que su mundo real se estaba viniendo abajo le siguiera preocupando un infantil y ridículo ajuste de cuentas? Debía abandonar ya de una vez el mundo de la infancia.

Durante la cena Vlada estuvo muy animado y agradable. Había hablado con el sobrino del *komsorg*<sup>[14]</sup> del Instituto de Física y Tecnología, un ciudadano decididamente comedido: la postura del partido con respecto a la purga de los últimos vestigios del centro de Zinoviev y Trotski era de lo más lógica. Todos los errores que los enemigos del pueblo hayan cometido en las minas y en las fábricas o en la industria en general desaparecerían en breve.

Kolia susurró que en la escuela alguien le había dicho en secreto que después de que detuvieran a sus padres, a ellos seguro que los mandarían a un orfanato.

Vlada dio un gruñido de desprecio y dijo que eso eran tonterías. El camarada Stalin había dicho bien claro que los hijos no iban a pagar por los errores de sus padres. Ningún chico tenía la culpa de que sus padres no hicieran lo que se les decía que tenían que hacer.

El padre movió la cabeza de lado a lado como si no pudiera creer lo que estaba oyendo. Sacha ardía en deseos de que ese hombre tan débil se levantara de la silla y cumpliera de una vez por todas con su deber de padre. Lo imaginó echando a Vlada de la mesa, pegándole con el bastón, y al chico encogido bajo la furia paterna.

Cuando Sacha castigaba a alguien con la imaginación, su enfado contra esa persona desaparecía. Porque basta con proponérselo, para que la imaginación se convierta en un perfecto dios de la venganza. Los ojos negros de Vlada brillaban como si tuviera fiebre. Sacha odiaba la costumbre de su hermano de pronunciar las frases más sorprendentes en presencia de sus padres, aunque sabía que el

arrepentimiento terminaba por apoderarse de él al darse cuenta de que las heridas que dejaban sus palabras no cicatrizaban al instante, y que sentía esa especie de decepción que le asalta a uno al advertir que el mundo no se olvida de inmediato de sus bromas, sino que estas siguen siendo interpretadas por los demás a su manera.

Vlada le susurró algo al oído a Kolia, con una expresión en la cara entre divertida y picara. A pesar del peligro que corrían, Vlada era incapaz de cambiar. Seguiría metiéndole miedo a Kolia hasta que al pobrecillo le costara respirar, porque le pintaría el mundo como un negro abismo al que terminarían por rodar las cabezas de todos, aunque después lo animaba con todo tipo de triquiñuelas a que les pidiera a los demás que los salvaran de la desgracia.

Durante los últimos años, cuanto más se acercaba Nikolai a Sacha, siempre en busca de su protección, más amargado se mostraba Vlada, hasta convertir su resentimiento casi en verdadera crueldad. El año pasado, después de que se abalanzara sobre Kolia una mañana temprano y le pusiera la almohada en la cara haciéndose pasar por un agente del NKVD, su padre construyó una mampara de madera contrachapada entre las dos camas. A cada uno le quedaron menos de dos metros. Vlada echó abajo la mampara en dos ocasiones, por lo que volvieron a dormir varias noches sin separación. Nikolai se quejaba de que por la noche podía llegar a soportar la voz de Vlada, pero no verle la cara. Fue entonces cuando su padre llamó a Kozlov, del Instituto, y este erigió un tabique de madera maciza, lo atornilló con fuerza a la pared y le dijo a Vlada que si se le ocurría echarlo abajo, construiría un muro de cemento, como en la cárcel.

—Vlada, si no te callas, te arrancaré la piel a tiras como si fueras una cebolla —le dijo ahora Sacha acariciando el cuchillo.

—¡Zaichik, eso sí que ha estado feo! —se enfadó Valeria.

Su padre le sonrió para demostrarle que estaba de su parte, pero en cuanto se dio cuenta de que la madre lo había visto, se apresuró a poner cara de quien no ha roto un plato.

—Me gustará verlo —le espetó Vlada mirando fascinado el cuchillo.

Sacha esperaba que se limitase a soltar un par de bravuconadas más para demostrar que no era fácil amedrentarlo y que después se callaría. Su padre mojó un trozo de pan en la grasa del ganso y se la ofreció a la madre, un truco que, en ocasiones, funcionaba.

La madre esperó pacientemente a que terminara la comedia y entonces dijo:

—Andriusha, ¿y si juegas con los chicos a lo que a ellos les gusta?

Su tono de voz, que presagiaba tormenta, sonó también satisfecho por la decepción que sufrió el padre al oír esa frase en lugar de la esperada de siempre: «Andriusha, estarás cansado, acuéstate un rato».

El padre asintió con la cabeza como señal de que la había entendido.

Kolia, entre tanto, se burlaba del trineo azul en el que de cara al invierno colgaban todo tipo de adornos ridículos como mariposas y arbolitos, aunque ese año todavía no

lo habían hecho, además de que la cuerda estaba casi rota y habría que conseguir una más fuerte.

Vlada, por su parte, le preguntó a Sacha sibilinamente si ya había decidido lo que iba a estudiar en la universidad.

—Genia y tú os vais a matricular juntas este año, ¿verdad?

Sacha esperaba el dardo envenenado de la venganza, pero la dirección de la que provino el ataque la tomó por sorpresa. No cabía la menor duda de que el chico era muy hábil para dar con el punto débil de las personas. En la mesa el tintineo de los cubiertos enmudeció y Vlada se agachó para atarse los cordones de la bota. Sus movimientos, como accionados por un resorte, hacían que pareciera que no tenía el cuerpo formado por piel y huesos sino por un material más duro, y provocaron en Sacha un escalofrío. Quizá le atemorizaba el absoluto dominio de Vlada sobre su cuerpo. En la memoria de Sacha se elevó ahora el edificio de la universidad; su padre, su madre y una niña pasando por delante y su padre apuntando hacia el edificio y diciendo: «Aquí es donde estudiarás, y lo harás hasta que seas la mujer más sabia de toda la Unión Soviética». A lo que su madre añadía: «Como papá». Menuda utopía.

¡Pedazo de idiota! Eso es lo que le habría gustado decirle a su padre. ¿Dónde estaba entonces Nadezhda Petrovna? ¿En qué recodo del camino nos estaba acechando?

Durante las últimas semanas ni tan siquiera había pensado en la universidad, de tan convencida como estaba de que ninguna institución académica iba a aceptar en sus aulas a la hija de Weissberg. Pero ahora, por primera vez en algún tiempo, se quedó pensando en su futuro: no iba a poder estudiar ni historia, ni física ni nada de nada. Como mucho podría ponerse a trabajar donde quisieran admitirla, y eso también estaba por ver. Le entraron ganas de largarse de allí, de ver a Genia y pasarse la tarde en el cine o escuchando música. Podían ir al Café Europa y después a bailar a alguno de los clubes a los que iban artistas, actores y extranjeros de toda Europa, además de hombres de dudosa reputación que invitaban a las chicas a unas vacaciones en Crimea. De pronto la casa le pareció horrible, podrida desde los cimientos. Quizá fuera cierto que había que echarla abajo.

Su padre dijo que ese día había leído algo interesante en un libro sobre la historia de los judíos, y antes de que a su madre le diera tiempo a cortarlo, Sacha exclamó:

—Ay, pero qué tonta, si hoy he quedado...

Se levantó de la mesa. Para ponerse de pie tuvo que darse un buen impulso, sin miramientos, al tiempo que rehuía la mirada de Kolia, que se sentía traicionado. Se puso muy deprisa un vestido azul y los «pequeños complementos» que uno de los exnovios de Genia les había comprado una vez en Torgesen: un echarpe de seda negro, unas botas de tacón de aguja claveteadas con unos adornos brillantes de cobre y un abrigo de piel. No habían pasado más que unos minutos y ya salía por la puerta.

—Mamá, voy a estar con Genia. A lo mejor nos encontramos con otros amigos. Veré si hablan de nosotros. Volveré tarde.

Genia y Sacha bajaron de prisa las escaleras en dirección a lo que había sido el sótano de una mansión. El pasillo que conducía al local estaba abarrotado de gente y olía a una imposible mezcla de perfume de mujer. En una de las habitaciones vio a dos hombres desconocidos y repeinados hacia atrás inclinados sobre una mesa de billar. Genia hizo un gesto con la mano para hacerle señas al portero, un hombre alto con uniforme gris, y este también les hizo señas a ellas con la mano para que se acercaran a él. Genia se agarró con fuerza del brazo de Sacha y juntas se abrieron paso a empujones entre la aglomeración de gente que había a la puerta, mientras su amiga maldecía por lo bajo a todas aquellas chicas que vestían cuatro trapos y no se avergonzaban de aparecer así en un lugar como ese. Cuando llegaron adonde estaba el portero, él las saludó muy amablemente, pero entonces Genia lo ignoró.

Un gran número de columnas con sus respectivos arcos dividían el salón en varios espacios, en cada uno de los cuales se hallaba sentado un ruidoso grupo de gente. Unos taburetes rojos de madera se encontraban repartidos ante una tarima en la que un cuarteto de hombres tocaba música muy alegre.

—¿Qué? ¿A que no he exagerado nada? —le dijo una orgullosa Genia.

—Impresionante —respondió Sacha, aunque las historias de Genia siempre sonaban mucho mejor que el lugar en sí.

Se sentaron a una mesa para cuatro. En el apartado contiguo había unos cuantos jóvenes que según Genia eran del Ministerio de Comercio Exterior. Dos de ellos se les acercaron y las invitaron a una bebida. Genia pidió una botella de Château d'Yquem. Los hombres parecieron aterrados.

—Sí, la verdad es que suena carísimo —dijo Sacha.

—No te preocupes, que Kostia tiene cuenta aquí —se rio Genia.

Tomaron el vino con verdadero placer y Genia estuvo hablando de los caldos franceses y de su delicado buqué mientras llenaba una y otra vez la copa de Sacha y le aconsejaba «beber mucho para desconectar de todo lo malo que estaba sucediendo». Sacha, entre tanto, le había echado el ojo a un hombre joven y guapo que estaba allí al lado, solo y apoyado en la pared. Genia se apresuró a decirle que lo conocía, que se llamaba Aliosha, que había tenido no sabía qué cargo en la embajada en Japón y que no hacía mucho que había vuelto.

—¿Quieres que te lo presente? —le preguntó Genia, abrazándola de pronto.

—¿Ahora? —se sorprendió Sacha, aunque la determinación de su amiga la obligó a levantarse para seguirla.

Se plantaron frente a él, le hicieron una reverencia y declamaron juntas el poema que un día escribieron: «Joven príncipe, / de tus deseos haznos partícipes. / Somos dos princesas berlinesas, / elije: para una el castillo, / para la otra el infierno como castigo».

Aliosha la escogió a ella y Genia se alejó con sus pequeños pasitos, no sin antes recordarle:

—Ochenta y dos a setenta y cuatro.

Ese año su competición cumplía una década.

El joven la llevó al centro de la pista. Bailaron unas rumbas. Él bailaba muy bien y la manera en la que se movían los dos resultaba maravillosa. Sacha se apoyó en su hombro, rodeada por los brazos de él, y los labios le rozaban el cuello, que emanaba un delicado aroma. Sacha le humedeció la piel con la punta de la lengua y le susurró:

—Haberte conocido en esta fiesta tan ruidosa, ¡qué habilidosa!

Mientras se apretaba contra él y se dejaba ya tentar por sus entreabiertos labios, fue consciente de que una especie de halo de polvo le cubría el cuerpo. A su alrededor todos la veían menos él. Él estaba demasiado cerca. Ahora notaba la lengua seca, los movimientos pesados, el deseo que la había hecho tan liviana se esfumaba y volvía a notarse rígida. Bastaría con que Aliosha fuera al lavabo, para que un alma caritativa acudiera de inmediato a susurrarle al oído: «Esa es Aleksandra Andrievna Weissberg. ¿Tienes idea de la acusación que pende sobre su padre? ¿No has leído el periódico hoy?».

Sacha miró por encima del hombro de él a una mujer que observaba cómo bailaban.

—Es mi esposa —murmuró Aliosha, quizá con pena.

Su mujer estaba con dos amigas y las tres juntaron las cabezas y se pusieron a susurrar. Ella más bien escuchaba, hasta que poco a poco se fue irguiendo de nuevo. Su mirada, divertida y casi amigable, se posó en Sacha, que la tradujo de inmediato: «Baila, baila con él, querida, que te lo presto de mil amores, porque dime, guapa, ¿cuántos bailes te quedan a ti ya?».

Un extraño ardor le encendió las sienes, como a veces le pasaba a su madre. En ese momento interpretó el comportamiento de su madre hacía un rato en casa: había sido un lamento. Era como si hubiese querido hacer reaccionar a su marido y gritarle si no le parecía que merecía una vida mejor.

Comprendió que ya no bailaba con Aliosha, sino que iba colgada de él, arrastrada vuelta tras vuelta. A su alrededor vio a Grobman, de su instituto, a la chica responsable del decorado del teatro, oía la risa hueca que salía del apartado de los dandis del Ministerio de Comercio Exterior, que estarían muy sorprendidos de que se hubiera atrevido a acudir allí esa noche. Desesperada, buscaba con la vista entre aquella especie de túneles de luz purpúrea a Geni, hasta que vio su cara entre sombras. Su compasiva mirada se había tornado en tensa. Geni comprendía que su amiga necesitaba ayuda, pero pareció burbujear en ella un instante de duda: Geni miraba a la mujer de Aliosha y a sus amigas para comprobar si entenderían que su obligación como amiga era socorrer a Sacha. O puede que les estuviera preguntando: ¿me dais permiso para que ayude a la hija de Weissberg?

Despertó en la cama con resaca. Se desperezó y subió los pies a la pared. De pronto

se oyó un grito de dolor proveniente de la habitación de los gemelos. Sacha se quedó escuchando pero sin moverse. Volvió a oírse otro grito, ahora más agudo. Sacha quería gritar: «Mamá, ¿dónde estás? ¿No oyes que están gritando?». Pero sabía que no iba a obtener respuesta.

Se levantó de la cama. En el salón vio la parte superior del cuerpo de su madre inclinado sobre la mecedora del padre. Subió la escalera dando saltos, de lo frío que notaba el suelo en las plantas de los pies, y entró sin llamar en la habitación de los chicos. En la media habitación de Vlada no había nadie. Sacha se había quedado plantada entre el tabique de separación de madera y la pared. Kolia se encontraba acostado en su cama, completamente doblado sobre sí mismo, y Vlada a su lado, con el uniforme del colegio.

—Kolia —llamó Sacha a Nikolai.

Este no contestó.

Entonces Sacha le dirigió a Vlada una mirada amenazadora y él se apresuró a defenderse:

—Este bebé se quiere quedar en casa y eso que le he dicho que tenemos que ir al colegio.

La sonrisa de victoria que se le pintó en la cara confirió a sus mejillas un tono rosado e hizo que a Sacha le acudiera a la memoria Vlada de pequeño entre sus brazos y ella besándole las mejillas y diciéndole a su madre: «Mamá, es increíble, tiene los mofletes de color melocotón». Después, cuando creció y quería que lo consideraran mayor, solía lavarse la cara con agua fría para eliminar aquel tono sonrojado.

Los dos vieron claro que él tenía razón. Sacha respiró hondo y toda su ira recayó sobre Kolia, el muy mimado, que no entendía que precisamente hoy, más que nunca, tenían que ir al colegio y comportarse como si nada hubiera pasado.

—¡Vístete! —le ordenó.

Nikolai se sentó en la cama. Sacha se dio cuenta de que la cara de Kolia, de la que su madre solía decir que tenía una «belleza angelical», estaba llena de granitos de acné.

—Sí, venga, vístete ya de una vez, ¡bebé, más que bebé, que mamá te está preparando la papillita! —gritó Vlada.

—¡Tú te callas! —le gritó Sacha a Vlada, asqueada de la seguridad con la que este le daba órdenes a su hermano.

Nikolai empezó a vestirse. Ella salió de la habitación y Vlada tras ella.

—Sacha, ¿has mirado a ver? —le preguntó.

—Todavía no —respondió ella.

Abajo se oía un suave taconeo acompañado de una pesada respiración matinal. Los dos se callaron, aterrados por lo que les esperaba.

—No hablemos ahora —le dijo Sacha apartándose de él.

Pero Vlada la agarró del brazo:

—Dentro de una semana o dos ya no estarán aquí.

Sacha advirtió el veneno que encerraba ese susurro.

—Tienes que enterarte si vas a poder ser nuestra madre. Pregúntale a ese amigo tuyo del NKVD, porque si no, acabaremos en un orfanato o en la cárcel.

Sacha oía el ruido de las tazas y del agua en el fregadero. Todos los ruidos conocidos le parecían ahora una maravilla, como la ondulante voz de su madre:

—¡Vla-da, Ko-lia, lavaos la cara y bajad enseguida, que llegáis tarde!

Vlada se apoyó en los amarillentos tapices y miró hacia el techo. Sacha fijó la mirada en las coronas tejidas en ellos y descubrió unos matices de amarillo en los que antes nunca se había fijado.

—¿Te acuerdas de Benua, el amigo biólogo de papá? A él y a su mujer los exiliaron en el 35 a Saratov y después los mandaron a un campo de trabajo. A sus hijos los enterraron en un orfanato. Tenían parientes que los quisieron acoger, pero al final ellos también fueron sospechosos, cosa que además era verdad, y los metieron en la cárcel —dijo Vlada.

Se quedó mirando a Sacha muy tenso y esperanzado. Ella sabía muy bien lo mucho que últimamente el tema torturaba a su hermano. Siempre había odiado al grupo de amigos de sus padres porque «despreciaba a esos poetas burgueses y flojos que se quejan de todo en lugar de trabajar». Para ser sincero, creía que su padre no lo había dado todo por la Revolución, que no valoraba lo suficiente los logros del partido, que no había educado a sus hijos en el espíritu de la Revolución y que, además, se juntaba con amistades perniciosas. Al igual que Sacha, Vlada sabía que él y Nikolai estaban en peligro por los pecados de su padre y por el hecho de que su madre hiciera la vista gorda, y estaba convencido de que si le hubieran hecho caso a él, que los había avisado un montón de veces, nada de lo que estaba sucediendo habría tenido lugar. Ahora se veía que había llevado razón y que todas sus advertencias se estaban cumpliendo, solo que de nada le servía demostrar que estaba en lo cierto, ya que muy pronto se lo llevarían a un orfanato o a un campo de trabajo y entonces ya no tendría futuro en ese país.

Vlada era una especie de vencedor inmolado, pensó Sacha sintiendo un escalofrío al tiempo que soltaba una malévol carcajada de la que al instante se arrepintió, avergonzada como estaba por ese pequeño gesto de venganza. ¡Qué miserable se sentía!

—¡Niños! —resonó de nuevo la melodiosa voz de la madre.

—¡Te lo digo, tienes que preguntarlo ya mismo! —insistió Vlada, sujetando a Sacha por la muñeca pero soltándola enseguida. La miró como si se preguntara si su hermana era tan inconsciente, ya que durante las últimas noches no hacía más que irse de fiesta, como para no darse cuenta de la gravedad de la situación—. Pues hazlo por Kolia, que por lo menos a él sí lo quieres —le susurró y se apartó de ella.

Qué denigrante le resultaba saber que su suerte dependía de su hermana, la «holgazana princesa de la poesía», que no era capaz de durar en ningún trabajo



productivo: trabajó tres meses en la biblioteca, después copió bocetos en el despacho de un arquitecto, rellenó todos los cuestionarios y se fue. El año anterior decidió no matricularse en la universidad porque quería esperar a Genia y durante el verano había hecho el vago todo el día en el jardín de Varlamov que la había contratado por veinte kópeks diarios, se suponía que de jardinera.

—Vlada —gritó la madre desde abajo—•, dejad ya de discutir.

Se dio la vuelta y se fue a su cuarto.

—Dile a Kolia que se dé prisa.

Sacha sentía un nudo en la garganta. Lamentaba que Vlada hubiera pronunciado la última frase.

Una vez en la cocina se quedó de pie detrás de su madre.

—¿Dónde está papá? —preguntó.

—En la cama, imaginándose en Daguestán con un balazo en el pecho, como su querido Lérmontov. Hoy es un héroe de tragedia.

La casa respiraba sarcasmo últimamente. Sacha dudó si vestirse de inmediato y salir hacia el despacho de Podolski para contarle lo mal que lo estaban pasando, pero comprendió que no tenía sentido. Puede que ni siquiera la recibiera: hacía unos días que su querido Maksim había desaparecido y resultaba imposible dar con él.

Sacha deseó de repente que todo aquello acabara cuanto antes, que los juzgaran y, si resultaban ser culpables de algo, les aplicaran el castigo de inmediato.

También por la tarde se dedicó Valeria a perseguir a su marido con todo tipo de nimiedades: lo obligó a ponerse a la cola del pan; después lo mandó a la modista; le pidió que fuera a casa de los vecinos a por unas cerillas, y cuando regresó le preguntó con chanza si no querría salir a sacudirle el polvo a las sábanas. Él pareció exhausto y molesto al responder entre dientes algo que nadie entendió. Al final Valeria le dijo que se podía volver a la cama.

El padre se quitó, pues, el viejo abrigo de hombreras redondeadas y acolchado con una finísima piel de cabra y le acarició el forro, del que todas las manchas parecían haber desaparecido. Sacha quiso preguntarle: «¿Se lo has contado? ¿Les has contado que ese abrigo es un regalo del médico de la división de Kikabidze? Tiene que haber merecido la pena». Pero él se retiró al dormitorio y se tendió en la cama, rodeado de los «libros judíos» que había conseguido a escondidas y con muchísimo esfuerzo, unos libros, que según la madre, tenían unos títulos que «sonaban todos igual»: *Antigüedades judías* (Flavio Josefo), *Historia y religión de los judíos desde Jesucristo hasta nuestros días* (Jacques Basnage), *Historia de los israelitas desde los macabeos hasta nuestros días* (Isaac Markus Jost), *Historia del pueblo de Israel* (Heinrich Graetz).

—Hasta hace medio año ni siquiera se acordaba de que era judío —se burló la madre en voz alta para que sus palabras llegaran hasta el dormitorio—, y ahora resulta que todo él es historia judía, y eso que al hugonote ese del francés, a Basnage, lo tiene que leer con el diccionario al lado, así que puede que dentro de cinco años

llegue a nuestros días... De repente se ha puesto a hablar de la esclavitud en Egipto, del exilio de Babilonia, de que Eduardo I lo expulsó de Inglaterra; Felipe el Hermoso, de Francia; los católicos, de España. Habla de Kishinev, de los pogromos de los Cien Negros, del ejército de Petliura, del caso Dreyfus en Francia y de Mendel Beilis en Vasilkov, y es que los miedicas como él son capaces de convertirse de repente en los más devotos fieles de Dios. Debe de haber comprendido finalmente que todas sus historias de la guerra civil, que si hubiera que creerlo habría que creer también que estuvo en todos los frentes a la vez y con todos los héroes de guerra a la vez, no son del interés del NKVD. Ahora se hace el inocente y le carga toda la culpa al destino judío, que siempre termina en catástrofe.

Se burlaba de su marido, no para molestarlo, sino porque pretendía expulsarlo de su alma. Por eso se rebelaba contra esos pequeños defectos de él como si en ese momento los advirtiera por primera vez.

Sacha le dijo que tenía que hablar con ella de asuntos más urgentes. Sobre todo quería que discutieran juntas cómo conseguir poner a salvo a los gemelos, pero se encontró con una cara inexpresiva que rechazó la idea con frases como «ahora no, Zaichik», mientras buscaba cualquier excusa para ir a hacer otra cosa.

Esa era una de las habilidades de Valeria: enterrar ciertos temas, a veces durante toda una vida, en lo más profundo de la consciencia. Llevaba años ocultando ahí a su marido y a Nadia, lo mismo que hacía ahora al negar las mayores evidencias de lo que estaba sucediendo. ¿Cómo lo conseguiría? Pero si los chicos estaban allí con ella, hablando, respirando, moviéndose por la única casa que ellos conocían, y a pesar de ello, su madre ponía todo su empeño en evitar cualquier conversación sobre el futuro de ambos. Quizá era que no podía soportar el futuro que les había deparado a sus hijos.

Sacha entendió, pues, que Vlada era la única persona con la que podía hablar.

\* \* \*

Es el último fin de semana del mes de marzo.

Está acostada en su cama como en un ataúd. Se ha quedado sola.

Unos trenes han partido de Leningrado, sin que se sepa hacia dónde, con los cuerpos que un día llenaron la casa. El insomnio se turna con las pesadillas, y durante las horas que pasa en vela arden en ella, como si tuviera fiebre, los recuerdos y los sentimientos de culpa. A ratos, entre el barullo de voces, asoma a su cerebro una queja en la ronca voz de Nadia: «¿No habrás sido tú, maldita muchachita, la que nos has traído a todos esta desgracia?».

El caso es que cuando su padre había vuelto a casa tras el primer interrogatorio, había contado que más que hacerle preguntas sobre Nadia le habían preguntado por el Instituto de Física y Tecnología, en el que ocho de los diez directores habían sido ya detenidos, y también por el Centro de Unión. De todos modos Sacha cree que si no le

hubiera entregado a Podolski los poemas, el destino de todos habría sido otro.

Fuera está la ciudad. La oye. No hay alternativa. No tiene esperanza de que en el mapa del duelo de esa ciudad —«A través de los cristales bañados en sangre, a veces resulta difícil ver Europa», había dicho un anónimo escritor en un artículo que tituló «Carta de queja al amigo Pushkin»—, de que en ese mapa vaya a haber un sitio reservado para ellos. Después de todo hay personas mucho más importantes y valientes. Pero mientras sigue oyendo rugir la ciudad desde la mañana hasta la noche, se tortura pensando en la ligereza con la que esta se los ha sacudido de encima, a esos últimos exiliados. En uno de sus sueños, Sacha se encuentra a los pies de un elevado sillón en el que está sentado Barabash, el dueño de la barbería alemana que viste un traje muy elegante porque lo han elegido por sorpresa para estar al frente de una importante institución. «Barabash —se queja ella—, ¿acaso no os ayudó mi padre a diseñar la fábrica de acero Magnitostroj en los Urales? ¿Acaso no se negó, a petición vuestra, a dirigir las fábricas de producción de nitrógeno en Horlivka? Además de repetir siempre: “Leningrado es la única ciudad para nosotros”. ¿No podríais ayudarnos ahora?».

Desde que tiene conciencia de sí misma no ha hecho otra cosa en la vida más que negociar: mamá, volveré tarde, ahora no, Kolia, a lo mejor luego, niña, no salgas de la bañera solo con una toalla, Zaichik, ¿dónde has estado? Vuelve a tiempo para la cena.

Ahora está aprendiendo a permanecer en silencio.

Acurrucada entre las sábanas empapadas de sudor y de grasa del pelo, husmea las últimas huellas que Kolia ha dejado tras de sí. Cuando pone mucho empeño en ello, nota que atrapa algo del muchacho, el rastro de la colonia del padre que Kolia solía ponerse, el olor de su pelo. Palpa la cama con los dedos en busca de él y por un instante le parece notar el hueco que el afilado codo del muchacho ha dejado en la sábana, pero enseguida se da cuenta de que aquello no es la huella del cuerpo de él, sino del suyo propio.

Con la imaginación le hace cosquillas en la piel. Es como tocar seda, ¿a que sí?, se ríe la madre sentada muy erguida en el salón mientras los observa a través de las paredes.

¿Estoy haciendo algo que no esté bien?, se asusta Sacha. Pero si no es verdad que Kolia tenga quince años, ¿a que no? Es como dormir con un niño. Si tuviera ocho años, no dirías nada, ¿verdad, mamá?

Por un momento se detienen los motores de la imaginación que le traen esos

recuerdos que tanto le escuecen, y el contacto que ha sentido con ellos se diluye en su cuerpo. Ahí está ahora ella completamente vacía, entre la piel por la que todavía vagan sus dedos y la absoluta ausencia de él. Ese es el momento en el que las garras de la terrible pérdida se le clavan en el cuerpo.

Falta aire. Jadea en la oscuridad intentando respirar. Una inspiración más, y otra. ¿Es cierto eso de que te quieres marchar de aquí?, se planta cara a sí misma. ¿Qué vida puede depararte ya el futuro?

Al final se deshace de sus miedos, lanza la sábana a un lado, se queda ahí acostada desnuda en la fría habitación, respirando profunda y pausadamente, llenándose de vida. Por un momento se permite creer que su conciencia se va a callar, pero al instante vuelve a hacer ruido, mezclando en un torbellino sus noches allí, cosiendo entre sí miles de recuerdos hasta formar una correa. En el archivo que ha creado en su conciencia las noches con él forman ya toda una época.

El lunes fue cuando su padre y su madre recibieron la citación para un nuevo interrogatorio. Se pasaron toda la semana meditando sobre su vida, aunque en realidad, más que meditar, la fueron recogiendo.

Sacha está en la cama. Adivina que fuera cae la noche. También ella medita sobre su vida.

Su padre y Kolia están ocupados. Se encuentran sentados al escritorio y el padre le está dictando una carta para el Consejo Superior de la Cámara de Industria. Es mejor a mano que a máquina. Su padre se sonroja al dedicarle más y más alabanzas al partido, hablar de su fidelidad al mismo y dar mil y un datos de las innovaciones que él ha aportado al Instituto como uno de sus directores.

Vlada está junto a la ventana. Les ha aconsejado que sea Kolia el que escriba la carta porque tiene una letra más redonda, femenina y conmovedora y lo que necesitan en Moscú es que alguien los conmueva un poco. Pero cuando ve lo satisfecho que está Kolia y que engola la voz como un funcionario al que se está haciendo partícipe de un gran secreto, entonces se ofusca.

Junto al armario de los libros la madre clasifica papeles viejos y a Sacha le dice en voz alta que el caso está cerrado y la sentencia firmada, que su padre tendría que haber aceptado la propuesta que en su momento le hicieron de dirigir las fábricas de Horlivka. Sacha se pasma de la sinceridad con la que acepta el veredicto del destino. Puede que su madre crea que a ellos no les va a pasar lo que les ha pasado a otros. Porque ellos no son exactamente como los demás, ¿verdad? Sus circunstancias son tan distintas, porque mucho de lo que ha sucedido aquí no podía haber pasado en otro sitio ni pasarles a otras personas, y es que es impensable que dentro de nada ya no vayan a estar ahí.

Durante la cena su padre exclama alegremente: puede que la carta todavía nos ayude. En los libros sapienciales de los judíos dice: «No hay una brizna de hierba que no tenga su destino escrito en el cielo».

Ahora resulta que se nos ha hecho creyente, sentencia Vlada.

Como si hubiera estado esperando la ocasión, el padre se apresura a explicarles que el fallo del libro de Jost es que ignora al pueblo judío durante el periodo bíblico y salta directamente a la época de los asmoneos.

Cuando terminan de cenar, Sacha se dispone a salir de nuevo.

La madre le dice: ¡No te atrevas! Tu hermano pequeño te está suplicando que te quedes.

Vlada la mira con una mezcla de tranquilidad y satisfacción. Sus sospechas se han confirmado: no se puede esperar nada de una hermana tan imprudente.

No hay situación asfixiante que no tenga su fiesta, dice Sacha bromeando. Sale volando a la calle para sumergirse en el intenso frío reparador. Se resbala en el hielo, se cae y hunde la cara en la nieve. Un instante purificador.

Van a casa de Kostia, el chico de Genia. Kostia ha escapado del ejército y no lo han detenido. Es un verdadero mago. Es un tipo que siempre anda metido en el mercado negro, los locales de baile y los restaurantes caros. Se pasa el día jugando al billar y haciendo mucho dinero de ello, se jacta Genia. También tiene muy buen vino. Sacha y Genia beben, se ríen y bailan en medio de la habitación. Él se les acerca por detrás y las abraza a las dos. Les pellizca las caderas, ellas lo apartan y entonces él les riñe: queridas amiguitas, sed un poco menos individualistas, un poco más participativas, aprended a follar juntitas. Sacha se besa con él. Él se cuela en el espacio que la separa de Genia, se mete debajo del jersey y de la camiseta y le lame el ombligo. Tiene la lengua caliente. Ella se estira y la lengua de él desciende por la pendiente del vientre. Sacha ahoga un suspiro y oye su propia respiración.

El calor ha desaparecido. Ahora ve la cabeza de él moviéndose debajo del jersey de Genia. Sacha se queda en medio de la habitación, abandonada y palpándose el lugar en el que la saliva de él se le está secando en la piel.

Genia le susurra muy bajito que en su opinión Kostia tiene un instinto suicida, o mejor dicho, ganas de morir. A su padre lo han matado, así que es muy posible que él también quiera morir. Como tiene moneda extranjera compra en Torgesen ropa para las mujeres que le gustan. Además ha estado en los clubs más famosos de Moscú: el Metropol, el Natzional y el Savoy, con todos los artistas, los directores de cine y los arquitectos.

Después Kostia dice: ¿Nadezhda Petrovna? Nunca he oído hablar de esa poetisa. La única Nadezhda Petrovna que me interesa vive en Moscú y corta los mejores vestidos de toda Rusia.

Sacha está encantada. Le dice a su amiga: es estupendo que conozcas a gente tan

especial, y Genia se pone muy contenta y le dice al chico que no hable de cosas deprimentes. Después empieza a nombrar a amigos a los que pueden invitar: amigos del instituto, del periódico en el que ella trabaja, del Café Europa. Busca desesperadamente a amigos que puedan compartir con ella la carga, porque resulta peligroso estar en una casa con dos personas que son personas no gratas.

Ahora Sacha se tiende en el sofá al lado del chico de Genia y apoya la cabeza en su vientre. Él se inclina hacia ella, le levanta la barbilla y aproxima la lengua a sus labios mientras la mano se abre paso debajo del vestido. ¿Con cuántos chicos has estado ya?, le pregunta echándole el cálido aliento en la oreja.

Sacha ignora la pregunta. Se ha besado con varios chicos, hasta con Ósip Levayev, pero lo que se dice acostarse, solo con Podolski. El placer se extiende por sus miembros cuando Kostia le desliza la mano entre las piernas y empieza a tocarla con dos dedos. Los hace girar delicadamente y de ella se apodera el deseo de sentir algo más fuerte y potente. Ya lo está dirigiendo para que se le suba encima cuando oyen protestar a Genia. Se quiere ir a casa y no piensa dejarla sola con el chico. Él se levanta y al instante asaltan a Sacha todas las preocupaciones que parecían haberse esfumado durante los últimos minutos.

Junto a la puerta el chico las abraza y les susurra: «Como el triste balbuceo de un amigo al despedirse, como un canto elegiaco, me llama tu murmullo doliente, déjame que te escuche y retenerte intente»<sup>[15]</sup>.

Genia dice que Kostia es demasiado teatral. Después les da un regalo de despedida: pescado salado a Genia y unas chuletas de cerdo ahumadas a Sacha.

Regresa a casa hacia el amanecer. Encuentra a su padre sentado con una caja, ojeando unas cartas.

¿Te lo has pasado bien?

Sí, de lo mejor.

Su madre se enfada: ¿cómo se atreve a salir a divertirse por la noche? ¿Dónde ha dejado la vergüenza? ¿Y el corazón? Y encima su padre la anima.

Sacha se siente conmovida por su padre. Hasta ese momento ha pensado muy poco en que lo va a perder, quizá porque lo ve como algo inevitable, mientras que ahora recuerda cómo un día, después de que ya lo hubieran despedido, llegó a casa hablando maravillas de unas ventanas nuevas que habían puesto en el Instituto, el mismo que lo había rechazado a él. Y es que seguía siendo completamente fiel a cualquier persona o valor que, en su momento, le hubiera cautivado el alma. La idea de lo que fuera, el Instituto o Nadezhda Petrovna, seguía siendo para él tan sagrada como el día en que se sintió hechizado por ella la primera vez.

Su padre añadió esa mañana: no hagas caso de los gritos de mamá, es que sufre mucho. Le corre por las venas el veneno de la envidia de la juventud.

Su padre se vengaba así por un momento de sus propios miedos. Sacha había

creído que si llegaba a pasarles algo, aflorarían en ellos todos los buenos sentimientos como la fidelidad y el amor, mientras que ahora, cuanto más pasaban los días, parecía que el miedo los estaba envenenando y excepto por unos pocos instantes de piedad en los que cada uno se reconocía en los temores del otro, todos estaban sumidos en sus propios miedos y culpaban de ellos a los demás.

Papá, ¿cómo es que estás despierto tan temprano?

Pienso en mi vida.

Sacha oye la sirena de un barco en el Nevá, a los niños de Vera cantando una canción a todo pulmón, con sus vocecitas frescas y ansiosas de vida. A través de las rendijas de la persiana ve pasar volando unas ensortijadas nubes de hollín. Sus rabos se estarán enroscando ya en torno a los pilares de los puentes. Tiene el camisón húmedo y sucio como un harapo. Por el vientre le reptan un dolor turbio, intermitente, puede que de hambre. Traga un poco de saliva amarga y después se humedece con saliva los reseos labios. Duerme despierta, y es precisamente así cuando más se le agolpan los recuerdos.

Sube por una escalera en la que hay pegadas hojas de repollo y peladuras de pepino. El amplio salón de la casa del abuelo está abarrotado de muebles tapizados en un terciopelo descolorido. Cuatro gigantescos espejos se alargan casi hasta el techo, y colgados oblicuamente parecen hacerle una reverenda a la estancia. Devuelven un sinfín de reflejos, luz-sombra-luz, y unas abombadas figuras vueltas del revés. Hasta que un día Vlada rompió uno y el salón perdió toda su magia. Desde la ventana se ven unas estrechas callejuelas en las que se apiñan tiendas de pequeños comerciantes y talleres que huelen a brea, a hojalatero, a zapatero remendón. El abuelo los observa mesándose la barba: todo esto es nuevo, queridos, me han quitado la vista tan bonita que tenía. Desde que los bolcheviques se han apoderado del gobierno aparecen por aquí todas esas ratas disfrazadas de personas para tomar las calles. Muchísimos judíos, dice mirando al padre de Sacha, matones de Vorónezh y de pueblos de analfabetos en los que ni siquiera para el tren. Os lo digo: en estas calles, ahí abajo mismo, no corrió la sangre de héroes y de santos para que ahora vengan a colarse en ellas toda clase de maleantes que acabarán por borrar el recuerdo de nuestro querido San Petersburgo.

Su padre calla. El abuelo lo llama con desprecio «el inteligente» y su padre, por su parte, llama al abuelo «el asesino de la Ojrana».

El abuelo, sin embargo, se siente muy orgulloso de los veinte años que sirvió en la policía secreta del zar. A Sacha le dice: allí tratábamos muy bien a los comunistas inteligentes como tu padre. Por desgracia no los tomábamos en serio.

En el momento de la despedida el abuelo siempre le revuelve el pelo a Vlada, el

pionero entusiasta, y les dice a todos lo inocente que es ese chico por creer en todas las leyendas bolcheviques que su padre, los profesores del instituto y los periódicos le cuentan: niños, que Dios os asista si escucháis a vuestro padre, porque acabaréis todos como los mierdas del Naródnaya Volya<sup>[16]</sup>.

Una vez, cuando bajaron a la calle, el padre había murmurado entre dientes: cuando veo estos desechos humanos de la Ojrana empiezan a gustarme nuestros chequistas de Leningrado.

Maksim Podolski y ella pasean por la calle en una noche de verano. Es tarde, la una de la madrugada. Fuera se está muy bien, sopla una suave brisa y Sacha lleva los brazos desnudos. Maksim le cuenta que ha oído decir a su padre que oyó a alguien del aparato decir que tras la muerte de Kírov en Moscú han decidido ocuparse de Leningrado —eterno feudo de la fanfarronería, de la rebelión y de la oposición al régimen— con mano dura.

Maksim la abraza: nos esperan días muy duros. Sacha.

Sacha se sacude las sábanas de encima. Se levanta una polvareda que amenaza con metérsele en los ojos. Los cierra con fuerza, pero demasiado tarde, porque ya le lloran. Sueña que uno de los vecinos de los muchos que se agolpan en su dormitorio lleva una lámpara en la mano. Con la potente luz deja al descubierto sobre el cuerpo de ella una capa de polvo y hollín.

Es imposible quitarlo, gritan, todo el polvo y el hollín de Leningrado ha ido a pegársete a ti. Habrá que raspártelo, lamentamos decirte, pero no tenemos aquí los utensilios adecuados.

¿Y no los podéis comprar?, les suplica ella. Abajo hay tiendas. Mi madre os devolverá el dinero.

La lámpara sigue dando luz, pero las imágenes del sueño han desaparecido. Las voces todavía se oyen, pero más apagadas, como si el sueño hubiera emprendido viaje alejándose de la estación y no quedaran ya más que sus restos.

La última cena. La madre está tomando café y licor Benedictine mientras imita al interrogador Reznikov: mira, camarada Weissberg, grazna, a veces sucede en la vida privada que la persona traiciona a su mejor amigo. Las razones para que eso pase son muchas. Es posible que sea cierto que no eres enemigo del pueblo, sino que has estado en contacto con verdaderos enemigos del pueblo que han influido en ti. Los gemelos se ríen mientras clavan los tenedores en las chuletas de cerdo. Si la persona reconoce sus faltas, su amigo podrá sin duda alguna perdonarlo, y su relación será todavía mejor de lo que era antes. Pero para eso hay que hacer una confesión



completa... Quédate en casa unos días y medita sobre tu vida.

Pasa una hora. El padre y los gemelos están jugando a las adivinanzas: papá pregunta a qué temperatura se funden todo tipo de cosas, y los gemelos intentan adivinarlo. Sacha se está vistiendo en su habitación. Mientras, presta atención a las voces de los que juegan y nota que están revestidas de una indiferencia que las desliga de los últimos acontecimientos. Pero ahora no tiene tiempo para ponerse triste, porque a nadie se le ocurre ponerse a llorar cuando va a maquillarse.

En el jardín de Varlamov es verano. Nadezhda recita unas frases de un artículo que quizá escriba como respuesta al libro de Ostrovski: *Así se templó el acero*. ¿Que cómo se templó, me preguntáis? Os lo diré: pues con océanos de esa asquerosa literatura sobre las fábricas, la mayor basura que se haya escrito desde los diarios de Genghis Khan y que ha arrastrado a la literatura rusa hasta dejarla a la altura del betún. Los monos tienen hoy una cultura más avanzada que la nuestra. Rusia está llena de libros, de argumentaciones, de artículos. Se verdaderos mosquitos disfrazados de escritores que no hacen más que vociferar ejecutad a los traidores, aniquilad a los perros. Pero ¿qué es nuestra nueva historia? Una gran mentira. En los libros escriben: «Stalin ejecutó las órdenes de Lenin y guio las huestes bolcheviques», «Stalin en la guerra contra los blancos en Zarizin, en Rostov», «Stalin derrotó a Denikin», Stalin por todos lados. Tendremos que reconstruir la cultura rusa.

Silencio. Solo se oye el chupeteo de los huesos de las cerezas que están comiendo. Varlamov tose, Nadezhda mira hacia uno y otro lado ansiando una respuesta, buscando el afecto de los que la escuchan. ¿Khan no escribió unos diarios, acaso?, tartajea. Sí, la verdad es que la historia es tan aburrida. Y enseguida pasa a hablar del insomnio de los petersburgueses: aquí todo el mundo padece insomnio — los coches negros, las claras noches, las sirenas de los barcos, el humo y el hollín de las chimeneas, demasiadas fábricas—. Ahora todos participan de la conversación y añaden con gusto sus propios ejemplos: el polvo del verano y de las primeras lluvias, el viento del otoño que le traspasa a uno los huesos y que te hace sentir como en el interior de un maldito torbellino. De nuevo Nadezhda: y cuando el sueño finalmente desciende sobre ti, entonces a soñar con Europa —París, Roma, Berlín— hasta que al despertarte recibes el latigazo de la resignación: tu destino está aquí.

Atardecer. Vlada está picando un pepino. También ha conseguido pan y fiambre.

¡No esperéis que mamá y papá vayan a volver pronto!, exclama. Les van a caer unos cuantos años en el gulag. Los sabotajes contra el Instituto han sido todavía peores de lo que los planeó Piatakov, seguramente porque los fascistas han estado implicados. Hace tiempo que digo que el pacto entre los traidores y los infiltrados fascistas nos llevará varios años hacia atrás.

Nadie contesta.

Está más que claro que papá no ha tenido nada que ver en eso, dice ahora Vlada intentando agradecer después de haber sembrado cizaña, como es su costumbre. Lo que le ha pasado a papá es que se ha visto atrapado entre dos fuegos. Seguro que algún mierda ha estado contando mentiras sobre él.

Nadie contesta.

Es muy raro que todavía no nos hayan registrado la casa, prosigue Vlada mirando a Sacha con recelo. Cuando detienen a alguien, siempre registran la casa, aunque sea unos días más tarde. Debe de haber alguien, allí, que nos protege. Aunque la verdad es que aquí en casa no hay nada, lo he comprobado. Papá y mamá han tenido tiempo más que suficiente para prepararse. Si hasta tiraron el libro de Balmont.

Kolia se encuentra sentado al lado de su hermana, que está agotada de tanto consolarlo. Se ha pasado el día abrazada a él.

Son las cuatro-seis-ocho, las diez.

Sus padres no han regresado del interrogatorio. Sacha se aferra a la esperanza de que Podolski le pueda dar alguna noticia sobre su paradero, pero hace ya dos semanas que no está. Por la noche, a Sacha se le viene a la mente su cráneo rodando por encima de la barandilla de uno de los puentes del Nevá.

Sacha repasa todos los segundos y los minutos que han precedido la cena y los que la han seguido hasta la hora de acostarse. Si Kolia no se queda dormido de inmediato, se va a volver loca. Siente miedo al pensar que a la mañana siguiente volverá a desmenuzarse un largo día lleno de tantísimas horas, minutos y segundos. Cada instante se le presenta como una trampa que hay que sortear con mucho tiento, solo para tropezar con otra.

Un portazo. Sacha se despierta. Es tarde por la noche. La certeza de que no están acostados en su dormitorio repta hacia ella. Es la cuarta noche sin papá y mamá. Ahora ya se resigna a pensar que su pérdida la va a perseguir con cada despertar y que no habrá tregua. Por lo menos está cómoda, sola en la cama. Pero sí hay una silueta junto a la puerta.

La casa de Brodski ha ardido. Serioja y yo les hemos estado ayudando a apagar el fuego.

¿Se ha quemado toda entera?

Ha sido un incendio muy grande. El tono de voz de Vlada es tenue y dulce. Parece que ha sido por unas velas, ya sabes lo distraído que es, todo el día entre libros.

¿Y él está bien?

Temblando como un conejo, pero bien. Le he dicho que dentro de poco nuestra casa quedará libre, que se venga. Le he dicho que entendemos lo duro que tiene que ser vivir en un piso con dos parejas más y que si finalmente perdemos la casa, por lo

menos nos consolará saber que está en manos de un amigo tan bueno como él.

La última mañana. Vlada inventa unas exageradísimas historias sobre el incendio en casa de Brodski, sobre el humo que tapaba las estrellas y la luna. Ella le prepara a Kolia unas gachas y a Vlada un bocadillo de mermelada. ¿Cómo es posible que esté tan serena? Seguramente es porque cree que si alguien quisiera llevarse a los gemelos, antes tendría que haber llegado una orden oficial.

Las cinco de la tarde. No han vuelto. Corre al colegio.

El director la recibe en el pasillo poniendo mucho empeño en que varios profesores sean testigos de la conversación. Dice que fuera los estaban esperando dos hombres del NKVD con una orden de arresto y que los han metido en un coche. No han dicho adonde se los llevaban, pero él supone que, como en los demás casos, los habrán trasladado a una institución para chicos de padres detenidos. No duda de que todo se arreglará y acabará bien, pero de momento no podían dejar a unos chicos sin la protección de unos adultos responsables.

Puede que dijera gracias, señor director.

Al cabo de unas horas se despertó en la cama.

¿Cuántos días lleva ahí? Estira los músculos y sopesa si levantarse, pero al instante nota que los miembros parecen emitir un suspiro de queja: ¿ahora te da por moverte? Se queda en la cama. ¿Cuántos días llevará ya así? Una noche y una mañana, otra noche y otra mañana, y puede que dos días enteros más. Oye pasos y enseguida los reconoce: son los pasos de él. La luz del pasillo se enciende. Quiere levantarse, pero no se puede mover. Sigue con la cabeza en la almohada y mira hacia la puerta. Ahí está él, llenando todo el espacio del umbral y tapando la luz que tiene detrás. Sacha alza la mirada con la intención de abarcarlo por completo, pero imposible.

Los hombros de él parecen sostenerle la cabeza como dos gigantescos ladrillos. El pelo se le enreda en las telarañas que cuelgan del techo. Es un gigante. Avanza resuelto hacia ella, devorando el pequeño espacio del dormitorio. ¡Tú! Sacha quiere gritar. ¡Maksim Adamovich Podolski, te conozco, deja de aparentar ser tan distinto a ti mismo! Cierra los ojos, y cuando los vuelve a abrir lo ve inclinado sobre ella.

—¿Por fin os habéis acordado de venir a registrar la casa? —le pregunta. Los labios le escuecen al moverlos y la voz le sale muy ronca.

—¿Te acuerdas de la obra que vimos a final de quinto? —dice él, en un tono emocionado, como si llevara mucho tiempo esperando ese momento.

A Sacha la embarga de pronto una gran alegría. Si hubiera ido allí para comunicarle que sus padres han muerto, no le estaría hablando de ninguna obra de teatro ni le pondría ningún acertijo.

Se siente más fuerte. No se acuerda. Quiere decirle, tú y yo nos pasamos el día

barriendo recuerdos y haciendo montoncitos de ellos, y el solo hecho de llevarlos de aquí para allá con el viento ya es recordar.

Él se sienta en la cama. En la mano derecha lleva una taza. Sumerge los dedos en el agua y le humedece los labios con delicadeza. Después le sostiene la espalda y le da de beber: un traguito, pausa, un traguito más, otra pausa.

—Ismene tenía razón —dice él con una gran serenidad—, es de necios ir más allá de las posibilidades de uno. Resulta imposible oponerse a la voluntad del pueblo.

De su cuerpo emana la ciudad entera: pan reciente, aceite de fritura, alquitrán, la salinidad del aire, el sudor de la calle llena de gente, un abrigo de cuero mojado. La asalta un hambre espantosa. Se imagina una rebanada de pan con grasa de ganso y los *piroshki* de casa de su abuela.

—Y tú. Sacha, solo tienes dos salidas: morir o ser otra persona.

## **Segunda parte**

### **El hombre artificial**

## *Leningrado, otoño de 1939*

Despertar respirando como otra persona. Lo oye susurrar tejiendo sueños. Hace tiempo estaba dispuesta a pasarse la noche en vela solo por abrir una ventana hacia esos sueños. En las noches de junio compartidas, con los dieciséis años que tienen, desciende desde el cielo una luz deslumbrante que pinta de blanco los puentes de piedra para diluirse finalmente en las aguas del río. Es medianoche y están rodeados de la rara sensación de una ciudad que no duerme, sino que se desvanece. Se acuestan en un parque, debajo de los puentes y hasta en las azoteas de los edificios, contándose una y otra vez los mismos secretos, mintiendo al decir que no los habían oído, adivinando de qué ventana va a asomar una cara sorprendida por el cruel golpe de la luz. A veces unos pocos besos, porque antes de que les dé tiempo a nada, él ya se ha quedado dormido. Es del tipo de persona que en cuanto se tiende, sin que importe dónde, al instante se queda dormido. Se oculta en los laberintos del sueño y ella, entonces, le pellizca el brazo, le susurra palabras, intenta adivinar sus sueños. Una muchacha enamorada de los misterios que encierra el dormir, enamorada de la imaginación de él que vuela ya hacia mundos lejanos mientras su cuerpo se pega al de ella atraído por su calidez. ¿Eres tu cuerpo?, se preguntaba ella para sus adentros.

Ahora él suspira, y la mano derecha se abre camino por debajo de la espalda de ella hasta enlazarse a su otra mano que reposa sobre el vientre de ella. Sacha nunca ha entendido cómo incluso durmiendo consigue llevar la mano hasta ahí, aun cuando ella opone resistencia apretando la espalda contra el colchón y él se ve obligado a insistir. Ese juego siempre la divertía: resultaba agradable ver a alguien mostrar tal determinación incluso dormido.

De esa maniobra siempre salía victorioso él. La rodeaba con los brazos, pegaba el vientre a las caderas de ella y los labios a su cuello. Así la mantenía, atrapada entre sus miembros. Incluso en invierno solía dormir medio desnudo, y esa desnudez parecía exigir de ella que lo protegiera contra el frío. A veces ella se apartaba de él y se quedaba esperando a que lo asaltaran los escalofríos para tocarle los pequeños bultitos de la piel de gallina y solazarse al verlo pasar frío. Porque en ocasiones hacía tantísimo frío que le parecía que las paredes que los protegían habían desaparecido y

que la casa no tenía más límite que los oscuros árboles que se balanceaban por la noche salvajemente sacudiéndose de encima el enorme peso de la nieve.

Qué simple y fácil es la relación con un cuerpo dormido, piensa Sacha. Puede borrar las huellas de tus actos como si estos no hubieran tenido lugar. De niña soñaba que vagaba por un mundo que dormía y en el que ella nombraba reyes a los mendigos, derrocaba a los condes, hería al malvado jardinero, aunque sabía que tenía que devolverlo todo a su estado anterior antes de que despertaran. Le contó el sueño a Nadia y esta le respondió furiosa: «Niña, pero ¿ni siquiera en sueños eres capaz de ir contra el orden establecido?».

Todas las mañanas, con la primera luz, la asalta una sensación de extrañeza. La progresiva claridad de la habitación le parece que atenta contra ella. Aunque se disfraza de dueña de la casa, porque hasta los muebles han sido colocados a gusto de ella, sus ojos siguen buscando evidencias del hogar perdido. Por lo menos dos veces a la semana se despierta por la noche con una angustia que le impide respirar y entonces se levanta y vaga por el piso, a tientas, en vano, por el conocido pasillo, por el salón, hasta el sofá que está pegado a la ventana, y finalmente se detiene ante el espejo que ya no está. Después comprende que no es Kolia el que está acostado en la cama de ella, en el salón, entre las dos estanterías repletas de libros, y que el piano negro al que se le estaba pelando la pintura de las patas tampoco está ya. Sus delirios la arrastran de pérdida en pérdida, y la casa en la que ha vivido desde el día en que nació hasta el último invierno se llena de vida y late en ella. Al principio lucha contra ello, intenta oponer resistencia con su cuerpo, toca los muebles que hay en su nueva casa, pero poco a poco se va dejando tentar por ese viaje, se regodea en él, porque todo lo que le queda es la pérdida. ¿Qué sería de ella sin eso?

Los minutos pasaban y el dormitorio en el que estaban cada vez tenía más luz. El primer objeto que asomó entre las sombras fue el cuadro colgado de la pared, frente a la cama: «La plaza de la ejecución la mañana en la que la Guardia Personal del zar fue fusilada». A los dos les gustaba ya desde los tiempos del instituto. Una vez a la semana jugaban los de la clase de Maksim a las ejecuciones de la Plaza Roja y amontonaban unas cuantas vigas de madera viejas para que se viera como la tarima elevada del cuadro. Podolski hacía en ocasiones de juez y otras veces de verdugo. El juez leía en voz alta el acta de acusación mientras el resto jaleaba con gritos de apoyo la sentencia. Entre tanto se juntaban alrededor de ellos ocho o diez apretados corros de niños. A las chicas no les dejaban estar en los círculos más próximos a la representación, excepto a ella, claro está. Dos chicos sujetaban con fuerza al tembloroso niño al que le hubiera tocado el turno de ser la víctima, y el verdugo le ponía la soga alrededor del cuello hasta que el pequeño empezaba a toser. Aquella reproducción era la primera compra que habían hecho juntos. Se rieron mientras lo colgaban, y también se rieron cuando pegaron en la puerta del váter (por un solo día)

una caricatura que Podolski había encontrado en uno de los registros que había hecho en la guarida de un alborotador: Stalin y su séquito patinando a sus anchas sobre una pista de hielo sembrada de cadáveres congelados. Los dos se veían como personas con mucho humor, y por lo general solían reírse de los mismos viejos chistes de los días de Yezhov: Un elefante llega jadeando al puesto fronterizo y les dice a los guardias, «Tengo que marcharme de aquí». «¿Por qué?», preguntan ellos sorprendidos. «Venga, dejadme pasar ya, ¿no os habéis enterado de que el NKVD está haciendo una purga de ovejas en Rusia?». «Pero si tú eres un elefante». «Pues a ver quién consigue hacérselo entender a Yezhov».

¿Cómo llega la aurora a la ventana de Sacha? Al principio a hurtadillas, trepando perezosamente por las paredes, y de pronto, de golpe, engulle la noche. Entonces Maksim se despierta. Bosteza, y su blanca lengua asoma por la boca como la de un perro, al tiempo que se despereza echando los brazos hacia atrás e hinchando el pecho. Ella corre al samovar que hay en la cocina para poner a hervir agua, se sienta a la mesa de madera pintada de un alegre color naranja y junto a la que hay otra silla. Oye borbotear el agua en el plateado samovar «regalo de boda para la joven pareja» que han recibido de Stepan Kristoforovich y de los empleados de la Segunda Sección. Enseguida se oirá el pitido y las cuatro patas empezarán a temblar. A veces avanza a saltitos casi un palmo hasta que el agua arranca a hervir. Se levanta, prepara el té, lo sirve en dos tazas y se vuelve a sentar. En el dormitorio se oyen unos pasos descalzos, después ruido de agua corriendo y el susurro de la navaja al pasar por la piel, un sonido que siempre le produce un escalofrío en la espalda, y al cabo de unos minutos los pasos de unos zapatos. Ella se toma el té a pequeños sorbos con la mirada fija en el pasillo. Ahí está ya su marido, lavado, vestido y perfumado, sentándose con naturalidad en la silla que ella tiene al lado y con una picara e intencionada sonrisa en los labios. A Sacha hasta le parece, a veces, que incluso las rubicundas patillas de él son como unos labios sonrientes.

—Buenos días, cariño —exclama él.

A Maksim le gusta la mañana y siempre se levanta listo para comerse el mundo. Es solo después, cuando las horas que van pasando le consumen las fuerzas y se da cuenta de que el nuevo día nunca se comporta de acuerdo a sus expectativas, cuando termina por arrastrarse hacia casa al atardecer cansado y pensativo. ¿Y ella? A ella la mañana, precisamente, le da miedo, porque tiene la certeza de que no va a poder salir con bien de las horas que tiene por delante. Necesita por lo menos una hora de silencio para despertarse del todo al nuevo día. Pasadas unas horas, sin embargo, sus temores se prueban como falsos; entonces se siente fuerte y al caer la tarde le apetece ponerse elegante con su mejor vestido y salir a pasear a la calle con Maksim del brazo para atraer miradas de admiración, porque siempre oye que alguien comenta: qué pareja tan joven, se les ve tan inocentes y tan guapos.

Su marido se mete en la boca un terrón de azúcar y lo chupa. A veces el primer ruido que le taladra el oído por la mañana es ese de él comiéndose el terrón. La



primera semana que pasaron en el piso nuevo Sacha encendía la radio cuando él mordía y chupeteaba el terrón. Una mañana el locutor citó una frase de un discurso de Stalin de 1935: «La vida ahora es mejor, camaradas, la vida es ahora más alegre». Resultó muy extraño, pero esas palabras produjeron en ella una gran tristeza. A continuación decidió acostumbrarse a lo del terrón.

Él la mira y da un sonoro sorbo al té. De su estiloso bigote —producto de dos meses— resbalan unas gotitas. Esa es la señal que ella espera para marcharse al cuarto de baño y darse una ducha fría. Después se pone una de sus raídas faldas, una blusa amarillenta abotonada y se recoge el pelo en una trenza. No se maquilla, excepto por un suave toque de carmín en los labios.

—Camarada Weissberg, no debe usted acudir demasiado guapa al trabajo —le había ordenado Stepan Kristoforovich, el jefe de su sección.

Ya son las nueve y cuarto. En la calle se oyen cuatro bocinazos muy rítmicos.

—Esta mañana suena muy fuerte la bocina, Stepan Kristoforovich... —exclama Maksim, el único en la oficina que se empeña en seguirlo llamando por su propio nombre y por el patronímico. Todas las mañanas esos bocinazos le ensombrecen el semblante porque son la primera prueba de que el día que comienza no va a ser distinto de los anteriores.

—Y yo todavía sin estar lista —dice Sacha y corre al dormitorio a por su bolso, unos archivadores y ya está en la puerta.

Baja corriendo las escaleras, saludando con la mano a un niño que está allí sentado con aspecto solemne y enfadado. Lleva un paquete atado con unas cintas de colores.

—¿Un regalo para la profesora? —le pregunta Sacha.

Pero él no responde. Un niño así lo que merece es una buena azotaina.

El coche negro la está esperando en el extremo del túnel que comunica la casa con la calle. Todas las mañanas, cuando aparca allí, los habitantes del edificio tienen que apañárselas para salir de casa por el estrecho paso que queda entre el coche y el muro. Ni que decir tiene que nadie protesta. Sacha siempre se pregunta si Styopa<sup>[17]</sup> no los verá.

—Buenos días a la editora jefa de la editorial del NKVD en Leningrado —exclama el jefe muy risueño. Esa es su frase fija de todos los días.

Ahora le toca a ella responder, como en una orquesta:

—Las mejores historias de la vida que nunca verán la luz —declama Sacha.

Una sonrisa de satisfacción se dibuja en los labios de Styopa. Incluso después de cuatro meses sigue sorprendiéndose de la agudeza que le ha proporcionado a Sacha ese empleo que no es oficial.

Desde la ventana de su piso en la cuarta planta Maksim observa el coche. Esa costumbre nueva de que sea el director de la sección el que recoja a Sacha por las mañanas no le gusta nada. Con los superiores hay que mantener la distancia, porque de lo contrario se intima con ellos, y como los amigos terminan siempre por pelearse,

todo ese asunto les puede traer problemas innecesarios. Aunque los dos tenían claro que no era esa la cuestión. Maksim Podolski, el hombre que la trajo del mundo de los muertos, en palabras de él, se había visto obligado a tener un nuevo patrón, que encima era el director de la sección y que cada vez que se encontraban le daba unas amistosísimas palmaditas en el hombro y declaraba en tono de burla: «Joven camarada Podolski, ahí arriba están muy satisfechos de su trabajo».

—Camarada Weissberg, pareces muy cansada —dijo Styopa—, ¿has tenido una dura noche? —añadió guiñándole el ojo.

—Estoy perfectamente bien, camarada Merkulov —respondió Aleksandra.

—Estupendo —dijo Styopa arrellanándose en el asiento—, entonces escucha una historia muy graciosa: Reznikov me telefona ayer y me dice: «¿Es usted Punin? Al habla el NKVD. Le ruego que se persone en nuestras oficinas mañana a las once de la mañana en el despacho 229. El permiso lo tendrá usted en la puerta de entrada». Y yo le digo con la voz tartajosa y suplicante de los desgraciados que de pronto comprenden que estamos tras sus pasos: «Señor, camarada NKVD, soy un ciudadano decente y fiel, nunca he hecho nada, soy honesto y fiel... Además, mañana se me casa mi hija Natalia». Y nuestro querido Reznikov me grita enfurecido: «Ya se verá lo fiel que es usted. Por mí como si mañana entierran a su madre dos veces». Y me cuelga. Después llamo a Reznikov y le digo: «Al habla el director de la sección. Primero, tendría usted que aprender a hablarles más educadamente a los ciudadanos». Entonces él comprende que por error me ha telefoneado a mí y se pone a jadear como un perro persiguiendo un tren. «Segundo», le pregunto, «¿ese tal Punin tiene alguna hija?». Él se queda callado un momento y después tartamudea: «Sí, dos». «¿Y sus nombres?». «Eva y Elena». «Entonces ¿no tiene una hija que se llame Natalia? Le paso el que se haya usted confundido con los nombres de las chicas, camarada Reznikov, pero el NKVD no habla. De acuerdo con los procedimientos, usted debería haberse identificado, porque no queremos que los ciudadanos nos vean como algo inhumano. ¡Y enterrar dos veces a la madre de Punin, que todavía no ha reconocido nada!».

Styopa se echó a reír mientras golpeaba el asiento con la mano. El chófer también dio un resoplido de risa. Sacha miró a Styopa con gratitud y notó un agradable calor en el cuerpo por el hecho de que Reznikov hubiera sido humillado.

Todas las mañanas el director de la sección dejaba caer sobre ellos una lluvia de divertidas anécdotas por este o aquel otro error del aparato administrativo, sobre todo en cuestiones referentes a cartas, protocolos, órdenes o llamadas telefónicas que llegaban al destinatario equivocado. Siempre se trataba de casos sin importancia que les sucedían a sus subordinados. Pero cuando se cometía un error en el que estaban implicados altos mandos, Styopa se paseaba por los despachos de la sección con un montón de papeles arrugados en la mano y maldiciendo en voz baja.

Stepan Kristoforovich era un hombre sorprendentemente fornido y ágil aunque la cara siempre rojiza le daba un aspecto enfermizo. Por lo general era amable y

sonriente, por lo que a la gente le gustaba estar en su compañía para compartir chistes y chismorreos, aunque había también quienes no sabían entenderlo. Si empezaba, por ejemplo, a pasarse la mano por la camisa o a hablar del mobiliario de la estancia, era señal de que había perdido el interés por uno y que lo mejor era alejarse de él. A las personas que no captaban la indirecta, les guardaba un rencor que podía durar meses, hasta que se la pagaban. Y es que no había nada en el mundo de Stepan Kristoforovich que pudiera alterarse, y por eso nunca fue capaz de atender las quejas o peticiones de sus empleados o de resolver las desavenencias entre ellos, cuando se daban. Su mayor cualidad, en su opinión, consistía en saber manejar el tiempo, en moldearlo en función de sus necesidades, en sentir las ventajas que podía extraer de él, y sobre todo entender que su curva de aprovechamiento era variable: subía, después bajaba, y así siempre sabía cuál era el momento oportuno para actuar.

—Y a ti, camarada Weissberg —le había dicho en más de una ocasión—, lamentándolo muchísimo, resulta imposible enseñarte. Es la Santísima Trinidad: una intuición, dos principios inalterables en los que uno cree siempre, y tres amigos que jamás lo delatarían a uno.

En el despacho decían que era la persona más fiel del mundo con los que lo seguían, y también uno de los mayores y más grandes mentirosos de la historia de la Bolshoi Dom; que era capaz de liar a tu madre hasta hacerla jurar que era virgen.

Junto al coche revoloteaban montones de hojas amarillas, rojas y marrones en todos sus matices y se arremolinaban como enjambres de abejas. Cuánto les había gustado, a ella y a los gemelos, ir a finales de octubre al Jardín de Verano, Kolia enfundado en un sinfín de prendas y Vlada con su abrigo de oficial. Allí, rodeados de árboles, sin gente, sin casas, sin cielo, llegaba de repente una fría ráfaga de viento que arrancaba las hojas de las ramas, y entonces los tres abrían los brazos para recibir las hojas que volaban hacia ellos. Qué hermoso era oír el mundo oculto entre las nubes de hojarasca. A veces una hoja mustia se pegaba en la cara y costaba quitársela. Kolia decía que a él esas hojas le daban el mismo miedo que los dedos de un esqueleto, y entonces se ponían a correr como locos para huir del parque volando hacia el puente con las hojas-esqueleto persiguiéndolos, y en lo alto las golondrinas, tan asustadas como ellos por el ataque de las hojas. Vlada y ella corrían muy deprisa y Kolia se iba quedando atrás. Vlada, en ese momento, la miraba de soslayo como queriéndole decir, ¿lo ves?, nosotros dos, tú y yo, nos parecemos, el que es diferente es él, y entonces se dejaba vencer por la tentación de darse la vuelta y gritar, venga ya de una vez, corre, más que llorica, para después volverla a mirar a ella y darse cuenta de que aquellos gritos lo habían distanciado de ella, que no tendría que haber gritado, porque dentro de un momento ella se detendría para esperar a Kolia mientras las golondrinas seguirían su camino y el remolino de hojas quedaría atrás: fin del juego.

El coche viró hacia Liteini Prospect y Styopa se dio unas palmaditas en el estómago

que durante los últimos meses había aumentado de volumen, maldijo la carne que su mujer le ponía por la noche y miró hacia fuera con aburrimiento. El chófer dijo algo y enseguida detuvo el coche frente al edificio que tenía la primera planta construida como una muralla fortificada de color rojo. Las inmensas puertas que había entre las columnas de granito ya no la impresionaban, sino que ahora le parecían el decorado de una obra de teatro. Un guarda uniformado los saludó y abrió el pesado portón de la izquierda. Pasaron el vestíbulo adornado con dos columnas recubiertas de mármol negro, exactamente igual al que había en todos los pisos, y en cuya pared derecha aleteaban proclamas, anuncios y avisos a los empleados. Styopa subió las escaleras saltando, con la espalda encorvada y los brazos balanceándosele por el aire, y ella detrás. Del despacho de él brotaba una luz blanca. Tenía una ventana frente a la puerta, en el centro una amplia mesa cubierta con un mantel multicolor de pájaros y mariposas, otra puerta más, en la pared occidental, y junto a ella un armario grande de madera seguido de otro y, entre la ventana y la pared, un tercero.

—Reznikov quiere pintar los armarios de rojo —soltó Styopa, y le dijo a Sacha que se marchara a su puesto.

Sacha había vuelto a perder la oportunidad de preguntarle si había podido averiguar la razón por la que su cuarta carta al Obkom<sup>[18]</sup> tampoco había obtenido respuesta. La última vez que le preguntó por los gemelos, él le contestó muy serio que estaban intentando averiguarlo. Quedaba claro que prefería que no le volviera a hablar del asunto. Por otro lado, hacía poco que Sacha había oído decir, ni más ni menos que a Reznikov, que a los gemelos los habían llevado a un campo de trabajo en el norte, mientras que Maksim sostenía que en Moscú existía un orfanato en el que se encontraban todos los niños de Leningrado cuyos padres hubieran sido detenidos. Sacha no creía a ninguno de los dos.

Styopa la había observado con detenimiento y de sus ojos había desaparecido esa especie de admiración por ella que tanto la tranquilizaba mañana tras mañana. Fijó la mirada en la ventana. ¿Lo habría decepcionado en algo? Repasó mentalmente los acontecimientos de las últimas semanas. Todo se parecía demasiado. No contaba con el maravilloso don que sí tenían los hombres —Maksim, Reznikov o Styopa—, para reflotar los detalles más pequeños del mar de casos y sucesos. Si ella decía D, ellos enseguida respondían: «Dubnov, 1934: pretendió engañar a la opinión pública en lo referente a los logros de la colectivización; el profesor Dubrovin, 1936: incitó a los estudiantes, inspirado por el Centro de Unión; Dybenko, 1937: conspiró con los japoneses por el dominio del Lejano Oriente, espía de Inglaterra y traspaso de oro a miembros de la oposición. Dybenko era un hombre muy ocupado...».

—Styopa, ¿va todo bien? —preguntó Sacha sin poderse contener, mientras todavía se dirigía hacia la puerta.

—Todo en orden, Weissberg —respondió él en un tono de oficialidad y se sentó en su silla.

Con mucha parsimonia puso un codo sobre la mesa y con la otra mano sacó un

fajo de papeles del cajón. Sacha miró la pared que Styopa tenía detrás: el brillo plateado de una espada de caballero resplandecía en la pared a lo ancho y junto a ella había dos espadas oxidadas y un casco viejo que había llevado uno de sus parientes en la guerra contra el Ejército Blanco. Por encima de las espadas se alzaban las fotografías de Stalin y un hermoso retrato de Serguéi Kírov. A ella también le gustaba. En las marchas del movimiento pionero siempre se había empeñado en llevar su foto. Recordaba perfectamente el gesto: de puntillas, estirando los brazos hasta que le dolían, agitaba el retrato de Kírov todo lo alto que podía.

Sacha salió al amplio corredor cuyas grises paredes estaban cubiertas con placas de madera, y a través de la ventana vio el turbulento Nevá y las pequeñas olas que lamían las orillas del río. A lo lejos, entre las nubes, asomaba dorado un extremo de la Fortaleza. En la calle, como de costumbre, había muy poca gente, cosa que a ella siempre le chocaba. Era como si a las personas las hubieran esparcido por la ciudad como unas hormigas enanas, por los gigantescos puentes, entre los magníficos edificios, las estatuas que se alzaban por todas partes y los carteles que ondeaban en un sinfín de ventanas. El abuelo había dicho en una ocasión que la ciudad era el resultado de una delirante fantasía que le había sido impuesta a los pantanos por medio de esclavos, y que todo funcionario rico que se preciara había sido obligado a vivir allí o por lo menos a comprarse una casa. «No es una ciudad construida para los rusos —dijo—, sino en homenaje a sus sueños». La única vez que Sacha había estado en Moscú, lo primero que le había llamado la atención fue la marea humana que llenaba las calles, mientras que aquí el ojo se veía atraído por los ornamentados palacios, los puentes y las cúpulas doradas.

Miró el reloj. Ya eran las diez y se le habían amontonado en la mesa por lo menos diez carpetas de protocolos, y eso que había planeado que hacia última hora de la tarde hablaría con Styopa sobre las últimas noticias y sería merecedora de sus alabanzas por el trabajo bien hecho, momento que pensaba aprovechar para preguntarle si no podría comentarles su caso a sus amigos del Obkom. No para hablarles a favor de los gemelos, sino solo para averiguar dónde los habían metido. Porque entre tanto el tiempo pasaba y nada se movía al respecto. A veces todavía se permitía soñar, dejándose llevar por la costumbre, y evitaba la responsabilidad y el deber tras una nube de indiferencia, haciéndose pasar por una chica que cree que las cosas que ama no se encuentran limitadas por el tiempo.

Ya en su despacho acarició la carpeta que estaba en lo alto del montón. Todas las mañanas, al ver la pila de expedientes, la asaltaba una especie de debilidad y tenía la sensación de que su cerebro no estaba preparado para asumir tal cantidad de trabajo: cientos de historias de vidas y, en cada una de ellas, un sinfín de detalles. Una sensación conocida, como la que experimentó el primer día que se vio ante la biblioteca de sus padres, aterrada ante los cientos de tramas, personajes y sucesos que

debería retener en la memoria. Cuando creció, refrenó ese horror a la abundancia, aunque en ocasiones, ahora ya pocas, todavía le costaba dominarse. En el fondo, sabía que aquel trabajo no iba a hacerlo nadie mejor que ella.

Los protocolos habían sido su única lectura de los últimos meses. Se pasaba las mañanas y las tardes leyendo la documentación sobre los interrogatorios de los jueces a los acusados. El acusado terminaba siempre por firmar los protocolos, que por lo general eran espantosamente confusos y estaban llenos de las acusaciones más peregrinas: cosmopolitismo, provocación deliberada, pertenencia a una red de espionaje occidental, atentado intencionado contra la industria. En el cuartel general de Leningrado, además, tenían especial predilección por la acusación de fidelidad al Centro de Unión de Trotski y Zinoviev.

Solo que los acusados, pasadas dos páginas, se desdecían. Describían con pelos y señales lugares en los que nunca habían estado y a personas que jamás habían conocido, además de confundir sucesos que ni siquiera habían sucedido en el mismo decenio. No hacía mucho que Stepan Kristoforovich había recibido una carta de advertencia de Moscú: de ciento cincuenta confesiones que su sección les había enviado, habían descubierto, en una inspección aleatoria, treinta y dos casos con fallos serios. El más grave de ellos y a causa del cual habían sido amonestados, en palabras de Styopa, apareció en la confesión de un tipo, un tal Goltzman, en la que el acusado decía haberse visto en el año 1932 con un agente de Trotski en el hotel Bristol de Copenhague, y que ese agente le había ordenado cometer varios atentados. Sin embargo, cuando iban a llevar a declarar a ese hombre en la vista contra la organización de Zinoviev y Kámenev, el fiscal Vishinski descubrió que aquel hotel había sido demolido hasta los cimientos en 1917.

Maksim le contó a Sacha que eso había sucedido cuando Styopa trabajaba en Moscú y que la verdad era que Goltzman sí había testificado en el juicio, porque el error de bulto había sido desvelado en el artículo de un periódico danés, hecho que resultó ser un humillante golpe para la Unión Soviética ante el mundo entero, con lo que el bastardo de Trotski pudo apuntarse una pequeña victoria. Maksim también añadió que del envío de esa carta podía concluirse que en algunas instituciones todavía querían recordarle a Stepan Kristoforovich aquel fracaso y hacerle saber que analizaban con toda minuciosidad las confesiones que su sección obtenía.

—Es imposible que Goltzman mintiera a sabiendas para burlarse de nosotros, porque conseguimos que se derrumbara por completo —se había quejado Styopa en la primera reunión que mantuvieron para explicarle cuál era su trabajo allí—. Quizá se equivocó por la presión recibida y por las condiciones del encarcelamiento, además de que las personas no se acuerdan de todo; nadie se acuerda del día en que bebió demasiado y dijo barbaridades del partido, ni tampoco se acuerda siempre de la hembra a la que se folló esa misma noche a espaldas de su mujer. No todos tienen una amante formal que encima es una poetisa reconocida en ciertos círculos dudosos, ¿a que no, Aleksandra Andrievna?

Al oír esa frase Sacha decidió que no le quedaba más remedio que ponerse de parte de Styopa y procurar apreciar su sinceridad, su humor y su inclinación hacia la provocación.

El nuevo papel encomendado a Sacha consistía, en realidad, en ayudar a Styopa a evitar toda crítica contra él. La idea se le ocurrió a este al leer los cuestionarios que Sacha había rellenado cuando solicitó trabajar en la sección. En ellos explicaba su vida y criticaba duramente a sus padres y a los círculos de la *inteligentzia* burguesa y degenerada que los rodeaban y que por desgracia «lo veían todo exclusivamente desde su peculiar punto de vista». Según Styopa, esa era la biografía más perfecta que jamás había leído: sincera, ordenada, trufada de una conciencia política correctísima, y con la virtud de saber tender un puente entre los errores cometidos en su vida y «el proceso de formación de una nueva consciencia». De inmediato se dijo que necesitaba a una ayudante como ella, alguien que fuera capaz de componer a partir de los protocolos una historia ordenada, fiel y completa, para después entrevistarse con el acusado y reescribir con él una confesión más precisa, porque «los detalles vagos pueden resultarle muy perniciosos al acusado que lo que quiere es hacer una confesión lo más sincera posible y redimirse». Si el papel del juez interrogador era el de identificarse con el intelecto del enemigo, le había explicado Styopa, lo que ella tenía que hacer era identificarse con la torturada alma del acusado. Nada de revelar datos nuevos, sino sobre todo ayudarle a recopilarlos, a limpiarlos de impurezas, de mentirijillas, a evitar que saltara de tema en tema, para que él mismo pudiera ver el cuadro de su vida al completo.

—Cuando un acusado está escribiendo su confesión, se convierte en una especie de escritor, y todo escritor necesita un editor corrector, ¿o no, Weissberg? —había exclamado un entusiasta Styopa.

¿Y si dejaba el interrogatorio para mañana? Hacía ya dos semanas que llevaba posponiendo aquel encuentro. Maksim le había dicho la noche anterior: «Tienes miedo porque es el último». De pronto se sintió desprotegida. El hombre junto al que te has cambiado de máscaras con la mayor ligereza, y del que no pensabas que fuera a hacerte ninguna observación, te dice ahora que le ve las costuras que las bordean, y lo peor es que tú misma sigues sin verlas.

En efecto. Vladimir Murazovski era el último del círculo de amigos de sus padres. Los demás ya habían sido repartidos por todo el país, cada uno con su veredicto. ¿No sería que en el fondo de su ser no quería poner fin a aquel caso porque creía que mientras se mantuviera abierto, con uno de sus miembros aún por investigar, podría seguir haciéndose ilusiones de que la desgracia que le había sobrevenido tenía todavía alguna fisura? No, no era posible, se enfadó Sacha. ¿Acaso no estaba Styopa muy satisfecho del trabajo que ella estaba llevando a cabo con el llamado Grupo de Leningrado? Todos habían escrito unas confesiones preciosas, absolutamente todos: Brodski, Ósip Levayev, Emma Rikova. Al viejo Varlamov no lo habían tocado, ya que de cualquier modo no tardaría en morir. Todos habían dado más nombres, por lo

que habían podido detener a otras cincuenta personas, unos detenidos que también habían escrito sus confesiones bajo la guía de Sacha.

A Sacha le resultó especialmente admirable el comportamiento de Brodski. En prisión adelgazó mucho y de vez en cuando se apoderaban de él unos extraños espasmos. Sin los polvos de talco que le habían disimulado siempre las marcas de viruela de las mejillas, tenía un aspecto demacrado. Pero no se quejaba, no pedía cosas que de cualquier modo tampoco le habrían dado, ni abusaba de los detalles, por no dificultar la tarea de los interrogadores. Sabía cuáles eran las reglas, y no pretendía saltárselas. Por eso, con Sacha se comportó como si se vieran por primera vez. Él escribió la confesión, ella le hizo sus observaciones —parte de las cuales aceptó, aunque rechazó el grueso de ellas— y al finalizar el día Sacha tuvo en sus manos una confesión firmada. Fue tan solo entonces cuando Brodski le dirigió una mirada heladora y le dijo:

—Ha sido una vivencia muy ilustradora trabajar contigo, camarada Aleksandra Andrievna Weissberg. Veo que, al fin y al cabo, algo sí aprendiste de nosotros.

«Quien no sea capaz de apreciar la ironía de Brodski debería estar en un zoológico con los monos o hacerse miembro de la Sociedad de Escritores Proletarios». Sacha no recordaba si era Nadia la que lo había dicho, o Emma Rikova.

Pero hubo quienes, naturalmente, sí le recordaron que se conocían de antes. Emma Rikova, a la que tras un mes en la cárcel no le quedaba en el cuerpo ni rastro de grasa sino que parecía un rectángulo arrugado con una diminuta cabeza en el extremo, declaró que se cortaría una mano antes de dejarse interrogar por una balbuciente principiante a la que le había cambiado los pañales.

—Tengo derecho a exigir un verdugo con un poco más de categoría —exclamó con orgullo.

Sacha se ocupó de que a la mañana siguiente Emma recibiera doble ración de pan y de pepinillos encurtidos, y por la noche, un litro entero de caldo de col. Al final de la semana las raciones volvieron a su tamaño anterior. Pasaron unos cuantos días más y la acusada pidió reunirse con ella de nuevo.

Le preguntó a Sacha por qué hacía aquello, pero en esta ocasión, a diferencia de la vez anterior, el veneno de la pregunta venía ya diluido en cierta precaución e incluso lo acompañaba el deseo de entenderla. Aleksandra se ofendió: ¿acaso era ella culpable de la desesperante falta de responsabilidad de todos ellos durante los últimos años? ¿De tantos poemas desafiantes y provocadores, del desenfreno, de la pasión de todo el grupo por Nadezhda Petrovna? ¿Acaso no había sido ella la que más había salido perdiendo? Y para mayor escarnio, encima los estaba ayudando a redactar sus confesiones adecuadamente y a que mostraran un sincero arrepentimiento para minimizar en lo que se pudiera sus sufrimientos y que la pena impuesta resultara lo más leve posible.

—¿Lo harías también con tus padres? —se interesó Emma, que nunca se había distinguido por saber dominar su curiosidad.



—Naturalmente que sí —respondió Aleksandra—, porque no se trata más que de un formalismo. Si yo hubiera estado aquí cuando los interrogaron, habría podido ayudarlos a confesar de inmediato para ahorrarles ir al campo de trabajo o por lo menos conseguir que les rebajaran la pena.

—No pienso escribir ninguna confesión porque no soy culpable de nada —declaró la acusada.

—Es razonable que haya discrepancias en lo referente a que exista culpabilidad o no —respondió Sacha con la fórmula fija de siempre—, porque es muy posible que no entienda usted el alcance de sus actos, pero desde una perspectiva más amplia, es usted culpable de actividades contrarrevolucionarias. He leído el protocolo del interrogatorio. Usted no desmiente los hechos.

—Ni desmiento los hechos ni reniego de nada, porque no he hecho nada —dijo Emma.

—Estupendo, pues entonces escribamos juntas las cosas que no hizo usted. Nadie quiere que dicte usted ni una sola palabra que no sea verdad.

—¡No pienso escribir ninguna confesión! Hay mentiras que ni siquiera en presencia de una despreciable estafadora como tú pienso contar.

—Emma Fiodorovna. Puede que lo que sencillamente suceda es que estemos hablando de generalidades. Si nos centráramos en los detalles, podríamos avanzar.

—Habla de todo lo que quieras —contestó Emma—, siempre que las dos tengamos claro que no soy culpable de nada.

—Veo que su punto de partida para desviarse de los principios del partido se encuentra en 1928. Ese año participó usted en un encuentro del Oberiu en el Instituto Estatal para la Historia del Arte. ¿Con quién estuvo allí?

Emma juntó las manos con los dedos entrelazados.

—Pero si ya lo has leído todo en los informes, ¿tenemos que volver a repetirlo?

Aleksandra no contestó. Encendió un cigarrillo y para no echarle el humo a la cara a Emma, volvió la cabeza hacia la derecha y miró la imagen de la poetisa en el espejo del enorme armario que allí había. A veces utilizaba ese truco. Había aprendido de sus colegas que cuando se observa a alguien a través de un espejo, la persona se intranquiliza. El acusado sabe que su imagen se refleja en el espejo, pero no puede mirarla sin darse la vuelta hacia el espejo, y los interrogados no suelen seguir la mirada del interrogador por no parecer asustados. Siguen mirando al frente, sin moverse, pero notan que otro ojo los está observando desde un ángulo nuevo, y ahora también tienen que disimular ante ese nuevo ojo. Normalmente, para conseguir que la mirada del interrogador vuelva a ellos, lo que hacen es mejorar sus respuestas: un interrogador aburrido es más peligroso que un interrogador cuya curiosidad haya sido saciada.

—Estaban allí Jarms, Vedenski, Zabolotski y unos cuantos más que no recuerdo...

—Me ha extrañado un poco que obviara usted a Malévich —dijo Aleksandra,

volviéndose de nuevo hacia ella—. Como el hombre ha muerto, ¿se le borra ya de la memoria?

—Él también estaba allí —dijo Emma bajando la voz.

—¿Diría usted que Malévich fue fiel a la línea del partido?

—En mi opinión, quería serlo. Propuso una corrección del realismo socialista, el suprematismo.

—Emma Fiodorovna, Malévich era un místico y usted se vio muy influida por sus creencias.

—Si quieres que te diga la verdad, me produce náuseas oír a alguien como tú atreviéndose a pronunciar ese nombre, y en cuanto a las influencias artísticas, tuve otras.

—¿Lo admiraba usted, lo mismo que a Jarms?

—Es que tengo la mala costumbre de admirar a los grandes artistas.

—¿Estaba Chagall en aquel encuentro?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Emma, y el rubor que asomó a sus mejillas le dio un aire más vitalista, como si estuviera dispuesta a batallar—. Ninguno de nosotros lo podía soportar. Era pura basura, un cero a la izquierda que envidiaba mortalmente a Malévich por causa de Vitebsk: Malévich no tenía la culpa de que todos los discípulos de Chagall se fueran con él.

—Acaba de decir que admira a los grandes artistas. ¿Admiraba usted también a Nadezhda Petrovna?

—Pero si conoces perfectamente la respuesta. Nadia nunca fue una gran poetisa. Su poesía no tiene nada de especial. Unas veces escribía de una manera y otras de otra. Plagiaba un poco de todos y si se puede decir algo de ella, es que ha sido la que mejor ha sabido fusionar la genialidad de los demás.

—¿Leyó usted los poemas que escribió en contra de los dirigentes del partido?

—No me acuerdo —respondió enfadada—. Se pasaba el día leyéndonos tonterías. Ya nadie la escuchaba excepto tu padre y Brodski, que estaban enamorados de ella y no entendían nada de poesía. De lo que no cabe duda es de que tenía encanto personal...

—¿Así que también a usted la tenía obnubilada?

—Pues no —saltó Emma—, se trataba de un encanto enfermizo y molesto, porque siempre andaba con un sinfín de ideas, planes y opiniones que cambiaban a cada momento. Los hombres débiles la adoraban, en cambio Varlamov, por ejemplo, no la soportaba, porque tenían un carácter tan opuesto como el de Turguenev y Tolstoi.

—¿Y usted, Emma Fiodorovna...?

—A mí me parecía, sobre todo, una pesada —suspiró Emma—. Cuando dormía conmigo en la misma habitación me torturaba con miles de historias de desgracias ajenas.

—¿Por qué escribió el poema contra Stalin? Brodski, y otros también, han

reconocido que ese era el ambiente que se respiraba en el grupo —dijo Sacha, y se acordó de lo que le había dicho Stepan Kristoforovich: haz como Lenin, aprende a comerciar... con las personas.

—Conoces perfectamente la respuesta. Lo que ella pretendía era llamar la atención. Llamar la atención de tu padre, de Levayev, de Brodski, y de todos los hombres que la admiraban. Llegado un momento entendió que sería una gran poetisa solo si algo muy terrible envolvía las rimas que garabateaba, solo si sus poemas eran leídos desde la tragedia.

—¿Se lo dijo ella, todo eso?

—Fui yo la que se lo dije a ella.

—Entonces, en realidad, ¿usted sostiene que Nadezhda Petrovna no puede ser calificada de enemigo del pueblo?

—Técnicamente, a los ojos de todo tipo de burócratas, podría ser considerada así. Pero sus metas siempre fueron ella misma. No quería nada ni le interesaba nada que no fuera que la admiraran y le dijeran que era un genio. Soñaba con que llegaría el día en que tendría masas de admiradores que le harían muchísimos regalos y soñaba sobre todo con que podría tener una casa como la de Varlamov, porque no dejaba de quejarse: todos vivimos como sardinas en lata, cuatro en una habitación, ocho en un piso, con las abuelas haciendo punto, las tías preparando unas sopas espantosas, con niños masturbándose, bebés berreando, mientras el poeta ese de las cerezas se hamaca tan ricamente en su precioso jardín.

—¿Está usted dispuesta a que su confesión empiece por la reunión de 1928? Estuvo usted allí con unas personas que hoy está ya más que claro que se desentendieron del verdadero valor del arte. Hemos nombrado ya a Malévich, a Jarms, a Vedenski, y sabemos que Narbut también estuvo allí. Usted era entonces una chica joven y confundida, por lo que ellos debieron de influir mucho en usted.

—Mosquita muerta, ya te he dicho que no soy culpable de nada —exclamó Emma mirando furiosa a Sacha.

—Mire, Emma Fiodorovna. De momento se la está tratando de la manera más educada y humana posible, pero en su expediente hay material más que suficiente como para llevarla a juicio. Pueden obligarla de mil y una formas a que confiese, y al final terminará por escribir esa confesión. Al final, todos lo hacen.

A Emma se le notaba que tenía unas ganas terribles de insultarla, pero tras una breve lucha consigo misma, decidió callarse. Sacha ahogó una carcajada. Qué fácil era jugar con las debilidades de las personas, llegar a averiguar lo único que no están dispuestas a perder, y saber que si se les arrebatara, ya no volverán a ser las mismas. Styopa admiraba tanto esa capacidad de ella, que la citaba en su despacho una vez a la semana y nombraba a algunos de los acusados: «Marchkov, por ejemplo, es un tipo muy duro, así que ¿cómo has conseguido influir en él para que corrigiera su confesión?».

Y ella le respondía tan contenta:

—Lo hice llorar. Lloramos juntos hasta que llegamos a la conclusión de que el partido ha fracasado, que todo está perdido y que no queda ni una pizca de esperanza. Que nuestra misión es ahora evitar una guerra civil entre la masa descontenta, y para eso el gobierno necesita de confesiones públicas que vengan de los dirigentes de la oposición.

Él la alabó como un padre orgulloso, sonrojado y con la vena del cuello muy hinchada, y a ella le gustaba mirar esa vena imaginando que hablaba con ella. Estaba convencida de que la misión que tenía encomendada era muy sencilla y fácil, y que el mundo se hallaba tan lleno de cosas misteriosas y maravillosas, que no tenía sentido que ese hombre se admirara de lo que era evidente. Styopa pareció leerle el pensamiento, porque le dijo muy satisfecho:

—¡Eso de que todo te parezca tan elemental es tu verdadera genialidad!

En el caso de Emma Rikova resultó todavía más sencillo. No había más que ir royendo paulatinamente la imagen que ella se había creado de sí misma —la de una poetisa atrevida y valiente que siempre decía la verdad y estaba dispuesta a pagar cualquier precio por ello— y uno podría hacer con ella lo que uno quisiera. Ese tipo de personas se aferran con todas sus fuerzas a la imagen que han inventado para sí porque no tienen nada más que eso. Lo único que hay que conseguir es que ceda en algo, por pequeño que ese algo sea, que no cuadre con esa imagen, como por ejemplo ahora, cuando ha querido insultarla pero no lo ha hecho y se ha quedado ahí sentada y callada, y con una o dos concesiones más que haga, estará lista para la gran concesión.

Aleksandra a veces se preguntaba si con esas historias que le contaba a Styopa sobre esos interrogatorios no estaría ayudándolo a que Je arrebatara parte de su ingenio, además de estarle enseñando a su futuro verdugo a transcribir el oculto texto cuyo desciframiento todavía iba a ser su propia perdición.

A Maksim Podolski y a otros necios, tanto hombres como mujeres, les costaba entender su vertiginoso ascenso en la Segunda Sección: la gente decía, por lo menos según Maksim, que Sacha tenía más influencia en el jefe que el mismísimo Reznikov, y todo porque Styopa la deseaba y disfrutaba de la compañía de una chica joven de la despreciable *inteligentzia*, de la que en público renegaba, aunque para sus adentros le satisficiera que uno de sus miembros trabajara a sus órdenes. Aunque eso hubiera sido cierto, habría bastado con que Sacha cumpliera con normalidad su labor como taquígrafa. Y es que la única causa que la había hecho subir hasta tan alto era lo mucho que Styopa admiraba el ingenio de ella. En un momento dado él se empeñó en que Sacha estuviera implicada, por lo menos como consejera, en todas las confesiones de las cuales era responsable su sección, y si Reznikov aparecía en su despacho agitando en la mano la confesión que le había sacado a un acusado que había estado mucho tiempo sin querer colaborar, Styopa le preguntaba enseguida si la camarada Weissberg ya la había leído.

—¿Así que ahora tengo que recibir órdenes de una niña, aun sabiendo que todo el

mundo que ella conoció en sus días resulta ser un enemigo del pueblo? —le espetó un día Reznikov, furioso.

Ahí estaba Sacha, de pie en su despacho y con una carpeta entre las manos que contenía el protocolo de Vladimir Murazovski. Conocía muy bien el frío contacto de las carpetas tras una noche en el despacho sin calefacción. Se suponía que no podía esperar ninguna alabanza más allá de un «buen trabajo, camarada Weissberg» al final del día. Ese era el proceder de la organización: no sentir nostalgia por los logros del pasado ni por otros tiempos sino considerarle a uno solamente sus últimos actos.

Se fue hasta la puerta y salió muy deprisa hacia la sala de los interrogatorios. Tenía que presentarse allí de inmediato y desterrar la sospecha de que no estaba haciendo su trabajo correctamente. ¿Sería verdad que le pasaba algo que no tenía remedio? Quizá tenía razón Stepan Kristoforovich al decir:

—Todos seguimos luchando, Weissberg, todavía no nos hemos redimido, todos tenemos un lado negativo y vil que nos tortura. ¿Recuerdas los maravillosos versos de Mayakovski «Me purifico para ser como Lenin / para poder fluir / con la Revolución»?

Una imagen se le vino a la mente: Emma y Nadia de pie en el salón, recitando verso tras verso ese poema, y Brodski riéndose para terminar por decir:

—Me gustaría saber quién es el payaso errante que lleva disfrazándose de Mayakovski durante estos últimos años.

Y Nadezhda respondiéndole:

—¿Te acuerdas de la excelente observación del supervisor número tres? «No es que sea muy tonto, pero es poeta, y por eso solo lo separa un paso de la tontería»<sup>[19]</sup>

...

Sacha tenía la garganta seca. Todos sus recuerdos estaban contaminados. ¿Cómo lo había dicho Maksim la última noche en la casa de su infancia? «Tu historia es el lado oscuro del partido, completamente la otra cara, en el Islam se os llamaría *mahund*. Tienes que volver a nacer, porque de lo contrario no llegarás con vida a fin de año».

De los miembros del Grupo de Leningrado, Ósip Levayev resultó el más patético. Estaba allí en la sala de los interrogatorios con los ojos muy rojos, la cara salpicada de unas manchas amarillas y en la frente dos profundas arrugas en diagonal. «Este hombre tiene una cruz en la frente —se rio Sacha para sus adentros—, ¿cómo puede alguien así ser inocente?».

Entre tanto él había empezado a quejarse de que tenía conjuntivitis, que hacía más de un mes que no veía a su mujer ni recibía paquetes, que lo ataban a un taburete y no lo dejaban levantar, que la semana pasada lo habían tenido de pie junto a la pared durante diez horas, que había creído que estar sentado sería más llevadero que estar de pie, pero que sucedía todo lo contrario, porque de pie por lo menos podía uno

pasar el peso del cuerpo de una pierna a la otra para aliviar un poco el dolor.

—Camarada Weissberg, tenía ya preparadas las líneas generales de mi confesión —dijo quejoso— y ahora me exigen que confiese que en la universidad organicé una red destinada a incitar a la gente contra el partido.

—¿Y ese plan nunca existió? —preguntó ella.

Notó que él la estaba probando. Los acusados solían dirigirse al interrogador llamándolo «camarada» para halagarlo, y al instante eran insultados y golpeados. Ósip Levayev habría pasado por ese ritual, y ahora buscaba una evidencia, por pequeña que fuera, que le devolviese la confianza, ya que ella era la persona adecuada en la que depositar su destino.

—Puede que existiera —dijo él abriendo mucho los ojos y mirándola fijamente como si quisiera obtener de la cara de ella la respuesta correcta.

—Tú debes decidir si existió o no, porque no queremos confesiones falsas.

Levayev se quedó callado y tosió. Esperaba una señal que lo orientara. A Sacha le costaba mirar a la cara a aquel muchacho que le había arrancado a su madre tantas miradas tiernas, el mismo muchacho con el que se había besado en la playa, que tenía una lengua tan dulce y al que ahora veía como una madeja floja de miembros todos ellos subyugados a satisfacerla voluntad de ella. Finalmente lo oyó murmurar:

—No creo que la hubiera. Demonios, cómo me duele mi pobre espalda, la tengo medio paralizada.

Había adoptado el habla de los viejos y se refería a sus miembros con unos adjetivos que pretendían enfatizar su debilidad.

—Pues díles que nunca existió, aunque si lo preguntan, sus motivos tendrán.

—Puede que hubiera algo y que yo no lo recuerde —se apresuró a decir Levayev, que parecía confuso—. Desde el día que me detuvieron, la memoria se me ha ido por los derroteros más extraños. Veo mi futuro como unas hojas negras crujiendo en el horizonte, no sé si me entiendes.

—Naturalmente que te entiendo —respondió ella—, el futuro del hombre nadie lo conoce. En cuanto al pasado, ahí está. El crítico literario Brodski ha escrito en su confesión que en un viaje a Tiflis en 1936 fuisteis a la tumba de Griboyedov y que dijiste que la persecución llevada a cabo contra los profesores de las universidades de Leningrado era algo vergonzoso.

—¿Brodski ha escrito eso? No recuerdo haber dicho nada parecido —balbució Ósip Levayev y levantándose se palpó los pantalones, a los que les habían quitado los botones.

—Brodski tiene una memoria excelente. Creo que ha llegado el momento en el que tendrías que empezar a poner en marcha la tuya.

—Sí, tienes razón —susurró Levayev—, lo que he querido decir es que si no me acuerdo bien de las cosas, ¿cómo las voy a poder escribir en detalle?

—Está bien, Ósip Borisovich —dijo Sacha en tono de increpación y levantándose ella también, porque ahora tenía claro que si pasaba más rato con él en esa habitación

se le acabaría la paciencia—. Es muy sencillo. No hay muchos poetas con una imaginación como la tuya. Si insistes en que no recuerdas los detalles, vuelve a pensar en todo, en los pasos que hubieras dado, en las personas a las que te hubieras dirigido, porque eso es seguramente lo que hiciste...

—¡Qué gran idea! —exclamó Levayev y volvió a sentarse mientras se restregaba los ojos con unos dedos sucísimos—. Pero es que tengo el cuerpo paralizado, no puedo ni mover estos pobres dedos, ¿podría conseguir un permiso para dormir un poquito? Es preferible que esté despejado mientras escribo la confesión.

—De acuerdo a los procedimientos, podremos tener en cuenta otros asuntos solo después de obtener un primer borrador —dijo Aleksandra dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Leerás mi confesión cuando la termine? —exclamó Levayev tras ella—. Porque en el estado en el que estoy, puede que haya faltas.

—Eso ni se pregunta —lo animó ella—, repasaremos el texto juntos hasta que esté perfecto.

Aleksandra avanzó muy deprisa por el pasillo que entre tanto se había llenado de gente. La aglomeración típica de un lunes por la mañana. Unos charlaban en corrillos, otros se agolpaban junto al tablón de anuncios para leer los avisos y noticias. Natalia Frikova, la secretaria de la sección de Maksim, se encontraba allí de pie limpiando de pelos de perro su bufanda gris. Todos los ojos se clavaron en Sacha. La prisa con la que andaba delataba que algo urgía, y esa masa adormilada no podía por menos que preguntarse adónde iba tan rauda.

Reznikov pasó por su lado con la cabeza muy alta, y se estiró el cuello de piel de cordero que parecía el pico de un pato.

—Buenos días, Goncharova —le susurró, porque a veces la llamaba así en voz muy baja, mientras que en voz alta la llamaba «camarada Weissberg».

A ella le gustaba que la llamara así, porque a pesar de que lo hacía para ofenderla, le dejaba como un rastro de halago el hecho de reconocer su influencia sobre ella: era preferible ser una intrigante seductora como la mujer de Pushkin, que una de esas plañideras que se amontonaban durante días enteros junto a las ventanillas del edificio de correos implorando tener noticias sobre sus seres queridos arrestados.

Atravesó el pasadizo que comunicaba los distintos despachos, la sala de vistas del piso de arriba y el edificio adyacente, que servía de lugar de arresto. Mientras caminaba todavía se sintió admirada por estar avanzando por el famoso corredor de la Bolshoi Dom como por su casa. Bajó por la escalera hasta la sala de los interrogatorios. Era una estancia fría y algo mohosa. Se sentó frente a la ventana enrejada y pasó la mano por el mantel bordado con mariposas de colores. Encendió un cigarrillo y se puso a hojear el protocolo del interrogatorio. Murazovski había confesado ya su miopía ideológica y haber sido miembro del Grupo de Leningrado,

pero se negaba a reconocer su participación en la organización de atentados terroristas. Declaraba, por otra parte, haber participado en las reuniones en las que se criticaba duramente al gobierno y haber contribuido a publicar y difundir los poemas de Nadezhda Petrovna y otros poetas que se burlaban del partido. Adjuntaba, además, una lista de las obras que había tenido, como por ejemplo *Si yo fuera Nep Man* (Nadezhda Petrovna, 1926), «Los realistas siempre miran al mundo y nunca al espejo» (breve artículo de Emma Fiodorovna, 1934). Las obras en sí se guardaban en la caja fuerte.

Sacha oyó que la puerta rechinaba y al alzar la vista vio entrar a Vladimir Murazovski. Al verla este al otro lado de la mesa, se pasó los dedos por el bigote y pareció que sus robustos hombros se enderezaban y cobraban firmeza. El rostro se le iluminó. Estaba más flaco de cara, el pelo parecía tenerlo polvoriento, por las canas, pero aparte de esos pequeños cambios tenía el mismo aspecto que cuando se habían visto por última vez. Hasta llevaba puesto el mismo jersey rojo y los pantalones cortos de marinero. «Es un gigantón», pensó Sacha.

—*Bonjour*, querida Sachka —exclamó—. Si no estuviese fuera de lugar te daría un abrazo.

Ella sospechó al instante que Murazovski tramaba algo.

—Vladimir, ¿te están tratando bien? —le preguntó, indicándole con la mano que se sentara en la silla.

Murazovski alzó la silla, la sacudió para comprobar que fuera a aguantar su peso, y se sentó.

—Sí, estupendamente, muy bien —respondió—. Me han dado una habitación pequeña con dos ventanas, un armarito y una cama. Hacía años que no dormía solo.

—Me alegro de oírlo.

—Lo que echo de menos son los libros —dijo Murazovski—. Me dejan dormir siete horas, pero como hay tanta luz duermo apenas cuatro, un paseo de veinte minutos por la mañana y otro por la tarde, al lavabo diez minutos por la mañana y diez por la tarde, diez minutos para limpiar la celda, y de todo eso resulta que quedan dieciocho horas y cincuenta minutos. Sería el más feliz de los hombres si me dejaran recibir libros.

—Comprobaré si te puedo ayudar —dijo Sacha.

—No urge, no urge —exclamó él guiñándole un ojo.

—Escucha lo que te tengo que decir —murmuró Sacha con voz débil, porque la alegría que él irradiaba y sus ánimos la tenían muy sorprendida—. He leído el protocolo del interrogatorio. Debo comunicarte que cometiste acciones muy graves, pero las he visto peores. Espero que lo hicieras porque te dejaste influir por las personas no adecuadas.

—Ya me conoces, Sachka —dijo, poniendo una sonrisa apesadumbrada que a ella le pareció falsa—. Sabes bien que podemos hablar *sans façon*. Siempre fui una persona muy influenciare.



—Pues yo recuerdo que la gente se dejaba influir por ti, precisamente —dijo Sacha. Además, ese empeño de él de salpicar su habla con expresiones francesas, un idioma tan poco querido allí, le resultaba extraño—. Puede que no conozcas la naturaleza de esta organización. Nosotros no somos la fiscalía de la Unión Soviética. Aunque nos enteremos de cualquier delito que se haya cometido no estamos obligados a pasarle la información a ninguna instancia superior, si apreciamos señales de verdadero arrepentimiento, claro está.

—Lo comprendo perfectamente y por eso, hasta ahora, he colaborado —respondió examinando la habitación con ojos de aburrimiento.

A Sacha seguía molestándole algo. Murazovski se comportaba como si estuviera jugando a las damas con un viejo amigo.

—Pues, por ejemplo, cuando testificas en el protocolo que en la reunión de 1932, en casa del ciudadano Konstantin Varlamov, los miembros del Grupo de Leningrado sostenían que la lucha contra los *kulaks* se llevó a cabo con una crueldad excesiva, que los cadáveres de los campesinos cubrían la tierra y que el partido retiraba el pan de los pueblos mientras allí se morían de hambre, tu postura no está clara. Parece que asististe a aquella reunión como un fantasma.

—Ya me conoces, Sachka, mi pequeñita —dijo Murazovski desperezándose como si en ese instante se acabara de levantar de la cama—, yo no era más que un escudero, nadie me escuchaba.

—La verdad es que he estado meditando sobre eso —dijo Sacha, haciendo caso omiso de esa última observación—. El principal problema del protocolo es que aparentemente tus faltas no tienen historia, y por eso ni siquiera tú tienes muy claro cuándo te uniste a ese grupo de enemigos del pueblo. Para escribir una confesión sincera, siempre es mejor empezar por el principio.

—¿Y cuál es el principio?

—Hay muchos. En mi opinión el principio más preciso se encuentra en 1924. Entonces estuviste implicado en las manipulaciones de los trotskistas de la RABFAC<sup>[20]</sup> en la universidad.

—Pero eso ya lo pone en el protocolo, ¿no? —preguntó él.

—En el protocolo dice que no votaste con la oposición y que incluso hiciste todo lo que estuvo en tu mano para que los trotskistas perdieran.

—Sí, me acuerdo muy bien de aquellos días —respondió Murazovski colocando sobre la mesa sus inmensas manos—. Por desgracia, los opositores ganaron las elecciones, pero fue porque la mayoría de los camaradas que había allí no eran obreros de verdad, sino toda clase de individualistas pequeñoburgueses que se habían infiltrado en el grupo.

—¿Tú no les votaste, a los de la oposición?

—Pues fíjate que no, camarada Weissberg —dijo Murazovski con una voz llena de brío, que a pesar de haber brotado de su garganta, no parecía la suya—. En aquella época estaba influido por instancias de lo más positivas: por las noches leía los

escritos de Lenin y por el día hacía todo lo que estaba en mi mano para que el partido ganara las elecciones. Hasta recuerdo que después de que se hicieran públicos los resultados, me pasé varias noches sin dormir... —añadió Murazovski, y volvió la cara hacia el espejo del armario para mirarse el bigote—. Quizá pueda explicar el origen del error —dijo irguiéndose ahora—. A Nadka, a tus padres y a todos los demás les conté, solo por agradecerles, cosas que jamás existieron. Pero lo que queremos ahora es que hable con sinceridad, ¿verdad?

—Tus compañeros han dicho en sus testimonios que eras un activista de la oposición.

—Pues mienten —declaró Murazovski con frialdad—. Y te lo dice alguien que ha decidido terminar con las mentiras.

—Por supuesto que no queremos mentiras. Solo confesiones sinceras.

—*Chère madame*, ¿sería usted tan amable de conseguirme una taza de té? Hace días que me duele la garganta.

—Por supuesto que sí —respondió ella y levantándose dio un golpecito en la puerta y le pidió al guarda dos té.

Mientras regresaba a su sitio, lo miró por detrás. Tenía una espalda y un cuello muy robustos, y hasta el cráneo se le veía tan potente que se diría que una fuerza oculta lo protegía incluso en su reclusión.

—Sacha, llevamos varios meses sin vernos, pero antes de que me detuvieran oí que habías ascendido muchísimo y que desde las altas instancias no hacen más que alabarte.

—Me limito a cumplir con mi trabajo —dijo ella con humildad, preguntándose si se habría sonrojado—. Creo que aquí he descubierto una verdad que llevaba muchísimo tiempo oculta a mis ojos.

El guarda llamó a la puerta y entró con las tazas de té.

—Sí, muchos nos ocultaban la verdad —estuvo de acuerdo con ella Murazovski mirando con gran concentración su taza—, hicimos cosas que no estuvieron bien, *nous avons trahi notre peuple et ses droits*<sup>[21]</sup>.

Mantuvo por un instante el terrón de azúcar atrapado entre los dientes, y después, como por equivocación, lo dejó caer dentro del té y lo removió con el dedo.

Ella dio un grito. Él se rio. Ella sintió unas punzadas de frío en el vientre.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó Sacha mirando aterrorizada la taza e imaginando cómo sacaría el dedo de ella completamente quemado.

Pero él lo sacó con mucha parsimonia, se lo llevó a los labios y le sopló una sola vez.

—Sachka, cariño, pero si es un pequeño truco que aprendí del maestro internacional Capablanca en su visita a Moscú. ¿No te acuerdas de que casi lo gané en el primer torneo internacional de ajedrez? —exclamó blandiendo un dedo muy rojo.

Sacha cerró los ojos y se echó hacia atrás.

—Vladimir Vladimirovich —exclamó—, actitudes como esta no te van a ayudar, y es que quizá simplemente no hayas llegado a entender la gravedad de...

—Pues sí, debe de ser eso, que realmente no me entero, porque ya te he dicho que estoy dispuesto a escribir la confesión —la interrumpió haciéndose el inocente—, y lo único que pasa es que estamos intentando encontrar juntos el punto de partida.

—Quizá sea mejor que la escribas tú, y luego yo la leo —le dijo Sacha, y para sus adentros pensó: «Esta misma noche tendré ya el documento escrito y cuando me reúna con Styopa podré presentárselo como un gran logro, la confesión del último de los traidores del Grupo de Leningrado y entonces, quizá, se avenga a hablar con los del Obkom».

—Sabes muy bien que tengo dificultades con la escritura, así que preferiría que seas tú la que escriba. Hasta puedo recitarte las primeras líneas, si me permites hacerle un pequeño homenaje al gran poeta: «El afecto que sientan por mí lo será todo, / como los cálidos sentimientos que he sacado de mi lira, / cuando en un tiempo cruel alabé la libertad / pidiendo para los caídos caridad...»<sup>[22]</sup>.

Sacha fijó en él la mirada a la espera de que una sonrisa rubricara los versos que acababa de recitar y llegara hasta el final del poema, pero él permaneció impasible.

Ella volvió a acercarse a la mesa con la sensación de que tenía el cuerpo atenazado, porque un fracaso le traería consecuencias. Su fina intuición le decía que estaba cometiendo un grave error, pero a pesar de ello se aproximó a él como quien desafía un miedo irracional. Empezó a rebuscar en la carpeta, por ver si encontraba unos folios en blanco, mientras él seguía soplando hacia el dedo en el que entre tanto había brotado una ampolla grande y blanca.

De repente notó la mano de él aferrarse a su muñeca. En un primer momento se resistió a dar crédito a lo que sucedía —«Es una alucinación, tengo que despertarme de inmediato, por favor, siempre habían dicho que era una soñadora»—, pero la mano se cerró con más fuerza todavía. Las uñas de Murazovski se le clavaron en la carne. Ella le miró la boca, que se le deformó de pura furia y decenas de cortes se le abrieron alrededor de los labios. Y a pesar de eso, parecía que sus ojos la miraban con afecto. Notó que le tiraba del brazo y concentró la mirada en la taza de té de él. Con la otra mano, entonces, él le volcó el té en la mano que le tenía sujeta. En los oídos de Sacha penetró una especie de chisporroteo que recordaba el de un huevo al freírse. ¿Lo habría hecho él, ese ruido? No lo sabía. ¿Se trataría de otra de sus tretas? Respiró hondo, solo que al hacerlo salió del aturdimiento que hasta ese instante le había refrenado el dolor e hizo que se centrara por completo en la mano que le ardía: el dolor que le brotaba de dentro era tan intenso que parecía que le estaban rompiendo los huesos.

Murazovski acercó la cara a ella:

—¿Y ahora por qué no gritas, pequeña zorra? ¿De pronto te ha dado por quedarte callada? Le entregaste los poemas de Nadka, nos enterraste a todos y ¿encima te has permitido interrogarnos uno por uno? Te vengaste de Nadka, pero su genialidad,

aunque sigas escribiendo doscientos años más, tú no la alcanzarás nunca, porque no le llegas a la suela del zapato. Todos leímos tus patéticos poemas: «Dormitando en la calle, pálida como la blanca nieve». Y ahora aquí te has hecho la dueña del lugar escribiendo las confesiones de unas personas a las que no tendrías que tener derecho ni a ponerles los zapatos. Puta judía, os tendrían que haber enterrado a todos en Malaya Arnautskaya para que os robarais los unos a los otros —le dijo echándole el aliento en la cara, un aliento que ardía tanto como el té—. ¿Dónde están tus padres?

Una oleada de dolor muchísimo más penetrante que las anteriores le traspasó la mano.

—¿Dónde están tus padres?

Lo que más deseaba Sacha era desmayarse.

—¿En qué gulag los has metido? ¿Viven, siquiera? ¿Dónde están los gemelos? ¿Dónde está el niño al que tanto abrazabas y acariciabas, dónde está? —rugió.

La sala se llenó de gente. Manos y dedos se posaron sobre ella aunque Murazovski todavía la tenía aferrada por la muñeca y gritaba:

—¿Crees que me importa morir?

Sacha oía voces y aullidos, pero el grito de Murazovski se impuso en la habitación:

—¿Me has dejado algo en pie en este mundo?

Sacha vio detrás de él la frente alta de Reznikov, roja y fea. Unas manos más le sujetaron la suya. Le presionaron la piel quemada, palpándola. Oyó un chillido de horror con voz de soprano —la aficionada a cantante de ópera Natalia Frikova—. Vio abrirse unas fauces con unos dientes amarillos llenos de manchas que se movían en dirección al cuello de Murazovski. Por un momento quiso gritar, «¡Cuidado, Vladimir! ¡Detrás de ti!», pero los dientes se clavaron en su cuello y cuando desaparecieron vio la ruborizada mejilla del dueño de los dientes, Stepan Kristoforovich.

En un instante de lucidez se dio cuenta de que todavía no la habían liberado, que los dedos de Murazovski seguían aprisionándole la muñeca como unas esposas. Era el hombre más fuerte de Rusia. Notaba unas manos que la sujetaban por la cintura, por las caderas, que le sobaban los pechos. Veía vagamente pedazos de caras muy rojas abalanzándose sobre Murazovski. La cara de su marido con una expresión de loco y abriendo la boca convertida en un negro pozo, y ella, una muñequita andando sobre su lengua hacia aquel abismo. ¡Qué mueca más espantosa! ¿Sería posible devolver esa cara a su condición natural? Gritos, aullidos, el pitido de un silbato. Oyó un disparo, un gruñido espantoso, más disparos, un olor asfixiante a pólvora. Ahora se la llevaban fuera entre unos cuantos y la tumbaron en el frío suelo. Entre tinieblas vio a Natalia Frikova desgarrando la bufanda gris salpicada de sangre. Le tocaban la mano, se la vendaban. El paño liso de la bufanda le rozaba la piel. Gritaba y se retorció entre las manos de los que la sujetaban. La presionaban contra el suelo mientras ella se esforzaba por mirar hacia la luz blanca de la lámpara que ahora era

fuerte y cegadora. Unas caras la ocultaban y ella solo murmuraba que no le taparan el sol. Quería desvanecerse. Dentro de sí misma.

### *Berlin-Varsovia, verano de 1939-invierno de 1940*

Estaban sentados en el jardín de un restaurante bañado por el sol que tenía la gravilla muy bien arreglada y los parterres de césped de un verde muy claro. Unos perros y unos niños correteaban alrededor y una cometa roja con las siglas NSP volaba hacia un cielo de verano de un intenso color azul. La luz se colaba hacia la mesa de ellos a través de las acacias blancas —su madre siempre veía en ellas una hermosura de pureza sin igual y en primavera le ponía a él en el ojal de la solapa una flor blanca en señal de suerte— y dibujaba un sinfín de formas geométricas en los rostros de sus colegas. En la mesa había unos platos con tarta, vasos de limonada y una jarra de Berliner Weisse mientras por los estrechos pasos entre las mesas daban vueltas unos camareros con las chaquetas abotonadas hasta el cuello. Los juegos de luz del sol siempre le provocaban una extraña satisfacción. ¿Cómo disfrutar al máximo de un hermoso día soleado? Observando con deleite los juegos de luz: un halo corona el follaje; a los pies de una de las mesas refulge la gravilla; los cuerpos de los niños y de los perros se tornan amarillos y se diría que se convierten en copos de luz.

—Nunca he conocido a un eslavo que no sea mentiroso. Llevan acuñada la falsedad de los asiáticos. La mezcla de razas que tienen ha dado lugar a una basura humana espantosamente denigrada —sentenció un satisfecho Georg Weller.

Hacía ya un buen rato que Weller, su joven ayudante y el *Hauptsturmführer* Bauer criticaban a los eslavos con evidente placer. Thomas, por su parte, algo aburrido y sorprendido por el entusiasmo de aquellos, decidió que era cuestión de educación contribuir con algo en la discusión, por lo que citó un artículo que dijo haber leído últimamente en la revista *Germania*, y que trataba de la influencia asiática en la raza eslava. La verdad es que ni tan siquiera sabía el aspecto que tenía esa revista, pero supuso que por lo menos se habría publicado en ella un artículo como ese. Y es que ya no sabía cómo insinuarles a sus respetables acompañantes que ya estaba bien de chismorreos y de aquella prédica «científica» acerca de la raza eslava, y que pasaran a tratar «cuestiones de estado». Así que le dijo a Weller, como representante del Ministerio de Asuntos Exteriores y convencido como estaba de que la vida política era la adecuada al hombre, y ni que decir tiene a un hombre como él, ya que lo habían

invitado a la reunión por una razón concreta, que tuviera la bondad de abordar el tema.

Weller se enderezó la corbata negra que se le había arrugado tanto que parecía comprada de saldo en unos grandes almacenes. Se volvió hacia Thomas y le preguntó qué características destacaría del hombre polaco. Aparentemente la pregunta se planteaba dentro de la conversación banal del último rato, pero Thomas oyó por fin el tintineo de la campana que anunciaba el inicio de la reunión en sí: había sido invitado allí porque Weller lo consideraba un experto en todo lo referente a Polonia.

El ayudante de Weller, un hombre joven y esbelto con cara de niño listo, balbució una pequeña broma acerca de la relación que había entre los eslavos y los chimpancés y se quedó a la espera de un mínimo gesto de risa en los rostros de los presentes mirándolos con el rabillo del ojo. La expresión que puso parecía quererles decir: ¿no me vais a permitir, finalmente, que participe de vuestras bromas?

Weller retiró la cobertura de bizcocho de su trozo de tarta y se metió en la boca una cucharilla repleta de queso, mientras Bauer daba buena cuenta de su tarta *Binestich*. «Nadie se ha reído —le dijo Thomas para sus adentros al chico—, así que ahora cállate».

Thomas retrasó su respuesta para que la atención se centrara en el bochorno del muchacho. No le gustaba nada. Finalmente decidió regañar a Weller con afabilidad: el respetable señor no esperaría que Thomas se fuera a sacar una respuesta de la manga, porque eso sería una ligereza por su parte, en especial tratándose de un tema tan complejo.

No le resultaban desconocidas esas reuniones en las que pretendían sacarle información sin ofrecerle nada a cambio. En esos casos se atosigaba a los que escuchaban, de la manera más entusiasta y vehemente, con montones de datos sin importancia hasta causarles la sensación de que se trataba de un asunto apasionante aunque terriblemente amplio, tanto que solo los especialistas podían tratarlo en profundidad.

—El Departamento de Investigación que yo dirigía se ocupaba de aunar diferentes campos, como por ejemplo la relación existente entre la memoria histórico-mitológica de la dinastía Jogalia y la fuerte influencia de la unificación napoleónica lituana sobre el sistema de creencias del hombre polaco y el grado de identificación que tiene con la Constitución, me refiero a la de 1791, que fue, como bien sabido es, la primera de Europa, por no hablar del incesante flujo cultural desde Francia hacia Polonia empezando por el entusiasmo histórico por las ideas jacobinas, la traducción de literatura, la adopción de sus métodos de estudio en el mundo académico y terminando por las revistas populares con aroma francés tan del gusto de las señoras de Polonia, y esto no son más que unos pocos ejemplos —puso cuidado en remarcar—, porque el tema en sí es harto complejo.

Thomas no estaba satisfecho de la respuesta que había dado. No había sido lo suficientemente ágil y tampoco se las había sabido ingeniar para entretejer con los

ejemplos una historia que resultara lo suficientemente atractiva. Se sentía como un muelle oxidado porque hacía meses que solo hablaba con Klarissa.

El joven se estaba retirando de los labios unos restos secos de nata y Bauer, volviéndoles la espalda con ostentación, se apresuró a acusar a Thomas de confundir al personal intencionadamente. Milton había creado los departamentos con fines nacionalistas, no racistas, y había empleado todo tipo de teorías psicológicas. Thomas rechazó el comentario de Bauer y se echó una cucharadita de azúcar glas sobre su ración de Strudel de manzana. Evitó los translúcidos ojos de Bauer que eran como una especie de imán para los pensamientos. Weller le dirigió una mirada de sorpresa: «¿Qué haces jugueteando con el Strudel y sin probarlo? ¿Dónde ha ido a parar tu apetito?».

Thomas, molesto, pinchó el tenedor en un pedacito de la tarta, se lo llevó a la boca, y aunque el sabor dulzón de la manzana le repugnaba, lo engulló y, enseguida, tomando un trago de su bebida, volvió a respirar. Seguro que Weller lo estaba observando porque sopesaba si ofrecerle un trabajo. Todos los que estaban sentados allí alrededor de la mesa sabían que en esos momentos no estaba trabajando. La palabra *desocupado* lo ponía tan enfermo que no se atrevía a decírsela ni a sí mismo. Las interminables horas libres le habían enseñado que las pesadillas diurnas eran peores que las nocturnas, porque horrorizaban por su simplicidad.

Bauer, por el contrario, había sido convocado a la reunión por haber trabajado en Milton en el pasado y su papel ahí era comprobar que Thomas no se apartaba de la verdad en cuanto a sus actividades en la empresa. Por otro lado, como Bauer no lo soportaba, haría todo lo posible porque fracasara cualquier colaboración entre Thomas y Weller. La mayor parte de su vida Thomas había ignorado a los tipos como Bauer, porque no estaba dispuesto a perder el tiempo con ningún pelmazo que no fuera capaz de captar sus ironías ni sus ideas, ya que lo más que llegaban a entender eran los titulares de los periódicos. ¿Y ahora tenía que responderle a ese asno? Miró a Bauer con compasión, como si lamentara de verdad que fuera tan ignorante, y sentenció:

—¡De todo tiene la culpa el psicoanálisis judío! Claro, claro, señores... Los judíos les han copiado las ideas a los alemanes (Nietzsche, el *Bildung*<sup>[23]</sup> y demás) y las han deformado. El ministro de Propaganda ya advirtió en 1933 que no se podía permitir que los judíos fueran los comentaristas de Alemania. Pero los modelos alemanes de Milton eran objeto de la envidia de las empresas de *marketing* de toda Europa. En realidad, en Milton lo que se propuso fue una especie de *Bildung* para los negocios. El método les venía dictado: primero conoced en profundidad el entramado de creencias de los ciudadanos del país en el que vais a actuar, y después conoced a vosotros mismos, construid vuestro futuro por medio del continuo perfeccionamiento de vuestras capacidades. Toda empresa, para mejorar, debe comprender que le está ofreciendo un producto a una persona con una nacionalidad que tiene unas características propias... Y el Departamento de Investigación de la compañía Milton



ponía a disposición de las demás compañías un amplio abanico de resultados científicos.

El joven soltó que toda esa idea le resultaba algo fantástica. Thomas dio tranquilamente un trago a su bebida helada; era preferible que supieran ya desde ese momento que no todo comentario merecía una respuesta por su parte. Los que lo rodeaban se entretenían tintineando con la cucharilla entre el plato y la taza. El joven murmuró algo en contra de los norteamericanos y todos asintieron. Thomas notó que el joven podía llegar a hacer un frente común con Bauer contra él. Al fin y al cabo los dos despreciaban o por lo menos tenían la necesidad de despreciar su trabajo a favor del capitalismo, aunque por otro lado necesitaran del conocimiento adquirido por la compañía estadounidense. Por eso, lo que Thomas tenía que hacer era recalcar el germanismo como fundamento de su trabajo allí y el provecho que podía suponer. De cualquier modo, en realidad, el joven y Bauer no eran más que unos convidados de piedra en aquella reunión.

Con un gesto decidido de la mano se metió en la boca un trozo grande del Strudel, se lo tragó como si ansiara con toda su alma comerse aquellas malditas manzanas, y aunque se le quedó metida una miga entre los dientes, vio que al menos Weller lo miraba con aprobación. A continuación se inclinó hacia este —para que viera que ese acercamiento era una cuestión cultural de educación y de hombre de mundo, algo que normalmente se le escapaba a los demás— y le contó con gran amabilidad los principios de su modelo:

—Al decir *alma* hemos querido decir *raza* y no esas tonterías que defiende la psicología. Si los polacos han creído que se trataba del alma, deberían avergonzarse. Porque la característica más destacable del hombre polaco es la combinación fatídica de una gran petulancia y una profunda obstinación. La historia nos ha enseñado que los polacos han seguido el consejo de Rousseau: «No podréis evitar que vuestro país sea engullido por las grandes potencias, pero procurad, por lo menos, que no os engullan a vosotros». No existe otro pueblo en Europa que haya tenido unas pretensiones tan atrevidas: cada grupo de cuatro polacos armados con una sola lanza ha creído poder derrotar al ejército del zar. Y si me permiten profundizar respondiendo a la pregunta aquí planteada: el proyecto fue ideado y establecido en Alemania, mientras que el resto de las sucursales no son más que un espejismo del original. Pero lo principal es que tenemos en nuestro poder un mecanismo para predecir el comportamiento del hombre de la nación polaca. Y en contra de todos los «especialistas en cuestiones del Este» que sostienen teorías hipotéticas a pesar de no haber estado jamás en Polonia, el sistema de Milton ha sido mejorado y perfeccionado teniendo en cuenta los escarmientos extraídos de nuestro trabajo en la sucursal de Varsovia.

Weller asintió muy satisfecho y una oleada de energía le recorrió el cuerpo a Thomas. Ahora resultaba que, unos cuantos meses después de que Milton hubiera cerrado sus oficinas en Alemania dejándolo a él en caída libre hacia el abismo, sin

trabajo, sin una indemnización razonable, sin derecho a ser compensado con una pensión por las sucursales que él había creado con sus propias manos, había llegado al lugar correcto.

Mientras acariciaba la montura metálica de las gafas, Weller le contó que su superior, el doctor Schnure, tenía una cita esa noche con el embajador soviético en funciones —Thomas no entendió bien el nombre, puede que Astachov, y que iba a estar allí un tal Babarin— y añadió, como si le estuviera revelando un secreto, que en esos momentos el doctor Schnure estaba redactando un acuerdo comercial nuevo por un valor de cientos de millones de marcos imperiales, mediante el cual Alemania le compraría a la Unión Soviética materias primas que la industria alemana necesitaba como el aire para respirar. Su joven ayudante se puso a enumerar con entusiasmo: trigo, aceite mineral, algodón, forraje para el ganado, fosfatos, madera.

«Los veo muy entusiasmados a estos con ese posible acuerdo comercial», se rio Thomas para sus adentros, y como respuesta expresó su admiración por el arquitecto del acuerdo: es una idea genial que cambiará el aspecto de Europa para siempre.

Weller y el joven siguieron alabando al doctor Schnure, y el joven hasta sostenía que en el Ministerio de Asuntos Exteriores todos sabían que Weller hablaba por boca del doctor Schnure y que la política de Schnure la predicaba luego Von Ribbentrop. Bauer, naturalmente, aprovechó la ocasión para poner orden, y amonestó al joven con dureza: «Nadie le dicta nada al ministro de Asuntos Exteriores, salvo el *Führer*».

¿Por qué sería Bauer tan rígido? En su imaginación se dirigió al oficial con absoluta frialdad, como Karlson Mailer en la fiesta de año nuevo. Pero esa estúpida fantasía no hizo más que demostrarle a Thomas que durante los últimos meses el dominio que había tenido sobre su consciencia y sus actos había mermado mucho.

Weller se dirigió a él con voz melindrosa y Thomas se imaginó la voz como un balancín acolchado que lo invitaba a columpiarse en él, así que se puso en guardia de inmediato. Ese hombre podía resultar un adversario peligroso. No era por casualidad por lo que le acababa de contar que muy pronto el mundo entero se sorprendería del nuevo negocio que iba a hacer Alemania con la Unión Soviética. Con ello lograrían retirar el último obstáculo para poder ocuparse del caso de Polonia: el *Führer* debía tener el asunto arreglado cuanto antes, porque resultaba insoportable el trato que se le estaba dando al pueblo alemán. La guerra con Polonia era ya solo cuestión de semanas y en el Ministerio de Asuntos Exteriores consideraban que no se había invertido lo suficiente en el estudio del hombre polaco. Necesitaban hacerse con esa valiosa información para que Alemania supiera cómo ocuparse de los polacos cuando dominara el país.

—En el Ministerio de Asuntos Exteriores estamos muy preocupados. Las distintas agencias han asignado ya a sus propios especialistas en cuestiones del Este y pueden llegar a tener alguna idea extraña que dañe nuestro buen nombre. Nos habría gustado ver un plan comedido y moderado que nos hubiera descrito los medios con los que tenemos que tratar a la población. Porque aunque aquí todos critiquen a los polacos,

se trata de unas personas que tienen sus creencias...

Thomas sintió que un escalofrío de entusiasmo le recorría el cuerpo. Le comunicó a Weller que no le cabía la menor duda de que su modelo podría resultar de gran ayuda al Ministerio de Asuntos Exteriores. Porque la compañía se había pasado muchos años recabando precisamente ese tipo de información y analizándola al detalle. Pero el modelo original de Milton resultaba un poco limitado para las necesidades del gobierno en Polonia, y por eso había que ampliarlo. Había que conseguir un modelo integral, aunque tendrían que hacer un estudio, una nueva síntesis de los datos reunidos para el modelo original que como ya se había dicho se centraba en la faceta comercial. En realidad, se trataba de establecer un modelo nuevo...

La lengua, como cualquier otro músculo, con un poco de entrenamiento vuelve a su agilidad.

Se les acercó un camarero y se puso a recoger los platos en una bandeja. Excepto por el pan que quedaba en el cestillo y su propio Strudel, no quedaban sino las migas y un poco de crema para el café.

—En este restaurante le sirven a uno las mejores tartas de todo Berlín —suspiró Weller, y Thomas le hizo señas al camarero para que no se llevara su Strudel, que ahora tenía un aspecto todavía más panzudo que antes de haber comido de él.

Mientras jugueteaba con el tenedor, Bauer le preguntó en tono de burla:

—Como experto que es usted de asuntos del este de Europa, ¿habla polaco, su excelencia?

Thomas soltó el tenedor y le dijo de muy buen talante que entendía polaco, faltaría más, pero que no lo hablaba con soltura, y se apresuró a nombrar los idiomas que sí dominaba bien: inglés, francés, italiano y también ruso. Weller parecía satisfecho y el joven lo observó ahora con admiración, pero por el rostro de Bauer pasó una especie de temblor indefinido que dejaba claro que lamentaba haber hecho la pregunta.

Weller aprovechó la ocasión para presumir de su ruso, ya que por su trabajo tenía que hablarlo.

—¿Y cuándo ha tenido usted tiempo, *Herr Heiselberg*, de estudiar todo eso? —le preguntó en ruso con un acento un tanto duro.

—Siempre me han gustado los idiomas —dijo Thomas disfrutando de su acento moscovita—. De adolescente aprendí ruso de los libros y después mi madre me puso un profesor de Moscú. Lo que hago es captar la música de la nueva lengua porque así, aunque me falten las palabras, resulta mucho más fácil.

—En efecto, podría haber escogido, quizá, un vocabulario más preciso, y las declinaciones también podrían pulirse un poco. Si lo desea, yo podría ayudarlo a mejorar un poquito —le propuso Weller en un tono muy serio y lleno de buenas intenciones—, pero su acento, por otro lado, es realmente envidiable.

El semblante de Bauer se oscureció al ver la proximidad con la que se trataban

ahora Weller y Thomas. Se agachó, cogió unas cuantas piedras de la gravilla, empezó a hacerlas saltar en la mano y exigió con firmeza que alrededor de aquella mesa se hablara solamente alemán.

—*Herr Heiselberg*, ¿puede, acaso, prepararse un nuevo modelo en un lapso de tiempo tan breve? —preguntó Weller.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —respondió Thomas con una pregunta de la que al instante se arrepintió porque consideró que se había precipitado en mostrar demasiado interés.

—Como mucho, unas pocas semanas —contestó Weller—. Las negociaciones entre Alemania y la Unión Soviética se iniciarán muy pronto.

Thomas no se apresuró a responder y dejó que Bauer se jactara de los contactos que con tanta lasitud estaban teniendo lugar entre las potencias de Occidente y la Unión Soviética, como si el retraso que llevaba fuera un logro personal suyo. Bauer dijo que les advertía que si el gobierno no actuaba pronto, los franceses y los ingleses le propondrían a Stalin parte de Europa del Este para tentarlo a declararle la guerra a Alemania.

—Stalin no firmará con ellos ningún acuerdo —dijo el joven con desprecio —/porque ha echado del Ministerio de Asuntos Exteriores al judío Litvínov para mejorar sus relaciones con Alemania. No hay lugar para otro tipo de análisis.

«Este joven tiene valor —pensó Thomas—. Le dan un palo tras otro pero no cede».

—En efecto —le dio la razón Weller, el experto en cuestiones de la URSS—, pero el modelo del que nosotros hablamos no va a nutrirse de cualquier información periodística.

—Naturalmente que no —saltó Thomas aprovechando la oportunidad—, nuestro modelo se basa en unos firmes principios de investigación. No va a la zaga de los acontecimientos, sino que explica el presente y propone las actuaciones pertinentes para conformar un futuro. Por eso evitamos un contacto directo con la política actual.

La palabra *actual* la pronunció con el mismo tono de repulsa con el que se la había oído pronunciar a los profesores en la universidad cuando los estudiantes hacían preguntas relacionadas con la actualidad.

—Eso es justo lo que necesitamos —dijo Weller hinchando los carnosos carrillos.

Bauer, visiblemente molesto, volvió a hacer saltar las piedrecitas de una mano a la otra para finalmente encerrarlas con fuerza en uno de los puños y decirle a Thomas:

—Eso tan valiente que ha dicho usted antes de qué los judíos han deformado las ideas de los alemanes me sigue resonando en la cabeza, y lo que va a hacer ahora, en realidad, es librar a Alemania de los judíos...

—Creo que he descrito con todo detalle nuestros métodos de trabajo.

—Mientras que hasta hace no tanto se dedicaba a salvar a los judíos de Alemania —completó Bauer la frase como si no lo hubiera oído.

—Sería una pena perder el tiempo con chismorreos —se apresuró Thomas a decir mientras se preguntaba si se referiría Bauer a la señora Stein, a Erika Gelber o a ambas—, y no es usted quien tiene que juzgar mi contribución al Reich. Cuando el partido luchaba por su existencia y usted todavía recitaba versos latinos en el colegio, mi padre lo dio todo por el partido.

—Señores —exclamó Weller espantando unas moscas que le rondaban la cara, y mirando a Bauer con impaciencia añadió—, mantengan el respeto mutuo.

—Volviendo a nuestro asunto, es evidente que nuestro modelo, en un principio, será parcial, ¡pero lo iremos mejorando hasta que resulte perfecto! —declaró Thomas de muy buen humor, animado por el hecho de que también Weller empezara a estar harto de Bauer. Lo que tenía que hacer era hablar solo de su asunto, y de una manera concluyente—. Miren, la cometa ha caído, pero el NSP no hace más que subir y subir. ¡No hay en el mundo una organización tan efectiva para con el bienestar del pueblo!

—Con el carbón que yo les regalo se podría calentar una ciudad entera —presumió el joven.

Thomas engoló la voz y les contó que el día anterior había cedido a la organización las mejores prendas del ropero de su querida madre fallecida, y que se sentía muy feliz de saber que esas ropas iban a alegrar a tantas señoras. Clavó la cucharilla bien hondo en el Strudel, del que ya no quedaba gran cosa, y se puso a masticar las manzanas y la masa.

—Y también usted, *Hauptsturmführer* —dijo dirigiéndose a Bauer, porque aunque se sentía vencedor no le haría daño un poco de humildad—, estoy más que convencido de que ha contribuido con una buena donación para los hijos pobres de la patria.

Regresó a casa lleno de energía, con la cabeza repleta de ideas y de planes, y enseguida se dio cuenta de que faltaba el abrigo rojo de cuello vuelto de Klarissa y que también habían desaparecido sus olores: el de la crema del pelo, el de los perfumes, tan cambiantes, el aroma de la hierba fresca del césped que se le pegaba cuando venía de la universidad. Klarissa se había ido a Westfalia aquella mañana en compañía de un grupo de chicas del NSP para repartir todo lo que habían recogido en las ciudades pequeñas y en los pueblos. Con vistas al viaje reunió todo lo que encontró por casa y ya no les servía: un abrigo, zapatos, unos cuadernos, libros de texto, y lo empaquetó todo junto con la ropa de la madre de Thomas, la discreta contribución de este a la organización a la que pertenecía Klarissa.

—Todo eso es muy loable y está muy bien, pero esa ropa tiene también un valor sentimental —se quejó Thomas ante Klarissa, al verla meterlo todo en una caja.

—Cuanto más grande sea la sospecha, más grande deberá ser la donación —le espetó ella en alusión a los sucesos de noviembre, con una expresión vencedora en el luminoso rostro—, y además, tú mismo me has enseñado que seguir centrando todas

nuestras miradas en el «feliz tiempo pasado» es la peor enfermedad del alma germana. Una casa no es un museo en recuerdo de los muertos sino un sitio en el que la gente vive.

(No había dicho «en el que uno vive», sino «en el que la gente vive», se hizo notar Thomas a sí mismo ese detalle).

—¿Le has dicho a Karlchen que te vas? Porque si no lo has hecho, se me va a presentar aquí todas las mañanas —le dijo haciéndose el enfadado.

—Pues claro que se lo he dicho, no te preocupes —sonrió Klarissa—, ya le he advertido que ni se le ocurra acercarse a ti. Además, le das un poco de miedo.

Durante las últimas semanas Klarissa había dormido casi siempre en la habitación de la madre de Thomas y en lugar de pagarle un alquiler, le llevaba la casa. A veces llegaba tarde, un poco bebida, con un fino vestido de verano y un peinado que se cambiaba todas las semanas, mientras que él, por su parte, se quedaba en el salón leyendo un libro o planeando todo tipo de «iniciativas mercantiles», mientras esperaba, en realidad, que ella volviera y se plantara ante él con todo su esplendor, sonrojada y sonriente, apoyándose en la pared y con los zapatos de tacón quitados, uno en cada mano. En ese momento la habitación parecía adquirir movimiento, como si la recorriera una corriente oculta, y a pesar de que aparentemente allí nada había cambiado, Thomas se llenaba de vida y su cuerpo despertaba al instante. Aparentaba sentir un gran interés por lo que ella pudiera contarle y se ponía a preguntarle dónde había estado, si se había divertido, y deseaba con todas sus fuerzas que se quedara a su lado: en esos momentos se sentía feliz y lleno de esperanza, porque todo volvía a parecer posible. En ocasiones no regresaba a casa de Thomas, sino que se quedaba a pasar la noche en casa de alguna amiga, en casa de sus padres o en otro lugar, pero él nunca se atrevía a preguntarle dónde, y él se dormía en el salón o terminaba por arrastrarse hasta su dormitorio mientras en la ventana clareaba ya la mañana.

Pero Thomas no era el único al que las noches de Klarissa tenían en vilo. Resultó que también preocupaban a Karlchen, su hermano de siete años, que estaba muy unido a ella. Desde el momento en el que descubrió que solía dormir en casa del vecino —Thomas nunca le había preguntado si lo hacía con el consentimiento de sus padres o si se trataba de una pequeña rebelión por su parte—, subía por la mañana temprano los dos tramos de escalera y llamaba a la puerta. Si su hermana estaba allí, esta, por lo general, lo devolvía a casa de sus padres, pero a veces lo metía en la cama con ella, dependiendo de la moraleja que quisiera que aprendiese, en palabras de ella, mientras que Thomas opinaba que le daba demasiados caprichos a su hermano. Y también había sucedido que el niño se había presentado especialmente temprano a llamar a la puerta de Thomas, y este se había encontrado diciéndole, «querido niño, yo también busco a tu hermana», y después le había dado a beber un vaso de leche caliente y se habían quedado a esperar juntos a Klarissa.

Esa noche el niño le preguntó:

—¿Dónde trabaja usted? Klarissa dice que era usted muy importante, y que ahora

se queda en casa quejándose, pero que ella lo está ayudando para que sea una persona todavía más importante que antes.

Thomas se rio.

—Pero ¿tú crees que una persona puede dejar de ser importante?

El niño le dirigió una furiosa mirada, sopló en la leche y no le contestó. Exactamente igual a como hacía Klarissa cuando algo no le gustaba.

Thomas se paseaba distraído por las habitaciones hasta que volvió a centrarse en las oportunidades que se abrían a sus pies como un abanico a raíz de la reunión que había tenido. Se sirvió una copa de coñac y se sentó en el despacho. Hacía tiempo que había dejado de fumar en pipa. El tabaco le recordaba las salas llenas de humo de Milton, además de que consideraba que había llegado la hora de esforzarse por dejar costumbres insanas. Planeaba apuntarse a un grupo de natación, o de remo, de los que todavía no había obtenido respuesta a pesar de haber cursado la solicitud pertinente. Entre tanto hacía gimnasia dos veces por semana en su casa.

Un pajarillo grisáceo estaba posado en el alféizar de la ventana picoteando las migas de pan que Klarissa ponía allí, cuando de pronto una ráfaga de viento agitó el pesado cortinaje que impulsado hacia fuera golpeó al pajarito. Este se asustó, resbaló entre los pliegues de paño y Thomas se levantó de un salto y corrió hacia allí porque creyó que el pájaro habría caído a la calle, pero se encontró con que ya no estaba. Seguramente había conseguido remontar el vuelo.

Se dio la vuelta y se quedó observando el oscuro despacho salpicado de pequeñas zonas de luz. El viento de la tarde hacía titilar la llama de la vela. La excelente idea de convertir en despacho el cuartito en el que su madre almacenaba recuerdos y objetos viejos había sido de Klarissa. Pero cuando ella no estaba lo asaltaba el pensamiento de que ahí es donde pasaría sus últimos años en la soledad más absoluta. De repente se sintió inundado por la certeza de la muerte que pisoteando todos los demás recuerdos y reflexiones parecía quererle acallar la consciencia. La muerte asustaba, pero más aterradores eran los años que su madre llamaba «los años del atrio», los que preceden a la muerte y forman ya parte de su reino, los años en los que se alternan la negación y el reconocimiento de los signos de la vejez en el cuerpo y durante los que sus fuerzas van cada vez a menos.

La verdad era, además, que desde la infancia había notado que una parte de su alma no daba señales de vida, que una determinada zona de ella, que además se desgastaba poco a poco, ya había sido entregada a la muerte y que todo lo que le quedaba era contemplar aquello con el horror de la resignación.

Soltó una tremenda palabrota y se esforzó por volver al asunto de la reunión con Weller. Según parecía tenía ante sí dos posibilidades: una era escribir un informe y exigir por él una cantidad desorbitada de dinero en un solo pago, pero el documento iría de departamento en departamento y si no incluía las opiniones comúnmente

aceptadas sobre los polacos, todavía iban a acusarlo de apartarse de los principios del partido y de estar de parte de los eslavos y de los asiáticos. La otra posibilidad era escribir un informe que repitiera las consabidas injurias, aunque entonces era de suponer que en el Ministerio de Asuntos Exteriores lo iban a considerar un auténtico idiota y rechazarían sus servicios. ¿Sería posible, por otro lado, hacer juegos malabares y llegar a conciliar ambas posturas? Para ser sincero consigo mismo le parecía que el resultado sería desafortunado y de nulo provecho.

Había que reconocer que el modelo de análisis creado en la sucursal de Milton en Varsovia impresionaba por lo completo que era. Todo lo que tenía que hacer ahora era reorganizarlo. En la versión original había un apartado que trataba del tipo de comercio del que se ocupaban los judíos polacos. Lo que él haría ahora sería ponerlo al día y cambiarle el título, que podía ser, por ejemplo, *Rasgos de la personalidad del judío polaco*. El gran reto consistía en utilizar el material ya existente para poder colarse cuanto antes en el Ministerio de Asuntos Exteriores y, a ser posible, ocupar un puesto de influencia.

Se trataba de una ocasión de oro porque esa era la primera propuesta de trabajo adecuada a sus cualidades que recibía desde hacía meses (si se obviaba el ofrecimiento de ser el consejero de aquella cansina mujer, la señora Schultz-Klink de las Mujeres del Reich), por lo que debía cuidarse mucho de no dar un paso en falso. Aunque elaborar un documento para unas personas a las que no conocía y de las que ignoraba sus aspiraciones y sus luchas internas era como vendarse los ojos con un pañuelo y bajar a la calle a insultar a los transeúntes: las posibilidades de que alguien se fuera a enamorar de la idea eran nulas, mientras que podía tener por seguro que recibiría una buena paliza.

Finalmente llegó a la conclusión de que lo mejor sería preparar un escrito breve que contuviera los principios básicos del modelo polaco y adjuntarle la propuesta de que contrataran sus servicios como consejero. Tan solo después les entregaría el documento completo.

—El asunto se resolverá a satisfacción de todos —se dijo en voz alta, y dando un trago del coñac lo retuvo en la garganta disfrutando del cálido ardor del licor—. Se trata del clásico caso en el que todos necesitan de todos.

\* \* \*

El documento que presentó —«Un modelo interdisciplinar: el tipo ideal de hombre de la nación polaca»— contenía doce apartados y resultó del agrado de los altos cargos del Ministerio de Asuntos Exteriores. Como el tiempo apremiaba, fue llamado de urgencia y transferido a las distintas agencias del Reich. Al cabo de tan solo una semana, la víspera de la invasión de Polonia, recibieron un aluvión de llamadas urgentes de las SS, del Ministerio de Economía, del Ministerio del Interior, del de Justicia y del de Propaganda, del despacho de Hermann Göring y del doctor Todt —



que concentraba ahora todos los objetivos técnicos del Reich y tenía a Thomas en gran consideración—, lo mismo que de varios oficiales de la Wehrmacht y de institutos de investigación que trataban asuntos del este de Europa. Todos querían entrevistarse con Thomas, alababan el informe, exponían sus reservas y, sobre todo, presentaban ideas referentes a sus próximos cargos en Polonia. Le llovieron cientos de preguntas de los temas más diversos, como acerca del grado de oposición del polaco a aceptar a los *Volksdeutsche* en los puestos locales, o qué medios eran los más adecuados para neutralizar a la *intelligentzia*, cómo tratar el comercio polaco, y cuál era la manera de pensar de los sacerdotes católicos. También le preguntaron si a su parecer había que crear en Polonia un protectorado, qué diferencias había entre el judío alemán y el judío polaco, sobre el estatus de los gitanos en la sociedad polaca, acerca de la capacidad de trabajo de la mujer polaca, y un sinfín de cuestiones más.

El capítulo en el que Thomas comparaba la postura de los polacos para con Alemania y el Reich y su postura para con la Unión Soviética, y que a él le parecía el más brillante de todo el informe, despertó, quizá por eso mismo, gran interés. Había surgido la idea —que a ojos de Thomas era una idea demencial aunque tenía encandilados a numerosos altos funcionarios de la comandancia— de animar a los agentes polacos más conflictivos, sobre todo del seno de la *intelligentzia*, a trasladarse a las zonas ocupadas por los soviéticos. En su documento, esa idea era blanco de unas durísimas críticas. Thomas argumentaba que el odio que el polaco sentía por el ruso frenaría cualquier iniciativa de promover esa migración y por ello las únicas posibilidades reales eran o «incitar la emigración bajo coerción» o el exilio.

Al poco tiempo, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, decidieron celebrar un seminario en el que debatir el informe de Thomas y al que invitarían a los representantes de las distintas dependencias destinadas a actuar en Polonia. Ernst von Weizsäcker, secretario de Estado a través del Ministerio de Asuntos Exteriores, anunció que presidiría el seminario, asunto que naturalmente se mantendría en secreto y en el que todos los participantes debían comprometerse a no hablar de él excepto con sus superiores. Weller no cabía en sí de gozo cuando le comunicó a Thomas que Von Weizsäcker dirigiría el debate.

—¿Entiende usted la importancia de ese hecho? Significa que el Ministerio de Asuntos Exteriores respalda el documento oficialmente... ¡Es un logro sin precedentes!

Weller, el «descubridor» de Thomas —hecho que le había costado «una lucha a brazo partido con varios funcionarios, algunos de ellos realmente peligrosos, que no son en absoluto partidarios de tu idea y mucho menos admiradores tuyos»—, veía en el mucho interés que el informe había despertado un triunfo personal y se sentía el impulsor de un gran acontecimiento.

El día del seminario, Thomas se despertó a las cuatro de la mañana. Se quedó tendido

en la cama puliendo innumerables veces las frases del discurso que iba a pronunciar. Cuando una determinada formulación de una idea le gustaba especialmente, la ensayaba. Por supuesto no había escrito nada: los discursos trascendentales había que sabérselos de memoria. A las cinco se bañó con agua fría. Mientras lo hacía se dedicó a recopilar las últimas órdenes que le daría a Weller antes de que los convocados se reunieran en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Cuando salió del cuarto de baño, Klarissa estaba ya en la cocina vestida con una bata y preparando el desayuno para ambos.

—¿Creías que no me iba a despertar? —le dijo riéndose al tiempo que le señalaba la silla con el dedo—. Aunque a Klarissita no le guste madrugar, cosa que es verdad, ¿cómo no iba a hacerlo en un día como hoy? He saltado de la cama como a quien se le están quemando las sábanas.

El aroma de los huevos fritos le abrió el apetito. A Klarissa le olía la cara deliciosamente a jabón y limones y mientras desayunaban, como seguía hablando, le contó las últimas peripecias de sus viajes con las mujeres del NSP: «Los alemanes pobres son muy cómicos; nos hemos encontrado con muchos que solo tenían en casa leche y pan y que se han empeñado en donarlo de todas maneras. En Solingen una mujer nos suplicó que la organización se volviera a llevar toda la ropa que le habían donado».

Él la escuchaba y de vez en cuando hacía alguna observación agradeciéndole para sus adentros los esfuerzos que estaba haciendo para calmarle los nervios. Cuando terminaron de desayunar Klarissa retiró la loza y él encendió la primera pipa, que llevaba meses apagada, y se quedó allí en silencio.

A las seis en punto ella se sentó en la silla de enfrente, se puso muy recta, cruzó las piernas y entonces él se levantó para pronunciar ante ella el discurso. Klarissa no movió ni un solo músculo de su hermoso rostro hasta que Thomas terminó de hablar. Esa había sido su petición expresa: nada de sonrisas de ánimo, nada de asentir en señal de aprobación, nada. Seguro que al seminario asistirían un montón de personas a las que toda aquella idea les parecería descabellada porque podía llegar a amenazar el cuerpo que ellos representaban. Estarían allí frente a él con el único propósito de encontrarle todos los defectos posibles a su informe, hacerle perder la confianza en sí mismo y después anunciarles a sus superiores que el Ministerio de Asuntos Exteriores no tenía ni idea en lo tocante a los polacos. Al terminar el discurso Klarissa le hizo notar que algunas de las frases resultaban demasiado desafiantes. Pero en ese punto discrepaban: en opinión de Thomas el desafío era inherente a cualquier idea nueva.

Estaba a punto de regresar al dormitorio para ponerse el traje, cuando Klarissa lo llamó:

—Thomas —susurró con los ojos muy brillantes—, está más que claro que tu maravilloso discurso va a hacer que todos se caigan de la silla, porque ni siquiera los discursos del *Führer* se acercan a este tuyo. Y no se trata solo del discurso. He leído

el informe. Estás haciendo algo muy grande por Alemania —y se sonrojó ligeramente porque comprendía que la afectación no era su estilo, así que optó por sellar sus palabras dándole un beso en la frente.

En el momento en el que los labios de ella se despegaron de su frente, el cuerpo entero de Thomas anheló su contacto. Se dominó, y dándole a su voz un tono de broma, le dijo:

—Basta, basta, querida niña, que lo que yo necesito es mucha calma para poder pronunciar mi discurso. Dime que hoy no es un día transcendental.

Klarissa no le contestó sino que se dirigió descalza —las uñas de los pies pintadas de rojo— hasta el sofá y se tendió en él dispuesta a hacer los deberes que le hubieran puesto en la universidad, tal y como tenía por costumbre.

En ocasiones Thomas sentía la necesidad de hacerle caso y entonces le dedicaba tiempo y se ponía a hablar con ella, pero normalmente la evitaba. Klarissa, por su parte, casi nunca se enfadaba con Thomas, pero el empeño de este en darle siempre la razón la entristecía. Incluso el asunto de si arreglar o no la ventana de la habitación de la madre la sublevaba por la pasiva actitud de él. Un día le contó que Charlotte, una tía suya casada, le había dicho que no le gustaban los hombres que se encogen y se dejan manejar por las mujeres. Thomas tuvo más que claro que podía darse por aludido. La expresión «comportamiento natural» unida a todas las peroratas de Klarissa encaminadas a que Thomas se comportara como si ella fuera una visita y que hiciera en su casa lo que le viniera en gana no sirvieron para nada, sino que lo recluyeron en un ambiente en el que le parecía que todos sus actos resultaban como pintados por una capa de artificiosidad. A veces quería librarse de aquello y sostenía que la palabra *naturalidad* no era más que otro modo de llamar al comportamiento «poco refinado», aunque en realidad temía relacionar esos términos porque no veía mucha base en ese vínculo, como si Klarissa hubiera decidido ponerle un plazo para que la admitiera y cuando todo estuviera arreglado, ella desaparecería.

A veces la imaginaba despertándose en la cama de su madre, y todavía levantando la cara de la almohada poner la expresión del que está solo y busca algo conocido, a pesar de que todas las mañanas volviera a darse cuenta de que allí no había nada conocido. La certeza de ese miedo lo horrorizaba. Por lo general Thomas se recreaba con temores en los que en realidad no creía. Erika Gelber sostenía que disfrutaba de esos miedos precisamente por eso, porque no creía en ellos. Pero puede que tuviera sensaciones en las que Erika nunca llegó a entrar en profundidad. «Está bien, en este momento no voy a conseguir deshacerme de todo lo que me agobia», se dijo a sí mismo con rabia por no haber sabido refrenar la angustia a tiempo, y se fue a vestir. De pie ante el espejo y con el traje ya puesto, volvió a tener la certeza de que su futuro dependía completamente de él. El informe había sido un éxito y de nada iban a servir las críticas de sus enemigos, así que, adelante, ¡sal a defender lo que es tuyo!

Durante los meses que no había trabajado y se había quedado en casa sin hacer nada, Klarissa siempre le decía que su gran día todavía estaba por llegar, que Milton

no había sido más que una pequeña parada en el camino y que dentro de unos años, cuando mirara hacia atrás, no entendería por qué había atravesado esa crisis personal que lo hacía encerrarse en casa como un leproso. ¿Dónde veía él la tragedia? Que las empresas cierren es algo normal, así que lo que hay que hacer es pasar a trabajar en otras empresas, además de que diez años en la misma compañía ya es todo un logro en sí.

Si no hubiera sido por Klarissa, cuya dulzura y fe incondicional en su potencial lo iluminaban por las tardes, habría caído en la desesperación. En opinión de ella, Thomas tenía todas las cualidades del legendario Sigfrido y por eso conseguiría en la vida todo lo que se propusiera. Thomas podría ser un estupendo arquitecto, un escritor que desentrañase los misterios del alma humana, y en especial alcanzaría el éxito como productor de cine que sabría combinar el talento artístico con el de los negocios, porque lo que era ella ya lo estaba viendo en Babelsberg rodeado de actores...

A los veinte minutos estuvo listo para bajar a la calle y su mente se concentró por completo en la sala de reuniones del edificio del Ministerio de Asuntos Exteriores en Wilhelmstrasse. A Klarissa ya no se acercó sino que le dijo adiós con la mano desde lejos. Ella le dirigió una mirada de sorpresa que se tornó al instante en una animosa sonrisa, como si comprendiera que ese día estaba dedicado a un único propósito, así que exclamó:

—¡Sigfrido, a por ellos, conquístalos!

Le pareció notar un deje de burla en la voz de Klarissa y es que a veces se preguntaba si ella no le estaría insinuando que se tomara la vida un poco más a la ligera.

Bajó muy deprisa las escaleras, saludó al portero de muy buen talante y salió a la calle entregándose al cálido vientecillo del verano, como si pretendiera purificarse en él. Un coche del ministerio lo esperaba ya, a propuesta de Von Weizsäcker.

—Buenos días, *Herr Heiselberg* —lo saludó el chófer.

Thomas balbució un «buenos días» y se sentó en el asiento de atrás. De pronto se le vino a la memoria el día en el que su padre le anunció que le habían ofrecido un trabajo en Rusia. Era un brumoso día de otoño de 1922 y de regreso de la universidad lo estuvo esperando en el café de Wagner. Su padre apareció con un impermeable que tenía los puños raídos y con barba de días. Sin prolegómenos le anunció a Thomas que se iba a unir a un pequeño grupo de ingenieros, técnicos y obreros de la compañía aeronáutica Junkers que iban a ir a ayudar a levantar una fábrica para la construcción de aviones no lejos de Moscú. A pesar de que su padre siempre había aborrecido a los comunistas, estaba ilusionado con aquel viaje, y eso que la idea de que tan solo unos pocos años después de la terrible guerra, en la que habían muerto sus mejores amigos, él iba a construir aviones de combate para los rusos le parecía demencial, pero desde que Alemania había firmado un acuerdo con los bolcheviques, decidió renunciar a todo intento de llegar a comprender a su gobierno. La propuesta que le habían hecho

tenía dos ventajas: la primera era que obtendría un ascenso y con ello un aumento de sueldo, y la segunda, que podría alejarse de Alemania durante un tiempo, y a su vuelta quizá fuera posible que él y Marlene recompusieran su matrimonio.

Wagner les sirvió un helado de vainilla y los saludó amablemente. Thomas le respondió con un movimiento de cabeza y su padre dijo algo en voz muy baja y ronca. Después tomaron un café y Thomas le enseñó a su padre unas cuantas frases en ruso: «Quiero una ración de *borscht*», «Mi hijo llegará a dirigir las mayores empresas de Alemania», «Dicen que San Petersburgo es la ciudad más bonita de Europa». Al otro lado del cristal de la ventana del salón del piso de los Heiselberg, Thomas vio de pronto el rostro de la señora Stein, que los estaba observando sin el menor pudor. Cuando se despidieron, su padre le recordó que seguía esperando que Thomas se uniera a la organización estudiantil Ring, pero Thomas le anunció que no pensaba andar por la universidad gritando como un idiota «¡Despierta, Alemania!», y que además él no era un hombre político.

El padre se fue a Rusia y desde allí les escribió a Thomas y a su madre tan solo unas pocas cartas. Pasado un año resultó que la nueva fábrica le había supuesto a Junkers unas pérdidas enormes de manera que tuvo que ser transferida al gobierno soviético. Su padre volvió a trabajar en la fábrica de Dessau y pasados unos meses lo despidieron. Desde entonces no consiguió más que algún que otro trabajo temporal a cambio de unos salarios miserables y se negó siempre a aceptar el ofrecimiento de Thomas de ayudarlo. Se afilió al Partido Nacionalsocialista y pasaba la mayor parte del tiempo con sus nuevos compañeros. Su madre y la señora Stein decían que el hombre había vuelto finalmente con la chusma, donde siempre había tenido su verdadero hogar.

En su entierro, en 1930, Thomas estuvo acompañado por decenas de miembros de las SA que pronunciaron unos responsos llenos de afecto. Alabaron a su padre por su entrega a la sociedad alemana, por su fidelidad para con sus compañeros (había pedido que lo enterrasen junto a Horst Wessel, su joven amigo asesinado por los comunistas). Ahora comprendió Thomas que, a diferencia de la imagen que tenía de su padre, este había sido un hombre muy activo y había vivido los últimos años rodeado de amigos, y el solo hecho de saberlo le produjo una gran satisfacción. Agradeció, pues, a los presentes las palabras de despedida dedicadas a su padre y el afecto que le habían tenido. Al final de la ceremonia cantaron todos juntos varias estrofas de las canciones del partido.

Los invitados al seminario se sentaron alrededor de la mesa de caoba. Todos tenían delante una carpeta con la copia del documento, un bloc del mejor papel y dos lapiceros pulcramente afilados. En las breves palabras de bienvenida que pronunció Von Weizsäcker, recalcó que aquella reunión debía considerarse como una especie de coloquio cuyo objetivo era proponer ideas creativas por si llegaba a darse el caso de

que «Alemania se viera obligada a tener que luchar en Polonia» (el hombre quería conservar cierta cautela). A continuación le pasó la palabra a Thomas.

Al cabo de unos minutos este notó ya que los presentes —incluso los contrarios a su informe, que él había identificado enseguida— estaban impresionados por la amplitud de miras de su discurso y por la elegancia de su estilo. Ahora había optado por la ironía y se disponía a traer a colación una divertida anécdota de la historia, así que se diría que no había nada que le pudiera proporcionar más satisfacción que estar pronunciando esa conferencia. Cuando terminó, los presentes golpearon la mesa en señal de aprobación, pero en el momento en el que los golpes cesaron, se puso en pie el representante de Goebbels, el ministro de Propaganda, y pidió la palabra.

El hombre dijo muy decidido:

—Con todos mis respetos por la combinación de disciplinas que ha traído a colación el honorable conferenciante en su apasionado discurso, tengo que decir que el capítulo cuarto del documento, el apartado que trata acerca del pueblo polaco, es un verdadero escándalo. El señor escribe como si esa gente tuviera un pasado. Resulta tan claro como la luz del sol que la masa eslava no tiene historia y que eso no es más que un invento de la más rastrera propaganda, porque no existe nada que pueda ser llamado el «hombre de la nación polaca».

—Todos los eslavos son un mismo pueblo —se oyó otra voz desde el extremo opuesto de la mesa.

El representante de Rudolf Hess dijo que estaba completamente de acuerdo con esa opinión y añadió que el capítulo cuarto también había provocado descontento en el seno del partido. Incluso aconsejó volver a imprimir el informe sin él.

—No puede corromperse la valiosa ciencia de la historia que nació aquí en Alemania con falsedades. Si me lo permiten ustedes, voy a citar unas palabras de *Herr Hess*, presidente del Comité Central del partido: «Existen pueblos auténticos con raíces históricas, y todo historiador que se precie presentará pruebas de la relación directa que se da entre el alemán ario, la primitiva raza nórdica y los caballeros teutones, mientras que según el informe del Ministerio de Asuntos Exteriores, cuatro monos podrán decidir mañana que son los descendientes de Julio César y exigir que les devuelvan Roma». Los eslavos no son merecedores de un estudio en profundidad como el presente y no hace falta entender nada de su historia ni de su mentalidad para ocuparse de ellos con mano férrea.

—Señores —respondió Thomas, agradeciendo de corazón a Weller y a Von Weizsäcker que lo hubieran puesto en guardia ante un ataque como aquel—, sus observaciones son muy útiles e interesantes, y ni que decir tiene que comparto esa opinión con ustedes, pero lamento decirles que no llevan a nada. El capítulo cuarto es un estudio exhaustivo que refleja el modo en el que el hombre polaco, y solamente él, conforma su identidad y la visión de su pasado y no importa en absoluto si la investigación histórica llega a mostrar que un país llamado Polonia es una de las mentiras sembradas con generosidad en el mundo durante los dos últimos siglos. Les

pondré un ejemplo: supongamos que alguien desea comprar una empresa. Lo primero que hará será analizar sus balances. Después estudiará las convicciones de sus dueños. Porque una persona que crea que su empresa es todo su mundo negociará de una manera diferente a como lo haría alguien que esté convencido de que una empresa, por naturaleza, es moneda de cambio, incluso si uno ha contribuido poco en pos de la empresa y el otro ha dedicado a ella sus mejores años.

Se hizo un profundo silencio y Thomas oyó sobre todo las respiraciones de Weller y Schnure. Le bastó con dirigirle una furtiva mirada a Weller —que se notaba que deseaba deshacerse de Thomas al tiempo que quería salvarlo— para comprender que el ejemplo que había puesto no había sido del agrado de los presentes y que incluso había reforzado los requerimientos de sus oponentes en cuanto a su defensa del capitalismo, sus buenas relaciones con los norteamericanos, su tardía adhesión al partido y, quizá también, en lo referente a la extraña historia de la asistenta judía (Weller se había molestado en hacerle saber todas las cuestiones por las que era criticado, lo mismo que su propia opinión que consistía en poner por encima de todo las virtudes del difunto *Herr Heiselberg* y su fidelidad al partido). Esa era la primera lección que tener en cuenta, se dijo: nada de poner ejemplos del mundo empresarial.

—El grado de capacidad del polaco para luchar hasta la muerte y amargarnos Ja vida no tiene relación alguna con la verdad histórica —intervino finalmente Weller—, sino exclusivamente con el conjunto de sus creencias y opiniones, y por eso, con vistas al coloquio (y quiero recalcar que es solo con vistas al coloquio), sí existe un hombre de la nación polaca.

El representante del Ministerio de Justicia estuvo de acuerdo con las palabras de Weller y añadió no sin cierta fanfarronería que «la historia nos enseña que tanto los necios como los inteligentes luchan insistentemente por sus creencias y el necio no lucha peor que el inteligente».

Un joven doctor del Departamento de Investigaciones Eugénicas del Instituto Káiser Wilhelm se interesó en un tono burlón por la base científica del capítulo seis, que trataba de la raza polaca. Exigió saber «¿por qué no se ha aconsejado usted con expertos en la materia como Hans Günther o Roben Ritter? ¿Por qué no se encuentra aquí un representante del Instituto Rosenberg?».

Weller le respondió que todos los escritos y pareceres de los expertos en asuntos de Polonia se habían tenido en cuenta en el informe, lo mismo que la amplísima bibliografía sobre el tema, los estudios de los distintos expertos polacos y los de los consejeros de los demás países, además de material de primera mano como eran las miles de entrevistas a polacos así como los resultados de las empresas y compañías que tenían también sede en Polonia.

—El informe presentado por el Ministerio de Asuntos Exteriores es el más completo que pueda encontrarse en Alemania hoy —concluyó.

Entonces Bruno Berger, el representante de la Oficina de la Raza y el Reasentamiento —Weller le había contado a Thomas dentro del más absoluto secreto

que en esa oficina estaban sopesando muy seriamente apoyar el desplazamiento de gran parte de la población polaca—, dijo que había sentido una gran indignación al leer los trabajos del centro arqueológico de Polonia.

—Que esos tontos estén buscando las raíces del pueblo eslavo todavía tiene un pase —protestó—, también lo tiene el que se tiren los días en sus oscuras iglesias mirando fijamente los altares con ojos de cordero degollado, pero ¿que hayan creado unos institutos de investigación? ¿Y que se dediquen a buscar las raíces de no sé qué pueblo eslavo en territorio alemán, en nuestro país?

A Thomas le gustaba Bruno Beger. Tenía los gestos altivos y serenos de la persona que espera que lo admiren y reconozcan su valía sin que por su parte eso tenga que suponerle a él esfuerzo alguno. No en vano corría el rumor de que el Ministerio de Propaganda había propuesto usar la imagen de Beger en los panfletos y pósteres para que representara en todo el Reich la perfección del hombre nórdico.

—Mañana a sus científicos se les ocurrirá asegurar que ellos son los nórdicos verdaderos y nosotros mongoles —exclamó el doctor del Instituto Káiser Wilhelm.

—Por eso el firme consejo del informe es que en cuanto nos hayamos hecho con Varsovia cerremos el Museo Nacional de la avenida Jerozolimskie, lo mismo que el Museo Arqueológico del parque Lazienki —respondió Thomas muy tranquilo—. Les ruego que presten atención al capítulo titulado «La locura de las excavaciones y el fortalecimiento del nacionalismo». Los polacos llevan excavando durante los últimos decenios por todas partes, y en especial en el núcleo antiguo de la ciudad de Varsovia, y todo por reunir el mayor número de testimonios a favor de su historia nacional. Todas las semanas inauguran alguna perla del pasado que acaban de encontrar. Solo durante el último mes de octubre organizaron una gran ceremonia y presentaron un nuevo tramo descubierto de la ciudad antigua. Es por eso por lo que proponemos que se añada a la lista de la *inteligentzia* a cualquier polaco que en cualquier momento haya tenido algo que ver con la arqueología.

—Señores —dijo Weller—, deberíamos tener en cuenta el hecho de que su imperio existía ya en la Edad Media. Les quiero llamar la atención sobre el capítulo que trata de la literatura polaca, en especial sobre las páginas en las que se habla de las novelas históricas de Henryk Sienkiewicz, unas pésimas novelas que no hay adolescente polaco, sin embargo, que no lea. ¿Y de qué tratan? De las batallas y las victorias de su imperio, por supuesto, y sobre todo de los caballeros teutones. Está claro que los polacos han creado toda una red de pruebas para intentar demostrar la antigüedad de su identidad. Además de que no puede negarse que los polacos tienen méritos propios en los que apoyarse, como la conquista de Moscú, por ejemplo. A lo que voy es que al margen del tejido militar, nos espera un tejido que podríamos llamar «histórico-cultural».

—En efecto, en el capítulo «La francofilia llevada al extremo», que trata de las distintas influencias culturales —añadió Thomas, mientras se decía a sí mismo que Weller se había aprendido el informe muy deprisa y que hablaba de él como si fuera



fruto de su pluma—, el informe aborda también la influencia francesa en los polacos. Esa influencia se manifiesta por el concepto que la democracia polaca tiene en muchas cuestiones de vital importancia que ahí quedan detalladas, pero también en los asuntos menores del día a día: el modo en el que la mujer polaca imita en su forma de vestir, en los modales y hasta en su comportamiento sexual a la mujer francesa, o incluso el papel que desempeñan en esas novelas de internado que tanto les gustan a las jóvenes polacas.

—¿Y cómo va a poder influir en la política que vaya a desarrollar el Reich en Polonia el hecho de que cualquier joven Zoshia lea una atrevida novela de internado, a pesar de que el cura no se lo permita? —preguntó Bruno Beger lanzándole a Thomas una mirada de aburrimento mientras tamborileaba con los dedos en el reloj de muñeca.

—Si su señoría tuviera a bien leer el capítulo hasta el final, puede que hallara la respuesta —contestó Thomas—. La verdad es que nos preocupan varios temas. Por ejemplo, en el caso de que consigamos derrocar al clero, puede que pretenda ocupar su lugar el espíritu de la Revolución Francesa, que en estos momentos ya ha calado bien hondo en el pueblo y en la prensa, y entonces se verá muy reforzado el sentimiento democrático y su fidelidad a la identidad polaca que se considerará que ha de defenderse a cualquier precio. El informe analiza Polonia tal y como es hoy y deberá ser tenido en cuenta a la hora de establecer la política que va a practicar el Reich en Polonia. Cuando explicamos la razón por la cual no es aconsejable expulsar a cientos de miles de polacos hacia el Este, esperamos que se nos escuche. Ahora bien, desde el momento en el que la política que se va a seguir esté decidida, la flexibilidad del informe nos permitirá proponer las soluciones más efectivas para conseguir el objetivo.

Beger quedó muy impresionado por la abrumadora respuesta. «El insolente ese no sabe con quién está hablando», pensó Thomas para sus adentros, ahora muy seguro de sí mismo: con alguien que ha hecho ventas en Milton a unos precios desorbitados y que llegó a ser socio de todas sus filiales, ¡algo que él no se había atrevido a pensar ni en sueños!

Durante la comida, mientras los invitados se agolpaban alrededor de los platos de porcelana de la KPM<sup>[24]</sup> ribeteados de rosas blancas, Weller se sentó a su lado y le susurró que estaba preocupado por el hecho de que Zivers, de la Sociedad para la Investigación y Enseñanza sobre la Herencia Ancestral Alemana, le hubiera enviado al ministro de Asuntos Exteriores una furibunda carta en la que atacaba el informe aduciendo que la Ahnenerbe era el instituto de investigación líder en todo lo relacionado con el estudio de la historia de la raza aria y su comparación con las demás razas, y que era inadmisibles que cualquiera se erigiese a sí mismo en gran especialista sobre los polacos.

—Es todo un honor que la Ahnenerbe se haya molestado en criticarme —respondió Thomas muy complacido—, y entre nosotros, Weller, ¿qué es la ciencia

sino un tira y afloja entre el espíritu de los tiempos y el gobierno? Para poder saquear África, la ciencia de los ingleses decidió que los negros solamente tenían una cuarta parte de humanos, mientras que los franceses y los belgas clasificaron a los negros de un mismo pueblo como «negros-blancos», «europeos de piel negra» y «negros inferiores». La ciencia de los americanos también llegó a las mismas conclusiones. Dígame qué necesidades tiene usted y cuál es su propósito y le proporcionaré una teoría científica a su medida.

Weller frunció el ceño y se alejó del grupo. De vez en cuando lo asaltaba el deseo de ser justo, pero por suerte eso solía ocurrirle solamente después de que las decisiones correctas ya hubieran sido tomadas. Thomas, por su parte, se pasó la comida insistiendo en que todos recordaran la actitud batalladora de su padre en Berlín durante la contienda y su amistad con Horst Wessel.

Cuando entraron de nuevo en la sala de reuniones, Von Weizsäcker se disculpó y no volvió a mostrar desacuerdo. El resto del día transcurrió en medio de la mayor placidez. Thomas respondió con mucho tino a todas las preguntas y se diría que el arrojo y entusiasmo que demostró, como si acabara de salir de la ducha matinal, fue aplacando a sus opositores.

Hacia el final del seminario, el representante del Frente de Trabajo Alemán preguntó:

—¿Por qué llama *Herr Heiselberg* al hombre polaco «el tipo ideal»? ¿Qué tienen de ideales esos polacos?

Risas y voces de chanza resonaron por la sala, y alguien gritó de repente:

—¡Palas al hombro! —lo que redobló las risotadas.

—Eso, eso, ¡palas al hombro! —repitieron entusiasmados unos cuantos.

El representante del Frente de Trabajo Alemán, un gordo que había tenido que oír en más de una ocasión las burlas que despertaba su institución por comparar las palas con armas, se refugió en los papeles que tenía delante.

Thomas sintió vértigo. No, ahora no, se puso a rezar, pero unas sombras cóncavas, como una especie de bóvedas de polvo, se difuminaban ya ante sus ojos. Frente a ellos surgió parpadeante una mandíbula firme y pulcramente afeitada, un cuello con las marcas de un acné muy rojo, una cinta azul en el cuello de la camisa, y unas charreteras doradas que centelleaban como un río por el que brincara el sol y en el que si se echara una red, se extraerían de él lingotes de oro. Se quedó mirando a su alrededor y vio los rostros de los presentes flotando en el espacio, como globos.

Todo lo que había aprendido trabajando en Milton no le iba ahora a servir de nada con esa gente. Allí había aprendido a calar a las personas, a clasificarlas por categorías. Mientras que aquí, la cantidad de organizaciones y de gente que tenía que poner en la balanza era demasiado enorme. Sus viejas habilidades no le iban a servir de mucho en esta ocasión, a excepción de su facilidad para improvisar. Sentía la misma desesperación que sentiría un niño al que hubieran dejado solo en medio de una autopista y le pidieran que identificara a los conductores de cien coches que

pasaran.

Las bóvedas de polvo empezaron a desaparecer y el aire se aclaró. Los ojos de Thomas se posaron en Beger, que le devolvió una mirada picara. Con un hombre así podría uno hacer amistad sin problema, se dijo Thomas. En ese momento Beger borró la sonrisa de su rostro y le echó un buen rapapolvo al pobre hombre del Frente de Trabajo Alemán, al que amenazó con que iría a hablarle de él a Robert Ley, porque no era de recibo que hubieran enviado a un foro de discusión tan decisivo a un funcionario de última fila cuyo nivel cultural dejaba en muy mal lugar tanto al Frente de Trabajo Alemán como a la mismísima Alemania.

—M-a-x W-e-b-e-r —lo reprendió también Weller—, busque ese nombre en la enciclopedia.

Una vez finalizado el seminario se le acercó Martin Luther, asesor de Von Ribbentrop en el Ministerio de Asuntos Exteriores, le pasó el brazo por encima del hombro y en un tono entusiasta le susurró:

—¡Herr Heiselberg, su discurso ha sido magnífico! ¡Realmente hace falta una cara nueva en el ministerio!

Otros funcionarios también se le acercaron para alabar su intervención, lo mismo los nuevos consejeros de Von Ribbentrop que los veteranos empleados del ministerio, los funcionarios de oficio como Weller, que odiaban a los primeros. Pero Thomas sabía muy bien que en el Ministerio de Asuntos Exteriores, como en cualquier otro lugar, hasta los más remisos acabarían por acostumbrarse al nuevo jefe.

—Tu informe ha salido muy bien parado y por lo menos por un día has tenido el beneplácito del ministerio entero, pero no te hagas ilusiones, porque desde mañana mismo empezarás a coleccionar enemigos —le dijo un joven funcionario.

Después de que la Wehrmacht ocupara Polonia, aumentó el número de solicitudes para «adquirir» el informe, que se había convertido en uno de los buques insignia del Reich. A pesar de ello sus opositores eran muchos y había hasta quien calificaba a Thomas de charlatán, perdido megalómano y cerdo capitalista. Los científicos rechazaron parte de sus conclusiones aun cuando estas estaban muy próximas a las de ellos. Los miembros de la Asociación para el Estudio del Norte y Este de Alemania declararon que el informe suponía una vergüenza para la ciencia alemana, aunque eso era de esperar, ya que habían conseguido puestos influyentes en el Ministerio de Asuntos Exteriores y temían perderlos. También Goebbels era contrario a todo ese revuelo en torno a la investigación científica sobre los eslavos y dijo que el informe reflejaba cobardía, y Rosenberg escribió al ministro de Asuntos Exteriores para decirle que el lugar natural del autor del informe era el Ministerio de Propaganda. Aun y con todo, la mayoría de los participantes en el seminario alabó la interdisciplinariedad del texto que tocaba la biología, el arte, la arqueología, la historia y la filosofía, así como el éxito de los redactores del informe en cuanto a su clarísimo

estilo y las firmes conclusiones acerca de los polacos y de los pasos que sería imprescindible dar para gobernarlos.

En el Ministerio de Asuntos Exteriores empezaron a sentir un gran respeto por el estudio en cuestión y a alabar el enorme esfuerzo que tenía que haber supuesto redactarlo: siete años de investigación de decenas de casos, cientos de miles de datos de material de primera mano, por no hablar de las prospecciones sobre el terreno en Polonia. Todos esos comentarios divertían mucho a Thomas, sobre todo porque nadie había visto jamás las «miles de páginas redactadas en un lenguaje profesional»: los mismos datos de Milton, filial de Varsovia, que le habían servido de base.

Enseguida aparecieron defensores y detractores del informe, de modo que lo que había que hacer ahora era centrarse en el debate de qué estamentos ocuparían los puestos de importancia en Polonia. El mismo día de la invasión, Hermann Göring en persona ordenó que se le prohibiera a Thomas entrevistarse con el doctor Todt y sus hombres. Pero Thomas, después de meditarlo y de tomar consejo de unas cuantas personas, decidió hacer caso omiso de la orden y, según se vio luego, tomó la decisión adecuada.

Pasaron unas cuantas semanas y Hans Frank, desde la comandancia de Cracovia, solicitó que se le enviara el informe porque lo necesitaba más que nadie. No le faltaba lógica, reconocieron Thomas y Weller, pero se apresuraron a frustrar la iniciativa. Hacia finales de septiembre, cuando llegaron los primeros rumores de las atrocidades de los soviéticos en Polonia, aumentó la admiración por la capacidad de predicción de los redactores del informe, y en palabras de Karl Schnure «en nuestros días, incluso cuando alguien repara en lo evidente, merece nuestra admiración».

Del despacho de Göring también llegó una petición para que los incluyeran en el Plan Cuatrienal como consejeros jefes. Weller, ebrio de éxito, respondía a todas aquellas llamadas con una engreída negativa y los invitaba a «comprar el informe». En octubre, cuando los gobernantes de las provincias y de las nuevas instituciones en Polonia se encontraban en lo más álgido de su frenesí organizativo, y los distintos ministerios e instituciones pugnaban por un pedazo del pastel, se decidió que Weller y Thomas se trasladaran a Varsovia para funcionar como una especie de prolongación del Ministerio de Asuntos Exteriores con el propósito de servir de consejeros a todo estamento que precisara del auxilio del informe para tomar las decisiones más oportunas. Von Ribbentrop puso en sus manos una carta con instrucciones estrictas: Weller y Thomas eran funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores y su subordinación al mandatario de Varsovia era exclusivamente técnica; el informe era propiedad del Ministerio de Asuntos Exteriores; «cualquier institución que haga un uso indebido del informe pondrá en peligro los esfuerzos del Ministerio de Asuntos Exteriores por mantener el buen nombre de Alemania en el mundo».

Recibieron una planta entera en un pequeño edificio de oficinas de la calle Marszałkowska, y dos amplios pisos en Nowy Świat. El gobernador del distrito les cedió dos funcionarios que debían seleccionar todas las peticiones según los criterios

de Thomas en Milton: desde «de máxima urgencia» —los clientes que a nosotros más nos interese—, hasta «urgencia de cuarto grado» —las consultas de los clientes en los que menos interés tengamos—. Para las labores de secretaría contrataron los servicios de dos chicas *volksdeutsche* que estaban en sus veinte largos, nacidas en Polonia y que habían estudiado en la Universidad de Varsovia. Weller quiso contratar más empleados, pero su petición de presupuesto para ello le fue denegada. La cantidad que les había sido asignada era realmente pequeña, cosa que no podía interpretarse más que como una ofensa, pero Thomas estaba convencido de que se la aumentarían en cuanto ellos demostraran su efectividad.

Al menos una vez por semana tenían una reunión en el hotel Bristol, el lugar en el que se alojaban los altos mandos de la Gestapo. El propio Thomas se había hospedado en ese hotel durante sus dos estancias anteriores en Varsovia y no había dejado de admirarse del ambiente lleno de vida y novedad que allí reinaba: un amplio abanico de lenguas le acariciaba los oídos y despertaba en él un fuerte deseo por dominarlas todas; huéspedes de toda Europa hablaban de las novedades de sus respectivos países; y allí siempre se encontraba uno con alguien agradable con el que entablar una conversación de negocios llena de refrescantes ideas. Ahora, por el contrario, el lugar estaba repleto de alemanes uniformados y en el aire resonaba un habla oficial y burda, pero Weller y él se veían obligados, de todos modos, a acudir allí para encontrarse con los funcionarios de peso, establecer pactos, recoger rumores y divulgarlos, seguir la pista de las variaciones de estatus de aquellos funcionarios y militares con los que sus respectivos ministerios estaban en contacto, o como Weller solía decir, «aunque solo sea. Dios, por llegar a entender dónde nos encontramos nosotros en todo este galimatías».

\* \* \*

—Cada vez que te topas con un grupo de niños saliendo en tropel al patio del colegio, entiendes que tú ya has muerto una vez.

Thomas y Georg Weller pasaron por delante del edificio de un colegio que tenía el portón de barrotes de hierro tirado sobre el asfalto. La cúpula descansaba sobre unos ventanales de cristales purpúreos moteados de rayas azules, y a los pies de la pared se extendía el patio, desierto y rodeado por un muro de ladrillos rojizos contra el que se acumulaban las hojas caídas de los árboles.

El pequeño Thomas anda a saltos por la ruidosa calle junto a los escaparates. Su padre le grita que no se aleje demasiado. Las luces de los escaparates se reflejan en los ojos de los transeúntes. Modelos de coches, un chaquetón, un sofá muy historiado, una mesa de cristal con las patas de madera tallada, y entre todas esas maravillas y Thomas aparecen los muchos ritos de la infancia y las fiestas, después el matrimonio, los estudios y un trabajo duro, hasta el día en que consiga convertirse en su propio dueño. El pequeño Thomas ve su futuro: fama, muerte, o las dos cosas. Por

la mañana queda con sus amigos para ir juntos al colegio donde estudian latín, historia y matemáticas. En los recreos establecen pactos y hacen grupos echando a suertes quién va con quién; Bruno, el italiano, llora porque no lo han admitido ni en el grupo que va a favor de Espartaco ni en el que va en contra. «Uníos a la liga de natación de la vieja Prusia», y todos alaban al atleta que ha corrido los cien metros en diez segundos y poco más. Thomas se siente un extraño entre ellos porque le parece que se ocupan de verdaderas tonterías, así que se limita a tratarlos con su ironía paternalista. No comprende cómo se avienen, por voluntad propia, además, a limitarse a un mundo de estúpidos juegos cuando a dos pasos restalla con todo su esplendor el gran mundo en el que está la verdadera vida. Niños, ¿no entendéis que aquí estamos atrapados? Vayámonos lejos del edificio, crucemos el reseco césped de los columpios, el tobogán y el cartel: «Parque Público Johann Heinrich Pestalozzi, 1746-1827», saltemos la valla ¡y estaremos en el mundo!

Su padre lo está esperando a la puerta del colegio, endomingado. Lleva puesta la ropa de un obrero que, cobrando un sueldo muy bajo, se casó con la heredera de una pequeña fortuna que se consume muy deprisa, una heredera que le compra los trajes para no avergonzarse de él. Nada más que eso. Su padre va pelando la masilla fresca de las ventanas de las plantas bajas. Se mancha de masilla el sombrero y los dos saben que por la tarde la madre va a poner el grito en el cielo. Corren hacia Friedrichstrasse. A veces su padre sueña con Thomas, pero otras le pone un cerco a los sueños para indicarle lo que nunca va a suceder. Sueños sobre Federico el triste, el cautivador de la intensa mirada. Después a Thomas empezó a interesarle América, junto con el padre de Hermann, una de las personas a las que más admiraba. Los niños y los padres se burlaban de él, pero Thomas no entendía cómo podían despreciar a alguien que hubiera conseguido de los americanos una mercancía tan estupenda.

Su padre también odiaba Estados Unidos y sentía verdadera hostilidad hacia todos los países que se habían unido jurándose que Alemania nunca volvería a ser un país fuerte, que untaban a políticos y militares corruptos y publicaban en la prensa artículos llenos de traición, animando a los comunistas a manifestarse contra su país, que luchaba por su existencia. Pero a los que más odiaba era a los intelectuales y a los artistas degenerados del Romanisches Café, que denigraban la cultura alemana.

—Alemania no perdió en la guerra, recuérdalo siempre, hijo. No perdimos, nos vendieron.

El viento les azota la espalda con sus gélidas ráfagas. Ahí está su madre. Siempre irrumpe en sus recuerdos impidiendo que siga tan tranquilo pensando en su padre. Mamá y papá están con él, es domingo al mediodía. Se encuentran muy cerca de él pero no pueden protegerlo de la lluvia. Su padre habla de algo que está en el aire y que desaparece; a su madre, de pronto, se le vuela el sombrero, y el pelo se le alborota, por mucho que intenta sujetárselo con las manos. Los rizos le resbalan por la cara.

—*Was ist das, Vati?*

El sombrero rueda hacia la calzada y es aplastado por los coches. Los coches siguen pasando. Su padre lo mira. La madre mira al padre. Thomas los mira a los dos. ¡Qué pequeñitos los ve de repente! Esa ha sido su primera gran pérdida.

—Varsovia es una ciudad tan sórdida. No me extraña que sigan yendo a la guerra a caballo.

A Thomas le pareció que se despertaba de un sueño y le dirigió a Weller una mirada amigable. ¿Habría conseguido borrar el dolor de sus ojos? Resultaba difícil contener la mirada. Podía dominar los gestos de la cara, la risa, las lágrimas, eso eran pequeñeces.

—Oye una cosa... —añadió Weller con aire soñador—. Cuando el pasado agosto acompañé al ministro de Asuntos Exteriores y al doctor Schnure en su visita a Moscú, miré el cielo por la noche y vi que estaba clarísimo, lleno de multitud de estrellas. El cielo de los moscovitas me inspiró un gran respeto. Comprendí de pronto la enorme grandeza de esa tierra.

A los labios de Thomas asomó una sonrisa. Menos mal que Weller se había puesto a parlotear librándolo así de las garras del recuerdo. Le pasó la botella de coñac y entrechocaron unas copas imaginarias en el aire.

A veces, Weller le contaba sus peripecias como miembro del séquito que acompañó al ministro de Asuntos Exteriores a Moscú para firmar el tratado con los comunistas. Se conoce que no sabía que todo el mundo en el Ministerio de Asuntos Exteriores chismorreaba acerca de las humillaciones por las que tuvo que pasar allí: no fue invitado a la primera reunión, la íntima, ni a la de la noche, la ampliamente concurrida, y a la segunda conferencia, la de septiembre, ni siquiera fue convocado.

—La mayor parte del tiempo lo dejaron en la embajada recibiendo mensajes —se había reído Martin Luther, mientras seguía contándole a Thomas lo mucho que le había admirado al ministro la forma de ser de los moscovitas, además de que juraba que Stalin era la persona que más le había impresionado en su vida, exceptuando el *Führer*, claro está.

Weller es un hombre demasiado cauteloso —pensó Thomas—, y alguien tan pendiente de la moderación nunca llegará a nada importante ni será invitado a ninguna reunión realmente decisiva. No sería inteligente por mi parte tenerlo como único patrón. Debería acercarme a Karl Schnure y a Martin Luther.

—Ah, si no fuéramos amigos, me daría usted muchísima envidia —dijo Thomas, muy risueño—. ¿Cuántas noches como esa habrá visto el mundo?

Weller se enderezó las gafas, el conocido gesto que le permitía disponer de un instante de tiempo durante el que refrenar su furia. A continuación se tiró de las mangas bajo el chaquetón y se alisó las arrugas laterales del pantalón.

—Ribbentrop es con toda seguridad el orgullo de todos los vinateros —dijo pausadamente.

Ahora estaba claro que los agravios por los que había tenido que pasar eran tan

grandes que no era capaz de refrenarse. Aunque Weller solía utilizar el lenguaje del gobierno, en no pocas ocasiones sus palabras reflejaban cierta aversión hacia los peces gordos del partido. Su postura conservadora, su elevado nivel cultural y las profundas raíces que lo vinculaban a la administración prusiana —su bisabuelo había sido asesor político del káiser—, todo ello unido a la sensación que tenían las personas como él de pertenecer al estado, le dificultaba aceptar el hecho de que un aluvión de tipos llegados de los pueblitos más remotos, o todavía peor que eso, de lugares como Riga, Reval o incluso Chile, se hubieran convertido en los dueños de Alemania.

Avanzaban por la calle Marszałkowska. Jirones de periódicos viejos volaban al viento. A través de las puertas y de las ventanas reventadas se veían pisos destrozados y abandonados por sus habitantes. De vez en cuando pasaban ante un edificio en el que varias personas retiraban los escombros con mucha parsimonia. Incluso vieron una hilera de jóvenes echados en el suelo aplanando la tierra sobre la que se había echado arena. Los vigilaban tres soldados de la Wehrmacht que se paseaban de aquí para allá completamente ociosos y fumando cigarrillos. Unos cuantos niños polacos llevaban carretillas de arena con las que maniobraban entre los transeúntes que se hacían a un lado en cuanto oían el rechinar de las ruedas de una carretilla. Los camiones, las motos, los martillos, las carretillas, los escombros que se estrellaban contra el suelo, todo ello junto le daba a la calle un aspecto de cotidianeidad, de ciudad viva, que se veía sin embargo enturbiado por el idioma polaco medrosamente cuchicheado y por los prudentes carraspeos, provocados por el polvo que salía de los materiales de derribo, lo mismo que por el silencio de los niños que reflejaba un tembloroso temor ante cualquier nuevo decreto que aumentara la tensión contenida que se respiraba en la calle. Del tremendo alboroto que le alegraba a uno el alma en la concurridísima avenida Jerozolimskie y en las sinuosas callejuelas de la ciudad antigua, tan solo quedaba un abatido bisbiseo. Ahora, además, había mucho sitio en las calles. Varsovia aparecía débil y desamparada. Durante el primer fin de semana en la ciudad, Thomas había arrastrado a Weller hasta el esplendoroso y cosmopolita cruce de las calles Zgoda y Szpitalna, donde había situado la sucursal polaca de Milton en su primera visita a Varsovia. Ahora el edificio estaba abandonado. No quedaba en él ninguna gran empresa ni redacción de periódico y solo seguía viéndose en lo alto, bajó el alerón del tejado, el letrero de Chevrolet. Parecía el decorado de una función que había tocado a su fin.

De pronto comprendió la gran oportunidad que brindaba la ciudad: se trataba de un bloque de cemento en bruto que necesitaba de una mano que lo apresara, que llenara de leyes, de ordenanzas, de lógica y de cualidades esenciales todos los espacios vados que había en aquella dudad en la que, en realidad, nada resultaba comprensible, ni para los polacos ni para los alemanes. Y si él se arrojaba con determinación al centro del escenario con sus soluciones y les demostraba a todos que solamente su modelo podía llegar a dar sentido a la dudad, conseguiría convertirse en



uno de los alemanes más influyentes de Polonia.

Tres jóvenes señoras avanzaban hacia ellos. Thomas las observó. Las tres se parecían muchísimo, lo mismo que sus vestimentas: abrigo negro de lana, zapatos de tacón, y entre el abrigo y los zapatos, veinte centímetros de medias de seda. Solo los sombreros las diferenciaban. Una llevaba una pabela que le cubría todo el cabello; la otra, un sombrerito azulado del que asomaban unos bucles; y la tercera, un tocado verdoso que parecía una boina militar.

—Weller, mire qué mujeres más guapas —dijo Thomas apuntando con la barbilla hacia los sombreros—, esos sombreros son de Paul Poiret, los distingo a distancia, siempre tan elegantes, sin estridencias. Nuestra sucursal de París trabajaba con él.

Se hicieron a un lado para dejar paso a las mujeres, que inclinaron la cabeza en señal de agradecimiento. Sus miradas, de un resplandeciente gris plateado, reposaron un instante sobre Weller y Thomas. Dos de ellas apartaron enseguida los ojos y los dirigieron hacia el cielo.

—¿Nos estarán dando las gracias a nosotros o a los aviones de Göring? —se rio Thomas.

Siempre se mostraba muy alegre ante el dolor de los demás, y no porque quisiera verlos en dificultades, sino porque le consolaba saber que el sufrimiento era algo general que afectaba a todos. Que un día le tocaba estar triste al prójimo y a uno alegre, mientras que al siguiente se cambiaban las tornas.

—Si me dijeras que todos mis problemas son rutinarios, característicos de la época, de las personas e incluso de los alemanes, te lo agradecería, me largaría de aquí y ensalzaría tu santo nombre para siempre —le había dicho un día a Erika Gelber. A la tal Erika, que incluso tras largos años de terapia con ella todavía no siempre sabía distinguir cuándo Thomas bromeaba.

Las mujeres pasaron junto a un grupo de soldados que estaban reclutando hombres en la calle para entregarles una pala y llevarlos a un edificio cuyo interior se había derrumbado por completo y del que no quedaban más que las paredes exteriores, igual que las alas de un pájaro que hubiera perdido el cuerpo. Dos hombres jóvenes con unos bigotitos muy estilizados se pegaron a las mujeres con la esperanza de que los soldados los creyeran sus acompañantes, pero uno de los soldados les llamó la atención y ellos se volvieron haciéndose los sorprendidos. El soldado los llevó a empujones y a patadas con los demás trabajadores.

Después pasaron Thomas y Weller junto a un grupo de árboles pelados que parecían un pelotón de guardia venido a menos. Un poco más allá había unas tiendas muy bonitas de menaje para la casa, de ropa, unas preciosas joyerías y un salón de té en el que conversaban varias mujeres envueltas en hermosos abrigos.

—La guerra es un asunto muy extraño —dijo Thomas—, en un sitio lo destruye todo, y a dos pasos de allí no hay ni rastro de ella.

—Escuche, Thomas —dijo Weller sentándose en un banco y haciéndole señas para que se sentara a su lado. Thomas miró con pena las tres siluetas negras que

desaparecían al final de la calle—, sabe que le considero un buen amigo y por eso es usted el único al que puedo pedir consejo acerca de un asunto cuyos detalles estoy convencido de que no le son desconocidos: no me gustaría hacer caso omiso de lo que se murmura de mí por la manera en que me trataron en Moscú...

—La verdad es que han llegado a mis oídos todo tipo de rumores —reconoció Thomas—, pero procuro mantenerme alejado de los chismorreos, sobre todo de los que afectan a los amigos.

—Llevo años ocupándome de los asuntos referentes a la Europa del Este, Rusia sobre todo —dijo Weller, que, por supuesto, no lo había escuchado—; he dedicado toda mi vida a ese país, así que tendría que haber estado allí.

—Según tengo entendido, fueron solamente unos cuantos los que llegaron a ser invitados a las reuniones.

—Escogieron como intérprete a Hilger —resopló Weller, cuyo rostro, sonrojado normalmente por el efecto del coñac, se mostraba ahora muy pálido. Se enjugó la frente con el pañuelo, tosió ya continuación se puso la mano en el corazón. Ahora parecía un hombre mayor y amargado por los muchos desplantes que había tenido que soportar en la vida.

—No es de extrañar —dijo Thomas—, es lógico que el embajador Schulenburg prefiriera a uno de sus hombres.

—No hay nadie en el Ministerio de Asuntos Exteriores que confíe en ese calvo —dejó Weller escapar entre dientes—, porque se encuentra demasiado próximo a los soviéticos.

—Habrán otras ocasiones —quiso Thomas tranquilizarlo, mientras le daba una palmadita de ánimo en el hombro y observaba que los dos bultitos que Weller tenía en las mejillas se hinchaban de la misma manera cuando se reía y cuando se enfadaba.

Una bandada de cuervos echó a volar de repente con unos estruendosos graznidos desde uno de los árboles, abriéndose ante ellos como un abanico al diseminarse sus miembros por los tejados de los edificios carbonizados. El cielo, a su espalda, tenía el tono turbio y amarillento de principios de invierno.

Weller volvió la mirada hacia él y parecía más animado.

—Thomas, ahora volvemos a llevar las riendas gracias a nuestro proyecto y muchos de los que antes me dieron la espalda vienen y me piden favores. Pero a Stalin ya no lo voy a poder ver y aquella noche que me perdí en Moscú, esa ya no hay quien me la devuelva.

Thomas no podía llegar a entender la razón por la que Weller sentía tanta curiosidad por aquel encuentro con Stalin. Porque lo que parecía evidente es que nadie habría podido conocer los vericuetos del alma del dirigente durante una reunión tan breve y convencional como aquella. Y limitarse simplemente a estar a su lado y hacerse una foto con él rebajaba a Weller a la condición de cualquier chiquillo que se contenta con poder tocarle la manga a su estrella de cine favorita.

—¿Sabe usted una cosa, Weller, querido amigo? —dijo Thomas—. Como somos seres efímeros es natural que los grandes acontecimientos de nuestro tiempo nos impresionen, pero al fin y al cabo no representamos más que un diminuto momento de la historia. Si pensara en esos términos con respecto a todo ese asunto, puede que se sintiera mejor y más animado.

—¿Me va a animar pensar que la noche en la que se firmó el acuerdo con la Unión Soviética no constituyó un gran acontecimiento? —preguntó un asombrado Weller.

—Más o menos eso —dijo Thomas, sorprendido a su vez por la sinceridad de Weller—. Cuando formulé el carácter del hombre nacional basándome en nuestras personas en Polonia y en Francia, y sobre todo en un amigo de gran talento de Roma, la primera fase consistió en hacer un sencillo análisis histórico de esos pueblos. Ni que decir tiene que las dificultades surgieron de inmediato: ¿cuándo, exactamente, se forma un pueblo? Esta pregunta siempre resulta candente. Pero le voy a revelar un secreto. Todos los análisis resultaron igual de terriblemente aburridos por lo iguales que eran. Todas las épocas se ven dominadas por una gran fuerza (este príncipe, aquel rey, el imperio, un gran invasor), en resumen, un sinfín de guerras y un número todavía mayor de acuerdos. Les ordené que lo tiraran todo a la basura porque decidimos prestarle mucha más atención a otros detalles: ¿qué comercio se desarrolló entre los italianos del norte y los del sur?, ¿cuán dulce y apreciado era el fruto de los viñedos plantados en las colinas de las Cinque Terre y en los terraplenes que descienden hacia la costa de Génova?, ¿cómo se habrían ido acostumbrando los franceses a la escuela laica? Cada época tiene sus matices, pero al fin y al cabo, la Historia con mayúsculas está siempre formada por los mismos principios. El Imperio romano desapareció en el siglo v y el mundo creyó que sería la debacle, pero resultó que ese inmenso imperio no había sido más que un puntito en la Historia, un simple episodio más. Mucho tiempo antes, al principio del siglo XII antes de Cristo, el mundo mediterráneo se vino abajo, culturas enteras se extinguieron y toda la zona se sumió en una oscuridad de siglos. Después apareció este o aquel imperio, los griegos, los romanos y otros. Los polacos y los lituanos también llegaron a tener un gran imperio derrotando en la guerra a nuestros antepasados. Y sin embargo —y ahora señaló Thomas con las manos la línea del horizonte de Varsovia—, mírelos hoy.

Weller abrió los ojos, que hasta ese momento había mantenido entrecerrados.

—Heiselberg, un Reich alemán de mil años, ¿no tiene para usted ningún significado?

—No habrá ningún Reich de mil años, porque esa no es una medida de tiempo humana. Dentro de mil años puede que ni siquiera haya nieve en el mundo.

Ante la cara de asombro que ponía Weller, se preguntó si no estaría exagerando con tanta sinceridad, por lo que añadió:

—Aunque ni que decir tiene que soy todo deseos de que las generaciones venideras, tantas como sea posible, gocen de un gran Reich.

—Estaría yo loco si me pusiera a pensar en el mundo en esos términos —exclamó Weller.

—Al contrario. Piense que aquella anhelada noche de Moscú no fue más que un pequeño episodio, igual que esa nube-cilla de ahí, y que Stalin, al que tantas ganas tenía de conocer, no es sino una nube un poco más grande, pongamos que un cúmulo de nubes, pero nada más, como el rey de los hititas.

Permanecieron un rato en silencio. El cielo se tornó gris y de las altas farolas que habían quedado en pie tras el bombardeo fluía hacia la calle una débil luz. Se oyó el restallar de un trueno.

—He tenido un día agotador —dijo Weller levantándose—, vámonos.

Llegaron al cruce de las calles Marszałkowska y Jerozolimskie, torcieron a la izquierda y se encaminaron muy deprisa hacia Nowy Świat. Empezó a llover y otro trueno retumbó en el cielo. Se guarecieron bajo la marquesina de un café.

—Mire eso —dijo Thomas señalando hacia un cartel que habían pegado en la fachada de la casa contigua al hotel—, es un anuncio de jabón, ¿verdad? Tiene un ciervo corriendo. ¿Y me podría usted explicar por qué está rodeado de un círculo? ¿Qué sueño le venden a la gente? ¿Que por mucho que corran siempre estarán atrapados en un círculo?

Weller no le contestó. Corrió hacia otra marquesina que tenían enfrente y se coló en una panadería. Thomas lo siguió a la carrera. A través del cristal lo vio comprar una hogaza de pan y un tarro de setas. Cuando salió olió el pan y le dijo a Thomas:

—Vamos a tener una cena maravillosa. Le espera a usted una sopa de carne como la que nunca ha probado.

A Thomas le sorprendió la rapidez con la que había desaparecido de su rostro la expresión de preocupación de antes. Cuando se acercaban a su edificio, le dijo:

—Por cómo acaba usted de hablar del anuncio, entiendo que todavía se siente muy vinculado a su anterior trabajo.

—Resulta muy difícil borrar más de diez años de la vida de uno invertidos en una empresa como Milton.

Hacía aproximadamente un mes que no pronunciaba esa palabra. Durante diez años la había estado diciendo decenas de veces al día: Milton, la Sociedad Milton, estamos en Milton. Un hombre como Weller, que se había pasado la vida peleándose con funcionarios como él —hasta la señora Günter tenía más seso que la mayoría de ellos—, ¿sería capaz de llegar a entender en qué consistía hacer algo de verdad? Porque resultaba difícil hacerse a la idea de que habiendo llegado a los máximos logros posibles en uno de los mercados más difíciles del mundo, todo se hubiera esfumado a causa de un sinfín de luchas abstractas que nada tenían que ver con uno. Aunque todavía más grave que eso había sido la traición de los propios miembros de Milton. A Karlson Mailer seguro que le habían buscado un puesto nuevo, mientras que al hombre para quien la delegación alemana y sus sucursales eran la obra de su vida, a él lo habían dejado para que metiera en cajas todo lo que había que desalojar

de los despachos. Y él, el muy ingenuo —solo había llegado a comprender su ingenuidad al verse ya en casa sentado buscando trabajo en el periódico—, ¡pensar que había llegado a creer que Milton también era algo suyo!

El viejo botones se apresuró a sacar las manos de los bolsillos del abrigo y a ponerse firme. Empujó el rechinante portón de hierro y ellos apretaron el paso por el oscuro callejón que conducía hasta el patio situado entre los cuatro edificios. Las dos plantas superiores del de la derecha estaban en ruinas por los bombardeos de la Luftwaffe. Lo único que permanecía intacto era el canalón galvanizado, por lo que se alzaba ahora como un mástil en el lugar que habían dejado vacío las dos plantas destruidas, y esa misma semana habían izado en él una bandera. Weller y Thomas se dirigieron hacia un edificio blanco cuyo primer piso se encontraba ornamentado con unos frescos y unos esgrafiados y que en uno de los muros tenía una hornacina con la figura de la Virgen María. En las ventanas se veía luz y se oía una vaga melodía de tango.

Subieron las escaleras. Thomas instó a Weller a que le diera la primera lección de ruso.

—*Uspokoyties, vi slishkom uvlekayetyes*<sup>[25]</sup> —le respondió Weller canturreando alegremente el primer verso del himno «Todavía no se ha perdido Polonia».

Ambos tenían debilidad por esa clase de humor infantil que consiste en cambiar el orden de las cosas. La semana anterior, por ejemplo, de visita en una iglesia por la iniciativa que habían tomado de establecer contacto con sacerdotes moderados, mientras avanzaban por entre los bancos de madera canturreando y riéndose, Weller cantó «Jesús, vivo por ti», y él le respondió, «Oh, María, sálvanos».

A las puertas del segundo piso había colgadas unas chaquetas militares grises con restos de barro seco. También tenían pegadas unas hojas marchitas y se apreciaban unas finas salpicaduras rojas.

Fue solamente al notar que Weller le tiraba de la manga para que siguiera subiendo por la escalera, cuando se dio cuenta de que se había quedado petrificado. Se dejó llevar, mareado, hasta que Weller lo soltó. Mientras subían, la mirada de Thomas quedó de nuevo atrapada por una mancha de barro que había en la pared frente a él. Seguro que uno de los soldados se había limpiado allí las botas. En el suelo había un montón de barro rojo y seco.

En el piso superior había cuatro pares de botas en fila.

Las botas del pie derecho eran marrones y la piel de las punteras estaba teñida de un color negro violáceo. Las suelas tenían pegado barro, hojas y agujas de pino. Sobre las botas había colgada una camisa de botones marrón y salpicada de manchas de sangre. Thomas sintió el extraño impulso de darle la vuelta a las botas para mirarles las suelas.

—¿Sube usted? —oyó que le decía una voz queda, y al levantar la mirada hacia Weller lo vio desaparecer en la revuelta del rellano siguiente.

Thomas corrió tras él hasta el tercer piso. En el rellano se encontró con dos pares

de botas apoyadas boca abajo en la pared. Thomas las miró y ahogó un grito. Las suelas tenían pegada una gruesa capa de sangre. Notó como si le golpearan el pecho y dejó escapar por entre los labios un suspiro ronco. Por primera vez en su vida tuvo la sensación de que una especie de velos negros lo acariciaban en la oscuridad.

Murmuró algo y se sentó en uno de los escalones agarrándose con mano débil a la barandilla. Con los ojos de la imaginación vio a Klarissa, que le susurraba seductora, apoyándose en la puerta mientras él seguía en la escalera con la maleta: «Tú de aquí no te mueves», ruborizada, acercándose a él, pegándosele, mientras él se figuraba que algo parecido a la molesta hoja de un árbol se le estaba adhiriendo a la consciencia en forma de una frase que Fisk había citado en una ocasión en su presencia de un libro que había leído: «¿El tamaño correcto de la cabeza de una mujer? Como un octavo de la altura de todo el cuerpo».

La barandilla tembló y la mano se manchó de óxido. De pronto se sintió muy culpable, porque le pareció que había ensuciado el nombre de Klarissa al evocar su recuerdo para superar el desfallecimiento que lo acababa de asaltar.

—¿Quiere que llamemos a un médico? —dijo Weller en un tono monocorde—. Puedo hacer venir desde la primera planta al doctor Von Virsch.

Thomas volvió el rostro y se quedó mirando a Weller allí en lo alto. Solo el hecho de pensar que uno de los dos fuera a bajar ahora a la primera planta les hizo estallar en una carcajada salvaje y liberadora. ¡A la porra con todo! La risa era en realidad el mejor resorte liberador del hombre desde el día en que había dado con ella.

Weller descendió unos pocos escalones y se interpuso entre Thomas y las botas con un brazo alrededor de la bolsa en la que llevaba el pan y el otro tendido hacia delante.

—Heiselberg —dijo con voz de mando—, subamos a casa.

En la mente de Thomas correteaban cuerpos y rostros recubiertos con la capa de sangre de las suelas de las botas, la imagen de la silenciosa fila de personas tosiendo y jadeando que habría bajado por esas escaleras el mes anterior. Los expulsados habitantes del edificio —profesores universitarios, un exdiputado de la Sejm<sup>[26]</sup>, periodistas, todos ellos con los brazos llenos de abrigos, mantas, hogazas de pan, salchichas, queso y grandes tarrinas de mantequilla deshaciéndose entre las mantas —, y el joven oficial alemán que les metía prisa y que después les diría muy contento a los nuevos inquilinos: «Hay una frase que deben ustedes saber en polaco: “Esto es solo por trabajo, volverá por la tarde”».

Thomas subía dando traspiés por la escalera con Weller empujándolo desde atrás. Cuando llegaron al piso superior, Weller lo dejó apoyado en la pared y se apresuró a abrir la puerta de su apartamento, lo condujo hasta el salón y lo sentó en un sillón. La estancia olía a carne guisada y a hojas de laurel. Thomas vio a Weller correr hacia la cocina de leña, coger un cucharón de plata y ponerse a remover el contenido de una gran olla.

—Ocho horas a fuego lento, y mire qué maravilla —exclamó—. Mi abuela me

enseñó a guisar su estofado solo con leña.

Los ojos de Thomas se detuvieron en el acuario con peces de colores que aparecía iluminado de lleno por la luz de una farola de la calle. Los peces se le antojaban una serpiente naranja escupiendo fuego. Vio que tenía en la mano un pequeño arañazo, rojo y serpenteante.

Weller puso un mantel en la mesa del rincón del comedor, colocó dos profundos tazones de sopa sobre unos platos blancos y a ambos lados de estos distribuyó los tenedores, los cuchillos, un cazo con el mango ribeteado de oro y unas copas de vino adornadas con la imagen de la Virgen, todo ello herencia de los anteriores dueños de la casa. Weller inspeccionó la mesa con satisfacción y volvió junto a la olla. Después se dirigió hacia Thomas empuñando el cucharón.

—Pruebe esto, Heiselberg, tiene que probarlo, es una delicia.

Thomas sintió el calor del estofado en la cara. Sorbió del cazo y aunque se quemó la lengua, pudo apreciar el riquísimo sabor del espeso guiso. Su respiración se estabilizó. Ahora Weller se acercó a la mesa con la humeante olla y volvió a quejarse de que en Alemania, y en Europa en general, siguieran sin comprender el enorme potencial de los tubérculos.

—Creo que en esta ocasión he preparado un plato fantástico, a la altura de lo que merecen dos insignes diplomáticos como nosotros —dijo Weller carraspeando de placer—. Querido amigo, le insto a que aprenda de una vez a disfrutar de una buena comida.

Thomas miró la olla y se dio cuenta de que tenía hambre.

\* \* \*

Los días transcurrían cansinamente. La acumulación de trabajo era mucho mayor de la que había tenido en Milton. Desde las ocho de la mañana hasta altas horas de la noche se veían agobiados por un sinfín de tareas y participaban en interminables coloquios con muchísimos participantes. Días enteros parecían esfumarse, fenómeno que Thomas dio en llamar «el déficit crónico del tiempo alemán». Elaboraban informes de la situación para el Ministerio de Asuntos Exteriores; redactaban cartas de contestación a decenas de consultas que les enviaban todas las semanas. Y a todo ello había que añadir la exigencia de la oficina de Von Ribbentrop de actualizar todos los años el informe sobre el hombre nacional polaco, por lo que ya en marzo de 1940 debía ver la luz el nuevo modelo que en esta ocasión sería encuadernado como libro. Von Ribbentrop añadió el consejo de sopesar si no convendría eliminar el término *nacional* del título de la edición de 1940, y su asesor Martin Luther anunció que su eliminación sería, realmente, muy bien acogida por muchos.

—En 1940 borraremos la palabra *nacional*; en 1941, *polaco*; y en 1942, *hombre* —se rio Thomas.

Pero a Weller no le gustaba ese tipo de humor. Él era de la opinión de que las

personas cultas debían preferir la ironía al cinismo, y que el humor negro era propio de bárbaros y nihilistas.

No pasó mucho tiempo y el informe se revistió, por lo menos a los ojos de algunos, de una elegante aura científica que le confería un poder casi profético despertando un interés en él todavía mayor que obligaba a los representantes del Ministerio de Asuntos Exteriores en Varsovia a hacer nuevas predicciones sobre el futuro. Thomas y Weller intentaban evitar que se generaran más preguntas sobre el tema, pero en ocasiones se infiltraba en sus respuestas un aire de adivinación que, como era de esperar, se cuidaban de ocultar con todo tipo de reservas: ciertos acontecimientos podían llegar a producirse, pero también otros de índole muy distinta.

Durante los primeros meses recibieron consultas sobre cualquier tema que pueda acudir a la mente de alguien y eso desde los despachos más altos del Reich hasta por boca del oficial de más bajo rango del distrito de Berlín. Una de las consultas que Thomas recibió con mayor satisfacción le llegó a comienzos de 1940 del despacho de Krautsch, el presidente de la Junta Directiva de IG Farben: la compañía, en colaboración con el gobierno del Reich, tenía planeado erigir unas gigantescas fábricas por un valor de ochocientos millones de marcos imperiales en la Alta Silesia, junto al pueblo de Oświęcim. ¿Acaso sería tan amable el ilustre representante del Ministerio de Asuntos Exteriores de informarle acerca de los componentes de la población polaca de la zona y aconsejarle sobre cómo poder sacar provecho de esa población para la causa? Thomas dedicó toda una semana al informe con el que quería impresionar a Krautsch y adjuntó una carta personal en la que le instaba a pedirle consejo sobre cualquier asunto que tuviera a bien considerar.

Desde cualquier comandancia de la Gestapo le preguntaban si los polacos, como grupo oprimido durante generaciones por ocupantes extranjeros, no habrían desarrollado técnicas de manipulación con las que generar empatía hacia ellos. Y eso, porque sus hombres se quejaban de que les costaba comportarse con los polacos con la dureza y rigidez exigidas. Weller sostenía que el informe no podía responder a una pregunta tan cruel como esa, y Thomas estuvo de acuerdo. Weller fue también quien se empeñó en responder a la consulta del Ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín referente a las falsedades que propagaban los polacos sobre las atrocidades del ocupante alemán: ¿existían, acaso, precedentes históricos del «apego de los polacos hacia la exageración»? ¿La habían empleado también contra otros ocupantes, como los rusos o los austrohúngaros? ¿Se podía, desde una perspectiva histórica, caracterizar a los polacos, lo mismo que a los judíos, como propagadores crónicos de la exageración?

Fueron muchos, entre los que se encontraban Goebbels, Rosenberg y los líderes de zona de Warthegau, Danzig y Prusia Occidental, los que ignoraron por completo el informe y prohibieron a sus subordinados que se dirigieran a Thomas y a Weller con consultas. Krüger, el comandante en jefe de las SS y de la policía en el



Generalgouvernement, despreciaba el informe; mientras que Frank, el gobernador del distrito, lo admiraba, el gobernador de Polonia lo tenía en consideración, pero con reservas; y Heydrich veía en ellos «una pequeña delegación inofensiva del Ministerio de Asuntos Exteriores que suplicaba verse implicada, aunque fuera mínimamente, en Polonia», por lo que el personal de las SS tenía su permiso para hacerles las consultas que considerara oportunas.

La rapidez con la que su oficina se convirtió en una agencia de renombre en todo el Tercer Reich no sorprendió a Thomas: cualquier equipo nuevo que haya en el mundo, ya sea un gobierno de matones de débiles mentales o una compañía que se dedique a la venta de órganos de cadáveres, se va haciendo poco a poco con una jerga, unos ceremoniales, unos departamentos y unos apelativos o mote que terminan por legitimarlo, aunque a primera vista haya podido parecer la idea más demencial. No existe ser alguno, por horripilante que sea, que no pueda llegar a convertirse en parte de la rutina: ¿no es acaso la familia la organización más monstruosa que existe? Y sin embargo, son muy pocos los que la ponen en tela de juicio.

Como era de esperar, Weller rechazaba por completo ese tipo de ideas y calificaba a los que las manifestaban de «degenerados y enfermizos». En su opinión, el reconocimiento del que gozaba el informe era el resultado de un trabajo realizado con mucha entrega, de las inteligentes maniobras de ambos y de la falta de orden que reinaba en Polonia y que empujaba a las agencias gubernamentales que andaban más que perdidas a buscar consejo fiable.

A pesar del acelerado ritmo de trabajo, Weller no había renunciado a sus costumbres, entre ellas la de leer todos los periódicos que llegaban a la oficina y a dedicarle una hora y media a la comida del mediodía. A veces, además, se entregaba a cuestiones que nada tenían que ver con la tarea que se le había encomendado, pero él las llevaba a cabo con la sincera intención de servir a su país y se implicaba en ellas hasta el final. En respuesta a las venenosas críticas de Gran Bretaña —país tan odiado por Weller— por los bombardeos de Alemania sobre Polonia, dedicó dos semanas enteras a confeccionar una lista en la que aparecían todos los lugares que la Real Fuerza Aérea británica había bombardeado causando víctimas civiles, desde el final de la Gran Guerra hasta el presente. Como un poseído andaba de aquí para allá por el despacho mientras murmuraba: «En la India, sin tregua, por supuesto. En el Yemen, en Palestina, en Irak. En África, en Uganda, en Kenia. Y eso que ninguno de esos países les había amenazado como Polonia nos amenazó a nosotros, así que ¿qué insolencias son estas? *Deserta faciunt et pacem apellant*<sup>[27]</sup>». Esa costumbre de los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores de pasarse las preciosas horas de trabajo con tonterías que no les correspondían provocaba en Thomas una mezcla de regocijo y sorpresa.

Weller, a pesar de las horas que perdía, siempre se andaba quejando del muchísimo trabajo que tenían. A Thomas, por el contrario, le encantaban los días en

los que se veía devorado por el monstruo de la actividad febril, porque entonces no le quedaba tiempo para pensar, para desear nada ni para enfrentarse a la idea de que había transcurrido un día más sin que él se hubiera librado de su soledad. Era solo cuando se metía en la cama por la noche y oía la música y las risas que brotaban de los pisos vecinos de los oficiales jóvenes, cuando se imaginaba una cuartilla en blanco en la que escribirle una carta a Klarissa.

«De niño tenía la esperanza, igual que U, de llegar a ser alguien importante. A él le fascinaba la biología y la ingeniería moderna, y a mí, que soy de la generación siguiente a la suya, me encantaba el mundo del comercio y las ventas. Desde muy joven me sentí muy atraído por todo eso, porque ese era el mundo que conocí y que estudié. Hasta hace muy poco no vi motivo para pensar que esa hubiera sido una mala elección. Al contrario, porque parecía que el viento de los tiempos soplaba precisamente en esa dirección y hasta Lenin, el gran comunista, ordenó a su pueblo: aprended a comerciar. U se desilusionó al darse cuenta de que no encontraría las respuestas en el campo de la ciencia al que se había dedicado la mayor parte de su vida, mientras que a mí me alejaron de los objetivos decisivos. En cierta manera, lo mismo U que yo, estamos atrapados desde el momento en el que se nos ha venido abajo la ocupación que teníamos en la vida. Hemos tenido que volver a empezar de cero, adquirir nuevas habilidades...».

Había en todo ello algo enfermizo y gracioso a la vez: a pesar de que no le escribía a Klarissa más que con la imaginación y no dejaba, pues, que ninguna maldita cuartilla lo delatara, a pesar de ello llamaba a Ulrich, el protagonista de Musil, U. Aunque la imaginación nos enseñara alguna cosa, ni siquiera moviéndose por ella se atrevía Thomas a nombrar al protagonista de un libro que había sido prohibido.

Otra noche su imaginación escribió: «La incapacidad de materializar el amor es una de las maldiciones que han recaído sobre mí. Últimamente me he dado cuenta de que tenía razón la mujer que dijo que si no me oponía con firmeza a esa maldición (aunque ella no la llamó *maldición*, claro está, sino que dijo *inclinación*), me quedaría solo para siempre. Puede que estas noches en Varsovia en las que me acuesto en una cama extraña en un piso que no es mío, aviven en mí el miedo a la soledad que siempre he sentido. De repente me asaltan unas tempestuosas sensaciones, puede que exageradas, de anhelo, de deseo, y entonces pienso en ti, querida mía, y en el día en el que decidiste eliminar en la chimenea las balas de escopeta recubiertas de latón que mi padre había recogido del campo de batalla, su Cruz de Hierro, y la foto del bosque de Argonne al amanecer: nueve muchachos de uniforme y el oficial de la reserva Werner Heiselberg. Nueve de ellos murieron, otro perdió una mano y un pie y el noveno perdió a su hermano, a su joven mujer y su fortuna, y terminó por suicidarse. Mi padre fue el único que quedó de todos ellos. Ni siquiera mi madre, que lo echó de casa sin ningún miramiento, se atrevió a quitar todo eso de la repisa de la chimenea. Mientras que tú, a los dos días de estar en la casa, lo hiciste desaparecer.

»Permíteme que te recuerde por lo menos dos mañanas soleadas en Grunewald y el maravilloso torrente de risas que recorría tu cuerpo después de la discusión que mantuviste con el empleado del tranvía por el precio, hasta que al final, después de pelearte un buen rato, conseguiste que te hiciera un precio especial por tener el carné del NSP. Y me gustaría añadir unos cuantos domingos en la heladería de la Olivaer Platz, donde te llegaste a hacer tan amiga de los camareros que te preparaban una tarrina especial en la que mezclaban todos los sabores porque querías saber cuál era el dominante y hasta a mí me hiciste probar aquella pócima. Pienso en aquellos días, en lo maravillosa que me resultabas y me siento tentado por los versos de Rilke: “¡Oh, amantes, a vosotros que os bastáis a solas, a vosotros os pregunto por nosotros! ¿Estando todavía juntos, tenéis prueba de ello?”».

Una noche que estaban bebidos, Thomas le reveló esos pensamientos a Weller y este se mostró muy sorprendido:

—¿Por qué no le escribe?

Thomas se quedó callado y después le explicó que al despedirse habían decidido que Klarissa viviría en el piso de él, ya que ella así lo deseaba, pero como no se sabía cuánto tiempo estaría Thomas ausente, quizá un año, o más, entre tanto no existiría obligación alguna entre ellos por lo que podía verse con otros hombres, con la sola condición de que ningún hombre podía ir al piso. Como se habían separado con todo hablado, Thomas no quería ahora molestarla por si su corazón era ya de otro, y para ser sincero, además, lo que estaba esperando es que fuera ella la que le escribiera. Weller rechazó toda esa teoría y le dijo que nunca se habría imaginado que Thomas pudiera llegar a ser tan cobarde en cuestiones amorosas.

—La primera carta se la escribe el hombre a la mujer, y no al revés. Es usted el que se ha ido de Berlín y lo correcto es que sea usted quien le escriba a ella. Si no desea saber nada de si hay otros hombres o no los hay, no pregunte. Por lo que yo conozco a las mujeres, ya se encargará ella de hacérselo saber.

Durante todo el fin de semana estuvo un preocupado Weller animando a Thomas para que se sentara a escribir, mientras reafirmaba su postura con ejemplos de la época en la que él estuvo cortejando a su mujer. Parecía saborear la profundidad de su amistad con Thomas, que al discurrir ahora hacia la vertiente personal le permitía darle consejos: tenía que estar más dispuesto a disfrutar de los pequeños placeres de la vida. A veces, y porque le preocupaba como amigo, le habría gustado ver vacío el despacho de Thomas y saber que su amigo había salido a dar un paseo por la naturaleza, a cenar opíparamente o a divertirse en compañía de una mujer. Weller interpretaba los movimientos de cabeza de Thomas asintiendo como que le estaba dando la razón, por lo que se animó a hacerle más preguntas: ¿por qué no le había contado que había estado casado? Nunca nombraba a su mujer. Pero todavía más interés despertaba en Weller la madre de Thomas: había un pequeño detalle que lo intranquilizaba, y esperaba no estar exagerando al sacar ahora el tema. Entendía, naturalmente, la tragedia que había sido para Thomas la muerte de la señora

Heiselberg, pero las pocas veces que hablaba de ella lo hacía sin dejar ni siquiera entrever que ya no estaba con vida. Thomas mascullo que le parecía que sí le había hablado de la grave enfermedad que había padecido, además de que Weller había estado presente el día del funeral, por lo que no tenía sentido creer que quisiera ocultarle algo.

—No era mi intención insinuar que me ocultara su muerte —se apresuró Weller a responder, y por la expresión de la cara se notó que la respuesta de Thomas lo había dejado muy sorprendido.

Después añadió que lo único que pretendía hacerle ver a Thomas es que lo consideraba un verdadero amigo y que esperaba que también Thomas tuviera confianza en él, porque los verdaderos amigos también se pueden ayudar en ese tipo de cuestiones. Dicho esto se hizo un largo silencio, tras el cual Thomas dijo que iba a escribirle a Klarissa.

—Y le quiero dar las gracias, Weller, querido amigo, por tan buenos y generosos consejos.

Thomas se encerró dos días en su habitación para escribir. Reunió mentalmente todas las cartas que había imaginado, las abrevió lo que pudo, pulió el estilo y escogió las citas más hermosas.

La respuesta de Klarissa llegó a las dos semanas. La carta no era corta —seis páginas con una letra muy apretada— pero lo principal se concentraba en las dos últimas páginas:

*Mi querido Thomas, te aferras a mí porque ahora, en la espantosa Varsovia, lejos de aquí, soy tu hogar, tu puerto de partida, ¿verdad? (Papá le está gritando a Karlchen porque ha vuelto a insultar al profesor de historia. Papá cree que puede que Karlchen no esté del todo bien de la cabeza. Me marcho de aquí y subo a tu piso). Y para aferrarte a mí das un salto, puede que un salto de fe como el que ha dado una parte del pueblo alemán durante estos últimos años, solo que en tu caso es personal. Se puede saltar, pero los hay que se caen, ¿no?*

*He leído tu carta pero no la he entendido del todo. Te sonará raro que no lo tenga claro la destinataria del inmenso amor que destila tu carta, ¿verdad? Para ti es algo evidente, y esa es precisamente la cuestión. Entiendo que te hayas emocionado y que tu corazón esté exaltado. Me quieres mucho (mamá le está gritando a papá que deje en paz a Karlchen. Si papá no hace caso, tendré que intervenir. Últimamente teme un poco a la pequeña Klarissa, porque ya no es la muchachita a la que solo le dejaban leer las novelas que su madre ya había leído antes), pero se trata de un amor encerrado en sí mismo. Puede que sea yo la vacía que no entiende nada y que sea incapaz de unirte a tu salto de fe, pero creo que tengo razón: el que está vacío es tu amor. Puede que tu Bildung acabe por llevarte a amar de verdad, en lugar de*

*enviar palabras preciosas desde Varsovia.*

*Solo los cobardes aman en la distancia.*

*Estoy dispuesta a emprender viaje para estar junto a ti. Te aprecio tanto. A veces, por la noche, yazgo medio desmayada de añoranzas por ti y todos los hombres que me rondan me parecen niños tan pequeños como Karlchen. A uno de ellos le dije: «Hablo contigo y tengo la sensación de que ni siquiera has nacido». Y él, entonces, me llamó «pavo real de Hamburgo», pero le contesté que me enorgullezco de mi vanidad. Ya me conoces, no voy a permitir que nadie diga la última palabra.*

*Pero me he apartado de nuestro asunto: hay algo que te quiero comentar (papá le está diciendo a mamá que el profesor sostiene que Karlchen es un poco retrasado y que tendrán que llevarlo a una institución de niños como él. La miedosa de mi madre se echa a temblar: ¿cómo hicieron con el hijo de Zimmer? Porque al hijo de Zimmer se lo llevaron. Papá dice que a su hijo ni se atrevan a tocarlo, pero después confiesa que ya ha hablado con un abogado y con un médico para que defiendan a Karlchen en los tribunales si algo malo sucediera. Pero lo principal es que Karlchen se porte bien), has citado a Rilke para impresionarme, y eso está muy bien, aquí todo el mundo se pasa el día citando, pero no he entendido el porqué de la elección de esa cita. Los versos son muy bonitos, pero sabes muy bien que nuestro amor sí ha tenido pruebas: días soleados, unas balas forradas de latón desaparecidas, las noches que hemos dormido en la misma casa, sin olvidar el impresionante ramo de lirios que me compraste por mi cumpleaños. Así que ¿qué es lo que me estás preguntando, realmente? ¿Me lo preguntas a mí o te lo estás preguntando a ti mismo? ¿O puede que ese amor tan engañoso con el que te cegaste durante todos esos maravillosos días de sol en Berlín en que ya no tenías trabajo y durante los que disponíamos de todo el tiempo del mundo se haya vuelto real solo ahora en la lejana Varsovia? (Creo que papá exagera para asustar a mamá y empujarla a ser más severa con Karlchen).*

*Thomas, querido, sé más severo conmigo.*

Y al final escribía:

*El miércoles vino aquí al piso un compañero tuyo del colegio, Hermann Kritzinger. Con ese bronceado americano y el precioso uniforme negro parecía una estrella de cine. Es una persona muy graciosa. Imita a la perfección tu risa. Dice que nunca te ríes de verdad. Le conté que estás en Polonia y se alegró, porque dijo que era una casualidad, ya que justo había ido a despedirse porque lo habían destinado a Polonia. Le dije que quería que os encontrarais porque tú estás muy solo allí, y él me prometió que haría lo imposible por verte. Eso no basta, le reñí, la persona que más quiero en el*

*mundo está muy sola en Varsovia, así que dame tu palabra de honor de oficial de las SS de que saldrás a divertirte con él. ¡Y me la dio!*

*Espero que no te enfades por no haberme sabido dominar, pero le pregunté qué clase de chico fuiste. ¿Guapo? ¿Melancólico? ¿Del gusto de las chicas? Me dijo que eras guapo, en ocasiones triste y que los estudios no te interesaban, que solo te gustaban el dinero y los idiomas. ¿Cómo no me has contado que eres bueno para los idiomas? Hermann me dijo que tienes una capacidad nada corriente para imitar el acento de otro idioma. En honor a la verdad te diré que lo llamó «un nada frecuente talento para la imitación». Y entonces le volví a reñir y le dije que estaba muy feo tenerle envidia a un amigo. Él se disculpó y reconoció que tal y como lo había formulado no se veía la admiración que te tiene por esa cualidad tuya. A continuación se jactó de haberte ayudado a estudiar para los exámenes de las asignaturas de letras que te costaban mucho. ¿Es verdad eso de que en las asignaturas de Historia y de Literatura era uno de los mejores estudiantes de la clase? Mientras tomamos té me contó con todo lujo de detalles cómo os colabais en los hoteles, tú haciéndote pasar por un príncipe ruso exiliado por los bolcheviques y él como tu criado. ¡Pero querido Thomas! ¿Dónde has enterrado ese tipo de travesuras? Cuando vuelvas a Berlín, lo haremos nosotros, ¡y yo seré tu Catalina! Después me contó que Frau Heiselberg se opuso a vuestra amistad, que lo acusó de ser una mala compañía para ti, cosa que lo ofendió muchísimo. Al principio me pareció que es de ese tipo de personas que sacan a relucir viejas afrentas por pura inercia, pero luego me di cuenta de que se siente realmente agraviado. Es un pobre hombre.*

## *Leningrado-Sochi, invierno de 1939-1940*

Los melancólicos rabos de las últimas luces de la ciudad se enroscaban con sus destellos de un oro anaranjado en las ventanillas del tren. ¿Por qué estaría pegando la cara al frío cristal como una campesina cuyo mundo se acaba donde terminan los campos de patatas? Puede que fuera porque hacía dos años que no salía de la ciudad. Y es que desde niña se había jurado que antes de cumplir los veintiuno se habría paseado por las calles de París y de Berlín. Por lo menos por las de París. Alzó los ojos hacia un cielo sorprendentemente estrellado a pesar de las columnas de humo y de polvo que se elevaban hacia él desde la ciudad. En un lejano campo vio a un carretero que había sujetado varias antorchas a ambos lados de la carreta y que arreaba a los bueyes a latigazos. A su lado iba sentado un niño, o puede que se tratara de un saco de patatas.

Mientras seguía escudriñando la oscuridad, su imaginación encendió una lucecita sobre las orillas nevadas de unas pequeñas islas de las que hace años disfrutaba con solo pronunciar sus nombres: Aptekarsi, Krestovsky. En esta última tenía su abuelo una dacha. «No era nada lujosa —había reconocido su madre—, pero sí muy útil». Esa dacha les había sido confiscada en 1912, cuando el abuelo abandonó la Ojrana. «Fuimos muy afortunados de que cuando los bolcheviques llegaron a Petrogrado solo tuviéramos nuestra casa», contaba el abuelo.

Un mechón de pelo le hacía cosquillas en la nuca. Lo atrapó con la mano derecha y lo empujó hacia el interior del moño. Ahora notó en la espalda una sensación de desnudez. Mientras, los dedos de su marido, todavía grasientos por los *piroshkis*, que acababa de engullir, tocaban las puntas de los suyos. En sueños dejó escapar un susurro. Volvió a tocar la venda blanca de la mano de ella. Cada vez que Maksim se le acercaba a la venda, a ella la asaltaba una furia incomprensible para su marido. De vez en cuando buscaba cualquier tema, por nimio que fuera, y se empeñaba en defenderlo sin atenerse a razones, ya fuera por mostrar su posición de poder, o como en este caso, porque de verdad creía que su mujer santificaba esa venda. En una ocasión hasta había llegado a pegarle con la mano izquierda al tiempo que le advertía a gritos que nunca más volviera a atreverse a acercarse al vendaje.

Resultaba un tanto extraño vivir constantemente pendiente de una parte tan pequeña del cuerpo que parecía dirigir todos los actos de una, porque hasta el más sencillo quedaba supeditado a ella, como ponerse o quitarse el vestido, coger algo, escribir, pasar las páginas de un libro, y sobre todo las actividades relacionadas con el agua. Durante las primeras semanas después de que le dieran el alta en el hospital se negó a acercarse al agua, y de nada sirvieron ni súplicas ni explicaciones. Maksim tuvo que tragarse su orgullo y llamar a Stepan Kristoforovich para que la convenciera de lo mucho que deseaban todos que volviera a trabajar en el departamento. Después estuvo bromeando con ella acerca de las nuevas órdenes del Kremlin de hacer gimnasia matutina. La preocupación por la salud corporal de los trabajadores se había convertido en cuestión de estado, y hasta los que estaban a punto de jubilarse eran obligados a entrenar. A él, por ejemplo, lo habían apuntado a un curso de lucha oriental que se llamaba jiu-jitsu. Al nuevo jefe del NKVD, Lavrenti Pávlovich Beria, le encantaba. Tras la visita de Styopa, permitió que Maksim la lavara con agua fría, pero la mano la mantuvo envuelta en varios paños. Al samovar ni se acercaba, y cada vez que veía agua de la que saliera vapor, o incluso a alguien tomando té, burbujeaba en su imaginación la imagen del agua entrándoles por el cuerpo y destruyendo todo a su paso. Había días que le parecía que hasta la lluvia hervía.

Los dedos de él acariciaban la venda, lo notaba, así que le retiró la mano y se llevó la suya vendada hacia el vientre. El tren aminoró la marcha. El vagón olía a limaduras de hierro y un espeso humo de cigarrillos la envolvía. Con la esperanza de respirar un poco de aire fresco, se apresuró a pasar por entre los viajeros que dormían envueltos en sus pieles. Al final del vagón había dos chicas sentadas charlando. Tenían los pies, enfundados en unas medias blancas, sobre los asientos de enfrente. Le dirigieron una mirada impertinente entre cuchicheos y risitas. Sintió la tentación de sentarse con ellas y entablar conversación, aunque no fuera más que para salvar por un momento el abismo que últimamente se había abierto ante ella con una rapidez paralizante entre ser una chica como aquellas y la que era ahora, una mujer casada que trabajaba para el NKVD. ¡Pero si hacía tan solo un año que había ido con Genia en el tranvía con su ligero vestido de lentejuelas, tan alegre como esas dos chicas e igual de impertinente!

Dos soldados se quejaron de que el lavabo estaba cerrado. Le ofrecieron un cigarrillo y le preguntaron dónde trabajaba. Rechazó el cigarrillo y les preguntó dónde estaban destinados. Los dos eran médicos militares; uno había pasado el verano luchando en Jaljin Gol, en el frente japonés, y lo habían herido en la mano.

—Lo hirieron a las dos horas de haber empezado la guerra —se rio su amigo—, así que se pasó un mes en el hospital, en un barco, de maravilla.

Ella los felicitó por la brillante victoria y se apostó junto a la ventana cubierta de escarcha. Un viento frío le soplaba en la cara a través de una estrecha rendija.

Durante todo aquel día le rondaron los recuerdos de su primer viaje a Moscú, unos recuerdos que se desvanecían, que volvían a recomponerse, que de nuevo se



hacían añicos golpeándola como una tormenta de arena. ¿Cuántas veces al día puede llegar a golpearle a uno el mismo recuerdo?

Tiene dieciséis años, es tarde por la noche y va de la mano de su padre. Se acercan al andén, se estremece solo de pensar en ese gran momento, el de su primer viaje en el *Krasnaya Strela*<sup>[28]</sup>, el tren más perfecto del mundo. En el colegio habían dedicado una clase entera a los logros de los ingenieros que lo construyeron y después hicieron todo tipo de ridículos cálculos: Sacha viaja en el *Krasnaya Strela*, Ulleh Klayes viaja en el nuevo tren alemán *Fliegender Hamburger*. A causa de la fricción de las ruedas sobre los raíles alemanes se produce una ralentización de un cuatro por ciento en la velocidad del tren, mientras que en el tren ruso es de un dos por ciento, a lo que debían añadir unas cuantas variables más. (Al final, ella se las había arreglado para hacer unos cálculos que demostraban que el alemán llegaría primero y en el recreo la amenazaron unos chicos con pegarle. Y la verdad era que le había oído decir a su padre: el «Hamburgués Volador» nos deja pero que bien atrás).

Su padre suelta la maleta en el andén y se sacude la mano que está completamente roja por el esfuerzo de llevarla. Ella le mira la mano y le sorprende lo pequeña que es, tanto que el tamaño de los dedos es como el de los suyos. Sigue torturándose, además, con la idea de que en el último momento se les van a estropear los planes, que su madre va a caer enferma, o va a haber alguna urgencia en el instituto. Vomita en el andén. Mientras, su padre se admira de las cualidades del tren: ¡setenta kilómetros por hora, uno de los trenes más rápidos del continente! A ella le parece gigantesco y lujosísimo; la ciudad entera podría viajar en él. Su padre vuelve a enorgullecerse de la industria soviética que asombra a Occidente: «Hemos pagado un precio muy alto, de eso no hay duda, pero los logros han sido inmensos».

Unos soldados con capotes militares y unos cuadraditos de color frambuesa en los cuellos del uniforme les piden la documentación y su padre les entrega los permisos. Ya está, se dice Sacha asustada, ahora es cuando nos mandan de vuelta a casa. Pero los soldados les desean muy amablemente buen viaje. Cuando los soldados se disponen a controlar los papeles de los siguientes viajeros. Sacha le dice a su padre que quiere una cerveza. Cree que él se va a sorprender y que le va a reñir recordándole que las niñas no toman cerveza. Pero al momento se verá obligado a darse cuenta de que ya la ha visto tomar cerveza y que ahí sigue, sana y salva. Puede que ya no sea tan pequeña como él cree.

Su padre le responde distraído:

—¿Una cerveza? No hay tiempo para eso ahora.

Ella se enfada y, en un acto reflejo, le clava las uñas en la mano. Él la suelta. A Sacha le asalta la idea de decirle, «venga, papá, si una cerveza no es nada», y le dan ganas de contarle lo de hoy por la mañana, o lo de ayer, cuando Maksim Podolski y ella se han acostado desnudos en el dormitorio de los padres de él. Por la ventana entraba un vientecillo muy cálido y el sol doraba el fornido cuerpo de Maksim. Aunque enseguida aclarará, «oye, papá, no pensábamos hacer nada, solo queríamos

que nos diera un poco el aire y desde los pisos de los vecinos no se podía ver la cama, Maksim lo comprobó. Y además, aunque es verdad que estábamos desnudos, solo le dejé que me lamiera la parte de arriba del cuerpo, y yo solo le besé los labios. Mamá me ha enseñado a cuidarme de los chicos: hay que negarse al instante en cuanto te piden algo, porque si no, te dejas llevar. Pero qué agradable fue cuando Maksim me lamió con la lengua el vientre, las caderas y la espalda. Bueno, tú siempre has dicho que los chequistas son muy concienzudos, así que ya ves que sus hijos también lo son».

Pero Sacha no tiene valor. En lugar de contarle eso, se pone a balbucir lo que ha pasado por la mañana en la cama de los Podolski, aunque él la interrumpe enfadado:

—¡Deja ya de mascullar!

—Vale, papá, lo siento —murmura ella, y los dos suben al tren.

Volvió a su sitio. Una de las chicas se había quedado dormida y la otra, que jugueteaba con un hilo, parecía estar aburrída y sentirse sola. Así es la juventud, tras un rato de alegría, llega la tristeza, y eso se va repitiendo a un ritmo de vértigo. También después te sientes esclavizada por esos altibajos. Lo único que cambia son las dudas que te producen la tristeza y la felicidad, y el ritmo con el que se alternan. Lo que no les envidiaba a esas chicas era la naturalidad con la que hacían gala de su juventud. ¿Cuánto tiempo les quedaba? Se sentó al lado de Podolski, que aunque roncaba ligeramente se apresuró a apoyar la mejilla entre el hombro y el cuello de ella, y es que la olía hasta dormido.

Ella lo empujó apenas y él le resopló una cálida bocanada de aliento en el cuello, se frotó los ojos y se quejó de que el vagón no tuviera encendida la calefacción.

—Stepan Kristoforovich nos tendría que haber comprado billete para el vagón internacional. Ahí van cuatro en cada compartimento, todo está revestido de bronce, los asientos forrados de terciopelo, y los camareros le sirven a uno vino con pastas.

Ella no le contestó y él se volvió a quedar dormido. Un hilillo de saliva le escurría de la comisura de los labios.

A la derecha resplandecían los andenes de la estación de Nóvgorod y sus luces penetraban hasta el interior del vagón. Algunos de los que dormían se dieron cuenta de ello: se desperezaban, tosían, se sonaban la nariz, rostros adormilados que se volvían a derecha y a izquierda, el susurro de rebuscar en las maletas. Pero su marido seguía durmiendo.

El tren se detuvo. Las dos jóvenes bajaron sin las maletas y unos soldados se apearon tras ellas. Desde el andén se abalanzaron hacia el tren viajeros envueltos en abrigo cargados con pesadas maletas y empujados por sibilantes ráfagas de viento. Un hombre de baja estatura y vestido con un mono de trabajo lleno de manchas conducía de la mano a dos niñas tocadas con unos sombreros cuyas alas les ocultaban los ojos y que llevaban sobre los hombros sendas mantas de lana bastante raídas. Se

intentaban colar por entre los muchos viajeros que se agolpaban junto al tren, pero se veían empujadas hacia atrás una y otra vez. «Qué niñas tan perseverantes», pensó Sacha estremecida. Sintió el deseo de protegerlas del viento, sentarlas a una mesa en una habitación bien calentita y llenarles los platos de comida. ¡Este Maksim! Se acordó de las ansias con las que su marido había devorado antes los *piroshkis*, mientras que en aquel país vagaban cientos de miles de niñas hambrientas, puede que hasta millones. El frío la agujoneaba; conocía bien el aparentemente rítmico sopor del frío infiltrándose en el cuerpo desde los dedos de los pies hasta las sienes, hasta que de repente resulta imposible moverse.

Las niñas desaparecieron y ella resolvió buscarlas en los vagones de atrás cuando amaneciera. Entre tanto se envolvió en la capa militar de Vlada, hizo una bola con un jersey, lo puso contra la ventanilla y apoyó en él la cabeza.

Mientras aún deseaba que el sueño la liberara de las penurias del estado de vigilia se acordó de que Maksim le había pedido que lo despertara en Kalinin. Ni siquiera supuso que quizá también ella quisiera dormir. Desde que se casaron, y en realidad desde el día que se conocieron, en muy pocas ocasiones había permanecido despierto mientras ella dormía.

Solamente en el hospital, estando ella sedada, había pasado las noches en una silla junto a la cama leyendo el periódico. A veces, cuando se despertaba, le leía algún artículo que le hubiera parecido interesante, hasta que ella le pedía que lo dejara, que le leyera solo noticias científicas. Una noche le contó que Stepan Kristoforovich y Reznikov habían acudido a la revista *Leningrádskaya Pravda* y le habían sugerido que publicara un artículo sobre una joven y valerosa investigadora que les había vuelto la espalda a los integrantes del Grupo de Leningrado entre los que se encontraban sus propios padres que se habían aliado con el enemigo del pueblo, por lo que había sido cruelmente atacada por uno de los traidores. El reportero entonces exclamó entusiasmado: «¡Pero si tenemos aquí a la gemela de Pavlik Morózov, y ella, encima, ha resultado herida en la lucha!».

—Nunca había oído una comparación tan despreciable —se enfureció Sacha, aunque puso buena cara para ocultar el escalofrío que la recorrió—. Pero si el solo nombre de Pavlik Morózov me da náuseas: yo jamás testificaría ante un tribunal contra mis padres ni jamás diría que mi padre no es mi padre.

Maksim se echó hacia atrás y susurró:

—Por supuesto, por supuesto, yo ya les dije que la comparación no había sido afortunada.

—Maksim —dijo ella—, nunca más vuelvas a pronunciar ese nombre en mi presencia, ¿lo has entendido?

—Claro que sí, querida —respondió Maksim inclinándose hacia ella y besándola en el hombro.

La suavidad de su lengua la sobresaltó y en su imaginación vio sus uñas arañando la mullida y perfumada piel de él, acariciando el cobrizo bigote que cada día que

pasaba era más rojo.

En una ocasión había oído decir a su padre tras otra cena más en la que Vlada no había dejado de hablar como un loco:

—Este niño es nuestra desgracia, está hecho de la misma madera que el mierda ese de Pavlik Morózov.

Pero su madre salió de inmediato en defensa de Vlada y le echó en cara al padre que no conociera a su hijo:

—Vlada se comporta a veces como un sibilino malvado, pero en el fondo es un chico que cree de verdad en el partido, exactamente igual que sus compañeros. En casa dice cosas horribles, pero fuera siempre seguirá siendo fiel a sus padres. Se siente decepcionado de nosotros y de nuestros amigos, así que lo dice, ¿no?

Y también habló de Nadezhda Petrovna cuando agitó ante Brodski el recorte de periódico en el que Gorki llamaba a Morózov «ejemplo para todos» y propuso erigirle un monumento, mientras proclamaba:

—¿Y a esta porquería de Gorki es a quien tanto alabáis?

¿Por qué pronunciaría ese espantoso nombre? Desde la primera visita de Maksim al hospital —emperifollado como un novio, el ceño fruncido y llevándole unas rosas y chocolate—, Sacha sospechó que estaba tan contento como el profesor que hubiera advertido a su díscolo discípulo, y que ahora, aunque se desmarcara de la gravedad del castigo, en el fondo de su corazón se sentía satisfecho. Al día siguiente, cuando le comunicó que se había ocupado del asunto de la noticia del periódico, se puso tan furiosa que le temblaba todo el cuerpo. ¡Cuánto le gustaba a su marido su papel de patrón!

Las dos jóvenes regresaron al vagón y una de ellas llevaba una tetera de agua hirviendo. Cuando pasaron por su lado, no pudo evitar parapetarse tras el cuerpo de Maksim. El tren emitió un fuerte pitido y emprendió la marcha con su rítmico traqueteo sobre los raíles. A Sacha le parecía estar oyendo a las muchachas tamborilear con las uñas en la tetera, otra vez entre risitas. Los dos médicos militares volvieron a sentarse en los asientos libres que había frente a ella, se pusieron a pelar huevos cocidos y a maldecir lo anticuado del material sanitario que había llegado últimamente al hospital de campaña. Uno de ellos dijo que quizá ya era hora de dirigirle una carta «al mejor amigo de los médicos».

Su compañero se apresuró a amonestarle:

—El camarada Stalin se encuentra ahora muy ocupado con la guerra de Europa —y tras un breve silencio añadió—: Es posible que la responsabilidad que se nos exige consista en que le demos solución por nuestros propios medios a esos problemas.

El otro médico tosió y respondió:

—Puede que tengas razón.

Se quedaron mirándola fijamente. Quizá habían adivinado dónde trabajaba Maksim o puede que la forma de hablar de ella hubiera delatado su posición. Las

personas habían aprendido a identificar a los del NKVD por todo tipo de características, algunas de las cuales, como la distancia que hay de los labios a los ojos, eran completamente inventadas. El dolor en las sienes se le agudizó. Demasiadas desdichas llenaban el tren: niñas hambrientas, material médico obsoleto, los restos de *piroshki* pegados al bigote de Maksim. Sacha cerró los ojos y aplastó la oreja contra el jersey mientras la aterciopelada voz de Brodski la acunaba junto con el vaivén del tren: «En los momentos difíciles, los ingenuos piden ayuda a los amigos, mientras los inteligentes, que saben bien cómo funciona este país, se refugian en el reino del sueño, que es donde sus secretos están a buen recaudo».

\* \* \*

Su marido se levanta todas las mañanas muy temprano, se mete el mango del hacha en el cinturón y sale al campo con los hombres de las dachas que hay en la ladera de la colina: plantan limoneros, cortan leña para la estufa, y sobre todo se entretienen arrancando las malas hierbas de los jardines que rodean las dachas.

—Durante estos meses hay muy pocos veraneantes de postín en Sochi, porque hace un poco de frío —le había dicho Styopa guiñándole un ojo, mientras le anunciaba las vacaciones que les tenían destinadas—. Por eso os he preparado una de las dachas más amplias. No quieras ni saber quién vive ahí durante los meses de verano. Solo te diré que todo el mundo conoce su nombre.

—Styopa, lo único que yo quiero es volver ya de una vez a trabajar... —había respondido Sacha—, necesito que me hagas reír un poco.

—Cuando vuelvas te haré reír todo lo que quieras —le había respondido Styopa—, o quizá es que prefieres las aguas termales de Borjomi. No hay nada imposible, solo tienes que pedirlo.

—Mi querido Styopa, tus cuidados me llegan al corazón —declamó Sacha las frases que se había preparado—, pero me gustaría poder volver ya a la rutina del trabajo porque creo que es lo mejor para mí.

—Volverás, querida, porque sin ti no somos nadie.

Styopa estaba determinado a que se fueran de vacaciones. Su aspecto risueño venía ahora acompañado por una mirada inquisidora que clavaba en la cara de ella sin ningún miramiento. Seguro que buscaba pruebas del rumor que había lanzado Reznikov referente a que Sacha había perdido el juicio tras el incidente con Murazovski.

—Lo principal es que recuperes fuerzas. Tu marido irá contigo, porque hace tiempo que llegamos a la conclusión de que necesita unas vacaciones. Tenemos la obligación de cuidar lo mejor que podamos a alguien tan entregado como él.

Cuando Maksim desaparece con el hacha, ella se queda en la cama un rato más picoteando de la bandeja las cosas ricas que él le prepara todas las mañanas. Después se viste y se sienta en la galería que rodea la casa de madera. Esta se encuentra en lo

más alto de una colina de fuertes pendientes que mira al mar. En las laderas hay otras dachas más pequeñas. Hasta el mediodía se queda sentada junto a la mesa redonda de mimbre, la barbilla hundida en el cuello de piel del abrigo (solo al llegar a Sochi se dio cuenta de que Maksim no le había metido en la maleta ni una de sus bufandas mientras que le había traído, hecho un bolo arrugado, el primaveral vestido de su boda), mirando los pliegues de la colina envueltos en una especie de cenefa verde oscuro, y por la parte de atrás mirando hacia otra colina, en la que se alzan unos cipreses de negras copas. En el espacio de tierra que ve a sus pies, se sucede una frenética actividad llena de encanto: unos caballos con sus jinetes bien erguidos galopan por la playa, en el oeste se encaminan hacia el bosque grupos de cazadores con sus escopetas centelleantes al hombro. Entre las olas que se han tornado oscuras con el paso de las horas se balancean unas barcas diminutas y en el lejano horizonte aparecen unas nubes ensortijadas alrededor de las afiladas cumbres nevadas de las estribaciones de Krasnaya Poliana, que parecen pequeñas cabezas humanas. A veces, al mediodía, cuando el sol las azota, el resplandor blanco y plateado como de mercurio que las ilumina las hace parecer unos ojos de los que manan lágrimas. «Un ardiente ángel bailando en la montaña», suele decir Sacha.

Por la tarde desentumece los huesos en el jardín y a veces, con la mano que no tiene vendada, poda las zarzas de la vera del camino. A esa hora se ve a los pies de la colina a unos ancianos vestidos con harapos y a unas mujeres circasianas con sus túnicas de colores. Podolski le contó que los habitantes de las aldeas buscan allí pan o restos de carne, porque en verano los veraneantes encienden hogueras, asan carne, y a veces quedan sobras.

—No basta con que esos tontos no se den cuenta de que en esta época del año ya no se encienden hogueras y se pongan a pedir limosa —decía furioso—, sino que además se lamentan de todas las injusticias que se cometen contra ellos. Menos mal que hoy ya no queda un partido para cada queja.

Al atardecer el mundo se vuelve negro alrededor de ellos, y excepto por el ruido del viento que silba, reina en la dacha un silencio como el que precede a una desgracia. De los dos, solamente ella es consciente de la presencia de ese silencio, porque Maksim todavía no ha vivido una verdadera desgracia: su padre murió en la cama de una enfermedad cardíaca, visita a su madre y a su hermana por lo menos una vez a la semana, y ni siquiera se da cuenta de que todo eso es un privilegio.

Ayer, a esa hora, cuando los embargó la tristeza y un silencio angustioso se interpuso entre ellos, él le propuso que lo acompañara a la dacha de un tal Semión, donde juegan a la ruleta y a las cartas. La verdad es que durante los últimos años Sacha no se había vuelto a encontrar con la vieja pasión del muchacho Podolski por las apuestas. En el patio de la escuela era el rey de los naipes, pero lo que más le gustaba era inventarse juegos. Con la ayuda del brillo de sus ojos y algunas artimañas convencía a sus amigos para que jugaran, aunque sabían perfectamente que siempre iba a ganar él.

Sacha rechazó con hostilidad la propuesta y sin el menor miramiento hizo caso omiso de las esperanzas de él de ir a divertirse solo sin ella. Sabía que no se atrevería a pedírselo y para sus adentros se juró que no saldría de ella proponérselo. «No te queda más remedio que aguantarte, Maksim —se rio Sacha para sus adentros—, así es la vida matrimonial, querías casarte, ¿verdad?».

Y más que por rechazar su invitación, Sacha disfrutó viéndolo tragarse la petición expresa o contenerse para no desembarazarse de esa mujer que le ordenaba lo que tenía que hacer o no en sus horas libres solamente porque él no se atrevía a decirle: «Yo me voy a jugar a la ruleta esta noche y tú haz lo que quieras». A Sacha le daba a veces la impresión de que lo maltrataba sin razón mientras él la cuidaba con suma entrega, le llevaba todas las mañanas a la cama una bandeja con pan, un huevo cocido, mermelada y té, se apresuraba a atender cualquier petición que ella le hiciera, buscaba ideas que a ella le pudieran gustar, y a pesar de eso si cada vez que ella lo despreciaba este desprecio fuera considerado una hebra de lana, se hubieran podido tejer con la madeja formada unos jerséis de lo más coloridos para todos los circasianos de la zona.

Una tarde que estaban sentados en la terraza oyeron una balada de Verstovski que llegaba desde la dacha de Semión. La voz de soprano de la cantante pintó una sonrisa de chanza en los labios de Maksim, que se apresuró a declamar a Pushkin con un susurro melancólico: «Cómo lo acaricié, en el silencio de la noche, cómo nos reímos juntos de tu pelo cano».

Después pronunció un discurso rezongón sobre los circasianos que conducen los carros con tanta indolencia que provocan retenciones, y cómo ayer mismo provocaron molestias a un grupo de veraneantes que salió al bosque de caza. Maksim hablaba y hablaba, pronunciaba con tedio una palabra tras otra, mientras crecían las voces de los que hacían sus apuestas en la dacha de Sermón. Por la noche, ya en la cama medio dormidos, se coló en el dormitorio vagamente una triste balada: «Oh, ¿acaso has oído alguna vez / el anhelante sonido encantado / del corazón de los tranquilos campos / lamentando un amor ausentado?».

Por la mañana Sacha le dijo:

—Maksim, aunque quisiera acompañarte, no tengo un vestido de noche bonito.

Maksim la miró como si se preguntara si lo que ella quería era que le propusiera la idea que con toda seguridad iba a enfadarla.

—¿Y si te pones el vestido de la boda? Lo metí en la maleta.

En ese momento Sacha no pudo dejar de reconocerle a su marido que aun habiéndose dado cuenta de la trampa que ella le tendía, se había dejado caer en ella con pleno conocimiento de causa.

—¡Jamás volveré a ponerme ese vestido! —exclamó con desprecio, aunque el hecho de haber reconocido el valor de su marido hizo que el enfado fuera menor.

Al cabo de un momento, sin embargo, pensó que Maksim no había sacrificado nada, sino que sabía que eso era lo que debía hacer para tranquilizarla. Pero al

instante se enfadó consigo misma: todo el asunto era demasiado retorcido, ¿no podía acusarlo de algo y de su contrario! La pregunta más preocupante que se hacía, realmente, consistía en cómo era posible que todo lo que hacía su marido la enfureciera de tal modo.

—Mañana iré a la ciudad y te compraré un vestido nuevo —dijo él.

—Estupendo, Maksim —balbució Sacha con voz débil.

Por las noches la deseaba, pero no se atrevía acercarse a su cuerpo abiertamente. Siempre lo hacía usando estratagemas de lo más infantiles. Por lo general se daba la vuelta en la cama o se desperezaba hasta quedar pegado a ella, como por casualidad, y entonces se comportaba como si el deseo lo asaltara de pronto obligándolo a rendirse a él.

Las noches en la casa de madera eran oscuras y Sacha veía a Maksim como un cuerpo de formas difusas. A veces asomaba de entre la penumbra el altísimo reloj de pared en cuya esfera resaltaban en azul los dígitos, del 1 al 24. Se trataba de un reloj de pared del tipo de los que Serguéi Kírov repartía a los empleados destacados; el padre de Sacha había recibido de sus propias manos uno de los primeros modelos. El reloj se convirtió ahora en uno de sus referentes en aquella habitación y en él fijaba la mirada mientras los brazos de Maksim moldeaban el cuerpo de ella, que, para su sorpresa, respondía a sus caricias. Ahí estaba, tendida sobre el vientre, rodando hasta quedar tendida de espaldas, arrodillada sobre los huesos extremadamente agudos de sus rodillas, tocando la piel de él con los dedos de una sola mano. ¿Llegaría finalmente el momento en el que dejaran de moverse y pudieran descansar?

Durante esas noches descubrió que su cuerpo todavía lo deseaba.

Después yacían entrelazados mientras los ojos de ella iban del reloj de pared al techo del que unos ganchos de hierro asomaban punzantes, como llamas afiladas, y ella luchaba contra la visión en la que esos ganchos descendían hasta ellos y los ensartaban. En esos momentos él le susurraba palabras de amor, recuerdos de cuando eran adolescentes, y al cabo de una semana Sacha se sorprendió al darse cuenta finalmente de que Maksim había tendido un puente desde los días del instituto hasta los de la boda, que con toda naturalidad había remendado los enormes jirones intermedios y que, siguiendo su manera de pensar, consideraba la boda como la culminación natural de su amor de juventud. En la historia de ambos, o por lo menos en la que ellos tenían presente, no quedaba ni rastro de la terrible noche en la que Maksim le había dicho en el cuarto de ella que solo le quedaba elegir entre convertirse en otra persona o morir. Aquella misma noche la había levantado de la cama y al darse cuenta de que hacía ya varios días que no respiraba aire puro la había obligado a asomar la cabeza por la ventana. Respirando ella todavía el aire de la noche, le expuso en resumen su idea: debían casarse de inmediato para adelantarse a cualquier posible investigación por parte del NKVD. Al oírlo, ella guardó silencio, debatiéndose entre la creencia de que tenía que quedarse en Leningrado para ayudar a los gemelos y el deseo de salir en su búsqueda hasta dar con sus huesos en cualquier



campo de concentración y morir de una vez. Finalmente le preguntó a Maksim si creía que de verdad serviría de algo que se casaran. Ella estaba ya perdida, pero ¿era necesario que también él se echara a perder?

Maksim le respondió con toda sinceridad que el destino de ambos dependería de la decisión arbitraria de cualquiera, pero que a pesar de ello debían casarse. Aunque bien era verdad que durante los últimos años habían detenido a maridos y mujeres y en ocasiones, como en el caso de Budionni, habían detenido a las esposas de altos cargos, por lo que el matrimonio no confería inmunidad frente a una detención, pero, a veces, precisamente a los menos importantes los ignoraban.

—Y en nuestro caso —había mascullado Maksim recorriendo la habitación con la mirada, como si en ese momento se diera cuenta de la gravedad de la pena impuesta a los habitantes de aquella casa—, no queda nadie, solo tú, así es que quizá decidan conformarse con lo que ya han hecho y absuelvan a mi mujer.

Al día siguiente comunicó al jefe de su departamento la decisión que habían tomado de formalizar el noviazgo y casarse, y añadió que ahora que los traidores padres de ella habían recibido su castigo ya no existía ningún obstáculo para seguir con su relación y que le comunicaba también que ella estaba dispuesta a terminar con el Grupo de Leningrado al completo. Por la noche le contó a Sacha muy satisfecho que su superior parecía favorable a la idea, pero le propuso que pidiera consejo a Stepan Kristoforovich, jefe del departamento nombrado para la investigación del grupo.

Maksim tomó una copa de vino y parecía repuesto, mientras en Sacha crecía la sospecha de que la pregunta que le había formulado a su futuro marido el día anterior había sido, en realidad, de lo más cándida: seguro que Maksim había hablado con su superior antes de aparecer en casa de ella, y si hubiera sospechado que no iba a poder ayudarla, ni siquiera habría acudido, de la misma manera que se había mantenido desaparecido durante las últimas semanas. Sopesó ante sí la sospecha que tenía y la posibilidad de estar juzgándolo injustamente, hasta que al fin llegó a la conclusión de que nunca sabría la verdad.

—Si nos casamos, ¿nos devolverán a los gemelos?

Maksim se esperaba esa pregunta.

—En el 37 el NKVD promulgó una orden secreta como consecuencia de una decisión del Politburó referente a que los hijos de los traidores que no hayan pasado de los quince años quedarán bajo la custodia del estado, mientras que los chicos mayores de esa edad serán juzgados a todos los efectos.

—Pero si Vlada y Kolia no han cumplido los dieciséis, así es que no deberían haber pasado automáticamente a estar bajo la custodia del estado.

—Mes más, mes menos, según su manera de proceder, si no has cumplido los dieciséis, es que tienes quince años —le respondió Maksim intentando sonar gracioso—. Mira —añadió al entender lo furiosa que la había puesto esa pequeña broma—, haré por ellos todo lo que esté en mi mano. Sabes que siempre me ha caído bien el

chico, pero las probabilidades son muy pocas. Incluso al hijo de ese mariscal tan importante como es Yakir lo han metido en la cárcel, no me acuerdo de cómo se llama...

—Creo que se llama Piotr —susurró ella. Durante los últimos días de sus padres en casa, ella y Vlada se habían dedicado a buscar todos los antecedentes similares a su caso.

—Sí, puede. Muchísima gente ha intentado interceder por él, pero nada. Evitar la orden de arresto es posible, pero revocarla una vez dada, difícilísimo.

A la boda acudieron colegas del departamento de Maksim y de otros departamentos, lo que le llevó a pensar que la presencia de altos cargos era prueba irrefutable de que no sospechaban de Sacha y de que esta podía considerarse a salvo. Por lo menos en un futuro próximo no sería importunada. Ella anduvo moviéndose entre los invitados con su vestido rosa de cuello de puntilla, el vestido de boda de su madre, y todo el tiempo, bajo el vestido, le reptaba sobre la piel el pavor a la luz ardiente y cegadora de los focos que acabaría por posarse sobre ella mostrando a los ojos de los invitados el cuadro al completo: una pequeña traidora enfundada en el vestido de una gran traidora a la que le habían caído diez años en Kolymá sin derecho a enviar ni recibir cartas. En su memoria guardaba aquella boda como un eterno dar vueltas tratando de evitar a los invitados y recolectando retazos de frases por si oía finalmente su condena.

¿Tenía la esperanza de oírla? ¿Se sentía decepcionada por no haber sacado nada en claro? Ahora le parecía bastante tonto indagar en el pasado en busca del momento en el que ya fue más fuerte en ella el deseo de morir que el deseo de sobrevivir. Porque si seguía allí, estaba claro que algo la había empujado a continuar con vida.

Tras la boda, cuando se acostaron borrachos en la cama, Sacha preguntó por los gemelos, y Maksim declamó con descontento:

—Sachinka, funcionarios del más alto rango se encuentran investigando el caso, de modo que en cuanto tenga la más mínima información, te lo comunicaré al instante.

Su cuerpo yacía junto al de él y el recuerdo de los gemelos le escocía en la garganta. El reloj mostraba las cuatro de la mañana. El alboroto de la dacha de Semión se había ido apagando y al otro lado de la ventana se veía el jardín de ellos regado ya por el plateado resplandor del rocío. De repente no podía comprender cómo había podido enredarla en aquella sudorosa madeja amorosa.

Desde la boda no habían pronunciado entre ellos más que algunas entrecortadas frases sobre los gemelos. Cuando empezó a trabajar en el departamento de Styopa, sin embargo, se enteró de que el cargo de este en la organización no era tan elevado

como les había hecho creer a ella y a los demás, a pesar de lo cual hubiera podido hacer muchísimo más por ellos. Estuvieron demasiado tiempo comportándose como si se mantuvieran dentro de cierta rutina; dejaban pasar las semanas y los meses hasta que ella terminaría por verse obligada a aceptar la desaparición de Kolia y de Vlada y se acostumbraría a limitarse a adivinar todas las mañanas si seguirían con vida o si habrían muerto. Al final, por falta de alternativa, tendría que matarlos en su imaginación y pasarían a quedar en su recuerdo como todos los demás que habían abandonado ya este mundo.

Sintió un nudo en la garganta. ¿Estaría nuevamente culpando a Maksim, y de la manera más cruel, por algo de lo que en realidad era ella la culpable?

—Dime, Maksim —murmuró Sacha, mientras con un movimiento brusco se desprendía de él—, porque nunca me lo has contado: ¿fuiste tú el que le pegó el tiro en la cabeza a Murazovski, o fue Styopa?

Cuando se despertó, el reloj marcaba las ocho y media, y bajo la venda sentía un molesto picor. Hacía ya unos cuantos días que la perseguía el deseo de rascarse. Maksim le había preguntado con delicadeza cuándo pensaba quitarse la venda, y ella no le contó que desde que el médico le dijo que le quedarían cicatrices, había tomado la decisión de que nunca se la quitaría. Aprendería a vivir con una sola mano.

Ahora le llegaba el olor dulzón del perfume de él.

—Buenos días, dormilona —lo oyó decir, mientras depositaba la bandeja con el desayuno en la mesilla de noche.

Sacha abrió los ojos. Maksim se sentó en el borde de la cama y dijo:

—Puede que no te acuerdes. Pero por la noche me has hecho una pregunta muy rara.

La miraba con gravedad, como si la estuviera midiendo. Ella recordó lo intuitivo que Maksim había sido siempre en el pasado y comprendió que quería oír de ella que no recordaba la pregunta.

—No me acuerdo... —terminó por decir Sacha.

—Me has preguntado si fui yo quien disparó a Murazovski.

—¿En serio? —masculló ella—. Habré tenido alguna pesadilla.

—Por supuesto —exclamó él muy contento, al ver que la respuesta era de su gusto—. No me extraña, con lo que tuviste que pasar. Pero sea como sea, no quiero que eso se interponga entre nosotros: no fui yo el que le disparó, fue Stepan Kristoforovich —y al instante bajó la mirada, como si se avergonzara—. Le hubiera disparado enseguida, ya tenía la pistola en la mano, y créeme que con gusto me habría manchado las manos con la asquerosa sangre de ese gusano —exclamó—, pero me acordé de lo mucho que tus padres querían a ese hombre, lo amigo que era de vosotros, y temí que, aunque te estaba atacando como una bestia, no me ibas a perdonar que lo matara.

—Lo entiendo, y además no importa tanto —dijo ella.

—Cariño, por favor, no volvamos a hablar de ese maldito asunto. Voy a

comprarte un vestido bien bonito y esta noche hacemos una visita a la dacha de Semión Emilievich, ¿eh?

Sacha no respondió, Maksim prefirió interpretar su silencio como un sí y salió a ocuparse de sus asuntos.

Sacha se pasó el día descansando. Por la tarde, cuando Maksim regresó, lo primero que hizo este fue encender la chimenea del salón. La repisa que la adornaba estaba repleta de piedras de todos los tamaños y colores, unas filosas, las otras redondeadas, rocosas o doladas, blancas y negras, en todos los tonos de ocre hasta llegar al dorado. A continuación, Maksim le presentó muy ceremoniosamente una caja muy bonita que contenía el vestido, y se fue a poner la mesa. Puso también todo tipo de *delicatessen* que había comprado en una tienda «asquerosamente burguesa» del centro de la ciudad y una botella de un vino excelente, regalo de Semión Emilievich.

Sacha se sentó a la mesa con el vestido celeste, de tela muy delicada, que le había comprado Maksim, y le alabó su buen gusto por haber escogido ese estilo tan del agrado de ella. Maksim devoró la cena a toda prisa, sin apenas molestar\* se en masticar, y unos granos bien gordos de sémola se le quedaron pegados en el rojizo bigote. También ella mostró gran apetito y comió de las conservas de hígado de pescado encebollado, rebanadas de pan con mantequilla y queso y ya por capricho untó otra rebanada de pan con una gruesa capa de sémola, la cubrió con pepinillos en vinagre y exclamó:

—Acabo de inventar una nueva delicia rusa. Hay que anotarla enseguida en la Oficina de Patentes y Marcas. ¿Todavía existe?

Maksim se sintió animado por el repentino buen humor de Sacha. Volvió a servir vino en las copas de los dos y en ese momento se acordó de que todavía no le había contado que la mañana en la que emprendieron viaje hacia allí, había ido a la oficina para hacer unas gestiones cuando, de pronto, lo había abordado en el pasillo Stepan Kristoforovich —tuvo la sensación de que lo esperaba al acecho— para decirle que lo acompañara a su despacho. Le sirvió un té, lo trató con máxima amabilidad y se puso a charlar de las fiestas del nuevo año: «¡Y es que vamos a entrar en 1940 —lo imitó ahora Maksim— y un cambio de decenio tiene que ser motivo de grandes celebraciones!». Le anunció que había escogido a Podolski para que hiciera de él como jefe del departamento en el *sketch* satírico que había escrito uno de los presos especialmente para la ocasión «y la verdad es que el pobre ha sabido dar en el blanco con sus afilados dardos y me ha retratado tal y como soy».

Stepan Kristoforovich añadió que tenía por costumbre entrometerse lo menos posible en los asuntos personales de sus empleados, pero el matrimonio era algo sagrado a sus ojos, y un amor como el que se daba entre Maksim y Sacha no era algo corriente en aquel lugar. Se lamentó de lo mucho que tardaban las parejas jóvenes en tener hijos y que en su opinión eso era un gran error, porque no hay nada más maravilloso para una pareja que un hijo en el que el amor se encuentre atesorado en

toda su pureza. Y que siempre que miraran a ese hijo se encendería en sus ojos la antigua chispa del amor que por desgracia se desgasta con el paso de los años.

—Un filósofo, eso es lo que tenemos en la Segunda Sección, en lugar de un jefe —exclamó una furiosa Sacha—, y eso que a Styopa no le van nada ese tipo de discursos.

Miró a su alrededor. Las piedras de la repisa de la chimenea le parecían ahora rostros de bebés. Una vez, hacía tiempo, le había dicho Nadezhda Petrovna que con un poco de imaginación cualquier cosa que hay en el mundo puede parecer una parte del cuerpo humano y entonces todo se vuelve más interesante. Te puedes llegar a enamorar de una torre. O el cambio de estación puede también dar lugar a poetas como Varlamov, por ejemplo.

—Pero las palabras de Styopa encierran cierta verdad —susurró Maksim—. ¿Cuántos años dura ya nuestro amor? Yo jamás he amado a otra mujer. Si lo que temes es que el niño vaya a sufrir por lo que a ti te pueda pasar en un futuro, quítate ese miedo de la cabeza. Stepan Kristoforovich se ha comprometido ante mí a devolverte a tu puesto de trabajo cuando tú quieras, y por las mañanas, cuando estés trabajando, mi madre se puede ocupar del bebé...

—Ya hablaremos de eso —lo interrumpió Sacha cortante—, ahora no.

Salieron hacia la dacha de Semión descendiendo por la cuesta y sumergidos en los fríos vientos de la noche. Las botas dejaban sus huellas en la húmeda y resbaladiza tierra. Sacha se agachó y pasó repetidamente el dedo por ella. Era como tocar arcilla. Maksim se sujetó los pantalones blancos que llevaba metidos en las botas y que colgaban sueltos de su cintura. Parecía pensativo. Volvía a rebuscar entre los detalles de la rutina de su vida pasada en Leningrado que ahora parecía no haber existido nunca porque la telaraña de su vida matrimonial, que él mismo iba tejiendo con sus recuerdos, los envolvía. Puede que al principio lo hubiera hecho intencionadamente, pero después sucedía con toda naturalidad. Ahora era como si tuviera un molde en la cabeza en el que se iban juntando cada vez más comprimidos todos sus recuerdos. Un bebé en común era solo cuestión de tiempo, de un año, quizá de dos, y con mayor motivo si Stepan Kristoforovich estaba involucrado en ello. Lo raro era que desde el momento en el que había surgido el asunto del bebé, el rechazo que Sacha antes había sentido hacia esa idea quedó aplastado por una sensación peor: la envidia que sentía por la fe que tenía Maksim en su matrimonio. Maksim estaba encantado con la idea de que fueran a tener un hijo y no veía en aquellas vacaciones forzadas más que una prolongada luna de miel. Mientras que ella se torturaba día y noche recordando los acontecimientos que los habían empujado a casarse y la pérdida que se sentía al no tener a nadie que realmente pudiera notar grabado en el alma.

Se imaginó a Maksim contándole todo al hijo que tendrían y sintió náuseas. Se acordó de las palabras que este le había dicho en el aparcamiento el día de la reunión

del NKVD: «Lo único que permanece en la historia es la aterradora elasticidad del espíritu del hombre». Sacha había creído entonces que se refería a la cobardía humana y a la disposición de los ciudadanos a creerse cualquier mentira hasta el punto de alabar a alguien un día y al cabo de una semana pedir su cabeza. Pero ahora entendía que Maksim no se había referido a las mentiras o estafas sino a la flexibilidad gracias a la cual las personas pueden yacer en su lecho por la noche imaginando o soñando con los crímenes más espantosos y despertarse por la mañana con la sensación de que nada pasa. La misma flexibilidad con la que Maksim manejaba su conciencia para alejar de sí cualquier recuerdo que pueda poner en peligro el proyecto en el que él cree. La elasticidad no se encuentra detrás de las mentiras, sino que es la mano negra que alisa al instante cualquier arruga que le haya podido salir a la verdad en la que todos tienen puestos los ojos. En ocasiones los asaltan las dudas, y notan algún titubeo que coletea, pero enseguida se reafirman de nuevo en sus creencias empujados por esa inconmensurable fuerza del espíritu.

Las paredes de la dacha de Semión estaban forradas de satén púrpura y la tarima de madera estaba pintada también de un tono rojizo. A Sacha le recordó la habitación roja de *Jane Eyre*: un infierno para las chicas pecadoras, como la llamaba su madre. El humo de los cigarrillos se elevaba sobre la mesa de la ruleta como un frondoso árbol entre cuyas ramas se movían personas y brazos empujándose unos a otros y entrelazándose. En el fieltro verde aparecían y desaparecían unas fichas multicolores.

El humo engulló a Maksim al instante. Sacha lo oyó gritar:

—Aquí llega el cabrón que os va a desplumar a todos.

Lo observó mientras él repartía palmaditas en el hombro y lanzaba al aire exclamaciones de alegría. De repente desapareció de su vista para volver a aparecer. Había ganado su primera apuesta.

—Veintisiete al rojo, veintisiete al rojo —gritaba, para después decir—, ¡sí, amigo, sí, hermana, sí, Dios mío!

A veces gritaba lo mismo cuando se acostaban y ella lo sorprendía con algún movimiento inesperado.

Maksim arrastró un montón de fichas y se volvió hacia Sacha con una dulce sonrisa. Esperaba que se alegrara con él, pero al verla allí petrificada pareció muy sorprendido:

—Pero ¿es que no puedes estar contenta ni siquiera esta noche?

Una mujer menuda de unos cuarenta años y que llevaba puesto un vestido negro de puntillas muy ajustado se levantó de la mesa de al lado y se acercó a Sacha.

—¿Estás mejor, querida? —le preguntó.

—¿Que si estoy mejor?

—Sí —dijo la mujer muy risueña—. Tu marido nos dijo que te encontrabas muy mal y que por eso te has quedado en la dacha todos estos días.

—Sí, ya me encuentro mejor. Este aire es maravilloso.

—Sí, maravilloso —exclamó la mujer, en un tono adulator y ahora falsamente amable—. Y tú, querida, ¿no apuestas nada?

—Es que no me entusiasman los juegos de azar.

—Pues a veces puede resultar una actividad muy recomendable para levantar el ánimo. Como espectador puede llegar a parecer una locura y desde luego que no se lo recomiendo a quien padezca del corazón, pero a mí me resulta de lo más balsámico. Soy capaz de pasarme las horas concentrada en la bolita, todas las preocupaciones me desaparecen y me siento inmersa en una profunda calma, en el silencio más absoluto.

—¿De verdad que eso es lo que os produce la ruleta? —se sorprendió Sacha.

—Pues sí. Siempre le digo a Semión Emilievich que apostar a la ruleta es la paz más absoluta, aparte de la muerte, claro está. Mira, ese es mi marido —y señaló con un dedo hacia una cabecita que sobre un cuello sorprendentemente fino asomaba de un jersey amarillo tensado en un cuerpo regordete—. Y yo soy Evelina Sergueivna —y clavando la mirada en la venda, añadió—: Querida, pues tengo que decirte que todavía pareces enferma.

Después de que la señora le diera mil y un consejos a Sacha sobre las virtudes del saúco —«Puedes cortar todas las flores que quieras alrededor de la casa»—, se volvió a la mesa de la ruleta.

Ahora fue un Maksim algo sudoroso el que vino hasta donde estaba Sacha.

—Esta noche tengo la suerte de mi parte —le dijo jadeando.

Ya la había perdonado. Así era él: el enfado se le pasaba al instante y no le guardaba rencor.

—Llevo todo el rato apostando al color rojo. Nada de apostar al negro... Evelina Sergueivna es una mujer maravillosa —añadió—. Me acaba de decir (porque no habrá querido ofenderte) que llevas la venda muy deshilachada y que se te puede infectar la herida. Dice que tiene unas vendas muy buenas, y desinfectante.

Sacha se miró la venda y reconoció que Evelina tenía razón.

—Mañana por la mañana me la cambio.

—Estupendo —dijo Maksim mientras la atraía hacia sí con un abrazo—, no es que yo no haya cambiado unas cuantas vendas durante mi vida, pero entiendo que para algo así las mujeres prefieran a las mujeres —y dicho esto regresó a la ruleta.

—Hoy me he encontrado con un circasiano Heno de arrugas —gritó Evelina Sergueivna con la voz chillona del que ha bebido demasiado—, que me ha suplicado que le prestara dinero. Su pequeño hijo estaba allí con él. Le he preguntado que cuándo me lo piensa devolver, porque pronto regreso a Moscú. Y el niño, que no tendría más de ocho años, se ha puesto a gritar: denos su dirección y el dinero, que le juramos que dentro de un mes se lo devolvemos por correo.

—La verdad es que los circasianos estos son un engorro —gritó Semión, que ahora se encontraba al lado de su mujer y tosía pesadamente—. Se pasan el día vagueando y esa misma vagancia es lo que les dejan a sus hijos en herencia.

—Sí —dijo la mujer casi gritando—, porque un día los quise ayudar, les compré unas cuantas pulseras de cobre, y a los dos días se me rompieron.

—Serían de cobre, como las montañas estas son de oro. Seguro que vieron a alguien con buen corazón y pensaron en aprovecharse de ti —exclamó un hombre muy guapo que vestía un emperifollado frac. Tenía una expresión arrogante y amargada (en los tipos como él, Sacha ya había interrogado a unos cuantos, esa amargura estaba siempre relacionada con el dinero).

—¡Es imposible hablar con ellos! Viven en un mundo anclado en el pasado —dijo Semión—. No quieren entrar a formar parte de la sociedad y no tienen nuestros mismos valores.

—Pues sí —vociferó ahora Maksim, con el pelo alborotado y las gruesas patillas desordenadas también—. Ya lo digo yo: tendríamos que darles una lección de una vez por todas.

Ahí le había salido ahora la vieja vena agresiva. Sacha había oído en más de una ocasión al muchacho Podolski gritar: tenemos que darles una lección. Su nueva apariencia de hombre honorable ocultaba perfectamente su carácter violento, pero según parece lo que uno es en el fondo siempre termina por volver a aflorar. ¿Le sorprendía a ella, en realidad, ese punto de la personalidad de su marido? La verdad era que Maksim sabía transformarse, mostrar rasgos de carácter contradictorios, así que resultaba difícil juntarlos todos en una sola persona. Sacha se lo imaginó como una enorme noria de un parque de atracciones: a cada momento se veía en lo alto un rasgo diferente de su carácter, y cuando le parecía que finalmente él era así, ese Podolski desaparecía y desde arriba la saludaba otro hombre agitando la mano.

—Pues yo digo que los despertemos disparándoles un poco de plomo por encima de sus chozas y así puede que entiendan que ha llegado la hora de cambiar —exclamó con determinación el hombre del emperifollado frac.

—El pueblo está demasiado lejos para cualquier escopeta —refutó Podolski su idea.

—Pues mejor todavía. Nos limitaremos a disparar hacia allí. Semión Emilievich, ¿estás conmigo? —se rio el hombre, que con toda seguridad instigaba a sus conocidos para luego burlarse de ellos.

—Sí —susurró Semión como respuesta—, hagamos unos cuantos disparos en dirección al pueblo. Hace dos días que no tocamos las escopetas. Nos dijeron que había perdices, y no hay ni una, así que vamos a despertar a esos primitivos.

Los hombres se dirigieron todos a una hacia el armario de las armas de las escopetas que había en la entrada. Sacha buscó la mirada de Maksim, pero este la esquivó, porque todos tenían ya un arma en la mano. Sacha se acurrucó en un sillón. Oyó los pasos de los hombres subiendo por la escalera y después el golpear de las pesadas botas en el piso de arriba; los tablones de madera rechinaron y cayó polvo desde el techo a través de las numerosas grietas que allí había.

—Tienes mucha suerte, tu marido es del tipo de hombre del que se leerá en los



libros —le dijo Evelina Sergueivna—. ¿Te gusta Marian Anderson? Me da mucha pena que la hayan quitado de la radio. Y el *jazz* de Skomorovsky, ¿te gusta? ¿Todavía se le admira, en Leningrado? A mí me parece un genio.

Apoyó el codo en la mesa, echó a rodar la ruleta y se lamentó de lo imprudentes que eran los hombres.

—¿Sabes que Stalin le telefoneó? —prosiguió Evelina, señalando hacia el techo del que provenían gritos, silbidos y los rítmicos golpes de unas escopetas que estaban siendo cargadas—. Había recibido una carta de uno de los obreros de la fabrica en la que decía que no había agua caliente en las duchas. Semión Emilievich se ocupó de todos los arreglos. Es que antes nunca se había quejado nadie. Y lo que me da más miedo es que no se den cuenta de lo entregado que está a su trabajo.

Dicho esto se encendió en su rostro una chispa de esperanza.

En el piso de arriba se oyó un fortísimo estruendo y a continuación otro, si cabe aún más potente. La mesa de la ruleta tembló, las fichas brincaron en ella, un vaso y una jarra estallaron. Evelina Sergueivna soltó un grito y se miró con los ojos desorbitados la mano que había empezado a sangrarle. «Querida, menos mal que tienes unas estupendas vendas y desinfectante», se burló de ella Sacha para sus adentros.

¿Le habría contado Evelina Sergueivna lo de su marido porque guardaba la esperanza de que Maksim Podolski, el hombre que aparecería en los libros, lo ayudara? ¿Estaría buscando la ayuda de Podolski por mediación de ella? ¿O estaría Evelina Sergueivna pidiéndole ayuda directamente a ella? Porque incluso fuera de aquel edificio desde el que emitía sus informes, eran muchos los que la veían como «uno de ellos».

—Aquí tenéis —gritaba su marido—. ¿Listos? Uno, dos y...

Más disparos y silbidos atronaron la casa desde el piso de arriba. Sacha supo que el olor a pólvora se le iba a quedar en la nariz. A los silbidos se unió ahora un zumbido monocorde. Evelina Sergueivna dijo algo, pero Sacha no la oyó. Miró hacia la ventana. Esperaba ver chispas de fuego en el horizonte, pero excepto por un destello solitario y débil que se desvaneció en las lejanas montañas, allí no había nada.

\* \* \*

«Temor ante nosotros, temor tras nosotros. Siéntate conmigo un poco, por Dios, conmigo un poco»<sup>[29]</sup>.

Una conocida personalidad de alto rango la invitó a tomar asiento. Con gran esfuerzo se acercó al hombre, porque le bastaban esos versos para paralizarle el cuerpo y hacerle comprender a Sacha que una gran desgracia había caído sobre el jefe del departamento.

—Mira cómo brilla el suelo —masculló él—, nos hemos pasado la mañana entera

trabajando como burros para abrillantarlos con cera.

—Habéis hecho un buen trabajo —dijo ella, sentándose a su lado como quien no quiere la cosa.

Styopa se volvió de espaldas a la sala que se iba llenando de gente. En una de las paredes habían colgado una sábana con un bordado rojo que decía:

1940

GRANDES LOGROS

TRABAJO DURO

FUTURO GLORIOSO

Styopa lanzó una mirada disimulada a la venda. El mensaje estaba claro: ¿tenías que presentarte aquí esta tarde con el recuerdo de un acontecimiento que nadie quiere recordar? Sacha vio las dudas que asomaban a los ojos de él: quizá la había sobrevalorado porque no había llegado a comprender que al fin y al cabo ella no era más que una niña mimada. ¿O habría vuelto de las vacaciones forzosas convertida en otra persona?

—¿Te lo has pasado bien?

—Ha sido estupendo. Los dos te estamos muy agradecidos. Los últimos días se me infectó un poco y una doctora muy pesada se empeñó en vendármelo —dijo subiendo la mano y doblándola ligeramente con un gesto lleno de gracia, solo que al instante se dio cuenta de que ese gesto lo había heredado de su madre, que cada vez que quería decir que algo era muy importante, elevaba la mano por encima del hombro echándola hacia atrás y marcando con los dedos una especie de do-re-mi.

Styopa la miró con afecto. La respuesta de Sacha lo había tranquilizado.

—Se te han acumulado cientos de confesiones que hay que atender: presos que han jurado haber matado a personas que están vivas, otros que dicen haber conspirado con personas que murieron en lugares que fueron borrados del mapa en el siglo XVIII. Todos los miembros de la oposición te manifiestan su agradecimiento, Weissberg. Gracias a ti no hemos detenido a nadie el último mes.

—Stepan Kristoforovich, a partir de mañana estoy a tu entera disposición.

—Como bien sabes, Aleksandra Andrievna, el sentimiento de culpa es algo connatural a las personas como nosotros. Se trata de un diablo muy astuto contra el que debemos luchar hasta expulsarlo.

Por un momento ella no comprendió adonde quería llegar Styopa, así que se asustó.

—No me siento culpable. Durante los últimos meses he hecho todo lo posible por... \*

—Claro, naturalmente —se apresuró él a tranquilizarla, al tiempo que sus finísimas cejas se arqueaban y una expresión de sorpresa asomaba a su cara al darse cuenta de que Sacha no terminaba de entender lo que quería decirle—. Hiciste un trabajo excelente. Me refiero a lo contrario: puede que el sentimiento de culpa te moleste porque salvaste a tu pueblo de las acciones de un núcleo terrorista y subversivo que pretendía atentar contra él. A veces nos sentimos culpables justamente por haber hecho lo que debíamos, en especial si se encuentran involucrados en ello los que en el pasado fueron nuestros seres queridos.

—Pero si los salvé —dijo Sacha con voz temblorosa—. Sin mí hubieran reconocido faltas mucho más graves y sus penas habrían sido mayores. Tú mismo dijiste que sin mi intervención, Emma Rikova habría sido condenada a muerte y los demás también.

—Por supuesto, Aleksandra Andrievna, les hiciste un gran favor, a pesar de que una parte de esos intelectuales no lo haya comprendido —le aseguró Styopa dándole un paternal cachete—. Pero el sentimiento de culpa no es algo racional sino un diablo astuto y mentiroso, ya te lo he dicho. A veces me asalta la culpa por el hecho de que tras el asesinato de Kírov algunos de mis mejores amigos, incluido Medved, uno de mis inmediatos subalternos, se comportaran con una dejadez rayana en el delito en lo referente a tratar a los miembros de la oposición obligándome a presentar cargos contra ellos. Porque ¿me quedaba alternativa? Está claro que no. Pues en mis sueños, siguen protestando.

La orquesta empezó a tocar una alegre melodía de baile y de los altavoces brotó la voz del director de la Sección Primera:

—Queridos camaradas, estáis todos invitados a dirigiros a la pista de baile.

—Estoy muchísimo mejor de salud, así que espero poder volver al trabajo. Pero me gustaría hablar contigo cuanto antes —dijo Sacha, sorprendiéndolo por el tono desafiante de su voz.

¿Habría entendido Styopa la ecuación que se le había presentado a ella ante los ojos en el tren? «Ha pasado el tiempo suficiente sin que se haya producido ningún avance con respecto al asunto de los gemelos, así que no voy a trabajar aquí. Por lo que a mí respecta me podéis fusilar». Pero de pronto se vio asaltada por un temor desesperado: ¿y si era ya demasiado tarde? ¿Y si había perdido el tiempo? Quizá Styopa ya no pudiera ayudarla.

Este se disculpó y se encaminó precipitadamente tras dos hombres de cuellos gruesos que vestían unos trajes de un marrón amarillento, un color que a Sacha le recordó el de la piel de un enfermo. Styopa los alcanzó y entabló conversación con ellos mientras le hacía desesperadas señas a uno de los camareros para que se acercase con la bandeja del vodka. Dos viejas secretarias de la Sección Tercera se acercaron a Sacha. No se acordaba de sus nombres, pero ellas siempre la habían tratado con mucho afecto y solían llamarla *sirota*, «huérfana». Una de ellas había contado en una ocasión, en secreto, que su hermana, en el pasado obrera de la fábrica

de Kírov, admiraba al «ilustre físico Andrei Pávlovich Weissberg». Ahora las dos señoras la tomaron de la mano:

—*Sirota*, estamos tan contentas de que le dispararan al infierno que quería quemarte —y mirando de reojo hacia donde se encontraba Styopa, una de ellas susurró—: Míralo, el gran director del departamento, es curioso que no pensarán en escoger para el cargo a alguien que sepa leer. Se pasa el día en la sala de proyecciones viendo cien veces *Chapayev*, doscientas *Aleksandr Nevsky*, y *Si mañana hay guerra* ya la canta.

—Y todavía le pide a sus presos, a los poetas, que escriban cartas de amor en su nombre para Smirnova<sup>[30]</sup> —dijo su compañera.

—Queridas camaradas —les riñó Sacha con afecto—, os aconsejo que dejéis de beber.

Ellas intercambiaron una mirada.

Styopa volvió con ella. Las viejas no se movieron de su lado.

—Camarada Weissberg —dijo, y se inclinó con un gesto teatral—, como tu marido está entre bastidores preparándose para representarme en el primer acto, permíteme que yo interprete ahora el papel del malévolo afortunado.

Mientras Sacha se alejaba con Styopa, echó una mirada hacia atrás. Los ojos de las dos mujeres atraparon esa mirada con la intención de averiguar si el mensaje que le habían dado le había llegado. Y es que no se habían puesto a cotillear a su lado por casualidad. ¿No las habría enviado Styopa por ver si sucumbía a la tentación de criticarlo? Entrelazó los dedos a los de él. ¿Sospecharía de ella?

Llegaron a la pista de baile. Los rodeaban caras conocidas: Natalia Frikova con un vestido muy bonito y tocada con una diadema de flores le lanzó un beso al aire; otros conocidos la saludaban agitando la mano, la llamaban por el nombre y la felicitaban, otros posaban la mano en su hombro en señal de apoyo, y Styopa abrió los brazos como queriendo decir que Sacha regresaba al trabajo bajo sus protectoras alas.

La tomó por la cintura. Aunque lo hizo con precaución y apenas rozándola, en sus ojos brillaba cierta esperanza. Se quedaron así, quietos, tomaron aire, pero no se movieron. A Sacha le pareció que él se echaba atrás en sus intenciones de sacarla a bailar al tiempo que intentaba comportarse con naturalidad. Por primera vez se preguntó si el rumor que corría referente a que estaba enamorado de ella sería cierto. Desde el primer momento había sabido que a él le atraía su personalidad, sobre todo su astucia, pero no había visto en eso nada especial. Mientras que esa noche le parecía que los delicados gestos de él y su estado de ánimo algo ausente debían hacerla sospechar que hacía ya tiempo que él andaba buscando ese contacto físico.

—Styopa —se rio Sacha—, un baile es un baile —y dicho esto lo atrajo hacia sí con la mano izquierda.

Él se revolvió un poco y su legendario engreimiento lo hizo parecer más alto. Con un movimiento brusco la atrajo hacia sí con mayor fuerza. Era un buen bailarín y

además muy vanidoso, así que se puso a guiarla por la pista a una velocidad sorprendente. Sacha notó que Styopa le transmitía fuerza y elasticidad, algo que ella siempre había tenido, y recordó que los gemelos siempre se quejaban de que cuando los atrapaba enroscando las piernas alrededor de su vientre se desgañitaban y la arañaban porque los inmovilizaba por completo. Sacha tuvo que reconocer ahora que Styopa era uno de los mejores bailarines que había conocido. Era raudo, pero no brusco, y le daba al baile un impulso muy peculiar que difuminaba el mundo que los rodeaba al tiempo que los hacía concentrarse exclusivamente en sus movimientos. Tampoco exageraba como esos dandis que la zarandean tanto a una que hasta teme caerse en cualquier momento, sino que Styopa se permitía pequeñas treguas, y no de esas que suponen una desconexión repentina del baile, sino de la clase de pausas que mantienen el ritmo. No cabía la menor duda de que Styopa tenía un cuerpo muy fuerte. ¡Cómo deseaba Sacha que la certeza que la había asaltado al verle al principio de la tarde, esa de que sería golpeada por una gran desgracia, careciera de fundamento!

La música cesó y todos aplaudieron.

Al otro lado de las ventanas caían los copos de nieve sobre el río Nevá atrapando en su interior las luces de la ciudad. La nieve siempre se cuele a tus espaldas: dejas de mirar un momento y ya está ahí, pensó Sacha. Los elevados tejados y las puntas de las torres se hallaban ya cubiertas de una blancura que la luz de las farolas convertía en terciopelo. Más allá, al otro lado de los árboles, resplandecía una nívea cúpula que parecía un globo aerostático.

Sacha se volvió a mirar a Styopa, que jadeaba sudoroso. Unos mechones de su ya ralo pelo se le habían pegado a la frente. Una y otra vez volvía la vista hacia el lugar en el que estaban sentadas las autoridades y demás personalidades. Había allí hombres de negocios cuyos rostros le sonaban a Sacha de la prensa, y una decena de hombres maduros vestidos con unas americanas algo descoloridas. Unos llevaban corbata y casi todos estaban enfrascados en sus platos rebosantes de empanadas y verduras guisadas con sémola; Podolski le había contado que por restricciones en el presupuesto habían decidido no servir carne. Detrás de las autoridades se alzaba una gigantesca fotografía de Stalin, y a ambos lados de esta, unas pequeñas fotos con orla negra de los dos amados muertos, Serguéi Kírov y Sergó Ordzhonikidze.

—El camarada Zednov ya no va a llegar... —le espetó Styopa muy secamente.

Las dos viejas secretarias volvieron a pasar por delante de ellos. Él las saludó con una solicitud muy poco común en él, que solía hacer gala de su condición de jefe malicioso.

—¡Menudos gansos insoportables! —le susurró a Sacha.

Las voces que la rodeaban se convirtieron en un susurro sordo que antes, en su infancia, llamaba «patitas de hormiga en un nido destruido». Miró hacia el estrado en el que la orquesta afinaba los instrumentos. «Tocad ya de una vez», rezó.

Styopa saludó agitando la mano a uno de los hombres de negocios mientras ella

lo observaba muy concentrada por si encontraba en él un signo más de debilidad. La orquesta tocó de nuevo y Sacha volvió a arrimarse a él.

—La vejez me puede, Sachinka. Un solo baile más y moriré de un infarto. ¿Tomamos algo?

—Claro que sí, mi envejecido comandante.

Se dirigieron hacia la zona del bar. ¿Cómo habría podido ser tan tonta y dudar de la primera impresión que había tenido para dejarse tentar por un arrebatado de esperanza —esa misma esperanza que siempre latía, por cierto, en todas las personas más débiles que ella había interrogado— de que todo estaba en orden? Incluso cuando está bien claro que todo ha terminado y no existe posibilidad alguna de eludir la pena, el triste espíritu de esos interrogados siempre buscaba alguna señal de redención. Al principio esa búsqueda le resultaba angustiada, pero cuando empezó a toparse con ella una y otra vez le pareció cansina y engorrosa. ¿Por qué iban a tener que salvarse? ¿Quizá porque las personas siempre creen que son únicas y especiales y que su vida no se parece en nada a la de los demás? Todo el mundo, sea culpable o no, alberga la ilusión de que se les considere como un caso especial. Porque si alguien los conoce tan a fondo, es imposible que no se dé cuenta de la magnitud de su tragedia. La mayoría de las personas creen que un experimentado ojo oculto en el corazón del hombre se dedica a rebuscar en los recovecos de su corazón rescatándolas justo a ellas de la masa polvorienta. Naturalmente que los de arriba saben que todavía tienen planes, amores, y sobre todo que todavía les pueden resultar muy útiles. Ninguno de ellos, ni siquiera Brodski, había llegado a entender lo insignificante que era, más que el tamo aventado. La medida en que uno se pueda sentir culpable o arrepentido no cambia nada, porque nadie se va a ocupar de su caso una vez haya entrado a formar parte de la multitud entre la que ya no hay quien lo distinga.

Se apagaron las luces de la sala y un foco iluminó el estrado. Allí estaba Maksim Podolski, ruborizado, ligeramente maquillado, con una peluca negra de escaso pelo y un traje muy ajustado acolchado con un cojín en el vientre. Se balanceaba como un borracho.

—Buenas noches, queridos camaradas. Como director de la Segunda Sección me veo obligado a decirles que no hay nada más despreciable que los libros y el arte. Las personas se dedican a escribir, a pintar y a expresar su espíritu de diversas maneras aspirando a la fama, soñando ser un Pushkin o un Lérmontov, mientras un montón de trabajo se acumula en mi mesa. ¡Compañeros, debemos arrepentimos! —exclamó—. ¡La grafomanía es el mayor pecado del pueblo ruso! ¿No es, fácil, acaso, conseguir una hoja en blanco y un lapicero? ¡Pues claro que lo es! ¿No es sencillo ser escritor? Sencillísimo. ¿Y poeta? Todavía más fácil. Alguien escribe: «Hace frío en Moscú / en Kiev está oscuro / ¿y en Leningrado? Brrrrr»<sup>[31]</sup>, y al instante se queja de que lo están discriminando, que unos envidiosos enemigos están tramando liquidarlo, y exige una suma de dinero y un balneario para todo el verano.

Dos mujeres y dos hombres, los cuatro vestidos de presos y encadenados, se arrastraban ahora hacia el centro del escenario.

—Acusados —exclamó Styopa-Podolski—, ¿también vosotros sois poetas?

—Ciudadano juez-interrogador, ¿no te avergüenzas de hacernos esa pregunta? —le gritó uno de los presos—. ¿Es que no ves que aquí a tus pies se arrastra la insigne poetisa Ekaterina Mijailovna Ulítskaya? Quiere leerte una de sus obras maestras: «Estrellas en las ventanas del NKVD».

—¡Un poema contrarrevolucionario de primerísimo grado! —exclamó Styopa-Podolski.

—Todo lo contrario. ¿Lo has leído, acaso?

—Por supuesto, es un poema de Boris Lapin.

—¡Vergüenza debía de darte! —gritó la mujer—. ¡Lapin escribió «Estrellas en la ventana de la checa», que es un poema completamente distinto! ¿Y todavía te haces llamar también director del departamento responsable de asuntos literarios?

Sacha se dio cuenta de repente de que no había visto a Reznikov en toda la velada.

—Styopa —susurró, volviéndose hacia él en la oscuridad.

Él la tomó del brazo y la arrastró consigo. Ahora estaba claro que algo terrible había sucedido. Pasaron la barra del bar y abandonaron la sala empujando una puerta que carecía de picaporte y que era tan blanca como la misma pared. Sacha recordó una frase que Styopa le había dicho en una ocasión: «Todo buen interrogador debe tener su Kerkaporta particular». Avanzaron raudos por un pasillo estrecho y tortuoso. Las voces de los actores se oían ahora potentes y claras, y ella entendió entonces que se encontraban al otro lado del escenario.

—No vamos a tener otra ocasión de hablar con libertad —le susurró Styopa—. Puede que me estén siguiendo. Dentro de siete minutos terminará el primer acto, las luces se encenderán y nosotros volveremos a estar en la sala exactamente en el punto en el que estábamos.

—Reznikov —dijo Sacha.

—El mismo —respondió Styopa y un amago de amarga risotada asomó a sus labios.

En el escenario se oía gritar: «¡Amamos al camarada Stalin! ¿Nos ha dado una industria fantástica o no nos la ha dado? Nos premió y el comité lo condenó. Nos dio un piso, y se metieron en él el vecino y su hermana. Leyó los poemas, y otros dijeron “habrá que publicarlos a su muerte”. Bajó los precios. Pero no dejó cupones. Arregló las carreteras, (coro) pero la lástima es que a nosotros nos echan de la ciudad».

Los ventanucos del pasillo estaban rotos. Hacía frío, pero a ella el cuerpo le ardía.

—Qué *sketch* más simpático han escrito los traidores de los escritores —dijo Styopa.

—No lo entiendo —gritó Styopa-Podolski desde el escenario—, sois demasiado retorcidos, escribid una confesión sincera y clara y puede que os consiga un

Menos 12<sup>[32]</sup> en lugar de Kolymá. ¿Son estos versos demasiado burgueses o no? ¿Contrarrevolucionarios, o no?

—«Siete veces he creído en la Revolución». Decídelo tú, jefe de la sección.

—Un verso decididamente destructivo. Según parece no creíste ocho veces.

—¡Por favor! ¿Dónde está tu inspiración? Mi fe en la Revolución no hizo más que crecer. Camarada director de la sección, queremos un Menos 1464, que según nuestros cálculos da como resultado París.

—¿Te acuerdas de Agranov? —susurró Styopa, que, muy cerca de ella, tenía la boca casi pegada a su oreja, en la que notaba el calor del aliento de él—. Era uno de mis amigos más queridos. Lo detuvieron y lo fusilaron en el 37. No sabes cuánto lo lamenté. Lo apreciaba muchísimo. Cuando lo detuvieron a él y después a Moltchanov, estaba convencido de que a continuación me detendrían a mí. Pero pasaba el tiempo, y nada. De todos modos, seguro que me nombraron cuando los interrogaron, y nuestro viejo amigo Reznikov lo oyó, se dio cuenta de la ocasión que se le presentaba y la aprovechó. Viajó a Moscú y «dio a conocer mi verdadero rostro». Hoy en día, Sachinka, esa es la manera de progresar en la vida. Me acusó de continuar con las maquinaciones de Agranov y sus compañeros. Aunque nos ocupamos juntos de algunos de los acusados que después fueron enjuiciados en los juicios más importantes y nunca sabré qué hizo Agranov, la impresión que yo tengo es que quizá no fuera un hombre muy avisado, pero sí muy puntilloso y fiel, aunque solo fuéramos amigos en el trabajo. Bueno, está bien, también compartimos algunas mujeres. Pero no pudo ser solo Agranov: Reznikov, por su cuenta, inventó lo que le pareció. En resumen, que tendré que luchar con él a vida o muerte, y de momento me va ganando.

—Nadie va a creer a un tipo tan siniestro como Reznikov —dijo Sacha con desespero—, tus amigos deben de saber que es un mentiroso.

—He oído que se llevará a cabo una investigación. La mayoría de mis amigos todavía no lo saben. Cuando se enteren, me volverán la espalda como hemos hecho con todos los que se han metido en líos. Soy inocente —añadió con tristeza—; desde joven me he comprometido con la Revolución y he hecho desde el convencimiento todo lo que se me ha pedido hacer, aunque a veces algunas actuaciones son mal interpretadas... Pero no importa, no tenemos mucho tiempo. Antes de finales de febrero serás trasladada al oeste de Bielorrusia. Me estoy ocupando de que tu partida resulte natural y no precipitada. No podemos dar la sensación de que te largas de aquí de la noche a la mañana. Te vamos a ascender, en realidad. Allí necesitan interrogadores inteligentes. Durante los últimos meses, después de haber liberado Bielorrusia de manos de los perros de los polacos, descubrimos que el alcance de las organizaciones de la oposición era enorme. No me digas nada ahora, porque enseguida te darás cuenta de que no te queda otra opción. Si yo caigo, Reznikov irá de inmediato a por ti. Trabaja sin tregua y de prisa. Es un *udarnik*<sup>[33]</sup> nato y tiene todos los ases en su poder. El mero hecho de que yo te diese trabajo aquí, aunque



tuviera permiso para ello, le bastará. En Bielorrusia estarás lejos y destacarás, porque sabes muy bien sobresalir entre los demás, Sacha, y buscarte jefes fuertes, de esos que saben parar el golpe si este llega. Sé muy bien la pregunta que ahora te tortura y créeme que hace ya mucho que a escondidas y con enorme precaución estoy haciendo lo indecible por dar con la respuesta. Solo te diré que uno de ellos está sirviendo en el 4.º ejército, en la zona oeste de Bielorrusia, allí lo conocerás.

—Styopa —susurró ella apoyando la mejilla en el hombro de él.

—No te preocupes —su voz sonó opaca—, que cuando me interroguen ni te nombraré. Te doy mi palabra de honor.

¿Qué imagen tendría de ella Styopa si creía que era eso lo que ahora le preocupaba? Las sienes le palpitaban, las oía, y le escocía donde él le había respirado hacía un momento.

¿Y si tenía razón? ¿Cómo podría saberse? Últimamente le parecía a Sacha que algunos de sus propios gestos le salían solos, de manera que le costaba decidir si eran sinceros o pura interpretación, si eran suyos o si los copiaba de otra persona cuyo comportamiento le pareciera intachable.

Styopa-Podolski gritaba desde el escenario:

—¡Estúpidos, competid conmigo con poemas de verdad! El amor por el proletariado arde en mi corazón / a sus despreciables enemigos los cubriré de llanto / aplastaré a la venenosa serpiente / mas solo, amigos, una cosa os pido: la pensión de mi hermana...

Nos quedan algunos destellos en el recuerdo que nos evocan que antes, hace tiempo, todavía creíamos que teníamos algo verdadero, algo que no era negociable. Nos gusta creer que por fuera aparentamos ser una cosa mientras que en el dormitorio aún conservamos esa vieja verdad, tan dulce como el sabor de la infancia. Pero no hay dos: en el alma no hay tabiques de separación como en la habitación de Vlada y Kolia, sino que todo se entrelaza hasta conformar un pantano de mil matices. Nos creemos que podemos engañar con todo tipo de trucos, disimulamos, hasta que un día, en un involuntario momento de lucidez, comprendemos lo que en realidad quizá ya habíamos comprendido, y es que nosotros somos nuestras costumbres.

Solo cuando estuvo de nuevo en la sala aplaudiendo a su marido y Styopa se metió dos dedos entre los labios para lanzar un silbido ensordecedor, vio claro el significado de las palabras de este: Vlada o Kolia.

*Varsovia, verano de 1940*

«Últimamente me he convertido en un hombre muy sentimental», meditó Thomas.

En esos momentos se encontraba desayunando en el hotel Bristol en compañía de unas personas importantes. En la mesa se vivía un espíritu muy amigable y todos los comensales, en especial Albert Kresling, que hacía poco que había sido nombrado alto comisionado de la Oficina para la Fidelidad Incondicional al Reich y estaba considerado como el hombre de Göring en Polonia, mostraban gran interés en su persona y en su trabajo. Pero mientras todos alababan el informe, ¿dónde estaba él? Improvisando mentalmente unas cuantas frases para Klarissa: «Amada mía, tu última carta me dejó muy preocupado, y desde entonces ha pasado más de un mes. ¿No me estarás insinuando que no hago todo lo que está en mi mano para que nos veamos? Porque no hay nada que desee tanto como eso. Ya te expliqué la razón por la que la idea de que vengas a verme a Varsovia no es de mi agrado: la enorme carga de trabajo que tengo no me dejaría tiempo para estar juntos. Pero en septiembre, te juro que me tomaré unas vacaciones y nos iremos a donde tú quieras: pongo el mundo entero a tus pies».

Thomas se encontraba completamente borracho en medio de la explanada bañada por el sol que había a la puerta del hotel Bristol. Miró hacia los dos árboles. Hacía un momento, mientras estaban sentados en la terraza del segundo piso, Weller había señalado con el dedo en dirección a esos árboles que parecían apoyarse el uno en el otro, y le había susurrado:

—Mira, Thomas, son igualitos a nosotros.

Esa observación tenía como finalidad hacer las paces. Durante toda la semana había reinado entre ellos una gran tensión por el asunto del muro que rodeaba a los judíos. Thomas era contrario a que se levantara y sostenía que un gueto tan grande demandaría más de lo que producía, dañando gravemente la economía, además de que alteraría el tráfico, asfixiaría a toda Varsovia y «provocaría la desesperación y todo tipo de actos violentos» tal y como escribió en su respuesta al gobernador del distrito. Weller discrepaba con él y quiso enviarle al gobernador su propio protocolo: «Los factores económicos no son exactos. *Herr Heiselberg* ha hecho el cálculo

contemplando las necesidades de los judíos como si fueran arios, cuando a fin de cuentas la idea de un gueto amurallado no es nueva y se ha mostrado de lo más efectiva en el pasado. Ya en el siglo xv, cuando se decidió erigir en Fráncfort un muro alrededor de las casas de los judíos, surgieron voces discrepantes. Pero la decisión de Federico III fue reveladora: levantaron el muro, los judíos dispusieron de su *Judengasse* y la disposición aguantó durante unos trescientos años». Weller hubiera podido nombrar el gueto que ya existía en Łódź en esos momentos, pero como era su costumbre prefirió ornamentar sus ideas con un ejemplo tomado de la historia lejana y que no tenía visos de ilustrar nada.

Thomas le había respondido a Weller con un contraprotocolo: «En el siglo xv había en Fráncfort unos doscientos judíos aproximadamente, así que les bastaba con una o dos calles. Pero ¿cuántos judíos hay hoy en Varsovia? Cerca de cuatrocientos mil. El muro proyectado envolverá una extensión enorme de la ciudad. La comparación es un insulto a la inteligencia». Thomas sospechaba que Weller, en realidad, no era contrario a su opinión, porque estaba de acuerdo, como sus compañeros del Ministerio de Asuntos Exteriores, en que las vejaciones infligidas a los judíos dañaban la imagen de Alemania en el mundo, pero aprovechaba la oportunidad que se le brindaba de mostrar su independencia e intentar ampliar su campo de influencia. Quizá se había dado cuenta de que su compañero de trabajo estaba perdiendo terreno. Thomas reconoció enseguida el desafío y decidió demostrar que esa idea estaba en contra del espíritu del «modelo de hombre nacional polaco». Weller, a su vez, le contestó que conocía tan bien como él el espíritu de ese modelo, pero terminó por aceptar la opinión de Thomas y se conformó con exigir que sus reticencias fueran recogidas en el informe y redactadas de una manera más delicada.

Después de que las discrepancias se hubieron limado, en mayor o menor medida, volvieron a hablar de asuntos de trabajo. Weller insistía una y otra vez en que la amistad de ambos le resultaba mucho más preciosa que cualquier discusión, y a pesar de que volvieron a colaborar, una nueva tensión surgió entre ellos. Incluso las clases de ruso que tomaban y que se habían cuidado de seguir con gran rigor desde que llegaron a Varsovia las fueron dejando por mil y una excusas. Thomas sospechó que lo mucho que él avanzaba en esa lengua molestaba a Weller. El acento perfecto ya lo tenía, así que si Weller dejaba de tener la ventaja de conocer mejor la lengua, el discípulo podría superarlo...

Thomas miró ahora los árboles más de cerca y vio que uno permanecía erguido mientras el otro se apoyaba en él. Esperaba que Weller también lo hubiera visto. Avanzó con toda parsimonia por la calle con la intención de protegerse del sol bajo las cornisas de los edificios. A esa ahora avanzada de la mañana, en Nowy Świat la sombra no era más que una finísima franja a un lado de la calle. A Thomas le gustaban esas mañanas de sábado y de domingo, sobre todo en los días claros en los que el horizonte se veía infinito tras los tejados y las altas farolas, aunque en ese momento tenía que hacer un esfuerzo para entusiasmarse ante la belleza del día,

incluso para intentarlo. Debía reconocer que los días, por muy hermosos que fueran, ya no lo fascinaban como en el pasado. El mundo seguía atónito los movimientos de la Wehrmacht, que lograba grandes victorias en la Europa Occidental poniendo a los pies de los alemanes un sinfín de nuevas oportunidades, mientras que él se encontraba allí en la lejana Varsovia escribiendo informes y peleándose con Weller. Ni siquiera las alabanzas de Kresling —quien habló de que el *Reichsmarschall* había estado el fin de semana en Carinhall hojeando el informe y reconociendo que todavía quedaba gente con cerebro en el ministerio de ese miserable de Ribbentrop—, ni siquiera eso le produjo la más mínima satisfacción.

Dos oficiales de las SS caminaban a cierta distancia de él. Uno de ellos, alto y ancho de hombros, con el pelo claro y el rostro bronceado, se parecía a Hermann Kritzinger. Thomas sospechaba que era Hermann, al tiempo que sabía que no era él. Es posible que incluso el conocimiento de que no era Hermann hubiera precedido a la sospecha de que sí lo era, y de todos modos había en aquel hombre algo de Hermann. Desde la carta de Klarissa en la que le contaba que aquel depravado la había ido a visitar a su casa, Thomas había tenido que abandonar las ilusiones que se había hecho de que iba a dejarlo en paz. Según parecía el que Thomas también se las estuviera arreglando muy bien fuera de Milton había avivado el odio que Hermann le tenía. Y eso que Hermann tendría que irse acostumbrando. Thomas no pensaba esconderse. Al contrario. Aunque a veces sospechaba que Hermann le tenía deparada otra gran desgracia, por mucho que cada vez se fuera olvidando más de él hasta haber conseguido prácticamente relegarlo a un rincón de su consciencia. Quizá era el aburrimiento lo que en esos momentos diluía sus miedos. En otras ocasiones, sin embargo, clamaba en su interior una extraña voz: «Si ese matón quiere invertir en mí toda esa energía, peor para él. Cuando se decida a actuar, ya me enfrentaré a él. Así es la vida. Mis enemigos también deben tener un lugar en el mundo». Y a pesar de todo resultaba difícil estar preparado ante un posible ataque de Hermann, aunque este, entre tanto, pareciera haberse esfumado. No se le veía por ningún lado y ninguno de los conocidos de Thomas sabía dónde se encontraba destinado.

Los dos oficiales pasaron junto a él. El bronceado *Standartenführer* le hizo una pequeña reverencia.

—Buena y espléndida mañana —los saludó Thomas.

Volvió a sentirse muy tranquilo: acababa de recordar que había visto a ese oficial tan bronceado cuchicheando con alguien del séquito del *Führer* en su visita a Varsovia en octubre.

Los dos se alejaron. Thomas dudó si no debería dirigirse al oficial para invitarlo a visitar su oficina con cualquier excusa, porque hasta que lo alcanzara ya se le habrían ocurrido unas cuantas, pero al final decidió que lo haría en otra ocasión.

Unos soldados con los ojos entrecerrados pero de mirada escrutadora y los cascos reluciendo al sol se mantenían en posición de firmes en el solar en el que antes había estado la universidad. Siempre que pasaba ante esos pobres soldados se acordaba de

cuando Weller y él se presentaron voluntarios para servir con el *Generaloberst* Fromm en la sede de la Wehrmacht de Bendlerstrasse. Ese mismo día las potencias occidentales le declararon la guerra a Alemania. Weller y Thomas, entonces, se reunieron y este último dijo:

—No sé si la conciencia nos va a permitir continuar con nuestro trabajo en el Ministerio de Asuntos Exteriores, por muy decisiva que sea nuestra función en él, mientras nuestros compañeros arriesgan la vida por la patria. A pesar de que *Herr Heiselberg* sufre de fuertes dolores en las costillas y, en mi caso, hasta que consiga contarle al médico todas mis dolencias la guerra habrá tocado a su fin, aquí nos tiene a disposición de la patria —dijo Weller con la barbilla bien alta.

Finalmente Fromm los eximió de ir al frente; alabó su comportamiento ejemplar e incluso los llamó «modelo y ejemplo para toda esa panda de vividores del Ministerio de Asuntos Exteriores», y con eso se zanjó el asunto.

Thomas se iba acercando al terreno en el que se encontraba su apartamento. Los fines de semana los inquilinos de los edificios solían sacar a aquella explanada cuadrangular unas cuantas sillas y mesas y se ponían a jugar a las cartas o a la pelota. Fumaban en pipa, leían periódicos y libros, en ocasiones jugaban al lazo y siempre abundaba la cerveza, aunque estuviera caliente. La semana anterior incluso habían organizado una competición de lucha libre. Weller sorprendió a Thomas al ganar algunos de los asaltos.

—La lucha libre es una de las viejas aficiones de nuestra tribu —le dijo mientras se preparaba haciendo estiramientos y le contaba que su primo más querido era luchador y había recibido la «distinción deportiva del Reich».

El refugiarse en la herencia de sus padres era para Weller una costumbre que le permitía evadirse de las penas del presente. Cada vez que pronunciaba las palabras *nuestra tribu*, se inflaba como un pavo real, como si hubiera querido decir, esta es nuestra tribu y estos sus logros: hemos servido a Guillermo II y a Bismarck, hemos firmado pactos que han convulsionado Europa y por falta de elección también hemos tenido que romper unos cuantos; con un simple chasquido de dedos hemos enviado tropas a la guerra al tiempo que conseguimos para Alemania días de paz y prosperidad. Nos embriagaron nuestras magníficas victorias a la vez que con profunda tristeza oíamos hablar del hedor de los campos de batalla infestados de los cadáveres de nuestros compañeros, mientras que tú, ¿de qué barrio de pequeños comerciantes has salido?

Esos eran los momentos en los que Thomas se sentía orgulloso del *Führer*. Por cómo había eliminado de un plumazo los privilegios de los prusianos esos, que generación tras generación habían ido debilitando los cimientos de la sociedad. Jack Fisk lo comprendió mejor que la mayoría de los alemanes: en el encuentro que tuvieron tras la fiesta de año nuevo, Fisk le había dicho: «Mi padre fue un hombre

que trabajó durísimo sin conseguir grandes cosas, exactamente igual que el padre de vuestro *Führer*. Y en mi opinión, esta nueva Alemania que está acabando con los privilegios de unos pocos escogidos te va a tratar muy bien. Porque al fin y al cabo, Thomas, y ya te lo he dicho en otras ocasiones, ¡tú eres el alemán más inteligente que he conocido!». Thomas sintió que a su pesar ese recuerdo lo envolvía en una especie de calidez, exactamente igual que si hubiera estado en ese momento en las oficinas de Milton, cuando el comentario de Fisk le había levantado tanto el ánimo que a punto estuvo de cantarle una canción de amor a su jefe. Aunque en vista de que aquella había sido la última vez que había hablado con Fisk, bien que hizo en no decirle más que «gracias de todo corazón».

La fachada de uno de los edificios arrojaba su sombra sobre la calle por la que en esos instantes transitaban con paso encantador y casi revoloteando las tres hermanas. Siempre que andaba por la ciudad esperaba encontrarse con las tres presurosas jóvenes. Las reconoció, como de costumbre, por los ajustados vestidos negros, las medias de seda y los sombreros que llevaban, los tres distintos uno de otro. Cuando se aproximaban, Thomas bajó la vista, pero en el momento en el que pasaban por su lado, sin poder dominarse, las siguió con la mirada. Dos de ellas se contoneaban al andar igual que Klarissa, ese andar tan característico de las mujeres jóvenes que acaban de empezar a ponerse tacones. Ahí estaban saliendo de la sombra hacia el sol con las blancas nuca relumbrantes. Destellos que parecían mariposas les brillaban en las medias. Siguió alejándose y Thomas sintió en el corazón un pellizco de tristeza que lo sorprendió por su potencia, como si de pronto se sintiera profundamente huérfano.

En una ocasión había preguntado quiénes eran. Se llamaban Wanda y María, mientras que el nombre de la tercera lo había olvidado. Cuando las veía de lejos se entretenía haciendo conjeturas: ¿será Wanda la del sombrero de la pluma? Y en una ocasión, borracho, pensó en gritar «¡María!», para ver cuál de las tres se daba la vuelta. Por la noche, en la cama, cuando se imaginó la escena, las tres se volvieron hacia él. Eran muy amigas de funcionarios y oficiales y Weller sostenía que se acostaban con todo tipo de hombres principales para proteger a su padre, al que hacía tiempo que debían haber exiliado de Varsovia «o algo peor que eso». A Thomas le desagradaba el tono acusador de Weller. Un hombre como él, descendiente de una renombrada dinastía, no debía perder sus buenos modales ante unas mujeres tan bellas y elegantes. Y sin embargo, tiempo atrás se había dado cuenta de que Weller tenía que hacer un gran esfuerzo para mantener la compostura, ya que de tanto en tanto lo acometían unos ataques de ira que le costaba Dios y ayuda dominar.

Thomas pasó por el pasadizo de húmedas paredes y se quedó escuchando con una sonrisa los alegres ecos provenientes del patio. En aquel túnel abovedado se unía siempre a las voces una especie de zumbido turbio. El alboroto del patio le levantó un poco el ánimo. Últimamente prefería divertirse en grupo: la exclusiva compañía de Weller lo angustiaba.

Pero ahí lo tenía de nuevo, en medio del patio con la espalda vuelta hacia él, discutiendo sobre una tontería con los encargados de asar la carne. Los ojos de Thomas se posaron sin querer en la gruesa nuca de Weller.

—*Herr Weller*, esta vez no hay carne suficiente para sus esclavos... —se quejó un muchacho bajito al tiempo que clavaba el tenedor en una tajada de carne ya asada.

—*Obersturmführer*, hemos establecido una norma bien clara: recibirán carne una vez a la semana —respondió Weller con firmeza.

—¡Normas, normas! ¡En lo de la carne habría que ser un poco más flexibles! —gritó un amigo del chico, que parecía borracho y que tomaba el sol tendido en una sábana en pantalón corto.

Thomas examinó las escaleras que bajaban al sótano y después las portezuelas tapadas por unos tablones clavados en desorden con unos grandes clavos. El mortal silencio de aquellos cuartuchos, de los que jamás había oído salir ni una tos, le resultaba insoportable. Quince obreros polacos que Weller había conseguido por las vías más diversas vivían en el patio de ellos (porque Weller temía que se los robaran) en los cuartos del sótano, bajo tierra. Todos los días, a las siete en punto de la mañana, los sacaban de allí para destinarlos a los más variados trabajos: el desescombrado de los edificios bombardeados durante el último año, la habilitación de las escaleras, arrancar las malas hierbas que crecían entre las baldosas del patio, plantar todo tipo de arbustos que según Weller darían unas flores maravillosas la primavera siguiente. Después, a las cinco de la tarde, las puertas se cerraban y la llave la guardaba el oficial de turno.

Weller les consiguió permisos de trabajo, y a Thomas le dijo:

—He llegado a escupir sangre por ellos. Tendrían que estarme agradecidos hasta el día de su muerte. Si no fuera por mí, estarían en campos de trabajo.

—Tampoco es que pueda decirse que estos sótanos tuyos sean el hotel Bristol —le espetó Thomas—, la altura del techo alcanza apenas el metro ochenta y no tienen ni una sola ventana.

—Les hemos abierto unos respiraderos en los muros —insistió Weller—, trabajan diez horas al día y reciben su buena ración de alimentos.

Desde entonces Thomas no volvió a hablar con él de ese asunto, pero cada vez que desviaba la mirada hacia las escaleras, maldecía a Weller para sus adentros. Los obreros polacos provocaban también otros roces innecesarios: la semana anterior uno de los oficiales decidió que ese día no trabajarían y los dejó encerrados en el sótano. Fue solo al día siguiente cuando Weller se enteró de que habían estado encerrados en aquellos cuartuchos durante más de treinta y seis horas seguidas. La mayoría no podía respirar, algunos se desmayaron y uno de los jóvenes murió.

Últimamente, además, a Thomas le molestaba mucho que Weller se metiera en todo, hasta en la menor fruslería.

Con la intención de pasar desapercibido, se pegó a la pared para dirigirse hacia un alegre grupo sentado alrededor de una mesa al fondo del patio. Pero de repente

Weller lo saludó agitando la mano, la nariz quemada brillándole al sol, y le hizo señas para que fuera hacia él. Thomas le hizo caso con desgana.

—He visto por la calle al rubio y bronceado *Standartenführer* —le dijo Weller—, quizá habría que invitarlo pronto a una copa. Es un tipo muy influyente y hay quienes dicen que siente debilidad por los hombres guapos...

—Excelente idea —asintió Thomas.

Después de todo, puede que Weller no fuera tan malo. Aunque a veces se enredaba con asuntos sin importancia, nunca perdía de vista lo principal, de manera que así las cosas, no debía juzgarlo mal. En su dinastía de diplomáticos seguro que todos eran como él: ceremoniosos, educados y siempre pendientes de las apariencias.

—Me he dado cuenta de que te ha gustado el tal Kresling —observó Weller con un tono malicioso que no cuadraba con su cara de payaso que tenía una remolacha por nariz.

—Una persona muy válida, sí —dijo Thomas—, y de gran cultura artística.

—¿Cómo no va a saber de arte? —se mofó Weller—. ¡Pero si su función principal en esa Oficina Central de Fidelidad, o como se llame eso, consiste en ampliar el corpus de la cultura alemana por medio de todo tipo de robos y latrocinios! Que el representante del mayor atracador del Reich esté obligado a entender algo de arte es lo mínimo que se puede pedir.

—Kresling es un hombre estupendo —concluyó un enfadado Thomas.

Cuántas cosas habría querido decirle ahora a Weller: «Mira a tu alrededor, querido amigo, y verás que ya no sois los dueños. Tu abuelo Bismarck no estaba enterrado en una embajada leyendo mensajes como lo estás tú; y ha sido Ribbentrop, el que le vende el champán a Henkel, quien te ha dejado ahí. Un hombre valioso debería huir de las posibilidades que le brinda la vida por su posición social y aspirar a llegar a ser algo por sus propios medios y gracias a su talento personal. En esta nueva era, todos partimos del mismo punto, y tú, querido amigo, puede que no te hayas dado cuenta, pero hace rato que te he dejado atrás...».

Los oficiales le dirigieron a Weller más protestas de borracho, y él se volvió para escuchar pacientemente las necesidades que decían. Thomas aprovechó el momento para dirigirse hacia la mesa en la que un grupo parecía que estaba divirtiéndose mucho. A derecha y a izquierda había oficiales con el torso desnudo que tomaban el sol echados en sábanas, una pipa entre los labios y los hombros ya muy rojos. Aquella dejadez enfadó mucho a Thomas, sobre todo por el ambiente de vagancia y ocio que denotaba, aunque al mismo tiempo los envidiaba. Ahí estaban, tan desinhibidos y naturales, mientras él, atrapado en el uniforme oficial, parecía un anciano en un parque infantil. Volvió a mirar a Weller y se dio cuenta de que eran los únicos que iban vestidos de punta en blanco. Se apresuró, pues, a quitarse la corbata, se la metió en el bolsillo, se arremangó la camisa y se desabrochó los botones del cuello.

Junto a la mesa estaba su nuevo amigo Wolfgang Stalker, un *Sturmbannführer*



joven trasladado hacía poco a esa Oficina Central de Fidelidad.

—La situación actual es la siguiente —declaró Stalker—: Fischer, de la Gestapo, pone 250 al 10-12 de junio, si la Wehrmacht conquista París a la medianoche y un minuto, se queda sin el dinero... Nuestro amigo Moltke, como representante de la Wehrmacht, es más optimista y pone 250 hasta el 9 de junio... y yo, señores, les doy a estos franchutes un pequeño voto de confianza y apuesto 250 al 17-19 de junio. ¿Quién apuesta algo por la franja del 14 al 16?

Durante los últimos días estaban todos muy exaltados por las incursiones de la Wehrmacht en el frente occidental. Todas las noches brindaban en el edificio por las últimas victorias y a eso de las diez empezaban a asomarse a las ventanas unos rostros borrachos que gritaban a una, normalmente bajo la dirección de Wolfgang: «Dios está con el *Führer* / bendígalo Dios / proteja Dios a Alemania / la amada patria». Cantaban también canciones de amor que estaban de moda entre los jóvenes, unas canciones de melodía estridente y letra atrevida. A veces los escuchaba y se preguntaba por qué razón él no se veía asaltado por la euforia de la victoria como los demás. Él solo veía la derrota que llegaría, y no porque tuviera datos fiables para preverla, sino porque sabía que esta llegaría aunque fuera dentro de cincuenta años, ya que todo vencedor sabe que la derrota acabará por llegar. De cualquier modo Thomas había aprendido a disimular con sus interlocutores, aunque le sorprendiera el entusiasmo general que también reflejaban las cartas de Klarissa, porque le parecía vivir en un mundo en el que había unas personas muy diferentes a él, un mundo de ingenuos. Puede que si fuera tan joven como Klarissa, también se sintiera hechizado por lo mismo que esta le describía en su última carta:

*Nos han dado a leer un artículo que contiene una frase que me ha conmovido: «Son muy pocas las razas que han sido golpeadas como la nuestra por los huracanados vientos de una gran época histórica... Tenemos la absoluta certeza de que con las decisiones que tomemos en el presente estaremos decidiendo el futuro de nuestro pueblo durante las generaciones venideras». Y la verdad, mi querido Thomas, es que estamos trabajando muy duro en estos momentos: nos han llegado muchísimos objetos de gran utilidad de las casas de los judíos que se han marchado y los estamos repartiendo entre los pobres lo más deprisa posible. Ayer por la noche mamá comentó que no está nada bien eso de hacerse con las propiedades que han tenido que dejar, pero a papá le faltó tiempo para reñirle y decirle que todo lo que los judíos han dejado simplemente nos lo están devolviendo. Yo creo que ya que todas esas cosas han quedado aquí, mejor es repartirlas entre las personas que las necesitan, ¿no te parece? Es maravilloso y produce una gran satisfacción poderte dedicar a las personas que no han tenido la suerte de gozar de tus privilegios. El Partido Nacionalsocialista es el partido más perfecto del mundo. Todas las mujeres nos hemos unido como si fuéramos una*

*sola. A veces, por la noche, nos montamos en el tranvía y gritamos de pura alegría, y es que yo llevaba años estando muy sola.*

Pero no se trataba solamente de los jóvenes. Los adultos también andaban por Varsovia ciegos de orgullo. Mientras que él, por el contrario, a pesar de que luchaba por la causa por lo menos tanto como ellos, no sentía ni la más mínima satisfacción. Y cuando sí conseguía interesarse por algo, la curiosidad que tenía era del tipo de qué medidas tomaría el gobierno de Alemania contra la Francia invadida. ¿Y esto por qué? ¿Dónde se encontraba Erika Gelber justamente ahora que tanto la necesitaba? Thomas tenía la esperanza de que hubiera conseguido salir de Alemania o de esconderse. No tenía la posibilidad de indagar sobre su destino sin poner en peligro su cargo. Él estaba aquí y ella allí, o en otro lugar.

—¡Lo repito: apuesten 250 a que será antes del 16 de junio! —gritó Wolfgang, rascándose el ralo vello de su pecho de muchacho.

—Aquí van 250 marcos —entró Thomas en el juego.

—Thomas, querido amigo —vociferó Wolfgang—, ¿me has echado de menos? Es que he tenido que hacer unas cuantas gestiones en Cracovia —añadió mientras se metía el dinero en el bolsillo del pantalón, y balanceándose con un gesto de encantadora teatralidad se sentaba al lado de Thomas—, ha sido espantoso. En la estación le di algo de dinero a un niño polaco que estaba sucísimo y me ha picado la cabeza toda la semana.

—Y las gestiones que tuvieras que hacer, ¿han ido bien?

—Eso espero —exclamó Wolfgang—. Todo el tiempo que estuve allí no dejé de agradecerle a *Herr* Kresling que me haya trasladado a su oficina de aquí. Los muy pesados me llamaron para que me reuniera con el débil mental que me ha sustituido allí.

Los hoyuelos en las mejillas que tan simpático hacían a Wolfgang se veían ahora, sin embargo, ensombrecidos por la preocupación que llevaba pintada en el rostro.

—Al sentarme a hablar con él me di cuenta de que no le interesaba nada de lo que hago ahora. ¿No te has fijado? El gran proyecto que teníamos se ha venido abajo y ahora lo centra todo en su organización. De vuelta en el tren me he acordado de Schiller. La verdad es que allí me he encontrado con un montón de personas que se limitan a escuchar el ruido monocorde de la rueda que ellos mueven.

Thomas asintió mostrándole su comprensión. Otra vez tenía que oír esa aburrida palabrería sobre la eficiencia del gobierno. Aunque era de agradecer que Wolfgang no pusiera la cara de sufrimiento que ponían otros, porque él era un chico de buena familia de Hannover, un joven y guapo oficial de rizos de color miel y ojos celestes que, disfrazando su ignorancia de entendimiento, hablaba con toda ligereza de cualquier asunto y con la pasión de la juventud dictaba cátedra sobre unos temas cuya complejidad era incapaz de entender. Thomas le tenía cariño por su buen carácter, su contagiosa alegría y por el hecho de que tenía el aspecto de quien parece haber nacido

para que los demás lo manipularan.

—Pues vengo ahora de comer en el Bristol con tu *Herr* Kresling y unos cuantos amigos —dijo Thomas como quien no quiere la cosa. Todavía no había conocido a nadie que supiera traer las cosas a colación como por casualidad como lo hacía él—. Y ha dicho que eres el ayudante de campo más entregado que jamás haya tenido.

—A Kresling le espera un gran futuro —le dijo Wolfgang con los ojos muy brillantes. Se subió la camiseta por encima del vientre y se enjugó con ella el sudor del rostro. Despedía un olor a transpiración mezclado con el de la carne asada—. En repetidas ocasiones ha alabado tu informe. Y Kresling es de los que sabe con quién y cuándo prodigar sus alabanzas, si es que entiendes a lo que me refiero.

—Brindemos —se rio Thomas mientras asentía, y aunque no había entendido del todo a lo que Wolfgang se refería, no pensaba preguntárselo—. ¡Por los elogios de Kresling!

De pronto comprendió Thomas algo que hacía un tiempo que le daba vueltas por los recovecos del subconsciente. Se quedó mirando a Weller, que llevaba en la mano las gafas, sin las que parecía un ser débil y desvalido, y que repetidamente llamaba al orden a los dos oficiales de enrojecido pecho que le respondían con unos alaridos propios del estado de embriaguez en el que se encontraban. Thomas se fijó en su hablar comedido, con el que daba la impresión de dirigirse a la cúpula del Ministerio de Asuntos Exteriores, y la ecuación pareció resolverse por sí misma: Weller representaba el pasado, y el futuro era Kresling.

\* \* \*

Finalmente Thomas tenía un plan.

Con impaciencia se quedó esperando a que llegara el lunes por la mañana. El domingo rehuyó la compañía de Weller y permaneció recluido en su apartamento quejándose de un fuerte dolor de costillas. Weller se apresuró a ofrecerle su ayuda: ¿y si llamaba a un médico?, ¿o no sería mejor prepararle un caldo?

El principio en que había pensado Thomas era muy sencillo: toda persona llega a una etapa de su vida en la que ya no puede quedarse en el punto en el que está. O da un gran salto hacia delante o se sume en un largo sopor, y cuando se despierte va a tener que observar con horror todas las oportunidades que se ha perdido. Por desgracia, cuando él se encontraba dándose el impulso más grande para realizar ese salto desde Milton, y cuando aún estaba creando las sucursales europeas, sucedieron unos hechos que quedaban fuera de su control y que acabaron con los negocios de la empresa en Alemania. Habían pasado unos meses cuando en ese encuentro con Weller se dio cuenta de que el embrión de la idea que había tenido con Milton no había muerto, sino que él, como su progenitor que era, debía volver a reanimarlo y a poner sus planes en marcha con los señores del presente. Tras haber redactado el «Informe sobre el hombre nacional polaco» (o «el hombre eslavo asiático»,

dependiendo de dónde lo presentara), había vuelto a disfrutar de unos meses de sosiego y satisfacción durante los que había progresado, entablado nuevas relaciones y aprendido a acomodarse a un sistema burocrático de mil y una puertas. Pero últimamente su trabajo estaba entrando en una rutina extenuante. Habían creado una agencia que emitía informes a un elevadísimo número de entidades, pero eso era todo lo que hacían, porque ni proponían eventos ni tomaban parte activa en la planificación política. Se trataba de una especie de inspectores externos que examinaban los programas y planes de los demás y que por lo general ni siquiera sabían si sus clientes —a toda organización se la consideraba cliente— tenían en cuenta sus observaciones. Últimamente volvía a tener la sensación de estar caminando por un llano, sin montañas, ni colinas, ni riachuelos; por un paisaje anodino por el que avanzaba como un autómatas, o más bien era arrastrado hacia delante sin llegar a entender del todo la razón por la que seguía avanzando si a aquello se reducía la vida.

El lunes por la mañana se presentó en la oficina antes de lo normal. El último marzo, tras reclutar a diez empleados más, la oficina se había trasladado a una calle menos importante, la calle Chmielna. A diferencia de las calles más céntricas, la calle Chmielna estaba mucho menos iluminada. Los días calurosos podía uno notar el roce de una fresca brisa en la piel; y los de lluvia, los árboles y el poco espacio que había entre las casas protegían de las gotas. Se imaginó a sí mismo y a Kresling paseando tranquilamente por esa calle al atardecer, y hasta sabía en qué punto exacto se detendrían para tomarse un helado o una opípara cena, hasta terminar con un café en Blikle.

Una vez en su despacho telefoneó a Wolfgang y le pidió que le concertara una cita con su superior. Hoy mismo le escribiría a Kresling un memorándum que le iba a impresionar, y le añadiría algunas observaciones del último memorándum de Himmler acerca de los sucesos acontecidos en Polonia, ya que disponía de una copia que había recibido en secreto de manos de Martin Luther.

Thomas escribió:

*La aspiración de desmembrar Polonia en pequeños grupos étnicos y hacer desaparecer la identidad polaca es comprensible y tiene una justificación histórica, pero no forma parte del sentimiento polaco. La realidad nos ha alertado en el pasado de que el trasvase de una población de manera limitada y el alejamiento de la inteligentzia de los puestos de influencia son medidas necesarias, pero a los polacos como grupo nacional no se les puede eliminar como se ha hecho con los cachubos, los ucranianos o los lemkos. La entidad nacional polaca es muy fuerte y dispone de unas raíces muy profundas.*

*Ya aprendimos de los sucesos de Wolin que entre el número de ciudadanos polacos que estaban destinados a ser desterrados y el número de polacos que*

*lo fueron de verdad medió un abismo. Solo sufrió el destierro entre un diez y un veinte por ciento de la población. Los gobernadores de las provincias no pudieron afrontar esas pretenciosas cifras de desterrados. Ese fracaso también estaba contemplado en el informe, que avisaba de que unos planes irresponsables, fruto de las mentes de unos charlatanes disfrazados de especialistas, acabarían por convertir estos territorios en un caos. Asimismo hemos sabido que esos destierros provocan un fuerte rechazo en el resto del mundo. Solo durante el mes de marzo de este año el Ministerio de Asuntos Exteriores ha recibido una queja formal de los Estados Unidos de América a causa de esos destierros en general, y por la expulsión de los judíos en particular, y hasta ha sido necesaria la intervención personal del Reichsmarschall Göring. Y lo que es más importante: existen serias dudas de que los destierros vayan a cumplir su cometido, no siendo tampoco menos significativa la decisión del Reichsmarschall de que nuestra victoria en la guerra es más importante que la implementación de la política de la raza, de modo que este tiene que ser el punto de partida de cualquier debate y decisión en lo tocante a esta cuestión...*

*Hemos tenido conocimiento de que hace poco que el Reichsführer Himmler ha rechazado «el método bolchevique de la aniquilación masiva de poblaciones desde el pleno convencimiento de que se trata de un método no acorde con el espíritu germano, además de ser inviable». Consideramos que estas conclusiones son las correctas por su clarividencia, pero deben estar respaldadas por un plan viable en la línea del informe que yo he presentado.*

Mientras terminaba de escribir, Weller llamó a la puerta de su despacho, le dio las buenas noches y se marchó de inmediato. Cuando Weller se enterara de sus intenciones de traspasarle el informe a Göring, lucharía contra él como un león. Thomas sintió un escalofrío al pensar en que ese hombre no iba a detenerse ante nada con tal de defender la posición y el poder que había alcanzado gracias a él.

A ratos se preguntaba si no sería conveniente retrasar ese salto hacia delante para otro momento, pero cuando empezaban a zumbear en él las dudas, se apresuraba a mirarse la cara en el espejo en busca de cualquier señal de vejez. ¿Cómo podía explicarse, si no, el hecho de que se rindiera una y otra vez al paralizante susurro del miedo? ¡Y encima temía llegar a ser tan petulante y despreciable como Weller! ¡Pero si había podido con otros mucho más inteligentes que él! En realidad, estaba dispuesto a enfrentarse al Ministerio de Asuntos Exteriores en pleno: cuando uno salta, planea sobre el abismo y puede uno llegar a caer. Nunca se había hecho grandes ilusiones al respecto. Pero cuando uno cree que al otro lado del abismo está la meta, ¡salta!

«Y además —se consoló Thomas—, si Kresling respalda la idea y logra que Göring nos sea favorable, la lucha se definirá con toda facilidad. Y si el

*Reichsmarschall* considera que la adaptación del informe a su ministerio le va a dar ventaja en su lucha contra Himmler por el poder en Polonia, no dejará de importunar al *Führer* hasta conseguir su propósito. El Ministerio de Asuntos Exteriores armará un escándalo, pero lo que ya esté hecho no va a poder deshacerse, porque no puede compararse el poder que tiene Himmler con el de Ribbentrop».

Thomas necesitaba de la protección de Göring porque tenía planes más importantes que Polonia. Con la ayuda de Göring se convertiría el ministerio responsable del informe en uno de los estamentos más influyentes del Reich en Polonia, y al mismo tiempo implantaría unas oficinas basadas en ese informe en los países que acababan de ser conquistados en Occidente. Ese era el momento de proporcionar una rápida solución al respecto de cómo debían ser tratados todos los ciudadanos nuevos del Reich. Todas esas oficinas en Holanda, Bélgica y Francia estarían naturalmente bajo el mando de Thomas, el ideólogo del informe original. Se le podría criticar que volviera a vender la idea de las «sucursales» que ideó para Milton, pero no hay ninguna ley que le prohíba a nadie acomodar una idea buena a una nueva realidad laboral. Además de que quien haya hecho revivir una idea vieja practicándole algunos cambios lo que tiene ahora es una idea nueva.

Y el plan tenía una virtud añadida: si Göring llegaba a ser su valedor, Thomas podría usar el poder del *Reichsmarschall* para asestarle a Hermann un golpe cruel.

Este solo pensamiento le producía un profundo placer: estuvo un buen rato en el despacho urdiendo todo tipo de planes en los que al final Hermann aparecía derrotado, era expulsado de las SS y regresaba a Berlín como un miserable desocupado para entender al fin que Thomas quedaba completamente fuera de su alcance.

La oficina de Kresling se encontraba en la Comandancia Central en la avenida Jerozolimskie, a unos diez minutos de la oficina de ellos. Kresling lo recibió de muy buen talante y al instante se lamentó de la interminable lucha entre Göring y Himmler por la política que habían de llevar a cabo en Polonia.

En la pared que tenía a su espalda colgaban de unos hilos maquetas de aviones: desde modelos viejos de la Gran Guerra, pasando por bimotores de Boeing, hasta el modelo Hawk 2 al lado de una gran maqueta del Junkers Ju 87, y otros. Por Wolfgang sabía que Kresling era hijo de padres católicos y que en la guerra había caído el avión de su hermano mayor, que estaba en el mismo escuadrón que Göring, estrellándose sobre el canal de La Somme. Por Schumacher sabía que Kresling había trabajado en el Plan Cuatrienal junto con Wolthat y que, como él, estaba considerado próximo a los americanos ya que en el pasado había sido el representante de Göring en las negociaciones de la compañía Curtiss-Wright americana referente a la compra de aviones. Schumacher le había dicho: «Compramos dos aviones Hawk de esos porque entonces se creía que había que construir los aviones de combate según los modelos americanos».

Thomas dejó de observar los aviones cuando la gélida mirada de su anfitrión le

dio a entender que el interés de sus interlocutores por sus aficiones no le producía especial satisfacción. Kresling volvió a criticar a Himmler y miró a Thomas como si le diera luz verde para que le expusiera brevemente su plan. El memorándum seguía en la cartera. Tras hablarlo con Wolfgang había decidido que lo mejor sería presentarle las ideas a Kresling de viva voz y dejarle el texto escrito cuando se marchara. Estaba claro que haría uso del documento, le había advertido Wolfgang, «porque él es así, se entusiasma con las ideas nuevas y en eso es muy práctico».

—Un documento, aunque no fuera oficial, resultaría de gran ayuda —dijo Kresling, que parecía muy satisfecho del parlamento de Thomas.

—En estos momentos un documento puede resultar más inconveniente que productivo —respondió Thomas—, porque solo puedo responder dentro del marco de mis limitaciones como funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores y tan solo a las preguntas relativas al campo de la competencia del cuerpo al que usted representa. El propósito del informe es proporcionar a las organizaciones soluciones puntuales, sin inmiscuirse en los asuntos de política general.

Kresling no respondió. Se arrellanó en el sillón y por entre los botones de la camisa asomó su discretamente abultado estómago. Thomas procuró no mirar hacia allí.

—*Herr Kresling*, yo vengo a ofrecerle mi ayuda —dijo. Sabía que no podía dejar que la conversación degenerara hasta convertirse en un insulso intercambio de dos o tres soporíferas opiniones—. El informe presagió hasta en el más mínimo detalle todos los fracasos y los éxitos cosechados en Polonia. Pero no es porque seamos tan inteligentes como la gente cree, sino porque somos consecuentes y muy profesionales. La cuestión es que nos preguntan por nuestro parecer para guardarse las espaldas por los errores que cometen a pesar de nuestros buenos consejos.

—Mire, el informe de ustedes ha merecido un éxito que era impensable esperar, de manera que es posible que su lugar natural no sea el Ministerio de Asuntos Exteriores —dijo Kresling.

Thomas se juró que por la noche le daría un beso a Wolfgang por la ayuda que le había prestado.

—Aunque hemos sido muy alabados y todos nos aprecian, como usted ya sabrá es mucho más fácil eso que llegar a comprender que ciertas decisiones hay que tomarlas en colaboración con nosotros —concluyó Thomas.

—La pregunta es si en el Ministerio de Asuntos Exteriores no harán todo lo que esté en su mano para conservar una baza tan impresionante como esa —observó Kresling, y a Thomas le pareció que el cumplido iba acompañado de un pullazo.

—Al fin y al cabo solo hay una persona con autoridad para determinar dónde va a poder desarrollarse todo el potencial del informe —sentenció Thomas mientras buscaba en el rostro de Kresling alguna señal del ligero desprecio hacia él que le había parecido observar un momento antes, pero para alivio suyo no apreció nada. Debía de ser el miedo que lo asaltaba últimamente lo que le hacía imaginarse esas

cosas.

Kresling se inclinó sobre la mesa en la que había unos archivadores, un cenicero, una taza de café y unas fotos con una mujer y unos niños pequeños a caballo. Las fotos estaban todas vueltas hacia los asientos que Kresling tenía enfrente. ¿No le gustaría estar viendo las fotos de sus seres queridos? En la pared, a la izquierda de la mesa, un tanto oculto, había un grabado enmarcado de Durero. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Los rayos del sol daban sobre el grabado que sin embargo mantenía su negrura tenebrosa. De adolescentes, a Hermann le encantaba Durero, y ese era justamente su grabado favorito. Cada vez que hablaban de esa obra decía que *El caballero, la muerte y el diablo* era la obra de arte alemana más perfecta: la muerte está debajo de ti, el diablo detrás de ti, y la ciudad arriba, lejana, entre la heroicidad y el terror, es la cumbre del periplo del hombre, hacia la fama.

—Conoce usted a Helmut Wolthat, ¿verdad? —preguntó Kresling.

—En el pasado asistí a unas cuantas reuniones convocadas por él.

—Ha sabido ocuparse muy bien de los asuntos judíos en Alemania.

—En lo referente a los bienes de los judíos en Polonia, quizá pueda serle de gran utilidad —dijo Thomas, apartando la mirada del grabado—. En Berlín ayudé con la expropiación del Bamberburg, el banco de los judíos, y adquirí...

—El problema es que en lugar de ocuparme de los bienes de los judíos —frunció Kresling el ceño—, me paso el día atendiendo todo tipo de peticiones que los americanos le dirigen a Wolthat y que él desvía hacia mí. La última es referente a una lista de amigos de ellos que nosotros tenemos registrados como alborotadores.

—Pues sí, tiene que resultar un verdadero fastidio —estuvo de acuerdo Thomas, sin saber muy bien adonde quería llegar Kresling.

—Y no es que lo pidan, los señores americanos, ¡es que lo exigen! —rugió Kresling—. Tengo que decir que he visto mucha hipocresía en mi vida, pero los americanos en eso son los reyes. Pase lo de la Conferencia de Evian, y pase lo del barco aquel, el *St. Louis*, pero ahora tienen un nuevo consejero de inmigración, un tal Long, del que nuestro querido amigo Wolthat dice que le gustan los judíos aproximadamente lo mismo que al *Führer*. ¡Y que les va a recortar todavía más los permisos! Quieren que los parientes de los judíos polacos depositen 5000 dólares a su nombre, así que el que no tenga dinero, por ellos como si lo entierran vivo. Mucho gritar y mucho quejarse, pero ni siquiera quieren a los judíos que tienen en sus propias listas, sino que nos exigen a nosotros que nos ocupemos de que no les pase nada.

—No hace mucho que hicimos unas jornadas sobre el tema americano —dijo Thomas. Le preocupaba que le hubiera recordado su trabajo anterior, y como no sabía si le iba a beneficiar o a perjudicar, decidió desviar la discusión hacia otras personas—. Voy a intentar ser cauto, porque faltaron muchos datos, pero la mayoría de los participantes consideraba que si uno compara el sentimiento antisemita en Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos, Estados Unidos se encuentra más cerca de



Alemania y de Francia. Las encuestas de la agencia americana Gallup muestran que más del cincuenta por ciento de los americanos creen que los judíos tienen parte de culpa de lo que está sucediendo en Alemania.

—Eso tiene su lógica —dijo Kresling dando un golpe con el dedo en la mesa e inclinándose hacia Thomas—, y a pesar de todo cualquiera puede ver cómo el judaísmo internacional consigue manejar al presidente —añadió, y alrededor de los ojos, de tan furioso como estaba, se le acentuaron las patas de gallo—. ¿De dónde proviene toda esa maldita presión? Ahora resulta que los polacos también protestan por cómo nos estamos comportando con sus judíos, y la Cruz Roja no hace más que importunarme con que les suministremos leche a los niños judíos. ¿Dónde estaban los polacos y dónde la Cruz Roja después de la guerra cuando en Silesia los niños ni siquiera se atrevían a soñar con un vaso de leche?

—Es que la hipocresía no tiene límites —asintió Thomas, deseando mostrarle a Kresling que quien tenía delante era de su misma opinión—. Seguro que recuerda usted que el informe describía los medios empleados por los polacos para deshacerse de los judíos.

Kresling asintió sin mucho entusiasmo y Thomas comprendió que no había leído el informe con detenimiento.

—El plan de deportar a millones de judíos a Madagascar que en estos momentos está perfilando en el Ministerio de Asuntos Exteriores el jefe del Departamento de Asuntos Judíos, Franz Rademacher, ¡es una idea polaca! —exclamó Thomas—. Si incluso han tomado consejo de los franceses para traspasar allí a sus judíos, porque todos en Polonia tenían bien claro que en su país hay demasiados judíos no productivos.

—El mundo es una desvergüenza —masculló Kresling—, también los noruegos nos están llamando la atención, y eso que les he dicho: hagan el favor de revisar en su Constitución de 1814 el párrafo referente a los judíos.

Se hizo un silencio. Kresling se levantó con un archivador en la mano y se dirigió al otro extremo del despacho. Había allí dos sofás y en medio una mesa muy bonita. Tomó asiento en uno de los sofás y con la mano le señaló a Thomas el otro. El torso de Kresling olía a polvos de talco y los pantalones se le subieron por los bajos. Thomas le miró los calcetines, de ribete perfectamente doblado con tres vueltas, que le asomaron por debajo del pantalón. Nunca había entendido por qué la gente se ponía unos pantalones demasiado cortos. Pero si estaba más que claro que los pantalones tenían que seguir pegados a los zapatos incluso cuando uno estaba sentado. Kresling hizo sentar a Thomas justo enfrente del Durero. El cielo volvió a nublarse y un velo oscuro se posó sobre el grabado.

—En la última lista que hemos recibido de los americanos —dijo Kresling, al tiempo que se ponía unas diminutas gafas de lectura y hojeaba unos papeles—, hay un tal Viacheslav Buzikovski. Está anotado como empleado de la compañía americana Milton. Wolthat me ha escrito diciéndome que usted trabajó ahí durante

muchos años. En la compañía americana sostienen que Buzikovski sigue trabajando para ellos.

Kresling parecía distraído, como si tener que ocuparse de un asunto tan despreciable lo tuviera muy enfadado.

—¿Y cómo piensa usted tratar el asunto? —le preguntó Thomas con cautela, consciente de que no podía mostrar ningún interés personal por la suerte que iba a correr Biza.

—¿Se ha visto usted con ese hombre desde que está usted en Varsovia?

—No —respondió Thomas—, nuestra relación era exclusivamente laboral y se interrumpió ya a principios del año pasado, cuando la compañía cerró sus oficinas en Alemania.

—Entiendo —gruñó Kresling y tras quitarse las gafas las dejó encima de la mesa—. ¿Le gusta a usted Durero? —le preguntó de pronto—, se trata de un regalo que me hizo un viejo y fiel amigo.

—Un artista de talla sin igual —dijo Thomas, aunque le pareció que su voz sonaba falsa. Concentró la mirada en un punto de una de las patas del caballo hasta que todo el grabado se le difuminó—, pero yo, personalmente, prefiero sus retratos.

—Sí, los retratos también son muy buenos —afirmó Kresling aunque sin demasiado entusiasmo—, pero volvamos a nuestro asunto —añadió tras una tosecilla.

«¿A qué asunto? —pensó Thomas—. Toda esta conversación está muy poco clara».

—Todavía no sé cómo proceder, porque localizar a todas estas personas va a resultar un gran problema. Pueden estar escondidas en cualquier agujero, o muertas, además de que los próximos a Himmler ponen muchas dificultades. De momento lo que queremos hacer es algún gesto como muestra de buena voluntad —prosiguió Kresling, ahora con una media sonrisa—, ¿los americanos de Milton son muy influyentes, allí?

—Por supuesto —respondió Thomas.

—Quizá no me he expresado bien —dijo Kresling escrutando con sus negros ojos la cara de Thomas como si buscara algo en ella. Fue en ese momento cuando Thomas se dio cuenta de que Kresling había investigado a fondo sobre su persona y que le habían hablado mal de él—. Estamos invirtiendo un gran esfuerzo en ayudar a los refugiados, pero solamente si sus defensores americanos pueden llegar a ser unos socios valiosos para Alemania.

—Los de Milton no van a ser nuestros amigos, hagamos los gestos de buena voluntad que hagamos —sentenció Thomas.

—Veo que es usted un buen profesional al que no le afectan las relaciones sentimentales con sus antiguos jefes —dijo Kresling entre dientes—. Mire, en el marco del Plan Cuatrienal, el *Reichsmarschall* Göring y los suyos, entre ellos yo mismo, estamos entablando relación con distintas compañías americanas y me alegra poderle comunicar que económicamente esas relaciones son muy buenas. Grandes

compañías americanas como ITT, Standard Oil y General Motors han invertido en Alemania decenas de millones de dólares y quieren proteger esas inversiones. Durante la última semana hemos recibido varios mensajes de un banco americano muy grande, el Rockefeller Chase, y también del Morgan, además de otras compañías americanas en relación a sus negocios en París. Nos piden que los tratemos con equidad. Les hemos respondido que Alemania siempre se comporta dignamente — proseguía Kresling, cuyo tono, ahora, denotaba una empalagosa autocomplacencia. Al hombre le gustaba divagar—. Lástima solo que vuestro gobierno no nos trate con la misma ecuanimidad.

Thomas se vio asaltado por las dudas: ¿sería Kresling el hombre con el que tenía que dar el salto hacia delante en la vida? ¿Habría tomado la decisión correcta al apostar por él o se estaría poniendo en peligro para nada? En honor a la verdad, aquel hombre se le revelaba ahora como alguien provinciano y pusilánime, en absoluto un hombre de acción.

—Y en cuanto a nuestro gran plan —dijo Kresling, volviendo las palmas de las manos hacia arriba, como queriendo dar a entender que la decisión estaba en poderes más altos como Göring, y puede que hasta el buen Dios—, valoro mucho la lealtad que usted muestra hacia el Ministerio de Asuntos Exteriores, ya que las personas tan fieles como usted escasean últimamente. Pero es muy posible que debamos considerar un cambio de cargo para su persona. Y espero que no tenga inconveniente en asumir ese cambio, ¿verdad?

—Por Alemania haré todo lo que esté en mi mano —aseguró Thomas, sentándose muy derecho.

Ahora entendía a lo que se había referido Wolfgang al hablar de los halagos que hacía Kresling: cuanta más ironía y más críticas contenían, más sinceros eran.

\* \* \*

Nadie sabía dónde estaba Hermann, pero Thomas notaba el calor de su aliento cada vez más cerca: la sensación de que alguien lo observaba y anotaba sus acciones esperando verlo cometer un grave error.

Tuvo que reconciliarse con la idea de que, por lo menos de momento, la ventaja estaba del lado de Hermann. Pero al miedo que sentía y que ya le resultaba conocido venía a añadirse ahora un terrorífico susurro que le estaba taladrando los oídos desde el instante en que había salido del despacho de Kresling, un murmullo que parecía advertirle de que el plan de traspasarle el informe terminaría por convertirse en una trampa. Y eso que sabía que ni Hermann ni Kresling ni ninguna otra persona iba a tenderle esa trampa, sino el destino, o mejor dicho, los subterfugios de la historia. Pero como siempre había huido de las supersticiones y de los que creen en ellas, el susurro ese que creía oír lo tenía desconcertado. En su imaginación se le agolpaban todo tipo de espantosas visiones en las que se mezclaban la muerte, la violencia y un

sinfín de desgracias que le causaba una gran vergüenza imaginar, a pesar de lo cual, con el correr de los días, tenía más claro algo: cada vez que trataba el tema de pasarle el informe a Kresling, notaba que una fuerza muy grande y misteriosa se lo impedía —no encontraba otra manera de definir lo que le sucedía—, una fuerza que lo empujaba en dirección contraria.

Entre tanto, en los edificios que tenía requisados el Ministerio de Asuntos Exteriores se ocupaban de los preparativos para la fiesta que celebrarían cuando se llevara a cabo la inminente invasión de París. Los obreros polacos limpiaban una y otra vez el patio, construyeron un amplio estrado de madera y empezaron a levantar una gigantesca carpa que debía cubrir todo el patio. Día tras día se detenían unos cuantos camiones junto al portón y descargaban altavoces, vigas de madera, focos, sillas, mesas... Wolfgang, que había sido elegido en una votación anónima (venciendo a Weller por un mínimo margen) como comisario de las celebraciones, les había anunciado que el programa artístico consistiría en algo fuera de lo común. Después le reconoció a Thomas con una picara sonrisa que su fanfarronería lo había metido en un buen lío. No tenía ni idea de cómo poner en práctica su genial idea.

Thomas se despenaba por las mañanas presa de una terrible angustia: llevaba días enteros sin trabajar en su plan, a pesar de que Kresling lo había puesto a prueba y el tiempo apremiaba. Era posible que su falta de actuación fuera la elección correcta y que lo que ahora debía hacer era renunciar a su idea de traspasarle el informe a Kresling. Pero como desde adolescente había creído que sus acciones estaban respaldadas por una extraña capacidad para la invención, por las aspiraciones de un gran soñador y por una profunda comprensión de los móviles de las personas y del sistema de fuerzas que las guían, veía en el rendirse ante un temor imaginario una traición al mismísimo Thomas Heiselberg y a todo lo que este había hecho durante su vida.

Una mañana se apresuró a ir a la oficina con la promesa de conservar la audacia que latía en él; cruzó muy deprisa los pasillos deshaciéndose de todos los que lo importunaban por el camino y se encerró en su despacho para redactar una carta en la que constaran todos los logros que se habían alcanzado gracias a su informe y una explicación pormenorizada de la razón por la que había que retirárselo al Ministerio de Asuntos Exteriores cuanto antes. El Ministerio de Asuntos Exteriores estaba priorizando en esos momentos el plan Madagascar y se inmiscuía en asuntos que no le atañían, enfadando a Heydrich, a las SS y a todos los entendidos en Polonia. El traspaso del informe le resultaría provechoso al *Reichsmarschall* y a la Oficina Central de Fidelidad, además de que el mismo informe ganaría credibilidad, ya que no dependería de los ridículos planes de Franz Rademacher y del ministerio. Ni siquiera releyó la carta, sino que al mediodía se dirigió al despacho de Kresling y se la dejó sobre la mesa. Regresó a su propio despacho y se sentó en el sillón con el corazón desbocado, a pesar de lo cual sentía un gran alivio: por fin había actuado.

Estaba demasiado en tensión como para concentrarse en el trabajo. Una y otra vez

se le venía a la mente la imagen de Kresling sentado a la sombra del grabado de Durero y leyendo el memorándum. Por eso anuló las citas que tenía para la tarde, cerró con llave la puerta y le escribió a Klarissa:

*Querida mía, estoy a la espera de pasar por un cambio muy importante en mi trabajo próximamente. Por razones obvias no te puedo contar nada de momento. Nuestro plan de vernos al final del verano se acaba de hacer factible hoy mismo. Creo que voy a disponer de un mes de permiso. Además de que si nuestros planes se cumplen, el año que viene nos podremos ver con asiduidad.*

La imaginó leyendo la carta que le acababa de escribir junto a su escritorio, los dedos jugueteando con un mechón de la melena, los ojos volando por las líneas mientras escogía ya una cuartilla en la que responderle. A Klarissa siempre le había gustado más escribir que leer y en las cartas que le mandaba hacía caso omiso de las preguntas que él le hubiera formulado en las suyas. Cada vez que Thomas le escribía le parecía que a pesar de que el polvo de las estratagemas, el de los pactos temporales entre ambos y el de la ruptura de estos se le había pegado, ella estaba allí sentada en el interior de una burbuja resplandecientemente blanca y que tocarla era como pasar un dedo sucio de carbón por una pared recién encalada.

Por la tarde, cuando salió del despacho, le sorprendió darse cuenta de que allí ya no quedaba nadie más que él. Fuera, el aire era ahora fresco. Todos los que lo rodeaban se pasaban el día quejándose de lo cambiante que era allí el tiempo, y la verdad es que durante las horas del día la lluvia y el viento desaparecían como por encanto y lucía un sol realmente veraniego. Weller sostenía que una de las razones para que se produjera ese fenómeno, aparte del clima en sí, era que algunas de las calles más anchas de Varsovia no estaban protegidas del sol y que los grandes bloques de cemento reflejaban los rayos como las rocas de la playa, mientras que las calles más estrechas gozaban de la sombra de los árboles, de las marquesinas y de los aleros de los tejados de las casas, de manera que en un mismo paseo que se diera se pasaba del verano al otoño y de vuelta al verano.

Durante aquellos días habían ido construyendo la base del muro que encerraría a los judíos. Últimamente, allá donde fuera se topaba con él, incluso cuando pretendía alejarse. La mirada se le desviaba hacia aquella construcción rojiza que asomaba detrás de cualquier edificio o árbol. Fijó la vista en el cruce de calles en el que debía torcer hacia la izquierda y se alejó del muro, pero la luz de las farolas lo difuminaba todo y ya no sabía si estaba viendo el muro o un espejismo. Imaginó que ante él se alzaba una pared oscilante, que se alejaba de él cada vez que intentaba acercarse. Cerró los ojos intentando distinguir entre el muro de ladrillos y el otro muro, y al abrirlos descubrió que se habían convertido en uno solo. Había empezado a llover y él llevaba puesto un traje de verano. El viento silbaba a su espalda y se le metía

gélido por la nuca calándole hasta los huesos. Unos soldados detenían a los transeúntes para pedirles la documentación. Esa imagen agravó la pena que ya sentía. Apretó el paso. Recordó una frase que siempre pronunciaba la señora Stein cuando le preguntaban cómo estaba: «Uno y no dos». Cuando Thomas era niño creía que se refería a Dios y hasta le preguntó a su madre en qué dios creía la señora Stein. Su madre le contestó que se refería a lo sola que estaba, no a Dios. De adolescente muchas veces esa frase resonaba en su mente, «uno y no dos». Apretó el paso todavía más y en la avenida Jerozolimskie prácticamente echó a correr en dirección a Nowy Świat. Pensó en los edificios en los que vivían los empleados del ministerio destinados allí, él entre ellos. En ese punto no habría ningún muro. Un soldado envuelto en un capote impermeable le hizo señas para que se detuviera.

—Soy alemán —dijo Thomas.

—¡Documentación, alemán! —exclamó el soldado.

Thomas rebuscó en la chaqueta, sacó el documento de identidad y lo agitó ante los ojos del soldado.

—Soy alemán, ¿entendido? Y no voy a quedarme aquí en plena lluvia como si fuera un esclavo. Me encargaré de que te expedienten.

—¿A esto llama usted lluvia? —masculló el soldado, y regresó a la zona de sombras de donde había salido.

Al llegar al cruce Thomas se detuvo. Miró hacia la derecha en dirección a Nowy Świat, y allí, ocupando toda la línea del horizonte, por encima de los tejados, de nuevo serpenteaba el muro. La mirada de Thomas se perdió en él.

Se sobrepuso y siguió andando muy deprisa. Ahí estaba la casa. En ese momento los pasos, como por sí mismos, volvieron a su ritmo habitual. Se abrochó la chaqueta y se atusó unos mechones de pelo que tenía pegados a la frente. En aquella calle alguien podía conocerlo. Un pequeño grupo de gente se agolpaba junto al portón del edificio de ellos, y entonces se acordó de que esa noche iba a celebrarse la «fiesta de París» de Wolfgang. No podía presentarse con el traje hecho un guiñapo y la frente sudorosa. Se veía tan cambiado que sabía que cualquiera que lo mirara sentiría rechazo hacia él y se preguntaría alejándose de él si aquel era el Heiselberg del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Se coló entre los que allí estaban aliviado por el hecho de que no hubiera ningún conocido y cruzó muy deprisa la entrada en dirección a su piso, donde se pondría un traje de tarde. En vistas a la fiesta, Wolfgang había confiscado unos cuantos trajes de una tienda y los había repartido entre los habitantes del edificio. Thomas se dirigió hacia la carpa blanca que habían adornado con serpentinas de colores y con las banderas del Reich.

—¡Thomas! —salió a recibirlo Wolfgang con gran júbilo.

Se encontraba a la puerta de la carpa, deslumbrante en su esmoquin claro, y sostenía en una mano una bandejita con unas pocas copas de champán.

—Traído directamente de la Champaña francesa —dijo con orgullo—. ¡Todos los

vinos y los quesos de la fiesta de hoy son franceses! Los amigos que tengo allí han hecho todo lo que estaba en su mano para hacernos llegar todo esto.

Thomas tomó un sorbo de la bebida helada.

—Te bendigo, querido amigo —le dijo impostando la voz.

Una mirada de sorpresa acudió a los ojos de Wolfgang, y como siempre que dudaba, se pasó la lengua por los dientes superiores.

—Eres el hombre al que estaba esperando. Hoy es tu gran noche.

—¿No me digas? —murmuró Thomas.

La potente luz le fustigó la cara y le pareció que todos sus defectos quedaban al descubierto.

—Sí, hoy es tu noche —repitió Wolfgang en tono magnánimo—. ¿Creías que no íbamos a saldar la deuda? ¿Que huiríamos con el dinero? Somos gente de palabra.

Y sacándose un sobre del bolsillo interior de la chaqueta se lo tendió a Thomas con un ceremonioso gesto.

—Exactamente mil marcos imperiales, porque será entre el 14 y el 16 de este mes. ¡Qué olfato histórico más fantástico! Nos has podido a todos.

Thomas cogió el sobre y le dio las gracias. Con el rabillo del ojo veía a un grupo de oficiales jugando al lazo. A una distancia de unos cinco metros de ellos había un hombre bajito que llevaba puesto un sombrero de ala ancha y tocaba al acordeón una canción popular polaca. Uno de los oficiales tomó el lazo, lo enrolló, calculó la distancia hasta el músico y lo lanzó en dirección a él en medio de las risotadas y alaridos de sus compañeros. El lazo pegó en el acordeonista pero no lo atrapó. Se quedó helado, luego lo recogió, lo dejó a los pies de ellos y se puso de nuevo a tocar.

—¿Forma esto parte del programa artístico? —preguntó Thomas, volviéndose hacia Wolfgang.

—Por supuesto que no —exclamó este molesto—, no los conozco, han aparecido por aquí. Debe de haber corrido la voz de que he organizado esta fiesta por París —a su derecha se movían unas cuantas figuras envueltas en el humo de los cigarrillos—. Querido amigo, me siento un poco ofendido por la poca confianza que tienes depositada en mí. Te digo que decididamente el programa cultural de esta noche está dentro de la mejor tradición alemana —y acercando mucho la cara a la de Thomas, añadió—: Querían obligarme a que se oyeran aquí canciones tan malas como «No puede ser vuestro»<sup>[34]</sup>, pero le he dicho a Kresling y a todos: ¡eso sí que no va a pasar durante mi guardia! Para el programa de esta noche el único criterio que he tenido en cuenta ha sido el artístico.

Se diría que Wolfgang estaba esperando a que le preguntara qué canciones iban a cantar, pero Thomas se quedó callado aguardando que el joven se marchara para poderse escabullir hasta su piso. Puede que ni siquiera volviese a la fiesta. Al final Wolfgang se fue, algo decepcionado, y Thomas cruzó el patio entre las numerosas camisas blancas, las pajaritas y los trajes negros. Se llevó la mano a la camisa que llevaba puesta desde por la mañana y sintió un escalofrío por el tacto de yeso que

tenía la tela.

Era ya demasiado tarde cuando se dio cuenta de que caminaba directo hacia Weller, que se encontraba en compañía de un hombre con gafas de aspecto juvenil y hombros tan anchos que parecía llevar la camisa colgada de una percha.

—¡Heiselberg! —exclamó Weller acercándosele—. Te voy a presentar a Raúl von Thadden, compañero mío de estudios en Heidelberg. Para mi desgracia yo solo podía soñar con sacar unas notas como las tuyas.

—Es un gran honor para mí conocerle —dijo el hombre tendiéndole la mano.

Su seductora voz de barítono le recordó a Thomas a la del locutor Fritsche mientras lo saludaba mirándolo a los ojos. Su aspecto elegante, el pelo repeinado con brillantina, la corbata perfectamente alineada y la chaqueta colgada del hombro con un muy calculado descuido produjeron en Thomas cierto resentimiento: con tal de que lo dejaran marcharse de allí de una vez, podría tener ese mismo aspecto, si no mejor.

—Pareces un poco cansado, Heiselberg —sentenció Weller—, ¿has tenido un día de trabajo especialmente duro?

Thomas quería disculparse y marcharse a sus asuntos, pero Von Thadden se dirigió a ambos:

—En el pasado apoyé al Partido Socialdemócrata y cuando mi primo Eberhard von Thadden, seguro que han oído hablar de él en el Ministerio de Asuntos Exteriores, se afilió al Partido Nacionalsocialista, le retiré la palabra. Pero hoy tengo que decir que...

Hablaba como si estuviera en posesión de la verdad, como si tuviera todo el derecho de pronunciar un discurso y la obligación de los demás fuera escucharlo como parte del protocolo, como si por el hecho de que no conociéramos a su familia fuéramos unos ignorantes y unos don nadie. Si Weller y el tal Von Thadden con sus hombreras creían que lo que decían era algo interesante y original, pues qué se le iba a hacer. Pero el caso es que decían auténticas obviedades.

—Me he pasado el día aquí en el patio, con Georg, ayudándolo a preparar la fiesta, y al hablar con los obreros eslavos me he dado cuenta de las verdades que encierra el nacionalsocialismo. Había entre ellos un príncipe, el hijo de una familia de peleteros, el de un catedrático de universidad, y con ellos un conductor de tranvía y un pescadero, y todos reciben el mismo sueldo. Los socialdemócratas mucho hablar de la igualdad, ¡pero esto sí que es verdadera igualdad! Mi hijo me escribe lo mismo sobre su unidad en la Wehrmacht.

—No en todas partes la eliminación de las clases sociales es una buena idea —dijo Weller moviendo la cabeza de lado a lado.

En esta ocasión Thomas le daba la razón: el parloteo de Von Thadden le parecía infantil y estúpido.

—Georg siempre ha sido bastante conservador —declaró Von Thadden—. En la universidad lo llamábamos Von Gerlach<sup>[35]</sup>. Pero me interesa la opinión de Herr



Heiselberg —añadió, dirigiéndose a Thomas—. Por la lectura que he hecho del informe, y eso que lo he leído con interés, no he conseguido hacerme una idea de su verdadero punto de vista.

—El informe soy yo mismo —respondió Thomas—, así que lo que no esté claro en él, tampoco lo va a estar en mí.

Una media sonrisa asomó a los labios de Von Thadden. A Thomas le pareció que disfrutaba siendo tan abiertamente arrogante. Un vago recuerdo relacionado con Eberhard von Thadden había empezado a inquietarlo.

—¿Cuándo se afilió usted al partido? —le preguntó Von Thadden.

—Mi padre se afilió a mediados de los años veinte —respondió Thomas, mientras intentaba acordarse del Von Thadden primo—. Fue muy activo en la delegación de Berlín. Yo por aquellos años estaba muy ocupado con mis estudios, y después con el trabajo. En el 29 voté al partido nazi por darle gusto a mi padre y el carné de afiliado me lo dieron en 1936...

Una sonrisa malévola asomó a los labios de Weller, al tiempo que hinchaba los carrillos. Los dos juntos habían preparado ese discurso mientras redactaban el informe, y aunque nunca se lo había preguntado, no creía que Thomas hubiera votado al partido. Por el contrario, en todo lo referente a su padre, había pruebas más que fehacientes, expedientes llenos de felicitaciones, cartas de reconocimiento...

El alboroto alrededor de ellos iba creciendo, el monótono zumbido de las farolas, el chisporrotear de la carne en los asadores. Thomas consideró que ya les había dedicado demasiado tiempo.

—Señores, permítanme que me retire. Tengo unas gestiones que ultimar.

La penetrante mirada de Weller lo midió desde el otro lado del cristal de las gafas y le pareció apreciar que este acababa de ver en él un signo de debilidad que hasta ahora había quedado oculto a sus ojos. Thomas le devolvió una mirada altiva y firme, pero Weller seguía observándolo tan tranquilo.

Se habría enterado de su encuentro con Kresling, comprendió Thomas de pronto.

—También Kresling es amigo tuyo aquí —le dijo Weller con frialdad, y reculando tomó del brazo a Von Thadden y los dos se perdieron entre la multitud.

¿Habría avisado ya al Ministerio de Asuntos Exteriores de que Thomas quería transferir el informe del que tan orgullosos estaban a otra oficina? Thomas tuvo miedo, pero enseguida se tranquilizó: aunque Weller lo hubiera hecho, a él siempre le quedaría la posibilidad de negarlo todo. Kresling jamás apoyaría a Weller, y aun suponiendo que lo hiciera, en ningún momento le había dicho que quisiera transferir el informe a la Oficina Central de Fidelidad.

Pero una nueva preocupación lo acababa de asaltar: la carta en la que hablaba del plan de transferir el informe se encontraba ya en manos de Kresling. Ahora toda esa operación le parecía realmente peligrosa y que estaba de más, porque la verdad es que su situación no era tan mala como para correr un riesgo tan grande. Según parecía esa estratagema era un ente con vida propia que llevaba dentro y que dirigía sus actos,

mientras que él, como mucho, lo único que podía hacer, y no siempre, era refrenarla. ¿Estaría ya perdido?

Una riada de gente lo arrastró. En el centro del patio vio el estrado de madera ahora rodeado de público. Había allí un piano de cola, y a su lado un altavoz. Wolfgang saltó al estrado, dio unos golpecitos con el dedo en el micrófono, el público bajó la voz y el joven exclamó con alegría:

—Señores, les ruego que guarden silencio.

A continuación nombró a unas cuantas personalidades, leyó la salutación del gobernador del distrito y pasó a alabar los logros de la Wehrmacht en la Europa Occidental con el mismo tono de broma con el que se cuenta un chiste.

Thomas, mientras tanto, observaba a los que le rodeaban y sus ojos buscaban en vano un paso por el que colarse hacia las escaleras de su edificio, en las que había sentada una multitud, así que ni un alfiler hubiera podido pasar por allí.

—La liga de juristas nacionalsocialistas ha tenido a bien prestarnos a su mejor cantante de baladas —anunció un entusiasmado Wolfgang—, y tengo el honor de llamar al estrado a Raúl von Thadden. Asimismo quiero agradecerle al doctor Georg Weller, del Ministerio de Asuntos Exteriores, sus recomendaciones musicales. Al piano nuestro amigo Lang, de la SD.

A su alrededor atronaron los aplausos y los gritos de júbilo. Von Thadden subió al estrado con unos elegantes pasos muy estudiados, miró con gravedad al público, se quitó la chaqueta gris y la dejó en una de las sillas. Thomas observó a Wolfgang descender del estrado y colocarse al lado de Weller. Los dos se pusieron a cuchichear muy sonrientes y en un momento dado Wolfgang le echó el brazo por encima del hombro a Weller. Nunca los había visto juntos, además de que durante los preparativos de la «fiesta de París» le había parecido que no simpatizaban. Ahora veía claro la desgracia que había arrojado sobre sí mismo esa mañana.

Para su sorpresa, a pesar de que comprendía que le habían tendido una trampa en la que él había caído de cabeza, sentía cierto alivio: el extraño temor que lo asaltaba últimamente se había confirmado y ahora, por lo menos, tenía una prueba fehaciente de que no habían sido imaginaciones suyas, de manera que podría librarse de esa especie de susurro que llevaba semanas acompañándolo. Ahora volvía al mundo real. A la maniobra que habían tramado Weller y sus cómplices podría él ahora contestar con un contraataque que ya estaba preparando mentalmente. Weller no podría derrotarlo.

Pero ¿estaría viendo las cosas como en realidad eran? Porque no debía olvidar que era Weller quien le había tendido la trampa, quien había calculado su reacción y el que orquestaba los acontecimientos. Thomas se acordó de la primera vez que se vieron y de la mala impresión que le había causado el ir descubriendo las debilidades de Weller hasta comprender que podía convertirse en un peligroso rival. ¿Aún podría reconciliarse con él? Una voz interior le decía que Weller ya le tenía la soga bien apretada alrededor del cuello. Era un hombre muy inflexible, así que nada iba a

hacerle cambiar de idea. Ni las explicaciones más locuaces, ni suplicarle que le concediera una segunda oportunidad, ni tan solo el recordarle todo lo que habían conseguido juntos.

Von Thadden se encontraba ya en el punto culmen de su primera canción. «¡No es la última batalla... calmado me dormiré, en esta plácida noche, amor de mi corazón!», entonó como broche final, y el público rompió en aplausos. El cantante se inclinaba ante ese mismo público preguntándole con su penetrante mirada: pero ¿habéis entendido el sutil mensaje de mi brillante interpretación?

Wolfgang regresó al estrado y agradeció al doctor Von Thadden que hubiera cantado «Presagios del corazón de un combatiente». A continuación se sacó del bolsillo una cuartilla y leyó: «En estos tiempos debemos recordar la historia del pueblo alemán, o para ser más precisos, para apreciar en todo su valor estos momentos debemos recordar otros días, la cuna de nuestra grandeza actual. Hubo un tiempo en el que los franceses invadieron nuestro país y supimos lo que es el sufrimiento, la vergüenza y la extenuación. Pero del espíritu alemán se elevaron incluso entonces unas voces que nos vaticinaban un relumbrante futuro. Alemania conservará para siempre el diáfano sonido de las voces de aquellos días reunidas en la voz de Fichte. Cuando el pueblo alemán se asfixiaba, Fichte enseñó a nuestros padres a creer en su grandeza...».

A continuación pasó Wolfgang a leerles la carta de Fichte al pueblo alemán y Thomas se vio obligado a reconocer que el joven oficial se las arreglaba muy bien para equilibrar la afectación que requería ese tipo de escrito con la sencillez y el cariño con el que pretendía dirigirse a un público amigo.

Después los asistentes se encaminaron a la barra de las bebidas y a las mesas repletas de bandejas de quesos, hortalizas, pescados y panecillos. Una ligera lluvia empezaba a caer sobre la lona de la carpa. Thomas deseó que los vientos y la lluvia se llevaran por delante la carpa con todos los convidados dentro mientras él se dirigía ya a la escalera de su edificio. Lo que no sabía era cómo se las iba a arreglar para colarse entre todos los que estaban sentados en los escalones, pero por lo menos quería acercarse y aprovechar cualquier oportunidad que se le brindara para subir a su habitación.

Aun así, al comprender que resultaba imposible avanzar, se apoyó jadeando en la pared del edificio y se arremangó la camisa. Así se sentía mejor. Cuando llegara a su apartamento buscaría una solución, porque no era posible que todo estuviera perdido.

Dos de las tres jóvenes polacas pasaron ante él. Se las veía tan hermosas como siempre, pero al imaginarlas en la fiesta las vio todavía más elegantes: con vestidos de seda, abrigos de piel de zorro, una guirnalda de flores en el pelo y collares de diamantes. En realidad, aparte del peinado que le recordaba al de Pola Negri en *Hotel Imperial*, incluidos los mechones de la nuca, apenas nada había cambiado en ellas. De cerca los vestidos parecían hechos del algodón más común, en las medias se podía apreciar alguna pequeña carrera y las punteras de los zapatos estaban desgastadas.

Por el corte del cuello y el talle de la cintura se dio cuenta de que alguna modista habría copiado el patrón de las revistas francesas. La luz blanca que emitían los focos producía un efecto secante sobre el rubor de las mejillas de ellas que ahora parecían recubiertas de granitos de arena.

—Queridas doncellas, ¿dónde tenéis a vuestra tercera hermana? ¡Sin ella ya no sois las Gorgonas! —exclamó un oficial bajito aunque fornido provocando las risotadas de sus amigos.

Las dos jóvenes se volvieron hacia él a una:

—Ten cuidado —le respondió una de ellas en un alemán muy bueno aunque con fuerte acento—, que si nos miras demasiado, te convertirás en un oficial nazi.

Se hizo un profundo silencio y Thomas miró con admiración los ojos grises de la chica. Los oficiales se sorprendieron por su valor y por el hecho de que supiera alemán tan bien. Cuando Thomas preparaba la primera versión del informe, se enteró de que la mayoría de los alemanes consideraban que la inteligencia polaca era un oxímoron. Si esos oficiales se atrevieran ahora a atacarlas o a castigarlas, él intervendría. Ya que tenía que caer, que fuera por un acto heroico.

Los oficiales se miraron unos a otros.

—¡Qué idea tan fantástica! —exclamó finalmente uno de ellos, dando un trago de la cerveza y lamiéndose la espuma de los labios—. La Gorgona esta todavía va a convertir a nuestros enemigos en unos nazis buenos.

Todos se echaron a reír al tiempo que golpeaban la barandilla de madera de las escaleras.

—Mañana la deportan, hoy se casa —dijo la hermana.

—¿Y a vosotras no os deportan? —preguntó el amigable oficial.

—Mañana la deportan a ella —repitió la joven.

—Mis queridas doncellas, ¡no lo permitiremos! —exclamó el oficial.

—¿Vas a ayudar a nuestra hermana? —intervino la primera—. Mañana se la llevan. La están tratando como a una despreciable judía cuando ella no ha hecho nada.

—Pasaos mañana por mi despacho —les dijo el oficial—, y entre tanto divertíos, que dentro de un momento empieza el baile. Yo ya me reservo uno.

—Pero es que a nuestra hermana se la llevan mañana —dijo la otra, con una expresión infantil de puro atónita.

«Como mucho, tendrá veinte años», pensó Thomas.

—Pues entonces venid pasado mañana —le espetó el oficial y sus amigos volvieron a reírse.

Las dos mujeres lo miraron intentando averiguar si aquella burla tenía como propósito divertir al grupo de amigos o si realmente se había echado atrás de su ofrecimiento de ayudarlas, y al momento se alejaron de allí.

Había una pareja joven y guapa sentada en un banco. El hombre le hacía cosquillas a la mujer y esta se reía mientras los dos golpeaban con los pies los

húmedos escalones que descendían hacia el sótano. Los habían encalado en honor a la fiesta y las vigas clavadas con las puntas que solían cerrar el paso ya no estaban. ¿Se encontraría Thomas ahora, allí de pie, sobre el techo de aquellos pobres secuestrados? Imposible saberlo ya que nunca había bajado al sótano y además Weller le había dicho en una ocasión: «Todo lo que yo mismo no haya visto con mis ojos lo considero un rumor y solo el necio populacho cree en los rumores».

Wolfgang anunciaba desde el estrado que empezaba un concurso de canciones en honor a la invasión de París y añadió:

—Hemos acordado, amigos míos, con el completo acuerdo del ministro de Propaganda, el doctor Goebbels, que la canción ganadora será presentada en la mayor feria de arte de Alemania.

Tras los esperados aplausos de rigor procedió Wolfgang a anunciar los nombres de los miembros del jurado entre los que se encontraba el suyo propio, naturalmente, el de Albert Kresling, el de Stefan Krüger, que tenía un doctorado en poesía, el de Georg Weller, como representante del gobernador del distrito, y un representante del Ministerio de Propaganda...

«Dilo ya de una vez», pensó Thomas, que veía clarísimo el cuadro entero.

—... Hermann Kritzinger, de la delegación de las SS en el Generalgouvernement.

«No me quedo aquí ni un segundo más, expuesto a vuestras monerías y sorpresas», decidió Thomas. Se sentía destrozado, como si el patio de hubiera descosido por la mitad y desde cada uno de los lados un montón de miradas disfrutaran viendo a Thomas Heiselberg aleteando en la trampa. Hermann, Kresling, Von Thadden, Weller y hasta Wolfgang, que entre tanto había abandonado el estrado, ya no estaban allí, pero Thomas tenía más que claro que lo estaban viendo. El rugido del público lo oía ahora descompuesto en sus oídos en gritos, alaridos, susurros, carraspeos, intrigas, el informe de la SD en Stuttgart, una mujer embarazada, preocupaciones económicas, ¡la Pérfida Albión!, la desnudaría aquí mismo en medio de la fiesta, neutralizar su capacidad de resistencia, les hemos dado una lección en Bydgoszcz, los hemos enseñado en Bromberg, ¿cuántos hijos tiene?, ¿y en cuanto a los ingleses? *Si vispacem, para bellum*, tenemos un trabajo satánico, el *Führer* ha dicho, esta es de *cum laude* en la universidad, pronto seré abuelo, se lo ha contado en secreto, algunas son guapísimas, le he escrito una carta formal solicitando el traslado, eso te lo llevas a la tumba, parece ayer cuando gritamos en la ópera de Viena «los feos también queremos follar», ¿y ya estamos en 1940?

Thomas echó a andar y con los ojos de la imaginación veía una sola escena: él haciendo pedazos a Weller. Por la violencia de la visión intentó deshacerse de ella, pero solo conseguía sustituir a Weller por Wolfgang, por Kresling, por el maldito cantante, pero por Hermann no. Ni siquiera mentalmente se atrevía a enfrentarse a Hermann.

Aunque quizá es que volvía a ser víctima de su manía persecutoria al creer — como se mofaba Erika Gelber— que todo el mundo se dedicaba a maquinarse contra él

para defenestrarlo. Así que quizá a lo único que había que recurrir aquí ahora era a un poco de sentido del humor: no hay ninguna razón, entre unos viejos amigos, para convertir un pequeño incidente en un duelo a muerte. Puede que Weller estuviera dispuesto a reconocer el poco margen de maniobra del que disponía.

Se fue hacia las escaleras y empezó a subir pidiendo disculpas con una sonrisa en los labios, con la esperanza de que esta, por lo menos, le siguiera respondiendo, escalón tras escalón, rodeado de alaridos de alegría y sorpresa. Algunos se echaban a un lado, otros se levantaban y aprovechaban para sacudirse el uniforme, Thomas se abría paso con los hombros, con los codos, y se le metía por la nariz un penetrante olor a aliento, a brillantina, a alcohol, a perfume de limón, a los rábanos del huerto de Weller.

—Señores, ¿no piensan salir a bailar? —exclamó Thomas, echándole una cómica mirada al reloj, sin saber de dónde se había sacado esa pregunta ni ese gesto—. Señores, por favor, déjenme pasar, que tengo en mi piso unas cuantas cosas que necesitan para el último número de la noche.

En uno de los escalones que estaba especialmente abarrotado de gente tuvo que meter la punta del zapato entre dos personas allí sentadas. Pisó el vuelo de una chaqueta y todavía balanceándose saltó un escalón más. Enjugándose la frente con la manga de la camisa les dijo:

—Señores, gracias, muchas gracias por dejarme pasar.

Como se sentía mareado respiró profundamente. Si ahora se caía ya no podría levantarse. Se movió muy deprisa con el cuerpo inclinado hacia delante y se plantó en el último escalón. En ese momento, un oficial de relumbrantes botones le clavó el codo en las costillas:

—Oh, lo siento, gracias, gracias —lo imitó, mientras sus amigos se morían de risa.

—Muchísimas gracias —murmuró Thomas en respuesta, empujando la puerta de madera azul para entrar y cerrarla tras de sí.

Respiró aliviado en el descansillo vacío y subió raudo los escalones que quedaban, como un niño que vuelve saltando a su casa y deja a su espalda todos los problemas de la escuela. ¿Le habrían registrado el piso? Lo repasó mentalmente, pero no notó que ningún detalle lo indicara. Empujó la puerta del apartamento, entró corriendo en el salón y lo recorrió con la mirada: las sombras de los pliegues de los visillos junto a los marcos de los ventanales bailoteaban un poco. Una ancha franja de luz cruzaba el suelo de la sala, el haz le traspasaba el cuerpo y seguía avanzando hasta la escultura que había junto a la pared que tenía a su espalda. Su nerviosismo iba en aumento. El salón de su piso parecía un duplicado oscuro del resplandeciente patio de abajo. Qué ridículas le parecían ahora sus ansias por volver a casa. ¿A qué casa? No había absolutamente nada de su biografía que lo vinculara a ese sitio. Allí no había nada que fuera suyo. Ni siquiera se había molestado en descolgar de la pared la foto de los soldados polacos que lloraban la derrota de la sublevación de 1830,

Fuera, el cielo estaba encapotado y parecía colgado de los tejados de los edificios, hasta el extremo de que pensó que si sacaba la mano por la ventana, la engullirían las nubes.

Se repuso y empezó a recorrer el piso. Todo estaba en su sitio. Lo mismo en el dormitorio que en los cajones. Se desnudó, se tendió en la cama, se tapó con una manta y posó la mejilla sobre la suave lana. Abajo se oía amortiguada una alegre canción al piano a la que no tardó en unirse la voz de barítono de Von Thadden, «¡Adiós, ciudad, que eres toda regocijo y júbilo, adiós! Mi corcel ya piafa lleno de alegría. Te saluda en señal de despedida. Nunca me he visto tan triste, pero reprimiré mi dolor al despedirme»<sup>[36]</sup>. Precisamente esa canción sí la conocía. Era «La despedida», de *El canto del cisne* de Schubert.

Seguro que la había elegido su enemigo.

\* \* \*

Cuatro golpes con los nudillos en la puerta, cada vez más fuertes, lo sacaron de su inquieto sueño. Apartó la manta. Cuando era niño, su madre le había ordenado: «Dile a tu amigo que con que llame dos veces es suficiente». Pero Thomas nunca se lo dijo. ¿Se lo habría dicho ella, quizá? Thomas creía que no, porque su madre siempre recibía muy bien a sus amigos, incluso a Hermann, y criticaba a los padres que sermoneaban a los hijos de los demás.

Ahora lo que le apetecía era acurrucarse entre las tersas sábanas hasta que se largara, pero estaba bien claro que tenía que recibirlo. No le quedaba más remedio. Sacó del armario un jersey negro, se lavó la cara con agua fría y se arregló el pelo. Cuatro golpes más en la puerta.

Frente a él estaba Hermann vestido con un uniforme planchado en el que destacaba la Cruz de Hierro de segunda clase. ¿Cuándo habría tenido tiempo ese infame de convertirse en un héroe? Hermann también parecía cansado, estaba sin afeitarse y el incipiente bigote, mojado por la lluvia, plateaba ya. «Parece que hemos envejecido», pensó Thomas, y tuvo la leve esperanza de que ese signo de fatiga que veía significara que Hermann no había ido a verlo para celebrar su caída. ¿Y si eran fruto de su imaginación los últimos acontecimientos?

Al instante sintió vergüenza de sí mismo por aferrarse a una esperanza tan inverosímil, porque esa es la enfermedad de los débiles.

—¿Tú no estás de celebración? —le preguntó Hermann—. Hemos conquistado París.

—Ya lo he celebrado.

—Pareces cansado, dicen que trabajas mucho —dijo Hermann sin insistir ya más con París.

—Adelante —lo invitó Thomas a pasar al salón, acompañándose de un gesto de la mano.

—Lamentándolo mucho me voy a ver obligado a rechazar tan amable invitación —dijo Hermann—. Tengo prisa por regresar a Cracovia, y en cuanto al muchacho ese de la compañía americana al que últimamente estás buscando...

—Yo no estoy buscando a nadie.

—Con que no estás buscando a nadie... —susurró Hermann—, ¿y qué hay de Buzikovski, tu director polaco? Bueno, la verdad es que desde el mes de mayo ya no se cuenta entre los vivos. Fue liquidado junto con un grupo muy grande.

—Ya comprendo —dijo Thomas—. De todos modos habíamos llegado a la conclusión de que no valía gran cosa.

—Fue dentro del plan de ordenación: los hombres de Krüger y de Streckenbach salieron con unos cuatro mil intelectuales polacos a dar un paseo por los bosques de los alrededores de Varsovia.

—Pues yo no he oído nada de todo eso —respondió Thomas.

Pero de pronto recordó las botas manchadas de sangre y al instante las vio crecer hasta el cielo, como los rascacielos de Nueva York, mientras él, diminuto, saltaba entre ellas. Tragó saliva intentando deshacerse de la náusea que sentía. Mostrar debilidad delante de Hermann era un lujo que no se podía permitir.

—Seguro que ya sabes que de lo que yo me ocupo principalmente es de asesorar a las distintas agencias e instituciones del Reich.

—Pues él estaba en la lista de la *intelligentzia*, ¿no lo sabías? —le preguntó Hermann como si no lo hubiera oído—. Su padre era arqueólogo, lo mismo que su tío. Te alegrará saber que su pericia excavando les fue de gran provecho, porque al contrario que sus compañeros no hubo que enterrarlos encogidos.

—No cabe duda de que el espíritu germano salvará al mundo.

—Entiendo que no sabías que eran aficionados a la arqueología —exclamó Hermann con regodeo—. Leí en tu informe acerca del enorme peligro que suponen los arqueólogos polacos y tengo que reconocer que resulta bastante convincente.

—Muchísimas gracias por haber encontrado tiempo para leerlo —le dijo Thomas en un tono casi jovial. La noticia de la muerte de Biza le parecía ya un recuerdo lejano, como si se hubiera enterado hace mucho. En un instante había sido capaz de digerir su muerte, de acostumbrarse a ella, de verla como la muerte de uno más de sus conocidos.

Sentía un fuerte cosquilleo en los dedos. Se acordó de algo que le había contado su padre siendo él todavía un adolescente, una iluminación que tuvo en el campo de batalla: no hay nada que hayas aprendido, no hay nada en lo que creas, no hay ninguna cualidad que hayas heredado o con la que te hayas hecho, no existe absolutamente nada en ti de lo que no vayas a ser capaz de deshacerte en un abrir y cerrar de ojos con tal de sobrevivir. Y después, en casa, te parecerá que lo has soñado.

Y en efecto, a Thomas le parecía en esos momentos estar sobrevolando muy alto por encima de todos los mecanismos conocidos del alma. El dominio de su intachable comportamiento estaba ahora depositado en manos de un ser llamado supervivencia y



se encontraba a punto de dar un salto de pantera hacia lo desconocido. De haber tenido que emplear los puños para luchar a muerte contra Hermann, lo habría hecho.

¡Este miedo es maravilloso!, le habría gustado gritar.

—Bueno, la verdad es que no lo he leído palabra por palabra —se rio Hermann—, porque a ratos se me hacía aburrido y bastante confuso, un poco como con el libro ese de Rosenberg<sup>[37]</sup>. El verdadero mito del siglo xx es que se pueda leer algo así.

—La lectura es una actividad que requiere disciplina. Cuando elaboraba el informe me leí ese libro entero y disfruté muchísimo.

—Sí, por supuesto que lo leíste —dijo Hermann—, como los libros que leías en el instituto, o para ser más exactos, que yo leía.

—Pero si eso pasó una sola vez, y porque se trataba de un libro que te impresionó mucho. Si has subido aquí para que revivamos recuerdos del pasado, tengo un buen puñado de ellos.

—He oído que también aquí te has hecho enemigos —le espetó Hermann inclinándose hacia él.

—No hay éxito sin enemigos —respondió Thomas—, y tú bien que lo sabes.

—Lástima que no le puedas pedir consejo a tu terapeuta judía. He oído que está en un campo de trabajo, en Ravensbrück, por fin trabajando de verdad.

—De cualquier modo jamás hablé con ella de temas laborales.

—Seguro que un hombre inteligente como tú se preguntará la razón por la que mi viejo amigo Kresling y tu socio Georg Weller han llegado a convertirse en enemigos tuyos —dijo Hermann con una impostada amabilidad.

—Debo suponer que en lo que concierne a Kresling tengo que estarte agradecido a ti.

—Huelga decir que era mi obligación advertirle de con quién estaba tratando —murmuró Hermann frotándose las manos como si estuviera pensativo—, pero deberías saber que él jamás hubiera confiado en alguien capaz de traicionar su lugar de trabajo y a Georg Weller, el hombre que te dio una oportunidad cuando en Alemania nadie se acordaba de tu existencia.

—Tonterías —dejó escapar Thomas entre dientes—, Weller era una figura marginal en el Ministerio de Asuntos Exteriores y gracias a mi informe ganó renombre.

—¿Eso es realmente lo que tú crees? —dijo Hermann y carraspeó—. Ante todo no deberías exagerar la importancia de tu informe. La mayoría de las agencias del Reich no ven en él más que la ridícula palabrería de nuestro fracasado Ministerio de Asuntos Exteriores. Y además, en cuanto a nuestro asunto, tengo que comunicarte que aunque jamás hubiera existido nadie llamado Hermann Kritzinger, tu traidora maniobra habría fracasado igualmente. Weller, tu socio, se encuentra muy próximo a Eberhard von Thadden. ¿Recuerdas que en el pasado se sospechó que era judío? Y quizá también recuerdes quién fue el viejo amigo de la familia que inventó la increíble historia de que Eberhard era biznieto de un noble ruso y así, como por arte

de magia, lo libró del embrollo.

—Pues claro que me acuerdo —se apresuró Thomas a responder, aunque le salió una especie de gallo al recordarlo—, el *Reichsmarschall* Göring.

—La gran solución a cuyas manos soñabas con transferir tu informe —puntualizó Hermann muy seco. Su buen humor había desaparecido y se diría que el hecho de estar fustigando a Thomas no le producía el placer esperado—. Weller se encuentra próximo a él por mediación de Von Thadden. Tu arrogancia te ha llevado a actuar ante unos poderes que ya habían probado su solidez en común cuando tú todavía estabas vendiendo paraguas en esa compañía americana. ¡Aunque incluso sin mí y sin Von Thadden todos se habrían vuelto contra ti!

—Si tú lo dices, será porque lo sabes de buena tinta... —sonrió Thomas. Ahora le parecía que Hermann estaba muy interesado en que entendiera la razón por la que se había convertido en su enemigo.

—Eres un verdadero prestidigitador que tiene en su poder los mejores trucos. He de reconocer que cuando tu compañía se largó de Alemania, te creí acabado. Cuando me enteré de que habías conseguido un cargo en el Ministerio de Asuntos Exteriores y de que tenías impresionadas a todas las agencias con tu informe, de verdad que te aplaudí. Y eso que andas contando a todo el mundo de cómo votaste al partido desde el año 29 por respeto a tu padre. ¡Eso ya sí que es ser un artista! Porque nadie te lo va a poder desmentir excepto los que sepan que tu madre echó a tu padre de casa mientras tú todavía estabas en la universidad, aunque aun así dirás que seguisteis siendo muy amigos y que lo respetabas, y eso tampoco se va a poder demostrar que no sea cierto. El problema es que en toda tu vida no has creído en nada que no fuera en ti mismo. No tienes ni sentimiento patriótico ni eres fiel al pueblo a través de ningún grupo, y para ser sinceros, ni siquiera te has sentido nunca en deuda con tus padres. Pero lo peor de todo es que nunca te hayas parado a pensar ni un solo minuto por qué eres así o si no podrías mejorar como ser humano; nunca has comprendido que cualquier comportamiento individual puede llegar a servir al comportamiento de toda la raza, y en lugar de eso has empleado todo tu talento y tus energías en tu propio beneficio. Has sido muy hábil para disfrazarte de esto o de lo otro, y hasta para hacerte pasar por un nacionalsocialista. Pero llega un momento en el que las personas de repente se dan cuenta, ¿lo entiendes? No, ya veo que ni lo entiendes ni lo entenderás nunca. Justo vengo de comentarlo con Kresling. Crees que todos son como tú. Pero yo, a diferencia de ti, creo que existe una verdad que terminará por imponerse. Esa es la diferencia entre nosotros dos.

—Puede que yo sea como tú dices y puede que no —dijo Thomas en un tono muy frío—, pero lo que sí sé es que no eres tú la persona indicada para juzgarme. Y en cuanto a mi padre, no te atrevas ni a nombrarlo, porque si hubieras honrado a tu padre como yo honré al mío o si al menos le hubieras ayudado a paliar sus problemas económicos, puede que no se hubiera tenido que tirar a las vías del tren.

Sabía que acababa de decir una evidente mentira, porque Hermann había amado a

su padre más que ningún otro niño de los que había conocido jamás, de manera que sabía bien que había conseguido enfadarlo todavía más. ¿Era eso lo que en realidad deseaba? ¿Provocar a Hermann hasta llevarlo al límite? Y es que la única imagen que ahora tenía ante sí era la de sus dientes mordiendo a fondo el subconsciente de Hermann.

—Por suerte para ti soy muy consciente de que lo que acabas de decir no son más que las supercherías propias de alguien que está acabado —observó Hermann con cierta hosquedad—. En el Ministerio de Asuntos Exteriores ya no tienes nada que hacer. Se terminó eso de seguir sacando conejos de la chistera.

—Ya lo veremos —dijo Thomas en medio de una tos ronca que se le escapó—. ¿Recuerdas tu sorpresa cuando oíste hablar del informe? Pues prepárate para una nueva sorpresa...

Sabía que estaba provocando a Hermann por encima de cualquier prudencia, pero es que al hacerlo sentía una gran satisfacción, aunque esta, como era natural, viniera acompañada de miedo. Y eso que el miedo no era mal consejero. Seguro que Hermann había esperado verlo atónito y derrotado, como aquella lejana noche en la calle. Pero eso no volvería a suceder.

—Pues no nos queda más que esperar y ver qué pasa —masculló Hermann su ya conocida frase de amenaza.

—Esperemos, aunque la paciencia nunca ha sido tu fuerte —dijo Thomas—. Tenemos un asunto pendiente que solamente quedará saldado cuando estés donde ahora está mi madre.

Una liviandad liberadora le inundó todo el cuerpo. De pronto comprendía que sus ansias de venganza, que se habían ido sedimentando bajo numerosas capas de reflexiones y planes, irrumpían ahora hacia el exterior aferrándosele al cuerpo salvajemente al tiempo que ese mismo cuerpo las recibía ansioso: un deseo que latía en él con tanta fuerza no podía ser más que verdadero.

—Por ahí es por donde tenías que haber empezado —dijo Hermann—. Si de verdad quisieras vengarte, te lo habría notado en la cara nada más verte. Pero los dos sabemos que si te hubiera tendido la mano comprometiéndome a sacarte de tus apuros, me la habrías estrechado de mil amores.

—Es enternecedor ver a un matón de taberna esforzándose por descifrar la mente de un hombre como yo —se enfureció Thomas—. La cuenta que tenemos pendiente la saldaremos en los tribunales, como la gente civilizada. Hace tiempo que tengo contratado en Berlín a un abogado para que te demande por los daños que causaste en mi casa y por tu participación en la muerte de mi madre, porque seguro que sabes que también en las SS se castiga duramente a los criminales que mancillan el honor del uniforme que visten.

—Tan pronto me quieres matar como al momento demandarme ante los tribunales —intentó irritarlo Hermann—. Además, sabes muy bien que de tu casa no robamos ni un alfiler.

—Pues en eso volvemos a discrepar. Según mis cálculos robasteis un montón de cosas —sentenció Thomas—, así que quizá deberías ser tú quien ahora me estrechara la mano —añadió en tono de burla.

—Antes me suicido —exclamó Hermann con orgullo, irguiéndose cuan alto era ante Thomas para dejar bien patente que seguía sacándole una cabeza—. La puta y corrupta Alemania de los años veinte era perfecta para gente como tú, pero ahora hay una nueva Alemania y tú eres como un microbio en su cuerpo. El problema es que el sistema sigue alojando a no pocos como tú.

—Ya te darás cuenta de que el mundo está hecho sobre todo de personas como yo. Como ves, el gobierno también me necesita, y eso, según parece, es lo que más te preocupa: que detrás de tu gobierno y del partido, de los desfiles y las conquistas del ejército, asoma, al fin y al cabo, una cara como la mía...

Por primera vez en su vida sentía que no dominaba sus palabras, que corría tras ellas, aunque por otro lado le estaba gustando mucho todo lo que decía.

—Ese es precisamente tu punto débil, Thomas —dijo Hermann en un tono de victoria y los ojos muy brillantes—; desde que te conozco has creído, y lo has creído de verdad, que vas dos pasos por delante de todos los demás, y que eres el tipo ideal de alemán. Que todo el que no sea como tú, o se miente a sí mismo, o es un cobarde o un rematado idiota.

—Con tu permiso, me vuelvo a la cama —dijo Thomas.

—Por desgracia tiendes a perderte las cosas importantes, como por ejemplo que tu querida compañía americana jamás se ha ido de Alemania. A ti te dieron la patada después de aprovecharse de ti, exactamente igual a como mañana, porque ya está decidido, te van a dar otra patada para echarte con tu «Informe sobre el hombre polaco», porque tienes que saber que la compañía americana sigue aconsejando a clientes de importancia de Berlín y conserva una cuenta bien sustanciosa en el Dresdner Bank. Ahora los directores de Nueva York se han dirigido a nosotros para pedimos que nos mostremos amigables con su sucursal en París, algo relacionado con el espíritu francés y que suena a la palabrería que tú solías inventar.

—¿Por qué te empeñas en decir constantemente «la compañía americana»? —preguntó Thomas, con una furia que hasta a él le sonó infantil. La actitud de Milton le parecía tan lógica que el sentimiento de ofensa que lo acababa de asaltar también le resultó infantil—. Ya que tienes tanta información sobre ella, no creo que hayas olvidado cómo se llama.

—Pues no me acuerdo —dijo Hermann guiñándole un ojo—. Hoy, mientras vigilaba cómo correteabas por la fiesta como un ratón asustado, he comprendido la raíz de tu tragedia: que las instituciones, en apariencia, necesiten de gente como tú. Tú eres el gran urdidor de planes, el orador virtuoso, el ambicioso incansable. Nunca he menospreciado tus virtudes. Pero por ser el tipo de hombre que eres, nunca formarás realmente parte de nada. Eres una especie de destello que se desvanece y que siempre queda en nada.

—¿Y tú? ¿Vas a quedar tú para siempre? —preguntó Thomas tragando amargamente saliva, porque las últimas palabras de Hermann lo habían herido, puede que de muerte—. Aprecio mucho el tiempo que has dedicado y el empeño que has puesto. Pero si hubiera querido oír unos sermones de unos matones como vosotros, habría ido a buscaros a vuestros antros.

—Es la segunda vez que llamas matón a un oficial de las SS que lleva la Cruz de Hierro de segunda clase —le llamó Hermann la atención dando un golpe con los talones para volverse hacia la escalera, y haciendo un teatral gesto de la mano, como de desesperación, añadió—, no consigo dormir bien, aquí. Las camas del Bristol están hechas para enanos.

—¡Recuérdalo! —gritó Thomas tras él; si se atreviera a empujar a Hermann escaleras abajo...—. La cuenta que tenemos pendiente solo puede tener un final.

—Vaya, ahora el matón eres tú —exclamó Hermann por encima del hombro mientras bajaba ya las escaleras—. ¿No te da vergüenza, tú que eres un hombre tan civilizado?

—Siempre lo he sido —gritó Thomas—, pero todas las personas tenemos un límite, y una vez traspasado nos convierte en matones.

## **Tercera parte**

### **El mundo es un rumor**

*Brest, octubre de 1940*

Las rojizas torres de la fortaleza desaparecieron detrás de la arboleda. Unas frías ráfagas de viento mecían ligeramente la hierba y las cañas de la vera del río donde revoloteaban los pájaros y las mariposas en medio de una envolvente calma. Las hojas descompuestas se rompían bajo sus botas al hundirse estas en la tierra mojada. Sacha aspiraba con placer el aroma de la hierba y la humedad, mientras miraba el río en el que se reflejaban los troncos de los árboles que crecían inclinados sobre el agua como una especie de gigantescas traviesas de vía. Las hojas doradas caían de los árboles y ella alzaba las manos para atraparlas y triturarlas entre los dedos hasta convertirlas en diminutas partículas que se le pegaban a la piel. Avanzó hasta el extremo del bosquecillo. Allí terminaban los árboles y aparecieron ante su vista los retazos de una estepa gris, moteada de los esqueletos negros de los árboles que se ven por todas partes en invierno.

Había empezado a chispear, el llano se extendía allí delante y el dosel de nubes se combó sobre él como una gran cúpula gris. La angustia que había desaparecido mientras estaba en la espesura del bosque volvía ahora a acometerla. Se acordó de los sueños de las últimas noches. En todos y cada uno de ellos aparecía algo relacionado con Vlada y con Kolia: los mellizos cortando con el cuchillo y con una azada un muslo de pollo con la cara de Stepan Kristoforovich, y su madre riñéndoles, «el muslo se coge con la mano»; Podolski y Reznikov royendo el tabique de madera que dividía en dos la habitación de los mellizos; unos circasianos con unos abrigos de oficial parecidos al abrigo de Vlada, pero acribillados a balazos.

A lo lejos, frente a ella, de detrás de unas vallas de alambre de espino, se elevaba una columna de humo negro. Se frotó la cara con las manos enguantadas y los pies se le quedaron apresados en la pegajosa tierra de la llanura. Apenas pudo avanzar unos pocos pasos, porque el barro se le aferraba testarudo a los talones. «El pantano es muy cruel, y a los primeros que se traga es a los miedosos...», solfa contar el abuelo cuando hablaba de sus antepasados desaparecidos en las marismas de San Petersburgo. Se detuvo a escuchar su respiración, tan pesada, y se propuso refrenar su desbocada imaginación. Lo que tenía que hacer era mirar hacia el suelo, hacia la

tierra, y verla tal y como era. El barro tenía mil y una formas: una lisa arcilla negra, unos charcos con musgo o con hojas descomponiéndose asomando de ellos —en ocasiones podía vadearlos, pero a veces había que cruzar chapoteando por ellos— o era como unas boñigas grisáceas que parecían suaves y tersas como un sombrero de piel aunque en su interior aguardara al acecho la inmundicia. A medida que avanzaba, las viscosas boñigas le pegaban los pies al suelo.

También recordaba los parajes que había visto durante las últimas semanas: las ciudades de Bielorrusia pasando una tras otra por la ventanilla del tren: Baranovichi, Kobriny, ¿y puede que también Molodetchno? Enormes extensiones de tierra, caballos piafando, carreteros fustigando a sus mulas rabonas de cabeza gacha, multitud de prisioneros encorvados cavando un canal —«Se trata de un ciclópeo proyecto nacional que tiene como fin unir la cuenca del Dniéper con el Bug, ¡y lo vamos a conseguir a cualquier precio!», vociferaban unos entusiasmados oficiales que no habían cumplido los veinte—. Estaban allí, al borde del canal rodeados de una multitud de cuerpos enjutos completamente sumergidos en el barro, y la línea del horizonte se encontraba punteada de figuras humanas marrones y de carros diseminados por una extensión de tierra infinita, como si se tratara de una vieja fotografía. Ahora cobraban realidad las historias del abuelo: «Verstas y más verstas de pantanos, y en ellos los hombres pegados unos a otros como las patatas en el campo, así fue como construyeron San Petersburgo». ¿Estarían ahora mamá y papá cavando ellos también zanjas en el barro? Por un momento perdió el equilibrio y se volvió para mirar atrás, pero la hierba, las cañas, los pájaros y la orilla del río habían desaparecido de la vista.

Un oficial joven fumaba un cigarrillo apoyado en la casa. Al acercarse ella, se deshizo del cigarrillo y se puso firme.

—Buenos días, camarada Weissberg, soy el lugarteniente Gregorian —dijo en un ruso bastante malo.

—Buenos días, lugarteniente.

Él le hizo señas para que lo siguiera. Cruzaron un pequeño e inestable puente de madera que habían construido sobre el arroyo. Unos veinte metros más abajo había una camioneta con las ruedas hundidas en el barro. Bajaron del puente y chapotearon por unos terraplenes de tierra. Sacha notaba ahora el peso del barro en las botas. Atravesaron unos montículos de basura que apestaban a carne podrida y que estaban sembrados de trapos deshilachados, jirones de neumáticos quemados y trozos de motores y piezas de recambios medio tapados con unos toldos. A un lado había unas letrinas llenas de una especie de limo. Unos vapores con olor a grasa de motor emanaban de dos cabañas hechas con unas pésimas vigas de madera y que con toda seguridad se derrumbarían el primer día de invierno.

Unas siluetas de barro se inclinaban no lejos de ellos. Llevaban palas y estaban rodeadas por unos cañones rojos, las únicas manchas de color en la llanura. Se trataba de un grupo de soldados con abrigo de lana. Llevaban la cuchara para la sopa



ensartada en el cinto junto a la bayoneta. Gritaban, se daban palmadas los unos a los otros en la nuca, pateaban la tierra con las botas salpicando todavía más barro en todas direcciones. ¿Cómo era posible que siempre que veía un grupo de muchachos o de hombres jóvenes, su mirada buscara a Maksim Podolski?

Unos cuantos soldados insultaban a otros dos que estaban persiguiendo unas liebres atrapadas en un pequeño solar vallado con alambre de espino. Los dos se tambaleaban en el barro como si estuvieran borrachos y clavaban una y otra vez las bayonetas de los fusiles en la húmeda tierra para sacarlas de ella cada vez que sus compañeros los jaleaban para que así lo hicieran. Finalmente uno de ellos consiguió ensartar una liebre por el vientre. Se quedó muy quieto, como una estatua en medio de la estepa —los soldados y todo lo que lo rodeaba pareció empequeñecerse— cuando con un gesto indolente y elegante a un tiempo alzó la bayoneta con la liebre y empezó a darle vueltas en lo alto, alrededor de su cabeza. Un reguero de un rojo oscuro le resbaló sobre el pelo rubio y le bajó por la frente manchada de barro como un cordón retorcido, casi negro, cara abajo hasta los labios.

Aplausos, silbidos y juramentos atronaron el aire. «Este par de liebres, como mucho, le dará a cada soldado una tajada de carne del tamaño de una caja de cerillas», pensó Sacha.

El otro soldado había ensartado la segunda liebre por la cabeza y se había ido a colocar junto a su compañero. Los cuerpos de las dos liebres se retorcían agonizantes salpicando sangre a su alrededor, mientras los dos soldados saludaban haciendo reverencias ante el entusiasmado público. Las bayonetas y las liebres los acompañaban en sus reverencias. A cierta distancia de allí se encontraban los soldados que cavaban, con la tez del mismo color que la estepa, y tan solo el blanco de los ojos era prueba del cuerpo que se ocultaba tras el barro. En cuanto vieron lo de las liebres, se acercaron.

—Están muertos de hambre —dijo Gregorian.

—Ese no es motivo para comportarse como caníbales —dijo Sacha.

A él se le notó en la cara que dudaba entre varias posibles respuestas, pero finalmente optó por callarse. Últimamente, durante ese viaje de ella por las tristes ciudades de Bielorrusia, por los pueblos y los campamentos militares, excepto por las gentes del NKVD, todos optaban por callar cuando ella les dirigía la palabra.

—Lugarteniente Gregorian, ¿hay algo que desee contarme?

—A veces los soldados trabajan durante semanas enteras, y no hay carne.

—Elevaré la queja a las autoridades competentes.

—Los soldados sabrán apreciar su ayuda.

—Pues espero que en el despacho del camarada Lev Mejlis sea igual de bien recibida la idea —y enseguida comprendió que había empleado ese tono ligeramente agradable pero que siempre encierra cierta amenaza, herencia de Stepan Kristoforovich.

Gregorian no respondió. El joven oficial caucásico, trasladado a Brest desde el

decimosegundo grupo de ejército de Estados Unidos (en el NKVD lo llamaban, en broma, «el ejército caucásico»), quizá no había oído hablar nunca de Lev Mejlis. Se fueron acercando en silencio al grupo de soldados que avanzaba perezosamente hacia las barracas de madera. Gregorian se detuvo, metió los pulgares por dentro del cinturón y se puso a canturrear una canción con los labios cerrados. Sacha estuvo tentada a dirigirle una reprimenda diciéndole: «Ya sabes para lo que he venido, llévame a ver a Nikolai». Pero la inocencia de la mirada de él, en la que algo muy elemental y simple parecía escapársele a Sacha, la refrenó. En el trabajo había aprendido que si tienes la sensación de andar a tientas por la oscuridad y no puedes concentrarte, aunque esa sensación carezca de lógica, lo mejor es refugiarse en un amable silencio. Ahora comprendía que Gregorian actuaba según ese mismo principio. Casi se le escapa una carcajada.

De pronto le vino a la mente la imagen del soldado blandiendo la bayoneta con la liebre. Apartó de la imagen los paisajes, a los demás soldados, los fusiles y los uniformes, y justo cuando creía estar entendiendo lo que veía, oyó a Gregorian llamando por su nombre al soldado raso Nikolai Weissberg. De entre el grupo, asomó uno de los soldados en cuya bayoneta brillaba el ojo de una pequeña liebre y una mancha púrpura de sangre a medio coagular resplandecía en una de sus pálidas mejillas.

Sacha se dijo para sus adentros: «Cuando te he visto antes, no eras exactamente Nikolai».

Gregorian se acercó al soldado, le arrebató el fusil con la bayoneta y Nikolai siguió con la mirada la liebre que se alejaba. Sacha fue hacia él, se quitó los guantes con un gesto rápido y cuando Nikolai volvió la cara, ella pudo aspirar el olor a grasa que emanaba del uniforme y el olor a sudor que un día le había resultado tan familiar pero que ahora le recordaba al sudor de los hombres que se amontonaban junto al tablón de anuncios en la Segunda Sección, donde estaban los despachos. La expresión de sorpresa desapareció del rostro de él, apretó las mandíbulas y a sus ojos asomó una mirada gélida que parecía advertirle: reconoce el tiempo que ha pasado y que ahora se interpone entre nosotros y deja esa expresión que pertenece a otro lugar y a otro momento.

Sacha se vio obligada a ignorar la muda petición de su hermano y hasta sintió cierto desprecio hacia él: ¿acaso creía que las cosas podían haber sido diferentes? Acercó los dedos helados a la cara de él, que no se movió. De niño tarareaba una canción al ritmo de esos dedos. Sacha llevaba dos años soñando con ese momento en el que volvería a acariciarle la cara. A veces aparecía en sus pesadillas como un esqueleto entre otros muchos, y ella los acariciaba a todos con su do-re-mi. Ahora, la sangre de la mejilla le calentaba los dedos congelados. La mirada se le detuvo ahí, en unos pelos blancos de la piel de la liebre que parecían puntos de sutura en la piel de él. Sin decir nada y sin variar el movimiento de los dedos, se los quitó: se vio obligada a disimular el asco disfrazándolo de sonrisa.

Después de todo, visto de cerca, no había cambiado tanto. Estaba un poco más alto, había ganado cuerpo, parecía más estable, la cabeza afeitada resaltaba sus ojos negros hasta hacerlos parecer demasiado grandes. Las cerdas de la inminente barba parecían artificiales, como un maquillaje. Ella también sabía pintárselas idénticas.

—¿Cómo te has hecho esa herida en la mano? —le preguntó él. El deje infantil de hacía años, que siempre parecía estar ansiando el cariño de ella, había desaparecido de su voz.

—Un accidente en el despacho —respondió.

—Vlada murió en Finlandia.

—Lo sé.

—Estaba en el frente.

—Me informaron de que fue un soldado ejemplar.

Sacha no había tenido intención de mentir, pero esa frase, que en realidad ya llevaba preparada, se le escapó entre los labios sin que pudiera hacer nada.

—Conocí a alguien que estuvo allí unas semanas. Me contó que todos sus compañeros quedaron enterrados en la nieve, que les arrancaron la lengua y los ojos y que el resto lo devoraron los perros.

Sacha callaba.

—¿Sabes que él y Serioja le quemaron la casa a Brodski?

—Sospechaba que habían sido ellos.

—¿Se lo merecía?

—Lo mismo que los demás, ni más ni menos.

—¿Y mamá y papá?

—Están en Siberia.

—¿Viven?

—Hasta el mes de julio pasado, sí. Después ya no hemos tenido noticia.

—¿Recibiste carta de ellos?

—Tienen prohibido cartearse con nadie. Lo sé por otras fuentes.

—Es curioso que ahora seas del NKVD.

No lo dijo en un tono provocador, sino que se limitaba a constatar hechos y a aceptarlos.

Todos los recuerdos que la habían asaltado durante los dos últimos años parecían haberse quedado congelados ahora que lo tenía allí delante tan erguido, la cabeza rapada, acariciando la cuchara de la sopa que llevaba en el cinto y la mirada instándola a que se largara, porque así quizá todavía quedara para él un pequeño bocado de la liebre. Se diría que todo lo que una vez hubo entre ellos sucedió en otra vida, las noches que habían pasado acostados uno junto al otro en la cama de ella mirando las sombras del techo y burlándose de Vlada y de su padre (jamás de su madre), imaginando lo guapo que sería el ingeniero de París con el que se casaría Sacha y que adoptaría a Kolia como hijo. Todo eso parecía ahora una fantasía tan delirante, que no le quedaba más remedio que dudar de todas esas imágenes que se

agolpaban en ella. Resultaba extraño que lo que estaba sucediendo en esos momentos la empujara hacia el pasado, y no solo hacia el pasado de ella, sino hacia todo lo que un día sucedió en sus vidas. Cualquier frase que intentaba decirle se vaciaba de significado, porque aquel soldado no era el destinatario de sus añoranzas.

¿Tú eres tu cuerpo?, quiso preguntarle Sacha.

¿Y tú, eres el tuyo?, le espetó él con la mirada.

—Estáis muy cerca de la frontera —dijo Sacha finalmente.

—La comandancia de la división Panzer está a unos ocho kilómetros de aquí —respondió, y por el tono en el que lo dijo se notaba que había repetido la frase en más de una ocasión—. Justo al otro lado del río, ahí, donde se ven esos bosques —añadió, apuntando con el dedo hacia la línea negra del horizonte en la que se movían unas frondosas copas de color cobre y que a Sacha le parecieron invencibles de puro robustas—. Esa es la primera línea de fuego de la Wehrmacht.

—La verdad es que está muy cerca —susurró Sacha las mismas palabras que había mascullado Maksim cuando fue a visitarla a Brest.

Habían estado contemplando el río Bug abrazados. Maksim hablaba como poseído por el espíritu de todo tipo de rumores que corrían por el Ministerio de Asuntos Exteriores: las conversaciones de Bucarest sobre el Danubio habían fracasado, y más grave que eso era que la visita de Molotov a Berlín había terminado en un auténtico fiasco, lo sabía de muy buena tinta.

—Oh, es que estás tan bien considerado en unos círculos tan amplios y tan variados, Maksim Adamovich —le había dicho entonces ella, pellizcándole cariñosamente la nariz.

—Sí, no resulta fácil ser una persona apreciada —reconoció él, y los dos se echaron a reír.

Sus compañeros del GRU<sup>[38]</sup> decían que los alemanes habían llevado ya a la zona de la frontera alrededor de ochenta divisiones de infantería, y divisiones enteras de tanques y acorazados: el ejército alemán ha desplegado sus fuerzas frente a nuestra frontera. Están pavimentando carreteras, construyendo vías férreas, habilitando aeropuertos.

—Querida —le había dicho—, me preocupa mucho que estés en la ciudad más próxima a la frontera. Están justo al otro lado del río.

Después, mirando el reloj, había calculado en voz alta las distancias, los plazos de construcción de una cabeza de puente, el tiempo que se tardaba en atravesar el río, y apuntó en su cuaderno las velocidades con las que avanzaban los Panzer alemanes en los diferentes terrenos, hasta que al final sentenció que, en caso de ataque, los alemanes no tardarían más de cuarenta y cinco minutos en llegar a Brest.

—Exactamente —dijo Nikolai con cierto enfado en la voz—. Somos una de las posiciones más próximas a la frontera. Por el día, si la visibilidad es buena, te podría

enseñar las trincheras y los cañones de sus Panzer. Nuestro servicio de inteligencia no cree que los Panzer sean los tanques más pesados que tienen. Es muy posible que el modelo más potente lo mantengan oculto.

El tema le preocupaba, y seguro que había más detalles que le gustaría especificar. Siempre se había interesado por todo y le gustaba investigar las causas y discutir las pruebas. Sacha tuvo la tentación de decirle: «Kolia, háblame de los Panzer, disponemos de todo el tiempo del mundo». Buscó febrilmente la cadencia con la que decírselo, pero todo lo que se le ocurría le sonaba artificial. Tenía la sensación de querer amueblar un gran salón con una sola mesita.

Kolia se refugió en el silencio y permaneció con la mirada perdida entre la arboleda del otro lado del río. La desolación que parecía haber descendido sobre él la entristeció: antes tenía a alguien que escuchaba, aunque fuera tarde por la noche y en la cama, todas sus historias y locuras. Sintió un escalofrío: de pronto se abría ante sus ojos el abismo de la orfandad de su hermano.

Sacha se sentó en el tocón de un árbol talado. Un soldado con las insignias de la aviación en las charreteras pasó entre ellos y señaló hacia la cabaña con un gesto de la barbilla.

—Te han guardado tu parte —le dijo Sacha, sorprendida por la sensación de alegría que le acababa de producir el saber que lo trataban con respeto.

Empezó a mover los pies, que le habían entrado un poco en calor, y con un palo se raspó el barro de las botas.

—Lo alistaron en Belaya Tserkov —dijo Kolia.

—¿Hay muchos ucranianos?

—Dos.

—¿Os lleváis bien?

—Estupendamente bien. Los caucasianos, sobre todo Gregorian, a veces resultan un poco pesados.

—Ya, es que no son como nosotros.

—Pero tampoco tan distintos.

—¿Hay alguien de Leningrado?

—Nadie. Hay chechenos, y un mimado de Moscú que todavía no ha captado que ya no tiene a mamá para que le lleve el té a la cama.

—¿Dónde dormís?

—Allí —y señaló hacia las cabañas que apestaban a aceite de maquinaria.

—¿No pasáis frío?

—A veces sí.

—Se os han terminado las liebres.

—Mañana haremos una incursión en cualquier pueblo de por aquí cerca.

—¿No os traen carne?

—Nos las arreglamos.

—¿De verdad?

—Y si pasáramos hambre, ¿nos ayudarías tú? .

—Quizá podría dirigirme a ciertas instancias.

—Pues adelante, hazlo. Si consigues que tengamos más de cuarenta gramos de carne a la semana, puede que dejemos de empeñarnos en recordar ciertas cosas.

—¿Qué cosas?

—Quizá aprendamos a perdonar, Zaichik.

La voz de Kolia denotaba cierta burla, pero como parecía un completo extraño, cada palabra que pronunciaba sonaba a reprimenda. Unas arrugas le surcaron la frente.

—¿Cuándo has llegado a la zona, Zaichik?

: Su madre está junto al infiernillo y llama: «Zaichik, ¿y el agua? Zaichik, ¿dónde están los niños?». Sacha se sorprendió ahora al darse cuenta de que durante los dos últimos años se había olvidado por completo de ese apodo.

—Hace unos cuantos días.

—¿Ah, sí?

—Antes he tenido que hacer otras gestiones.

—¿Qué tipo de gestiones?

De nuevo volvió a darle un tono provocativo a sus palabras, al tiempo que parecía creer que ahora ella le llamaría la atención, como tenía por costumbre: no-me-llames-por-ese-nombre.

—Nada de particular, cosas rutinarias, porque ya no soy consejera.

—¿Cuándo has llegado aquí? —le volvió a preguntar Kolia.

—Hace unas dos semanas.

¿Ese relámpago que brilló en los ojos de Kolia, sería que celebraba malévolamente haberla cazado en una mentira? ¿Le habría contado alguien, durante esos meses pasados, que llevaba mucho más tiempo destinada en Brest? No tenía visos de ello.

Sacha observó las agrietadas manos que habían clavado la bayoneta en el ojo de la liebre. Esa mirada altiva, que parecía estar jugando con la acusada, le molestaba. Luchaba contra su sospecha de que la mano derecha de Kolia, muy próxima a ella, estuviera a punto de alzarse para pegarle. Se levantó y destensó los músculos, se apartó un poco de él y dudó si contarle la verdad. Mejor no. ¿De qué le iba a servir a Kolia saber que ella llevaba ya medio año en Brest? A veces, además, la habían enviado con distintas misiones al oeste de Bielorrusia, en eso no le había mentido, pero la razón por la que no había querido verlo hasta ahora era muy sencilla: temía que algo de la culpa de Styopa hubiera recaído también sobre ella, así es que solamente cuando quedó claro que a Styopa se le consideraba un caso puntual que no arrastraba consigo a nadie más, y el director de la Segunda Sección recibió su veredicto —cuánto la había conmocionado la acusación: «Falso testimonio y falsedad judicial»— decidió que el hecho de ir a visitar a Kolia ya no lo iba a poner en peligro. A veces se acordaba de Styopa con afecto: alguien con tan mala suerte como él como

para haber ido a caer en desgracia justo en un momento en el que las detenciones habían disminuido y cada vez se oían más rumores sobre ciudadanos que recibían unas penas mucho más suaves, y de otros que después de años en cárceles y en gulags reaparecían en sus pueblos y ciudades como espíritus llegados de ultratumba.

Kolia clavó los ojos en los de Sacha.

—Cuentan que últimamente has ascendido a las altas esferas de Leningrado.

—Cuanto más pequeña es la persona, más grandes necesita que sean los rumores —respondió ella con la mirada serena.

Kolia hizo crujir los dedos y parecía satisfecho de la respuesta de Sacha, que empezaba a tener la esperanza de que a medida que transcurriera el tiempo el recuerdo de las noches que habían vivido juntos iría reviviendo en él.

—La semana pasada, cuando todavía estabas en Leningrado, ¿leíste, por casualidad, el *Leningrádskaya Pravda*?

—Hace dos años que no leo ese periódico —respondió Sacha, diciéndose: «Este sabe algo».

—¿Así es que no leíste el poema «Mira, soldado Dimitri»?

—No.

Le habría gustado darle una bofetada para quitarle de la cara esa expresión arrogante, típica de Vlada o de algún ucraniano de la unidad, pero que, desde luego, no era suya. Todo se había estropeado entre ellos y el hilo transparente que la había mantenido aferrada durante los dos últimos años al mundo y al suelo empezaba a calcinarse.

—Pues es una lástima, te habría gustado, porque hacía años que Nadezhda Petrovna no publicaba un poema nuevo.

—¿Han dejado libre a Nadezhda?

—En la prensa no publican los poemas de los poetas de los gulags.

—¿Ha vuelto a Leningrado?

—Sí, ha vuelto.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Hace poco.

Ahora lo entendía todo. La llanura de la estepa empezaba a darle vueltas ante los ojos, lo mismo que los árboles cobrizos de la zona norte —¿son los alemanes los que están allí o somos nosotros?— bailoteaban celebrando su abatimiento. Veía a Nadezhda rodeada de admiradores y con su voz chillona contar historias del gulag. Había estado muerta durante mucho tiempo, y la verdad es que fue estupendo tenerla así. ¿Desde cuándo se había convertido ella en una persona para la que la muerte era una venganza admisible? Ahí estaba Murazovski tendido en el suelo con la cabeza reventada. Miles de preguntas se le agolpaban a Sacha en el cerebro: ¿sabrían algo de aquella tarde? ¿Habrían liberado a alguien más? ¿Por qué no le había contado nada su marido?

Kolia tenía todavía unos pelillos blancos manchados de sangre pegados a la nariz

y al bigote.

—Todavía tienes pelos de la liebre en la cara.

Él no respondió. Tras una conmoción tan grande por todo lo que habían hablado, puede que ya no tuviera nada más que añadir. Sacha sintió una espantosa desesperación: Kolia no llegaría nunca a entender que lo había sacrificado todo por él.

—¿Sabes que me hubiera resultado mucho más fácil morir?

—A mí también, y los dos seguimos aquí. Puede que seamos los únicos —dijo Kolia, y se sacó del bolsillo del abrigo un manojito de tabaco seco, cortó de él con la navaja unas briznas, las enrolló en papel de periódico y encendió una cerilla.

—No digas eso. Seguro que viven.

—Me refería a que los dos siempre hablábamos mucho de la muerte. Envidiábamos a los que aman la vida, y ahora resulta que muchos de ellos han muerto y nosotros seguimos aquí.

—¿Quieres decir que, en realidad, sí nos gustaba vivir?

—Más de lo que creíamos.

—Pues a mí no me gustó seguir viva cuando desapareciste —susurró Sacha.

—Quizá también más de lo que creías.

Le tendió el cigarrillo y ella dio una fuerte calada aspirando el humo hasta el fondo. El sabor era nauseabundo, lo mismo que meter la cara en una chimenea. Styopa-Podolski gritando desde el estrado: «La Revolución os necesita en cuerpo y alma, al completo».

—¿Cuándo empezaste a fumar?

—En el instituto —sonrió Kolia—, me dio miedo decírtelo.

El tumultuoso alboroto que sentía en la cabeza desde hacía un rato pareció ceder algo: no estaba claro cuánto era lo que Kolia sabía. Puede que no fuera mucho.

—Nadka se puso en contacto contigo.

—Sí. Recibí un poema y una carta.

—¿Y qué decía?

—No gran cosa. Contaba que en el NKVD habían vuelto a convertirte en niña prodigio, que hacía ya mucho que no estabas en Leningrado y que Brodski había muerto en Kolymá.

—¿Cuándo murió?

—El mes pasado.

—Estaba convencida de que aguantaría.

—Pues te equivocaste.

—¿Y el poema? ¿Era bonito?

—Muy interesante.

—¿Qué escribió Nadka? ¿Sobre la heroicidad de los combatientes? ¿No me digas que se ha convertido en la poetisa del partido?

—En su poema, Dimitri no es un soldado: es un niño de siete años que lleva



puesto el uniforme de su padre muerto.

Estas últimas palabras las pronunció sin el más mínimo rastro de insolencia, y hasta con pena, se diría. Además, le leyó el pensamiento a su hermana y comprendió que en cuanto ella volviera al despacho se haría con el poema. ¿Dónde estaba en la biblioteca *Boris Godunov*<sup>[39]</sup>? Arriba, los seis tomos de Pushkin estaban arriba.

Ahora solamente quedaba una última cosa. Un fino velo pareció cubrir los ojos de Kolia y se diría que no quería seguir hiriéndola. Por eso Sacha decidió mostrarse generosa y decirlo por él. De cualquier modo, desde el momento en que comprendió la acusación que pesaba sobre ella, se había jurado marcharse cuanto antes de esa apestosa estepa: Nadezhda le había dedicado el poema al soldado muerto Vlada.

*Lublin, enero de 1941*

Oculto entre las sombras caminaba por la calle principal. Rehuyendo la luz de las farolas se pegaba a las fachadas de los edificios, hasta que torció a la izquierda por una callejuela que desembocaba en la plaza Adolf Hitler; siguió andando mientras tanteaba con las botas los pequeños cráteres que habían dejado en la calzada las bombas de la Luftwaffe. Unas palomas picoteaban algo entre los adoquines de la plaza. Durante sus primeros días en Lublin observaba las idas y venidas de esas aves por una ruta fija que pasaba entre las esculturas, las ventanas y los tejados de los edificios como si siguieran al pie de la letra un misterioso mapa de vuelo. Al doblar la esquina lo deslumbraron las luces que salían de las ventanas del segundo piso de la comandancia de las SS. ¡Qué amplio y grande era el edificio! Hacía frío, le picaba la garganta y la lengua parecía lamer unos dientes de hielo. Se pegó al muro, pasó la mano por las piedras y desvió la mirada del edificio: siempre recordaría la humillación por la que le habían hecho pasar en la comandancia de las SS del distrito de Lublin.

De las ventanas caían sobre él unas lenguas de fuego que acentuaban sus defectos hasta convertirlo en un malvado de aspecto asustado. Puede que en los labios todavía llevara pintada una socarrona sonrisa, pero los ojos reflejaban ya la solución, que no podía ser otra que la resignación: la cara de un acróbata que se ha caído de todas las cuerdas flojas posibles. Hacía ya mucho que las técnicas de Erika Gelber no le daban ningún resultado: no había vida a la que aferrarse, ni en los paisajes de la ciudad ni en los del recuerdo. Quizá le escribiría al campo de trabajo de Ravensbrück: «Querida *Frau* Gelber, espero de corazón que esté usted disfrutando de su trabajo al servicio del Tercer Reich de Alemania. A causa de cierto agravamiento en mi estado de salud, le rogaría que me refrescara la memoria en lo referente al “método en cuatro pasos de autoterapia de conducta” para tratarme yo mismo los ataques de ansiedad».

Sube despacito por unas escaleras llenas de nieve y es engullido por un pequeño bosque: las ramas de los árboles se apoyan en las cornisas de rojas tejas de las que penden unos afiladísimos carámbanos, mientras en lo alto se alzan las humeantes chimeneas que parecen ramificaciones de árbol. Al fondo dormita una ciudad

congelada, de voces cada vez más quedas y desérticas calles serpenteantes, tanto, que desde aquí se la puede uno imaginar como un enorme no-ser. Los árboles le devuelven las fuerzas: el valor de los cobardes, ahora que a Wotan<sup>[40]</sup> y su salvaje ejército le disparan flechas desde otro continente.

Por las noches, en las casas reconvertidas en lugar de diversión con una taberna, un pequeño casino y un prostíbulo, nadie le pregunta quién es. Suele sentarse en un sillón de piel apoyado en la pared y toma *schnapps* y ocoxin, coñac los fines de semana, y se queda escuchando la música que no deja de sonar en toda la noche. Humo de cigarrillos, mujeres jóvenes que van de acá para allá en un tráfigo interminable, con bandejas de salchichas y col agria, pan y cerveza, que se sientan en el regazo de los hombres y posan los labios en sus cuellos. Todas tienen pinta de adolescentes uniformadas: una raya negra alrededor de los ojos, las mejillas relumbrantes, unos vestidos que dejan los hombros al descubierto, la línea de la espalda, esbelta, de osamenta diminuta, y medias de seda negra.

En un extremo apartado de la sala hay una tarima elevada de madera, iluminada por unos focos de colores y por el resplandor entre azul y anaranjado de una estufa de petróleo. A veces se hacen ahí unas breves representaciones, coros de oficiales borrachos, alguna joven cantante que se aventura con las arias de *Don Giovanni*, voces que tararean «Der Sennerin Abschied von der Aim»<sup>[41]</sup> o melancólicas canciones de la infancia. Un oficial con gafas, el uniforme lleno de insignias y condecoraciones y los puños de la camisa almidonados envolviéndole las muñecas, les lee a sus compañeros en voz alta unos párrafos escogidos del emocionante discurso de Von Alvensleben de las SS: «Jamás fue construido nada en la tierra a partir de la delicadeza y la debilidad; los mundos nuevos se tallan en piedra, se fabrican con plomo, con sangre y con hombres y mujeres duros como el acero de Krupp». Y a continuación el oficial añadió de cosecha propia:

—En las democracias el gobierno necesita del amor del pueblo, y también nosotros lo necesitamos, aunque podríamos pasar sin él. El pueblo a veces nos ama, después deja de amarnos para más tarde volverse a enamorar de nosotros. Pero aguantaremos en el poder —la expresión de entusiasmo de la cara del oficial hizo que Thomas se enfureciera. Con gusto le habría clavado una daga en el cuello.

—¿Sabéis cómo llaman a Globocnik en la comandancia de las SS del *Führer*? — se oyó que preguntaba una voz que llegaba desde una mesa envuelta en humo.

«Globus», masculló Thomas por lo bajo. Y eso por una vieja broma de Himmler, que Wolfgang le había contado. A veces deseaba que uno de aquellos oficiales fuera Wolfgang. Entre todos los que le habían tendido la trampa en Varsovia, Wolfgang era el único al que Thomas seguía apreciando y al que no deseaba ningún mal. Tenía grandes planes para los dos. Lo había perdonado porque comprendía que desde el momento en el que el joven oficial se había encontrado con el triunvirato Kresling-Hermann-Weller no había podido hacer otra cosa salvo atender a la voluntad de estos, y preferiblemente con verdadero espíritu de lucha. Thomas no se había encontrado

todavía con nadie que fuera capaz de mantenerse tan fiel a la verdad como para haberse comportado de otro modo. En suma, que con los años había llegado a la conclusión de que en asuntos de religión, de folclore, de creencias y hasta en el debate público, siempre aparecían —gracias a la demagogia moralista— demasiadas figuras que se comportaban con una absoluta falta de lógica en las situaciones difíciles, mientras que después, todos esos pobres niños se sentían culpables y avergonzados por no haberse unido a esas encumbradas figuras de tan elevadas ideas.

Un hombre entrado en carnes, uno de los ayudantes del gobernador del distrito, sube al estrado. Cierra los ojos y se balancea al ritmo del piano: «Mi amada en Núremberg se ha enamorado / de un conde que destila regalos dorados; / así que le escribo: las flores que te mando desde el frente / en la aduana de la frontera me las detienen».

La canción es recibida con exclamaciones de entusiasmo y una chirigota de borrachos: «Hans-Hans-Hans». No cabe la menor duda: Hans, el gordito, que estudió en el teatro Reinhardt, es el cantante romántico al que todos adoran.

A altas horas de la noche Thomas sigue allí, observando a las parejas que bailan al son de las canciones francesas, unas canciones melancólicas de amor, y piensa en Klarissa. ¿Estará bailando también ella en esos momentos? Su imaginación le escoge cada velada un pretendiente distinto y los pone a bailar en una pista de Berlín. Ella le había contado una vez que algunos de sus conocidos escuchan *swing* a escondidas, así que ahora la imaginaba bailando como en las películas americanas.

No le había vuelto a escribir desde que lo echaron de Varsovia. ¿Qué novedades podía contarle ya? ¿Que de nuevo veía frenada su carrera? ¿Que el Ministerio de Asuntos Exteriores le había arrebatado su informe y se lo había traspasado al completo a su enemigo mientras que a él lo habían degradado a triste mozo de almacén en Lublin? Klarissa ya lo había visto derrotado en una ocasión, y con eso bastaba.

Cuando ver a las parejas que bailan lo entristece, la pérdida del informe lo corroe, y desespera por volver a encontrarse con Klarissa, se pone a jugar a las cartas. En esos momentos, le parece que sus penas y fatigas han quedado en el pasado y recobra la esperanza de que un día, los que le han buscado la ruina terminarán por dar con sus huesos en el abismo que él les ha cavado y entonces él alcanzará la victoria.

Se pasó semanas en la taberna protegido bajo la sombra de la ilusión de que nadie lo conocía, hasta que una noche el cascarón de su anonimato se resquebrajó.

Se encontraba jugando al póquer, cuando uno de sus compañeros de mesa le preguntó si él no era Thomas Heiselberg, el del informe del hombre nacional polaco. Thomas asintió sin añadir nada, pero el oficial de la Gestapo, que había irritado a Thomas ya antes de eso porque se hacía con las cartas con una avidez sorprendente, empezó a contar:

—Hubo un gran interés por su informe cuando llegamos a Lublin. Disponíamos de unas listas bastante jodidas de los miembros de la *inteligentzia*. En realidad, el

presidente del tribunal del condado y el vicepresidente del tribunal de apelación fueron dos casos muy fáciles: un balazo en la cabeza y se acabaron las apelaciones. Pero había directores de colegio, catedráticos católicos, aficionados a la música... Cuando de pronto, desde arriba, nos llegó la orden de fijarnos en los arqueólogos. Liquidamos a muchos solo porque tenían unas cuantas vasijas en sus casas.

Cuando se marchaban, el oficial sujetó a Thomas por el brazo y echándole su aliento cervecero en la oreja le susurró:

—A veces nos preguntamos, «Señor informe», y debería usted saber que hasta los que somos menos importantes y tenemos siempre el dedo en el gatillo también pensamos, si todo lo que hemos hecho era tan necesario.

Los dedos del oficial siguieron pellizcándole el brazo hasta mucho después, como los de un fantasma.

Por las noches Lublin está oscura como un pueblo. Las cálidas luces de Berlín, de las que en parte se sentía responsable —«iluminadores nocturnos», llamaba a los clientes que se anunciaban de noche comprendiendo el potencial de esas horas—, se le figuraban ya como una quimera del recuerdo. La ciudad oscura y tenebrosa en la que ahora vivía lo intranquilizaba. Mientras estaba en compañía de otros, todavía le resultaba soportable, pero en cuanto se quedaba solo vivía esa oscuridad como un ensordecedor grito en los oídos. Esa era la razón por la que vagaba por las calles a altas horas de la noche. Bajaba por la calle principal, que por lo menos conservaba cierta iluminación, llegaba hasta el serpenteante muro de casas de la ciudad vieja —ya se había acostumbrado a mostrarles la documentación a los agentes de policía que lo llamaban el «oficial insomnio»— y seguía bajando hacia las calles de los judíos que apestaban a cloaca y a pescado, una especie de colina de apretadas casas de madera por encima de las cuales, como en otro reino, se alzaba el castillo, a cuyos pies las casas de los judíos parecían las garras de un monstruo prehistórico. Thomas no entendía por qué todos los gobernantes de cualquier ciudad, ya fueran rusos, polacos y ahora también los alemanes, desperdiciaban un castillo tan hermoso encerrando en él a unos criminales.

Entre tanto, las comandancias y los campos de trabajo que veía en sus merodeos por Lublin tomaban vida para él al reconocerlos como algunos de los lugares que en el pasado le habían pedido permiso para consultar su informe cuando se encontraba en Varsovia. Recordaba, por ejemplo, la petición de un médico de las SS que se ocupaba de los presos del castillo y se quejaba de que la comandancia de la Gestapo en la «casa de debajo del reloj» le enviaba al castillo unos sacos repletos de cadáveres de jóvenes para que justificara unas ridículas falsas autopsias que dijeran que habían muerto de una insuficiencia coronaria, una infección de garganta o de la gripe. «Mi pregunta es la siguiente: ¿existe, acaso, un compendio de enfermedades que caracterice a los polacos sin tener que escribir en los formularios ningún detalle más?». Huelga decir que no respondieron a una pregunta tan execrable como esa, y que se limitaron a bromear acerca del escandalosamente creciente número de

desequilibrados que pretendía servirse del informe.

Quizá por el hecho de que el mundo del Reich era tan pequeño en Lublin —la distancia desde la «casa de debajo del reloj» hasta el castillo se recorría en diez minutos, mientras se pasaba por la mayoría de las instituciones del Reich en la ciudad—, se resumieron las recomendaciones que formuló en Varsovia y envió hacia allí, en unas pocas palabras: piedra, casa, tejado, muralla. Y ahí estaba ahora, recorriendo el mismo camino que recorrían los sacos con los cadáveres.

Aproximadamente una hora antes de que amanezca echa a caminar hacia su casa. La penumbra del portal le resulta agradable; a veces la luz de la luna da en los buzones oxidados. Se sujeta a la precaria barandilla y los escalones de madera rechinan bajo sus botas. Mientras sube por ellos no puede dejar de acordarse del piso que tenía en Nowy Świat y de los preciosos edificios de la calle Krakowskie Przedmieście. Durante la primera semana en Lublin lo aterrorizó tanto lo solo que estaba, que se coló en una fiesta de un piso de lujo que tenía una bonita terraza y una barandilla de hierro repujado, un salón inmenso y los techos altísimos. El nuevo dueño de la casa mostraba a todo el mundo el candelabro de Janucá de plata y adornado con un impresionante relieve de dos leones.

En esa calle muchos pisos estaban vacíos, ya que habían expulsado a los judíos. Thomas presentó varias solicitudes en las que pedía instalarse en uno de ellos, pero todas le fueron denegadas, hasta que al final le adjudicaron ese apartamento mohoso en la última planta de un viejo edificio de Lindenstrasse, que antes se llamaba Lipowa. Se preguntaba si la orden no habría llegado de Varsovia o de Berlín con el fin de torturarlo hasta en los detalles más pequeños.

Pasaron dos semanas enteras desde que llegó a Lublin hasta que lo convocaron en el cuartel de las SS. Durante esos días de inactividad cursó una solicitud pidiendo encontrarse con el comandante de las SS, que a la vez lo era de la policía, Odilo Globocnik, señalando en ella el amistoso carteo que mantuvieron cuando él dirigía las oficinas informativas en Varsovia. Recibió una respuesta negativa en la que además se manifestaba gran sorpresa por el mero hecho de que semejante solicitud pudiera hacerse. También cuando pidió verse con Tzerner recordando «las preguntas que el distinguido gobernador del distrito envió a mi despacho en el pasado», le contestaron con una carta, más amable que la anterior, eso sí, que decía que el gobernador se hallaba muy ocupado y que quizá encontraría un hueco para atenderlo en el mes de abril.

Una mañana apareció en su casa un oficial y le comunicó que debía personarse de inmediato en el cuartel de las SS. Thomas se apresuró a empujar las pesadas puertas de madera, acarició con la vista las columnas de mármol, observó las pequeñas lámparas de araña, cruzó los amplios corredores y subió por una escalinata que le recordó el hotel Las Cuatro Estaciones. Tenía la esperanza de que allí, en el segundo piso, le adjudicaran un despacho, que todavía era posible resurgir de sus cenizas. Después de todo, Lublin podía ser un lugar en el que recuperarse, oculto a las miradas

indiscretas, un sitio en el que sacar conclusiones para volver a luchar por recuperar cierto estatus.

Pero sus esperanzas se esfumaron al momento: los pequeños funcionarios con los que se encontró se mofaron abiertamente de él, le aclararon que sabían muy bien cuál era ahora su posición en el Ministerio de Asuntos Exteriores y «las torticeras maniobras que había llevado a cabo en Varsovia». Con toda llaneza le dijeron que el Ministerio de Asuntos Exteriores ya no confiaba en él. A su pregunta de si todavía trabajaba para el ministerio, le respondieron que no había sido despedido porque debía de haber alguien que consideraba que aún podía serles útil. Pero como allí todas las instancias deseaban mantenerse lo más alejadas posible del Ministerio de Asuntos Exteriores, en Lublin estaría bajo la tutela de las SS.

—Pero si en Varsovia estaba a las órdenes del gobernador del distrito —protestó Thomas—. ¿Por qué voy a estar entonces en Lublin bajo la tutela de las SS?

—Porque el gobernador del distrito no desea tener ningún tipo de relación con usted —le respondieron.

Estaba claro que los mismos poderes que le habían buscado la ruina en Varsovia, para después desterrarlo a Lublin como castigo, seguían manejando con astucia su vida también allí. Ahora se le exigía que escribiera un informe sobre el hombre bielorruso siguiendo las instrucciones que recibiría de Georg Weller, el director de las oficinas que custodiaban el informe sobre el hombre polaco. Estas últimas palabras que describían el cargo de Weller fueron pronunciadas con auténtico desprecio. Thomas, por su parte, aunque sorprendido por el tono ofensivo que habían empleado aquellos despreciables funcionarios, mantuvo su discurso amable y les preguntó con qué instrumentos y medios podía contar para llevar a cabo la investigación. Para escribir el «Modelo del hombre polaco» había empleado diez años de trabajo intenso, y Bielorrusia no la conocía en absoluto.

—Puede usted escribir a las instituciones de Alemania. No lejos de aquí, en Cracovia, encontrará el nuevo Instituto para la Investigación del Este y también hay una biblioteca en la ciudad —le respondió el oficial.

—Con tan pocos medios no voy a poder escribir un informe de la altura del modelo polaco —insistió Thomas.

—No se espera de usted un logro tan sorprendente como ese —le respondieron los oficiales intercambiando unas miradas cómplices—; límitese a hacer lo que esté en su mano.

Thomas no formuló más preguntas y tras unas frías palabras de despedida abandonó la sala. Está claro que las instrucciones de Varsovia nunca llegaron, pero pasada una semana lo citaron de nuevo en el cuartel de las SS y allí le ordenaron que diera ya comienzo a su trabajo, pero que como por el momento no había ningún despacho libre para él, con toda confianza podía llevarlo a cabo en su casa, aunque todas las semanas debería entregar un breve informe del estado de desarrollo de la investigación.

—El doctor Weller —añadieron— espera que realice usted este trabajo lo mejor que sepa y le recuerda que el plazo que le ha sido concedido para ultimar el escrito no es infinito.

Como era de esperar, los informes periódicos que iba entregando no obtenían respuesta ni comentario alguno.

August Frenzel, uno de los oficiales que se había burlado de él durante el primer encuentro, debió de sentir lástima de él, y en una de sus comparecencias semanales lo acompañó hasta la puerta y le dijo que allí nadie disfrutaba haciéndole daño, sino que se limitaban a cumplir las órdenes estrictas que les llegaban de Globocnik.

—Se ha hecho usted con unos enemigos bien poderosos —se rio Frenzel por lo bajo, casi con admiración.

Otros funcionarios y oficiales a cuyos oídos también había llegado el renombre del informe de Thomas sobre los polacos lo trataban como a un leproso pero sabían que podían aprender mucho del escarmiento que este había recibido.

—Si su caída ha sido tan grande, es que había llegado usted muy alto —le susurró Frenzel en una ocasión, en compañía de dos jóvenes admiradores—, puede que un día nos quiera usted contar su versión.

—Por supuesto —respondió Thomas con afabilidad—, podemos quedar esta noche para tomar una copa en la Deutsche Haus y les cuento todo. Es una historia muy larga para la que necesitaré unas cuantas veladas, pero tenemos a nuestra disposición todo el tiempo del mundo, ¿no?

El escalofrío que les dio solo con pensar que los iban a ver en su compañía divirtió mucho a Thomas.

Durante los primeros meses allí, nadie lo buscó. Fue tan solo en diciembre cuando recibió una carta de la fábrica alemana de armamento, que últimamente había asumido la responsabilidad de organizar unos talleres en su calle. La persona que se puso en contacto con él le pedía consejo en lo referente a la manera de preparar lo más aprisa posible a un grupo de obreros judíos que hasta ese momento «habían sido zapateros y sastres». La compañía estaba ahora interesada en que aprendieran a utilizar el material más avanzado de Alemania. El hombre le escribía a él porque en el despacho de Walter Salpeter en Berlín le habían hablado muy bien de los cursos de especialización profesional que habían impartido a los obreros en Milton cuando Thomas era el director.

Thomas tenía cierta experiencia con los talleres de trabajo de los campamentos de Lindenstrasse. Una noche, después de que cayeran las primeras nieves, volvió a su casa y se apostó en la ventana para disfrutar de la visión de los copos que descendían suavemente sobre la ciudad. Cuando de pronto, a unos veinte metros de su ventana, aparecieron en la oscuridad un montón de cuerpos desnudos. Al principio aquello le resultó tan extraño que creyó que se trataba de un espejismo como resultado del reflejo de la nieve, pero cuando se fijó mejor y analizó lo que sus ojos veían, comprendió que en aquel patio nevado había un grupo de personas desnudas, y que



los bultos que los rodeaban no eran otra cosa que cuerpos desnudos tendidos en el suelo. Al cabo de un momento se oyeron los ladridos de unos perros. Unos haces de luz barrieron la nieve, iluminando un pie muy blanco, unas nalgas arrugadas, un cráneo afeitado, un pecho joven, la nuca de alguien que tenía la cara hundida en la nieve. Había miembros que se agitaban cuando la luz les daba, otros que parecían inertes. De pronto se dio cuenta de que estaba contando a los muertos, a los vivos y a los que no sabía dónde clasificar. A los pocos minutos desaparecieron las luces, las siluetas de los perros se movían entre los cuerpos y sus ladridos se mezclaban con el silbido del viento.

Después de esa noche no volvió a descorrer la cortina de aquella ventana y la consideró como si fuera parte de la pared. Había otra ventana.

Por eso, cuando el hombre de la fábrica alemana de armamento le propuso hacer una visita a los talleres del campamento, Thomas se negó y le dijo que había oído decir que el comportamiento para con los trabajadores no era el adecuado, además de que de un comportamiento así no se sacaba ningún provecho, sobre todo porque la mayoría eran prisioneros de guerra. El hombre reconoció que también a él le habían llegado ese tipo de quejas, pero que creía que se trataba de las novatadas de rigor que los guardas les hacían a los recién llegados y que a partir de ahora se iba a ocupar de que dejaran de practicar esas deleznable costumbres. Thomas le respondió muy educadamente que estaba convencido de que las intenciones de su compañía eran buenas, pero que él no era especialista en los negocios de esa fábrica, además de que en Milton las condiciones de trabajo de los empleados eran muy buenas, que los obreros gozaban de derechos sociales y que incluso habían pensado en hacerlos partícipes de las ganancias de la empresa.

—Lamentándolo mucho, no creo que haya nada de lo que aprendí en Milton que pueda serles de utilidad a sus esclavos judíos —le dijo abiertamente Thomas sin ocultar nada de lo que pensaba.

—Su respuesta me ha dejado un poco sorprendido, *Herr Heiselberg*. En la valoración que nos ha presentado en el «Modelo del hombre polaco» que usted mismo rubrica, dice que la iniciativa de emplear a prisioneros judíos del ejército polaco en nuestra industria armamentística es una idea muy bienvenida y útil —exclamó el hombre con vehemencia.

—No recuerdo haber escrito nada semejante —se enfureció Thomas—, y desde luego que si lo hubiera hecho, no me estaba refiriendo a este campo de trabajo.

Se levantaba tarde por la mañana y normalmente no tenía ni idea de cómo iba a conseguir pasar el día. Todos los días de la semana parecían el mismo que se repetía sin cesar. De las fiestas o las fechas señaladas, como su cumpleaños, por ejemplo, se acordaba después de que hubieran pasado semanas, y las campanas de las iglesias las oía tocar solo en sueños. Por el día no salía de casa. Incluso cuando por la noche

planeaba lo que haría al día siguiente, cuando por fin llegaba la mañana y con ella la luz y todo su trajín, posponía sus planes. Al mediodía ponía la mesa con una vajilla de color turquesa pálido, herencia de los dueños de la casa que habían sido expulsados, y comía en el pequeño salón, mientras que por la noche cenaba carne o salchichas en la taberna o *golumpki* en el restaurante de al lado de su casa, en el que su costumbre de doblar al final de la comida la servilleta y enrollarla para meterla por el servilletero de plata despertaba siempre unas sonrisas de turbación. La señora Stein también se había sorprendido ante esa costumbre de la madre de Thomas, pero se la transmitió a este con gran eficiencia.

Una vez a la semana se presentaba en los cuarteles de las SS para entregar un pequeño informe sobre el estado de sus investigaciones, hacía unas pocas compras, iba a la barbería y a eso quedaba resumido su contacto con la luz del día. En el cuartel de las SS siempre le preguntaban si no se encontraba bien. Frenzel, que era el que más próximo se sentía a él, decidió que estaba enfermo y lo instó a ir al médico, y hasta las carniceras y las verduleras del mercado le dijeron que tenía muy mal color y le dieron mil y un consejos. La piedad que todos sentían por él, por algún extraño motivo, lo paralizaba. Resultaba que el disfraz destinado a causar la impresión de que Thomas Heiselberg era un hombre expeditivo al que el futuro deparaba todavía grandes acontecimientos se revelaba ahora falso, y hasta lo miraban irónicamente de reojo porque debajo asomaba un ser tan ingenuo como para no haber llegado todavía a comprender que la empresa de su vida había fracasado.

Últimamente se había dado cuenta de que sus movimientos se habían ralentizado, como si el cuerpo hubiera comprendido que no había razón alguna para apresurarse y que era preferible estirar el tiempo por no quedarse sin nada que hacer. Thomas está sentado en el sofá con el brasero de carbón a los pies, porque en cuanto se aleja de él tiene frío, así que lo único que desea es volver a calentarse junto a él. A veces se pasa una semana entera durmiendo por las mañanas, dormitando al mediodía o dándole mil vueltas a una idea que cree que va a ser la solución a todas sus penas: vaga por el piso, se tiende en la cama, se deja caer en el sofá, rasca con la uña el esmalte rojo del escritorio, le murmura órdenes al recuerdo, intenta en vano sujetar las decenas de hilos que se han deshilachado de la idea original, y por la noche renuncia a ella al comprender que debe pensar en actuar de otra manera. Los días en los que tiene la mente más serena, se sienta al descascarillado escritorio y teclea en la máquina de escribir páginas y más páginas sobre «El hombre bielorruso»: sus ideas no se basan en pruebas o en hechos reales, sino que son un compendio de reflexiones abstractas. En realidad, saca conclusiones del informe sobre el hombre nacional polaco, francés o italiano y las une entre sí, añadiendo ideas y teorías extraídas de todo tipo de libros, de manera que son ya cientos las páginas amontonadas encima del escritorio. Siempre le gustó escribir informes. No hay situación de penuria que no tenga su informe, y ahora estaba ahí, disfrutando de sus pomposas frases: «El bielorruso anhela la gloria del pasado de la unión polaco-lituana influido por el comunismo soviético del Este,

mientras que en Occidente Bielorrusia es fruto de las ideas de la democracia francesa según fueron arrastradas hacia ella por la corriente de los ríos de Polonia. Del mismo modo tiene sembrada en su esencia una semilla reaccionaria cuyo origen se encuentra en su conversión forzosa a otra religión. El materialismo, como forma de opresión admitida, puede encender en él las ansias de libertad materializada en unas nuevas estructuras...».

Y es que todas las ideas presentes en el informe francés podían servirle también aquí aplicándoles unas pequeñas y sutiles modificaciones. Triture usted finamente y después remueva las tristes experiencias del hombre polaco, échelas en la historia del bielorruso, y listo, dado que las aspiraciones de todos ellos se resumen en un puñado de sencillas cuestiones, ¿no? A veces, tiene una iluminación que le hace sospechar que lo que está escribiendo no es más que un mensaje cifrado que solo él es capaz de comprender y que tendría que echarse a temblar con solo pensar en el momento en el que Weller lea ese informe. Pero incluso cuando siente preocupación por lo que puedan llegar a pensar Weller y su camarilla, se trata únicamente de una preocupación vaga y perdida entre las brumas.

El plañido de horror que no lo abandonaba ni dormido ni despierto se debía a la idea de que esa iba a ser su vida de ahora en adelante. Lo que se había podrido en su espíritu ya no iba a haber manera de recomponerlo; nunca volvería a ser el hombre que un día fue, y ahora no le quedaba más que robarle las aspiraciones y la compostura a aquel hombre de antes, conformándose con un futuro gris acorde a la persona que ahora era, un ser que se pasaba los días enteros elegantemente vestido al lado del brasero de carbón juntando montañas de palabras inútiles.

Nunca se hubiera llegado a imaginar lo destructora que es la derrota, ni hubiera creído que alguien pudiera buscarla y aferrarse a ella con tales ansias depredadoras con el fin de utilizarla para romper con cualquier vínculo que tuviera con el mundo. Él siempre se había crecido en compañía de los demás, mientras que ahora tenía que hacer un ingente esfuerzo para poder soportar el más mínimo contacto humano. Incluso cuando evocaba el recuerdo de las gentes de Berlín, se le aparecía una sola imagen: la mirada que pondrían si lo vieran ahora, y que podía traducirse en: este hombre está completamente acabado.

*Brest, diciembre de 1940*

—Hemos hecho un gran trabajo —exclamó Nikita Mijailovich Kropotkin antes de disolver la reunión de la mañana; el informe que Sacha le había presentado sobre las nuevas escuelas públicas de la ciudad lo había animado—. Diecisiete escuelas y academias de formación profesional con una educación excelente. Cuando los polacos gobernaban aquí tenían, principalmente, colegios privados. Todos los días recibo cartas de agradecimiento de personas que no podían pagar la matrícula.

—Nikita Mijailovich, aquí ya no quedan clases sociales. Todos los niños de la Bielorrusia Occidental tiene derecho a una escolarización gratuita —dijo Aleksandra.

—¡Bien dicho! —estuvo de acuerdo con ella uno de los presentes.

—Estas gentes del oeste son muy inteligentes. Desde el primer momento comprendieron que les sale muy a cuenta formar parte de la república socialista soviética —sentenció Nikita Mijailovich mientras les indicaba a todos que abandonaran la sala.

Ella, como siempre, se quedó. Mijailovich se quitaba unos hilos de la corta chaqueta Charleston que llevaba puesta y que limitaba sus movimientos porque le estaba estrecha. Ese día se había puesto elegante por primera vez con un traje «que me ha hecho Jurkiewicz, el sastre más maravilloso de Moscú». En su opinión, era una chaqueta demasiado burguesa, y se la había puesto solamente porque su mujer le había suplicado que usara aunque fuera por una sola vez aquella prenda que era regalo de su cincuenta cumpleaños.

—En septiembre del año pasado estuve unos días con el 4.º ejército, por un pequeño trabajo de inspección. Llegamos a la zona de Pruchnik. No se puede usted hacer una idea de cómo nos recibieron: nos tiraban flores y caramelos, la ciudad era toda una fiesta de banderas rojas, hubo baile noche y día. Cuando se acabó el vodka, sacaron el agua de Colonia que habían dejado los policías polacos, nos lo bebimos todo... A los dos días llegaron los hombres que habían huido de los nazis a las marismas de Pinsk, y todo ese carnaval volvió a empezar. ¡Bailamos encima de los tanques! Con estos ojos vi lo fácil que es hacer el bien en el mundo.

—Tiempos felices, no cabe duda —dijo ella, retrocediendo hacia la puerta.

Nikita Mijailovich podía burlarse todo lo que quisiera de aquellos hermosos días, y también de los libros que trataban de educación y de moral, de los métodos de enseñanza en la Ámsterdam del siglo XVI, de Alfonso X el Sabio, de la Bagdad del siglo X, o peor que eso, volver a presentar su gran proyecto, «La educación del futuro. Un plan para el aprovechamiento del tiempo: las unidades de tiempo minimizadas». Últimamente había estado sermoneando a los maestros que llegaban de Rusia para que enseñaran con unidades de tiempo «minimizadas»: «No *mínimas*, porque no las hay mínimas, sino *minimizadas*».

—Aleksandra Andrievna, una cosa más —exclamó Nikita Mijailovich—, recibimos constantes quejas de que el NKVD tiene la mano muy blanda con los partisanos judíos del mercado de Tolkutchka. Dicen que el lugar se ha convertido en el centro del mercado negro de buhoneros y estafadores. Si esas gentes no quieren trabajar aquí, les enseñarán lo que es trabajar en los bosques de Arcángel.

—Allí hay sobre todo refugiados huidos de los alemanes —respondió ella—. No hemos oído que hayan hecho nada malo.

—Antes de fin de mes expulsaremos a un mínimo de doscientos partisanos y los demás aprenderán la lección —y por el tono de aburrimiento con el que había pronunciado estas palabras, quedaba claro que la decisión estaba ya tomada y que no había nada que alegar—, y se lo comunico porque sé que los judíos no le son indiferentes.

Sacha no respondió. Nikita se había pasado toda la semana lanzándole unas indirectas que ella no terminaba de entender bien acerca de los cambios que se producirían próximamente. Porque cuando le preguntó con mucha cautela si debía prepararse para afrontar nuevas iniciativas, él se hizo el sorprendido y le dijo que no pasaba nada, por lo menos de momento. Al principio había temido que alguien estuviera conspirando contra él, como le había pasado a Styopa, pero por lo enérgico que se mostraba no parecía estar en apuros.

Todas las mañanas se sentaba pensativa junto a la ventana del despacho que daba al río Muchaviec a esperar que saliera el sol. Durante la última semana la había decepcionado el hecho de que siempre estuviera nublado. Ese mismo día, mientras se dirigía al despacho, aparte de las débiles luces provenientes de las ventanas de las casas, la ciudad se había mantenido sumida en una profunda tiniebla. Mientras que ahora parecía que asomaba por encima del río un débil resplandor; ¡ahí estás!, se le alegró el corazón. Esa chispa se convertiría enseguida en una bola de un gris anaranjado. En Leningrado era muy difícil ver amanecer a causa del humo, los puentes, las torres doradas de las iglesias y las chimeneas de las fábricas, mientras que Brest era la ciudad más diáfana que jamás hubiera visto.

La bola de fuego asomaba del río, todavía prendida a él, pero enseguida ascendió hasta la altura de los árboles que bordeaban la orilla. En el centro de la bola bullía algo. Sacha la observaba a través de un fino visillo: cuatro brazos dorados surgían del sol asemejándolo a una cruz. Sacha jugueteaba con la imagen: con visillo, sin visillo.

Del cielo manaba hacia el río una extraña luz que ocultaba el agua tras una niebla resplandeciente, y la esfera del sol, tan pequeña antes que uno podía sujetarla entre los brazos, se hinchaba ahora expandiéndose hacia el Este e inundando toda la ciudad de amanecer.

Faltaban todavía dos horas para la reunión de los dirigentes del NKVD en el Óblast durante la que tratarían el asunto de los distintos grupos conspiradores y células subversivas. En esas reuniones los representantes del Obkom, del Raikom y del Gorkom<sup>[42]</sup> presentaban ante ellos casos que exigían especial debate: conversaciones subversivas en la cooperativa maderera de Pruchnik, ochenta candidatos a ser deportados, ocho obreros a la cárcel, setenta y dos niños a Siberia; un polaco, agente de la fábrica de chocolate Suchard que había criticado el pacto con los alemanes y sostenía que suponía una traición para con la estabilidad de Stalin.

Ellos dos tenían un protocolo que seguían siempre durante los momentos más tediosos de esas reuniones: Sacha le escribía a Nikita Mijailovich una nota con una observación privada, y él la remodelaba hasta que resultara lo suficientemente confusa como para que pudiera oírse en público. En esta ocasión ella le escribió: «No hay que olvidar que la estabilidad que se necesita para cambiar de idea es un caso raro de estabilidad».

Nikita Mijailovich la leyó complacido:

—Les ruego que me den su parecer acerca del siguiente postulado: un hombre traspasa su estabilidad de una posición a otra. Puede que la posición haya cambiado, pero la estabilidad permanece.

Sacha se quedó mirando el papeleo que tenía en la mesa. No hacía mucho que Nikita Mijailovich la había hecho responsable del orden del día de las reuniones, para que no perdieran el tiempo en tonterías como los nuevos detalles sobre las investigaciones contra los presidentes de los *koljós* y los consejos de los pueblos; las listas de los detenidos en Pinsk durante el año 1940; la necesidad de ocuparse de los habitantes del sector privado de Brest que no habían pagado el impuesto cultural. Nada nuevo. Pero ahí había un caso que quizá pudiera darle cierta vida a la reunión: cuatro ciudadanos habían apresado en plena calle a un hombre que bajo el gobierno polaco de la ciudad trabajaba para la policía. Lo descuartizaron con unas espadas. Primero le cortaron las manos y él todavía aguantó. Después lo despellejaron desde los hombros a la cintura, por ambos lados. Parecía una de las leyendas de los cosacos.

La primera vez que recibió de los distintos representantes las listas con los diferentes asuntos que deseaban tratar ese día, tardó veinte minutos en marcar los más importantes, y cuando hubo terminado le vino a la cabeza la idea de que cientos de personas cuyos nombres aparecían en aquellos papeles serían deportados sin que se les volviera a tener en cuenta nunca más, y que una joven cualquiera, exactamente igual a ella, se encontraba en ese instante en Leningrado moviendo unos papeles iguales de aquí para allá, lo que en su momento había llevado, al fin y al cabo, a que deportaran a sus padres a un gulag y a Kolia y a Vlada a un orfanato. De cualquier

modo tampoco importaba mucho lo que ella hiciera en su trabajo, porque decenas de miles de personas habían sido ya desterradas del Óblast antes de que ella llegara y era precisamente ahora cuando el flujo de deportaciones había disminuido. A petición de Sacha, mantuvo Nikita Mijailovich el proyecto de la construcción de escuelas públicas y fue también ella la que ayudó al nuevo archivo creado en la ciudad a conseguir la documentación en poder del anterior gobierno polaco, y hasta convenció a Nikita Mijailovich para que declarara la guerra a los trabajadores de las cooperativas que solo prestaban servicio a los que tenían medios: despidieron a los corruptos y a unos cuantos los detuvieron.

Ya no quería negociar con los culpables, como había hecho en Leningrado.

A veces pasaba una semana entera sin que se acordara de Kolia, por lo que comprendió que su encuentro con él en la estepa no la había impactado demasiado y que ni siquiera cuando pensaba en aquellos momentos sentía que hubieran dejado huella en ella. En lo más hondo de su ser parecía haber urdido un engaño destinado a aislarla de la desesperación de la que había sido presa cuando se dio cuenta de que durante los años que no se habían visto, Kolia ya la había sentenciado. Así que cuando ahora volvía a ella la imagen de su hermano uniformado espetándole las palabras que tuvo que oír en la estepa, lo que le entraban eran ganas de pegarle, de agarrarlo por el cuello y gritarle: «¿Cómo te atreviste a creer a esa espantosa mujer?». En esos momentos volvía a intentar recordarse con él en la habitación de su infancia. Le daba pánico pensar que Kolia, al desentenderse ahora de ella, pudiera también olvidar el gran amor que antes se habían profesado y sin el cual, para Sacha, nada de lo que ahora hacía podía tener sentido, ni siquiera la vida misma.

Era extraño, pero desde aquel encuentro habían empezado a borrarse de la mente zonas enteras de Leningrado. De vez en cuando imaginaba a Nadezhda vagando por unos pisos apolillados y recitando el poema «Mira, soldado Dimitri», mientras todos comprendían quién era la protagonista del poema y la maldecían en su corazón. Pero poco a poco todo se difuminaba, las casas, las calles y hasta las personas que un día conoció. Excepto por la casa de su niñez, Leningrado ya no existía.

En los últimos tiempos cada vez era más consciente de que en breve tendría que responder por lo que había hecho. Todos, los muertos y los vivos, que hablaban en su nombre, exigirían una explicación: ¿cómo es que estabas en el NKVD?, ¿cómo conseguiste sobrevivir y todavía hiciste carrera? Cuando estas quejas crecían, se imaginaba dándoles las respuestas más impertinentes: «Porque por lo visto era mejor que vosotros y me negué a aceptar el destino que me teníais asignado. ¿Me oyes, mamá? Me lavo las manos por lo que os ha pasado: estoy limpia de la sangre de estos justos. ¿Me culpáis de la muerte de Vlada? ¿Me llamáis Boris Godunov? Pero si Nadezhda no sabía nada de historia; vosotros mismos decíais que sus alusiones históricas eran como el ojeo de un ciego por las miles de páginas de la *Historia de Rusia*. Y sus admiradores, como Brodski, que les editaron los poemas salvándola de

la vergüenza, están ahora en la cárcel o muertos. Sería más lógico llamarme Shuiski, que fue quien protegió el buen nombre de Boris Godunov al decir que el heredero del reino, Dimitri, había caído por error sobre su propia espada. Los dos comprendimos que la verdad es el resultado de la voluntad de nuestros señores, los dos trabajamos muy duro para sobrevivir, y si no os faltara grandeza de espíritu, alabaríais a los supervivientes. Porque me reconoceréis que hace falta valor para sobrevivir».

Estaba sentada a una distancia de dos butacas de Nikita Mijailovich, y harta de divertirlo. Él seguía pasándole notas con bromas y chismorreos a los que ella respondía lo más ingeniosamente que podía. Pero todo ese ceremonial le daba náuseas. A Nikita Mijailovich ni lo apreciaba ni lo odiaba: era solo un jefe más al que había conseguido agradar. Hacía tiempo que se había acostumbrado a mostrar afecto y simpatía por personas que si en cualquier momento llegaban a morir, lo único que se le ocurriría preguntar sobre ellas es quién iba a sustituir las. A veces, todavía echaba de menos un gesto sencillo que reflejara verdadero amor, acariciar una cara querida o mirar a un ser amado a los ojos. Lo echaba de menos, pero no lo poma en práctica.

Con unos movimientos como de director de orquesta levantaba las manos alrededor de la mesa para darle la palabra a este o a aquel y que expusiera tal o cual tema, o para pasarle la palabra a ese otro fijándole el tiempo con los dedos, o haciéndolos callar a todos para que hablara Nikita Mijailovich. Muy de vez en cuando se le quedaba algo en la memoria de todo aquel parloteo: Vasili Avgustinovich, criador de cerdos, a la cárcel; una mujer y sus ocho hijos, a Siberia. En las pausas siempre la felicitaban por lo bien que moderaba las discusiones, aunque por lo general adulaban a Nikita Mijailovich a través de su persona, porque a él le costaba mucho recordar caras y nombres, tanto que incluso a los empleados con los que compartía algún secreto los trataba pasada una semana con toda frialdad, como si no los conociera. Todos intentaban convencerla para que fuera a comer con ellos. Ella se zafaba de tanta invitación prodigando promesas de futuras visitas y hasta añadía con malicia: ¡qué no harían las mujeres de Brest por un poco de pan y de manteca de cerdo! Una vez finalizada la reunión y el grupo de asistentes ya fuera de la sala, Nikita Mijailovich se quedaba allí de pie en su sitio mirándola con severidad. Ella le dedicaba una sonrisa pendenciera con la que parecía decirle: «¿Qué? ¿No estás contento conmigo, Nikita Mijailovich? Pues, ¿qué piensas hacer entonces conmigo?».

Él le ordenó que lo fuera a ver al terminar el día y recibió una respuesta insolente: —No esperaba otra cosa —dijo, y entonces también él abandonó la sala.

Sacha se dirigió despacito hacia su propio despacho. Ahora le entraba la risa al acordarse de la furiosa mirada que él le había lanzado. El hombre que había enviado a miles de personas a la cárcel, a Siberia y a la muerte era en realidad una persona distraída, menuda, con gafas, que pretendía dar una imagen de grandeza. En su descargo había que decir que era consciente de ello. El día de su cincuenta cumpleaños se emborracharon juntos en el despacho de él, y en un momento dado



exclamó:

—Permítame que me presente ante su alteza real: Nikita Mijailovich Kropotkin (para mi desgracia no tengo nada que ver con Piotr), bolchevique de la cabeza a los pies, dos años de Medicina, ideólogo de la teoría educativa «Unidades de tiempo minimizadas» y genocida.

Sacha candó la puerta de su despacho. Notaba que sudaba, pero al desabrocharse los botones de la camisa se dio cuenta de que tenía el cuerpo seco y frío. Se sentó en su sillón disfrutando del contacto con la fría piel que le hacía cosquillas en la nuca y leyó la carta de Maksim que le había entregado por la mañana un buen amigo de este que trabajaba en el Departamento de Finanzas. Aquellos garabatos tan artificiosos, que formaban parte de la letra que había adoptado durante los últimos años (se había pasado a escribir con la zurda, de repente) para parecer una persona más equilibrada y sosegada, la enfurecieron.

*Querida, ahora que Stepan Kristoforovich no tiene bajo su mando ni siquiera a su mujer, creo que ha llegado la hora de que regreses a Leningrado. Dame tu beneplácito y arreglo los trámites necesarios de inmediato. Mi posición ha mejorado mucho últimamente y en general el ambiente de la ciudad también lo ha hecho. Reconozcamos la verdad: sobrevivimos a los peores momentos, hicimos lo que se nos pidió y, cuando no nos quedó más remedio, hasta nos comportamos con crueldad. Si han sido tantos los expulsados mientras nosotros seguimos aquí y hasta hemos ascendido en el partido, es porque somos inteligentes, lo cual debe ser ahora motivo de orgullo, ¿no crees?*

*Querida, en los últimos tiempos he hablado mucho con Reznikov, que como sabes sustituyó a Stepan Kristoforovich. No es tan perverso como creías, y aunque en el pasado te fuera hostil (no estoy muy convencido de que así fuera, sino que tu querido Styopa os enemistó), ha cambiado de opinión sobre ti. Me dirás que en mi presencia nadie se atrevería a criticar a mi mujer porque de lo contrario recibiría una bofetada, pero te diré que las alabanzas que Reznikov hace de ti se refieren al modo en que interrogabas a los inculcados, instándoles a ser sinceros en lugar de emplear los deleznable métodos de Stepan Kristoforovich.*

*Sacha, he investigado el asunto que me pediste, y seguro que te alegrará saber que la poetisa Nadezhda Petrovna, íntima amiga de tus padres, ha regresado del gulag. Está bien de salud y ya le ha comunicado a sus amigos que tiene intención de escribir un nuevo poemario en el que piensa plasmar el examen de conciencia que ha hecho durante los últimos años.*

*Querida, lo que más deseo en el mundo es que tengamos un hijo y me preocupa mucho que te encuentres en un lugar tan lejano y peligroso como ese. Comprendo que quieras estar cerca de tu pobre hermano. En cuanto al*

*suministro de carne para el 4.º ejército en Bielorrusia Occidental, he echado mano de mis contactos y me han dicho que las dificultades en el suministro de alimentos es fenómeno conocido en todos los frentes nuevos: en Ucrania Occidental, en Estonia, en Letonia y en todas las repúblicas que se han unido a nuestras filas. La situación es complicada y pasará un tiempo hasta que mejore. De cualquier modo tu permanencia ahí no va a ayudar a tu hermano. Creo que si estuvieras aquí conmigo (Reznikov ha expresado su voluntad de darte un trabajo acorde con tu talento), podríamos ayudar a ese pobre muchacho por otros medios.*

Esta última frase la divirtió. Ya volvía a proponerle un trato: regresa, quédate embarazada de mí de una vez y ayudaré a Nikolai. Todas las cartas eran un tira y afloja de negociaciones sin fin.

Leyó por encima el resto de las cuartillas —no había nada nuevo— y a continuación se arrellanó en el sillón y cerró los ojos. A diario esperaba ese momento del mediodía para recostarse en el sillón y dar rienda suelta a sus sueños. En ellos era otra persona; Leningrado, otra ciudad, y tenía un montón de ingeniosas respuestas para las masas de acusados con los que debía tratar. Además, en esos sueños tenía la capacidad de morir y se daba cuenta de que no era tan espantoso: un volantazo y caía al abismo, el cañón de la pistola pegado al cuello, esperar desnuda el avance de los tanques del Ejército Rojo, esperar en la vía al *Krasnaya Strela* llegando a setenta kilómetros por hora. Solo cuando dormía podía apartar de sí todos esos gestos programados que guiaban sus pasos cuando estaba despierta, sus actos, sus reacciones, las expresiones de su cara escuchando a alguien, las imágenes que veía o que evitaba, todo lo que llevaba a cabo según un orden establecido, porque hasta las improvisaciones parecían predeterminadas. Gracias a todas esas acciones, que parecían realizarse por sí mismas, podía, incluso en los momentos de más agobio en el trabajo, meditar, resistirse a las venenosas acometidas del recuerdo, hablarles a los muertos y oírlos a ellos. Era como aquella máquina de ajedrez sobre la que había leído de niña en un periódico francés, un autómatas que había aparecido en los jardines de María Teresa de Austria y había vencido a los mejores ajedrecistas. (Cuando se enteró de que todo había sido un fraude, se puso muy triste). Pero también había momentos terroríficos en los que, de pronto, la máquina decidía detenerse sin previo aviso. Justamente como hacía un rato, ante Nikita Mijailovich. En esos momentos se sentía confundida y se debatía furiosa entre dos deseos opuestos: acabar con todo antes de que una nueva conexión a la corriente eléctrica volviera a despertar la máquina, o echarse de nuevo en sus brazos y permanecer con vida.

La despertaron unos golpes en la puerta. Las luces de las farolas de la calle brillaban ya en la ventana. Habría dormido, por lo menos, dos horas. Se apresuró a ponerse la camisa de anchas mangas, diseminó unas cuartillas por el escritorio, dio un

sorbo de agua, entendió la luz y dirigiéndose ya hacia la puerta se atusó el pelo y se estiró la camisa.

—Buenas noches, camarada Weissberg —la saludó Nikita Mijailovich apoyado en la pared.

Sacha intentaba no pestañear, aunque estaba acostumbrada a pasar de la oscuridad a la luz.

—Buenas noches, camarada Kropotkin —respondió ella, recalcando el tono oficial del saludo y señalando con la mano en dirección al sillón preferido de él.

Entró en el despacho detrás de ella dejando una estela de aroma de madera de roble, cerró la puerta y apagó la luz.

—Le ruego que no me repita usted que es innecesario.

A él no le gustaba la iluminación que había en el despacho de Sacha y consideraba que la luz de las farolas de la calle era más que suficiente. Ahora pasó por delante de ella, se quitó el abrigo verdoso y se sentó en el sillón.

—Con esta luz tiene el pelo de color azul.

—Siempre me dice usted lo mismo.

Ni que decir tiene que Nikita Mijailovich también sentía debilidad por Sacha pero, a diferencia de Styopa, ponía mucho cuidado en no intimar con ella y cuando notaba que empezaba a dejarse llevar por sus encantos, se mantenía alejado durante unos cuantos días. No cabía duda de que la deseaba, pero era consciente de que su deseo no tenía futuro, y a diferencia de otros, que en ocasiones se dejaban arrastrar por la tentación, él permanecía fiel a sus férreos principios: ella estaba casada con Maksim Podolski, él estaba casado y tenía dos hijos, y eso era todo.

—No tiene que disculparse por haberse quedado dormida. Esta semana me han hecho notar que hacia el mediodía le entra mucho sueño, así que ante eso solo me queda decir: dejad a la niña que duerma.

—Le han hecho notar —repitió Sacha la frase de él, sonriendo ante el hecho de que siempre tuviera que culpar a otro para comunicarle algo que considerara que eran nimiedades que no le tocaba a él tratar.

Nikita sirvió vodka para los dos y chocaron los vasos por encima de la mesa. Sacha le miró las manos: estaba borracho, eso era lo que le pasaba. Cuando estaba bebido le temblaban los dedos y adquirían un color casi púrpura.

—¿Recuerda usted el último día de su primera semana en Brest?

—Por supuesto.

—¿Dónde estábamos?

—En la azotea del edificio ocho.

Era una temprana mañana del mes de mayo. Hacia la pequeña calle afluía muchísima gente: hombres con traje de verano, mujeres con primaverales vestidos, sombreros de paja, gafas de sol, chicas con sombrillas de colores, muchísimos niños con juguetes y muñecas. Mesas plegables, sacos de harina, hogazas de pan envueltas en paños.

—¿Dónde están los camiones? —le preguntó Sacha entonces a Nikita Mijailovich.

—No hacen falta. La estación del ferrocarril está a quince minutos andando.

—¿Quiénes son todos estos?

—Sobre todo comerciantes —dijo él—, representantes de empresas polacas, intermediarios madereros; hay unos cuantos que han especulado para compañías americanas. Todo tipo de accionistas de los bancos, entre ellos algunos judíos, y hasta han tenido la desfachatez de llamar a uno de esos bancos «el banco del pueblo». Dos de ellos estaban relacionados con el banco que desviaba dinero a las organizaciones sionistas. Obligaban a todos los clientes a comprar en shékel sionista. Ahora deme su opinión sobre ellos: se les ve tan débiles que se le encoge a uno el corazón y sus actos parecen sin importancia al lado de la pena que los espera. Pero recuerde que durante años la burguesía nos ha ocultado el mundo tal y como es. A los padres les aconsejamos que les digan a los niños que se van de viaje a países lejanos —susurró—, porque Brest es muy pequeña y el mundo, inmenso.

Sacha estaba en la azotea aspirando el maravilloso aire de aquel lugar. La ciudad se extendía a sus pies, diáfana y fresca. Unos obreros empujaban carros cargados de árboles y en lo alto, cruzando a lo largo de los dos pisos del Departamento de Finanzas, ondeaban unas tiras con banderolas rojas. En calles un poco más alejadas, veía un grupo de padres con sus hijos arrastrando por el asfalto las pesadas mochilas del colegio. En el mercado del extremo de la ciudad, cerca del río Muchaviec, los puestos de pescado se desbordaban de peces y las lápidas del antiguo cementerio parecían unas cajitas de piel desde donde la mirada se trasladaba a los boscosos islotes del río. En la calle, a sus pies, los agentes del NKVD habían clasificado ya a la gente en dos filas muy rectas que llevaban hacia el Oeste. Sacha los siguió con la mirada hasta que desaparecieron.

Nikita Mijailovich golpeó el vaso de vodka con el dedo en el que llevaba la alianza de casado, como si quiera llamar la atención de Sacha:

—Por supuesto que conocíamos la historia de los Weissberg, pero todavía no sabíamos cómo habían deportado a sus padres y a sus hermanos. Puede que fuera así, como a aquellos, o por la noche, o quizá los llamaron para interrogarlos y ya no volvieron. Quería que usted viera esa parte de nuestro trabajo aquí: que la Óblast estaba limpia de cualquier método terrorista. A los niños y a las mujeres. A todos. Sabía que en su puesto de Leningrado se las apañaba usted como nadie con los acusados en los interrogatorios, pero imaginé que no había visto una calle llena de vida despertando a una nueva mañana y que de repente se reunieran en ella un montón de personas a las que solo les había dado tiempo a coger un par de cosas de valor, a meterse unos pocos billetes en los calcetines y ponerse en marcha en fila al ritmo del un-dos-tres, hasta que al cabo de un momento ya solo quedaba el silencio y ni una sola alma. Supuse que esa imagen le recordaría a lo que a usted le había pasado y me pregunté si podría apreciar en su cara algún tipo de conmoción. Pero

usted se limitó a hacerme un montón de preguntas técnicas acerca del procedimiento de la comandancia y hasta habló de las propuestas que tenía para hacer más eficiente el proceso, así es que enseguida comprendí que todos los elogios que había hecho sobre usted el pobre Styopa, y de los que yo había dudado porque sabía de su debilidad por las mujeres jóvenes, estaban más que justificados.

Volvió a servirle un vaso de vodka, y ella se lo tomó. La maniobra de él estaba más que clara: hay personas que casi ni se inmutan ante los grandes acontecimientos, mientras que a otras les pasa todo lo contrario. Sacha recordó la conclusión a la que llegó estando allí junto a él en la azotea del edificio, cubiertos por un cielo muy azul y a sus pies una elegante comitiva de vestidos, echarpes, sombrillas y pañuelos bordados: Stepan Kristoforovich era un jefe de sección. Nikita Mijailovich era un director de cine.

—La única cosa que no entendí entonces es que era un error juzgarla a usted por sus reacciones, porque en eso es una verdadera artista.

—Eso se lo parecerá a usted —se enfadó ella—. ¿No será porque miden ustedes a las mujeres con una vara diferente a la de los hombres? Ni siquiera los comunistas más progresistas como usted se han liberado todavía del *Domostroy*<sup>[43]</sup> sino que siempre tienen ante la vista la imagen de la gran madre, la esposa, la criada fiel, la Virgen o una puta, y ahora resulta que a mí me ha tocado ser la mujer de hielo.

—¿Por qué le cuesta tanto admitir que el hombre que tiene sentado enfrente pueda poseer un espíritu complejo, hecho de diversas capas? No nací en el NKVD. Quizá le sorprenda, pero hasta los veinte años mi gran sueño fue vivir en Oblomovka<sup>[44]</sup>.

—Nikita Mijailovich, le cuento todo lo que se me viene a la mente, incluso en no pocas ocasiones hemos hablado de mi matrimonio, así que ¿cómo puede suponer que pienso cosas que no pienso?

—Es que me gustaría saberlo —gruñó. Sacha oyó que algo se movía y al forzar la vista vio que había puesto los pies encima de la mesa—. Si la obligo a tomarse toda esta botella de vodka, ¿llegaré, finalmente, a poder oír algo verdadero?

La agresividad de borracho que había apreciado en su voz la asustó un poco.

—Una vez leí en un libro que si no quieres que tu enemigo se entere de algo, no se lo cuentes a un amigo —dijo muy decidida y soltando una risa algo forzada.

—Muy aguda, como siempre —comentó él sin ningún afecto—, pero lo que nos pasa es que tenemos la impresión (que usted negará ahora en redondo) de que ya no es usted capaz de hacer las cosas que nosotros hacemos aquí.

—Nikita Mijailovich, todos sufrimos a veces con lo que nos toca ver, pero la meta y la confianza siguen siendo nuestra guía.

—Pues sea como sea, a nosotros nos da la impresión de que usted ya no es una persona de confianza.

—Entonces, ¿piensa despedirme? —porfió Sacha, aunque ya vislumbraba que lo que él iba a darle era una buena noticia.

—Aleksandra Andrievna, creo que no me ha entendido porque mis intenciones hacia usted siempre han sido puras y no hay en mí más que admiración y pena por todo lo que tuvo que pasar siendo tan joven.

—Yo no necesito que nadie se apiade de mí.

—Tenemos un pequeño proyecto al que quiero que se dedique a partir de ahora.

Lo dijo haciendo caso omiso del enfado de ella, como si hubiera esperado que se aterrorizara ante las dudas de él referentes a si seguía siendo válida para el puesto que ocupaba. Al parecer había dedicado mucho tiempo a esa idea y las conclusiones no eran fruto ni de una semana ni de un mes.

—Como bien sabe, las discrepancias entre los alemanes y nosotros están a la orden del día, y que todas las comisiones y reuniones han terminado últimamente en un tono muy poco amigable es de dominio público, por lo que nos gustaría rebajar un poco la tensión y retomar los contactos más cálidamente. La incursión de los italianos en Grecia ha supuesto un nuevo foco de atención para los alemanes, así que nos parece que se nos presenta una ocasión de oro para mostrar un poco de buena voluntad. El Comisionado de Asuntos Externos ha creado una iniciativa de actividades conjuntas que tendrán lugar en Brest, como símbolo de ciudad de la paz y la cooperación. Seguro que está usted al corriente de que en septiembre del año pasado se encontraron la Wehrmacht y el Ejército Rojo en Brest. Los alemanes evacuaron la ciudad, tal y como se habían comprometido a hacer, pero antes de eso, en esta misma calle estuvieron juntos nuestro apreciado Semión Krivoshein y el general Guderian pasando revista a las tropas del desfile conjunto del Ejército Rojo y la Wehrmacht.

—Por supuesto que lo sé —dijo Sacha, sorprendida por el hecho de que no nombrara el acuerdo de paz firmado por Rusia y Alemania en la fortaleza de Brest al terminar la Gran Guerra. Pero ahora se acababa de acordar de que en realidad él había hablado muy mal de ese acuerdo en una ocasión y hasta había dicho que por su causa «vendimos parte de nuestro territorio y de las aspiraciones a un káiser alemán derrotado».

—La verdad es que el desfile se organizó con mucha precipitación por la falta de tiempo, pero como Brest se encuentra en la frontera que nos separa a nosotros de los alemanes, es un buen lugar para iniciativas conjuntas.

—Suená interesante.

—Bajo mi supervisión personal y en colaboración con instancias alemanas, usted dirigirá la iniciativa para la creación de...

—Un clima de buena voluntad —declamó Sacha.

—Exactamente —volvió a gruñir él—, y dado que esa buena voluntad no es oficial y su origen radica en unas entidades de ambos lados que lo que buscan es que se reduzca la tensión, lo que vamos a hacer es convertir esos encuentros en algo informal y sin importancia, de tan poca importancia que ni siquiera va a tener lugar. Su papel consistirá en proponer ideas creativas y no comprometedoras, porque los

asuntos importantes de verdad entre Alemania y la Unión Soviética se tratan en Moscú y Berlín.

—Suenan a un trabajo sin sentido alguno.

—Al contrario, Aleksandra Andrievna. Estas cosas suelen resultar muy útiles, a fin de cuentas. Porque esperamos de usted que tenga iniciativas originales y que las ideas sean de alto vuelo y realizables en un futuro.

—¿Y por qué precisamente yo?

Su pensamiento brincaba por todos los rituales de los que pronto se iba a librar: los debates, las cartas, los informes, toda esa ristra de sanguijuelas. Jamás habría podido soñar con un premio tan grande, porque hacía tiempo que se había resignado a admitir que mientras le restara un hálito de vida, así serían sus días, excepto si cedía a las peticiones de Maksim y se quedaba encinta de él.

—¿Que por qué usted? Pues por todas las razones que he señalado antes y también porque he leído en su currículum que habla francés. Los alemanes también van a enviar representantes que hablan la lengua de ese desgraciado país. Uno de mis conocidos más próximos, que en febrero pasado estuvo con esos representantes alemanes en la cumbre de la Gestapo y del NKVD, me ha dicho que le causaron muy buena impresión. En su opinión los alemanes son muy profesionales y tienden a mostrar una flexibilidad sorprendente con tal de que las decisiones se tomen pronto.

—En Leningrado agotaba también a los interrogadores, no solo a los acusados.

—No cabe duda de que nació usted para eso —se rio Nikita Mijailovich—, y nunca repita las palabras que acaba de oír. Me han hablado de esas reuniones solamente porque se me pidió que diera el visto bueno para que ciertos presos sean transferidos a la Gestapo.

—No era necesario que me lo advirtiera —dijo Sacha—. ¿Y en eso consistirá el grueso de mi trabajo?

—Ese será su trabajo, exclusivamente. Pero hay una condición —añadió—. Quiero que hablemos con sinceridad. Estoy cansado de tanto disimulo y tanta careta. Quiero que nos digamos la verdad. Siempre he procurado ser fiel a la observación de Marco Aurelio: «Los que no sean conscientes de lo mudable que es su espíritu nunca serán felices».

Esas palabras le sonaron a Sacha como una de aquellas divertidas notitas que se pasaban durante los debates. No había ninguna otra frase que más risa les diera que «digámonos la verdad».

—Pero si ahora tampoco le miento —dijo cautelosa, como tanteando el terreno.

—Sabe muy bien a lo que me refiero.

—Haré todo lo que esté en mis manos para cumplir con mi parte.

Se desperezó y tomó otro trago de vodka. No había alternativa. Suponiendo que la locura de él persistiera, le pasaría «unas cuantas informaciones verdaderas» y así él creería que la tenía atrapada. Por otra parte aquel hombre ya le había demostrado que no había que menospreciarlo, aunque tampoco por ello había que exagerar sus

virtudes.

—Pues ya está todo arreglado —dijo él, bajando los pies de encima de la mesa—. Dentro de una semana pasará a desempeñar su nuevo cometido.

—Suenan muy bien —susurró Sacha dulcemente. ¿Podría llamarse felicidad el calor que palpitaba en ella?—. Supongo que debo estarle muy agradecida.



*Lublin, febrero de 1941*

Un buen día Frenzel le comunicó que debía presentarse en el cuartel del partido de la calle Horst Wessel, aquel edificio que parecía permanecer oculto a la vista, pero que se alzaba ante él cuando regresaba a su casa al final de la noche: el portón se diría sumergido en la más absoluta oscuridad mientras los primeros resplandores del amanecer resaltaban las imponentes columnas de la fachada que se llevaban todas las miradas de los transeúntes, como si hubieran sido plantadas allí mucho antes que el edificio mismo.

—¿Sabe usted de qué pueda tratarse?

—En absoluto —respondió Frenzel, aunque la expresión de mofa de sus ojos lo delató: algo sí parecía saber.

—¿Debo preparar la parte del material que ya tengo recogida sobre el hombre bielorruso?

—Si así lo desea.

—Pero ¿qué parte, exactamente?

—Pues la que considere más interesante, claro está.

La sombra de una tímida y triste sonrisa asomó a los labios de Thomas: ahí estaba un tipo como Frenzel al que no hacía tanto hubiera manejado a su antojo poniéndolo a su servicio para cualquier cosa que se le ocurriera, tratándolo ahora a él como a un aficionadillo.

Pero Frenzel, a su manera, tenía razón. Antes Thomas ponía mucho cuidado en no hacerles creer a sus interlocutores que tenían una información que él necesitaba o que le preocupaba no tener, mientras que últimamente había descuidado esa costumbre. Como casi no se trataba con nadie, había perdido las tablas que antes tenía. Con la excusa del cansancio, se había dejado caer en una silla del despacho de Frenzel. El pegamento que lo tenía cohesionado como un ser fuerte había empezado a secarse y descomponerse, y los rasgos de su carácter con los que antes se había definido a sí mismo —orgullo, encanto personal, la capacidad para separar lo superfluo de una cosa y quedarse con el meollo, y sobre todo el impulso y la creencia de que sus actos, es decir, la materialización de sus planes, eran los correctos y lo llevarían a los

resultados deseados— todos esos rasgos de su carácter se revelaban ahora como dependientes de las circunstancias externas y no eran más que un recuerdo del pasado. La voz de su conciencia que le mandaba cómo actuar lo mismo en los asuntos importantes que en los insignificantes se había vuelto ahora balbuciente. La debilidad que sentía, unida a la inactividad, lo desesperaban tanto que amenazaban con enloquecerlo, hasta el punto de que a veces estaba deseando que lo llamaran de la comandancia de las SS para llevarlo al despacho del gobernador del distrito, de allí al edificio del partido, a «la casa de debajo del reloj», y de allí a la Deutsche Haus, para hipnotizarlos a todos con su fuego interior, con su primitivo encanto thomasiano, y poder largarse después de haber implantado en ellos la certeza de que en el último piso de un edificio de Lindenstrasse vivía un hombre que podría demostrar que era un portento a cualquiera que estuviera dispuesto a liberarlo del castigo de su prisión.

También tenía otros pensamientos nuevos que le resultaban extraños, como por ejemplo: Georg Weller le había dado una oportunidad cuando se encontraba en apuros. ¿Y cómo le había pagado Thomas? Traicionándolo. Un impulso pervertido, de eso no cabía duda, pero justo. Porque ¿no había sido él quien había escrito el informe? Pues habiendo sido así, Weller se lo había robado nombrándose director de la agencia de ambos. Además, también era verdad que Weller lo había acogido cuando vio que en el Ministerio de Asuntos Exteriores ya no era nadie y que lo que necesitaba era apoyarse en alguien como Thomas que tuviera una nueva idea. Si Weller no se hubiera revelado como un aficionado que solo se ocupaba de tonterías torpedeándole el informe, a Thomas jamás se le hubiera ocurrido pasárselo a Kresling. A pesar de que las respuestas que se daba a estas preguntas lo tranquilizaban un poco, debía reconocer que últimamente usaba las mismas estratagemas de sus enemigos, unas razones que antes él hubiera rechazado de plano con un gesto despectivo de la mano.

En el cuartel del partido lo recibieron amigablemente y lo guiaron a un despacho en el que ya se encontraban reunidos cuatro hombres: dos uniformados y dos de civil. Uno de ellos, funcionario en el Ministerio de Asuntos Exteriores, le comunicó que como representante de Martin Luther, presidente del Departamento de la Nueva Alemania, le transmitía a *Herr* Heiselberg y con el mayor afecto sus mejores deseos. «Hacía falta una cara nueva en el Ministerio de Asuntos Exteriores», le había dicho Luther en una ocasión, en tiempos mejores. Weller lo aborrecía y lo consideraba como «uno de los débiles mentales» de Ribbentrop, además de que estaba acusado de malversación de fondos públicos.

Después de hacer todo lo posible por resultar agradables y cantar sus alabanzas, resultó que le tenían destinada una misión tan ridículamente insignificante que al principio creyó que le estaban gastando una broma. Le contaron una historia de no se sabía bien qué oscuro plan, tan carente de móviles como de objetivos, y que se resumía en un simple encuentro con unos representantes de la Unión Soviética por un tema de «un desfile militar conjunto». Le dijeron, además, que había sido iniciativa

de los comunistas. Que proponían llevar a cabo un gran desfile militar en compensación por el pequeño y apresurado desfile que había tenido lugar en Brest-Litovsk en septiembre de 1939. Aquel desfile debía haber simbolizado el buen talante con el que se habían repartido Polonia entre Alemania y la Unión Soviética, mientras que este nuevo desfile sería muestra de la eterna y valiosa amistad que unía a ambos países. Debido a la proximidad geográfica, el plan se llevaría a la práctica en el distrito de Lublin.

El gobierno de Alemania había decidido, por varios motivos, no oponerse a la idea, por lo menos mientras los comunistas les siguieran vendiendo a los alemanes las materias primas necesarias para su industria. «En realidad —añadió el hombre del Ministerio de Asuntos Exteriores—, a causa del asedio marítimo británico que se ha estrechado, la industria alemana depende hoy sobre todo de las materias del Este, sin las cuales la economía se hundiría».

—Los datos son realmente escalofriantes —anunció—. El año pasado la Unión Soviética nos abasteció con el setenta y cuatro por ciento de los fosfatos necesarios, con más del sesenta por ciento del asfalto y del cromo, con más del cuarenta por ciento del níquel importado y con el treinta y tres por ciento de nuestro aceite, por no hablar del peligro de perder los pozos de petróleo de Rumanía, sin los cuales Alemania estaría acabada. Señores, estos datos les quitarían el sueño a muchos, y la pregunta crucial ahora es: cómo ha podido llegar Alemania a la situación de que su industria dependa por completo de la buena voluntad de Stalin.

Thomas dijo que los datos eran realmente preocupantes, pero que él no era el hombre indicado para llevar a cabo aquella misión, ya que sus conocimientos militares eran más bien escasos.

Como respuesta le informaron de que podría pedir consejo a los distintos especialistas de la Wehrmacht, pero que el Ministerio del Interior prefería mantener las negociaciones con sus propios empleados, y según se rumoreaba, Thomas había sido durante toda su carrera en ese ministerio un verdadero artista de la negociación. Él opinaba que una operación como aquella exigiría la participación de distintos estamentos como el Ministerio de Asuntos Exteriores, el servicio de inteligencia, el ejército de tierra, puede que también la marina, y desde luego la Luftwaffe. Le explicaron que, de momento, aquello no era una misión de ese tipo, sino unos simples debates cuyo objetivo era establecer unas relaciones simbólicas que fijaran los términos del desfile y su naturaleza.

—¿Qué términos? ¿Qué naturaleza? —exclamó Thomas, a punto de perder la calma—. ¡Si un desfile lo único que tiene que hacer es echar a andar!

El enviado del Ministerio de Asuntos Exteriores se apresuró a corregirlo:

—Se trata de establecer unos términos estéticos, históricos, geográficos, y puede que luego haya más. Usted es el publicista, formule usted los términos, invente algo que resulte esencial. Ah, y no corre prisa, dispone usted de todo el tiempo del mundo.

El representante de la Abwehr<sup>[45]</sup>, en uniforme de campaña gris, recalcó que

nadie esperaba resultados inmediatos.

Cada vez que se dirigían a él con un amable comentario más y le insistían en que los debates debían llevarse a cabo muy poco a poco y que era una iniciativa no reconocida por el gobierno oficial de Alemania —porque se trataba de unos intercambios de opinión entre viejos enemigos que querían mostrar cierta buena voluntad—, mayor era la humillación que sentía, hasta el extremo de que le parecía que de tanto como se estaba encogiendo en la silla, iba a llegar un momento en que estarían hablando solamente con esta.

—Será usted una especie de *Kapellmeister* de un solo hombre —añadió el enviado de la Abwehr, y todos se rieron. Incluso Thomas puso una media sonrisa.

El hombre del Ministerio de Asuntos Exteriores le susurró:

—*Kapellmeister* es el nombre que le dan al cabeza de una red de espionaje.

Thomas se preguntó si los demás que se encontraban con él en la sala se habían dado cuenta de que se reía a pesar de no entender nada. Tenía que reaccionar, le decía una voz interior: «Esto no es un juego, ya has visto que son capaces de cualquier cosa».

El representante del Fremde Heere Ost<sup>[46]</sup> opinó que el hecho de que Thomas no conociera la Wehrmacht y que sus conocimientos militares fueran mínimos constituía, en realidad, una ventaja, porque no había que temer que fuera a pasar por error ninguna información nueva a los servicios de inteligencia de los soviéticos.

—A decir verdad —sonrió—, usted es el candidato perfecto: se ha hecho con la fama de que es capaz de redactar un documento de la manera más brillante sobre cualquier tema, dejando a todo el mundo satisfecho y obnubilado.

—Con todos mis respetos, creo que no le están haciendo ustedes justicia a mi informe —protestó Thomas, y un escalofrío le recorrió el cuerpo mientras presionaba las temblorosas manos contra la mesa porque le encendía el poco respeto que mostraban para con él.

El hombre del Ministerio de Asuntos Exteriores se apresuró a aclarar que aquello no eran más que bromas entre amigos.

—Lo que se ha querido decir aquí, *Herr Heiselberg*, es que usted es especialista en decir las cosas de forma cautivadora. Está más que claro que todos los que nos hallamos aquí valoramos su éxito en el pasado y justo por eso lo hemos elegido para una tarea tan delicada.

Thomas volvió a insistir en que la tarea no encajaba con sus conocimientos, que sencillamente ese no era su oficio y anunció con firmeza que su único propósito ahora era terminar el informe que estaba redactando sobre el hombre bielorruso.

El tipo del Ministerio de Asuntos Exteriores se comportó como si no lo hubiera oído:

—En Berlín también están entusiasmados con esta nueva iniciativa, porque hace ya mucho tiempo que no hace usted nada de provecho, hasta el punto de que han llegado a considerar despedirlo, mientras que ahora le ha caído a usted en suerte una

oportunidad de oro para demostrar lo que realmente vale, y en eso hasta sus adversarios están de acuerdo. Incluso su antiguo socio, el doctor Weller, lo ha recomendado a usted vivamente.

Thomas clavó la mirada en los brillantados botones de la chaqueta del hombre y supo que ese era el momento de rechazar de plano aquella grotesca propuesta, que debía largarse de la maldita Polonia y deshacerse de la sensación de que por encima de Lublin se cernía su informe alargando unos tentáculos como de pulpo que envolvían la ciudad entera, de modo que a cada paso que daba asomaba por la calle otro tentáculo más que le recordaba los buenos tiempos de Varsovia. Podía despedirse él mismo, volver a Berlín y, transcurridos unos años, Lublin habría pasado a ser, por efecto de la apisonadora que es la memoria selectiva, un lugar brumoso en sus sueños. Estaba celebrando ya la frase venenosa con la que los iba a mandar a todos a hacer gárgaras, cuando se dio cuenta de que sus planes de despedirse a sí mismo no eran más que una ilusión de niño que toma una decisión sin pensarlo mientras sigue protegido por el regazo de otra persona capaz de mitigar las consecuencias de sus actos. Klarissa le había escrito en una ocasión: «Desde el momento en que eres consciente de que tienes una limitación, te dices que así es como eres y que hay cosas que no puedes hacer, y de esa manera te apartas de las infinitas posibilidades de la infancia: la has abandonado».

Una de las características del hombre adulto es que reconoce el hecho de que el margen de maniobrabilidad que tenía de joven se ha estrechado hasta convertirse en una fina rendija y que ahora tiene que conformarse con la obstinada realidad de que la opción es solo una: si regresaba a Berlín como un desempleado expulsado del Ministerio de Asuntos Exteriores, las probabilidades de encontrar un trabajo nuevo eran mínimas. Ya podía ir pensando en pasar el resto de sus días haciendo de «hombre chocolatina» disfrazado de pastilla de chocolate, como su padre.

Por el silencio de los presentes dedujo que desde el principio habían esperado que tuviera esa reacción, por lo que no acababa de entender qué es lo que ahora se proponían hacer. ¿Buscaban solo humillarlo, o habría algo más? De cualquier modo él ya estaba dispuesto a caer en la trampa con la mayor dignidad posible. Había aprendido una lección de Weller: *Humana dignitas servanda est*. Que un hombre, a pesar de que se vea rebajado y se haya venido a menos, debe conservar la dignidad y comportarse como si eso no hubiera sucedido, lo mismo que aquel príncipe ruso exiliado por el que se había hecho pasar en su adolescencia. Si quería sobrevivir, tenía que comportarse como quien mantiene su posición elevada, sentarse en un despacho, concertar citas, buscar aliados a su manera, y le convenía meterse eso en la cabeza cuanto antes: Martin Luther era quien le había dado la patada para volverlo a lanzar ahora hacia arriba.

Observó con una fría mirada a los allí reunidos.

—Les ruego que le transmitan al doctor Weller mi agradecimiento por la confianza que ha depositado en mí. Espero poder corresponderle como se merece en

un futuro próximo y agradezco su inestimable generosidad. En el plazo de una semana les comunicaré el lugar en el que pienso establecer mi despacho del «desfile militar germano-soviético» —le encantaba cómo sonaba—, y ni que decir tiene que recibiré con agrado cualquier idea que ustedes me quieran aportar —añadió, y elevó la mano con un gesto que los invitaba a hacerlo—. Resulta interesante que hayan señalado ustedes el contexto histórico del desfile, porque, como sabrán, la ciudad de Brest-Litovsk fue parte de la Unidad de Lublin decretada en el año 1569. Por esa razón deberemos escoger con cautela qué capítulo histórico nos interesa resaltar. Y en lo tocante a la carta personal del secretario de Estado del Ministerio de Asuntos Exteriores... —ahora esperaba que el hombre del ministerio se alzara diciendo: «No se preocupe»—, no exijo mi nombramiento, ya que comprendo perfectamente que todo debe llevarse en secreto. Mi humilde petición es que me envíen una carta en la que Von Weizsäcker haga una valoración de mi entregado servicio. Por las generosas palabras que he podido oír aquí, entiendo que el ministerio al que quedo vinculado en cuerpo y alma sabrá reconocerme la fidelidad que le profeso.

*Brest, febrero de 1941*

Sacha se encontraba allí de pie en medio de la blanca plaza de la fortaleza. La nieve resplandecía en los árboles, cuyas ramas congeladas se retorcían formando los ángulos más extraños, convertía en cristal los tejados de los edificios antiguos y los torreones de la muralla y se acumulaba en los alféizares de las ventanas y en los umbrales de las puertas, con una abundancia tal, que parecía que incluso en el espacio transparente del cielo se combaban unas murallas blancas haciendo que la fortaleza al completo pareciera un profundo cráter de hielo.

A su alrededor reinaba un absoluto silencio; los vientos también habían callado, pero en ella, desde que se había despertado de su sueño aquella mañana, bullía en erupción un anhelo tempestuoso, algo similar a la esperanza de un gran acontecimiento.

El alemán avanzaba hacia ella seguido de un séquito de dos. Desde lejos parecían muñecos de nieve. A medida que se acercaban, a Sacha le preocupaba el hecho de que el hombre no mirara a su alrededor. No dudaba de que aquella era su primera visita a la fortaleza de Brest y sin embargo no desvió los ojos ni una sola vez hacia las murallas, los portones o los edificios. Los dos acompañantes salpicaban hacia los lados montones de nieve en polvo, como toros rascando la tierra, mientras que él parecía deslizarse muy ligero por su blancura, erguido, dejando tras de sí una fina estela como de espuma.

Los últimos días, aislada allí abajo en las profundidades del cráter, para preparar el primer encuentro de la «Comisión para el desfile militar germano-soviético», resultaron ser los mejores días que había pasado desde hacía mucho tiempo. Ojalá pudiera quedarse en ese lugar unos cuantos años más para salir a pasear todas las mañanas hacia el oscuro corredor de la puerta de Kholmok y ser engullida por la marquesina de niebla del río Bug, para después vagar entre los arcos de la iglesia de San Nicolás y echar a correr detrás de los niños de los oficiales del 4.º ejército hasta la fortaleza y pulir unas ramas, clavarlas en la nieve y saltar por encima de ellas, hasta detenerse para, en apretado corro, contarse los secretos más importantes del mundo junto a la puerta de Terespol.

Le encantaba trepar al mediodía por los montículos blancos, apoyar la cara en las rugosas piedras de la muralla, frotar la barbilla en el hielo y volver a mirar hacia el Oeste, hacia el río que zigzagueaba como una serpiente. Los cañones allí ocultos entre la vegetación y la paja, lo mismo que las tiendas de campaña y el humo que se elevaba del campamento militar alemán, todo quedaba oculto tras una cortina blanca. Todo parecía sumido en una adormilada calma, y prácticamente el único ruido que se oía era el pisar de las botas en la nieve. En ocasiones se oían también los gritos de los oficiales durante la instrucción, y los ladridos de los perros.

«Ahora Kolia se ha despertado para acudir a la formación de la mañana y después seguro que les dan una ración de pan y té. ¿Se pasarán el día holgazaneando? Porque cuando hay nieve no se puede cavar trincheras». Aunque se negaba a verla y tampoco contestaba a sus cartas, a Sacha le parecía, cuando miraba desde la parte más elevada de la fortaleza hacia la llanura que se extendía a sus pies, que mientras ella siguiera allí vigilando, a él no le iba a pasar nada malo. No hacía mucho que se había preocupado porque les llegara un enorme arcón con vodka y pan, conservas de pescado y fréjoles. Puso mucho cuidado en que nadie se enterara de que Kolia estaba destinado allí tan cerca, porque si llegaba a oídos de sus enemigos podría serles una información de gran utilidad. Todas las mañanas la acometía el temor de que Nikita Mijailovich lo supiera y que en cualquier momento le preguntaría por qué no le había contado que el destacamento de su hermano estaba desplegado alrededor de la fortaleza, a lo que añadiría como una propuesta de pasada: «¿Por qué no convertimos a tu querido Kolia en nuestro *seksoty* del 4.º ejército? Siempre andamos necesitados de buenos espías». Confiaba en que conseguiría explicarle que la idea de hacer de Kolia un espía era, como poco, cómica. Aunque en realidad quizá tampoco llegara a ser un problema, sino tan solo una preocupación más de las muchísimas que ya acumulaba.

Necesitó pasar varios días en la fortaleza para darse cuenta de lo asfixiante y molesta que había sido la relación con las personas con las que había tratado durante los últimos años, desde sus compañeros de trabajo hasta su marido. Aquí, mezclada entre los soldados, que no la conocían, nadie le pedía cuentas, nadie le preguntaba: «Camarada Weissberg, ¿cuándo piensa quitarse la venda?». Tampoco estaba obligada a informar de sus planes y no sentía un cosquilleo en la nuca cada vez que la miraban raro o se dirigían a ella con una pregunta inesperada.

La pequeña comitiva estaba ya muy cerca, así que Sacha se irguió y ahora que ya le veía la cara al alemán, pensó en que era un rostro difícil de describir o de señalar en él algo que sobresaliera. Iba peinado hacia atrás y tenía las sienes un poco plateadas ya; los ojos eran verdes, las cejas finas, la piel ligeramente ruborizada y luminosa, aunque debajo de la mandíbula se le notaba algo descolgada, señal de que la tersura de la juventud lo había abandonado. Era de estatura media, pero con un cuerpo muy bien conservado enfundado en un abrigo con un magnífico cuello de piel aunque de mangas demasiado cortas; bajo una de ellas asomaba un reloj de oro. Su



rostro no mostraba entusiasmo ni curiosidad, sino que tenía una expresión contenida y amable, aunque a simple vista se apreciaba que era impostada, que su amabilidad era postiza.

En cuanto los ojos de ambos se encontraron, sin embargo, se le borró esa expresión y su lugar vino a ocuparlo una noble mirada llena de interés y, como si le hubiera leído el pensamiento a Sacha, examinó la fortaleza entera asintiendo como señal de que lo que veía le causaba gran impresión. Pasado un instante, la mirada se volvió tan natural que se diría que el representante alemán de la comisión para la organización del desfile militar germano-soviético había nacido en la fortaleza y que su historia y todas las vicisitudes de esta corrían por sus venas.

Esa capacidad de él de convertir en su casa cualquier lugar por el mero hecho de estar en él conmocionó a Sacha. ¿A qué tipo de hombre habían enviado allí los alemanes? Al rey del disimulo. Antes de que les hubiera dado tiempo a decirse la primera palabra. Sacha dictó su veredicto: un auténtico farsante. Maldijo mentalmente a los fascistas por haber escogido a un tipo así para el comité organizador del desfile. Respiró hondo. Quizá había exagerado al calificarlo como acababa de hacerlo, y a pesar de todo se sentía intranquila por el mero hecho de saber que ahora tendría que estrecharle la mano.

Se quedó plantado ante ella, hizo una pequeña reverencia y le dedicó una agradable sonrisa y una mirada muy luminosa. A Sacha le pareció patético que se esforzara tanto por agradar.

—*Monsieur* Thomas Heiselberg, en nombre del Comisionado del Pueblo de Asuntos Externos, le doy la bienvenida esperando que haya tenido usted un buen viaje hasta aquí.

Había recitado esa frase una y otra vez hasta que le salió con un buen acento francés que no sonara pretencioso.

Intercambiaron unas cuantas palabras más de cortesía, preparadas de antemano, claro está, y algunas frases referentes a la buena voluntad de ambos países, a la sinceridad de sus intenciones y a los buenos deseos mutuos para el pueblo alemán y para los ciudadanos de la Unión Soviética, todo ello pronunciado con gran afectación.

Acto seguido, Sacha le enseñó la fortaleza, con los dos agentes del NKVD tras ellos. Antes de que le hubiera dado tiempo a pronunciar una sola palabra, él le dijo:

—Esta mañana, tras una cabezadita en el tren, he llegado a una conclusión muy interesante. El ritmo de los acontecimientos en nuestros sueños es tan acelerado que la consciencia humana no puede procesarlos. Soñamos en un tiempo, y analizamos el sueño en unos términos temporales completamente distintos.

Mientras él seguía parloteando en un francés muy puro y pomposo, engalanándolo con unos conceptos que ponía mucho cuidado en explicarle a la pobre campesina rusa que lo acompañaba, esta empezó a dudar de la primera impresión que le había causado; ahora aquel hombre ya merecía que se hiciera la pregunta de si le había gustado o no.

Él continuaba hablando más y más, razonaba y explicaba, como si la más elemental norma de educación no lo obligara a escuchar de vez en cuando a su anfitriona. ¿Quizá creyera que también allí, como en su país, las mujeres no eran más que unas simples empleadas destinadas a acompañar a los personajes importantes de acá para allá? Aunque eso se diría imposible, porque en el carteo que habían mantenido previamente los dos habían firmado con sus nombres completos, y él no parecía ser del tipo de persona al que se le escapa un detalle como ese. Cuando Sacha le contó que ahí, en el palacio blanco, firmaron Rusia y Alemania el acuerdo de paz que puso fin a la Gran Guerra, él dejó escapar por entre los labios un suave silbido:

—Ha escogido usted un lugar muy simbólico para nuestro primer encuentro. *Mademoiselle Weissberg*, si me permite decírselo...

—Por supuesto, *monsieur*.

—Recuerdo las fotografías en los periódicos: las paredes blancas, una mesa pequeña, y detrás de ella unos hombres uniformados o con camisa blanca y pajarita negra, como si pertenecieran a una orquesta. A su lado había otras caras que aparecían muy borrosas. Como adolescente que yo era, esas personas llamaron mi atención. Cuando fueran viejos se sentarían con sus nietos y les dirían: esos somos nosotros, esas caras borrosas del acuerdo Brest-Litovsk, *c'est terrible!* eso que mi padre siempre me reñía por interesarme por el decorado.

—Pues mi padre, por el contrario, siempre quiso mantenemos alejados de la política —dijo Sacha—, pero mi hermano pequeño Vlada se pasaba el día cacareando sus aburridísimas ideas, hasta el punto de que las cenas llegaron a convertirse en una auténtica pesadilla.

El alemán parecía muy satisfecho: los dos estaban añadiendo al encuentro su propia dosis de vivencias personales. Asintió como si quisiera indicarle que las observaciones que habían hecho eran suficientes.

A ella, la risa que eso le dio le cosquilleaba la garganta: ¿qué creía, que ella no conocía el protocolo?

—Por fuera el edificio no impresiona demasiado, lo había imaginado completamente distinto. Fue Trotski quien diseñó los detalles del acuerdo, ¿verdad? —dijo él mientras observaba el edificio.

—Como puede usted ver —respondió ella, ignorando con toda naturalidad aquella provocativa pregunta—, parte del tejado se ha venido abajo y las marcas de metralla que se ven en la fachada son obra de los bombardeos alemanes de septiembre del 39.

—No quedó más remedio, porque los polacos se habían hecho fuertes ahí dentro y organizaron varias revueltas —se apresuró a decir él.

Cuando Sacha le habló de los cambios de gobierno en la fortaleza y le describió cómo había ido pasando de mano en mano, Rusia-Alemania-Rusia-Polonia, y ahora la Unión Soviética, él le comentó que últimamente se le había ocurrido que en Europa habría que llamar a las calles por un número, como en Nueva York, ya que los

ocupantes siempre les cambiaban el nombre a calles y plazas, hasta el extremo de que le daba a uno la impresión de estar dando vueltas por un laberinto con las mismas calles en un montón de sitios a la vez. La solución estaba en los números, por el bien de los vencedores y de los vencidos.

Al principio a Sacha la ocurrencia le hizo gracia, pero al ver lo entusiasmado que parecía él de su agudeza, comprendió que, de paso, se estaba burlando de ella y de su trabajo: Nikita Mijailovich le había pedido que acudiera a una reunión en la que se proponían nombres nuevos para las calles: «el paseo de Moscú» había sido idea de ella, y sobre todo le enorgullecían las calles que llevaban los nombres de las dos personas a quienes más admiraba su padre, Mijaíl Lérmontov y Sergó Ordzhonikidze.

Pero ¿cómo podía saberlo el alemán? Repasó mentalmente las cartas que le había escrito, todas ellas oficiales y sin divagaciones, unas cartas que habían leído los representantes de siete instituciones antes ser enviadas a Lublin. En ningún momento le había comentado el asunto de las calles. Lo que podía haber sucedido era que el servicio de inteligencia alemán le hubiera preparado un *dossier* sobre ella. Ahora comprendía también que nada de lo que le había contado sobre la historia de la fortaleza era información nueva para él, y seguro que también sabía que ella no era *Mademoiselle* Weissberg sino *Madame* Podolski, así es que era muy posible que la observación que acababa de hacerle sobre las calles la hubiera hecho porque se sentía ofendido al verse obligado a escuchar sus comentarios de guía turística.

La situación le resultaba conocida. De nuevo se veía impelida hacia un lugar de sombras desde el que tenía que ver el mundo a través de los ojos del otro sorteando una y otra vez sus intrigas y recelos. ¿Quién era aquel hombre, en realidad? ¿Alguien muy testarudo empeñado solamente en satisfacer sus ambiciones? ¿Alguien que no hacía ascos a nada a la hora de saldar las cuentas con sus enemigos? Y si lo tuviera que juzgar como a uno de sus interrogados, ¿sería de los que con azuzarlos un poco con veladas amenazas escribían una confesión enseguida, o habría que gritarle o dejarlo una semana sin dormir? ¿Sería, quizá, de los que necesitaban un trato especial? Todos los días analizaba a decenas de personas —acusados, colegas de trabajo—, y ahora debía averiguar quién era ese hombre.

Se esforzó por no mirarle las bolsas grises de debajo de los ojos. Tenía una mirada alentadora, que una y otra vez posaba en un detalle diferente del cuerpo de ella al tiempo que no dejaba de asentir con amabilidad mientras ella hablaba. Sacha llegó a la conclusión de que antes, cuando él no había dirigido hacia la fortaleza ni una sola mirada, tenía que haberle costado mucho abstenerse, porque la frenética actividad de sus ojos lo revelaba ahora como alguien ávido de hacerse con una impresión propia de todo lo que lo rodeaba. En cuanto a eso, ella podía enseñarle un par de cosas; Styopa sostenía que su mirada no se perdía ni un pestañeo. Este alemán creía que sería imposible que nadie averiguara quién era realmente. Eran muchos los que mantenían esa ilusión, pero solo hasta que se topaban con el NKVD.

Subieron por la escalera hasta la sala de reuniones donde los esperaba un

refrigerio, y ella le comentó que estaba sorprendida de la actuación de la aviación alemana en Coventry: «¡Una operación que la historia recordaría con afecto!». Él se apresuró a responderle que no menos admirado estaba él de los logros del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos en la batalla contra la poderosa potencia de Finlandia. Se pusieron a recorrer la historia repartiendo cumplidos, el magnífico trabajo del Ejército Rojo en la batalla del Vístula; la genialidad militar del káiser Guillermo II; los grandes logros de Rusia en la guerra contra Japón en el primer decenio del siglo xx: «Literalmente taparon ustedes a los japoneses con sus gorras»; Bismarck, siempre buscando hacer el bien; la expulsión de Napoleón de Alemania llevada a cabo con la mayor de las valentías gracias a las cartas de Fichte: «Jamás se había encontrado el ocupante con un enemigo más feroz que esas cartas»; y disfrutaban tanto repasando la historia que no dudaban en quitarse la palabra el uno al otro. Pero cuando se sentaron a la mesa, el regocijo desapareció.

—En cuanto a Coventry —dijo él con firmeza—, como con toda seguridad usted sabrá, los británicos también bombardearon nuestras ciudades; la primera fue Mönchengladbach, donde mataron a cientos de alemanes mucho antes de que nuestros aviones se acercaran a Gran Bretaña. Para ser más exactos, estuvieron meses atacando nuestras ciudades mientras Alemania les hacía todo tipo de proposiciones destinadas a conseguir la paz.

Lástima que se había decidido por abandonar el juego tan agradable con el que se habían estado entreteniendo hasta ahora para decantarse por defender a Alemania con la meticulosidad de un propagandista. Quizá era un fanático defensor del honor de su patria y no el hombre que le había parecido al principio. Él jugueteaba con un lapicero y de vez en cuando se inclinaba hacia la mesa para tomar un sorbo de té. La cara y el cuello se le habían puesto algo rojos.

—¿Se encuentra usted bien? —le preguntó Sacha—. ¿Desea descansar?

Él respondió negativamente y se sentó muy erguido.

No tocaron la comida. Sacha aprovechó la ocasión para presentarle el primer borrador, traducido al alemán, del «desfile germano-soviético» y enseguida le propuso que fijaran la fecha para algún momento de la primavera, ya que al ser un desfile militar una celebración popular, lo deseable era que se desarrollara en un día soleado. Después le preguntó cómo pensaban hacer participar a los ciudadanos alemanes. Se podía repartir entre Brest y Lublin y quizá habría que organizar también unos desfiles paralelos más modestos: los Jóvenes Pioneros desfilarían en Berlín y las Juventudes Hitlerianas en Moscú. No le había dado tiempo a Sacha a terminar sus palabras cuando él le aseguró que esa idea no sería bien recibida por ninguno de los dos gobiernos, además de que los habitantes de Berlín y de Moscú jamás se sentirían identificados con unos jóvenes extranjeros vestidos con unos uniformes que seguían siendo abominables a sus ojos. A continuación examinó el borrador con cara de aburrimiento, como si aquello no fuera con él ni le apeteciera lo más mínimo colaborar.

—Nuestra misión —prosiguió Sacha— consiste en lanzar ideas innovadoras y creativas sin decidir si son o no realizables. No tenemos con nosotros a los representantes de los distintos cuerpos del ejército. El comité es solamente de dos personas, usted y yo, aunque contemos con el apoyo de varios estamentos, por eso le propongo que demos rienda suelta a nuestra imaginación y organicemos un desfile que llegue a conmocionar al mundo y sea recordado como uno de los acontecimientos más impactantes del siglo xx.

Él palpaba la madera de la mesa con unos dedos de piel muy seca y lo marcado de las venas de las manos mostraba claramente unos primeros síntomas de vejez.

—Mire —respondió él—, toda mi vida he sido un hombre muy expeditivo. En el pasado dirigí una de las empresas de investigación de mercados más grande del mundo; he participado en proyectos que exigían mucha amplitud de miras, pero siempre he tenido a gala presentar proyectos claros y ejecutables.

Se diría que tenía tal costumbre de pulir esas últimas frases para darles un tono lo más altivo posible, que no se daba cuenta de que más que jactarse de los logros del pasado parecía lamentar que el recordarlos ya no le produjera la alegría de antaño.

Sacha le respondió con delicadeza:

—A pesar de que tiene usted una concepción del mundo muy capitalista —tenía que trasladarlo de la ejecución y la puesta en práctica al dominio de la planificación teórica—, ahora no está trabajando para el sector privado. Nuestro cometido de ahora está regido por otras fuerzas. Quizá sea conveniente que analicemos el asunto desde otro punto de vista: nuestra misión es escribir una historia acerca de un impresionante desfile militar en la zona de Brest en algún momento de la primavera de 1941, y si nosotros creemos en él, quizá haya otros que también lleguen a creer en él, y aunque así no fuera, ¿quién nos va a poder quitar toda esa creatividad?

Sacha había pronunciado esas palabras con la única intención de llevarlo por la senda deseada, pero al instante la idea le gustó mucho. Unos pocos días en la fortaleza le habían hecho llegar a la conclusión de que la planificación de un suceso de gran resonancia que quizá pudiera llevarse a cabo en un futuro próximo era una de las mejores tareas en las que nadie podía ocuparse en los tiempos que corrían.

—La creatividad, desde luego, sí nos la van a poder quitar, pero no el tiempo que hayamos creído en ella —sentenció él.

Las últimas palabras de Sacha no parecían haberle impresionado demasiado, al parecer, pero a pesar de ello, a medida que avanzaban en el debate, le daba unas respuestas muy precisas y ricas, y de vez en cuando hasta lanzaba alguna idea novedosa: el desfile tenía que evitar repetir clichés manidos o depender de la buena voluntad de la masa, ni debía llevarse a cabo en zonas demasiado amplias, porque no se trataba de una fiesta nacional. Habría que concentrar el acontecimiento en un solo lugar, preferiblemente impactante, y todos esos principios tenían que ser tan evidentes como la palabra *amén* lo es en la iglesia.

El tono tan expeditivo con el que acababa de hablar aparentaba ser el de una

persona que había reflexionado largo y tendido sobre el desfile, pero Sacha sabía muy bien que esas ideas se le habían ocurrido allí mismo durante los últimos minutos y que él había planeado de antemano oponerse a alguna de sus propuestas solo por hacerse el implicado en el asunto.

Le indicó con los ojos que ahí seguían las bandejas con la comida, pero él la miró como si no comprendiera. En ese instante, la mano de ella pareció cobrar vida propia, y ya se dirigía hacia el dorado pastel de carne, cuando la retiró y la apoyó en la cintura. Mientras él no hiciera caso de las bandejas, ella tampoco tocaría nada. Así que empezó a hablarle de uno de los propietarios de granjas más importantes de la comarca, que solía terminar todas sus comidas con un pavo relleno bien asado y que tenía fama de pesar más que el más imponente de todos los hombres de Rusia, el zar Alejandro III. Durante un ejercicio militar, Star le había roto el espinazo a un caballo nada más montarse en él, y el zar, dándole una palmadita en el hombro, le dijo: «¡Bravo, me has ganado!».

¿Le habría contado esa historia para abrirle el apetito? Lo cierto es que ni ella misma lo sabía.

Fuera se oyó un zumbido de motores. Sacha sintió que sus miembros, apresados entre la mesa y la pared, se paralizaban y cualquier movimiento que se le ocurría para liberarlos se le hacía harto complicado. Estaba más que claro que él era la causa de lo que le pasaba, pero ¿cómo era posible que ejerciera una influencia tal sobre ella?

A Sacha le parecía que llevaban horas allí sentados. ¿Y *Monsieur* Heiselberg? Él se limitaba a saltar de parágrafo en parágrafo del borrador del proyecto vaciándolos todos de contenido, y no porque estuviera en desacuerdo, sino por puro aburrimiento. No había más que oírlo hablar para advertirlo.

Sacha tenía además la sensación de que desde la apariencia de ser una sola cara la que le hablaba, se trataba de varias máscaras que hablaban todas a una: la máscara de la desesperación que le reñía diciéndole, niñata, pero ¿no te das cuenta de que todo es vanidad de vanidades? La máscara seria y fría, que se reía de todo aquel ridículo asunto y del celo que ella mostraba por su trabajo, que se reía de sus grotescas ideas y en realidad de su existencia entera; la máscara plácida y amable que exclamaba, muy bien, chiquilla, estoy dispuesto a dedicar gustosamente el tiempo que haga falta para que se cumpla este pequeño sueño tuyo.

A Sacha le daba la impresión de que sus sentidos ya no le respondían, porque cada frase que salía de los labios de él le parecía que ya la habían discutido antes. Tenía una sensación muy extraña, pero una cosa era bien cierta: no podría permanecer con él en la misma habitación por mucho más tiempo porque era como si por un motivo que se le escapaba la hubieran encantado con un hechizo. Las nalgas se le despegaban de la silla y tenía que obligarse a volverlas a pegar a ella. El deseo de deshacerse de aquel hombre era más fuerte que cualquier deber profesional y ni siquiera los muchos años que llevaba dominando su voluntad le eran de ayuda en esta ocasión.

Le echó una mirada al reloj de oro de él y vio que era la una menos veinte. ¡Imposible, seguro que no lo tenía en hora! Se le escapó una risita de sorpresa y entonces él la miró muy asombrado.

—Parece que se está divirtiendo mucho —comentó, repentinamente contento.

—Es que me he acordado de un cuento que nuestros padres nos solían contar antes de dormir.

—¿Me lo cuenta?

—No puedo, es demasiado personal.

—Mi madre murió hace poco —dijo él—, y en circunstancias muy tristes: se había quedado en casa con nuestra asistenta judía, *Madame Stein*.

Sacha recordó las últimas palabras que le había dicho Nikita Mijailovich: «Tu judaísmo no me ha impedido escogerte, sino todo lo contrario, lo he hecho para que esos fascistas aprendan que nunca seremos como ellos».

—Lamento tener que oír eso.

—Sí —dijo él y estiró los brazos hacia atrás—, *Madame Stein* era judía, pero diferente de los demás judíos que he conocido. No poseía ninguno de los talentos que los caracterizan.

Por un momento se presentó como un actor de teatro que ensaya cómo se sincera un personaje. Aunque quizá estuviera hablándole con franqueza, con el corazón en la mano, y fuera su propia desconfianza la que la cegaba. En último término se dijo que seguramente él se habría dado cuenta de lo confusa que estaba y había querido ganársela con ese comentario sobre los judíos.

La sensación de asfixia en la sala iba en aumento. Los quesos y los pescados de las bandejas despedían un fuerte olor, pero a él, que estaba sentado más cerca del refrigerio, eso no parecía molestarle en absoluto.

—Creo que nos vendría bien tomar un poco el aire —murmuró Sacha.

Jamás había conocido a nadie que reaccionara tan deprisa. No le había dado tiempo a pronunciar ni la primera palabra de la frase, cuando él ya había entendido sus intenciones y se había puesto de pie abrochándose el abrigo.

—Ahora es usted la que parece algo cansada, *Mademoiselle Weissberg* —dijo, para que se diera cuenta de que recordaba muy bien lo que ella le había dicho antes.

Aquel hombre era una de las personas más espantosas y extrañas que jamás había conocido, un verdadero misterio. Toda la mañana se había comportado como un hombre desesperado, mientras que durante la última hora, al reparar en que sus subterfugios —algunos de los cuales ni siquiera habían sido intencionados— la corroían, y al ver en ello cierto signo de victoria, por pequeño que fuera, parecía haber renacido.

*Lublin, febrero de 1941*

La mirada de ella se reflejaba en todos los cristales de las ventanillas del vagón, una mirada sin rostro. Porque ese rostro se había desintegrado hacía tiempo. Recordaba la delicada línea de los pómulos, los labios que de cerca lo habían sorprendido por su carnosidad, pero todos esos detalles carecían de sentido, lo mismo que un periódico hecho jirones: ella no era más que una gélida mirada acusadora.

De repente, esa mirada empezó a saltar de cara en cara, mirándolo fijamente desde el rostro de Klarissa, Weller, Frenzel, desde el del Hermann Kritzinger muchacho, desde el de los chicos de su clase de historia, todos juzgándolo a través de la mirada de la señora Weissberg. Se estremeció. Y mientras seguía luchando por echar de allí a los niños de la clase de historia, los oyó gritar: «¡Doctor, se ha confundido usted de clase! ¿No se ha enterado de que los arqueólogos han muerto? ¡Esto es la cinta de montaje del futuro!».

En un momento dado, en la sala de reuniones de la fortaleza, ya no pudo más y protestó: «*Mademoiselle Weissberg, Madame Podolski, camarada Weissberg, judía W* o comoquiera que la llamen, con todos mis respetos y sin intención de molestarla, su mirada me produce escalofríos». Pero después se fue dando cuenta de que no era el escalofrío que le producía la mirada de ella lo que lo horrorizaba, sino la mirada que él provocaba en la señora Weissberg. Durante todas las horas que habían estado allí reunidos trató de luchar contra esa mirada: amuebló de nuevo la sala de reuniones con los muebles del salón de Berlín, calculó la altura de la nieve entre las torres de la fortaleza, contó las rebanadas de pan, hasta que de pronto clavó en ella los ojos, como el depredador que sorprende a la presa, pero la mirada permaneció impasible, obstinada y crítica. ¿De qué tinieblas habría salido esa mujer? ¿Por qué le hacía eso? «Dime, ¿qué crees haber visto?», le susurró a la mirada para sus adentros.

Lo aterrorizó reparar en que se había rendido, en que poco a poco se había convertido en un testigo que miraba al Thomas Heiselberg compuesto de cientos de pedacitos de papel pegados con cola vieja y que a cada momento la mirada de ella se fijaba en uno de esos pedazos. De lejos la imagen parecía entera, pero de cerca asomaba la desnudez que había tras los pedazos rotos, y puede que ni siquiera fuera



desnudez lo que ahí se entreveía, sino los pedazos rotos de otra imagen.

Frente a Thomas, que se esforzaba por defenderse, resplandecían los ojos de la camarada Weissberg, que parecían exclamar: «Mi querido amigo, pero ¿de verdad quiere usted responder? ¿Defenderse? ¿En cuántos campos ha plantado usted ya sus malabarismos? Y todo para acabar cosechando Lublin... Bien es verdad que las personas son chaqueteras, eso no es nuevo, pero por lo menos creen (justificada o injustificadamente) que tienen una razón de peso para participar en ese baile de máscaras como si se tratara de una especie de puerto en el que refugiarse. Pero ¿usted? Todas las mañanas al abrir los ojos vuelve a verse asaltado por el terror a haber nacido. No hay ninguna certeza, nada está preparado, como el niño que aprende a dar su primer paso, usted se aferra a los pedazos rotos de las fotos y las aprieta contra el pecho creyendo que le sirven de disfraz con el que afrontar las dificultades que le esperan. Pero si ni siquiera sabe el hombre que fue ayer ni cómo actuó para prepararle el día de hoy. ¿Y ahora qué? ¿Todavía más disfraces y disimulos? A mí ya no me queda ni uno por ver».

La mirada le susurra la interpretación de su vida entera. Le exige que se calle. Thomas canta a voz en grito canciones infantiles en un vagón vacío, unas canciones escritas por su madre: «Mi niño querido yace tranquilo, / mi corazón se entrega a su espíritu, / a su madre pagará, con el corazón roto; en todos los ejércitos del mundo / papá lucha / por el pequeño Thomas / y aunque la guerra perdamos / a Thomas le compraré un regalo». Thomas hace memoria para cantar más canciones. Mientras canta, el susurro de la mirada cede.

«Hoppe, hoppe, grita el caballero / cuando cae al suelo, / si no se va por el sumidero, / se lo comerán los cuervos».

Después descendió sobre él un gran cansancio; se sentía como si hubiera sostenido con el cuerpo el pesado portón de hierro que protegía su ciudad. Tiene una pesadilla: se despierta en un vagón de tren vacío notando el olor de los vapores de un potente pegamento, y al mirar hacia fuera solo ve ramas de árboles oxidadas. Se duerme y se despierta, tiene los labios resecos, como si hubiera bebido, y se imagina bañándose en una cascada. El viaje dura una eternidad. Está rodeado de parajes nevados que la noche ha pintado de azul y que engullen las pequeñas casas de los campesinos de techumbre afilada.

Sus ojos bucean en la tierra que se arquea, y se imagina saltando hacia la espumosa nieve. «¡Salta, Manfred, salta!», se oía un entusiasmado grito en los pasillos de la universidad, la nueva contraseña avisando de que tocaba una clase aburrida. En una clase sobre Byron, mientras el profesor parloteaba sobre Manfred, que está en la cumbre de la montaña sin atreverse a escoger la muerte, una de las estudiantes se puso en pie y gritó: «¡Salta, Manfred, salta de una vez, que nos morimos de aburrimiento!». ¿Cómo se llama usted? Else. Y al instante se enamoró de ella. Al año se casaron.

«En realidad, te enamoraste del grito», le había dicho Wolfgang cuando le contó

la historia, porque estaban borrachos y se divertían buscando ideas con las que conquistar a las hermanas Negri.

El tren frenó y Thomas se cayó al suelo. No quería moverse de allí. Se había golpeado la cabeza con el borde del asiento y la cara con el reposabrazos. Volvía a oír unos susurros. ¿Era uno de sus ataques? Pues nada, adelante. No había motivo para temer esos ataques, el miedo a los disfraces es la cosa más real que hay en ti. Así que acoge en tu seno este ataque y sé un hombre que tiene un ataque.

Cree que lo están viendo, quizá desde fuera, pero no le preocupa: o lo ayudan o que se traguen sus críticas. Hasta la estación de Lublin permaneció echado en el suelo. Unas buenas personas lo llevaron hasta su casa; unas manos lo sujetaron cuando tropezó en las escaleras. El ardor que sentía por todo el cuerpo le dio hasta risa. Se tomó unas pastillas y se tendió encima de la cama.

Estuvo dos días en un duermevela de pesadillas. En una ocasión lo despertó el ruido de unos disparos provenientes del campo de trabajo, los gritos de los vigilantes, las luces que se enredaban en el grueso cortinaje y, al final, el sonido de, exactamente, cuatro disparos.

En sus sueños aparecían muchos niños en las aceras agitando banderitas, tocando el tambor en cajas de canon, decenas de miles de soldados colocados en unos pequeños pedestales rectangulares y marchando todos a una desde la fortaleza hacia el centro de la ciudad de Brest-Litovsk. Y en ese momento se despertó. El calor del sol que brillaba en el sueño seguía notándolo en la nuca. Se fue dando traspiés hasta el escritorio y empezó a hacer unos garabatos con los que pretendía dibujar lo que había visto en el sueño. Después regresó a la cama y se sumió en un profundo sopor.

Por la mañana entendió que durmiendo se había hecho con más imágenes del desfile: la riada de soldados se dividía en dos, y unos se iban hacia la izquierda y los otros a la derecha para rodear por completo una ciudad que él veía por primera vez, una ciudad pequeña, en eso no había secreto alguno, pero la pregunta no era el tamaño de la ciudad sino la genial organización del desfile.

¿Cómo iban a cruzar las fuerzas de la Wehrmacht la frontera? Por los puentes, naturalmente. Todavía quedaban puentes sobre el río Bug. ¿Permitirían los soviéticos que los aviones alemanes entraran en su espacio aéreo para formar una escuadrilla de aviones conjunta? Esas eran cuestiones que debían solucionar los militares. Cuantas más numerosas eran las preguntas, más patente se hacía la dificultad de la misión. Una responsabilidad tan grande no podía dejarse en manos de un don nadie. Por mucho que se burlaran de él los responsables de los distintos despachos y le hablaran en un lenguaje cifrado solo para entendidos, la manera en que aparecería la Wehrmacht en el desfile representaría la imagen de Alemania entera. En realidad, lo que tenía que decidir era qué Alemania quería presentar en el desfile.

Cada minuto de más que pasara remoloneando en la cama era una pérdida de tiempo, y al diablo con la mirada de la judía Weissberg. No podía permitir que volviera a acometerlo la debilidad. Por el éxito del desfile debía comportarse con ella

como si fuera la persona a quien más apreciaba en el mundo, y con el tiempo la obligaría a que ella también lo apreciara. En el pasado había sido especialista en estas cosas, precisamente. Personas que no querían tener ninguna relación con él terminaban siendo sus más fervientes admiradores. Tenía que demostrarles a todos que Thomas Heiselberg merecía estar al frente del comité organizador del desfile germano-soviético.

Saltó fuera de la cama. La camisa y los calzoncillos le olían a sudor viejo. Volvió dando tumbos hasta el escritorio, y aunque la habitación le daba vueltas, él, a lo suyo; puso un folio nuevo en la máquina de escribir y tecleó:

*Klarissa, amada mía:*

*Realmente hace mucho que no he dado señales de vida y me he comportado de forma muy grosera al no contestar a tus cartas. Ello se ha debido a que he pasado por muy graves dificultades que han llegado a alejarme incluso de las personas que más quiero, por no enredarlas en la madeja de mis penas. Últimamente, sin embargo, mi entrega y responsabilidad en el trabajo se han visto recompensadas con los honores merecidos y me ha sido encargada una misión de gran responsabilidad. Klarissa, desde el día en que tuve uso de razón, solo trabajé para Thomas Heiselberg, lo reconozco, para aumentar su poder en el mundo y darle alas. Pero ahora ha recaído sobre mí una responsabilidad distinta, completamente nueva, una responsabilidad para con los demás, y me refiero a grandes multitudes cuyas vidas dependen de la empresa que se me ha encomendado. Debo hacer todo lo que esté en mi mano para que esas personas dejen de ser una simple manchita en la historia bañada en sangre de Europa. No puedo revelarte nada más por el momento, pero te ruego que me creas si te digo que se trata de una misión destinada a ensalzar el buen nombre de Alemania.*

*Seguramente dirás: eres un megalómano, el asunto no está en tus manos. Dirás: ya estás otra vez urdiendo un engaño en el que Thomas Heiselberg es el héroe. Puede que tengas razón, querida Klarissa. Pero que la tengas o no ahora ya carece de importancia. Mis móviles, encubiertos o a la vista, no van a cambiar la realidad de que ha llegado el momento de actuar. Aunque mi capacidad para influir en el mundo sea pequeña, tengo la obligación de aprovecharla al máximo. En eso, seguro que estás de acuerdo conmigo.*

*Klarissa, bondadosa criatura, desde ahora todo va a cambiar. Las gentes siguen avanzando hacia la muerte leyendo periódicos y sacándole brillo a la cubertería de plata, mientras yo presto mucha atención al tiempo que se agota y mi conclusión es que es ahora, de inmediato, cuando tenemos la obligación de materializar nuestros sueños. He tomado una firme decisión en mi corazón: el día que Alemania entera vea la materialización de mi trabajo, tú serás la que esté a mi lado, porque tus palabras de confianza en mí han*

*hablado por mis propios labios en las horas más oscuras, y entonces ya no volveremos a separarnos.*

Llenó los folios de palabras y más palabras mientras una imagen parpadeaba en su mente: se encontraba en la cima de una montaña vestido con un traje blanco y llevaba puesto el sombrero jaspeado que se había comprado en París. A su lado estaba Klarissa con un vestido de un rojo claro, una cinta en el pelo y una sombrilla. A sus pies y hasta el río, al Este, se extendía el desfile y Klarissa se maravillaba del marchar de los soldados, que en lugar de acolchar la tierra con sus cadáveres, desfilaban sobre ella en medio de un impresionante ceremonial. Él le explicaba cómo les habían enseñado la coreografía de los pasos. Una estela blanca de las salvas de honor que disparaban los soldados se ensortijaba en el azul del cielo y Klarissa lo señalaba con el dedo rodeado de una especie de aura. El cielo se convertía en un espejo gigantesco en el que se reflejaban sus caras: en la de él aparecía una pureza que jamás había tenido, como la de alguien que sirve a una gran causa. Le decía a Klarissa: «Ves, ahora me aclaman, y hace unos meses querían enterrarme vivo». Klarissa acercaba los labios a la oreja de él y su lengua revoloteaba un instante tocándola mientras le susurraba: «¿Cómo pudiste creer algo tan tonto? Piensa en Sigfrid. Su carrera también tuvo altibajos. Recuerda, la historia se siente atraída por la grandeza como el metal por el imán, y desde el primer momento en que te vi, Thomas Heiselberg, tuve bien claro que estabas destinado a algo grande».

\* \* \*

Thomas está sentado con un traje nuevo —la chaqueta es de color vino y la corbata de seda jaspeada— en el despacho de Frenzel contándole sus impresiones sobre la primera reunión del comité organizador del desfile. Su amistad se ha hecho más profunda: Frenzel ha necesitado de su ayuda en las cuestiones relacionadas con la expulsión de los judíos. En realidad, Frenzel está sorprendido de su suerte al toparse con quien en su día escribió el informe sobre el hombre nacional polaco. Las distintas agendas envían a Varsovia, al despacho que lleva el informe, todo tipo de preguntas, y esperan más de un mes a que les respondan, mientras que él puede disfrutar de los servicios del artífice del informe según le plazca.

Ni que decir tiene que ha ayudado a Frenzel lo mejor que ha podido. Los dos guardan en secreto esa colaboración, ya que el doctor Weller, allí en Varsovia, no vería con buenos ojos ese uso del informe. Después de que Frenzel leyera algunos de sus capítulos, no ha habido día en que Thomas no haya pasado en su despacho por lo menos una hora y Frenzel, como era de esperar, se ha hecho muy dependiente de Thomas y sigue casi todos sus consejos.

Frenzel fuma en pipa, lleva puestas unas botas muy lustradas que ahora reposan

con descuido encima de la mesa mientras ojea unos papeles y escucha sin mucho interés a Thomas, que prodiga alabanzas al desfile y a la resonancia que va a tener en el mundo entero:

—Es exactamente esa clase de ideas a por las que hay que lanzarse cuando todavía son pocos los que se dan cuenta del potencial que encierran, y cuando la niebla se disipe y el pueblo alemán aplauda a las personas que empujaron a Alemania a la paz en lugar de a la guerra, habremos conseguido ponerle la guinda al desfile.

Frenzel no parece muy impresionado por el discurso. A Thomas le sorprende, porque no lo considera un tipo sin imaginación. Puede que sea de esos a los que les agrade estar en guerra con la Unión Soviética, o puede que en esos momentos no le interese el desfile porque está muy ocupado. En marzo serán deportados de Lublin miles de judíos en el marco de la *Freiwillige Umsiedlung*<sup>[47]</sup> y antes de abril el gueto deberá cerrarse y quedarán en él solamente unos pocos judíos. Esa es una de las mayores operaciones en las que participa el distrito de Lublin referente a los judíos. Frenzel se ha quejado de que todo es demasiado complejo. En Francia, por ejemplo, se ocupan de los judíos de una manera mucho mejor. Sea como fuere, está recayendo sobre él muchísimo trabajo. Globocnik confía en Frenzel y se lo ha presentado a Himmler como una de sus jóvenes promesas.

—Mire, amigo mío —dijo Thomas, dejando su alegre parloteo sobre las grandezas que le esperaban y pasando a un tono de sincera preocupación—, le voy a dar una información muy valiosa. La representante soviética del comité organizador del desfile es judía.

Frenzel bajó los pies de la mesa y metió los papeles en el archivador. Se pasó la mano por el pelo y le dirigió a Thomas una mirada torva: lo último que necesitaba ahora era una carga más. Pero a Thomas no le quedó más remedio que meterle un poco más de miedo a su joven amigo:

—Usted sabe muy bien que eso, al fin y al cabo, puede resultarles muy útil a nuestros enemigos. Además, conoce perfectamente la imprevisible manera en que estos rumores pueden ganar impulso de repente.

—Y usted seguro que entiende un par de cosas sobre lo que es un enredo —gruñó Frenzel con condescendencia esperando que se le entendiera su verdadera intención—. Confío en que aprendiera usted algo de sus intrigas en Varsovia. Le conviene que entienda una cosa, y que la entienda bien: aquí no va a pasar nada parecido.

—Tiene usted toda la razón —se apresuró Thomas a rectificar—, lo más importante que aprendí fue a respetar el escalafón. El asunto de la judía Weissberg tiene que habersele escapado al Ministerio de Asuntos Exteriores, y mi propuesta se limita a que lo informemos de ello. Eso es todo. En el pasado, cuando los comunistas se quisieron acercar a nosotros, sustituyeron a aquel judío del Ministerio de Asuntos Exteriores por Molotov. Y créame que la sustitución de la judía por otra persona obrará en bien de nuestra misión. Por desgracia se trata de una jovencita que tendría que estar saltando a la comba en lugar de inmiscuirse en acontecimientos históricos.

—Según parece, la judía esa no le ha gustado nada —dijo un furioso Frenzel.

—No es nada personal —respondió Thomas con firmeza aunque su voz sonó algo chillona—. Pero créame que he dirigido proyectos muy complejos con personas bastante más avisadas que ella. La pregunta es cómo afectará eso a la imagen que dé Alemania.

Frenzel volvió al asunto de sus papeles.

—Puede que sea cierto que aprendió usted la lección, de acuerdo, así que haga lo que tenga que hacer pero no dé un solo paso sin comunicármelo.

«Estupendo —pensó Thomas muy animado—. Aunque Frenzel se comporta ante todos como un hombre muy ordenado y eficiente, la verdad es que es un tanto caprichoso. Si se le pincha proponiéndole una solución inmediata que lo obligue a tomar una decisión, enseguida se plegará a ella porque está demasiado ocupado intentando refrenar sus dudas».

—Ni que decirse tiene —exclamó Thomas—, actuaremos como siempre, con una coordinación absoluta. Pero hay otro pequeño asunto... mínimo. No he recibido información suficiente sobre mi acompañante del comité organizador del desfile. He tenido que arreglármelas con cuatro apuntes de su biografía. Comprendo que el desfile no se encuentre entre las mayores prioridades del ministerio, pero no por eso se puede dejar que el representante alemán ande a tientas. Le ruego que apoye mi petición de que se me facilite una referencia detallada de esa mujer. Nuestra embajada en Moscú podrá proporcionar esa información con toda facilidad.

Mientras bajaba por las escaleras recibiendo amables saludos de unos oficiales que antes ni siquiera le dirigían la mirada, notó en el cuello un temblor paralizante. Todos sus actos de los últimos días parecían estrellarse contra la mirada omnisapiente de la camarada Weissberg, que además se burlaba de los ingentes esfuerzos de Thomas por liberarse de sus garras. No había sido capaz de permanecer fiel a su primera intención de colaborar con ella y ahora incluso estaba conspirando para expulsarla del comité organizador del desfile, y todo ello se veía encima envuelto en un turbio sentimiento de vergüenza: si de verdad creyera que la camarada Weissberg no era la persona idónea para llevar ese asunto, las cosas serían muy fáciles, pero el problema era que Thomas sabía muy bien que ella era la persona más indicada para llevar a buen puerto la iniciativa junto con él. Por las noches, tendido en la cama, intentaba buscarle una lógica a su forma de actuar. ¿Habría personas en el mundo a las que mejor no haber conocido? Pero la idea le sonó como esas aseveraciones sin fundamento que empujan a algunos seres humanos a tener una concepción del mundo determinada. «Yo no tengo una concepción del mundo propia —se había jactado de opinar en el pasado—, lo único que yo tengo es una concepción predeterminada del proyecto que tenga entre manos».

A cambio de la ayuda que le prestaba a Frenzel, le insinuó que presionara al Ministerio de Asuntos Exteriores en lo referente a la judía. Si llegaban a ser conscientes del problema en el cuartel general de las SS de la Prinz Albrecht Strasse,

quizá actuarían con una mayor celeridad.

Desde el Ministerio de Asuntos Exteriores ni siquiera respondieron a sus reiteradas peticiones, sino que, llegado un momento, incluso recibió una reprimenda por parte de un simple funcionario:

—No vamos a dirigirnos a los soviéticos por el tema de la judía, porque en el desfile de 1939 el general soviético que pasó revista a las tropas de ambos países junto con Guderian era él mismo judío. El Ministerio de Asuntos Exteriores es sede de diplomáticos profesionales, no de cualquier pícaro.

Un día Frenzel le anunció que pronto recibiría un sobre con la máxima información que había sido capaz de reunir el servicio de inteligencia alemán:

—Y créame que cuando lo haya leído, no habrá nada que usted no sepa de su judía.

*Brest, marzo de 1941*

Nadie entendía la razón por la que se veía acometida por una actividad frenética; por qué salía precipitadamente a la calle y regresaba al despacho sofocada, jadeando y con el abrigo blanco de nieve, para al instante volver a salir y bajar por una de las calles que daban al río como si estuvieran en verano, y regresar al cabo de un rato de nuevo al despacho con un montón de periódicos enrollados debajo del brazo, ni la razón por la que se pasaba días enteros en el nuevo archivo, o conseguía un coche para salir fuera de la ciudad y traer de la oficina de correos paquetes de libros que venían de Leningrado, de Moscú y hasta de la embajada de Berlín.

La primera tarea que se había propuesto llevar a cabo era dibujar un nuevo plano de la ciudad de Brest. Ese sería el plano que utilizarían en su trabajo y cada una de las calles recibiría un número. Pero la numeración no sería exclusivamente geográfica, sino que se atendería a una razón de peso: por ejemplo, la calle 17 de Septiembre, donde estaba el pequeño estrado en el que se apostaron Guderian y Krivoshein en septiembre de 1939, sería la calle número 1, y el paseo de Moscú que la cruza sería la calle número 2. El resto de las calles del mejor plano que había podido conseguir y que llevaba los nombres de las calles —Długa, Krótka, 3 de Mayo— serían numeradas en el nuevo plano en función de su proximidad a una de las calles centrales o a su capacidad de albergar a un nutrido público. Numeró también algunas calles que recordaba de los días de verano: en una ocasión había estado en el cruce de Szpitalna con Kobriny, mirando hacia el río, y un coche que circulaba por allí parecía rodeado de un aura dorada. Si la multitud llegaba a reunirse allí temprano por la mañana de cara hacia el Este, vería el desfile fluyendo hacia allí como desde el interior del sol y la imagen podría llegar a ser espléndida. Y como el sol de la mañana embellecía sobre todo el centro de la ciudad, el desfile iría avanzando por las calles junto con él. Además, no había que limitarlo solamente a las calles más rectas, porque si uno oyera al otro lado de la esquina el ruido de los vehículos militares y se pusiera a calcular con impaciencia cuánto iban a tardar en llegar hasta allí y de repente inundara la calle un resplandeciente y gigantesco desfile, la impresión sería enorme.

Estaba completando el plano de las calles numeradas e intentaba adivinar si su



plan sería del agrado del representante alemán: si la idea general de preparar un desfile lleno de misterio por haber tenido en cuenta también la iluminación del sol le parecería bonito y original. Y eso que todavía quedaban muchísimas preguntas sin respuesta: por ejemplo, estaba claro que parte del desfile debería tener lugar en la fortaleza, aunque quizá habría que organizar allí un evento especial, ¿quizá un repaso histórico de las guerras de antaño? ¿-Deberían proponer unas escuadrillas de aviones conjuntas? Como no lo comentaba con nadie y por las noches doblaba los planos y los demás documentos y los guardaba bajo llave en un armario por si alguien los veía y se burlaba de sus planes, la asaltaban muchísimas preguntas, y si se decidía a contestar a alguna, al momento se echaba para atrás, porque cualquier decisión le parecía extremadamente crucial.

Nikita Mijailovich la había advertido de que en el despacho se comentaba que había días enteros en que ella se alimentaba solo de agua. Al final fijó una fecha en la que le pasaría a Thomas Heiselberg el nuevo plano de las calles y sus ideas principales. Durante la última noche no había conseguido pegar ojo. Se la pasó relejendo los papeles y examinando el plano en busca de alguna calle que pudiera ser numerada con una mayor efectividad, pero como el número de las calles se podía modificar hasta el infinito, decidió que la fecha que había fijado para el encuentro con el delegado alemán era la definitiva y con eso se acababan las dudas. Seguro que el señor Thomas Heiselberg estaría encantado: ella había tenido en cuenta su comentario acerca de que las calles de Nueva York estaban numeradas.

Entre tanto, Nikita Mijailovich había decidido visitarla por las tardes para llevar a cabo los «talleres de sinceridad» que había ideado. La primera vez la atacó con un sinfín de preguntas a las que ella contestaba de una manera tan forzada que llegó a temer que tras unas cuantas reuniones como esas, él le diría que no servía para la misión que le había encomendado y que le pasaban la dirección del desfile a otra persona. Por eso decidió hablar con mayor libertad en los siguientes encuentros.

—Debería usted comprender, Nikita Mijailovich, que la conciencia de una persona está ocupada día y noche, en las horas de vigilia y en las de sueño, en un solo asunto: en defender sus opiniones. Las mismas opiniones una y otra vez. Una noche —le contó—, cuando todos estaban borrachos y mi padre se atrevió finalmente a sentarse al lado de su querida Nadka, se pusieron a recitar un folletín titulado *El venenoso elixir de la conciencia*. Al día siguiente escribí: «De niña revelas todos los secretos de la conciencia; después comprendes que no hay ningún misterio, solo clichés, así que confieso mis clichés y con cada cliché nuevo una parte de mí muere». Nadka dijo que el final era demasiado dramático y cursi. Tenía la facultad de ofenderte de la manera más cruel, al tiempo que reforzaba tu autoestima.

Hacía muchísimo tiempo que no hablaba libremente como cualquier otra persona. Los recuerdos más curiosos la asaltaban:

—«Más musa que poetisa», escribieron de Nadka en uno de los periódicos. Mi padre temió que se suicidara, pero ella se citó con aquel crítico que terminó

escribiendo el prefacio de uno de sus poemarios. Brodski sostenía que Nadka era un genio de la política. Pero todo cambió, el juego terminó, y fue incapaz de entender los años treinta.

—Todo lo que me cuenta es emocionante, Aleksandra Andrievna —dijo Nikita Mijailovich—, porque no habría imaginado que de niña soñara usted con ser poeta. Y eso que se trata de un sueño de lo más común.

—Quizá todavía llegue a serlo, ¿no? A usted, Nikita Mijailovich, puede que le parezca raro que nuestra casa fuera lugar de reunión de toda esa gente, pero para nosotros era normal que Malévich se pasara toda una velada en el salón llamándome Ginia mientras Vasili Degtiariov tomaba té, lamía un helado de arándanos y le comentaba a mi padre la nueva ametralladora que tenía en mente, y Sergó Ordzhonikidze jugueteaba con mis trenzas y me regalaba una pulsera de cobre. Mandelstam y Ajmátova se alojaban en nuestra casa y mi padre les contó en secreto que Kírov tenía en su domicilio un frigorífico General Electric.

Ya era tarde cuando se dio cuenta de que había dicho todo aquello con el mismo tono engréido con el que les hablaba a sus amigas de los famosos que habían pasado por su casa el día anterior. Las imágenes de la infancia volvían ahora a ella, y por primera vez en mucho tiempo le daba la impresión de que podía digerir el dolor. Sí, lo habían llegado a pasar muy bien. No era justo que el triste final borrara todo lo que hubo antes. Al parecer, lo que deseaba era despertar su envidia por la casa tan animada de la que había disfrutado de niña, así que siguió narrándole anécdotas de aquellos días:

—Un día alguien contó que Pasternak le había recitado unas palabras de una carta que había escrito: «Ya no somos personas, somos épocas». Enseguida les dije que eran las palabras más bonitas que había oído en mi vida y todos opinaron que había que vacunar a la niña contra la cursilería. Lo más irritante es que no se nos permitía que nos conmoviéramos de verdad por nada, porque siempre aparecía alguien que gritaba: «¡Ya estamos con ese toque *kitsch* que mata la poesía rusa!». A veces oía un verso bonito y corría a mi habitación, cerraba la puerta, me echaba en la cama y me tapaba la cabeza con una almohada para defenderlo de sus afiladas lenguas.

Nikita Mijailovich la miraba atónito, y tras echar el aliento en los cristales de las gafas, le dijo mientras los limpiaba con la manga:

—Aleksandra Andrievna, esa historia también tiene un fin, ¿no? Renegó usted con mucha valentía de sus padres y de todo lo que habían hecho, y más tarde consiguió las confesiones de todos los miembros del Grupo de Leningrado.

Su voz, al decirlo, se había ido apagando.

—No me quedó más remedio.

—Camarada Weissberg —volvió a hablar él, ahora algo ronco—, espero que la pregunta no sea demasiado indiscreta, pero me gustaría saber si se suele arrepentir de lo que ha hecho.

—No pude hacer otra cosa. Solo me quedaba perderme con ellos o intentar seguir

con vida, por los gemelos. Me torturo, Nikita Mijailovich, pero no me arrepiento.

—Nikolai Andrievich es soldado en la división 42 del cuerpo 28 del 4.º ejército, ¿no es así?

—Sí, así es.

¿Cómo podía habersele ocurrido creer que conseguiría ocultarle a Nikita Mijailovich algo así?

—Pues entonces se encuentra destinado en la zona de la fortaleza, muy cerca de donde estamos nosotros —exclamó con entusiasmo y ella se sintió muy agradecida por la ligereza con la que había hablado de esa información que ella le había ocultado—. Podría usted presentárnoslo. Lo invitaremos a una buena cena y nos quedaremos bebiendo juntos hasta que amanezca.

—Sería muy amable por su parte, camarada Mijailovich.

—Y el otro era Vladimir Andrievich Weissberg, que murió en Finlandia.

—Sí, allí murió.

—¿Era un chico muy testarudo?

—Puede que un poco.

—He reflexionado bastante sobre todo eso, Aleksandra Andrievna —dijo muy bajito, examinándose las uñas y con cara de preocupación—, ya le dije que quiero que en estos encuentros nos digamos exclusivamente la verdad y creo que está usted en su derecho de conocer las circunstancias de la muerte de Vladimir.

Sacha apartó la mirada de él. Se sentía atada a la silla. Seguro que le iba a contar algo espantoso, el enano cotilla.

—En Finlandia pidió poder hablar con el *politruk* de su destacamento y le dijo que siempre había creído en el partido y que había sido muy activo en todas las instituciones, pero que lo que había visto últimamente lo tenía conmocionado. No entendía esta guerra ni creía que el Ejército Rojo que él tanto admiraba hubiera podido comportarse nunca de manera tan cruel con los civiles. Ya no podía decir que su fidelidad al partido se mantuviera tan fuerte como en el pasado.

Se inclinó hacia Sacha y parecía asustado por la cara que a ella se le había puesto.

—¿Prefiere no tener que oírlo?

Asintió con la cabeza para indicarle que no: no quería oírlo. ¿Ahora se le ocurría preguntárselo? Pero si ella misma podría contarle toda la historia.

—El *politruk*, por lo visto, lo apreciaba. El informe dice que todos lo apreciaban. Así que le dijo que volviera con los compañeros y no dijera ni media palabra de todo eso. Al día siguiente su hermano repitió esas mismas palabras, pero ahora ante el comandante del destacamento. Estaban en guerra, no había tiempo para nada, hicieron una pequeña investigación y les pegaron un tiro a él y al *politruk*. La versión oficial es que murieron luchando en el frente.

Se hizo un profundo silencio. Las uñas de Sacha arañaron la madera de la mesa, y las pequeñas astillas que se le clavaron hicieron que bajo ellas brotara la sangre.

—No lo entiendo, ¿quería morir?

—Del protocolo se desprende que estaba pasando por una profunda crisis de confianza en el partido y que deseaba expresarla.

—Entiendo.

—Si lo desea, le mostraré el protocolo. Lo he pedido para usted.

—No lo quiero ver.

—Como prefiera, pero se lo he propuesto con mi mejor intención.

—Nunca he dudado de sus intenciones.

Se quedaron en silencio durante un momento. Ella quería marcharse de allí, pero no se atrevía a moverse. Nikita Mijailovich jugaba con dos botellas como si fueran espadas y tenía el aspecto de un niño que, esperando un halago, se ha ganado una reprimenda. El infantilismo de los hombres resultaba tan cansino, a veces.

—Le agradezco mucho todas las molestias que se ha tomado, Nikita Mijailovich.

Aquella, realmente, fue una semana llena de noticias: dos días después de aquel encuentro, recibió una carta de Maksim en la que le contaba que Emma Rikova se había suicidado. Al instante resonó en la mente de Sacha la suave voz de Brodski: «El gulag, el frío, el hambre y el trabajo; todo lo ha superado. Pero no superará la liberación de Nadezhda Petrovna». Brodski era para matarlo, aunque había que reconocerle que era el rey de la ironía.

Aquel día anduvo vagando por la ciudad ahogada en lágrimas. Las imágenes de Emma se le agolpaban en el recuerdo, y en todas había una vivacidad que le rompía el corazón: Emma siempre buscaba algo; una víctima a la que recordarle la verdad de la que pretendía desembarazarse, un poema cuyos versos quería recordar al detalle, o un amante desaparecido.

Sacha luchaba por arrancar de su interior a Emma y relegarla a los dominios de la noche y de las pesadillas. Ese era el trato, ¿no? Hasta que liberaron a Nadezhda no había imaginado que nadie del Grupo de Leningrado pudiera reaparecer en el mundo. Todos tenían la tumba cavada y debían ir la llenando a su ritmo. En los sueños de Sacha, todos ellos aparecían ya en compañía de los demás muertos, y ahora resultaba que estaban resucitando.

Había un tema del que no había hablado con Nikita Mijailovich, ni para bien ni para mal: el comité organizador del desfile germano-soviético. Después de todo, la verdad del pasado era más cómoda que la verdad del presente. Cuando él le preguntó al respecto, Sacha le respondió veladamente que necesitaba más tiempo para concretar la idea. Todos los documentos relacionados con el desfile se hallaban bajo llave en el armario de su despacho, así que ella ponía siempre mucho cuidado en que Nikita Mijailovich se sentara de espaldas a ese armario para que no se le ocurriese la idea de fisgonear en él. El miedo a encontrarse un día con el armario forzado la acompañaba día y noche. En una ocasión, él le preguntó qué le había parecido la fortaleza, ya que había pasado allí unos días preparando el encuentro con el alemán, y

sobre todo, qué le había parecido la instrucción de los soldados.

—Ha sido una experiencia muy extraña pasar unos días allí —respondió—. Aun tan cerca de Alemania, se comporta como un pueblecito cualquiera. Hay muchísimas mujeres y niños; por la noche las parejas jóvenes pasean por los puentes del río, se esconden en los callejones o se refugian en los sótanos para tener un poco de intimidad.

—¡Pues suena muy romántico! —se rio él.

—Quizá no tanto. También he oído que hay oficiales que pasan a sus mujeres y a sus hijos al Este, porque sostienen que en caso de un ataque alemán, la fortaleza sería una ratonera, que su artillería acabaría con todos en cuestión de minutos.

Nikita Mijailovich se enfadó justo en la medida en que ella esperaba que lo hiciera:

—¡Todo el que traslade a su familia al Este y se atreva a hablar de guerra sembrando el pánico lo pagaré caro! Son órdenes de Moscú. ¿Recuerda usted, quizá, los nombres de esos oficiales?

—En eso consiste mi trabajo, en recordar.

—Estupendo, pues ha llegado el momento de fusilar a unos cuantos de esos intimidadores para acabar con esas prácticas de una vez por todas. En nuestro Óblast no hay piedad para los terroristas.

—Nikita Mijailovich, yo no tengo piedad de nadie. También a mí me irritaron mucho esos comentarios. Pueden perjudicar el desfile. Me avergonzó ver que algunos oficiales solo piensan en sus propias preocupaciones. Yo también soy de la opinión de que unos cuantos fusilamientos van a ser inevitables.

—Mañana mismo daré orden de que se ocupen de los incitadores a la guerra.

—Una acción muy necesaria —lo alentó Sacha—, todo comentario sobre una posible guerra debe ser atajado de inmediato.

Un cálido alivio pareció destensarle el congelado cuerpo: la insistencia de Maksim en que se marchara de Brest no era más que un fantasioso deseo. Si había habido la más mínima posibilidad de que Nikita Mijailovich le permitiera abandonar Brest, después de la última conversación que había mantenido con él, las posibilidades se habían reducido a cero.

Permanecieron allí sentados sin decirse nada durante un rato, hasta que ella le recordó que todavía no había recibido de Moscú el informe sobre el representante alemán de la comisión para la organización del desfile.

—Porque no se trata de una necesidad de primer orden —dijo él disculpando a los de Moscú—, hay cuestiones más importantes que atender.

—Lo comprendo, pero la información que he recibido es bochornosa y en mi opinión parcialmente equivocada: la compañía americana para la que trabajó durante años solo se nombra una vez. Y además, al final de la reunión que mantuve con el alemán, se le ocurre contarme que su padre trabajó en una fábrica militar de aviones que Junkers construyó muy cerca de Moscú a principios de los años veinte, y de

repente, mirando al cielo, exclamó tan contento: «Los aviones del Ejército Rojo que ves ahí arriba, algunos los construyó mi padre». ¡El hecho de que su padre se dedicara a montar aquí aviones de guerra no aparece en ningún lado del pequeño informe que me pasaron!

—Aleksandra Andrievna —se rio Nikita Mijailovich—, no nos va a ir nada bien si seguimos aquí hablando como si fuéramos unos intelectuales de pro. De usted, al final, siempre recibe uno un aguijonazo, ¡qué petición!

Sacha se calló, porque él era tan detallista, que cualquier observación que le hubiera hecho lo habría ofendido, y con razón.

—Lo siento —dijo con sinceridad—, es que estoy completamente centrada en los asuntos de mi trabajo, y todo lo demás me parece una pérdida de tiempo.

—A los intelectuales también les está permitido perder el tiempo de vez en cuando. Es entonces cuando se les ocurren las mejores ideas.

—¿Ya no cree usted en las «unidades de tiempo minimizadas»? —se mofó Sacha de él.

—Eso es para los demás, Aleksandra Andrievna, no para nosotros —respondió y se puso a hablar de los profesores a los que entusiasmaban sus «unidades de tiempo minimizadas» y añadió que hasta en Ucrania las estaban ya poniendo en práctica.

Cuando se cansó de hablarle de eso, pasó a su tema favorito de las últimas semanas: las constantes quejas que se recibían por la mano blanda del Ejército Rojo y por el alcoholismo de sus oficiales. Cuando Nikita Mijailovich se veía acometido por el deseo de pronunciar un discurso, resultaba imposible detenerlo y no tenía sentido intentar intervenir en él, porque incluso él mismo se contestaba a sus propias preguntas. A ella no le quedaba más que seguir allí asintiendo mientras pensaba en otras cosas. Las palabras de Nikita se parecían mucho a las que había pronunciado Maksim durante su última visita a Brest. Maksim solía verse a menudo con militares y le gustaba ponerse al día de los últimos acontecimientos con los servicios de inteligencia, pero se había quejado de la debilidad de algunos mandos y estaba furioso por el hecho de que la nueva línea fortificada pasara tan cerca de los alemanes, porque no hubiera franjas de seguridad y porque los búnkeres no estuvieran camuflados, de manera que los alemanes podían apuntar directamente a las ventanas. En caso de ataque, pues, todos estarían condenados a muerte.

El silencio que entonces se había hecho entre los dos mostraba que ambos se imaginaban ya el Óblast en llamas. Sacha veía el cielo lleno de cenizas y un muro de fuego serpenteando hacia la ciudad a un ritmo huracanado.

Y eso que Maksim añadió algo parecido a: «Déjalo, querida, no hablemos de cosas deprimentes, ese viejo todavía nos enterrará a los dos, porque hace ya mucho que se habla de una guerra sin que pase nada».

Esas palabras salidas de los labios de Maksim pretendían tranquilizarla. Pero a ella, un posible ataque alemán la tenía tan asustada porque sabía que resultaría imparables, que prefirió dejarse llevar por el protector tono de voz de él.

—Garantízame que a Kolia no le pasará nada.

Maksim la abrazó, y por el temblor de sus párpados se dio cuenta de que le sorprendía que ella se portara de una manera tan infantil ante algo tan crucial. Quizá también estaba intentando recordar si la había visto tan mimosa alguna vez en el pasado. Desde luego que desde que se habían casado, no.

¡Lanza la caña del recuerdo mucho más lejos, Maksim!

*Lublin, marzo de 1941*

La plaza estaba llena de gente, de carros y de maletas; las palomas habían desaparecido, no terminaba de amanecer y Thomas se apresuraba hacia la estación del ferrocarril. Los últimos rastros de nieve se habían derretido, y una persistente lluvia acosaba a la ciudad día y noche. En las calles había muchísimo movimiento: de las callejuelas más estrechas, de los patios de las casas, de los pasajes, asomaban hombres y mujeres cargados con bultos, muchachos arrastrando carros con una cuerda, mulas con las alforjas repletas, niñas tirando de maletas, niños empujando sacos de tela llenos de objetos de plata que tintineaban al golpear la calzada como un coro de platillos. Un carro llevaba un sillón estilo Luis XV de altísimo respaldo, cuadros, un armario rococó, una lámpara de araña polvorienta y un escritorio con incrustaciones de plata.

Los judíos eran conminados a marcharse de Lublin y buscarse un lugar nuevo de residencia. Los anuncios del aviso con la orden del gobernador del distrito estaban fijados en todos los edificios de la ciudad: antes del 15 de abril se habría establecido el gueto en el barrio judío y en él podría vivir un máximo de veinte mil de ellos. Los demás debían buscarse otro lugar de residencia dentro de los límites del distrito de Lublin: sobraban pueblos y villas en los que establecerse. Las casas que los judíos abandonaran serían entregadas a los polacos, «que quizá no nos quieran demasiado —se había reído Frenzel el día anterior—, pero saben apreciar el hecho de que les quitamos de en medio a los judíos, algo con lo que llevan soñando unos cuantos siglos».

Frenzel andaba más contento que un niño con zapatos nuevos: su operación se estaba llevando a cabo dentro de un orden ejemplar y ya se había granjeado «palabras de elogio y admiración» por parte de Globocnik, comandante de las SS y jefe de la policía. El día anterior por la tarde invitó a Thomas a la Deutsche Haus para compartir con él «la botella de vino más excelente de todo el distrito de Lublin».

—Tal y como se merece —se apresuró a alabarlo—, porque el Judenrat nos brinda una ayuda vital, sobre todo su vicepresidente, el doctor Alten. El consejo que me dio usted de colaborar estrechamente con ellos y hacerles creer que llevamos



juntos la operación se ha revelado como una idea más que brillante. Y eso que me ha costado bastante venderles esa terminología un tanto exagerada como es llamar a esto «Reasentamiento voluntario»...

—Porque no lo ha dejado en mis manos... —se burló Thomas.

Frenzel se mostró magnánimo y asintió, añadiendo con regocijo:

—La colaboración con ellos, sin ningún lugar a dudas, ha engrasado bien la maquinaria, porque todos los miembros del Judenrat han sido de lo más eficientes y obedientes y no nos han dado la lata con la típica cantinela propia de los europeos del Este. El Judenrat les paga el viaje a los que se marchan y ha puesto mucho cuidado en que los judíos que se quedan en la ciudad se presenten a sus trabajos... ¿Sabe cuándo me di cuenta de que su idea había sido una genialidad? El día en que las mujeres judías organizaron grandes disturbios porque sus maridos no regresaban de Bełżec. El Judenrat y la policía judía repusieron el orden con rapidez y firmeza. Nosotros, por el contrario, no tuvimos que mover un dedo. Entonces fue cuando comprendí el potencial que tenemos en ellos. Incluso la operación limpieza que ellos mismos decretaron sobre su barrio ha sido un éxito. Está claro que el Judenrat deja en Lublin a los más potentados para que paguen los impuestos y mantengan a los demás judíos que se quedan. Pero eso es ya asunto de ellos. Con los judíos que se marchan voluntariamente nos portamos con respeto, tal y como usted nos aconsejó, y no hago más que repetir esa orden por donde voy. Se les permite llevarse sus bienes, sin límite de peso, y que tomen el tren. En el marco del «Reasentamiento voluntario» nos hemos deshecho en un par de días de miles de judíos y según mis cálculos al final llegaremos a los doce mil, y todo dentro del orden más absoluto. De aquí a un año, como mucho dos, Lublin será una ciudad *judenrein*<sup>[48]</sup>.

Thomas cruzó la calle y empezó a echar cálculos. Ayer Frenzel estaba tan absorbido por el asunto de los judíos que no encontró momento apropiado para aclararle que una botella de vino en la Deutsche Haus no era agradecimiento suficiente. Para expresarle auténtica gratitud a su consejero secreto lo que tenía que hacer Frenzel era implicarse a favor del desfile.

Durante las últimas semanas había estado muy ocupado hasta altas horas de la noche, con todas las ideas que se le agolpaban en la cabeza referentes al desfile. A diario le surgían innumerables «asuntos no resueltos» que lo llevaban a un estado de actividad febril tal, que llegaba a comparar su cerebro con un coche de carreras (le gustaban los modelos de Mercedes Benz) que se había quedado sin frenos y volaba entre las instituciones del Reich buscando desesperadamente algún socio.

Al mediodía tenía que encontrarse con Schumacher en Cracovia para «tomarse un trago como dos viejos amigos». Entonces Thomas lo haría partícipe de su secreto, se jactaría de los nuevos contactos que había hecho, de la importancia de su misión y le comunicaría que había decidido nombrarlo persona de confianza del desfile germano-soviético en el Ministerio de Economía y Hacienda con el fin de que le buscara apoyos entre los industriales que tuvieran influencia sobre el *Führer*. Aunque para su

desgracia, el destino del desfile no dependía de Schumacher, sino del Ministerio de Asuntos Exteriores, y como así era, esperaba que el aficionado de Ribbentrop viera en el acuerdo con la Unión Soviética su mayor logro y lo defendiera.

Thomas les había escrito sendas cartas a Karl Schnure y a Martin Luther, mostrándose muy orgulloso de los avances que habían tenido lugar en la primera reunión del comité organizador del desfile militar y profetizando que la iniciativa de la consecución de la paz sería considerada por la historia como uno de los mayores logros del siglo xx...

Frenzel era de la opinión de que en el Ministerio de Asuntos Exteriores no confiaban en el desfile, pero a la semana Thomas le enseñó una carta personal firmada de puño y letra por Martin Luther en la que este expresaba su asombro ante las ideas de su amigo Thomas Heiselberg y lo animaba a «trabajar sin descanso por el desfile, que goza asimismo de todo el apoyo del entorno del *Führer*». Frenzel quedó muy impresionado y no sospechaba nada...

Pero ¿cómo podía avanzar sin contar con unos aliados realmente poderosos en el ejército? Tenían que dirigirse a los altos mandos de la Wehrmacht que habían aprendido la lección de la historia y que por eso se oponían con contundencia a una guerra abierta en dos frentes... ¿Y las SS? Una vez Frenzel hubo leído la carta de Martin Luther, le brindó su ayuda. Y a pesar de todo, Thomas pensó que quizá estuviera molestando al joven oficial en vano, porque no confiaba en que este tuviera acceso a contactos tan altos.

Y en cuanto a Göring: la semana anterior le escribió una carta a Kresling «referente a un asunto secreto de máxima importancia» en la que le decía que había aprendido la lección y que consideraba justo el castigo que le habían impuesto. De momento no había obtenido respuesta.

A ratos, cuando conseguía tranquilizarse un momento, Thomas reconocía que a medida que avanzaban los días, las posibilidades de que el desfile se fuera a celebrar disminuían. Era descorazonador: le habían puesto en las manos un evento histórico de altísimo vuelo, lo habían tentado con un proyecto con el que podría realizar su sueño de ser alguien, y sin que nadie lo molestara (excepto la pequeña Weissberg), sin el peso de todos los sacos de plomo que toda clase de Wellers y de Mailers le echaban siempre a la espalda, y ahora resultaba que los muy cabrones lo dejaban en la estacada, que nadie en el Reich respondía a sus demandas, además de que posponían la segunda reunión del comité organizador para el mes de abril. Pero en lugar de dejarse llevar por la desesperación, Thomas se juró que a partir de ahora pondría más empeño en aquella empresa, que movería cielo y tierra tendiendo trampas por donde hiciera falta, propagando rumores, y puede que hasta hubiera llegado el momento de tomar alguna medida mucho más extrema.

Una judía de pelo gris y embutida en unos jerséis descoloridos se le dirigió en polaco:

—¿Dónde se obtiene el permiso para los objetos que están depositados en los

almacenes?

Él le hizo señas con el dedo de que no entendía polaco. Por su culpa se le vino abajo la enorme torre de ideas en la que llevaba pensando durante el último rato y que había planeado anotar en el cuaderno en cuanto se sentara en el tren. Respiró profundamente y miró al cielo. Los tejados de los edificios se mezclaban con el gris de las nubes, unos pájaros volaban a través del negro humo de las chimeneas, se veía a la gente asomada a los balcones de madera y agarrada a las oxidadas barandillas de hierro. Dos policías entre los que dormitaba un pastor alemán llamaron a la chica joven que se había acercado a ayudar a la vieja judía que acababa de importunarlo.

La muchacha era alta y fornida. Los policías volvieron a darle la orden de que se acercara y su madre la empujó hacia allí, pero ella se detuvo, sentó a la anciana en el borde de la acera y le colocó bien la bufanda alrededor del cuello. Todo lo hacía con mucha calma, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Los policías volvieron a gritarle, el perro se levantó, estiró las patas traseras y hasta Thomas se puso tenso y pensó para sus adentros: «¡Muévete ya de una vez!».

Pasó por delante de él. Estaba muy bien vestida y llevaba sobre los hombros una manta azul celeste. Siguió andando muy erguida y a él ni lo miró.

Uno de los policías le gritó en polaco:

—¡Quítate el sombrero! ¿No has visto que te has cruzado con un alemán?

La chica le contestó que en los últimos avisos a la población se decía que estaba prohibido quitarse el sombrero. Lo dijo en un tono insolente y Thomas tuvo la esperanza de que los policías no se hubieran dado cuenta.

Un policía polaco con cara de niño aspiró humo del cigarrillo y se puso a toser ante el regocijo de sus compañeros. Recuperado de la tos le gritó a la chica:

—Rosa Heiler, que sepas que ya no estás en la biblioteca, ¡larga ese sombrero de la cabeza! —y dicho esto cuchicheó algo con sus compañeros.

—La bibliotecaria Rosa Heiler —exclamó otro policía, y Thomas se detuvo en seco.

La chica parecía ahora perdida, el rubor le teñía las mejillas, y se limitó a murmurar en polaco:

—¿Qué sombrero? No llevo ningún sombrero.

Deshizo el nudo del pañuelo y el viento le revolvió la cabellera negra que ahora le tapó la cara. Unos mechones plateados delataron que ya no era tan joven.

—¿Así está bien? —les gritó a los policías sujetándose el pelo con la mano y apresurándose hacia donde estaba su madre con la intención de llevársela de allí.

—¿Ya te vas? ¡Te hemos dicho que te presentes aquí y de inmediato!

La mujer se volvió con desgana y fue hacia ellos.

—Esta asquerosa judía siempre se ha comportado como si fuera algo especial —gritó el policía joven—. Rosa Heiler, quiero que me recomiendes un libro.

Thomas se acercó a la anciana que se encontraba ahora sentada en la acera y le vio la piel de la cara muy arrugada y de un tono pardo. En cuanto entendió que

Thomas no era peligroso, perdió el interés por él. En ese instante Thomas oyó un grito desgarrador detrás de él y vio que los ojos de la anciana se abrían desorbitados y que la cara se le deformaba en una mueca de espanto. Haciendo un gran esfuerzo y poniéndose muy roja, intentó levantarse del suelo, pero no pudo. Al otro lado de la calle Rosa Heiler estaba tendida en la acera y las porras de los policías polacos subían y bajaban. El policía joven apoyó la bota en el vientre de ella, tanteó con las manos hacia atrás hasta que se agarró a los barrotes de una ventana y entonces levantó el otro pie y le dio una patada en la cabeza. Todo eso sucedió en un par de segundos.

Thomas reaccionó. Cruzó la calle y se abalanzó contra el grupo de policías empujándolos hacia un lado y gritando que era amigo personal de Globocnik.

Ellos lo empujaron, una de las porras le descargó un golpe en el brazo, el dolor le hizo soltar una carcajada, había un fuerte olor a vómito, el asfalto se llenó de manchas negras porque empezaba a llover.

Uno de los policías blandió la porra frente al rostro de Thomas.

—¡Pégame, perro polaco —gritó él—, y antes de que anochezca estarás muerto!

Algunas personas empezaron a acercarse a ellos desde el hotel Europa, colindante con la sede del Ministerio de Propaganda. Uno que iba vestido con el uniforme de oficial de las SS lo sujetó por los brazos.

—¡Quítame las manos de encima! —gritó Thomas.

—¡Tranquilícese, cálmese de una vez!

Thomas se sacó un documento de identidad del bolsillo y casi se lo puso al oficial en la cara:

—Pregúntele por mí al *Sturmbannführer* August Frenzel de la oficina de Globocnik.

—¿En qué departamento está usted?

—En ninguno. Me ocupo de unos asuntos de los que usted quizá no oirá hablar hasta dentro de diez años.

El oficial puso cara de quien no parece demasiado impresionado y se quedó mirando largamente el carné que Thomas le había tendido.

—¡Devuélvame la documentación, insolente!

Dos policías sujetaron a la madre de Rosa Heiler y la arrastraron hacia un grupo de judíos que estaban sentados en la plaza. Un niño pequeño se acercó a ella pero su padre salió corriendo tras él.

—Yo soy el ideólogo del plan de evacuación de los judíos —gritó Thomas. Le ardía la cara y tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano por dominar el cuerpo—. ¡La orden era que se tratara a los judíos dignamente! ¡Exijo que a estos indeseables se les abra un expediente!

—Claro, está usted en todo su derecho de hacer sus alegaciones.

—¡Deshonra usted el uniforme que viste! —le escupió Thomas en la cara.

El oficial se inclinó hacia él. La furia que mostraba se contradecía con un extraño gesto que parecía buscar que sus compañeros lo contuvieran.

Uno de los policías agarró el cadáver por la cabellera y lo arrastró hacia un carro. La cabeza se le fue hacia atrás y el cuello quedó al descubierto. La lluvia limpió de sangre el cuello y un corte profundo apareció en él.

Ahora los compañeros del oficial lo sujetaban y él se retorció como si pretendiera soltarse.

—Le apuesto lo que quiera a que no se me acerca —masculló Thomas, intentando en vano dominar el temblor que le sacudía el cuerpo de arriba abajo.

El cadáver de la joven reposaba ahora en el carro y tenía el aspecto de un trozo de carne colgando del gancho de un carnicero. El carro arrancó y el cuerpo rodaba de un lado al otro golpeándose contra los bordes. Los policías se reunieron con sus compañeros: seguían apoyados en el muro de la iglesia, que, como tantas otras, tenía una hermosa torre de color verde.

El oficial de las SS y Thomas zanjaron el asunto con cuatro frases, como quien no quiere la cosa. El oficial le dijo a Thomas que él no tenía nada que ver con el incidente y recalcó que los policías polacos oían constantemente que en el este de Polonia, bajo gobierno soviético, los judíos perseguían a los polacos con gran crueldad y que por eso no era de extrañar que estuvieran furiosos. Thomas, a su vez, aseguró que no pensaba interponer ninguna demanda. Se despidieron sin más y el oficial desapareció por la plaza.

Una voz que brotaba de un megáfono advertía a gritos a los judíos que en breve los iban a llevar en unos carros hasta la estación del ferrocarril y que cualquier judío que se atreviera a acercarse de nuevo a la ciudad de Lublin sería fusilado de inmediato.

El cielo de la ciudad se aclaró. Los cerrojos se abrieron en las persianas de las tiendas, las luces de los escaparates se encendieron; una camarera con delantal blanco les servía el té a dos jóvenes. Uno de ellos prendió un cigarrillo, el otro empezó a espantar el humo con la mano y los dos se rieron. Una señora se puso a la pequeña cola que había a la puerta de la farmacia. La lluvia arreció y le lavó a Thomas el sudor que le corría por la cara. Tenía los bordes de los pantalones endurecidos por el barro. Había perdido el tren.

## *Brest, abril de 1941*

Una escuadrilla conjunta sobrevolando Brest era una idea estupenda. A la gente en general, y a los niños en particular, les encantan los aviones.

Y la verdad es que todo ese asunto de la paz entre los dos ejércitos le gustaba tanto, que a veces se quedaba un buen rato mirando los bocetos que había hecho a lápiz —en breve pasaría a dibujar en grande los planos definitivos— deleitándose con su belleza y sin poder apartar los ojos de ellos.

Los ejércitos se asentarían en la inmensa llanura que había a las afueras de la ciudad, siguiendo el modelo ruso-austriaco que le fue presentado a los dos káisers antes de la batalla de Austerlitz. Los dos ejércitos se fueron desplegando en un orden muy parecido: a la vanguardia la caballería, por detrás de esta la artillería y finalmente la infantería.

Claro está que la caballería sería sustituida ahora por tanques y habría que contemplar alguna adaptación más, acorde a los tiempos, pero en líneas generales la ceremonia del desfile de 1941 sería muy similar a la del desfile de 1939. Los soldados vestirían uniforme de gala con sus correspondientes insignias y condecoraciones. La imaginación de Sacha veía siempre, en todos los jóvenes soldados que estarían allí formando en la llanura, algún rasgo de Kolia. A veces lo imaginaba allí muy erguido, como un dandi, y junto a él los soldados enjutos y manchados de barro que vio en el campamento, con sus incipientes barbas de púberes, tensos pero bromeando, cortando el aire con las espadas y sin temer a la muerte.

Maksim, la única persona a la que había revelado su secreto, opinaba que la primera fase del programa, lo de imitar la formación militar que había precedido a la derrota de Austerlitz, era un error, y que lo que tenía que hacer, justamente, era evitar los parecidos. La respuesta de Maksim, además, fue que creía que no habría ningún desfile. La guerra estallaría en cuanto la tierra se secara, seguramente por mayo, y no podía haber nadie que tuviera ojos en la cara y estuviera viendo los movimientos del ejército alemán que no lo entendiera. Las agencias de información soviéticas de todo el mundo, desde Suiza hasta el Japón, estaban inundando el Kremlin de pruebas

contundentes acerca de las intenciones de los alemanes: tan solo durante el último mes los agentes de Markolov de la NKGB<sup>[49]</sup> habían reunido centenares de pruebas de las intenciones de ataque de los alemanes. Corrían rumores de que incluso los proyectos de las operaciones más secretas de los alemanes habían llegado a oídos del Ejército Rojo. Todo ese asunto del desfile no era más que un ridículo truco que, sin embargo, quizá debían seguir inflando con la remota esperanza de evitar la guerra.

El atrevimiento de Maksim de escribir tan abiertamente en sus cartas sobre unos asuntos que si se descubrían, aunque tomaba extremadas precauciones, habrían supuesto su fin, era una prueba más de sus denodados esfuerzos —a veces acompañados de un tono chantajista, de súplica, de mando o incluso infantil— por sacar a Sacha de Brest. «Todas las personas inteligentes de tu Óblast están enviando a las mujeres y a los hijos hacia el Este, y tú vas y te enamoras de un desfile. Te ruego, querida, que atiendas a mis súplicas».

Cuanto más desesperado estaba, más se le escapaban en las cartas estados de ánimo que antes jamás se hubiera atrevido a revelar:

*Entiendo tu proceder. El corazón te dice que es preferible morir por el chico o morir con él, que vivir. ¿Crees que no comprendo los horrores por los que has pasado? Te he apoyado y aconsejado lo mejor que he sabido para ayudarte a salir del negro pozo en el que se sumió tu espíritu. Todos vagamos por un laberinto, absolutamente todos los seres humanos, y ni que decir tiene los miembros del NKVD, pero en tu caso fue realmente espantoso. Aquella primera noche ya, cuando me presenté en tu habitación y te expuse mi plan para que sobrevivieras, te dije abiertamente: la persona nueva en la que te vas a convenir no será mejor que la anterior, porque se tratará de una persona a la que se le va a exigir que cometa actos execrables. Esas son las condiciones del trato.*

*Después te aferraste al plan como si en realidad estuvieras ayudando al grupo de tus padres y gracias a ti las penas que recibieron fueron menores. Cuando me di cuenta de cómo reelaborabas lo sucedido a tu gusto, me llené de esperanza, te animé a seguir por ese camino y te proporcioné las pruebas necesarias para que creyeras que esa era la verdad. Pero en mi interior siempre temí que aquello no fuera más que un clavo ardiendo al que te aferrabas para no venirme abajo. De sobra sabes que las personas creemos que somos capaces de luchar contra el deseo de sobrevivir, pero las malas pasadas que nos juega la mente no nos pueden engañar para siempre. Somos meras máquinas de sobrevivir y deberíamos reconocerlo.*

*Supuse que con el paso del tiempo la impresión del primer golpe iría cediendo, que dejarías de desmentir que quieres vivir. Eres demasiado inteligente, Sacha. Te lo dije el día que nos conocimos en el instituto cuando íbamos a cuarto. Seguí con temor la transformación de esa culpa que sientes*

y que vacía tu cuerpo de vida. Tenía la esperanza de que hasta que el cascarón se resquebrajara por completo, hasta el momento en el que comprendieras fríamente el alcance de tus acciones, quizá habría regresado ya uno de los gemelos, o habríamos tenido hijos, quizá habrías vuelto a amarme, o quizá tu espíritu habría inventado cualquier otro motivo por el que vivir. Te juro por mi honor, querida, que la única razón por la que te he propuesto que tengamos un hijo es por ti, no por mí.

Querida, ¿recuerdas que te conté durante las vacaciones que pasamos en Sochi que Stepan Kristoforovich nos animaba a que tuviéramos un hijo? En honor a la verdad, el segundo tema que tratamos en aquella reunión fue el de los gemelos. Los dos nos esforzamos todo lo que pudimos para ayudarlos. Aunque reniego de todas las barbaridades que cometió ese embustero y me subleva la porquería que los de su calaña le echan a nuestra organización, tengo que reconocer que todo lo que intentó hacer por ti merece mi admiración. Te deseaba febrilmente, siempre se lo vi en los ojos. En aquella reunión el intrigante mayor me dijo asimismo que había logrado con todo tipo de triquiñuelas que el ejército reclutara también al flaco. Más tarde supimos que a los gemelos los separaron el mismo día de su detención, cuando aún se encontraban en Leningrado. Con Vlada todo fue mucho más fácil: vieron que estaba hecho de muy buena madera, así que bastó con una pequeña falsificación en su carné de identidad para reclutarlo. El flaco, sin embargo, estaba destinado a morir enterrado en cualquier reformatorio. La otra noticia fue que Vlada había muerto en Finlandia.

Y como no vi ninguna señal de arrepentimiento por lo mal que se había comportado contigo ese traidor, no recordaré aquí su nombre. ¡Con mis propias manos le eché su cadáver a los perros! Decidimos que hablaríamos antes de cómo darte la noticia cuando volviéramos de las vacaciones, me refiero solamente a la noticia del flaco, claro está. Pero cuando volvimos de Sochi, Stepan Kristoforovich ya había caído en desgracia y hasta él sabía que estaba acabado. Por eso hizo lo que pudo para alejarte de la ciudad y que te vieras con Kolia. Pero a mí no me habló de ello.

Querida, quiero volver a aquella noche que fui a tu casa después de que los hubieran detenido a todos. Pasaron varios días hasta que tomé la decisión de hacerlo. Lo reconozco, ¡tenía miedo! Sabía perfectamente lo furiosos que estaban en la organización con tus padres y con el Grupo de Leningrado. ¿Avivé, aquella noche, tus ganas de vivir? ¿O quizá, justamente porque te amaba, debería haberte dejado morir en la cama de tu niñez? La cama en la que te toqué con contención, asfixiado de deseo, los labios tanteando los cuadernos del instituto y lamiéndote la piel: créeme, ¡yo odiaba el instituto! Me habría marchado mil veces si no fuera porque tenía la esperanza de acariciar, aunque solo fuera un momento, un milímetro de tu piel. ¿Te



*acuerdas de nosotros en tu habitación? Con un ojo en la puerta y helándonos la sangre en las venas al menor ruido que oíamos, alisándonos la ropa y el pelo mientras tú te reías y me decías: «Maksim, ¡mi padre te acabará encerrando en el frigorífico del laboratorio!».*

*Quizá tendría que haber esperado hasta que hubieras resuelto por ti misma decidirte por la vida. Pero no lo hice y arriesgué el cuello por nosotros, no por ti, sino por ambos, a partes iguales. Y ahora que seguimos con vida, me siento desesperado. Piensa en tus padres; un día saldrán libres y volverán a Leningrado. Son muchos los que están volviendo. Vuestra poetisa, por ejemplo, ha regresado. ¿Y qué regalo van a recibir a su regreso? ¿Tres tumbas? Y en cuanto a nosotros, ¿qué más puedo decirte ya para que intentemos llevar una vida en común? Te juro que tendremos unos hijos maravillosos. Podemos esperar todavía unos tres o cuatro años, porque siempre nos olvidamos de lo jóvenes que somos.*

La primera imagen que le vino a la mente al terminar de leer la carta procedía de un tiempo lejano: Sacha de niña hundiéndose en la nieve y su padre jurándoles que tenía al verano encerrado bajo llave en el sótano y que esta vez no pensaba sacarlo de allí. Todos los hijos creen a sus padres. Ella no quería tener un hijo que la creyera. Ni tampoco que creyera a su marido. Y además, no entendía por qué Maksim se empeñaba en ignorar las pruebas: ¿no había promulgado una orden bien clara, Nikita Mijailovich, según la cual serían tratados con mano de hierro todos aquellos que huyeran hacia el Este? ¿Y no le había encargado a ella la organización del desfile militar? Ante estas evidencias, no había excusa posible para volver a Leningrado.

*Maksim, te haces demasiadas ilusiones. Aunque el amor es un noble sentimiento que empuja a soñar, en estos tiempos que corren es preferible mantenerse en guardia ante las dos cosas. Te prohíbo que des ni un solo paso con el fin de que me trasladen a otro lugar. De Brest me marcharé solamente llevándome a Kolia de la mano. Y en cuanto al pasado, no existe mancha alguna en tus acciones, puesto que siempre te comportaste con honorabilidad y valentía. Tus observaciones, sin embargo, son solo acertadas en parte. El sentimiento de culpa no ha sido el móvil más importante de mi manera de actuar y lo que ahora te pido es que en tus canas seas más concreto. Tengo toda la concentración puesta en la misión que se me ha encomendado, y los recuerdos me debilitan. Si llegamos a viejos, ya habrá tiempo para los recuerdos.*

Al final de la carta añadió unas cuantas líneas, pero después decidió borrarlas:

*He recibido una carta anónima de Leningrado. Un poema de Nadezhda P. en el que ensalza la figura imaginaria de una tal Morózova, hermana gemela de Pavlik Morózov. Morózova entregó a su padre, un crítico literario que incitaba a los estudiantes contra el partido, y a su madre, una simpática ama de casa que no entendía nada de literatura pero que lo veía todo y callaba. Ni siquiera ahora ha dejado de perseguirme y hasta se permite humillar a mi madre, como si no bastara con la catástrofe que nos trajo a todos. Se pasea libremente por la calle, de fiesta en fiesta, perfumada, pavoneándose, escribiendo, mientras todos han muerto o están prisioneros. ¿Quieres proteger a tu mujer, Maksim? ¿Quieres demostrar que eres el hombre que te jactas de ser? Quiero a esa mujer muerta. ¡Muerta! ¿Lo entiendes? ¡Quiero ver muerta a esa puta!*

Cada vez que recibía carta de Maksim tenía la esperanza de que hubiera adivinado lo que ella quería, que lo entendiera todo y hubiera hecho lo que tenía que hacer. Los detalles a ella no le interesaban. Solo quería oír que aquella mujer había regresado con los muertos. Pero una y otra vez, cuando cedía a la tentación de leer alguna de sus cartas, se arrepentía de no haberla quemado. En lugar de la información que esperaba, él no hacía más que avisarla de la inminente guerra.

A veces se despertaba sobresaltada por si mientras dormía ya había sucedido algo. Entonces se levantaba y corría hacia la ventana por si veía algún movimiento en la posición del ejército alemán —las siluetas de los aviones, las marcas de las orugas de los tanques, alguna fogata—, y luchaba contra el deseo de ponerse el abrigo y correr a la fortaleza. En lugar de eso, solía quedarse descalza junto a la ventana con el frío de los pies trepándole por el cuerpo y mirando fijamente aquella oscuridad que ocultaba el mal que la rodeaba. Solo cuando los primeros jirones descoloridos de la aurora asomaban en el cielo, el temblor cesaba y ella salía corriendo de la pequeña habitación, se sentaba en el despacho, cohibida todavía por los temores nocturnos, y se sumergía de nuevo en sus bosquejos y proyectos.

Dejó de pasear por las calles porque Brest se había vuelto una ciudad abominable a sus ojos. Cada vez que salía encontraba en la ciudad una actividad cada vez menor, por causa del miedo. En las tiendas escaseaban los sacos de harina, se habían agotado la sal, el jabón y las cerillas, y en el Departamento de Finanzas les informaron de que los habitantes locales se estaban empezando a deshacer de los rublos. Los soldados del Ejército Rojo se quejaban de que los sastres, los relojeros y los zapateros tardaban en entregarles los encargos: «Los muertos inminentes no necesitan relojes», dijo un comerciante detenido e interrogado. Fue fusilado al instante.

No pasaba un solo día sin que surgiera un nuevo rumor: la guerra ya ha empezado, Alemania ha invadido las Islas Británicas, durante la Gran Guerra los alemanes castigaron a los niños belgas cortándoles las manos... Los despachos se llenaron de incesantes informaciones acerca de ciudadanos que se habían encontrado

con esbeltos espías alemanes vestidos con traje de verano. Uno de los zapateros de la ciudad escribió al Gorkom diciendo que había estado sentado detrás de un espía alemán en un club de obreros del ferrocarril y en el teatro, y que después el hombre se había subido en un tren con destino a Moscú. Decían que las mujeres de Brest bailaban con unos hombres muy guapos y discretos que usaban guantes blancos y que los agentes alemanes habían envenenado el agua de los pozos. Por las tardes se organizaban bailes en el parque 1 de Mayo y con el tiempo Sacha comprendió que había que presentarse por allí de vez en cuando, porque estaba lleno de oficiales borrachos con una información de lo más interesante. Un oficial del GRU que bailó con ella le contó que su papel consistía en perseguir a las ovejas europeas y que informaba directamente a Gólikov, cabeza principal del GRU.

—No me hables en lenguaje cifrado —le susurró ella pellizcándole los brazos.

—Pero si de verdad que persigo ovejas —le aseguró él jadeando—, y no dejes de pellizcarme, por favor... Es muy sencillo, en realidad. Si Hitler decide atacar, tendrá que ordenarle a su industria que fabrique millones de abrigos de lana para los soldados. Entonces la carne de cordero bajará y el precio de la lana se disparará... Pero de momento no hay ninguna señal de que eso esté pasando.

Muy satisfecha apoyó la cabeza en el hombro de él: seguro que Maksim no sabía lo de las ovejas.

Nikita Mijailovich escuchó las opiniones de Sacha con mucha paciencia y le dijo que en su modesta opinión el ambiente de la ciudad era muy bueno y que donde haya gente, siempre habrá rumores. A él no le parecía factible un ataque inminente. Y ahora le iba a revelar un gran secreto:

—Altas instancias del servicio de inteligencia aseguran que los movimientos del ejército alemán junto a la frontera se deben a que se preparan para el discurso que va a pronunciar Hitler para exigimos que traspasemos Ucrania y parte del Cáucaso a Alemania, además de pedirnos poder valerse de la flota soviética contra Inglaterra. Si el gobierno de la Unión Soviética se niega a ello, entonces sí es muy posible que Alemania declare la guerra. En cualquier caso, tendremos tiempo para prepararnos.

Sacha le respondió que estaba completamente de acuerdo con esa versión pero que de todos modos creía que había que cerrarles la boca a los agoreros de la guerra.

—Últimamente, siempre que nos vemos, me instiga usted a que lleve a cabo unas cuantas detenciones —bromeó él con cara de descontento—; menos mal que ahora está entretenida con la organización del desfile, porque de lo contrario ya no quedaría nadie en la ciudad.

Sacha le dictó un artículo al editor del periódico *Zarija* en el que se burlaba de los que propagaban todo tipo de rumores y miedos referentes a una posible guerra entre la Unión Soviética y los aliados de Alemania en lugar de luchar por una sociedad mejor. En la misma página apareció publicada una entrevista a una chica de dieciséis años, hija de uno de los principales del Obkom, en la que presentaba sus planes de futuro bajo el titular: «Seré ingeniera». Sacha recordó entonces que cuando estaba en

el último año de instituto también ella había cedido a las peticiones de su padre y se dejó entrevistar por un periódico de Leningrado que tituló la entrevista: «Seré física y por las noches escribiré poesía».

\* \* \*

Después de que le pasara a Thomas Heiselberg el nuevo plano de la ciudad, todavía se cruzaron unos cuantos telegramas. Decidieron que en la próxima reunión cada uno presentaría su plan al completo. El representante alemán mostraba en sus cartas unas ideas absolutamente megalómanas e inconsistentes por principio: quería que el desfile tuviera el aspecto de una «Exposición universal»; exigía que en Brest se construyeran unos gigantescos pabellones y que «el pabellón del siglo XX» fuera «el corazón batiente de todo el evento»; fantaseaba con una especie de tranvía que transportaría al público de un pabellón al otro y con un sistema de iluminación que mantendría alumbrada la ciudad de Brest durante toda la noche... Sacha confiaba en que cuando Thomas Heiselberg se diera cuenta de que esas ideas no podían materializarse más que en su imaginación, se avendría a aceptar el plan de ella.

El desfile que Sacha había planeado constaría de varias fases:

1. A una hora bien temprana tendría lugar la formación de las tropas en una gran explanada y los altos mandos pasarían revista.
2. Desfile por las calles más céntricas de Brest.
3. Al atardecer se representaría un simulacro de guerra simbólica en la fortaleza.

Los ciudadanos disfrutarían de un cielo lleno de bengalas y explosiones de fogeo y el evento se disolvería dentro de un ambiente de gloria y de misterio a la vez.

El plan estaba bien atado con el hilo de la continuidad histórica: por la mañana trataría del gran pacto de Rusia, Alemania y Austria contra Napoleón; por la tarde el tema sería la paz que proclamarían los dos países en la fortaleza resaltando el papel que había jugado Rusia en la Gran Guerra; y entre medias se aludiría al desfile anterior, simbolizando el pacto y las nuevas zonas de influencia de ambos países. ¿No era perfecto?

La última carta que había recibido del alemán la tenía, sin embargo, preocupada. Para empezar le comunicaba que posponía la reunión para finales de abril, retraso que hacía peligrar el desfile al completo. El momento óptimo para celebrar el desfile era entre junio y septiembre, y como un evento de ese calibre exigía muchísima preparación, podían no llegar a tiempo y verse obligados a celebrarlo en 1942, corriendo el riesgo de que para entonces el mundo hubiera cambiado mucho. Y había algo más que le resultaba extraño a Sacha: el tono reservado que Thomas Heiselberg había mostrado durante el primer encuentro se había transformado en una gran insistencia por intervenir en el signo del desfile: «La imaginación, *Mademoiselle*

Weissberg, es un bien escaso entre los diplomáticos. Así que, modestia aparte, creo que soy la persona indicada para dirigir el Departamento de Imaginación del Desfile».

Cuanto más se acercaba la fecha del encuentro, más firmemente creía Sacha en su propio plan, aunque por otro lado, en lo referente a cómo tratar al representante alemán, no conseguía avanzar nada. ¿Tendría que enfrentarse por separado a las múltiples personalidades de él? En su trabajo se había encontrado en no pocas ocasiones con individuos de personalidad compleja. En su opinión no eran capaces de dominarse, es decir, que no se trataba de una estrategia destinada a confundir al interrogador sino que libraban una lucha que los torturaba a ellos mismos. El trabajo del interrogador se complicaba cuando hablaba con ellos, porque ni siquiera en lo más profundo de su conciencia habían podido decidir si eran culpables o no. Algunos de ellos incluso creían las dos cosas, que eran inocentes y culpables a la vez, y que cualquier característica que hubieran visto en cualquier otro ser humano podían tenerla ellos también. Las personas que acarreaban este problema estaban tan confundidas como el propio interrogador, que se perdía en un caos de temperamentos. Otros, entre los que según ella alcanzaba a entender se encontraba Thomas Heiselberg, construían ante ellos mismos la persona que deseaban ser, aunque siempre seguían mirando de reojo el abismo que se abría a sus pies mientras luchaban infatigablemente por mantener el tipo, porque al fin y al cabo eran muy conscientes de que no podrían aguantar así para siempre.

Esa clase de personas son muy peligrosas, porque son capaces de abalanzarse sobre una brizna de hierba con la misma furia con la que atacarían a una presa: para ellos no existe lo esencial y lo accesorio, sino que cualquier gesto lo interpretan como una gran amenaza y pueden por ello tomar las decisiones más extremas que, por su parte, la mayoría de las personas solo tomarían al verse con la soga al cuello.

Thomas Heiselberg, de momento, parecía dominar bien su maleable personalidad. Dígasele a los tipos como él: «Sois unos ilusionistas», y como si sacaran la varita mágica, cambiarán su cara por otra; oféndaselos diciéndoles: «No le hacéis ascos a los crímenes más espantosos y pasáis por el mundo como si la conciencia no existiera», y ellos ni se inmutarán. A su manera creerán que uno les ha reconocido el poder que tienen.

*Brest, mayo de 1941*

Un hermoso día de primavera se encontró Thomas diciéndose a sí mismo que había que reconocer que, incluso en días tan hermoso como ese, la gente moría. Por la mañana anduvieron por las calles fijando el recorrido del desfile. Situaron los palcos de autoridades y decidieron los lugares en los que estaría el público, visitaron el parque 1 de Mayo y el estadio, donde vieron a un montón de simpáticos deportistas entrenándose al son de una orquesta con vistas a la competición del mes de junio. Todas sus decisiones fueron aceptadas al instante porque en esta ocasión los dos sabían que se trataba de decisiones excelentes, de eso no cabía la menor duda.

—Puede que solo me lo parezca, pero creo estar oyendo por la calle más ruso que polaco. Trabajan ustedes muy deprisa —observó Thomas.

—*Monsieur* Heiselberg, lo que se oye en la calle es la voluntad del pueblo.

Sacha le dijo que últimamente los ciudadanos de Brest veían también aviones alemanes en el cielo. La aviación del Ejército Rojo se comportaba de manera responsable y se cuidaba de acompañarlos hasta que volvían a salir del espacio aéreo soviético, nada más, a pesar de que esas incursiones no contribuyeran a mejorar la confianza mutua.

—Nuestros pilotos son muy jóvenes y carecen del entrenamiento suficiente —declamó Thomas la excusa que le había propuesto Frenzel que utilizara, aunque su media sonrisa delató que ni tan siquiera a él le sonaba creíble—. Además, como han oído hablar tanto del comunismo, es lógico que sientan curiosidad.

—El desfile terminará por saciarles la curiosidad —dijo Sacha, inclinándose hacia él ruborizada de pura emoción.

Era posible que la elegancia del atuendo con que él se había presentado a la primera reunión hubiera influido en ella, porque en esta ocasión, en lugar de llevar una falda con el ribete descolorido y una chaqueta desgastada, se había decantado por una ropa de colores muy alegres: un vestido de topos rojos y blancos y un abrigo muy ajustado de cuello vuelto. Su oscuro cabello, de destellos azules, se lo había peinado de lado, en un recogido muy tirante, *tiré à quatre épingles*. La mirada escrutadora de la primera vez también parecía haberse esfumado. Ya en la estación del ferrocarril se

dio cuenta Thomas de que la mirada que recordaba de su primer encuentro no se parecía en nada a la que estaba viendo ahora, por lo que se empezó a preguntar si no habría sido producto de los monstruos de su imaginación.

Al mediodía llegaron a la sala de reuniones, que se encontraba en el primer piso de un viejo edificio en una calle secundaria. Sacha lo guio por un pasillo con un fuerte olor a naftalina que se estrechaba hasta desembocar en un despachito repleto de estanterías metálicas en las que se amontonaban, llenos de polvo, muchísimos papeles. Después pasaron por una puertecita a una sala de techo abovedado y en cuyo centro había una mesa de madera rectangular. Los picaportes de latón de las puertas brillaban aquella mañana y en el suelo se apreciaban todavía unas manchas de pintura blanca rascadas precipitadamente.

Sacha le comunicó con una sonrisa de disculpa que aquel era su nuevo reino, porque se sentía incapaz de alcanzar la inspiración necesaria para organizar el desfile en un despacho lleno de gente. Aquello no era más que una mentira, claro está. Ese nuevo despacho estaba preparado exclusivamente para la reunión que iba a mantener con él. En realidad, en el trabajo de Sacha no les entusiasmaba la idea de que un diplomático alemán —ya que un diplomático no es más que un espía con permiso— anduviera dando vueltas a sus anchas entre ellos. De las cuatro paredes de la sala colgaban cuatro gigantescos paneles de papel, dos de ellos con los planos dibujados con un carboncillo y los otros dos con bocetos de colores alegres en los que se veían unos bien cuidados céspedes, apreses rectísimos con forma de oscuras plumas, soldados uniformados, y a sus espaldas un río azul, unos niños con el pelo color zanahoria en un camino rosado y saludando a un convoy de tanques Panzer de color sapo: ¿dónde estarían las señoras con los miriñaques y las sombrillas? Thomas se vio obligado a reprimir una risotada. ¡Pero si aquellos niños parecían pescados nadando en una bullabesa!

Los paneles de papel ocultaban tras de sí las ventanas y la luz del día. Dos lámparas arrojaban sobre la mesa sendos haces de luz débil y proyectaban su sombra en los planos. Sacha se quedó allí de pie, casi de puntillas por la emoción, y como si quisiera decirle: «¡No se contenga, dé rienda suelta a su admiración!». Después se acercó a él, resplandeciente, con la mano vendada detrás de la espalda, como con un gesto reverencial. Thomas, por su parte, no conseguía recordar si en su primer encuentro también había mantenido la mano escondida detrás de la espalda. Lo que estaba claro era que ahora, desde el momento en el que habían entrado en la sala, ella se había desembarazado de la frialdad y de la contención que demostraba incluso cuando se reía.

Sacha, por su parte, se había dado cuenta de la ligera reticencia de Thomas ante el decorado, pero parecía no tener la menor duda de su poder para conseguir entusiasmarlo. La camarada Weissberg era un mujer muy interesante... ¿Sería cierto que los planos de la ciudad la tenían eufórica o se trataría de puro teatro? Qué decepcionante le resultaba el hecho de que las dos opciones le parecieran igual de

plausibles.

Y había otra cuestión que tener en cuenta. El desfile militar parecía constituir todo el mundo de ella. Al final de cada frase que pronunciaba, al final de cada palabra por prosaica y amigable que fuera, parecía haber una especie de lazo del que pasado un instante colgaba otra frase, hasta que los dos tuvieron la sensación de que ella ganaba algo con que el desfile militar se llevara finalmente a cabo. Había momentos en los que a Thomas le costaba seguir el ritmo con el que Sacha enlazaba los pensamientos. Pero en cuanto esta veía que el interés de él decrecía, se apresuraba a aportar una idea todavía más estupenda que la anterior, como un niño que alimentara una hoguera que no quiere que se apague.

Sacha lo arrastró a un paseo por los planos: ese era el plano del desfile de 1939. Aquí estaban las delegaciones, y esto otro es el recorrido de la comitiva; esta línea negra representa el cinturón de público que asistió a ver el desfile, y aquí tenemos el boceto del nuevo: los ejércitos formados en tres filas, verde hierba, verde oliva y gris, los tanques con la estrella roja y los tanques con la cruz gamada, unos pequeños cañones dirigidos hacia el horizonte, y esto de aquí es el desfile propiamente dicho marchando por las calles de Brest, justo por el recorrido que ellos mismos acababan de hacer antes de acudir a la sala de reuniones. Los puntitos dorados representan los convoyes que descenderán desde los puentes hasta el río, entrando en la ciudad en dirección al sol. Lo que haría ella ahora sería añadir a todo lo que le acababa de exponer, las excelentes ideas que no le cabía la menor duda de que él también iba a aportar.

Sacha miraba los planos con verdadero amor, se detenía en algún posible error, y al tocarlos, para recalcar algún punto en concreto, aprovechaba para retirar alguna mota de polvo que se les hubiera pegado.

Thomas expresó de inmediato su «profunda admiración» por la elaboración de los planos y por la profesionalidad del trabajo realizado, pero se cuidó mucho de expresar su opinión sobre todas esas ideas. Cuando estaban ya ante el último plano, empezó a dolerle mucho la rodilla derecha que se le había cargado por la caminata de la mañana, lo que lo obligó a apoyarse en una de las sillas. Ella, sin embargo, siguió allí de pie, ante el dibujo de la fortaleza sobre la que había un ciclo adornado con resplandores dorados, y le expuso su visión: los haces de luz y el reflejo de los cañones apuntando al cielo le darían ese aspecto. A Thomas aquellos haces de luz le recordaron el zepelín del detergente en polvo Persil, una de las ideas más brillantes que había tenido cuando trabajaba en Milton, y también a un letrero que había iluminado una vez el cielo de Berlín: «Paul Hindenburg para presidente del Reich».

Sacha se alisó el vestido que al cabo de un momento llenaba de puntos la estancia entera: mirara Thomas hacia donde mirara aparecían ante él los puntos rojos y blancos. Temía, además, que el recelo que le provocaba aquella sala y el extraño comportamiento de Sacha terminaran por minar la cobertura de amabilidad bajo la que se ocultaba. Estaba más que claro que en esos momentos no podía contarle sus



últimas actuaciones ni hablar con ella abiertamente para exponerle sus propios planes. Era demasiado peligroso, porque ella podía oponerse y entonces todo se iría al traste. Tenía que ganarse su confianza de forma gradual hasta que terminara por comprender la realidad de las cosas.

Con un tono muy animado le preguntó cómo habían reaccionado en el Ministerio de Asuntos Exteriores a sus planes. Sacha se volvió hacia él con un gesto brusco y hostil y muy bajito le dijo que, como él muy bien sabía, eran muy pocas las personas que participaban del secreto.

Thomas se sentó, y entonces ella se apartó al fin de los planos y tomó asiento a la cabecera de la mesa, con los ojos muy abiertos y fijos al frente, como si soñara despierta. Thomas estaba dispuesto a apostarse su piso de Berlín a que era el primero que veía esos mapas. Las esperanzas de Sacha de ser alabada por su trabajo no se habían visto satisfechas, por mucho que él se hubiera deshecho en halagos. Quizá es que se había dado cuenta de que estos no eran sinceros. Como una actriz que hace un bis, volvió a preguntarle su parecer sobre aquellos planos, y en esta ocasión Thomas no escatimó elogios. Ahora sí le parecía que se había quedado más tranquila.

Sacha volvió a ponerse en pie y empezó a describir su plan para llevar a cabo el desfile en varias fases. Hablaba como alguien que ha ensayado bien su parlamento. Hizo la exposición con un entusiasmo conmovedor, y hasta en los momentos en los que le dio por exagerar un poco, resultó contundente. «La camarada Weissberg sería una magnífica agente comercial», se dijo Thomas para sus adentros. Aunque podía haber mejorado algunas de las premisas y eliminado algún comentario grandilocuente, el discurso lo impresionó por su agudeza.

Después salieron a pasear. Desde el instante en el que dejaron la sala de los planos Thomas se sintió más sereno y vio, además, que el velo de ensoñación que antes cubría los ojos de ella había desaparecido, con lo que mantenía la esperanza de poder hablar con ella de tú a tú. Ahora estaba de mucho mejor humor, hasta el punto de que en el mercado de Tolkutchka se detuvo junto a uno de los puestos de antigüedades empeñado en comprarle un regalo. Sacha escogió una navaja con una lima y un destornillador. Él se sorprendió, pero pagó y se la entregó con una pequeña reverencia:

—Aquí tiene, regalo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania. Lo único que le pido es que no la utilice contra nosotros.

Caminaron por el puente y se alejaron de la ciudad hacia la arboleda que quería que él viera. Allí es donde tenía pensado que organizaran una comida conjunta de altos mandos de los dos ejércitos. Había unos pescadores sentados en las rocas y rodeados de una suave vegetación que se mecía al viento; los niños correteaban alrededor de ellos echándoles migas de pan a los cisnes y en la orilla de enfrente se ensanchaba desde el interior del río un triángulo dorado de tierra que se adentraba en un negro laberinto de árboles.

En la espesura de la arboleda la ciudad no era más que un rumor. El susurro del

agua y de los árboles, los cuervos graznando, el regocijo de los pequeños pajarillos. Thomas se soltó el nudo de la corbata, se quitó la chaqueta y se la colgó del brazo. Las hojas crujían bajo sus pies mientras se adentraban por el túnel formado por unas enredaderas que el viento había combado y que se alargó hasta que fueron a dar a un claro del bosque rodeado de abedules y robles. Por la mañana el sol había permanecido oculto tras unas nubes grises, mientras que en esos momentos del mediodía salía de su escondite iluminándolo todo. La luz buceó en los ojos de Aleksandra Weissberg pintando unas manchas doradas en su fondo gris. En ese instante señalaba hacia las copas de los árboles:

—Mire, parecen leones.

—Tiene usted la imaginación de un poeta —se mofó él—, seguro que de una torre puntiaguda, una campana y un pájaro, hace usted cualquier pirueta arquitectónica.

Sacha estaba muy satisfecha de los avances que había hecho, Thomas le dio la razón, y cuando le pareció que la veía relajada, le comunicó que en cuanto a la primera fase del desfile sí estaba de acuerdo con ella, aunque le parecía que esa era la parte menos importante, mientras que al respecto de las otras dos fases, lamentaba tenerle que decir que el plan no era del todo de su gusto: el trasfondo histórico le parecía una simple cita vacía de contenido. ¿Qué provecho iba a sacar el público de esa acumulación de datos? Al contrario de lo que sostenían Goethe y Croce, él no estaba tan seguro de que el conocimiento de la historia fuera liberador; en realidad nos esposa las manos y nos corta las alas de la imaginación.

—En lugar de que el desfile describa el futuro, forzamos a la concurrencia a volver la vista atrás. ¿Y qué paisajes pretendemos mostrarles? ¿Las montañas de cadáveres destrozados? ¿Los pactos incumplidos? Porque dos años después de ese gran desfile del que habla usted, Napoleón, contra el que se habían unido todos los káisers, pasó revista con el zar Alejandro a batallones enteros del ejército francés y del ruso, y el ejército ruso ayudó a su antiguo enemigo a luchar contra el mismo káiser austríaco con el que el zar Alejandro había pasado revista a sus esplendorosas huestes. Pero tampoco este pacto evitó más muertos pasados unos años de la invasión francesa. ¿Por qué no hacemos que el desfile muestre la movilidad de mercancías en Europa? Nosotros, los alemanes, les hemos comprado Unos cuantos aviones a los americanos mientras que otros aviones americanos, de los mismos fabricantes, bombardean ahora las ciudades de Alemania, y para colmo el presidente de los Estados Unidos se permite censurarnos. Y eso que las empresas norteamericanas siguen manteniendo relaciones comerciales con nosotros... Mi padre, que trabajó en la Junkers, construyó aviones para ustedes, los rusos, y los modelos más modernos que ustedes tienen ahora quizá no tarden mucho en matar a los jóvenes alemanes. ¿Por qué no muestra usted esta historia en el desfile? El darle vueltas y más vueltas a la historia se ha convertido en una enorme fijación. La historia habla en el idioma primitivo de la sangre, y a los niños los torturan en la escuela obligándolos a repetir y

a aprenderse de memoria esas barbaridades. Porque la historia está al servicio de todos (comunistas, nazis, cristianos, judíos, y todo tipo de locos) y todos desgarran con los dientes un pedazo para pavimentar con él el camino que le lleve a su propia reaparición. Eso está muy bien. Pero nuestro desfile tiene que estar por encima de todo eso. Alemania y la Unión Soviética están al borde del abismo. Seguro que está usted informada, lo mismo que yo, de la concentración de fuerzas de ambos países en la frontera. Cuatro millones de soldados de las dos partes, e incluso puede que más. Nuestro objetivo debe ser inflamar la imaginación de todos para hacerlos conscientes de las grandes oportunidades que ofrece la paz.

Mientras Thomas seguía con su discurso, ella se quedó cariacontecida, con los hombros caídos y la mirada vagando perdida por entre los árboles. Se ajustó el abrigo. De pronto los ojos cobraron vida propia y, desentendiéndose de la flojera que sentía por todo el cuerpo, miró a Thomas con jactancia.

—Con esto no quiero decir que tenga en menos el gran valor del trabajo que ha llevado usted a cabo, ni que no admire su impresionante profesionalidad —se apresuró Thomas a decir.

Una sonrisa burlona asomó a los labios de Sacha:

—Los halagos sobran. Nosotros estamos aquí para alcanzar un objetivo común lo mejor que podamos. Esto no es un asunto personal.

Por supuesto que sí, se apresuró él a darle la razón, simplemente se trataba de discutir distintos puntos de vista. Con su permiso, quería seguir hablándole de su propuesta: el modelo que él tenía ante los ojos era el de la Exposición Universal que se celebraba cada tantos años. Él mismo había visitado la de Sevilla, en España, y en su opinión, quien no hubiera visto esa maravillosa feria ibérica, se había perdido lo mejor del mundo. Le habló de la espectacular artificiosidad de la exposición que contrastaba con la desvaída imagen de Sevilla, de los pabellones de México, Brasil, Portugal y Guatemala, y de cómo se había paseado por allí como si anduviera por un mapamundi, hasta que al final, incapaz de contenerse, le contó la conocida anécdota sobre el último rey moro, y es que después de perder en 1492 el reino de Granada, el último baluarte musulmán de la Península Ibérica, ya en el barco que lo alejaba de Granada, dejó verter unas lágrimas ante las que su madre le dijo: «No llores como una mujer lo que no supiste defender como un hombre».

A los ojos de Sacha asomaba ahora la curiosidad.

—¿Cuándo se celebró esa exposición?

—En 1929. Seguro que habrá oído hablar de esas exposiciones que han tenido su sede en Chicago, en Nueva York, en París.

—Y en la de París, ¿estuvo usted?

—Por desgracia, no.

—Pero ¿ha estado usted en París?

—Pues naturalmente que sí. Una de nuestras sucursales estaba allí.

La entonación con la que lo había preguntado lo conmovió, y con mayor motivo

al ver que lo miraba con una devoción que, por mucho que se esforzara, no conseguía disimular. A fin de cuentas, era una chiquilla que nunca habría salido de la Unión Soviética.

—Al fin y al cabo —carraspeó Thomas—, la exhibición centrada en la paz que nosotros estamos organizando no debe tener como objetivo mostrar las lindezas del ejército ni la historia de las guerras, sino que su meta debe ser hechizar a la multitud. Por eso debemos contemplarlo como una especie de exposición conjunta que por falta de tiempo hemos de centrar en un desfile militar.

Y estas eran las líneas generales de su plan: alrededor de la ciudad de Brest tenían que erigir un cordón compuesto por ocho pabellones. Los tres primeros estarían destinados a los distintos cuerpos del ejército: Tierra, Mar y Aire. Ya estaba viendo a los niños subiéndose a los tanques, jugueteando en los aviones con los botones de la cabina del piloto, brincando alrededor de la maqueta de un barco de guerra antiguo, a padres e hijos divirtiéndose a lo grande.

Se apoyó perezosamente en el tronco de un árbol. Tenía la impresión de haber perdido el tacto en la punta de los dedos de lo agotado que lo había dejado ese día. La luz del sol rompía ahora contra las copas de los árboles, un polvo grisáceo inundaba el aire y en algunos lugares, bajo las copas, se apreciaba ya la negrura de la noche.

—Lo que usted tiene en mente, en realidad, es un circo —acabó por atreverse a decir Sacha—. ¿Y no le gustaría añadir una guerra de elefantes?

—Los detalles no importan —respondió Thomas, haciendo caso omiso de la provocación—, pero lo que sí propongo es que construyamos dos pabellones conjuntos: el pabellón del arte germano-soviético, y el pabellón de la paz y la hermandad.

—¿Y qué expondremos en el pabellón de la paz y la hermandad? —preguntó ella con sarcasmo.

—Pero ¿qué clase de pregunta es esa? ¡Pues cosas relacionadas con la paz y con la hermandad!

Esperaba notar en la boca el conocido sabor de la victoria, pero comprendió que su respuesta no había reflejado lo que tenía en mente. Con toda esa palabrería no estaba consiguiendo más que alejarse de su intención original: presentarle a la camarada Weissberg con toda sinceridad su opción. De pronto se dio cuenta de lo absurdo de esa actitud y de que su pauta de comportamiento seguía siendo la misma a pesar de que las intenciones hubieran cambiado, porque, en realidad, el comportamiento precede a la voluntad.

Lo cierto era que no había viajado hasta allí, a la segunda reunión del comité organizador del desfile, corriendo un enorme peligro, simplemente para congraciarse con la mirada que lo había estado torturando tanto tiempo, desde luego que no. Todos los días se levantaba para poner en marcha sus ideas, las buenas y las menos buenas, con un solo objetivo: el éxito del desfile. Y la mujer que tenía ahora delante era la única persona en el mundo, aparte de él mismo, que creía en ese desfile. El problema

era que la señora Weissberg era muy fantasiosa y se refugiaba en la sala de los planos lo mismo que su madre y la señora Stein se escondían en el dormitorio. Tenía que llevarla de nuevo al mundo de la realidad, y deprisa. Aunque le costaba creer que esa joven fuera a tener el valor de apoyarlo y compartir con él un plan tan innovador.

En ese momento la oyó decir:

—Estoy perpleja, pero por lo menos se han disipado todas mis dudas, porque parece que en este bosque el poder de las fuerzas externas es menor y me he dado cuenta de que el desfile es mi destino —y tras una breve pausa, añadió—: Y espero que también lo sea para usted.

A Thomas le pareció que le estaba suplicando algo, como si pretendiera que hiciesen un juramento de fidelidad en bien del desfile. Alzó la mirada y advirtió que la ciudad y el cielo habían desaparecido, que el firmamento parecía haberse fundido con la frondosidad del follaje y también costaba distinguirlos.

—*Gospoya Weissberg, nashi rasnoglasia dolzni bit razresheni yeshtscho sevodnia!*<sup>[50]</sup> —dijo Thomas, decidido a sorprenderla dirigiéndose a ella en ruso. Era posible que el hecho de estar comunicándose en francés los alejara, y había llegado el momento de hablar con franqueza. Sacha no movió ni un músculo de la cara y ni siquiera parecía sorprendida. Puede que hubiera leído en cualquier informe que él hablaba ruso—. Apoyaré cualquier plan que sea lógico. Y le diré aún más: el plan no es lo principal. Ambos tenemos una misma meta. En realidad, puede que seamos las únicas personas del mundo que creen en este desfile, y por eso tenemos la responsabilidad de hacer todo lo que esté en nuestras manos para que se lleve a cabo. Mi propuesta es que ya desde mañana mismo nos pongamos en marcha para que el desfile les robe el corazón a los Ministerios de Asuntos Exteriores de ambos países. La fecha que yo propongo para el desfile militar germano-soviético es la del 1 de julio de 1941. ¿Le parece bien?

—Señor Heiselberg —respondió Sacha con una voz distante y fría—, se ha hecho usted con un bonito acento moscovita. Pero me veo obligada a decirle que las discrepancias entre nosotros que afectan al contenido del desfile son muy profundas y seguro que se deben a las diferencias de raíz que existen entre los dos pueblos a los que representamos. Le propongo que fijemos otra reunión en la que tomemos ya la decisión definitiva y que hasta entonces nos dediquemos a buscar una propuesta inspirada, imaginativa.

Había hecho caso omiso de la urgencia con la que Thomas consideraba que debía resolverse el tema. Parecía recubierta de una armadura impenetrable.

—Pero si lo que tenemos que hacer es presentarles cuanto antes los planes del desfile a nuestros superiores —exclamó Thomas.

—Será preferible que los vean cuando estén listos.

—Pero ¿no comprende que cuando eso suceda quizá sea ya demasiado tarde? —gritó perdiendo la calma.

—¿Por qué será que los hombres no dejan de hablar de la guerra? ¡Qué poca

imaginación! ¡Les falta inspiración! —respondió ella con una risa forzada.

Ya estaban ahí de nuevo esas palabras, *imaginación* e *inspiración*, como si estuvieran creando una obra de arte.

—Señora Weissberg, ¡todas las decisiones las tomaremos hoy mismo!

—Pero ¿cómo nos va a dar tiempo a tomarlas hoy? —se preguntó ella.

—¿Que cómo nos va a dar tiempo? —respondió Thomas con cierta amargura—. Le voy a poner un ejemplo de cómo: ¡acepto al pie de la letra su propuesta de desfile!

—Señor Heiselberg, ¿a qué está jugando? —gritó ella frunciendo el ceño—. ¿No comprende que su carácter voluble pone en peligro nuestra misión?

Entre los árboles asomaba un cielo violáceo punteado de estrellas, como una cúpula de cristal agrietado. El tiempo se agotaba, la segunda reunión del comité organizador del desfile estaba llegando a su término, y el único objetivo de Weissberg era dar fin a aquel encuentro habiendo cargado las alforjas tan solo con una esperanza de futuro.

—Señora Weissberg, le voy a hablar ahora con absoluta franqueza —ahuecó él la voz, porque le pareció que no le quedaba más remedio que amenazarla un poco—. Si dentro de como mucho una semana no presentamos cada uno de nosotros un plan definitivo del desfile a nuestros respectivos superiores, me veré obligado a informar al Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania que las negociaciones del comité organizador del desfile se encuentran en punto muerto.

—Usted no va a hacer nada de eso —dijo ella con firmeza, aunque había cierto temor en su voz—, tenemos que permanecer unidos.

Se encaminaron hacia el puente que se inclinaba sobre el negro río. Cada paso que Thomas daba cuesta arriba exigía de él un gran esfuerzo. Jadeaba, y el cansancio contra el que llevaba luchando durante las últimas horas cayó de golpe sobre él. De las ventanas de las primeras casas de la ciudad salía una luz débil y una llamarada de fuego se elevaba por encima del tejado de la fábrica maderera. El puente ya descendía hacia la orilla, pero a medida que se acercaban a la ciudad se iba notando más débil y la angustia que sentía se hacía más profunda: los dos eran poca cosa, muy poca cosa, avanzando por la arena como un par de cangrejos, y allí delante estaba la ciudad, y más allá otras ciudades, Lublin, Moscú, Varsovia, Berlín, ciudades en las que se decidía el destino de tantas y tantas personas y en las que nadie se acordaba de ellos dos. Al ver el inmenso cielo que los cubría, se sintió como un alfiler diminuto con demasiados sueños en la cabeza. Lo que le apetecía era dejarse engullir de nuevo por la arboleda, porque fuera de ella, sentía que el mundo lo devoraba. Últimamente había perdido la certeza que siempre lo había protegido en los despachos de Milton —que en parte se parecían a esa arboleda— y que consistía en su capacidad para prever el resultado de sus acciones y planear el futuro. ¿Cómo habría podido saber, por ejemplo, que el informe teórico que escribió en Berlín iba a ser la condena a muerte de los arqueólogos de Varsovia y de Lublin? Por mucho que intentaba decirse que él no tenía la culpa, en sus sueños, la clase de historia repleta de niños todavía lo

intranquilizaba. A veces le gritaban bromeando, como era natural que hiciese la generación del futuro, y otras sollozaban, como era de esperar de unos huérfanos: «¡Profesor Thomas! —se reían—. Acuérdesse de nosotros, por favor... Queremos ver su desfile, ¡también a los huérfanos les gustan los desfiles!...».

Y además, ¿quizá la señora Weissberg se le había vuelto a adelantar? Porque ella ocultaba el desfile en la sala de los planos y entre la arboleda para que ninguna fuerza externa pudiera enterarse de sus planes, mientras que él, que pretendía llevarlo a la práctica, hacía un papel de tonto.

Alrededor del mercado Tolkutchka, a la luz de las farolas, se amontonaban los vendedores, y un niño pasó corriendo con una enorme cabeza de pescado. Sacha rompió el silencio y contó que el Gorkom castigaba a los ciudadanos que difundieran por la ciudad rumores acerca de una inminente guerra y que les retiraba el carné del partido.

—Castigamos con mano férrea a los que instigan a la guerra.

—No me cabe la menor duda.

—A la gente le resulta más fácil creer en la guerra que en nuestro desfile por la paz —le dijo Sacha, ahora con afecto, y las palabras resonaron cantarinas, como si estuvieran en una fiesta—. Con toda seguridad, serían muchos los que cuestionarían nuestro proceder, pero no hay que olvidar que apenas ha habido un solo acontecimiento histórico que no haya sufrido antes las críticas de los agoreros.

—Desde luego, tiene usted toda la razón.

—Las discrepancias que hay entre nosotros dos son muy normales —continuó ella con su ahora melodiosa voz—, porque estamos tan involucrados en este asunto, que cada detalle nos desvela. Creo que la discusión que hemos mantenido ha sido muy fructífera y que nos va a conducir a una idea realmente importante. Noto que estamos muy próximos a ese momento.

—¿A una idea realmente importante?

—A la idea realmente importante.

El frío viento de la tarde le fustigó la cara. Se puso la chaqueta, pero al segundo arrancó a sudar. El paño era demasiado grueso. La primavera acechaba ya a la vuelta de la noche: el frío iba cediendo, por las noches el cielo era cada vez más claro, y aunque las lluvias, de momento, persistían, estaba claro que se trataba de las últimas de la temporada. Un escalofrío de terror le recorrió el cuerpo: ¿cómo era posible que aquella joven no se diera cuenta de que la tierra estaba madura para la guerra?

—Señora Weissberg —dijo, renovando para sus adentros el juramento que antes había hecho en favor del desfile, porque si era preciso que hubiera un tonto, se ofrecía como voluntario—, con ideas importantes o sin ellas, en mi opinión, cuando todo esto termine, dentro de diez o de setenta años, a las personas que crean en ideas importantes las encerrarán en unas instituciones para alejarlas de la sociedad. Desde un punto de vista histórico, puede que nuestro plan llegue a considerarse como un elemento acelerador de la guerra, pero visto desde hoy, en mi opinión, el desfile

quizás evite la muerte a millones de seres humanos de nuestros respectivos pueblos. Si no hacemos algo fuera de serie, algo que sobrepase los límites de la imaginación, mucho me temo que por el único lugar por el que va a desfilar esta Parada militar germano-soviética va a ser por sus planos.

Se hizo un silencio. Parecía que Sacha no tenía intención de responderle.

—En realidad, esta segunda reunión no es ni oficial ni verídica. Alemania ha perdido todo interés por esta idea. Los dos últimos telegramas que ha recibido usted y en los que le confirmo mi asistencia a este segundo encuentro se los envié yo por iniciativa propia. Lo cierto es que están falsificados.

Se lo dijo muy deprisa, con la mirada perdida en un punto del horizonte y el corazón latiéndole completamente desbocado.

—No lo entiendo —balbució ella conmovida y casi con pena—, pero si está usted aquí...

—Estoy aquí para entregarle unas cartas del Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania en las que se nos da vía libre para que fijemos una fecha para el desfile, y quiero que usted las distribuya cuanto antes junto con el programa del mismo. Mi programa, al igual que el suyo, consta de varias fases: por medio de las cartas que sean necesarias obligaremos a nuestros respectivos gobiernos a implicarse. En una primera fase, el Ministerio de Asuntos Exteriores de ustedes recibirá las cartas, se pondrá en contacto con Alemania y anunciará públicamente el desfile a la vez que nos aprovecharemos del caos que reina en Polonia para enviar a ciertas instituciones de Berlín aviso de que se preparen para el desfile. En una segunda fase, recibirán el programa su general Pavlov y el mariscal de campo Von Bock junto con la orden urgente de reunirse para ultimar los detalles, y todavía nos quedarán cuatro fases más.

Ella garabateaba con un palo unas caras en la tierra fangosa.

—Y esas cartas, ¿son auténticas? —se aventuró finalmente a preguntar Sacha.

—En absoluto, señora Weissberg, ya le he dicho que las he falsificado yo.

—¿Y unas cartas falsas van a mover ejércitos? —continuó preguntando Sacha, con una voz que sonaba firme, aunque por la mirada podía deducirse que estaba a punto de perder los nervios.

—Señora Weissberg, ese tono despectivo está fuera de lugar, porque le recuerdo que las cartas falsificadas han jugado siempre un papel fundamental en la historia de Europa: la Iglesia católica se sirvió durante siglos de una falsa carta supuestamente escrita por el emperador Constantino I al Papa en el siglo IV; Skanderbeg conquistó Krujë con una carta falsa; también los protocolos de los hijos de Sión son falsos y sin embargo la masa los cree verdaderos; y como siempre, el ejemplo más flagrante nos lo brinda la historia eslava... —y haciendo una pausa consiguió darle un aire alegre a la frase—, con Dimitri el Falso, un hombre embustero donde los haya y que llegó a zar. Cuando el mundo te abandona y no cree en tus sueños, no te queda más remedio que hacerte un mundo falso a tu medida.

—Corre usted un enorme riesgo.



—No tan enorme. He llegado a un punto en el que ya no tengo mucho que perder.

—¡Pero es que sus fantasías son las de un hombre que no está en sus cabales! — exclamó Sacha, lanzando el palo lejos de sí y acercándose a Thomas columpiando los brazos, la mano vendada sustraída de su lugar natural que era detrás de la espalda.

—Menos fantasiosas que meterse en una sala oscura a dibujar planos.

—Su idea no tiene ninguna posibilidad de prosperar.

—Somos un buen par de falsarios, así es que quizá podamos contagiar a otros.

—No se haga ilusiones.

—No apostaría mi dinero en esto, pero reconozca que este es el único plan que tenemos.

—Lo matarán.

—Pues yo creo que se conformarán con llevarme a un campo de trabajo.

—En cuanto descubran el engaño, me matarán a mí también.

—¡Pero si usted está dispuesta a morir por el desfile!

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Porque conozco su situación.

—Pero usted no tiene motivo.

—¿Cómo puede saberlo?

—No lo he encontrado en nuestros informes.

—Pues mis razones no son menos buenas que las suyas.

—¿Qué razones?

—Razones anímicas demasiado complicadas de explicar.

—Es usted un maestro de la simplificación —le espetó Sacha con un bufido.

Seguramente comprendía que ni siquiera él era capaz de explicarse sus razones a sí mismo.

Mientras Thomas seguía buscando las palabras adecuadas, unos velos negros cubrieron la ciudad.

«Ahora no», suplicó.

«Siempre dices lo mismo», se rio de él el ataque.

Los velos negros se acercaban a él jugueteando con el viento. La ciudad se oscureció y unas gotas de asfalto empezaron a caer del cielo. Volvía a tener la sensación de no saber dónde estaba ni cómo mantener el cuerpo en pie. Vio las casas que tenía enfrente enterradas en una nada negra. Tal vez gritara, pero él no oyó más que un rugido, su propia respiración entrecortada y un ahogo interminable. Se llevó la mano al corazón porque tenía la impresión de que le saltaba enloquecido entre el pecho y la garganta. Ahí estaba el ataque que siempre había temido. Ocho años le había estado pagando a Erika para verse preparado. ¡Qué tonto era! Notaba llamaradas en las costillas, como penetrantes puñaladas, las oía en lo profundo del vientre. El cuerpo empezó a agitarse: hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia la derecha. No entendía cómo seguía en pie. Le parecía ver que sus dedos temblaban como locos. Indinó la espalda hacia delante, se encogió como un erizo, la espalda

sería la coraza, porque lo importante era que los miembros no se le desprendieran del cuerpo. Vio sus dedos diseminados por las calles de la ciudad, por la arboleda, por el fondo del río. Esos dedos con los que se palpaba la garganta porque le faltaba el aire, después clavándosele en las costillas, intentando refrenar el dolor. De pronto comprendió que aquellos no eran sus dedos. Era otra persona la que lo sujetaba. El cuerpo se le hundía, preparado para impactar contra el suelo y hacer estallar la cabeza en mil pedazos; creía poder imaginar cómo no ser, todo se encogía hasta que no quedaba más que una mínima rendija, ya no eres consciente de la plenitud del mundo que fue, porque estás completamente entregado a ese encogimiento de dirección única y plagado de dudas.

Ahora le estaban quitando la chaqueta, le rasgaban la camisa, y alrededor del pecho notaba unos brazos que lo empujaban con suavidad hacia abajo. Yacía con los brazos desnudos en la tierra húmeda apoyando la cabeza en la rodilla de ella, cuyo vestido de topos le acariciaba la cara mientras sus manos seguían posadas sobre las costillas. ¿Cómo sabría que allí se encontraba el foco de dolor? El viento le enfrió el pecho desnudo. Abrió los ojos hacia unas nubes que se solidificaban formando una pendiente con muchas terrazas. Respira-respira-respira, la oía susurrar. «Entonces es que sigo con vida», pensó.

\* \* \*

El desmayo de él la conmocionó. Tenía los ojos cerrados y yacía sobre la cama de ella como muerto, la camisa blanca que le había rasgado en el puente ocultando una parte muy pequeña de su pecho, en el que se apreciaba una respiración muy débil, sin apenas pulso. Seguía con el cuerpo pegado al de Sacha. En cuanto ella lo soltaba, Thomas empezaba a sollozar en su lengua materna. ¿Qué es uno? ¿Solamente el propio cuerpo? Los susurros del pasado la envolvían. El cielo estrellado que se veía desde la ventana era el último y único refugio de ambos. Cuando desapareciera, ya no habría nada que los protegiese de los desórdenes del mundo exterior.

—Tiene que despertarse —le susurraba ella—, no puede quedarse aquí acostado y dejarme sola. ¡Todavía podemos salir bien parados de esta noche! No hemos terminado de organizar nuestros planes. Comprenderá que no lo he podido llevar al hospital. Habrían descubierto al instante que es usted alemán, habrían llamado a mis jefes y yo me habría visto obligada a desvelar su identidad. Después tendrían que avisar a su embajada y averiguarían que ha venido por su cuenta. Le acusarían de traición, lo harían desaparecer y sería el fin de nuestro desfile. No puedo ayudarle, lo sabe tan bien como yo, con la cruel realidad de dos personas que comparten un secreto y que han pasado por una situación espantosa en la vida. Así que si ahora se muere aquí en mi cama, los dos estaremos perdidos.

Los párpados se le cerraban, el sueño le acariciaba la piel envolviéndola por completo. Sentía que se estaba durmiendo, por eso se levantó, fue hasta la mesa,

encendió una vela y se inclinó sobre la jofaina del agua para lavarse la cara. El frío la despejó. Volvió a meter los dedos en el agua y le mojó los hinchados labios. El resplandor de la llama proyectaba una luz dorada por el pequeño cuarto que le permitió ver lo roja que él tenía la cara. Se le habían hinchado los ojos y tenía el pelo polvoriento y pegado a la frente, donde le brillaban unas oscuras gotas de sudor. Un hilillo de baba le asomaba entre los labios. Sacha mojó un paño en el agua y le limpió la cara. La parte superior del cuerpo de Thomas se sacudió como si le hubieran clavado un agujón. Ella retrocedió asustada y volvió a inclinarse sobre la jofaina del agua. ¿Le ayudaría que le lavara el cuerpo con agua fría? Empezó a arrastrar hacia la cama la pesada jofaina, pero enseguida lo reconsideró y la dejó en medio de la habitación. Sinceramente, no tenía ni idea de cómo proceder con él.

Muy nerviosa se afanó por bucear en la memoria en busca de enfermedades que hubiera visto en el pasado: Vlada ardiendo de fiebre en la buhardilla, Kolia cayéndose contra la mesa al volver de la escuela, el abuelo agonizando en el salón de los espejos, su madre con una insolación que se había cogido en el jardín de Varlamov, su padre sujetándole la mano, Kolia escondiendo la cara en su regazo y Emma exclamando: «¡Esta mujer tiene dotes de actriz!».

Pero todo eso no le servía para nada en esos momentos, se dijo Sacha desesperada. A aquellos enfermos no los habían dejado a su cuidado; siempre había otro que daba instrucciones. ¿No le apretarían los pantalones? Se armó de valor y le desabrochó el cinturón, después los botones de la bragueta para bajarle los pantalones hasta la rodilla. Lo hizo como quien hace algo que está mal a sabiendas: nunca había conocido a nadie que cuidara tanto su apariencia y que tanto se esforzara por no perder la compostura como el delegado alemán. Si ahora despertaba, volvería a desmayarse de pura humillación.

Sacha le miró los muslos: ese tono amarillento y lo flojo de la piel del vientre desentonaban con el color de la cara que parecía llena de vida. Le dio la impresión de que los muslos se habían movido un poco, quizá para ayudarla a bajarle los pantalones, como si la escuchara con el cuerpo. El cuerpo desnudo no se parecía en nada al que ella había imaginado viéndolo con traje. La ropa que se ponía y la manera de llevarla le daban un aspecto mucho más fornido, cuando en realidad era todo huesos.

Tenía que parar de mirarlo. ¿Dónde le había dejado los zapatos? Los habría perdido en el puente o se le habrían caído de la carreta que los llevó hasta ahí. Aunque se levantara ahora, ¿cómo iba a irse a Lublin? Tenía la camisa hecha jirones, los pantalones manchados de polvo y tierra, y estaba sin zapatos. Sacha empezó a pensar en salir muy temprano por la mañana y comprarle unos zapatos y una camisa blanca para que pudiera presentarse en la estación con el mejor aspecto posible. Le contaría al vigilante que la reunión se había alargado y que no se habían dado cuenta de la hora, cuando de repente les había amanecido. Pero ¿qué excusa podría darles él a los alemanes en Lublin?

Pensaba regresar en el tren de la noche, así que ahora, si contaba con algún cómplice, este tendría que ayudarlo, o de lo contrario podría sobornar a alguien. Pero ¿lograría cruzar la frontera por la mañana sin ser detenido? Ya inventaría algo cuando despertara.

Posó la mano en el pecho de Thomas para asegurarse de que no se le había parado el corazón y movió los dedos por el vello rubio del pecho empapado en un sudor frío. Miró su reloj: ya era medianoche. A veces, en lo más profundo de la noche, hay un momento en el que a uno le parece que nunca va a amanecer, pero hacía mucho que ella veía amanecer sobre la ciudad, así que también ahora sucedería lo mismo, porque, como muy bien sabía, en la vida todo tiene su tiempo establecido.

¡Llevaba muchísimo rato desmayado! Se sintió repentinamente enfadada y le dio una bofetada; la envidia que sentía hacia el plácido mundo en el que él se encontraba sumido añadió fuerza al cachete. Él gruñó y dejó escapar un sofocado sollozo, mientras un espumarajo de baba blanca le escurría hasta la barbilla, como si hubiera algo que necesitase expulsar. Sacha se quedó a su lado temblorosa. La bofetada le había parecido muy rara, porque se la había dado con la mano vendada y ahora tenía muchísimas ganas de darle otra.

Por eso se alejó de la cama y se puso a pasear entre la ventana y la pared, que estaba forrada con una tela verde claveteada con unas puntas muy oxidadas, de manera que si se quería apoyar en ella debía palpar un espacio que estuviera liso. Por el suelo había unos cuantos recortes de periódicos viejos relacionados con el desfile que tuvo lugar o con el que iba a tener lugar. Todos los días los pisoteaba y los llevaba por el suelo de aquí para allá. Desde la ventana a la pared había siete pasos. Una cuerda para secar la ropa con bragas y calcetines tendidos estaba atada por un extremo a un pequeño tocador, y por el otro a una mesa de madera sobre la que reposaba una palmatoria con una vela. Había allí también dos taburetitos de niño pintados de color naranja y un armario para la ropa apoyado contra la pared junto a la puerta y que dejaba un paso muy estrecho por el que había que colarse con cuidado para no arañarse. Tan solo el altísimo techo le recordaba que no vivía en la casa de los enanitos.

La sombra del cuerpo de Thomas se movió en ese instante en ese mismo techo. La sensación de asfixia en la habitación era cada vez mayor. Olía a sudor mezclado con vómito —aunque Sacha no recordaba haberlo visto vomitar— y con el olor dulzón de la brillantina. Lo que no entendía era por qué cuando se alejaba del cuerpo de él y se apoyaba en la pared de las puntas, el olor se hacía más penetrante. Seguro que se le había pegado al vestido y a la piel. ¿Y si ventilaba el cuarto? Pero el rechinar de la ventana al abrirse podía despertar a los vecinos. Thomas Heiselberg se había convertido en un ser que dominaba toda su casa, hasta el punto de que la habitación parecía una madeja cuyo hilo salía del cuerpo y de las sombras de él atrapándola también a ella. ¿Se estaría muriendo o viviría? Sacha quería que la suerte se decidiera ya de una vez. Apagó la vela. ¿No habría sido esta la que proyectaba

aquellas extrañas sombras en la estancia? Volvió a acercarse a la cama para calmar el miedo: un cuerpo real nunca sería más aterrador que su sombra. Ahora sintió la necesidad de reconciliarse con él. ¿Cómo podía nadie enfadarse con un cuerpo que yaciera allí impotente?

«No mientas —atronó una voz en su interior—. Ante él finges que te sientes culpable porque temes que incluso desmayado esté tomando nota de tu comportamiento. Todo está claro —siguió burlándose la voz—, se halla en un duermevela, desvanecido, sí, pero sigue viendo, desahuciado y, sin embargo, salvará el desfile: tú le insuflas aires de grandeza y lo unges con el óleo de los vencedores, no te queda alternativa, él es tu última esperanza, él y su grandioso proyecto falsificado...». A cada minuto que pasaba viéndolo allí inconsciente. Sacha perdía más y más de la confianza en sí misma que antes había ganado con todo lo que había sucedido y con los pasos que había dado. No, si al final todavía tendría que arrodillarse junto a la cama para murmurarles una oración a los santos del hijo de Dios, al que no podía nombrar por miedo a los vecinos, como hacía de niña cuando su padre tardaba en regresar a casa. Se recostó en la cama, porque notaba que cerca de él los temores cedían. No tenía sentido intentar rehuir el sueño. Un rato más despierta, y enloquecería... De cualquier modo, todo lo que se le ocurría era peor que dormir. Cerraría los ojos un minuto o dos y procuraría tranquilizarse. Puede que hubiera llegado el momento de ponerse en manos del destino. La cama era pequeña, así que tuvo que pegar la espalda al lampiño brazo de él y apoyar la cabeza entre el hombro y el cuello. Notó que él se estremecía ante su contacto.

De repente la conciencia de Sacha lanzó un agudo grito y le mostró la imagen de la desgracia que el sueño arrojaría sobre ellos. Rodó hacia un lado y se levantó de la cama, corrió hacia la puerta y bajó a la calle. Corrió por la amplia avenida hacia la casa de Nikita Mijailovich. El deseo de traspasar el problema a otras manos la azuzaba para que siguiera corriendo. Dobló hacia la derecha por la calle Valerián Kúibyshev. A su padre le gustaba: «Trabajó noche y día para que alcanzáramos a Occidente». Desde el principio de la calle el edificio de Nikita Mijailovich parecía un enorme velero cuya vela, el tejado, se hubiera desplomado. La calle sonaba como un bosque entre los grillos y el plañido de un gato. Le pareció ver que una figura se movía en una de las ventanas, que la observaba.

Subió la escalera y palpó la puerta de madera: estaba cometiendo un gran error del que ya no habría vuelta. Él nunca había sido un amigo de verdad. Pero ¿es que no te has enterado todavía? Se limitaría a cumplir con su deber sin tener en cuenta la voluntad de ella. Llamó a la puerta con los nudillos y pasado un momento oyó unos pies descalzos que se acercaban. Nikita Mijailovich estaba ante ella con el pelo revuelto, los ojos abiertos de par en par, y ahora que no llevaba puestas las gafas, Sacha se dio cuenta de que eran cada uno de un color y que tenían unas manchas de un tono ámbar turbio.

Sacha le contó que el delegado alemán yacía en su cama debatiéndose entra la

vida y la muerte.

—Usted ha estudiado Medicina, Nikita Mijailovich, así que quizá pueda reanimarlo.

—Limítese a trasladarlo a un hospital.

—Imposible.

—¿Porqué?

—Es que es imposible.

—¡Le ordeno que lo traslade a un hospital!

Su voz era de mando, pero los ojos, que tenía clavados en la cara de Sacha, parecían indagar sobre la razón de su atrevimiento.

—Es imposible, porque los alemanes no deben enterarse de que está aquí.

Una mueca de ira le ensombreció el semblante. Ella lo conocía bien: «¿Por qué me mezclas en esto? ¿No entiendes, pequeña idiota, que nuestra amistad se limita a las situaciones que no revisten peligro?».

Sacha sabía que esos serían los pensamientos que acudirían a la mente de Nikita, y que a los pocos segundos no quedaría ni rastro de la amistad que habían mantenido, ni de los «talleres de sinceridad» ni de lo bien considerada que la tenía.

—Ha venido sin el permiso de ellos.

—¿Se quiere pasar a nuestras filas?

—No, lo que quiere es ayudar con el desfile.

—¿Y usted lo sabía?

—Solo lo he sabido cuando él ya estaba aquí.

—O sea, ¿que lo que usted pretende ahora es que colaboremos con él?

—Lo único que yo quiero es reanimarlo.

—Debe usted trasladarlo a un hospital y dar aviso a nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores. Ellos decidirán cómo tratar el asunto.

—Imposible. No hace falta ningún hospital. Usted es médico. Primero sálvelo. Después, veremos.

Lo miró insistentemente con la esperanza de que comprendiera que no le quedaba otra alternativa, que estaba implicado, quisiera o no, que no podía cerrarle la puerta en las narices y volverse a la cama a dormir. Ella se estaba limitando a pasarle la responsabilidad a un superior, además de que siempre podía aducir que era él quien lo había tramado todo. No tenía más remedio que hacer lo que ella decía.

—Hace mucho que estudié Medicina. No es gran cosa lo que recuerdo.

—¡Seguro que lo suficiente! Debemos darnos prisa —le ordenó.

Él se quedó de piedra, como si intentara digerir el tono de mando de aquella orden, y frunció el ceño.

—Tiene que venir conmigo, Nikita Mijailovich —dijo muy deprisa en un susurro—, porque de lo contrario la situación se puede complicar poniéndonos a todos en peligro.

Sacha miró por encima del hombro de él, hacia el pasillo oscuro al fondo del cual

estarían durmiendo su mujer y sus hijos. Él echó el cuerpo hacia atrás tapándole la visión. ¡Qué tipo tan ridículo, hacerse ahora el honorable padre de familia! El hombre que había deportado a decenas de miles de niños del Óblast debía saber que las deportaciones no tendrían fin.

Ahora entendía hasta en el más mínimo detalle el peligro en el que se encontraba por no haber sido lo bastante precavido. Recorrió velozmente todas las reuniones que habían tenido y todas las notas llenas de bromas que habían intercambiado en ellas: ¿las habría roto todas o habría sido tan previsora como para no hacerlo? ¿Cuánto iba a tardar en servirse de la posición de su esposo en el partido? ¿Podría con los dos? Ya estaba formulando para sí las acusaciones de las que ella lo haría blanco si ahora se negaba a atender a su petición, y las falsas pruebas que inventaría. Ahora descifraba por primera vez ese punto escurridizo que le provocaba una curiosidad casi folclórica, como si fuera un fantasma de un pasado lejano, un punto que nunca se había detenido a analizar en todo su significado: tenía frente a él a una mujer que había traicionado a sus seres más queridos y que los había diseminado por los distintos campos de trabajo de todo el país.

En ese momento, los dos allí cara a cara, tramando cómo plegar al otro a su voluntad, librando en silencio una lucha a vida o muerte, Sacha tuvo clara al fin la imagen que de ella se hacían los demás. ¡Cuántas energías empleadas para intentar evitarlo! Porque en ese momento, en lo más duro de su lucha por la supervivencia, estaba dispuesta a admitir la descripción que de ella había hecho Nadezhda y hasta a reconocerle a Nikita Mijailovich que realmente ella sí era esa persona.

Pero entonces, de pronto, Sacha se dijo: «¡Tiene miedo!». Sintió el cuerpo liviano. «Teme que si seguimos discutiendo me voy a adelantar y voy a descubrir su verdadero rostro, como Reznikov había hecho con Styopa. Cree que voy a hacer uso de cualquier estratagema que él ni se imagina. Pero ¿quedará alguna?».

Acercó el rostro al de él. Los ojos le quedaban a la altura de la barbilla, así que le susurró en un tono irritado a su cuello enrojecido:

—No podemos dejarlo allí solo en la cama. Puede morir en cualquier momento, mientras usted sigue ahí como un pasmarote.

—Dos minutos —cedió él finalmente, y dándole la espalda se alejó por el pasillo.

Sacha lo esperó mientras se vestía, y como tardaba, volvió a golpear en la puerta con los nudillos. Ahí estaba ante ella con un capote militar, una bufanda y un pequeño maletín.

—¿Lleva de todo, ahí? —le preguntó, y él asintió.

Lo observó bien por si descubría una pistola oculta, o un cuchillo, aunque puede que los llevara en el maletín, en los calcetines o en los zapatos. El paso correcto habría sido registrarlo, pero no se atrevió. Además, lo necesitaba. Era preferible comportarse como si confiara en él, porque debía hacerle creer que su relación de trabajo podría rehacerse. Eran dos personas adultas que habían hecho pactos y que los habían roto, y que cuando las circunstancias lo exigían, volvían a firmar viejas

alianzas.

Bajaron las escaleras en silencio. Lo oía resoplar detrás de ella, por lo que decidió aumentar la distancia que los separaba. Aunque parecía un ser débil y aparentemente estaba cediendo a su petición, no debía olvidar que aquel hombre, al contrario que ella, había matado a gente no solo con órdenes y disposiciones, sino con sus propias manos. Y que al igual que ella, estaba tramando cómo salir con bien de aquella noche. Sacha andaba muy deprisa y ahora ya solo pensaba en que la muerte no se les hubiera adelantado.

Nikita Mijailovich la seguía como podía. Ella se volvió, y lo instó a que se apurara. El significado de aquella actitud le provocó un escalofrío: Nikita Mijailovich jamás le perdonaría esas amenazas y no se detendría hasta liquidarla. Puede que no esa misma noche, puede que dentro de una semana, cuando el miedo cediera y se le presentara la ocasión. No debía hacerse ilusiones de que el jirón sería algún día remendado. Quizá si encontraban a Thomas Heiselberg despierto, este podría deshacer el embrollo. A Sacha le resultaba muy extraño que incluso después de haberse desprendido de todas sus máscaras y de haberle visto el debilitado cuerpo, una parte de ella seguía viéndolo como él pretendía mostrarse al mundo. Después de todo, esa imagen tampoco es que fuera una estafa sin fundamento, porque todavía recordaba que hacía tan solo unas pocas horas, como en otra vida, ella había estado a su lado allí en la arboleda y lo había visto con una encantadora sonrisa en los labios.

Abrió la puerta del apartamento de un empujón. Durante una décima de segundo, aún entre la puerta y el armario, le pareció ver que un cuerpo se movía por la habitación y que al instante se desplomaba sobre la cama. Aunque como estaba tan oscuro, dudó de lo que creía haber visto. Se acercó a él. Estaba tendido en la cama, en posición fetal y jadeaba. Le tomó el pulso y se dio cuenta de que lo tenía más marcado que antes, además de que parecía más consciente. Un cálido torrente pareció calentarle el cuerpo a Sacha, que recobró la vitalidad que la caracterizaba. Al darse la vuelta vio a la débil luz de la luna a Nikita Mijailovich apoyado en la pared y tamborileando con los dedos en el cinturón.

Sacha se plantó frente a él.

—Respira —le dijo.

—Estupendo —respondió él.

Sacha reculó y se detuvo en medio de la habitación. Nikita Mijailovich fue hasta la cama y se inclinó sobre Heiselberg con unos movimientos seguros y precisos.

—El maletín, por favor —ordenó.

Sacha depositó el maletín a sus pies. Con eso le traspasaba la responsabilidad del destino de los tres. Temía que fuera a asesinar a Heiselberg mientras fingía curarlo. Pero se quitó la idea de la cabeza diciéndose que eso no tenía lógica alguna, porque un delegado alemán que muriera en la habitación de ella sería una catástrofe para los dos. Lo culparían a él de todo. Lo que haría ahora Nikita Mijailovich, pues, sería reanimarlo, y a continuación le ayudarían a conseguir ropa nueva para que se las



arreglara solo, porque seguro que tenía un plan para volver a Lublin, o sabría cómo improvisar algo con el fin de explicar las horas que había perdido y salir bien parado del asunto.

—Nikita Mijailovich —dijo Sacha con voz ronca—, todavía estamos a tiempo de ponerle remedio a todo esto.

Al oír el tono reconciliador de ella, se apresuró a responder:

—Desde luego que espero que lo hagamos.

—¿Se pondrá bien? —preguntó.

—Si no ha muerto ya, vivirá.

—¿Es posible reanimarlo?

—Eso es lo que estoy haciendo —y el tono que empleó fue el de un petulante sabelotodo.

Volvía a ser el de siempre.

El conocido y punzante dolor en las sienes la acometió. Dejó resbalar el cuerpo hasta el suelo y se quedó sentada con la espalda contra la pared.

—Le estoy dando a oler sales aromáticas —oyó decir a Nikita Mijailovich con su tono de médico.

Sacha cerró los ojos y se puso a reconstruir la situación: las dudas habían desaparecido. Al llegar ellos dos, Heiselberg estaba despierto. Ahora se estaba haciendo el desmayado para ganar tiempo y encontrar una solución. Abriría los ojos solo cuando supiera exactamente lo que sucedía a su alrededor y cómo debía comportarse. Sacha se apresuró a responder a su silenciosa demanda.

—Nikita Mijailovich —dijo—, siento haberlo despertado y haberle metido prisa para venir aquí en contra de su voluntad. Le pido disculpas si a causa de los nervios he dicho algo que pueda ser interpretado como una amenaza. No era esa mi intención. Respeto sus galones y el ilustre cargo que ostenta. Siempre he sabido valorar su templanza y su repulsa ante las intrigas, y desde que llegué aquí lo he servido a usted y al NKVD lo mejor que he sabido y usted siempre se ha mostrado muy generoso conmigo.

—Creo que no es el momento para ponernos a repasar nuestras biografías —le respondió él tajante—, pero créame que habrá tiempo para hacerlo.

¿Sospecharía que le estaba hablando al alemán? No era posible, porque Nikita Mijailovich no podía ni llegar a imaginarse que el alemán hablaba ruso. El francés era la lengua del comité organizador, así es que no tenía motivos para sospechar. ¿Qué otra información podía necesitar Heiselberg? Sacha alzó la mirada hacia el cielo del otro lado de la ventana. La luna se ocultaba tras una capa de nubes oscuras. Faltaban unas dos horas para que amaneciera. Se levantó del suelo, fue hasta la mesita y encendió la vela. Después volvió a apoyarse en la pared y recordó cómo la mañana del interrogatorio de Murazovski, ella había estado revoloteando por la sala de los interrogatorios cacareando como una candorosa oca. En lugar de prever las intenciones de él, se dejó engañar y hasta se acercó a él después de que hubiera

metido el dedo en el té hirviendo. Creía haber entendido cómo funcionaba el espíritu humano en los tiempos que corrían: llegado un punto ya no es capaz de estar del todo presente. Los momentos decisivos son, por lo general, silenciosos. El grito que hay al final no suele ser más que una cobertura, y se oye tan solo cuando ya todo ha terminado. Esta vez no le iba a pasar.

—Apague la vela, por favor, camarada Weissberg.

El cuerpo se le irguió por sí solo. Cómo había echado de menos, durante las últimas horas, el sonido de esa voz sin vacilaciones, que pronuncia todas las sílabas. Sopló despacio sobre la vela y se dejó llevar por el bienestar que la inundaba. La soledad que tanto la había agobiado ese día le pareció ahora un lejano recuerdo.

Ella había actuado muy bien hasta ese momento, ¿verdad? De ahora en adelante le tocaba a él. Seguro que durante los últimos minutos había preparado un plan perfecto que contentaría a todos. Se volvió hacia ellos: una franja azulada se ensanchaba en el horizonte. Thomas Heiselberg estaba sentado en la cama con la espalda encorvada y las manos en los pies. Nikita Mijailovich se había sentado en uno de los taburetes y tamborileaba en el suelo con las botas.

Heiselberg tiró de los pantalones hacia arriba y disimuló el sonido del roce de la tela contra la piel con una tosecilla. Excepto por el ruido de sus movimientos, el silencio en el cuarto era absoluto. Se levantó, se abrochó el cinturón, se deshizo de los jirones de la camisa y se peinó una y otra vez con los dedos.

—Nikita Mijailovich Kropotkin —dijo, y su voz denotó que lo había descifrado todo y que ahora les iba a exponer su detalladísimo plan.

No cabía duda de que ese hombre tenía un talento poco común. Y sin embargo, ese porte extraño —estaba allí junto a la ventana con el pecho desnudo tocando el cristal— despertaba en ella un vago temor.

—¡Camarada Kropotkin! —volvió a exclamar.

Nikita Mijailovich se inclinó hacia delante y se puso en pie.

—¿Estaría usted dispuesto a prestarme su camisa? —le preguntó Thomas en ruso—. Porque creo que estamos de acuerdo en que no me puedo volver a Lublin vestido solamente con la chaqueta.

Nikita Mijailovich no se apresuró a responder. Era un hombre equilibrado, y no pronunciaría ni media palabra hasta que hubiera procesado la nueva información: el delegado alemán lo conocía por el nombre, hablaba un ruso fluido y tenía la osadía de pedirle la camisa. Miró a Thomas Heiselberg y a Sacha alternativamente, como si solo ahora entendiera que estaba atrapado entre los dos.

—Con toda seguridad comprenderá usted, camarada Kropotkin, que este pequeño incidente tiene que quedar entre nosotros. Entiendo sus recelos. Usted está convencido de que la camarada Weissberg teme que usted se venga de ella y por eso se le va a adelantar y lo va a delatar a usted, para dejar al descubierto su verdadero rostro, ¿no es esa la expresión exacta que usan aquí? Pero usted conoce muy bien a la camarada Weissberg, nuestra querida amiga, y sabe que a la luz de su actuación en el

pasado, resulta difícil creer que se vaya a apiadar de alguien, por muy próximo que este sea, o que vaya a dejar de hacer lo que haga falta con tal de neutralizar esta o aquella amenaza. Ella no cree que usted sea capaz de refrenar sus ansias de venganza y usted, por su parte, no cree que ella vaya a quedarse esperando sin actuar antes contra usted. ¿Soy lo suficientemente claro?

La certeza de que Heidelberg lo sabía todo sobre ella le produjo una amarga desesperanza. En realidad, la que estaba desnuda allí era ella, ella la que horrorizaba a todos con su forma de actuar, ya fueran rusos o alemanes. Ya la habían juzgado, y ahora todos agitaban al viento su demoníaca imagen. El alemán se había comportado con ella de manera muy educada, incluso con afecto, cuando en realidad, en el fondo, la despreciaba y no dejaba de susurrarse a sí mismo: «¡Mira cómo se ha emperifollado para recibirte este monstruo que liquidó a sus padres!».

Aunque hacía menos de media hora, allí, a la puerta del piso de Nikita Mijailovich, ella misma había agitado esa misma imagen suya para intimidar a su superior, ¿por qué se sentía entonces ofendida cuando Heiselberg se comportaba como ella?

Nikita Mijailovich dio un resoplido que podía interpretarse como una risa ahogada y engullida al instante por una tos. Escupió en el suelo. «No piensa avenirse a aceptar ningún trato», pensó Sacha, a pesar de lo cual confiaba en que Heiselberg pusiera en práctica con él alguno de sus hechizos.

—Escúcheme bien, Nikita Mijailovich —exclamó Heiselberg en un tono muy agradable y lleno de buena voluntad, como si le estuviera hablando de corazón a un viejo amigo a quien quisiera ayudar a salir de un apuro—, como se está arriesgando usted mucho al quedarse ahí sin hacer nada, es muy posible que la camarada Weissberg decida actuar mientras usted se empeña en permanecer en silencio. No tengo por costumbre mentir, así que le diré que no me parece improbable que lo haga. Las personas como nosotros no confiamos en nadie. Pero sería muy triste que justamente por esa falta de confianza, falta de confianza a la que, a decir verdad, ustedes ya están acostumbrados, se destruyan el uno al otro. Y si por el enfado que ahora siente se viera tentado a escarmentar a su subordinada que ha estado dispuesta a traicionarlo, deténgase a pensar en si conoce a alguien importante que no haya traicionado a su superior. ¡Por favor, Nikita Mijailovich! ¡Cría cuervos! Nuestro mundo es así. Además de que hay otra cuestión añadida: imagínese que la vence. Usted sabe muy bien lo poderoso que es Maksim Podolski, su marido. Por no hablar del delegado alemán que tiene usted delante: la camarada Weissberg me es muy querida por razones puramente profesionales. Le puedo hacer mucho daño desde Lublin, como, por ejemplo, encontrando unas cuantas pruebas de que usted ha estado espionando a favor de Alemania. Está usted vendido, camarada Kropotkin, así que lo único que le queda por hacer es quitarse la camisa y dármele. Oh, veo que también voy a necesitar sus botas. Si salgo ahora, puede que todavía me dé tiempo a cruzar la frontera. Como usted bien supone, hice las gestiones necesarias, pero voy con mucho

retraso y las personas que saben que deben hacer la vista gorda cuando les muestre la documentación que llevo pueden llegar a cansarse de esperar y abandonar su guardia. Y eso es algo que no nos interesa que suceda, ¿verdad?

La habitación era demasiado pequeña para contenerlos a los tres. Cualquier movimiento en falso podía ser malinterpretado. Nikita Mijailovich se encontraba arrinconado entre el tocador y la cuerda de tender, y sin darse cuenta pasaba la mano una y otra vez por las bragas y los calcetines. Se le notaba que necesitaba un trago. Sacha pensó que si se lo pedía, le diría que allí solo tenía agua. El vodka solía avivarle el carácter. Se tocó las piernas y notó, sorprendida, que las tenía arañadas.

—¿Qué garantías me da usted de que ella no va a actuar contra mí?

La pregunta la sorprendió sobremanera, porque no era del tipo de persona que se aviene a aceptar un trato como ese. Hasta la voz le había sonado falsa, como si fuera un actor que recita una frase que no entiende.

—En nuestros tratos no va a haber garantías —decidió Heiselberg muy alegre, porque con toda seguridad había concluido de la pregunta que Nikita Mijailovich había aceptado la descripción de la situación que él acababa de hacer—. Usted lo sabe tan bien como yo. La lógica dice que le harán ustedes un buen servicio a sus correspondientes carreras si aceptan la existencia del otro.

Heiselberg fue hacia la jofaina. Se inclinó a un paso de Nikita Mijailovich, se lavó la cara, se salpicó un poco de agua por el pecho y después se mojó de nuevo las manos y se peinó el pelo hacia atrás. Lo hizo con toda naturalidad, como la persona que anda por su casa haciendo lo que tiene por costumbre hacer. Solo le faltaba silbar alegremente para completar el cuadro. Se diría que, una vez recuperado del ataque que casi lo mata, se sentía con renovadas fuerzas, como si tras conseguir librarse del temor a la muerte, ya nada pudiera amedrentarlo. Y desde luego que Nikita Mijailovich, muchísimo menos.

Tenía un extraño don para la esperanza que no se manifestaba solamente por lo afilado de su lengua, sino por su mera forma de ser, y por el carácter confiado y algo infantil que revelaban sus ideas. Con toda su inocencia creía que estaban destinados a crear un mundo a su imagen y semejanza. Ahora comprendía Sacha la razón por la que Thomas le había robado el corazón en la arboleda empujándola a hacer cualquier cosa con tal de salvarle la vida: una parte de él —no al completo ni todo el rato— creía que el desfile militar que estaban organizando también crearía un mundo a su imagen y semejanza.

Pero, precisamente por esa misma razón, lo que no entendía a la primera no conseguiría nunca comprenderlo. Veía a las personas según un código que, a su manera, había alimentado con las cualidades y motivaciones humanas más importantes, y creía que todos, excepto los locos, iban a plegarse a su autoridad. Nunca entendería a las personas obstinadas al estilo de Nikita Mijailovich, por lo que intentaría seducirlos con señuelos como ascender en sus carreras profesionales, algo que podía parecerle lógico a alguien como él. Pero hay quienes actúan solamente

movidos por una orden personal cuya tiranía dicta todas sus acciones, y para esa clase de gente, incumplir esa orden es como tirarse de un puente.

—Tengo la impresión de que usted... en realidad estoy convencido de que no entiende el asunto —declaró Nikita Mijailovich clavando la mirada en el alemán que se estaba secando con un paño el agua que le goteaba del pecho—. Soy un hombre de mundo y no una persona creyente, como seguramente usted ya habrá advertido. Pero hay una cosa en la que tengo absoluta fe: no existe desaparecido que no informe. Y más que eso le diré, lisa y llanamente, que aunque me pusiera usted un cuchillo en el cuello, no aceptaría su propuesta. Y todavía más que eso añadiré, porque creo que debe saberlo, que yo no he venido hasta aquí por miedo a la joven camarada Weissberg, sino porque si usted hubiera muerto en su cama, se habría abierto una verdadera crisis, además de que si puedo socorrer a un enfermo, es mi obligación hacerlo. Puede que vea en mí a un presuntuoso, pero le voy a hablar sinceramente: quitarme ahora la camisa para entregársela a usted y ser cómplice de la demencial conspiración de ustedes dos, colaborar (tal y como está haciendo la camarada Weissberg) con un delegado alemán que ha entrado en el Óblast de mi responsabilidad mediante engaños y documentos falsificados, esa es una acción contraria a todo en lo que yo creo.

Un escalofrío de terror recorrió el cuerpo de Sacha: todo había terminado. Nikita Mijailovich no se movería de su posición. Tendría que apartarla del Óblast, del comité organizador del desfile y de su vista. Ahora se iba a ver obligada a luchar contra un hombre que la había tratado con amabilidad y que le había brindado su amistad.

—Pero por favor, Nikita Mijailovich —dijo Heiselberg con voz algo temblorosa y volviéndoles la espalda a los dos para mirar por la ventana—, habla usted como un voluntario de la Cruz Roja. Todos conocemos su pasado.

—Yo soy el primero en reconocer mis actos —respondió Nikita Mijailovich muy circunspecto—, ha^o examen de conciencia todas las noches, y no siempre salgo bien parado. Actúo como lo hago desde el profundo convencimiento de que mi posición me permite tomar ciertas decisiones, o para ser más exactos, por lo general es el partido el que me autoriza a ello. Todas mis acciones han tenido una finalidad. Podrá dudarse de los métodos empleados, pero en el fondo siempre ha habido una finalidad en la que he creído. Las exigencias de usted o, en realidad, su plan... es sencillamente inviable. Lo que pretende solo serviría para que yo sobreviviera, y eso si decido confiar en una mujer a la que usted acaba de describir a la perfección, y en un funcionario nazi, que ahora se comporta como un cosmopolita tramando todo tipo de estratagemas con una judía rusa contra su propio cuartel general.

—Aquí no hay ninguna estratagema —le espetó Heiselberg con un tono burlón que pretendía disimular su desesperación—, sino la mejor salida para todos.

—Menudo caballero está usted hecho —exclamó Nikita Mijailovich—, da gusto verlo a usted ahora tan preocupado por una mujer a quien hace poco trató de sustituir

por otra persona en el comité organizador del desfile.

—Eso ya lo hemos hablado entre nosotros —se apresuró Sacha a intervenir—, es que teníamos ciertas discrepancias que ya hemos solucionado.

¿Cuándo habría solicitado que la sustituyeran por otra persona, el muy infame?

Una suave línea de luz se coló en la habitación. Heiselberg se sonrió y hasta puede que le guiñara un ojo. Parecía un niño cogido en falta. Sacha le devolvió la sonrisa como si quisiera darle a entender que aquel asunto era algo marginal y que lo que tenía que hacer era concentrarse en lo principal. La verdad era que una parte de su personalidad seguía siendo un poco infantil: no se sentía ofendida por el hecho de que él hubiera querido apartarla del asunto del desfile, porque ni estaban obligados a guardarse fidelidad ni era posible que lo hicieran, sino que se sentía ofendida porque él, a diferencia de los demás hombres, permanecía impasible ante sus encantos. En ese momento se acordó de algo que le había dicho Kolia en la estepa, y que se le había borrado por completo de la mente: «Nadka dice que el NKVD te ha vuelto a convertir en niña prodigio». Ahora entendía el significado de esas palabras: tu madre, Rikova, yo y otros no veíamos que fueras ninguna niña prodigio en poesía, y por eso te has buscado un lugar en el que te dejen serlo, así que en tu ascensión a niña prodigio nos quitaste a todos de en medio, un plan perfecto, ¿verdad? Pero hay un lugar en el espíritu, en el que hasta los engaños más pequeños acaban por ceder por mucho que se pretenda desmentirlos, y entonces la verdad se manifiesta.

—Nikita Mijailovich —dijo—, usted no entiende al señor Heiselberg. Él es el autor del informe sobre el hombre polaco y después desempeñó el cargo de consejero de todo lo relacionado con él. Las distintas agencias se dirigían a él para asesorarse sobre las deportaciones y las detenciones, sobre las condenas a muerte, los campos de trabajo y el trato dispensado a los judíos, y él era quien aconsejaba. Creo firmemente que está implicado en esto del desfile porque lo considera un acto noble en pro de la paz. Puede que también aspire a salvar su persona, porque resulta imposible saber lo que siente un hombre que ha sido el responsable de tantos actos criminales y del sufrimiento de tanta gente solo por la sangre que corría por las venas de esta, además de que las buenas acciones no limpian la sangre de las manos. Nadie sabe eso mejor que yo. Si actúa usted contra mí, pondrá en peligro el desfile, y usted mismo es partidario de la paz y no de la guerra.

Tuvo la esperanza de que Heiselberg no se hubiera dado cuenta del placer que le había producido hablar mal de su informe. Como el recitar de un poema querido, las acusaciones habían rodado por su lengua y ya estaba arrepentida de no haberse extendido más hablando de los crímenes que se habían cometido en su nombre.

—¡Dios mío! —exclamó el alemán—. ¡No hay nada que no se sepa de uno!

Sacha echó la cabeza hacia atrás y entornó los ojos, porque no se atrevía a mirarlo después de que la información que teman uno del otro hubiera salido a la luz con unas frases tan feas y aparentemente destinadas a los oídos de Nikita Mijailovich.

—Tengo que dejarlos —dijo este, como el profesor que anuncia que la clase ha

terminado—. Me espera un día muy duro en el despacho.

Heiselberg le lanzó a Sacha una mirada salvaje. Permanecía allí junto a la pared, impotente. A la hiriente luz de la aurora vio que tenía la cara muy pálida. Quizá le costaba mantenerse de pie y por eso se apoyaba en la ventana.

—¿No comprende que no se lo podemos permitir? ¡Nunca he visto a nadie tan estúpido! —dijo Heiselberg—. ¿Cree que vamos a permitir que una monjita de la caridad como usted ponga en peligro lo que más amamos?

—Ya lo creo que me lo van a permitir —se rio Nikita Mijailovich—, ¡ya lo creo que sí! Camarada Weissberg, acaba usted de decir, en realidad lo ha proclamado, que las acciones nobles no son capaces de lavar las manos manchadas de sangre. Enséñenos sus manos manchadas de sangre, tenga la bondad...

Heiselberg dejó caer los hombros. Se diría que acababa de reconocer su derrota y por eso perdía todo interés por lo que sucedía a su alrededor. Sacha cruzó los dedos detrás de la espalda.

—Lo único que tiene ahí es esa venda que siempre lleva puesta —prosiguió Nikita Mijailovich dirigiéndose ahora al alemán—. ¿Le ha contado cómo le sucedió? Pues resulta que uno de los acusados le quiso lavar la mano con té hirviendo. ¿Cuándo fue eso, camarada Weissberg? ¿A finales de 1939? Se hizo una quemadura muy pequeña, y desde entonces lleva la venda. Nuestro médico se la cambia una vez cada dos meses. Le dice: «Pero si casi ni se le nota, camarada Weissberg, no hace falta venda» —imitó haciendo burla la voz de soprano del doctor Zamyatin—, pero ella se sigue empeñando y le ordena que se la cambie mientras mira hacia el techo. Si no es capaz de ver una minúscula quemadura, ¿cómo va a poder ver sangre? ¿Y encima, sangre de muertos?

—Debe de estar usted agotado, Nikita Mijailovich —dijo un Heiselberg distraído—, no sé qué hace ahí diciendo esas estupideces. No veo qué relación puede tener con...

—Lo ve usted perfectamente —lo interrumpió Nikita Mijailovich—, pero lo que se dice perfectamente. Ustedes nunca han tenido sangre en las manos. Han provocado la muerte de manera indirecta, con órdenes, escribiendo papeles que pasaban de mano en mano sin que sus ojos ya los vieran hasta enviar a otros a la muerte. En eso son ustedes de sobresaliente, pero ¿dar una orden directa de matar a alguien? Matar a alguien de cerca, asestarle una puñalada en el corazón, romperle el gástrico, pegarle un tiro a bocajarro y ver cómo le estalla el cerebro, y luego descubrir en casa, ante el espejo, que llevan ustedes restos de ese cerebro pegado en las orejas, eso no lo han hecho ustedes dos nunca, ¿verdad que no? En este momento les gustaría enterrarme bien hondo bajo tierra. Pero esta vez no hay nadie que vaya a hacer por ustedes el trabajo sucio. Resulta hasta grotesco: ustedes que han llevado a tantos a la muerte, puede que a miles, se sienten de pronto impotentes ante una pequeña muerte.

Nikita Mijailovich se plantó entre ambos como si esperara que hicieran algo que fuera a contradecir las palabras que acababa de pronunciar, pero pasados unos

segundos, al ver que no reaccionaban, se encaminó hacia la puerta tras darle antes una fuerte patada a la jofaina. Esta se volcó y el agua corrió por el suelo sobre los recortes de periódico.

Sacha miró a Thomas Heiselberg que seguía junto a la ventana resplandeciendo a la luz del sol y sin moverse. ¿De verdad que no va usted a hacer nada? Lo escudriñó con la mirada: ¿no va a detenerlo?

Nikita Mijailovich se acercó a ella, inexpresivo.

Sacha se quedó sin respiración. «Ahora es cuando me pega», pensó. Reculó hasta la pared y volvió hacia él el hombro, encogido. Esperaba que Heiselberg hiciera algo, pero él se limitaba a observarlos atónito, como un extraño que hubiera aparecido por allí por casualidad. «Está paralizado. La actitud de Nikita Mijailovich lo ha devuelto a la realidad y detrás de esa apariencia de hombre equilibrado lo veo con una pataleta tirado en el suelo. Pero si ya no es capaz ni de hablar».

Sacha hizo un gran esfuerzo para forzarse a mirar a los ojos a Nikita Mijailovich, con la esperanza de que la agresividad que esperaba de él no fuera más que producto de su imaginación. Al otro lado de los empañados cristales de las gafas, la miraba con desprecio.

—Es usted una unidad de tiempo minimizada —le susurró, y a continuación se metió por entre el armario y la pared y salió dando un portazo.

Permanecieron unos instantes como paralizados. En el piso de arriba se oyó un ligero taconeo y una mujer que le metía prisa a un niño para que se pusiera el uniforme del colegio.

—Ahora nos vamos a ver obligados a quitarnos la careta —dijo impasible el alemán. Pero ya era tarde para decir eso, y los dos sabían lo vacuas que sonaban ahora esas palabras—. Además, puede que Mijailovich decida no hacer nada. Después de todo, parece un hombre responsable.

«No hables más —le insinuó Sacha con los ojos justo cuando la esfera del sol asomaba por la ventana—. Suenas a muerto».



*Alemania, 1941*

Cuando ve desde lejos la línea del horizonte de las grandes ciudades, hay veces que todavía se despierta en él el deseo de regresar a la vida dando un salto mortal, aparecer de repente como el actor que irrumpe de pronto en el centro del escenario y rugir: «¡Aquí estoy! Me buscabais, ¿verdad? ¡No me digáis que no, porque sé perfectamente que volvéis a necesitar a alguien que os pueda proporcionar un nuevo, inspirado y audaz plan!».

Pero después, en esas carreteras llenas de curvas y de baches que pasan por los pueblos vacacionales de la playa o por las aldeas en las que la primera casa está a una distancia de unos pocos pasos de la última, su arrebató se viene abajo y esa voz interior que antes se pasaba el día sorprendiendo a propios y ajenos con sus grandiosos planes transcontinentales se va apagando gradualmente.

Hacia el final del verano se marchó al pueblo vacacional de Heiligendamm, el lugar donde su madre solía pasar de adolescente las vacaciones estivales. Por las mañanas se preparaba un hatillo con un libro, un sombrero de ala ancha, una toalla, unas gafas de sol y un cuadernito y se recostaba en una de las tumbonas frente al mar. ¿Le había dado ahora por escribir? ¿O es que anotaba los sueños? ¿O quizá, aunque con un retraso de años, le hacía por fin caso a Erika Gelber y se proponía escribir un diario? No exactamente. En ocasiones le apetecía garabatear en el cuadernito alguna idea que se le hubiera ocurrido, o los principios en los que un día creyó, sus impresiones sobre una pareja joven que llegaba a la playa con sus hijos, pequeñeces acerca de lo que esos niños hacían, de dónde vendrían y qué futuro los estaría esperando. El exceso de tiempo libre lleva al hombre a realizar actividades que antes le parecían triviales.

Al cabo de un rato, mete el libro y el cuaderno debajo de la toalla y se queda mirando a la gente que se sumerge entre las olas. Thomas sopesa si hacer lo mismo. ¿Se sentirá mejor si se mete en el agua?

Le gustaría dormir. Ha empezado a hacer demasiado calor y está sudando. Se quita unos granitos de arena que se le han pegado al cuerpo. Hay arena por todas partes. Hasta los testículos le pican. Se levanta pesadamente y regresa a su

habitación. Los bañistas pasan junto a él de camino hacia la playa, medio adormilados todavía, dispuestos a disfrutar del día de asueto que los espera. Thomas cierra las ventanas y corre a conciencia las cortinas para ocultar el sol.

Se queda allí tendido en la oscuridad, mientras el jaleo de fuera acentúa su retiro. Ahora, desnudo entre las sábanas, invita al recuerdo a que se acerque: te ruego que nos muestres unos cuantos horrores. El recuerdo escupe fuego: rostros, sucesos, páginas del informe, una calle de Berlín desde el final de la cual se ven Varsovia y Lublin. El recuerdo está lleno de imágenes. Thomas se revuelca en la cama dándoles estocadas con el florete de sus tiempos de estudiante en la universidad, hasta que el sueño lo vence.

Cuando se despierta al mediodía tiene el cuerpo tenso por la furia, y toda la culpa se la echa a los veraneantes que se dirigen hacia el comedor, que gritan como si fueran el despertador que lo expulsa del reino del sueño. No le queda más remedio que arrastrarse hasta la ventana y procurar imitar al resto de los clientes del hotel que se divierten con una pericia en la que no cabe la más mínima vacilación, como si obedecieran a una extraña rutina cuyas reglas hubieran sido establecidas durante las vacaciones precedentes.

Ahora, sin todos los propósitos y planes alrededor de los que siempre giró su existencia, solo le quedan algunas reminiscencias del pasado con las que llenar sus días y con las que intenta luchar contra la nada, contra el aburrimiento y contra el espantoso silencio que lleva dentro. Como un paseante que se haya topado de pronto con un pantano, salta de piedra en piedra, tratando de zafarse del peligroso fango de los recuerdos. Su nueva misión consiste en domarlos, en encontrar una técnica con la que conseguir minimizar su influencia: «La técnica Heiselberg antirrecuerdo». Ya tenemos una idea de cómo hacerlo, aunque resulta imposible desterrar del todo las imágenes de la memoria. No existe nadie que pueda borrarlas, por eso hay que transformarlas, reunir cuantas más mejor y a conciencia borrarles el color, extraerlas de su momento exacto, de su contexto, desterrarlas a un rincón en el que, aunque sigan haciendo ruido, no sea con la misma intensidad. Te acostumbras a cubrir zonas enteras con un cobertor gris que amortigua sus agujones, y entonces te limitas a pasar las páginas del recuerdo como si fueran las de una novela de terror que leíste hace tiempo y que al releerla ya no da miedo.

Al cabo de una semana empezó a darle asco el olor del mar y de los cuerpos desnudos y blancuzcos que vagaban de la playa a los juegos de naipes del salón del hotel, o de la comida del mediodía a la siesta. Fuera a donde fuera no oía ni veía más que tonterías, cacareos sin sentido y valoraciones estúpidas sobre la guerra en el Este, caras repletas de arrogancia por poder despreocuparse de todo en un caluroso día de verano disfrutando de los privilegios de las personas pudientes. Con el fin de apaciguar su espíritu, Thomas procura ignorar la repulsa que le provocan esos tipos que se mueven perezosamente y hablan bajito y arrastrando las palabras con la idea de que resulta elegante darlo todo por supuesto. Durante la cena le parece que

decenas de Wellers con gafas y llenos de indolencia lo rodean alabando sin cesar a la Wehrmacht.

Subió al tren y decidió que se bajaría en una de las estaciones próximas a la frontera belga. En Aquisgrán, quizá. Alguien que había conocido en Lublin era de allí. Pero pasadas unas dos horas el tren se detuvo y los pasajeros fueron conminados a apearse. Los aviones del enemigo surcaban el cielo, se lanzaban en picado proyectando su sombra sobre los campos. Todos los pasajeros se bajaron atemorizados con los bártulos y se tendieron debajo de los vagones. Él se tendió en la cálida tierra de al lado de la vía. Apoyó la mejilla en una piedra lisa, como si fuera la funda de una almohada —estaba convencido de que no iba a morir en un estúpido bombardeo de cualquiera de aquellos aviones—, y se limitó a quedarse escuchando el ruido de los motores que se alejaba y a consolar a una joven que, con los ojos bañados en lágrimas, protegía con el cuerpo a su bebé. Thomas no volvió al tren porque no estaba de humor como para tener que soportar los aterrorizados comentarios de los viajeros. Con la maleta a cuestas anduvo varios kilómetros por los campos hasta que llegó a un pueblecito junto a Hannover y decidió quedarse allí.

La señora Gruner, que tenía su casa al lado del cementerio del pueblo, fue la primera persona con la que se encontró. Enseguida le propuso alquilarle el piso de arriba, que reservaba para los urbanitas de postín, y guisar para él. Lo único que muy amablemente le pedía a cambio —aparte de dinero, claro está— era que le diese su valioso parecer sobre la evolución de la guerra, porque seguro que entendía de eso mucho más que los tontos de los campesinos de allí. Sus nietos Hans y Franz habían sido enviados al frente ruso y ni su hija ni ella dormían por las noches de lo preocupadas que estaban.

—Duerma tranquila, *Frau* Gruner, que le aseguro que antes de fin de año Hans y Franz habrán vuelto a casa.

Durante unos cuantos días la señora Gruner estuvo muy satisfecha y lo trató con un respeto exquisito. A las seis y media en punto preparaba el desayuno para los dos. Después se marchaba a su trabajo que consistía en cuidar el cementerio, cosa que hacía con la misma entrega con la que un campesino trabaja la tierra. Todos los días le pedía a Thomas «una ayudita», porque un poco de gimnasia no dañaba a nadie, y lo veía con tan mal aspecto. Ahí tenía los guantes para escardar, y estaría muy bien que removiera la cal para pintar la valla de madera; aquí retiraremos los hierbajos y allanaremos la tierra, porque la señora Gruner soñaba con un camino de gravilla mientras le contaba a Thomas que aquel era un pueblo de tacaños que se negaban a pagar por el mantenimiento del cementerio, así que ya se podían ir buscando otro sitio para ser enterrados.

Durante las horas de la tarde, Thomas se quedaba en la habitación y la señora Gruner, lavada y peinada, recogido el blanco pelo con una cinta azul, le servía licor de huevo y aprovechaba para importunarlo con mil y una preguntas. ¿Por qué no se ha casado usted? ¿Se casó con otro la mujer a la que usted amaba? Eso pasa hasta en

las mejores familias. Ella misma, de todos los pretendientes que tenía, fue a escoger al peor. El amor es ciego. La señora Gruner era muy alegre; hasta las historias más tristes las contaba con gracia.

Por las noches Thomas cruzaba el cementerio y se adentraba por los campos que rodeaban el pueblo bajo un cielo cuajado de estrellas, y caminaba hasta que la oscuridad era completa y sentía que se anulaba a sí mismo para fundirse con el mundo de recuerdos inconsistentes que vagaban por toda Alemania. En esos momentos dejaba de ser consciente de que se encontraba muy cerca de Hannover: una profunda oscuridad envolvía ahora todos los lugares por los que había pasado y proyectaba también su sombra por los que todavía iba a visitar.

Un día el tabernero le dijo que tenía los ojos rojos, que por lo visto no dormía bien, y que no le extrañaba viviendo como vivía en casa de la Gruner esa, una mujer espantosa que se paseaba por el pueblo con su satánica sonrisa recordándoles a todos la proximidad de la muerte. Cuando Thomas regresó a la casa hizo, como de pasada, un comentario pesimista sobre el futuro de la guerra.

Durante toda esa noche oyó proveniente del piso de abajo una respiración tan pesada que parecían los resoplidos de un toro fatigado. Finalmente oyó el ruido de los zapatos de la señora Gruner en la escalera, la llamada con los nudillos en la puerta de su habitación, y ahí estaba con una vela humeante quejándose de que él se había comprometido a que sus nietos volvieran sanos y salvos. Pero eso era exactamente lo que le habían dicho en 1914 y dos años después mataron a su marido.

—Yo no dije en ningún momento que vayan a volver con vida, señora Gruner, dije que volverían.

Enseguida recogió sus cosas y se marchó. Pero ¿adónde ir? ¿A Heidelberg? Podía quedarse un tiempo en la biblioteca universitaria para leer o para hacer alguna investigación. ¿A Aquisgrán? La semana pasada había tenido la intención de acercarse a la frontera de Bélgica. Anduvo de aquí para allá por los andenes de la estación. El primer paso lo dio, como siempre, en dirección al andén desde el que llegaba a Berlín, porque las demás ciudades no habían hecho más que deslumbrarlo y dejarle amargos recuerdos, mientras que Berlín siempre sería su casa. Puede que todavía pudiera aprender a disfrutar de las cosas pequeñas; y se acordó con sorna de Karlson Mailer, de Schumacher, de la señora Günter y de Weller, que le insistían para que se tomara unas vacaciones.

A veces sentía curiosidad por saber si lo estarían persiguiendo, si el Ministerio de Asuntos Exteriores lo buscaba. Su despido había sido consecuencia directa de sus actos. La primera semana de junio lo había convocado Frenzel a su despacho con un tono muy oficial, como si jamás hubiera existido entre ellos nada salvo una relación laboral, y le anunció que el retraso que llevaba en la entrega del informe sobre el hombre bielorruso estaba provocando gran disgusto en el ministerio.

Thomas le respondió que no le había dado tiempo a terminarlo por todo el trabajo que había tenido con lo del desfile militar germano-soviético.

Frenzel lo interrumpió y le comunicó con gran frialdad que, según a él le constaba, hacía ya dos meses que nadie se había dirigido a él por el asunto de aquel maldito desfile. El vertedero de chatarra del sistema burocrático, como Thomas debería saber, estaba a rebosar de iniciativas que nunca prosperaron, y su desfile era una más, así que nadie entendía por qué Thomas seguía empeñándose en sacarla adelante molestándolos a todos, enviando cartas a los despachos estatales, viajando a Varsovia y a Cracovia para unas inservibles reuniones, revelándoles a todo tipo de personas detalles de los que no deberían enterarse y consiguiendo cosechar las iras de las más altas esferas.

—Se acabó la fiesta —le espetó Frenzel con decisión, aunque la dureza que pretendió darle a su voz sonó algo falsa, como si le viniera impuesta desde arriba—. Tenga en cuenta que desde los primeros días de mayo le están reclamando que termine el informe sobre el hombre bielorruso.

—¿Quiere eso decir que la guerra con la Unión Soviética es inminente?

—No —respondió un impaciente Frenzel—, el hombre bielorruso nos interesa desde un punto de vista filosófico. Le ruego que no me haga preguntas a las que no estoy autorizado a responderle. Lo único que sé es que, o entrega ya el informe, o tendrá que atenerse a las consecuencias. Además, en el ministerio se quejan de su desidia y de que los haya estafado, dado que ya le han pagado por el trabajo.

—Es que me he visto obligado a trabajar también en el tema de la Parada militar germano-soviética.

—Su deber era hacer las dos cosas a la vez y, con todos mis respetos, una sola reunión en Brest-Litovsk y el intercambio de unas cuantas cartas no es un trabajo a tiempo completo.

Thomas no pudo más que admirar el tono oficial con el que hablaba Frenzel, en el que ahora ya no se apreciaba ni la más mínima vacilación, como si realmente fuera cierto que jamás habían mantenido otra relación que no fuera la laboral.

—No habrá ningún informe sobre el hombre bielorruso —dijo Thomas.

—¿Entiende usted el alcance de lo que acaba de decir? —le preguntó Frenzel, ahora en un tono más suave e inclinándose hacia Thomas—. Mire, aunque de momento no tenga más que un poco de material reunido, estoy convencido de que en el plazo de una semana será usted capaz de presentarnos un informe excelente. Puede que no cause el furor que causó el «Modelo del hombre polaco», pero eso podrá usted justificarlo muy fácilmente.

—Le ruego que informe usted al Ministerio de Asuntos Exteriores de que el trabajo está sin ultimar.

—Y yo le aconsejo que se vaya a su casa y lo piense —le dijo Frenzel colocando bien rectos los papeles que tenía encima de la mesa para indicarle que la reunión había terminado.

—Lo tengo más que pensado.

—Entonces, ¿es esa su respuesta definitiva? —preguntó Frenzel poniéndose en

pie.

—Sí, es mi respuesta definitiva.

Al cabo de una semana lo despidieron, además de recibir una carta en la que le comunicaban que debía marcharse de Lublin y que el ministerio estaba sopesando si interponerle una demanda por estafa. Se le conminaba a dar una explicación razonada de su comportamiento. No contestó a la carta y, al amparo de la noche, huyó de Lublin.

Antes de marcharse del piso le lanzó una última mirada al escritorio en el que estaban todos revueltos los folios que había tecleado en su máquina de escribir. Durante el último mes el piso se le había antojado uno de aquellos talleres en los que había pasado sus días haciendo informes. También en esta ocasión parecían rechinar las ruedas dentadas y resoplar los pistones, pero cuanto más pasaban los días más cuenta se daba de que por mucho material que recogiera aquel informe no le estaba saliendo bien, y que eso era prueba de que ya no podía compararse con el cuerpo perfecto que un día fue, porque ahora no tenía ni ideas, ni inspiración, ni pensamiento filosófico alguno.

Lo último que hizo en Lublin fue enviarle una carta a Viktoria Sovalova, ciudadana de Brest, en la que la escribiente, Eva Poshtenska, lamentaba comunicarle a Viktoria la muerte de su querida tía, y que el entierro ya se había celebrado. Todos tenían roto el corazón. Además, le aconsejaba a su amiga que se marchara de Brest ¡de inmediato!... Le pedía que regresara a casa para consolar al tío viudo, porque si este seguía solo unos días más, moriría de dolor. Viktoria debía regresar en el acto.

En cuanto Thomas volvió a Berlín, lo primero que hizo fue vender la casa de su madre. La mañana del 22 de junio, cuando se comunicó que Alemania había invadido la Unión Soviética, firmó el contrato de compraventa. Metió su ropa en un par de maletas y el contenido del piso lo donó al NSP que incluso le envió una carta de agradecimiento.

A Klarissa no pudo verla. Sus padres habían salido fuera a pasar las vacaciones de verano, y el portero, el único conocido a quien vio en la ciudad, le dijo que no sabía dónde estaban. Klarissa le había contado al portero que Thomas tenía un cargo muy importante en el Ministerio de Asuntos Exteriores, así que lo felicitaba por ello. Es una lástima que *Herr* Heiselberg se vaya del edificio. Aunque desde que murió *Frau* Heiselberg, aquí ya nada ha vuelto a ser lo mismo.

—Nuestra pequeña Klarissa se ha comprometido —añadió el portero—, y puede que hasta ya se haya casado. Su madre le dice a todo el mundo que es novia de un joven que tiene un gran futuro.

—¿Y dónde le espera ese gran futuro? —le preguntó Thomas.

Pero el portero no se acordaba; lo que sí sabía era que el padre del novio tenía algo que ver con la industria cinematográfica. De otra cosa más se acordaba sin dudar: la madre de Klarissa había dicho que el novio estaba terminando el doctorado.

Thomas se fue sin dejar ninguna dirección. Si finalmente decidían en el Ministerio de Asuntos Exteriores demandarlo por incumplimiento de contrato, tendrían que esforzarse por dar con él.

Quedó atrás el verano. Fue a Heidelberg (y pasó unas horas en la biblioteca universitaria); también fue a Aquisgrán, a los Alpes suizos —a Múnich, naturalmente, ni se acercó— y a algunos pueblos y pequeñas ciudades más. Lo mismo daba si se encontraba en la región del Ruhr o en Baviera, en Schleswig-Holstein o en Hesse, porque siempre se extendían ante él campos y huertos, inmensos arbustos, o se topaba con un herrero herrando un caballo frente a una humeante chimenea, y tampoco faltaban la iglesia y la campana, el granero repleto de balas de paja, las casas de los campesinos pintadas de amarillo y construidas con dos capas de madera y entre ellas una capa de ladrillo, o un bosque lejano, como en Rettenberg, por ejemplo, donde los hombres solían salir a cazar perdices, solo que en esos momentos la mayoría de esos hombres o cazaban o eran cazados en el frente ruso.

Algunas mañanas se torturaba pensando que nada de aquello era real, que su expulsión de la vida era un castigo demasiado cruel, incomprensible, una condena de la que no sacaba ninguna moraleja. Esos días se quedaba en la cama, rezando para no existir, pero cuando se imaginaba a sí mismo golpeándose la cabeza contra la pared o haciendo cualquier otra barbaridad semejante, se avergonzaba tanto de esas fantasías que se escondía bajo las sábanas y cualquier paso que oyera fuera le causaba verdadero pavor. En ocasiones, cuando su cara se reflejaba en un frutero, en la ventanilla del tren, o en cualquier espejo, le resultaba inexpresiva, como si la tuviera tan tensa que carecía de movimiento. Si se esforzaba por poner alguna mueca, notaba que ninguna parecía real y que siempre quedaba como algún espacio vacío. Por eso se dejó crecer una barba muy bien cuidada, aunque eso no hizo más que empeorar la situación, porque como si fuera un diablo rebelde, se diría que la barba brincaba en su cara gritando: «Aquí falta algo, ¿no?». En ocasiones bajaba a la calle con una expresión cuidadosamente escogida porque necesitaba con todas sus fuerzas que alguien se la creyera y le preguntara: respetable señor, ¿por qué está usted tan triste, tan alegre, tan furioso?

No sentía soledad. En compañía de auténticos desconocidos se sentía tranquilo, podía hablar de las trivialidades de la vida o sobre la evolución de la guerra y, por lo general, se conformaba con unas cuantas frases cortas. Esa acusación que siempre parecía hacerle la vida de que no sabía lo que era estar en contacto con alguien, de que la fidelidad le recordaba a un globo inflado de más, que confundía la amistad con las relaciones de trabajo y que ocultaba partes de su personalidad, que en realidad nunca había ocultado, esas acusaciones habían desaparecido finalmente.

Sus días no tenían orden ni concierto y no se esforzaba por ocultarlo ni intentaba disfrazarse de hombre de bien. Si le preguntaban cuál era su ocupación y qué planes

de futuro tenía, contestaba con toda sinceridad que no tenía ni idea de hacia dónde lo llevaba la vida. Le ofrecieron empleos ridículos relacionados con la dirección de negocios diminutos, como inspector de una destilería de licor, y después en una fábrica de relojes, pero él rechazaba todos esos trabajos con la máxima educación. No tenía intención de establecerse en ningún lugar. Su condición de huésped eventual era para él una orden casi sagrada que obedecía ciegamente.

En los pueblos por los que pasaba no había hombres. Los campos cultivados, las huertas y los invernaderos estaban huérfanos. En algunos sitios los habían sustituido muchachas y prisioneros de guerra. En las estaciones del ferrocarril se encontraba alguna vez con esos grupos de muchachas, todas del mismo pueblo de Polonia, de Bielorrusia o de Ucrania, que se apeaban con toda parsimonia de los vagones envueltas en unos pesados abrigos con el forro relleno de algodón y cargando en la cabeza cajas de cartón. Allí las aguardaban los enviados de las fábricas, de los talleres o de las granjas.

Un día, sin motivo aparente, siguió a uno de esos grupos de jóvenes y hasta les ofreció a sus señores sus servicios como intérprete de polaco. Las chicas fueron distribuidas por las casas y Thomas traducía e hizo de intermediario entre el dueño de una de las granjas y unas cuantas chicas a las que quería para escardar un campo de remolacha azucarera: había que cavar un hueco alrededor de la planta más fuerte y las demás se arrancaban con las manos. Se avanzaba de rodillas por un surco amplio. Al principio las rodillas se les amoratarían, pero con el tiempo se les pasaría. Había que mantener rectas las filas de plantas, y si alguna se adelantaba, ya oiría el silbato. La mujer del dueño de la granja le riñó a Thomas:

—Señor, debería usted tratar mejor esa ropa tan cara y tan bonita que lleva.

Y se empeñó en lavarle la camisa y la corbata y repararle el dobladillo de los pantalones.

Su cuerpo fornido despertó sorpresa y hasta algún comentario malintencionado, además de que un viejo, dueño de una cantera, le preguntó directamente por qué no lo habían reclutado. ¡La patria llamaba a sus hijos, así que no era el momento de hacerse el remolón! Thomas le contestó de manera muy amigable (siempre tenía en la punta de la lengua unas respuestas llenas de veneno que de mil amores hubiera querido usar) diciéndole que había estado en Berlín en el despacho del *Generaloberst* Fromm para ofrecerse como voluntario para servir a la patria, y como prueba de ello le enseñaba el cuaderno que este le había regalado.

A continuación, al viejo le dio por enumerar datos y más datos económicos, todos malos, porque sostenía que la economía de los países occidentales que Alemania había conquistado se estaba hundiendo, en lugar de que Francia, Bélgica y los demás países contribuyeran al esfuerzo de la guerra alemana, y es que estamos desperdiciando con ellos muchísima materia prima: ¡el fin de nuestra patria está próximo! A medida que la cara del viejo reflejaba más temor, Thomas alababa el poder de la Luftwaffe y pronosticaba que en breve Moscú al completo ardería en



llamas, «y todavía visitaremos juntos el Kremlin alemán». El anciano lo miró con unos ojos rojos de ternero buscando la manera de enlazar esa última frase a sus propias predicciones, pero Thomas ya no estaba allí para ayudarle.

Conforme el año se aproximaba a su fin, el ambiente se enrarecía cada vez más, y por donde fuera se diría que la gente solo hablaba de tragedias: padres que habían perdido a sus hijos, viudas desgraciadas, niños que echaban de menos a su padre o a su hermano mayor. La euforia de los vencedores por la que se había dejado arrastrar en Polonia, y que también vivió durante el último verano en Alemania, había dado paso a unos suspiros, aunque todavía suaves, y a un estado de ánimo menos optimista, casi balbuciente, que parecía tambalearse tras las proclamas de confianza a favor del Reich y del *Führer*.

En ocasiones, cuando se encontraba con un grupo de gente que se lamentaba alrededor de una mesa de cualquier fonda, defendiendo a ultranza las razones de Alemania y criticando la crueldad de los enemigos de esta, le entraban ganas de hablarles de la cara destrozada de la joven judía atrapada entre el asfalto y las botas de los policías en Lublin, o de la clase de historia de los huérfanos de los arqueólogos que todavía se le presentaba en sus pesadillas nocturnas.

Uno de aquellos días coincidió con un médico que acababa de volver de Ucrania con un breve permiso, y que contó que la gente estaba muriendo por miles, que los cargaban en carretas y los echaban a unas fosas gigantescas que se iban llenando de capas y más capas de cadáveres. Fue entonces cuando Thomas se dio cuenta de que quizá no era depositario de un secreto tan grande. Todas las personas con las que se encontraba tenían conocidos, amigos, hijos o parientes en el frente o en Polonia, así que era muy posible que estuvieran bastante mejor informados que él. No se trataba de la información en sí, sino de cómo esta se gestionaba.

Él mismo, por ejemplo, consideraba que se había rebelado contra el Ministerio de Asuntos Exteriores al negarse a entregarle el informe sobre el hombre bielorruso. Y a pesar de ello, una testaruda voz en su interior se empeñaba en decirle, al gran héroe llamado Thomas Heiselberg, que la verdadera razón por la que no había hecho aquel informe era que estaba arrepentido por la gran cantidad de muertes que había provocado su informe anterior, el del hombre polaco. Ahora esa voz se abría paso entre otras voces, entre un amasijo de recuerdos que no habían tenido tiempo de embotarse, pero que en cuanto el polvo se sedimentara, darían lugar a la siguiente historia: relegaría a un rincón de una buhardilla el hecho de que no entregó el informe porque no había conseguido escribirlo; tampoco recordaría que quizá no había querido terminarlo por amor propio, ya que no estaba dispuesto a permitir que nadie se aprovechara de él para luego darle la patada, y sobre todo no recordaría que se atrevió a rebelarse contra el ministerio porque sabía que el precio que pagaría por ello no sería demasiado alto: no le iban a cortar la cabeza por eso. Pero en caso de que le hubieran encañonado la sien con una pistola: ¿tampoco entonces hubiera terminado el informe?

Por todo el país se oían historias de terror que hablaban de los soldados que morían congelados por falta de ropa de abrigo.

—Lo mismo que le pasó a Napoleón —se lamentaba un comerciante de pieles.

—En la Gran Guerra perdimos a veintinueve hombres de los ciento veintisiete que teníamos —susurró la mujer del alcalde de un pueblo—, y esta vez la desgracia que se nos viene encima será mucho mayor.

Las conversaciones de los trenes, de los restaurantes, de las fondas y de la calle, y en general, de cualquier lugar en el que hubiera gente, eran idénticas. Resultaba extraño que hasta ahora no se hubiera dado cuenta de que todos decían lo mismo en todas partes. Un día en que el dolor que sentía por estar consumiendo su vida entre esos necios le torturaba el cuerpo entero y las banalidades que decían lo asfixiaban literalmente, decidió Thomas cambiar por completo de actitud; empezó a lamentarse con ellos y a consolarlos, profetizó una victoria aplastante y la derrota del enemigo, alababa al *Führer* y exponía sus dudas acerca de la evolución de la guerra, todo a una. Por fin, después de meses de vagar de aquí para allá había encontrado una diversión que le daba cobijo: la de ser una especie de agorero que recorría el país sembrando incertidumbre. En realidad, se limitaba con mano hábil a entrelazar los sentimientos contradictorios de toda persona, ya que la gente no entendía bien lo que oía, las desorbitadas cifras, los datos y los hechos, de modo que nada podía resumirse en una sola idea. ¿No era eso la vida misma, en realidad? En Baden-Baden aterrorizó a un pequeño grupo de adeptos revelándoles las cifras verdaderas de los ejércitos enemigos, al tiempo que se burlaba de la chusma que reclutaba el Ejército Rojo. En Dessau el dueño de un restaurante convocó a sus amigos a una reunión secreta en la que *Herr Heiselberg* les daría una conferencia sobre el futuro de la guerra, y al finalizar la conferencia, después de los aplausos y cuando ya salía del restaurante, los oyó discutir furiosamente porque cada uno había interpretado sus palabras de una manera distinta. Cenando en casa del rico propietario de una hacienda de Lubeca, a donde lo habían invitado tras haber dejado impresionada a la hija de la casa en la biblioteca, contó que en Dortmund habían fundido una estatua muy valiosa porque necesitaban el metal para la guerra y que al día siguiente alguien había puesto en el pedestal vacío de la estatua una cuartilla con un poema que terminaba: «¡Ay del pueblo que a estos ha elegido, / Wurm, Spiegelberg y Franz Moor!» (y a los más jóvenes les explicó: los muy infames se referían, por lo visto, a Göring, a Goebbels y a Hitler), y que en ese mismo barrio las mujeres donaban sus abrigos de piel para los soldados y entre todos habían redactado un escrito en el que mostraban su gran amor al *Führer*.

—Todo eso anima a pensar que la victoria está próxima, ¿verdad? Pues lamento comunicarles que nos espera un gran desastre —les dijo a todos los presentes antes de abandonar la casa y dejarlos sumidos en un angustioso silencio.

Lo cierto es que no decía nada nuevo, sino que, como si se encontrara viviendo una pesadilla, se oía a sí mismo pronunciando frases del pasado.

Puede que a esos ignorantes los impresionara, pero él era muy consciente de que el motor que llevaba dentro se estaba ahogando.

Vagaba por Alemania en círculo. Al final del año, una fría mañana de invierno en la que la nieve caía fundiéndose en el barro, fue a parar a un pueblo de la región del Sarre. Al acercarse a la iglesia oyó que unas muchachas le gritaban:

—Lárguese de aquí, miserable, ya hemos oído a demasiados charlatanes de la ciudad, con esos viejos trajes como el suyo. Porque nuestros hombres están en el frente, que si no, ahora mismo lo mataban.

Para su sorpresa se dio cuenta de que allí ya había estado, pero ¿podía culpársele de no recordarlo? Las casas de tejas rojas y dos pisos, en las ventanas las lámparas con las pantallas de muselina, los jardines con césped, los enormes olmos, un roble inclinado sobre un camino de barro, una o dos fondas que todos se apresuraban a indicarle, un instante de buenas caras, las negras noches: todos los pueblos eran iguales. Ahora veía muy posible que un buen día, sin darse cuenta, volviera a llamar a la puerta de la señora Gruner.

En la gente se mezclaba por igual el orgullo de la victoria con el miedo a una derrota estrepitosa. Por lo menos en eso nunca se había hecho ilusiones; sería cuestión de cincuenta años, o de diez, pero al final, el transcurrir del tiempo acaba por devorar a los vencedores, y hasta en los momentos de euforia por la victoria, cuando uno cree que la vida va a seguir así indefinidamente, él siempre había tenido presente la devastación que el tiempo oculta en su seno. Así eran las cosas, nadie le había preguntado si quería que fueran así. *Ser* significaba vender tu alma al completo a la mañana a la que te acabas de despertar, al día que te espera. No encontraba una definición mejor para la vida que había llevado, consistente en tejer grandes sueños, que ser consciente de que mientras sigues subiendo siempre estarás expuesto al fracaso. El hombre perspicaz aprende a creer en la empresa de su vida con las suficientes reservas.

«¿Qué rumbo llevas?», le preguntan sus sueños, mientras él procura relajarse en la butaca de una terraza con el frío viento azotándole la cara y lucha por borrar de su mente cualquier rastro de esa pregunta. ¿Qué rumbo llevas? En los lugares en los que ya ha estado, lo siguen esperando para que disipe la niebla que ha dejado tras de sí. Pero ¿cómo va a poder, si lo cierto es que él mismo es una nube que convoca a la gente para engullirla en su interior? A veces se mira desde fuera, ¿y que es lo que ve? Una densa niebla gris, en su interior los rasgos generales de un cuerpo, y a sus pies, una maleta negra. Hace un momento ha estado ahí, los ha dejado a todos admirados por su porte y su elocuencia, pero ya vuelve a estar lejos, cruzando la vía del tren y adentrándose por un campo entre álamos y abetos. Quizá se dirija hacia el Norte, hacia las montañas que flanquean el pueblo, o puede que haya vuelto sobre sus pasos.

*Brest, junio de 1941*

Se despertó cubierta por un polvo caliente. Le lloraban los ojos y casi no podía respirar; ya estaba, y ahora no había tiempo que perder.

Corrió en dirección a las botas; hacía un mes que las dejaba al lado de la puerta, con una navaja en medio. Se oía el tronar de los motores. Al otro lado de la ventana vio un avión que se tiraba en picado escupiendo fuego. Unos pedazos de yeso se desprendieron del techo.

Voló escaleras abajo y salió desbocada a la calle. Los edificios y los árboles ardían y unas enormes lenguas de fuego lamían el césped. Unos carros muy cargados traqueteaban entre la multitud que avanzaba zigzagueando como una serpiente por la avenida. Se lanzó hacia el interior de aquel torbellino concentrándose por completo en la distancia que la separaba de Kolia: debía llegar a la fortaleza. Trepó por encima de una camioneta volcada cuyo conductor seguía sentado en su sitio con las manos carbonizadas sujetando el volante. A su lado yacía un cuerpecito acurrucado. Una niña cuya coleta le había quedado como si fueran ramitas calcinadas. Unos cristales rotos le rozaron los brazos, respiró profunda y entrecortadamente mientras la recorría un dolor más veloz que el mercurio. Aturdida por completo bajó a la calzada y siguió avanzando a la carrera mientras apretaba los puños para mitigar el escozor. Torció a la derecha y pasó por delante del edificio de la sala de los planos. Una fina capa de polvo marrón lo cubría de arriba abajo. La cortina del segundo piso estaba un tanto descorrida, tal y como ella la había dejado la última vez que estuvo allí.

Fue a primeros de junio. Hacía una mañana espléndida y reinaba la alegría de un día de fiesta, con las calles llenas de hombres jóvenes muy alegres, los recién licenciados de las academias militares. Maksim había llegado de visita. Nada más bajarse del tren, Sacha se había apresurado a llevarlo hasta allí, a la sala de los planos. Al principio se quedó plantado un momento en medio de la sala completamente atónito y mascullando palabrotas, para enseguida lanzarse sobre los planos y rasgarlos en mil pedazos. A continuación le ordenó a Sacha que formara un montón con todos y cada uno de los papeles que allí había y lo rompieron todo: los planos antiguos, el proyecto del desfile y todas las cartas que se había escrito con Thomas

Heiselberg, las formales y las secretas.

Al ver que se había estado cartearando con el delegado alemán bajo un nombre falso, la empujó contra la pared y le propinó una bofetada con todas sus fuerzas. Sacha le pagaba a una tal Viktoria Sovalova de la calle Dvortsovaya para que recibiera cartas de su íntima amiga de Lublin. La clave era la enfermedad de su tía: «La enfermedad de mi tía ha empeorado, nadie le hace ni caso, hasta los que la quieren se resignan a que muera; la verdad es que estoy descorazonada».

Maksim le dijo a gritos que había perdido el juicio, que estaba completamente loca. Por primera vez le pareció a Sacha que Maksim la despreciaba. Le echó en cara que durante todos los años que hacía que se conocían había confiado en su buen juicio, y que ahora, de repente, descubría que su mujer no era más que una gran mentira.

Metieron todos los papeles en un arcón de hierro y los quemaron. Después, quemaron los restos ya calcinados. En cuanto los alemanes atacaran, buscarían a quienes hubieran tenido trato con ellos o que hubieran dado muestras de tolerancia hacia ellos, y serían declarados enemigos del pueblo, y como traidores que eran, los ejecutarían de inmediato. Incluso en plena guerra la vieja maquinaria seguiría en marcha, detendrían a quien hiciera falta y cavarían las tumbas necesarias: todo continuaría igual, solo que a un ritmo más acelerado.

Maksim pisoteó con las botas los restos de cenizas de los planos y las cartas y le preguntó si no había más. Sacha estaba ahogada en lágrimas. Quedaban unas copias en miniatura de los planos, y los tenía escondidos en su colchón. Pero no se atrevió a revelárselo. Cada vez que oía que llamaban a la puerta de cualquier vecino, guardaba la esperanza de que fueran los representantes del Comisionado de Asuntos Externos que necesitaban los documentos que ella había preparado para el desfile. Se esforzó por recordar si en el armario del despacho habría algo más, pero su mente era pura confusión. Cada detalle le parecía una cosa y su contraria, y solo intentaba concentrarse en darse las órdenes pertinentes a sí misma: ahora levántate, ahora siéntate, ahora bebe agua.

Maksim sospechaba que a Sacha no le importaba nada lo que a él pudiera sucederle, y que no pensaba mover un dedo para evitar que pereciera con ella. Pero eso no era cierto. Lo que sucedía era que los esfuerzos de él por aferrarse a la vida le resultaban, simplemente, demasiado complejos. Tan complejos, que hasta estaba perpleja de darse cuenta de que en el pasado ella también se había comportado así: hacía un montón de cálculos que incluían miles de detalles y urdía los planes más inimaginablemente enrevesados. Por la noche, en la cama, comprendió que su marido había acudido de visita a Brest por un motivo más: se había enterado de que el camarada Nikita Mijailovich Kropotkin quería reconciliarse con su mujer a causa de un pequeño incidente, y por eso, como marido de Sacha que era, quería ayudarlos a limar sus diferencias. El día anterior se había encontrado con él y se había enterado de que Sacha había osado amenazarlo. Pero Kropotkin se había negado a revelarles los

detalles.

Por suerte, el camarada Kropotkin era un hombre honesto y recto. Comprendía que una superflua discusión podría hacerles daño a todos, así que había llegado a un arreglo satisfactorio para ambas partes.

—¿A qué arreglo? —preguntó Sacha.

—A un arreglo satisfactorio —contestó él hecho una furia.

—¡Seguro que el arreglo consiste en que me vaya del Óblast!

—¿Estás loca? —dejó escapar entre dientes con amargura—. Sé muy bien que te quieres quedar aquí a recibir a los alemanes, y sabes que soy un buen marido siempre dispuesto a conseguir que se cumplan los sueños de su esposa.

Después de quitarle la ropa y sentarla encima de él, se quedaron tendidos y abrazados y él la avisó de que si se quería quedar, a él le parecía estupendo, pero que no se iría de Brest sin ella.

Esta vez hasta él se dio cuenta de que era mentira. Pasados dos días lo llamaron desde Leningrado.

—Arriesgué la vida cuando me casé contigo, he hecho todo lo que he podido por salvarte y tú, a cambio, nos has traído a los dos la desgracia —le espetó en la estación del ferrocarril—. Si no tienes ganas de seguir con vida, estás en tu derecho.

Para dejarla allí, en primera línea de fuego, sin sentirse culpable, tenía que creer que ella ya no tenía remedio.

No la besó, sino que se limitó a tomarla de la mano y mirarla a los ojos en busca de un fugaz destello de amor. Ella no dudaba del valor de Maksim, porque si no supiera que no había esperanza, habría corrido los riesgos necesarios con tal de quedarse con ella. Después se puso muy pálido y retorciéndose el bigote para darse un aire de naturalidad añadió, como si quisiera consolarse:

—Cuando vuelvas a Leningrado hablaremos del futuro de nuestro matrimonio. Puede que para entonces veamos las cosas de otra manera —y rodeándola con los brazos, pero sin atraerla hacia sí como era su costumbre, repitió—: Sí, quizá todavía seamos capaces de ver las cosas de otra manera.

Al cabo de una semana la llamó a comparecer ante él Nikita Mijailovich para anunciarle oficialmente:

—A finales de junio dejará usted el Óblast y regresará a Leningrado.

A Sacha no le sorprendió oír que ese era el arreglo pactado y que Maksim, de nuevo, había vuelto a mentirle.

La mujer de uno de los oficiales del Gorkom pasó junto a ella empujando una carretilla con unos niños acurrucados en posición fetal, dos, o tres, una maraña de caras, pelo, ojos cerrados, un jersey azul, las bragas de unas niñas, brazos rosados, piernas tensas. Se volvió hacia Sacha para pedirle que empujara un poco la carretilla, solamente un par de minutos, porque estaba agotada.

Sacha no le contestó. La distancia que la separaba de Kolia volvió a extenderse ante sus ojos como un inmenso e insalvable desierto. Cuánta muerte había en el

tiempo que se abría entre ellos como un abismo.

A su espalda se lanzaba en picado un avión y se oyó el silbido de la bomba. Todos se tiraron al suelo, la mujer del oficial abrazó la carretilla y Sacha echó a correr. Corría sola por la calle, rezando para que los que yacían en el suelo no se levantaran, porque por fin estaba sola. De nuevo a su espalda oyó el repiqueteo de las ráfagas de una ametralladora seguidos de unos alaridos de dolor y unos suaves gemidos. Todo el aire olía a piel quemada. Un hongo de polvo rojizo —por lo visto de ladrillos reventados— se elevó por encima de ella. El polvo ocultaba la avenida y ahora reinaba un silencio que embotaba los sentidos. Su desbocada imaginación la llevó en volandas por la fortaleza y pintó la cara de Kolia con la palidez de la muerte: en la sala de reuniones del palacio de invierno, al otro extremo del puente que cruzaba el río, en el corredor que conducía a la puerta de Kholmok, entre las torres. Sacha luchaba contra la flojera que sentía en las manos; sacando pecho seguía hacia delante con gran ahínco, y con las fuerzas que le quedaban antepuso la realidad del momento que estaba viviendo a las imágenes envenenadas que acudían, incesantes, a su mente: quizá continuaba con vida, puede que solamente estuviera herido, no tenía ninguna constancia de que hubiera muerto, solo con que se encontraran, ella se las arreglaría para sacarlo de allí.

Durante unos minutos que se le hicieron eternos corrió a ciegas en medio del torrente de polvo, hasta que este se disipó un poco y al final de la avenida vio una hilera de refugiados que avanzaba por la calle de los Pioneros en dirección a la carretera que llevaba a Moscú.

Apretó el ritmo y pasó por entre la gente como pudo. Ya estaba cerca. Unas figuras humanas se inclinaban sobre un avión que se había estrellado y le arrancaban de las alas pedazos de aluminio. Cuando de pronto, entre el humo, vio alzarse la fortaleza.

El fuego le devoraba el tejado y se oía una explosión tras otra. En su imaginación, cada una de las explosiones volvía a despedazar el cuerpo de Kolia. A su derecha, por un extremo del campo, asomaron unos uniformados cubiertos de polvo entre los que se mezcló, y camuflada entre ellos corrió hacia la fortaleza. Aquellas personas, como si hubieran vuelto de la muerte, la animaban, la hacían sentirse salvajemente ligera, y viva, viva para encontrarlo a él con vida. ¿Se trataría de un espejismo? Aunque ¿cómo podía mentir una certeza como aquella a la que su cuerpo entero se entregaba?

Los soldados golpearon una y otra vez el portón de la fortaleza pero no obtuvieron respuesta. Ella, por su cuenta, también golpeaba el portón desgañifándose. La claridad con la que lo había oído respirar hasta ahora desapareció. Los pedacitos de cristal que tenía clavados en las manos parecían haber despertado causándole un fuerte dolor, aunque al momento volvió a perder el tacto de tanto golpear el portón.

Un oficial con barba, que llegaba con un soldado descalzo a cada lado, se acercó a ella, alzó el fusil y le encañonó el rostro. Por un momento Sacha creyó que todo había terminado y oyó que de su garganta escapaba un gemido de felicidad, porque nunca

había entendido a los que se aferran a la vida. El oficial maldijo en ucraniano y con la culata, que llevaba envuelta en unos andrajos, la golpeó en la cara y la tiró al suelo. El suelo era rasposo y ardía como las brasas.

—Me ocuparé de que lo quemem con su mujer y sus hijos —le gritó furiosa en ucraniano al oficial de la barba, mientras miraba el fusil como una niña miraría una varita mágica.

Él enarboló el arma, la bajó y volvió a apuntar hacia ella. Uno de los acompañantes se acercó hasta Sacha y le tapó la boca con el pie descalzo.

—Está loca... —le gritó al ucraniano—, no dispare, no dispare.

La voz de pito de una chica gritó en ese momento:

—¡Mata a esa puta! Es del NKVD.

El soldado presionó el pie contra los labios de Sacha y esta sintió como si se los estuvieran frotando contra el tronco de un árbol, porque la tierra y las piedrecitas que tenía pegadas en el talón le arañaban incluso la mejilla. Sentía un fuerte dolor y tenía sabor de sangre en la boca. Debía de habersele roto un diente, lo buscó en vano con la lengua. Se lo habría tragado. Del suelo salía un ruido como de golpes amortiguados y la tierra volaba por los aires con cada explosión. La vida y la muerte escapaban ya por completo a su control, el portón seguía cerrado y ya solo oía una voz insistente y melindrosa en su interior suplicando perder el conocimiento.

Pero de pronto el portón se movió. Sacha se recuperó al instante: tenía que entrar, ya. El de la barba cuchicheaba allí con alguien. Grupos y más grupos de soldados salieron huyendo de la fortaleza.

—¡Los teléfonos están muertos, esto es una ratonera! —gritaban los que huían—. ¡Es preferible retirarse a Kobriny!

—Pero ¿cómo que a Kobriny? ¡Aquí nos podemos hacer fuertes! ¡Fuera correréis directos hacia la muerte! —gritó el oficial de la barba.

Un silencio cuajado de asombro descendió sobre los dos pequeños campamentos. Todos se quedaron callados como si se preguntaran dónde estaba la trampa, dónde la vida y dónde la muerte.

Los soldados clavaron la mirada en el muro de la artillería alemana que no cesaba de escupir fuego. Unos cuantos retrocedieron atropellando a los que venían detrás, con tal de volver a la fortaleza. Las bombas no hacían más que estallar a su alrededor, Sacha notaba que la tierra daba vueltas bajo su cuerpo, cuando de repente, apareció ante ellos una pantalla de fuego. Se palpó el tobillo en busca de la navaja que llevaba escondida en el calcetín, la sacó y con un movimiento rápido y decidido se la clavó al soldado en el empuje del pie. Él lo agitó como quien espanta un mosquito. Sacha rodó hacia un lado escupiendo tierra y sangre.

El soldado se inclinó hacia ella. Se parecía al oficial con el que había estado bailando la noche anterior en el parque, un hombre con un uniforme muy elegante y que hablaba con un ligero acento extranjero. Al principio había creído que era de alguno de los estados bálticos, pero después comprendió que era alemán.



—¿Cuándo tienen ustedes pensado atacar? —le había preguntado, cerrando con más fuerza la mano sobre su hombro—. No lo voy a delatar. Solo dígamelo a mí, en secreto.

El oficial murmuró que era una enferma mental y sacó a otra a bailar.

Dos horas después de eso, a medianoche, apareció Nikita Mijailovich a la puerta de su casa y le propuso que lo acompañara. Se había comprometido con su amigo Podolski a que en caso de producirse el ataque alemán tenía que sacarla del Óblast, y él era un hombre de palabra.

Sacha se burló de él:

—Pero ¿todavía no lo han entendido? Todas sus intrigas no van a cambiar las cosas. Yo no voy a seguir con vida ni un minuto más que Kolia, se acabaron las excusas para no morir. Y además, ¿qué es eso, Nikita Mijailovich, de que usted también se marcha? ¿Le ha entrado miedo, de repente? Lleva usted meses jurándole a todo el mundo que los alemanes no iban a atreverse a combatir en dos frentes a la vez; también lleva usted meses asegurando que en el GRU opinan que no va a producirse ningún ataque aunque pasen todo tipo de informaciones para que llegado el momento puedan presentar pruebas de que ellos ya lo habían avisado. ¿Dónde están las noticias de la agencia TASS de mediados de junio que agitaba usted como si las hubiera escrito su mismísima madre en persona y según las cuales círculos responsables de Moscú criticaban a los agoreros de la guerra y acusaban a la prensa occidental de enemistar todavía más a Alemania con la Unión Soviética? ¿Dónde ha quedado el desfile militar que me encargaron organizar?

Nikita Mijailovich no tenía tiempo ni para explicaciones ni para disculpas, porque su mujer y sus hijos lo esperaban en el coche. Se despidió de Sacha murmurando algo parecido a que no abandonaba la lucha, sino que se marchaba a Kobriny para organizar el contraataque.

—Eso es lo que siempre me ha gustado de usted —dijo Sacha con amargura—, que a diferencia de mí y de sus amigos Styopa y Podolski, y a diferencia de todos, en realidad, usted es de los pocos que con sus gestos todavía saben diferenciar entre la verdad y la mentira.

Sacha se levantó del suelo y el soldado la sujetó por el hombro y la empujó hacia la puerta de la fortaleza. En el aire flotaba un insoportable hedor a carne quemada, a hierba quemada y a árboles quemados. Fueron dando traspiés entre montones de cascotes, vigas de madera, las esquirlas de las bombas, objetos de la casa destrozados y cadáveres en camisón, en pijama, en camiseta, en definitiva, entre las ruinas del edificio colindante a la fortaleza.

—¡Tenemos que darnos prisa! —gritó Sacha—, ¡mi hermano está ahí! —y al toser notó un nauseabundo y amargo sabor en la garganta.

El soldado no le contestó. Sacha respiró hondo y solo pensaba en no detenerse y en librarse de toda aquella muerte. A medida que se alejaban de allí el hedor aumentaba. Unos fuertes vapores le llegaban desde su propia piel y del camisón, del

uniforme de él y de su boca. Vomitó y el soldado le acercó a los labios una cantimplora. El agua tenía un sabor a moho que la hizo sentirse todavía peor. El soldado le arrebató la cantimplora y bebió con verdaderas ansias.

—¡Tenemos que darnos prisa! —volvió a gritar Sacha.

—Vamos, de prisa, de prisa —dijo también el soldado, que la guio hasta la explanada central.

Troncos de mimosas y ramas de lilas habían caído en las trincheras. Por un instante le llegó una ráfaga de aire fresco. El suelo estaba ahora lleno de socavones y sembrado de cadáveres. En lo alto volvían a oírse unos fuertes silbidos, y de la tierra, que temblaba, ascendía una especie de trueno parecido al de un edificio que se derrumba. Un destello le permitió ver durante un segundo las ventanas del palacio. Había allí unos cuantos soldados apostados muy quietos junto a los cañones, como si esperaran una orden.

—No tienen munición —murmuró el soldado—, es un ejército de desharrapados y de putas.

La imagen de la polvorienta fortaleza rodeada de humo y los soldados junto a los cañones se parecía espantosamente a los «juegos de guerra» que había ideado para el desfile. El soldado la guio por un corredor tortuoso de muros chorreantes hasta una especie de galería. Allí había montones de soldados, mujeres despeinadas, otras que lloraban y se recogían el pelo en moños que sujetaban con clavos oxidados, hombres que susurraban, jóvenes que tenían aspecto de ser gitanos, en suma, una serie de caras que Sacha no había visto en su vida. Y todo ello bajo un coro de suspiros, carraspeos, llantos de niño y gritos de dolor de los heridos.

Sacha se coló entre ellos como pudo, mirando a derecha y a izquierda, buscando entre la multitud de rostros sucios el de Kolia. La gente criticaba a los dirigentes del Óblast que se habían marchado de la ciudad, algunos se inclinaban sobre una radio y hablaban con esperanza de la ayuda que esperaban les llegara desde Kobriny. Junto a un quinqué de gran tamaño que había en una hornacina del muro, unos niños limaban trozos de madera para convertirlos en cuchillos. Hablaban con entusiasmo de cómo clavarían la hoja en el cuello de los soldados alemanes.

—Aunque sea un soldado también le pienso clavar el cuchillo hasta el fondo en el cuello —se pavoneaba uno de ellos.

Sacha acarició la hoja de su navaja antes de entregársela a los niños. Uno de ellos la cazó al vuelo y todos los demás se le echaron encima.

Hacía muchísimo calor y una especie de nube asfixiante inundaba la galena. Alguien buscaba a gritos a un tal Viktor Nestorovich Kravchuk y se preguntaba si habría muerto o estaría prisionero. A Sacha ese nombre le resultaba conocido. Hacía mucho tiempo, durante sus primeras semanas en Brest, tuvo a su disposición la lista de los nombres de los soldados de la unidad de Kolia. En aquellos momentos no podía ir a verlo. Todas las mañanas, sin embargo, repasaba la lista intentando adivinar de quién sería Kolia más amigo, o cuál de ellos sería capaz de hacerle daño, y ahora

le parecía recordar que en la lista había un tal Kravchuk.

Se coló entre un grupo de soldados que hablaban entre ellos tendidos en el suelo con evidentes signos de embriaguez, y les preguntó por Kolia y por Kravchuk.

—¡No te oímos! ¡Agáchate! —le gritaron entre fuertes risotadas.

Sacha se agachó junto a ellos.

Le contaron que Kravchuk era uno de los guardias de fronteras del NKVD y que no conocían a ningún Nikolai Weissberg. Puede que Nikitin supiera algo. Pero ¿dónde estaba?

Uno de los que se encontraban allí echados en el suelo y que tenía cara de niño le metió la mano por debajo del camisón y le pellizó el muslo. Después se rio y dijo:

—No lo hemos vuelto a ver, seguro que ha muerto.

Los dedos del soldado habían subido ya acariciantes hasta el pubis de Sacha, que le dio una patada y se alejó.

—¡Ay, cómo me duele, eres peor que los alemanes! —dijo con un quejido y las risas casi adolescentes de los demás soldados del grupo llenaron el aire.

A un lado, junto al muro, un grupo de personas hablaba de las mujeres que habían caído prisioneras de los alemanes y en concreto de una joven que se llamaba Valia Zenkina. Otro grupo sopesaba si salir afuera, pero enseguida llegaron a la conclusión de que no había hacia dónde huir porque la ciudad había caído en manos de los alemanes y lo mejor era permanecer allí a ver qué pasaba. Todo se decía con frases entrecortadas, entre nerviosos susurros: era el bullicio de las ansias por la vida salpicado de ilusiones. Con cuánto ahínco lo había mantenido ella a raya durante los últimos años.

Lo único que se le ocurrió ya fue gritar:

—¿Alguien ha visto a Nikolai Weissberg? ¿Sabéis dónde están los soldados de la división 42?

Nadie sabía nada, le decían empujándola furiosos.

Dos niñas con trenzas y unos vestidos manchados de tierra y sangre iban de un lado a otro suplicando un poco de agua. La férrea educación que habían recibido en casa se les notaba en el porte y en el deje de orgullo que ocultaban sus súplicas. En cuanto les dieron de beber parecían otras de cómo se les iluminó el rostro.

El soldado que la había llevado hasta allí reapareció.

—No te pierdas —le dijo a Sacha—, que te vigilo.

¿Por qué no la dejaría en paz? Notó que volvía a posarle la mano en el hombro y que la empujaba para que siguiera avanzando, llevándola hacia la izquierda y hacia la derecha como si fuera una marioneta. Mientras se alejaba de las niñas, Sacha les deseó una muerte rápida. Cuando comprendió que estaban descendiendo, luchó por soltarse del soldado. Tenía muy claro que Kolia no estaba allí.

El soldado, entonces, la empujó contra la pared.

—¿Adónde quieres ir?

—Arriba.

—¿Afuera?

—Sí.

—¿Quieres morir? —le preguntó aflojando la mano, lo que la ayudó a zafarse de él y empezar a subir en contra de la corriente de personas que descendía.

Ya estaba fuera y corría en dirección a los cañones. Los soldados que hace un rato los habían flanqueado ya no estaban, excepto uno, que continuaba allí acurrucado con las piernas dobladas como en un arco roto. Sacha se agachó junto a él, le acarició el pelo y le preguntó dónde estaba el soldado raso Weissberg de la división 42. Él gruñó de una manera muy extraña atacado ahora por unas fuertes convulsiones. Sacha le apartó la mano de su camisón y echó a correr.

Más y más soldados de los que habían estado defendiendo los alrededores de la fortaleza cruzaban la explanada central, a rastras, cojeando, cargando pedazos de cuerpos en camillas. Sacha andaba entre ellos sumida en una especie de vértigo, agarrándose a ellos, sollozando, suplicando algún tipo de información sobre Kolia. Algunos le decían cosas sin sentido, señalaban en direcciones opuestas, uno le dijo que había muerto mientras que otro había visto a su comandante herido leve.

Amanecía. Un manto rojizo lo cubría todo atravesado solamente por infinitas columnas de humo que se elevaban hacia el cielo. El vigía apostado en el tejado de un edificio cercano y que empuñaba unos prismáticos gritó que varias columnas de la Wehrmacht desfilaban por las calles de Brest.

La gente empezó a gritarle que mentía.

Pero él insistía en que la fortaleza estaba rodeada por todos los flancos.

Los cálculos de Podolski se revelaron increíblemente precisos. Ahora había una riada de soldados que retrocedían en tropel. Dos asomaron por el portón occidental y corrieron hacia los túneles de evacuación. Sacha se abalanzó sobre ellos con la pregunta de si habían visto al soldado raso Nikolai Weissberg de la división 42. Uno de ellos, que llevaba un harapo ensangrentado a modo de venda en el brazo, la miró con unos ojos desorbitados de pestañas quemadas. Era Gregorian. De pronto pareció entender a lo que ella se refería, la agarró por el pelo con la mano sana y la arrastró hacia los corredores de evacuación.

Sacha se revolvía y gritaba:

—¿Ha muerto? ¡Dime si ha muerto!

Se colaban entre la gente, empujando, recibiendo empujones, dando patadas. El rumor de que los alemanes habían ocupado la ciudad y de que solo les quedaba esa parte de la fortaleza había corrido como la pólvora. Los que vestían uniforme eran cada vez menos: camisas, gorras, cinturones, insignias y capotes militares del Ejército Rojo se convertían en un bolo de ropa lanzado a las trincheras llenas de agua. Solamente algunos niños recogían alguna insignia o se ponían una de las boinas allí tiradas.

Los fuertes dedos de Gregorian no le soltaban el pelo y Sacha se sujetaba, como podía, al cinturón de los pantalones de él. Avanzaban a tientes entre las secreciones y

el sudor, los vómitos y la sangre, entre los sueños de heroicidad de los niños, y hasta pasaron por donde las dos niñas de antes se habían quedado dormidas abrazadas en el suelo, junto a los que daban órdenes animando a los que no se movían y junto a los que lloraban a lágrima viva su ya inminente fin, los que se lamentaban por el país y maldecían a los oficiales del ejército, los que estaban paralizados por las crueldades que su mente imaginaba y de las que no tendrían escapatoria y los que todavía ansiaban hacer algo para salvarse.

—¿Ha muerto? —volvió a preguntar Sacha.

Gregorian asintió con tristeza.

—¿Seguro?

—Sí, dormía a mi lado.

—¿Ha sufrido?

—Un misil nos dio de lleno. A mí me lanzó contra la pared y cuando me levanté lo vi muerto.

—¿Habló de nosotros, alguna vez?

Una voz gritó en dirección a Gregorian:

—¡Aquí hay un médico!

Gregorian ni se movió.

—Estos últimos días, cuando todos sabíamos que algo grave iba a suceder, habló un poco más.

—¿Qué dijo?

—No lo sé muy bien, porque sobre todo hablaba con Danisov.

—¿Él también ha muerto?

—No lo he vuelto a ver desde que todo esto empezó. Tengo que buscarlo.

—Ya no importa —dijo Sacha volviéndole la espalda.

Ya no quería seguir luchando, no había tiempo para eso. De todas formas enseguida amanecería y la mañana le demostraría con todos sus trucos y artimañas que tenía que seguir en este mundo. Maksim siempre había sostenido: «Aunque muera el flaco, aunque desaparezcan todas las personas que conoces, seguirás siendo la máquina de supervivencia que siempre has sido, como todos. ¡Ya me lo contarás cuando suceda!».

Una parte de ella también lo creía así. Siempre había una parte de ella que creía en Maksim Podolski.

Ahora oía otras voces a su alrededor. En la puerta de Terespol, que protegía la fortaleza por el Oeste, unos cuantos atrincherados estaban repeliendo el ataque alemán. Los soldados de antes, que hasta ese momento habían seguido tendidos en el suelo, se levantaron, cargaron armas y se repartieron las granadas de mano. Un grupo de mujeres y niños los rodearon dándoles ánimos. En fila india salieron corriendo hacia el exterior: el chico que la había acariciado iba el primero y Gregorian, con una venda nueva recién puesta, se unió a ellos.

—En la puerta de Kobriny también hacen falta refuerzos —gritó alguien.

—¡Y en el infierno, idiota! —vociferó una voz ronca, provocando a su alrededor un coro de amargas risas.

En las galerías asomaba ahora una tímida esperanza. Todos querían colaborar como fuera, se repartían entre sí pequeños objetivos, extendían mapas para hacer sus cálculos, y tal era el cambio, que la desesperada resignación de hacía un rato parecía haberse esfumado.

Sacha los observó horrorizada: ¿incluso ahora os apegáis a la vida? Se agachó y se mordió los nudillos para ahogar el alarido que le acudió a la garganta. Notaba que una espantosa sensación de orfandad la aplastaba y comprendió que la utilizaba como ardid para ahorrar tiempo, porque la fuerza de la vida de toda aquella gente reptaba ya también por su propio cuerpo. Ya volvía a despertarse con su conocido rechinar la maquinaria de la supervivencia: su padre y su madre acabarían por ser liberados del gulag y les gustaría que por lo menos les quedara una hija con vida, aunque fuera una Boris Godunov o una Pavlik Morózov, y es que al fin y al cabo ella era su única hija. Les daría nietos y como solía decir Maksim, los nietos son un poco como hijos. ¿No resultaba un tanto extraño que encontrándose en esa fortaleza bombardeada y sitiada siguiera creyendo que estaba en sus manos escoger entre la vida o la muerte?

Reptando consiguió salir fuera. ¿Le habría gustado que hubiera sido más difícil salir de las galerías? Solo temía al dolor, a tener que padecer un sufrimiento inconmensurable, pero la certeza de que hacía tiempo que su elección estaba tomada hizo que sobre ella descendiera una inmensa paz. Su biografía de los últimos años le parecía un pequeño traspie que ahora le daba hasta risa. No había motivo para rasgarse las vestiduras, había tragedias mucho mayores: todos llevaban años contando detenidos, desaparecidos, muertos. Ahora los muertos se amontonarían desde allí hasta Kobriny, hasta Minsk, puede que hasta Leningrado, cientos de miles, incluso millones, y ahí estaba ella para contribuir humildemente a toda esa muerte. En ocasiones, para salvar a unas cuantas personas el mundo casi llega a su fin, se da de cabeza contra la pared y no por eso tales personas son culpables.

Pero todo lo que en esos momentos se le ocurría le parecía vano, ridículas disquisiciones a lo Maupassant. Lo único que tenía que hacer era dejarse llevar y que el cuerpo siguiera su curso.

Se quedó de pie allí fuera. Por el Oeste se aproximaba una escuadrilla de aviones alemanes. Sacha se encaminó despacito hacia el centro de la explanada. A su alrededor no había ni un alma, solo cadáveres. Los aviones se iban acercando parsimoniosamente y el repiqueteo de sus ametralladoras parecía el golpear de la lluvia en el tejado. Tras ellos se abrían en el cielo unos primeros desgarros de sol que proyectaban contra las alas el resplandor gris azulado del verano. Los destellos de una ametralladora se acercaban a ella, su calor los precedía, ya le estaban abrasando el cuerpo. Se detuvo, echó los hombros hacia atrás y alzó los ojos al cielo.

«Nadezhda Petrovna —Sacha había metido a escondidas en la maleta de su marido una carta para ella—, ahora resulta que te ha dado por escribir poemas sobre

mí en los que me llamas “Boris Godunov” y “la bella gemela de Pavlik Morózov”. Todos alaban el cambio que has dado, y lo entiendo perfectamente: escribes esos poemas para mí y quizá también para los muertos y los encarcelados. Solo te pido que si llego a morir aquí y Kolia vive, te ocupes de él. Tu posición ahora es muy buena por lo que creo que podrías ejercer de tutora para él».

El repiqueteo de las ametralladoras se hizo más potente. Miró hacia arriba y vio elevarse ante ella una montaña de polvo rojizo entre el que asomaban los destellos del sol y las alas de los aviones. Por un instante cerró los ojos y al abrirlos vio un humo negro que se ensortijaba hasta grabar unas palabras en la polvareda roja. Al instante reconoció la letra de Nadia:

No morirás sin él.

Aunque ya nada importa, más que ingenua.

¿Llamas a la colección de mentiras y de vilezas que somos «vida»?

Noche y día, invierno y verano... no son más que tiempo bajo el ciclo de la perdición,

tiempo que yace sobre nosotros

y al que estamos atados como un perro a su caseta.

Hay una cosa que seguro que por fin has comprendido: hace ya mucho que ninguno de nosotros vive.

## Agradecimientos

A Nili Mirski por las observaciones, los consejos y por haberme hecho bastante menos ignorante; a Abraham Yavin por leer el manuscrito; a Teresa Biron-Frid por la edición del texto y sus agudas preguntas; a Yaara Shahori por la ayuda en la planificación del tempo de la novela y la construcción de los personajes, a Shuli Nussbaum por la cuidadísima edición final y sus esclarecedores comentarios.

Al profesor Eli Shaltiel por el asesoramiento histórico; a Mati Grinberg por su ayuda en lo referente a Polonia y a la lengua polaca; a Flora Borkovski por sus recuerdos de Polonia y por el profundo conocimiento que tiene del país.

A Olga Medvedevski de Brest-Litovsk por el asesoramiento referente a los recorridos por la ciudad y por su generosísima ayuda dado su gran conocimiento de la historia de Brest y de sus calles.

A los miembros del Grodzka Gate-NN Theatre de Lublin por las fotografías, el libro de registros y los paseos guiados por la ciudad y por los edificios que, en su momento, alojaron las distintas instituciones nazis.

A Sacha, del Museo de Historia de Polonia de San Petersburgo; a Francesca Hanermann por los paseos guiados por San Petersburgo; a Ana Woloshin por las traducciones del ruso; a Michael y Arie Grubman por sus clases sobre cultura rusa; y a Arnon Magen por el asesoramiento sobre lo referente a la música y al *Lied* alemán.

A Marco Martin y a Lidia Baumer por sus paseos guiados por Berlín, las traducciones del alemán y su ayuda documental referente a las cuestiones de Alemania.

A Maya Feldman, Daniel Drori, Noah Grinberg, Oded Walkstein, Menahem Baram, Rena Werbin, Dror Mishani, Shir Bar-Emet, Tamar Stang y Eyal Dotan por haber leído el manuscrito.



# Notas

[1] Volkswagen «coche del pueblo», en alemán. <<

[2] Término alemán tomado de los duelos. Significa que el contrincante no es apto para librar el duelo por ser de condición social inferior. <<

[3] Faddey Venediktovich Bulgarin, escritor sospechoso de haber sido informante de la policía en los días del zar Nicolás I. <<

[4] Apelativo cariñoso de Aleksandra. <<

[5] Nadia / Nadka. Apelativo cariñoso o diminutivo de Nadezhda. <<

[6] Apelativo cariñoso o diminutivo de Nikolai. <<

[7] Apelativo cariñoso o diminutivo de Vladimir. <<



[8] *Zaichik*: «conejito», en ruso. <<

[9] En ruso, «la Casa Grande». <<

[10] Entidad federal de la antigua Unión Soviética. <<

[11] Cuba: apelativo con el que llamaban al joven Stalin. Sus viejos camaradas siguieron siempre llamándolo así. <<

[12] En alemán, «mestizo». <<

[13] En el alemán coloquial, el que se abre camino de una manera poco recta. <<

[14] Coordinador de la Komsomol (organización de las juventudes comunistas) en las fábricas o en cualquier otro organismo o institución. <<

[15] Del poema de Aleksandr Serguéyevich Pushkin, «Al mar». <<



[16] «Voluntad del pueblo»: movimiento que se inició en Rusia en los años ochenta del siglo XIX y abogó por las reformas en favor de los derechos del campesinado. Miembros de ese movimiento atentaron contra la vida del zar Alejandro II, a raíz de lo cual sus dirigentes fueron ejecutados. La organización se responsabilizó también del fallido atentado contra el zar Alejandro III. <<

[17] Apelativo cariñoso o apodo de Stepan. <<

[18] Comité regional. <<

[19] De *Los crímenes de la calle Morgue y otros cuentos*, de Edgar Allan Poe. <<

[20] Acrónimo de «Facultad de los trabajadores», las facultades universitarias que ofrecían unas titulaciones a los obreros por la vía rápida. <<

[21] «Traicionamos a nuestro pueblo y sus derechos». <<

[22] Del poema «He erigido para mí un monumento», de Aleksandr Serguéyevich Pushkin. <<

[23] La construcción consciente de un individuo en perpetuo crecimiento; alguien que se hace a sí mismo, que aprende, estudia, lee. <<



[24] Königliche Porzellan-Manufaktur, la Fábrica Real de Porcelana de Berlín. <<

[25] En ruso y en plural: «Cálmense, no se dejen llevar por los nervios». <<

[26] La Cámara Baja del Parlamento polaco. <<

[27] Cita de Tácito: «Lo destruyen todo y a eso llaman paz». <<

[28] En ruso, la flecha roja, el tren que unía Moscú con Leningrado (Petrogrado). <<

[29] Se trata de un verso de Serguéi Klitchkov. <<

[30] Lydia Nikolayevna Smirnova, actriz de cine y de teatro. <<

[31] Podolski, que está representando a Styopa, se burla del poema de Ósip Mandelstam «Ariosto»: «Hace frío en Europa. En Italia está oscuro». <<



[32] Se trata de una pena que también se aplicaba en Alemania y que consistía en la prohibición de residir en ninguna de las doce ciudades más grandes del país. <<

[33] Trabajador superproductivo de los países comunistas. <<

[34] Canción patriótica en alabanza al río Rin a su paso por Alemania. <<

[35] De los sacerdotes más importantes y conservadores de Prusia durante la segunda mitad del siglo xx. <<

[36] La traducción hebrea está tomada de *La canción alemana de Mozart a Mahler* en edición de Ada Brodski, editorial Ha-Kibbutz Ha-Meuchad, 1898. <<

[37] *El mito del siglo xx*, en el que Alfred Rosenberg recoge la ideología nazi. <<

[38] El directorio principal de inteligencia del Ejército Rojo. <<

[39] Boris Godunov se convirtió en el zar de Rusia después de que el heredero del trono, Dimitri, el hijo de siete años de edad de Iván el Terrible, fuera cruelmente asesinado. Nunca pudo probarse que Boris Godunov hubiera intervenido en esa muerte, pero siempre se sospechó de él en tanto que era el mayor beneficiario del crimen. <<



[40] El dios principal de la mitología alemana. <<

[41] En alemán: «La vaquera se despide de los pastizales de alta montaña». <<

[42] Distintos comités de los distritos y de las ciudades. <<

[43] Libro de leyes y de las costumbres de comportamiento del siglo XVI. Suele nombrarse como ejemplo de puntos de vista caducos y patriarcales que ya no deberían estar vigentes. <<

[44] La finca y el pueblo en el que nació Oblomov, el protagonista de la novela de Iván Goncharov, personaje que se convirtió en el símbolo de la vida disipada y placentera de la nobleza rusa en el siglo XIX. <<

[45] Servicio de inteligencia del ejército alemán. <<

[46] Servicio de inteligencia de la Wehrmacht para asuntos de la Unión Soviética. <<

[47] Alemán: «Reasentamiento voluntario». <<



[48] Alemán: «limpia de judíos». <<

[49] NKGB: Comisionado del Pueblo para Asuntos Internos. <<

[50] En ruso: «Señora Weissberg: nuestras diferencias tienen que quedar resueltas hoy mismo». <<